
la primera ley: libro III
el último argumento de los reyes
joe abercrombie
RUNAS
Ciencia ficción y fantasía

Joe Abercrombie

El último argumento de los reyes

La primera ley

Libro III

Para los cuatro lectores.
Ya sabéis quiénes sois

PARTE I

«Siendo la vida lo que es, lo único con lo que uno sueña es con vengarse»

PAUL GAUGUIN

La industria del veneno

El Superior Glokta permanecía de pie en el vestíbulo, y esperaba. Al estirar su cuello contraído, primero a un lado y luego al otro, oyó los habituales chasquidos y sintió las habituales cuerdas de dolor tensándose a través de los músculos enmarañados de sus escápulas. *¿Por qué lo hago si siempre me duele? ¿Por qué necesito poner a prueba mi dolor, pasar la lengua por la llaga, restregar la ampolla, hurgar en la costra?*

—¿Y bien? —exclamó.

La única respuesta que obtuvo del busto de mármol que había a los pies de las escalinatas fue un desdeñoso silencio. *Y de eso ya he tenido más que suficiente.* Glokta se apartó de él con paso renqueante. Por detrás, su pierna inútil se arrastraba sobre las baldosas y el golpeteo de su bastón resonaba entre las molduras que decoraban el elevado techo.

Para lo que solían ser los grandes nobles del Consejo Abierto, Lord Ingelstad, el propietario de aquel vestíbulo desmesurado, era un hombre francamente disminuido. El cabeza de familia de un linaje cuya fortuna había ido declinando con los años, cuya riqueza e influencia habían ido menguando hasta quedar reducidas a la mínima expresión. *Y cuanto más menguado el hombre, más hinchadas son sus pretensiones. ¿Cómo es que nunca se dan cuenta? Las cosas pequeñas parecen aún más pequeñas en los lugares grandes.*

Desde algún rincón envuelto en sombras un reloj vomitó unas cuantas campanadas cansinas. *Ya llega tarde. Cuanto más menguado el hombre, más se permite el lujo de hacerte esperar cuanto le plazca. Pero sé ser paciente si hace falta. A fin de cuentas, no me aguardan deslumbrantes banquetes, ni enfervorecidas multitudes, ni hermosas mujeres que suspiren por mí. Ya no. Los gurkos se cuidaron de que así fuera en la oscuridad de debajo de las prisiones del Emperador.* Apretó la lengua contra sus encías desnudas y soltó un gruñido al cambiar de posición la pierna y sentir un aguijonazo que subió disparado por su espalda e hizo que le palpitaran los párpados. *Sé ser paciente. Es lo único bueno que tiene el hecho de que cada paso sea un martirio. Pronto se aprende a andar con cuidado.*

La puerta que tenía a su lado se abrió de golpe y Glokta giró bruscamente la cabeza, procurando ocultar la mueca de dolor que acompañó al

crujir de sus huesos. Lord Ingelstad apareció en el umbral: un hombre corpulento y rubicundo, de aspecto paternal. Mientras obsequiaba a Glokta con una sonrisa amistosa le hizo señas de que pasara a la sala. *Como si se tratara de una visita de cortesía, y bien recibida, para más señas.*

—Disculpe que le haya hecho esperar, Superior. Pero he recibido tantas visitas desde que llegué a Adua que la cabeza me da vueltas. *Esperemos que con tantas vueltas no salga volando.* Tantas visitas. *Visitas acompañadas de ofertas, sin duda. Ofertas a cambio de un voto. Ofertas a cambio de su colaboración en la elección de nuestro futuro monarca. La mía, creo, le causará gran dolor rechazarla.* ¿Le apetece un poco de vino, Superior?

—No, milord, muchas gracias —Glokta traspasó el umbral renqueando dolorosamente—. No le entretendré mucho. Yo también ando bastante atareado. *Las elecciones no se amañan ellas solas, por si no lo sabía.*

—Desde luego, desde luego. Tome asiento, por favor —Ingelstad se dejó caer alegremente en una de las sillas y le señaló otra, invitándole a que se sentara. Glokta tardó cierto tiempo en acomodarse. Primero se agachó con cautela y luego fue moviendo las caderas hasta que dio con una postura en la que la espalda no le sometiera a un martirio constante—. ¿Y qué es lo quería tratar conmigo?

—Vengo en nombre del Archilector Sult. Confío en no ofenderle hablándole sin tapujos, pero el caso es que Su Eminencia quiere su voto.

Las carnosas facciones del noble se contrajeron fingiendo asombro. *Muy mal fingido, por cierto.*

—No estoy seguro de entenderle. ¿Mi voto en relación con qué asunto?

Glokta se limpió un poco de humedad que se le había acumulado bajo su ojo supurante. *¿Es necesario que nos embarquemos en tan ignominiosa danza? Usted no tiene complexión para eso y a mí me fallan las piernas.*

—En relación con el asunto de quién será la persona que ocupará el trono, Lord Ingelstad.

—Ah, eso. *Sí, eso. Imbécil.* Verá, Superior Glokta, espero que esto no suponga una decepción para usted ni para Su Eminencia, un hombre por el que siento el máximo respeto —y acto seguido inclinó la cabeza en un exagerado despliegue de humildad—, pero he de decirle que, en conciencia, no puedo dejarme influir en un sentido o en otro. Considero que en mí, y en todos los miembros del Consejo Abierto, se ha depositado una confianza sagrada. Los lazos del deber me obligan a votar por el hombre que me parezca el mejor candidato de entre los numerosos y excelentes hombres disponibles —dicho lo cual, adoptó una sonrisa de la más absoluta suficiencia.

Brillante discurso. Puede incluso que un tonto de pueblo llegara a creérselo.

¿Cuántos discursos iguales, o similares, llevo oídos ya? Tradicionalmente, ahora debería venir el regateo. El debate sobre cuánto vale exactamente una confianza sagrada. Qué cantidad de plata pesa más que una buena conciencia. Qué cantidad de oro se necesita para cortar los lazos del deber. Pero hoy no estoy de humor para regateos.

Glokta alzó desmesuradamente las cejas.

—Debo felicitarle por tan noble postura, Lord Ingelstad. Si todo el mundo tuviera un carácter como el suyo, viviríamos en un mundo mucho mejor. Una postura muy noble, ciertamente... sobre todo considerando lo mucho que tiene usted que perder. Ni más ni menos que todo cuanto tiene, diría yo —hizo una mueca de dolor al coger el bastón con una mano y luego se balanceó trabajosamente hacia delante hasta ponerse al borde de la silla—. Pero, visto que no puedo influir sobre usted, me retiro.

—No entiendo a qué se refiere, Superior —la inquietud se reflejaba de forma patente en el rollizo rostro del noble.

—A qué va a ser, Lord Ingelstad. A sus turbios negocios.

Las rubicundas mejillas habían perdido buena parte de su color.

—Debe tratarse de un error.

—Oh, no, se lo aseguro —Glokta sacó los pliegos de las confesiones del bolsillo interior de su gabán—. Su nombre es mencionado a menudo en las confesiones de algunos de los principales miembros del Gremio de los Sederos, ¿sabe? Muy a menudo —y extendió las crepitantes hojas de papel de tal forma que ambos pudieran verlas—. Aquí, sin ir más lejos, se refieren a usted como..., y entienda que no son palabras mías, un «cómplice». Aquí se dice que es el «principal beneficiario» de una operación de contrabando de lo más sucia. Y aquí, como verá, y casi me sonroja mencionarlo, su nombre y el término «traición» aparecen muy próximos el uno del otro.

Ingelstad se derrumbó en su asiento y el vaso que tenía en la mano cayó traqueteando sobre la mesa que tenía al lado, derramando un poco de vino sobre la madera pulida. *Oh, habrá que limpiar eso. Deja unas manchas horribles, y hay manchas que son imposibles de quitar.*

—Su Eminencia, que le tiene a usted por un amigo —prosiguió Glokta—, ha conseguido, por el bien de todos, que su nombre no aparezca en las primeras pesquisas. Entiende que estaba usted intentando invertir el declive de la fortuna de su familia y contempla su caso con cierta simpatía. No obstante, si lo defraudara usted en la cuestión de los votos, es muy probable que esa simpatía se agotara de inmediato. ¿Entiende lo que le quiero decir? *Me parece que lo he dejado meridianamente claro.*

—Desde luego —repuso Ingelstad.

—¿Qué me dice de los lazos del deber? ¿Los siente ya más flojos?

El noble, cuyas mejillas habían perdido ya casi todo su color, tragó saliva.

—Ardo en deseos de servir a Su Eminencia en todo lo que me sea posible, se lo aseguro. El problema es que... *¿Y ahora qué toca? ¿Una oferta desesperada? ¿Un soborno igual de desesperado? ¿O incluso una apelación a mi conciencia?* Ayer vino a verme un representante del Juez Marovia, un tal Harlen Morrow, con unos argumentos bastante similares...y unas amenazas tampoco muy distintas de las suyas —Glokta frunció el ceño. *Vaya. El maldito Marovia y su pequeño gusano. Siempre un paso por delante o un paso por detrás. Pero nunca demasiado lejos.* La voz de Ingelstad adquirió de pronto un tono chillón—. ¿Qué voy a hacer? ¡No puedo apoyarlos a los dos! ¡Escuche, Superior, me marcharé de Adua y no volveré a pisarla! Me... me abstendré de votar...

—¡Ni se le ocurra hacer semejante cosa! —bufó Glokta—. ¡Va usted a votar como yo le diga, y al diablo con Marovia! *¿Habrá que seguir aguijoneándole? Muy desagradable, pero sea. ¿Acaso no me he manchado ya los brazos hasta el codo? Hurgar en una o dos cloacas más no representará ninguna diferencia.* —Suavizó la voz hasta convertirla en un untuoso ronroneo—. Ayer vi a sus hijas en el parque —la cara del noble perdió el último vestigio de color—. Tres jovencitas inocentes, ya casi unas mujercitas, vestidas al último grito y a cual más hermosa. ¿La más joven, qué tiene, quince años?

—Trece —apenas pudo responder Ingelstad.

—Ah —Glokta frunció hacia atrás los labios para dejar al descubierto su sonrisa desdentada—. Qué pronto ha florecido. Nunca habían estado en Adua, ¿me equivoco?

—No —respondió el noble casi en un susurro.

—Ya decía yo. Su entusiasmo y su alegría mientras paseaban por los jardines del Agriont resultaban absolutamente encantadores. Apuesto a que ya han llamado la atención de todos los solteros más cotizados de la ciudad —dejó que su sonrisa se fuera desvaneciendo—. Me partiría el alma, Lord Ingelstad, ver de pronto a esas tres criaturas tan delicadas arrastradas a una de las instituciones penales más duras de Angland. Unos lugares donde la belleza, la alcurnia y la delicadeza de carácter despiertan una atención mucho menos grata —Glokta afectó con maestría un estremecimiento de consternación mientras se inclinaba muy despacio hacia delante—. No le desearía una vida como esa ni a un perro. Y todo a causa de las indiscreciones de un padre que tenía al alcance de la mano los medios para impedirlo.

—Pero mis hijas no están implicadas en nada...

—¡Estamos eligiendo al nuevo rey! ¡Todo el mundo está implicado! *Un*

poco duro tal vez. Pero los tiempos que corren son duros y requieren duras medidas —Glokta se levantó con dificultad y su mano temblequeó sobre la empuñadura del bastón debido al esfuerzo—. Haré saber a Su Eminencia que puede contar con su voto.

Al instante, Ingelstad se desinfló por completo. *Como un odre de vino que hubiera recibido una cuchillada.* Los hombros se le hundieron y la cara se le quedó desencajada en un gesto de horror y desesperación.

—Pero ahora el Juez Supremo... —susurró—. ¿Es que no tiene piedad?

Glokta se limitó a encogerse de hombros.

—La tuve, en tiempos. De niño, se lo aseguro, era tan blando de corazón que a veces casi parecía estúpido. Sólo con ver a una mosca atrapada en una tela de araña me ponía a llorar —hizo una mueca de dolor al sentir un espasmo brutal en la pierna cuando se volvió para dirigirse a la puerta—. El dolor incesante me curó de eso.

Era una pequeña reunión íntima. *Aunque no puede decirse que la compañía inspire demasiada calidez.* Los ojos de pájaro del Superior Goyle brillaban en medio de su rostro huesudo mientras contemplaba a Glokta desde el extremo opuesto de la gran mesa redonda del enorme despacho circular. *De una forma no excesivamente afectuosa, diría yo.*

La atención de Su Eminencia el Archilector, jefe supremo de la Inquisición de Su Majestad, estaba centrada en otra parte. Fijadas a la pared curva, ocupando cerca de la mitad de la superficie total de la cámara, había trescientas veinte hojas de papel. *Una por cada uno de los nobles corazones de nuestro nobilísimo Consejo Abierto.* La brisa que entraba por los ventanales las hacía crujir suavemente. *El veleidoso revoloteo de unos papelillos que contienen un voto no menos veleidoso.* Cada una de ellas estaba marcada con un nombre. *Lord tal. Lord cual. Lord no sé qué de no sé dónde. Grandes y pequeños hombres. Unos hombres cuyas opiniones, por lo general, le traían al fresco a todo el mundo hasta que el Príncipe Raynault se cayó de la cama y fue aparar a su tumba.*

Muchas de las páginas lucían un pegote de cera de color en una de sus esquinas. Algunas tenían dos, e incluso tres. *Las lealtades. ¿Cuál será el sentido de su voto? Azul por Lord Brock, rojo por Lord Isher, negro por Marovia, blanco por Sult, y así sucesivamente. Todos ellos, por supuesto, susceptibles de cambio, dependiendo de la dirección en que sople el viento.* Un poco más abajo se veían una serie de líneas escritas con una caligrafía pequeña y apretada. La letra era demasiado pequeña para que Glokta pudiera leerla desde el lugar en donde estaba sentado, pero conocía muy bien su contenido. *La esposa es una antigua prostituta. Siente debilidad*

por los jovencitos. Bebe más de la cuenta. Asesinó a un sirviente en un ataque de rabia. Deudas de juego no saldadas. Secretos. Rumores. Mentiras. Las herramientas de este noble oficio. Trescientos veinte nombres e idéntico número de sórdidas historietas, todas ellas listas para ser desempolvadas y utilizadas en nuestro provecho. Política. La ocupación propia de los justos, sin duda.

Entonces, ¿por qué lo hago? ¿Por qué?

El Archilector tenía asuntos más acuciantes de los que ocuparse.

—Brock sigue en cabeza —murmuró en un tono agrio mientras miraba el vaivén de los papeles con las manos entrelazadas a la espalda—. Cuenta con cerca de cincuenta votos más o menos seguros. *Todo lo seguros que puedan estar en unos tiempos tan inseguros como estos.* Isher le sigue de cerca con algo más de cuarenta votos a su favor. Skald, por lo que sabemos, ha incrementado también su número recientemente. Ha resultado ser un tipo bastante más implacable de lo que cabía esperar. Prácticamente tiene en sus manos a la delegación de Starikland, lo cual supone quizá unos treinta votos. Los mismos que tiene Barezin. Tal y como están las cosas, esos cuatro son los principales aspirantes.

¿Pero quién sabe? Quizá el Rey viva un año más, y para cuando llegue la hora de votar, ya nos hayamos matado los unos a los otros. La idea divirtió tanto a Glokta que tuvo que contener la sonrisa que empezaba a asomar a sus labios. La Rotonda de los Lores sembrada de cadáveres lujosamente ataviados; los de todos y cada uno de los grandes nobles de la Unión, incluidos los doce miembros del Consejo Cerrado. *Cada uno de ellos apuñalado en la espalda por el hombre de al lado. La desagradable realidad del gobierno....*

—¿Ha hablado con Heugen? —espetó Sult.

Goyle sacudió hacia atrás su cabeza medio calva y miró a Glokta con gesto despectivo.

—Lord Heugen sigue aferrándose a la vana ilusión de que puede ser nuestro próximo monarca, pese a ser incapaz de controlar más de doce escaños. Apenas si tuvo tiempo de escuchar nuestra oferta. Estaba demasiado ocupado buscando a quién engatusar para así poder arañar algún voto más. Puede que dentro de una o dos semanas entre en razón. Quizá entonces sea posible atraerlo a nuestro bando, aunque tengo mis dudas. Es más probable que se vaya con Isher. Según tengo entendido, esos dos siempre han estado bastante unidos.

—Pues que les vaya bien —bufó Sult—. ¿Qué hay de Ingelstad?

Glokta rebulló en su asiento.

—Le expuse vuestro ultimátum con toda contundencia, Eminencia.

—¿Entonces podemos contar con su voto?

¿Cómo se lo explico?

—No me atrevería a asegurarlo. El Juez Marovia le ha hecho prácticamente las mismas amenazas que nosotros por medio de Harlen Morrow, uno de sus hombres.

—¿Morrow? ¿No era ese uno de los lameculos de Hoff?

—Sí. Al parecer ha subido en la escala social. *O ha bajado, según se mire.*

—Podríamos ocuparnos de él —el rostro de Goyle había adquirido una expresión sumamente desagradable—. Sería muy fácil.

—¡No! —le espetó Sult—. ¡Cómo es posible, Goyle, que tan pronto como surge un problema con alguien lo único que se le ocurra sea liquidarlo! De momento tenemos que andarnos con cuidado, mostrarnos como unos hombres razonables y abiertos a la negociación —mientras se acercaba a grandes zancadas a la ventana, la radiante luz solar lanzaba destellos púrpura al atravesar la enorme piedra preciosa del anillo de su cargo—. Y a todo esto, la tarea efectiva de gobernar el país se ha dejado a un lado. No se recaudan los impuestos. No se castigan los delitos. ¡Ese cabrón al que llaman el Curtidor, ese demagogo, ese traidor, habla en público en las ferias de las aldeas, exhortando a la gente a la rebelión! A diario ya, los campesinos abandonan sus granjas y se dedican al bandolerismo, perpetrando todo tipo de desmanes y robos. El caos se extiende por todas partes y carecemos de los recursos necesarios para erradicarlo. En Adua sólo quedan dos regimientos de la Guardia Real, que apenas dan abasto para mantener el orden en la ciudad. ¿Y si resulta que uno de nuestro nobles se cansa de esperar y decide probar a hacerse con la corona antes de tiempo? ¡Les creo muy capaces de hacer algo así!

—¿Regresará pronto el ejército del Norte? —preguntó Goyle.

—Es poco probable. El zoquete del mariscal Burr lleva tres meses atrincherado frente a Dunbrec, lo cual ha conferido a Bethod tiempo de sobra para reagruparse al otro lado del Torrente Blanco. ¡A saber cuándo tendrá acabado por fin el trabajo, suponiendo que llegue a acabarlo alguna vez! *Tres meses empleados en destruir nuestra propia fortaleza. Casi entran ganas de desear que no hubiéramos puesto tanto empeño al construirla.*

—Veinticinco votos —dijo el Archilector contemplando con gesto ceñudo los papeles que crepitaban en las paredes—. ¿Nosotros veinticinco y Marovia dieciocho? ¡Apenas hacemos progresos! ¡Por cada voto que ganamos, hay otro que se nos escapa en alguna otra parte!

Goyle se inclinó hacia delante en su silla.

—Quizá, Eminencia, haya llegado el momento de hacer una visita a nuestro amigo de la Universidad...

El Archilector soltó un bufido iracundo y Goyle cerró la boca de golpe. Glokta echó un vistazo por uno de los ventanales, haciendo como si no hubiera

oído nada fuera de lo normal. Los seis destartalados chapiteles de la Universidad dominaban la vista. *¿Se puede obtener ayuda en un lugar así? ¿Entre las ruinas y el polvo donde viven esos viejos imbéciles de los Adeptos?*

Sult no le dio demasiado tiempo para meditar la cuestión.

—Yo mismo hablaré con Heugen —y clavó un dedo en uno de los papeles—. Goyle, escriba al gobernador Meed y trate de obtener su apoyo. Glokta, concierte una entrevista con Lord Wetterlant. Todavía no se ha pronunciado en uno u otro sentido. Y ahora, largo de aquí los dos —Sult dio la espalda a sus hojas llenas de secretos y miró fijamente a Glokta con sus acerados ojos azules—. ¡Largo de aquí y tráiganme... votos!

No es fácil ser jefe

—¡Fría noche! —exclamó el Sabueso —. ¿No estábamos en verano?

Los tres alzaron la vista. El que estaba más cerca era un hombre viejo, de cabellos grises, y con un rostro que parecía haber pasado mucho tiempo a la intemperie. Justo detrás había un hombre más joven, al que le faltaba un brazo a la altura del codo. El tercero, que no era más que un niño, estaba de pie al final del muelle mirando con gesto ceñudo la negritud del mar.

Fingiendo que padecía una severa cojera, el Sabueso se les acercó arrastrando una pierna y haciendo muecas de dolor. Renqueó hasta ponerse debajo del farol, que colgaba de lo alto de un poste, junto a una campana, y alzó la cantimplora para que todos pudieran verla.

El viejo sonrió y apoyó su lanza en el muro.

—Siempre hace frío al lado del agua —y se le acercó frotándose las manos—. Menos mal que hay alguien que se preocupa de que entremos en calor.

—Sí. Salud a todos —el Sabueso tiró del tapón y dejó que colgara a un lado. Luego levantó uno de los tazones y sirvió un chorrito.

—Qué necesidad hay de ser tan tímido, ¿eh amigo?

—Ninguna, supongo —el Sabueso le sirvió un poco más. El manco tuvo que dejar la lanza cuando le pasaron el tazón. El último en acercarse fue el muchacho, que se quedó mirando al Sabueso con gesto receloso.

El anciano le dio un codazo.

—¿Estás seguro de que a tu madre no le importa que bebas, eh chico?

—¿Qué más da lo que ella diga? —gruñó procurando conferir a su voz un tono de dureza.

El Sabueso le pasó un tazón.

—Si tienes edad para llevar una lanza, me imagino que también la tienes para echar un trago —¡La tengo! —le espetó el chico mientras arrebataba el tazón de la mano del Sabueso. Al beberlo, no obstante, se estremeció. El

Sabueso sonrió para sí al recordar la primera vez que se echó un trago. Le había sentado fatal y se había preguntado qué demonios le veía la gente a eso de beber. El muchacho debió de creer que se estaba riendo de él—. ¿Y usted quién es, si puede saberse?

El anciano chasqueó la lengua.

—No le hagas caso. Es tan joven que todavía cree que si te muestras grosero la gente te respetará más.

—No pasa nada —dijo el Sabueso, y tras servirse un tazón, dejó la cantimplora entre las piedras y se tomó un instante para pensar lo que iba a decir a continuación y así asegurarse de que no cometía ningún fallo—. Me llamo Cregg —hacía bastante tiempo había conocido a alguien que se llamaba así, un tipo que murió en una escaramuza en las montañas. No era una persona que le cayera demasiado bien y no tenía ni idea de por qué le había venido ese nombre a la cabeza, pero suponía que en aquellas circunstancias cualquier nombre valdría. Luego se palmeó el muslo—. Me dieron un pinchazo en la pierna, arriba en Dunbrec, y no se ha curado bien. Ya no puedo hacer marchas. Mis tiempos en el frente parecen haber acabado, así que mi jefe me ha mandado aquí para que os ayude a vigilar las aguas —echó un vistazo al mar, que se agitaba y centelleaba bajo la luz de la luna como si fuera un ser vivo—. No puedo decir que lo lamente. La verdad es que ya llevo demasiadas batallas encima —aquella parte, al menos, no era mentira.

—Sé cómo te sientes —dijo el manco, sacudiendo su muñón ante la cara del Sabueso—. ¿Cómo van las cosas ahí arriba?

—Bien. Los de la Unión siguen sentados frente a sus propias murallas haciendo todo lo posible para colarse dentro y nosotros seguimos al otro lado del río esperándolos. Llevamos varias semanas así.

—He oído decir que algunos de los nuestros se han pasado a la Unión. Dicen que el viejo Tresárboles era uno de ellos y que ha muerto en combate.

—Gran hombre, ese Rudd Tresárboles —dijo el viejo—. Un gran hombre de verdad.

—Cierto —dijo el Sabueso asintiendo con la cabeza—. Vaya si lo era.

—He oído decir que ahora es el Sabueso el que está al mando —terció el manco.

—¿Estás seguro?

—Eso he oído. Un asqueroso cabrón. Un verdadero monstruo. Le llaman el Sabueso porque una vez le arrancó a una mujer las tetas a mordiscos.

El Sabueso parpadeó.

—¿Ah, sí? Bueno, yo nunca le he visto.

—He oído que también está con ellos el Sanguinario —susurró el muchacho abriendo mucho los ojos como si estuviera hablando de un fantasma.

Los otros dos soltaron un resoplido.

—El Sanguinario está muerto, chico, y bien que me alegro de que ese maldito bastardo ya no esté entre nosotros —el manco se estremeció—. ¡No sé de dónde te has sacado esa idea!

—Lo he oído decir, eso es todo.

El tipo más mayor se echó al gaznate otro trago de ponche y luego chasqueó los labios.

—Da igual dónde esté cada cual. Lo más probable es que la Unión acabe por hartarse una vez que haya recobrado su fortaleza. Se hartarán y se volverán a su tierra al otro lado del mar y entonces todo volverá a ser como antes. Lo que desde luego no van a hacer es bajar aquí a Uffrith.

—No —dijo alegremente el manco—. Aquí no vendrán.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí vigilando por si se presentan? —se quejó el muchacho.

El viejo revolvió los ojos, como si se lo hubiera oído decir veinte veces y siempre le hubiera dado la misma respuesta.

—Porque ese es el trabajo que se nos ha encomendado, muchacho.

—Y cuando a uno se le encomienda un trabajo, se hace y punto —el Sabueso recordaba que Logen solía decirle eso, y también Tresárboles. Los dos habían regresado al barro, pero aquello seguía siendo tan cierto como siempre—. Aunque sea un trabajo aburrido, o peligroso, o siniestro. Aunque sea un trabajo que uno preferiría no hacer —maldita sea, tenía ganas de orinar. Siempre le entraban en momentos como ese.

—Muy cierto —dijo el anciano mirando al tazón con una sonrisa—. Lo que hay que hacer se hace y punto.

—Así es. Aunque a veces sea una pena. Parecéis buena gente —y acto seguido el Sabueso se llevó una mano a la espalda como si fuera a rascarse el trasero.

—¿Una pena? —el chico parecía desconcertado—. ¿Por qué dice que es una...?

Fue en ese momento cuando Dow apareció a su espalda y le rebanó el pescuezo. Y casi también el mismo momento en que la sucia mano de Hosco se cerró sobre la boca del manco y la punta ensangrentada de una daga se deslizó por la abertura de su manto. El Sabueso pegó un salto hacia delante y asestó al

viejo tres rápidas puñaladas en las costillas. El hombre soltó un grito ahogado, desorbitó los ojos y se tambaleó con el tazón colgando aún de la mano y la boca babeando saliva mezclada con ponche. Luego se desplomó.

El muchacho se había arrastrado un trecho por el suelo. Se apretaba el cuello con una mano para tratar de impedir que saliera la sangre mientras estiraba la otra hacia el poste del que colgaba la campana. Había que tener redaños para preocuparse por la campana teniendo el cuello rajado, pensó el Sabueso, pero de todos modos sólo pudo arrastrarse una zancada más, porque de inmediato Dow le plantó un pie en la base del cuello y se lo aplastó contra el suelo.

El Sabueso contrajo la cara al oír el crujido de los huesos del muchacho. Con toda probabilidad, no se merecía morir de esa manera. Pero en eso consisten las guerras. Montones de gente que mueren sin merecérselo. Había que hacer un trabajo: ellos lo habían hecho y los tres seguían con vida. Difícilmente habría podido esperarse un resultado mejor para un trabajo como ese, pero eso no impedía que le quedara un regusto amargo en la boca. Nunca le había resultado fácil, pero ahora que era jefe le costaba aún más. Es extraño, pero resulta mucho más fácil cargarse a la gente cuando tienes a alguien que te lo manda hacer. Duro asunto ese de matar a un hombre. Mucho más duro de lo que suele pensarse.

A no ser, claro está, que uno se llame Dow el Negro. El muy cabrón era capaz de matar a un hombre con la misma naturalidad con la que meaba. Por eso era tan condenadamente bueno. El Sabueso vio cómo Dow se agachaba, despojaba del manto al cuerpo inerte del manco, se lo echaba sobre los hombros y acto seguido propinaba una patada al cadáver, arrojándolo al mar con la misma despreocupación que si se tratara de un montón de desperdicios.

—Tienes dos brazos —dijo Hosco, que ya se había puesto el manto del viejo.

Dow se miró.

—¿Qué pretendes, pedazo de idiota, que me corte un brazo para que me quede mejor el disfraz?

—Lo que pretendo es que lo mantengas oculto —el Sabueso vio que Dow había metido un dedo mugriento en uno de los tazones y lo estaba limpiando. Luego se sirvió un trago y se lo echó al gaznate—. ¿Cómo puedes beber en un momento como éste? —inquirió mientras arrancaba al cadáver del muchacho su manto ensangrentado.

Dow se encogió de hombros y se sirvió otro trago.

—Da pena desperdiciarlo. Y, como tú mismo has dicho, hace una noche muy fría —su semblante se rasgó con una sonrisa maliciosa—. Maldita sea,

Sabueso, tienes un pico de oro. Me llamó Cregg —y avanzó cojeando un par de pasos—. ¡Me dieron una puñalada en el culo en Dunbrec! ¿De dónde te has sacado todo ese discurso? —y dio a Hosco una palmada en el hombro con el dorso de la mano—. ¿Verdad que lo ha hecho muy bien, eh? Hay una palabra para eso, ¿no? ¿Cuál es la palabra, eh?

—Verosímil —dijo Hosco.

Los ojos de Dow lanzaron un destello.

—Verosímil. Eso es lo que eres, Sabueso. Un cabrón muy verosímil. Apuesto a que si les hubieras dicho que eras el mismísimo Skarling el Desencapuchado te habrían creído. ¡No entiendo cómo consigues hacerlo sin partirte de risa!

El Sabueso no estaba de humor para risas. No le hacía gracia tener que ver a aquellos dos cadáveres que había tirados entre las piedras. No conseguía quitarse de la cabeza la idea de que el muchacho iba a coger frío sin su manto. Una idea verdaderamente estúpida, considerando que el chico estaba tendido sobre un charco de su propia sangre de una zancada de ancho.

—Dejemos eso ahora —gruñó—. Tirad a esos dos y luego cruzad las puertas. No sabemos cuándo vendrá el relevo.

—Tienes razón, jefe, tienes mucha razón, sea lo que sea lo que digas —Dow los alzó a los dos y los lanzó al agua. Luego desenganchó el badajo de la campana y lo arrojó también al mar por si las moscas.

—Lástima —dijo Hosco.

—¿El qué?

—Lástima de campana.

Dow le miró parpadeando.

—¿Lástima de campana? ¡Por todos los demonios, parece que de pronto tienes mucho que decir! ¿Y sabes una cosa? Creo que me gustabas más antes. ¿Lástima de campana? ¿Es que has perdido la cabeza, muchacho?

Hosco se encogió de hombros.

—Puede que no les viniera mal a los sureños cuando lleguen.

—¡Si tanta falta les hace, que se zambullan en el agua y se pongan a buscar! —acto seguido Dow levantó de un tirón la lanza del manco y se dirigió hacia la puerta abierta con una mano oculta en el manto, mascullando—: Lástima de campana... ¡Por todos los muertos...!

El Sabueso se puso de puntillas y desenganchó el farol. Luego lo alzó frente al mar, lo cubrió con un lado del manto y después lo retiró. Volvió a cubrirlo y de nuevo lo tapó. Realizó la misma operación una vez más y luego

volvió a dejar colgada en el poste la vacilante llama. Parecía una llama demasiado minúscula para caldear con ella todas sus esperanzas. Una llama minúscula para que pudiera ser vista allá a lo lejos en el agua; pero era lo único que tenían.

En cualquier momento esperaba que todo el asunto se fuera al traste, que surgiera un clamor en la ciudad, que cinco docenas de Caris cayeran sobre ellos por aquellas puertas abiertas y les dieran a los tres la muerte que sin duda se habían ganado. Cada vez que pensaba en ello, le entraban unas ganas enormes de orinar. Pero nadie venía. No se oía otro ruido que el crujir de la campana vacía que colgaba del poste y el suave chapoteo de las olas que lamían las piedras y los maderos del muelle. Justo como lo habían planeado.

El primer bote apareció deslizándose en medio de la oscuridad con un Escalofríos sonriente en la proa. Apretujados detrás de él, manejando con sumo cuidado los remos, había una veintena de Caris, con sus pálidos rostros tensos y los dientes rechinando debido al esfuerzo que hacían por no meter ruido. Aun así, el más mínimo roce metálico o el crujir de un madero bastaba para que los nervios del Sabueso se pusieran de punta.

Fieles a los planes que habían trazado la semana anterior, en cuanto el bote se acercó a la orilla, Escalofríos y sus muchachos colgaron al costado unos sacos de paja para impedir que la madera raspara las piedras. Lanzaron unos cabos, y el Sabueso y Hosco los atraparon al vuelo. Luego arrimaron el bote y lo amarraron a tierra. El Sabueso miró a Dow, que estaba apoyado tranquilamente en el muro de la puerta, y éste hizo un leve gesto con la cabeza para indicarle que todo seguía en calma en la ciudad. Un instante después, deslizándose en silencio y cobijándose en las sombras, Escalofríos subía los escalones.

—Buen trabajo, jefe —susurró con una sonrisa de oreja a oreja—. Bueno y limpio.

—Ya habrá tiempo luego de darnos palmaditas en la espalda. Ocúpate de vayan amarrando los demás botes.

—Bien dicho.

Ya se acercaban más botes, más Caris, más sacos de paja. Los muchachos de Escalofríos tiraron de ellos y ayudaron a subir al muelle a los hombres. Hombres de todas las clases que se habían ido uniendo a ellos a lo largo de las últimas semanas. Hombres a los que no les gustaba la nueva forma de hacer las cosas que tenía Bethod. Pronto hubo una auténtica multitud junto a las aguas. Eran tantos que el Sabueso no se explicaba cómo era posible que no los hubieran visto.

Según lo habían planeado, formaron varios grupos, cada uno al mando de un jefe y con una misión específica. Entre los hombres había un par que

conocían Uffrith y unos días antes, como solía hacer Tresárboles, habían trazado en el suelo un plano del lugar. El Sabueso había hecho que todos se lo aprendieran de memoria. Sonrió al recordar lo mucho que se había quejado de ello Dow el Negro, pero ahora estaba claro que el esfuerzo había valido la pena. Se puso en cuclillas junto a la puerta y los grupos, silenciosos y en la oscuridad, fueron pasando uno por uno.

Tul fue el primero, seguido de una docena de Caris.

—Bien, Cabeza de Trueno —dijo el Sabueso—. A ti te toca la puerta principal.

—Sí —asintió Tul.

—Es la misión más aparatosa de todas, así que procura hacerla en silencio.

—En silencio se hará.

—Suerte, pues, Tul.

—No la voy a necesitar —y el gigante se alejó corriendo por las calles, seguido de su grupo.

—Sombrero Rojo, a ti te toca la torre que hay junto al pozo y el lienzo de la muralla que hay a su lado.

—Hecho.

—Escalofríos, tú y tus muchachos mantendréis vigilada la plaza mayor de la ciudad.

—Vigilaremos como búhos.

Y así fueron pasando sucesivamente por la puerta para perderse luego por las calles oscuras, sin hacer más ruido que el viento que soplaba desde el mar y las olas que lamían los muelles. El Sabueso encomendó a cada grupo una misión y los fue despidiendo dando a cada hombre una palmada en la espalda. El último en pasar fue Dow el Negro, al que seguía un grupo de hombres de aspecto feroz.

—Dow, a ti te toca el gran salón del jefe. Apila a su alrededor un buen montón de madera, como acordamos, pero no lo prendas fuego, ¿entendido? No mates a nadie a menos que sea absolutamente necesario. Aún no.

—Si es «aún no», me parece bien.

—Y otra cosa —Dow se dio la vuelta—. Deja en paz a las mujeres.

—¿Por quién me has tomado? —preguntó mostrando una hilera de dientes que brillaban en la oscuridad—. ¿Por una especie de animal?

Y con eso ya estuvieron todos. Sólo quedaban Hosco y él, además de

unos pocos hombres que se quedarían para vigilar las aguas.

—Hummm —dijo Hosco asintiendo lentamente con la cabeza. Viniendo de él, aquello era toda una alabanza.

El Sabueso señaló un poste con el dedo.

—Bájame esa campana, ¿quieres? —dijo—. Al final puede que nos sirva de algo.

Por los muertos, cómo sonaba aquello. El Sabueso, con todo el brazo temblándole, tuvo que entrecerrar los ojos mientras aporreaba la campana con el mango de su cuchillo. No se sentía demasiado cómodo rodeado de tantos edificios, apretujado por muros y verjas. Nunca había pasado mucho tiempo en una ciudad, y el tiempo que había pasado no le había resultado nada grato. O bien había estado incendiándolo todo y causando el mayor daño posible tras un asedio, o bien había estado tirado en las prisiones de Bethod esperando a que lo mataran.

Sus ojos parpadeaban mientras recorría con la vista el revoltijo de tejados de pizarra y muros de piedra gris, madera oscura y revoco sucio, a los que la llovizna confería un aspecto grasiento. Extraña manera de vivir esa. Dormir metido en una caja, despertar todos los días en el mismo sitio. Sólo de pensarlo se ponía nervioso, y bastante nervioso le había puesto ya la dichosa campana. Carraspeó y depositó la campana en el adoquinado del suelo. Luego permaneció a la espera, con una mano posada en la empuñadura de la espada: una postura que confiaba transmitiera la idea de que la cosa iba en serio.

Desde una de las calles llegó el ruido de unas pisadas aceleradas y de pronto una niña entró corriendo en la plaza. Al verlos allí se quedó boquiabierta: una docena de hombres barbudos y armados hasta los dientes, en cuyo centro se destacaba la figura de Tul Duru. Lo más seguro es que nunca hubiera visto a un hombre ni la mitad de alto. Al girarse en redondo para salir corriendo en dirección contraria, resbaló y estuvo a punto de caerse sobre los adoquines. Luego vio detrás de ella a Dow, que estaba tranquilamente sentado en una pila de maderos, apoyado en un muro con la espada sobre las rodillas, y se quedó petrificada.

—Estate tranquila, chiquilla —gruñó Dow—. Pero ni se te ocurra moverte de ahí.

Empezaban a llegar otros. Entraban apresuradamente en la plaza desde todos los rincones, y al encontrarse al Sabueso y a sus muchachos esperándolos, en los rostros de todos ellos se dibujaba la misma expresión de espanto. Mujeres y niños en su mayoría, también algunos ancianos. Arrancados de sus lechos por la campana y adormilados aún. Los ojos enrojecidos, las caras abotargadas y las ropas revueltas. Armados con lo primero que habían encontrado. Un muchacho

llevaba un cuchillo de carnicero. Un anciano se encorvaba bajo el peso de una espada que le hacía parecer más viejo aún de lo que era. Al frente había una niña de cabellos oscuros alborotados que sujetaba una horca y tenía una expresión que trajo a la memoria del Sabueso el recuerdo de Shari. Tenía el mismo gesto duro y pensativo con el que ella solía mirarle antes de que empezaran a acostarse. El Sabueso bajó la vista y contempló con gesto ceñudo los pies descalzos de la muchacha. Confiaba en no tener que matarla.

Meterles el miedo en el cuerpo sería la mejor forma de solucionar el asunto de forma rápida y sencilla. Así que el Sabueso procuró hablar como lo haría una persona a la que se ha de temer y no como alguien que está cagado de miedo. Procuró hablar como lo habría hecho Logen. Aunque a lo mejor tampoco hacía falta meter tanto miedo. Bueno, entonces, como Tresárboles. Duro pero ecuánime, buscando la mejor solución para todas las partes.

—¿Quién de vosotros es el jefe?— gruñó.

—Soy yo —graznó el anciano de la espada, cuyo rostro desencajado dejaba traslucir la conmoción que le había producido encontrarse con un nutrido grupo de hombres armados en medio de la plaza mayor de su ciudad—. Brass es mi nombre. ¿Quién demonios sois vosotros?

—Yo soy el Sabueso, este de aquí es Hosco Harding y el grandullón ese es Tul Duru, Cabeza de Trueno —unos cuantos abrieron los ojos como platos y algunos otros intercambiaron murmullos. Al parecer, no era la primera vez que oían esos nombres—. Estamos aquí con quinientos Caris y durante la noche os hemos arrebatado la ciudad —esta vez se produjeron varios gritos ahogados y algún que otro chillido. Debían de ser más bien unos doscientos, pero no tenía ningún sentido decírselo. Podría hacerles pensar que tal vez no fuera mala idea plantar batalla y no tenía ningún deseo de acabar apuñalando a una mujer, y menos aún que una mujer acabara apuñalándolo a él—. Hay muchos más de los nuestros por todas partes, y vuestros guardias, aquellos a los que no hemos tenido que matar, están bien amarrados. Algunos de mis muchachos, y conviene que sepáis que os hablo de Dow el Negro...

—Ese soy yo —Dow lanzó una de sus malignas sonrisas, y varias personas se apartaron de él arrastrando los pies como si acabaran de decirles que ahí sentado tenían al mismísimo demonio.

—...como os iba diciendo, algunos de mis muchachos eran partidarios de prender fuego a vuestras casas y hacer una pequeña carnicería. En otras palabras, eran partidarios de seguir haciendo las cosas como solíamos cuando el Sanguinario estaba al mando, ¿me entendéis? —Una criatura que había en medio de la multitud empezó a lloriquear con una especie de gimoteo entrecortado. El muchacho miró alrededor con el cuchillo temblándole en la mano; la niña de cabellos oscuros pestañeó y agarró con más fuerza todavía la

horca. Estaba claro que habían captado la esencia del mensaje—. Pero, en vista de que la ciudad está llena de mujeres y niños, he pensado daros la oportunidad de rendiros. Es con Bethod con quien tengo una cuenta pendiente, no con vosotros. La Unión quiere emplear este lugar como puerto, para traer hombres, pertrechos o lo que sea. En menos de una hora estarán aquí con sus barcos. Muchos barcos. Va a ser así tanto si os parece bien como si no. Lo que quiero decir es que podemos resolver este asunto de manera sangrienta, si así lo queréis. Y por los muertos que en eso tenemos mucha práctica. O podéis entregar las armas, si es que las tenéis, y resolver las cosas de una forma pacífica y... ¿cómo se dice?

—Civilizada —le apuntó Hosco.

—Eso es, civilizada. ¿Qué me decís?

El anciano palpó la espada, como si hubiera preferido estar apoyado en ella en lugar de blandiría. Luego alzó la vista hacia las murallas, desde la que le miraban unos cuantos Caris, y los hombros se le vinieron abajo.

—Bien, parece que nos habéis pillado por sorpresa. ¿El Sabueso, eh? Ya había oído decir que eras un bastardo la mar de astuto. Aquí, en realidad, no queda nadie que pueda enfrentarse a vosotros. Bethod se ha llevado a todos los hombres capaces de sujetar a la vez un escudo y una lanza —echó un vistazo a la lastimosa muchedumbre que tenía alrededor—. ¿Dejaréis en paz a las mujeres?

—Las dejaremos en paz.

—A las que quieran que las dejemos en paz —terció Dow dirigiendo una sonrisa lasciva a la muchacha de la horca.

—Las dejaremos en paz a todas —intervino el Sabueso fulminándolo con la mirada—. Yo mismo me encargaré de que sea así.

—De acuerdo, pues —resolló el anciano, y acto seguido se le acercó con paso vacilante. Torció la cara con un gesto de dolor al arrodillarse y depositó su roñosa espada a los pies del Sabueso—. En lo que a mí respecta, eres mejor persona que Bethod. Supongo que tendré que darte las gracias por tu clemencia, si cumples tu palabra.

—Hummm —el Sabueso no se sentía demasiado clemente. Dudaba mucho que el viejo al que había matado en los muelles fuera a darle las gracias, o el manco al que habían apuñalado por la espalda, o el chaval al que habían arrebatado la vida degollándolo.

Uno por uno fueron acercándose todos los demás y una por una dejaron caer las armas, por así llamarlas, hasta formar con ellas una gran pila de herramientas herrumbrosas y chatarra. El muchacho fue el último en acercarse, y tras dejar en el montón el cuchillo, que resbaló hacia abajo con un estrépito

metálico, miró a Dow con cara de susto y luego regresó apresuradamente junto a los demás y se aferró a la mano de la muchacha de cabello oscuro.

Mientras permanecían apiñados con los ojos muy abiertos, el Sabueso casi podía oler su miedo. Esperaban que Dow y sus Caris los despedazaran allí mismo. Esperaban que los metieran en una casa, como si fueran ganado, los encerraran y luego prendieran fuego al lugar. Cosas todas ellas que el Sabueso había visto con anterioridad. Por eso entendía perfectamente que se acurrucaran como hacen las ovejas en los prados durante el invierno. Él hubiera hecho lo mismo.

—Bien —ladró—. ¡Asunto solucionado! Meteos en vuestras casas o en donde sea. Las tropas de la Unión estarán aquí antes del mediodía y será mejor que las calles estén despejadas.

Miraron parpadeando al Sabueso, a Tul, a Dow el Negro, y luego se miraron los unos a los otros. Tragaron saliva, se estremecieron y expresaron con murmullos su agradecimiento a los muertos. Comenzaron a disolverse, lentamente, y cada uno tiró por su camino. Vivos, para gran alivio de todos.

—Bien hecho, jefe —le dijo Tul al Sabueso al oído—. Ni siquiera Tresárboles lo habría hecho mejor.

Dow se les acercó furtivamente desde el otro lado.

—Ahora bien, lo de las mujeres, si te interesa saber mi opinión...

—No me interesa —le cortó el Sabueso.

—¿Habéis visto a mi hijo? —era una mujer, y no parecía tener intención de irse a su casa. Se aproximaba interrogando a los hombres con los que se cruzaba con los ojos llorosos y la cara desencajada. El Sabueso agachó la cabeza y miró hacia otro lado—. ¡Mi hijo estaba de guardia junto al mar! ¿Le ha visto? —preguntó con voz quebrada y sollozante tirando al Sabueso de la zamarra —Por favor, ¿dónde está mi hijo?

—¿Es que se ha creído que yo sé dónde está todo el mundo? —le espetó a su cara llorosa. Luego se alejó a grandes zancadas, como si tuviera cosas muy importantes que hacer, mientras se repetía una y otra vez: «Sabueso, eres un maldito cobarde. Qué gran heroicidad tender una trampa a un montón de mujeres, ancianos y niños».

No es fácil ser jefe.

Ese noble oficio

El gran foso había sido drenado en los primeros momentos del asedio y en su lugar había quedado una amplia zanja repleta de un fango negro. Al otro lado del puente, cuatro soldados trabajaban junto a un carro, arrastrando cadáveres hasta el talud para luego arrojarlos rodando al fondo. Los cadáveres de los últimos defensores: quemados, cubiertos de tajos, salpicados de sangre y mugre. Barbudos salvajes de cabellos enmarañados llegados de las lejanas tierras que se extendían al este del río Crinna. Sus cuerpos inertes estaban lastimosamente consumidos tras haber pasado tres meses encerrados detrás de las murallas de Dunbrec, lastimosamente famélicos. Apenas si parecían humanos. A West no le resultaba fácil alegrarse de haber obtenido una victoria sobre unos seres tan lamentables como aquellos.

—Es una pena que tras haber luchado con tanta valentía hayan acabado así —masculló Jalenhorm.

West observó cómo otro cuerpo maltrecho resbalaba por el talud y caía en el enmarañado amasijo de miembros embarrados.

—Así suelen acabar la mayoría de las veces los asedios. Sobre todo para los valientes. Quedarán enterrados en ese lodazal y luego se volverá a inundar el foso. Las aguas del Torrente Blanco se abalanzaran sobre ellos y su valentía, o su falta de ella, no habrá servido para nada.

Mientras cruzaban el puente, la fortaleza de Dunbrec, con las oscuras siluetas de sus murallas y torres semejando agujeros negros abiertos en el cielo plomizo, se alzaba imponente sobre los dos oficiales. Unas aves desgreñadas trazaban círculos en las alturas. Otras dos lanzaban graznidos desde las almenas cuarteadas.

Los hombres del general Kroy habían tardado un mes entero en recorrer ese mismo trayecto. Tras haber sido repelidos de forma sangrienta en innumerables ocasiones, finalmente habían conseguido abrir brecha en las gruesas puertas bajo una lluvia incesante de flechas, piedras y agua hirviendo. A eso había seguido una claustrofóbica semana de matanzas hasta que consiguieron abrirse paso a lo largo de las doce zancadas del túnel que había al otro lado, reventar la segunda puerta con hachas y antorchas y hacerse al fin

con el control de las murallas exteriores. Los defensores lo habían tenido todo a su favor. El lugar había sido diseñado con todo cuidado para asegurarse de que fuera así.

Y cuando por fin lograron franquear la torre de la barbacana, descubrieron que sus problemas no habían hecho más que empezar. La muralla interior era el doble de alta y de gruesa que la exterior y dominaba su adarve en toda su extensión. No había lugar donde refugiarse de los proyectiles que les lanzaban desde las seis descomunales torres.

Para tomar esa segunda muralla, los hombres de Kroy habían recurrido a todas las estratagemas contenidas en los manuales de asedio. La habían acometido con picos y palancas, pero la estructura tenía cinco zancadas de grosor en su base. Habían probado con minas, pero el terreno situado junto a la muralla estaba impregnado de agua y por debajo estaba formado por sólida roca de Angland. Habían bombardeado el lugar con catapultas, pero apenas habían conseguido hacer unos cuantos rasguños a los poderosos bastiones. La habían atacado con escalas una y otra vez, a oleadas y en pequeños grupos, de noche, por sorpresa, o de día, abiertamente, y tanto a plena luz como en la oscuridad, las desordenadas filas de los heridos de la Unión habían regresado con paso renqueante de cada uno de sus fallidos intentos, arrastrando solemnemente tras de sí a los caídos. Finalmente habían intentado negociar con los feroces defensores por medio de un intérprete norteño y el desdichado hombre había sido bombardeado con excrementos sacados de las letrinas.

Que al final lo consiguieran fue pura cuestión de suerte. Tras estudiar los movimientos de los guardias, un sargento dotado de mucha iniciativa había probado suerte con un rezón al amparo de la noche. Había escalado la muralla y otros doce valientes le habían seguido. Cogieron a los defensores por sorpresa, mataron a varios de ellos y se apoderaron de la torre de la barbacana. La operación en total llevó diez minutos y sólo se cobró la vida de un soldado de la Unión. Resultaba bastante irónico, al parecer de West, que tras haber probado todos los métodos indirectos posibles, y haber sido repelidos en medio de un baño de sangre en todas las ocasiones, el ejército de la Unión hubiera acabado entrando tranquilamente por la puerta principal.

Cerca del arco de acceso, West vio a un soldado doblado por la mitad que vomitaba ruidosamente sobre el mugriento enlosado. No sin cierta aprensión, pasó a su lado, y el repiqueteo de los tacones de sus botas resonó por el largo túnel hasta que salió al amplio patio de armas que se abría en el centro de la fortaleza. Al igual que las murallas interiores y exteriores, tenía la forma de un hexágono regular, una prueba más de la perfecta simetría del diseño. West, no obstante, tenía serias dudas de que a los arquitectos les hubiera parecido bien el estado en el que los Hombres del Norte habían dejado el lugar.

Un alargado edificio de madera que había a un lado del patio, unos establos quizá, se había incendiado durante el ataque y había quedado reducido a un amasijo de vigas carbonizadas y de ascuas aún candentes. Los encargados de despejar el desbarajuste tenían demasiado trabajo extramuros, así que el terreno seguía sembrado de armas y cadáveres retorcidos. A los muertos de la Unión los habían tendido en hileras cerca de una de las esquinas y los habían cubierto con mantas. Los norteños yacían en todas las posturas imaginables, boca arriba y boca abajo, arrebujados o estirados, en los lugares donde habían caído. Bajo los cuerpos, las losas estaban surcadas de rayas, y no sólo a consecuencia de los daños aleatorios de un asedio de tres meses. Cincelado en la roca había un gran círculo, con varios otros en su interior, todos ellos repletos de extrañas marcas y símbolos que formaban un intrincado diseño. A West no le hacía ninguna gracia el aspecto que tenía aquello. Peor aún, empezaba a percibir el repulsivo hedor que desprendía el lugar, más acre aún que el penetrante olor a madera quemada.

—¿Qué olor es ese? —masculló Jalenhorm llevándose una mano a la boca.

Un sargento que había junto a él oyó lo que decía.

—Al parecer, nuestros amigos norteños decidieron decorar un poco el lugar —señaló por encima de sus cabezas y West siguió con la vista la dirección que indicaba el dedo del guantelete del sargento.

Estaban tan descompuestos que tardó un rato en comprender que lo que estaba viendo eran restos humanos. Los habían clavado, con los brazos y las piernas extendidos, a los muros interiores de cada una de las torres, muy por encima de los edificios que se adosaban alrededor del patio. Visceras podridas plagadas de moscas colgaban de sus vientres. La Cruz de Sangre, como solían decir los norteños. Aún se distinguían vagamente algunos jirones de los coloridos uniformes de la Unión, que aleteaban impulsados por la brisa en medio de la masa de carne putrefacta.

Era evidente que llevaban bastante tiempo ahí colgados. Desde antes de que comenzara el asedio, sin duda. Quizá desde que la fortaleza cayó por primera vez en manos de los Hombres del Norte. Cadáveres de los defensores originarios que habían permanecido allí clavados pudriéndose durante todos aquellos meses. A tres de ellos les faltaba la cabeza. Tal vez fueran aquellos tres regalos que había recibido el mariscal Burr mucho tiempo atrás. West se descubrió a sí mismo preguntándose inútilmente si alguno de ellos estaba aún vivo cuando los clavaron allí arriba. De golpe, la boca se le llenó de saliva y tuvo la sensación de que el zumbido de las moscas adquiría de pronto un volumen atronador.

Jalenhorm se había puesto tan pálido como un fantasma. No dijo nada.

No había ninguna necesidad de hablar.

—¿Qué pasó aquí? —masculló West entre dientes, hablando consigo mismo.

—Verá, señor, creemos que esperaban obtener algún tipo de auxilio —el sargento, que sin duda tenía mucho estómago, le respondió con una sonrisa—. El auxilio de dioses hostiles a nosotros, suponemos. Aunque no parece que allá abajo hubiera ninguno escuchándolos, ¿eh?

West contempló con gesto ceñudo las marcas irregulares que cubrían el suelo.

—¡Elimínenlas! Si es necesario arranquen las losas y pongan otras nuevas —sus ojos vagaron hacia los cadáveres putrefactos de las torres, y el estómago le dio un vuelco—. Y que se ofrezcan diez marcos de recompensa al hombre que tenga los redaños suficientes para trepar ahí arriba y descolgar esos cadáveres.

—¿Diez marcos ha dicho, señor? ¡A ver, que alguien me acerque una escalera!

West se dio la vuelta y atravesó a grandes zancadas las puertas abiertas de la fortaleza de Dunbrec, conteniendo el aliento y deseando fervientemente no tener que volver a visitar aquel lugar nunca más. Pero sabía que volvería. Aunque sólo fuera en sueños.

Un despacho con Poulder y Kroy era más que suficiente para poner enfermo al hombre más sano del mundo, y el Lord Mariscal Burr estaba muy lejos de hallarse dentro de esa categoría. El comandante en jefe del ejército de Su Majestad en Angland se hallaba en un estado de consunción tan lamentable como el de los defensores de Dunbrec: su sencillo uniforme le colgaba del cuerpo y su pálida piel parecía demasiado tensa sobre sus huesos. En no más de doce semanas había envejecido idéntico número de años. Las manos y los labios le temblaban, no podía permanecer mucho tiempo de pie y le resultaba imposible montar a caballo. De vez en cuando su rostro se contraía y se estremecía como aquejado de unos dolores invisibles. West apenas alcanzaba a comprender cómo era posible que siguiera adelante, pero el caso es que lo hacía; catorce horas al día e incluso más. Atendía a todas sus obligaciones con la misma diligencia de siempre. Sólo que ahora parecían estar devorándolo trozo a trozo.

Con las manos apoyadas en el vientre, Burr contemplaba con gesto ceñudo el enorme mapa de la región fronteriza. El Torrente Blanco era una serpenteante línea azul que la cruzaba por en medio. Dunbrec, un hexágono negro señalado con una inscripción de caligrafía curva. A la izquierda, la

Unión. A la derecha, el Norte.

—Bien —graznó, y acto seguido soltó una tos y se aclaró la garganta—. La fortaleza vuelve a estar en nuestras manos.

El general Kroy hizo un rígido gesto de asentimiento.

—En efecto.

—Ya era hora —señaló Poulder hablando entre dientes. Aparentemente, los dos generales seguían considerando a Bethod y a sus norteños un asunto menor que les distraía de la verdadera contienda: su mutuo enfrentamiento.

Kroy se erizó y los miembros de su Estado Mayor se pusieron a murmurar como una bandada de cuervos furiosos.

—¡Dunbrec fue diseñada por los más destacados arquitectos militares de la Unión y no se reparó en gastos en su construcción! ¡Tomarla no ha sido en absoluto una tarea sencilla!

—Desde luego, desde luego —gruñó Burr, esforzándose por montar una maniobra de distracción—. Una plaza condenadamente difícil de tomar. ¿Tenemos alguna idea de cómo lo consiguieron los norteños?

—Nadie ha sobrevivido para decirnos qué estratagema emplearon, señor. Todos sin excepción lucharon hasta la muerte. Los últimos que quedaban se atrincheraron en los establos y luego prendieron fuego al edificio.

Burr dirigió una mirada a West y sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cómo entender a un enemigo así? ¿Cuál es el estado actual de la fortaleza?

—El foso está desecado, la barbacana se encuentra parcialmente destruida y la muralla interior ha sufrido considerables desperfectos. Los defensores derribaron unos cuantos edificios para obtener madera que les sirviera de combustible y piedras para arrojárnoslas y dejaron todo lo demás en... —Kroy retorció los labios como si se estuviera esforzando por dar con la expresión exacta—... en un estado bastante lamentable. Las reparaciones llevarán varias semanas.

—Hummm —Burr se frotó el estómago con gesto contrariado—. El Consejo Cerrado arde en deseos de que crucemos el Torrente Blanco para entrar en el Norte y llevar lo antes posible la lucha a campo enemigo. La población está inquieta y hay que darla buenas noticias, ya saben.

—La toma de Uffrith nos ha dejado en una posición mucho más fuerte —saltó Poulder, con una sonrisa de inconmensurable suficiencia—. De un solo golpe nos hemos hecho con uno de los mejores puertos del Norte, cuya situación es perfecta para aprovisionar a nuestras tropas mientras nos abrimos

paso en territorio enemigo. Antes había que atravesar todo Angland en carros por malos caminos y con un tiempo peor aún ¡Ahora podemos traer pertrechos y refuerzos por barco y llevarlos casi directamente al frente! ¡Y todo ello se ha conseguido sin que se produzca ni una sola baja!

West no estaba dispuesto a permitir que se atribuyera el mérito de aquello.

—Muy cierto —dijo con voz monocorde—. Una vez más ha vuelto a quedar demostrado el inestimable valor de nuestros aliados norteños.

Las filas de casacas rojas que componían el Estado Mayor de Poulder torcieron el gesto y se pusieron a refunfuñar.

—Tuvieron su parte —se vio obligado a admitir el general.

—Fue su jefe, el Sabueso, quien vino a nosotros con el plan, quien lo ejecutó usando sus propios hombres y quien le entregó a usted la ciudad con las puertas abiertas y la conformidad de su población. Eso es lo que tengo entendido.

Poulder lanzó una mirada iracunda a Kroy, que se había permitido esbozar una minúscula sonrisa.

—¡Mis hombres tienen el control de la ciudad y ya están haciendo acopio de una gran cantidad de provisiones! ¡Hemos flanqueado al enemigo obligándole a replegarse hacia Carleon! ¡Aquí lo que cuenta es eso, coronel West, no quién ha hecho esto o aquello!

—¡Por supuesto! —le atajó Burr agitando una de sus manazas—. Los dos han prestado un gran servicio a su país. Pero ahora debemos mirar hacia delante. General Kroy, se ocupará de dejar organizadas cuadrillas de trabajo para que lleven a buen término las reparaciones en Dunbrec, así como un regimiento de levas para guarnecer las defensas. Y ponga al frente a un comandante que sepa lo que se hace, se lo ruego. Resultaría un tanto embarazoso, por no decir otra cosa, que perdiéramos la fortaleza por segunda vez.

—No habrá errores —gruñó Kroy lanzando una mirada a Poulder—, puede contar con ello.

—El resto del ejército cruzará el Torrente Blanco y formará en la otra ribera. Luego empezaremos a abrirnos paso hacia el este y el norte, en dirección a Carleon, utilizando el puerto de Uffrith como base de aprovisionamiento. Hemos expulsado al enemigo de Angland. Ahora debemos seguir adelante y forzar a Bethod a doblar la rodilla —y el mariscal retorció uno de sus gruesos puños contra la palma de su mano a modo de demostración.

—¡Mi división estará al otro lado del río mañana por la noche —bufó

Poulder dirigiéndose a Kroy—, y en perfecto orden!

Burr torció el gesto.

—Debemos avanzar con precaución, me da igual lo que diga el Consejo Cerrado. La Unión no ha vuelto a cruzar el Torrente Blanco desde que el Rey Casamir invadió el Norte. Y no hace falta que les recuerde que se vio forzado a retirarse de forma un tanto desorganizada. Bethod ya nos ha cogido por sorpresa antes, y a medida que se vaya replegando hacia su territorio se irá haciendo cada vez más fuerte. Tenemos que actuar de manera coordinada. Esto no es una competición, caballeros.

Los dos generales se pusieron de inmediato a competir el uno con el otro para ver quien mostraba su asentimiento con mayor vehemencia. West exhalo un hondo suspiro y se frotó el caballete de la nariz.

El hombre nuevo

—Bueno, ya estamos de vuelta.

Bayaz miró con gesto ceñudo la ciudad, una media luna blanca y brillante que se extendía alrededor de la resplandeciente bahía. Se acercaba de forma lenta pero efectiva, alargando sus brazos para envolver a Jezal en un abrazo de bienvenida. Sus distintos elementos se distinguían cada vez con mayor nitidez: verdes parques que asomaban entre las casas, chapiteles blancos que se alzaban vertiginosos sobre la aglomeración de edificios. Distinguía las imponentes murallas del Agriont, sobre las que se erguían bruñidas cúpulas que relucían al sol. La Casa del Creador descollaba por encima de todo, pero en ese momento incluso aquella adusta mole parecía transmitir una cierta sensación de calidez y seguridad.

Había vuelto a casa. Había sobrevivido. Le parecía que habían pasado cientos de años desde que estuvo en la popa de un barco no muy distinto a aquel, contemplando con una sensación de abatimiento y desamparo cómo Adua iba perdiéndose en la distancia. Por encima del oleaje, de los chasquidos de las velas, de los reclamos de las aves marinas, comenzó a distinguir el lejano rumor de la ciudad. Le parecía la música más hermosa que había oído en su vida. Cerró los ojos y aspiró con fuerza por la nariz. El ácido sabor a sal podrida de la bahía le sabía a miel en la lengua.

—Entiendo que ha disfrutado usted del viaje, ¿eh, capitán? —preguntó Bayaz con marcada ironía.

Jezal no pudo hacer otra cosa que sonreír.

—Estoy disfrutando de su conclusión.

—No hay que desanimarse —terció Pielargo—. En ocasiones un viaje azaroso no rinde todos sus beneficios hasta mucho tiempo después de que uno haya regresado. Las tribulaciones son de corta duración, pero la sabiduría que se ha obtenido dura toda la vida.

—Ja —el Primero de los Magos frunció los labios—. Los viajes sólo traen sabiduría a los que ya son sabios. Al ignorante lo vuelven aún más ignorante de lo que ya era. ¡Maese Nuevededos! ¿Está decidido a regresar al Norte?

Logen dejó por un instante de mirar las aguas con gesto torcido.

—Nada me retiene aquí —miró de soslayo a Ferro, que le respondió con una mirada iracunda.

—¿A mí por qué me miras?

Logen sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué? No tengo ni idea —si había existido entre ellos algo remotamente parecido a un idilio, al parecer se había desmoronado de forma irremediable para dar paso a una amarga antipatía.

—En fin —dijo Bayaz alzando las cejas—, si ya lo tiene decidido... —tendió una mano al norteño, y Jezal vio como éste se la estrechaba—. Dele una patada a Bethod de mi parte cuando lo tenga bajo su bota.

—Lo haré, a menos que sea él quien me tenga bajo la suya.

—Nunca resulta fácil dar una patada de abajo arriba, ¿verdad? Bueno, gracias por su ayuda y por sus buenos modales. Quizá algún día vuelva a tenerle de invitado en mi biblioteca. Contemplaremos el lago y nos echaremos unas risas recordando nuestras grandes aventuras en el occidente del Mundo.

—Eso espero —pero Logen no parecía andar sobrado de risas, ni tampoco de esperanzas. Su aspecto era el de un hombre al que se le habían agotado todas las opciones.

En silencio, Jezal observó cómo lanzaban los cabos al muelle y luego los amarraban. A continuación, con un agudo chirrido, la larga pasarela se extendió hacia la orilla hasta raspar las losas del atracadero. Bayaz llamó a su aprendiz.

—Maese Quai. Hora de desembarcar —y el pálido joven descendió siguiendo a su maestro sin volver ni una sola vez la vista atrás. El Hermano Pielargo bajó detrás de ellos.

—En fin, buena suerte —dijo Jezal tendiéndole la mano a Logen.

—Lo mismo digo —el norteño sonrió, hizo caso omiso de la mano que le había tendido y le estrechó contra su pecho con un abrazo apretado y maloliente. Permanecieron así un rato, entre conmovedor y embarazoso, y luego Logen le palmeó la espalda y le soltó.

—Tal vez nos volvamos a ver allá en el Norte —a pesar de todos sus esfuerzos, la voz de Jezal sonaba un poco quebrada—. Si me destinan...

—Pudiera ser, pero... La verdad, espero que no sea así. Como ya le dije, yo que usted me buscaba una buena esposa y dejaba la tarea de ir por ahí matando a la gente a personas con menos seso.

—¿Como usted?

—En efecto. Como yo —lanzó una mirada a Ferro—. Bueno, esto se ha acabado, ¿eh Ferro?

—Ajá —encogió sus escuálidos hombros y comenzó a bajar por la pasarela a grandes zancadas.

Una leve palpitación sacudió la cara de Logen.

—Bien —masculló mirando la espalda de la mujer—. Ha sido un placer conocerla —luego se volvió hacia Jezal y movió el muñón del dedo que le faltaba—. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: tiene un atractivo irresistible para las mujeres.

—Hummm.

—Ya.

—En fin —a Jezal le estaba resultando extraordinariamente difícil acabar de despedirse. Durante los últimos seis meses habían sido compañeros inseparables. Al principio sólo había sentido desprecio por aquel hombre, pero ahora tenía la misma sensación que si fuera a separarse de un hermano mayor por el que sintiera el máximo respeto. De hecho, era mucho peor, porque Jezal nunca había tenido muy buen concepto de sus verdaderos hermanos. Permanecía en cubierta, sin decidirse a bajar, y Logen le sonrió como si hubiera adivinado lo que estaba pensando.

—No se preocupe. Trataré de salir adelante sin su ayuda.

Jezal alcanzó a esbozar una sonrisa.

—Sólo le pido una cosa: intente recordar lo que le dije si vuelve a verse metido en alguna pelea.

—Mucho me temo que eso es poco menos que una certeza.

Luego a Jezal no le quedó otro remedio que darse la vuelta y bajar a tierra por la traqueteante pasarela, haciendo como si se le hubiera metido algo en el ojo por el camino. El recorrido por los ajetreados muelles hasta llegar al lugar donde se encontraban Bayaz, Quai, Pielargo y Ferro se le hizo eterno.

—Juraría que maese Nuevededos sabe cuidar de sí mismo —dijo el Primero de los Magos.

—¡Vaya si sabe, en eso no hay quien le iguale! —soltó Pielargo con una risilla.

Cuando emprendieron la marcha en dirección a la ciudad, Jezal volvió la vista atrás por última vez. Logen soltó una mano del riel del barco y le saludó; luego, la esquina de un almacén se interpuso entre ambos y le perdió de vista. Ferro se quedó titubeando durante unos instantes, volviendo la vista al mar con los puños apretados y los músculos de sus sienes palpitando. Al darse la vuelta,

vio que Jezal la estaba mirando.

—¿Qué mira? —le apartó con brusquedad y se internó detrás de los otros en las atestadas calles de Adua.

La ciudad estaba tal y como Jezal la recordaba, y sin embargo, todo parecía cambiado. Los edificios daban la impresión de haber encogido y su apiñamiento le resultaba extremadamente desagradable. Incluso una avenida tan amplia como la Vía Media, la principal arteria de la ciudad, le producía una horrible sensación de angostura después de los vastos espacios abiertos del Viejo Imperio y de las sobrecogedoras vistas de las ruinas de Aulcus. Allá en las grandes planicies, hasta el cielo parecía más alto. Aquí todo parecía reducido y, por si fuera poco, flotaba en el aire un desagradable olor que nunca antes había advertido. Caminaba con la nariz arrugada, esquivando malhumorado el embate del flujo constante de transeúntes.

Lo que le causaba más extrañeza de todo era la gente. Hacía muchos meses que Jezal no veía a más de diez personas al mismo tiempo. Ahora, de pronto, tenía miles rodeándole y apretándose contra él, todas ellas furiosamente enfrascadas en sus propios quehaceres. Gentes de aspecto blando y refregado, engalanadas con prendas de colores chillones, que ahora le resultaban tan estrafalarias como artistas circenses. La moda había cambiado mientras él estuvo ausente enfrentándose a la muerte en las tierras yermas del occidente del Mundo. Los sombreros se llevaban inclinados en un ángulo distinto, las mangas tenían un corte más ancho que las abullonaba, los cuellos de las camisas habían menguado hasta adquirir unas dimensiones que hubieran parecido ridículamente cortas hace tan sólo un año. Jezal bufó con desdén para sus adentros. Le parecía asombroso que en tiempos se hubiera interesado por semejantes sandeces, y al ver a un grupo de perfumados petimetres que pasaban contoneándose a su lado les dirigió una mirada llena de desprecio.

Su propio grupo se había ido reduciendo a medida que avanzaban por la ciudad. El primero en separarse fue Pielargo, que se despidió de forma muy efusiva, con gran profusión de apretones de manos, abundante palabrería sobre honores y privilegios, y haciendo votos por un reencuentro futuro que Jezal sospechaba, o más bien esperaba, que no fueran sinceros. Al llegar a la gran plaza del mercado de las Cuatro Esquinas, Quai fue despachado para realizar algún tipo de encargo, y partió con su hosco silencio de costumbre. Eso le dejó con la única compañía del Primero de los Magos, al que seguía Ferro, que caminaba encorvada unos pasos por detrás con aspecto enfurruñado.

Para ser sinceros, a Jezal no le hubiera importado que el grupo se hubiera reducido aún más. Cierto que Nuevededos había resultado ser un leal compañero, pero a los demás miembros de aquella familia disfuncional Jezal jamás los habría elegido como invitados para una cena. Hacía mucho que había

abandonado cualquier esperanza de que la hosca coraza de Ferro se agrietara y desvelara la existencia de un alma bondadosa. Pero al menos su endemoniado carácter era previsible. Como compañero, Bayaz resultaba infinitamente más enervante: una mitad de él tenía el buen humor propio de un abuelo, la otra mitad... ¡a saber qué! Siempre que el anciano abría la boca, Jezal se estremecía en previsión de alguna sorpresa desagradable.

De momento, sin embargo, se limitaba a charlar de forma harto distendida.

—¿Puedo preguntarle cuáles son sus planes ahora, capitán Luthar?

—Bueno, supongo que me enviarán a Angland para combatir contra los norteños.

—Sí, es de imaginar. Aunque nunca se sabe lo que nos tiene preparado el destino.

A Jezal no le hizo demasiada gracia aquel comentario.

—¿Y usted? Volverá a... —se dio cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cuál era el lugar de procedencia del Mago.

—Aún no. De momento me quedaré en Adua. Se avecinan grandes acontecimientos, muchacho, grandes acontecimientos. Puede que me quede para ver en qué acaba la cosa.

—¡Muévete, zorra! —gritó una voz desde un lado de la calzada.

Tres integrantes de la guardia urbana se hallaban congregados alrededor de una muchacha de cara mugrienta que iba vestida con unos harapos. Uno de los guardias se inclinaba sobre ella aferrando una porra y le gritaba a la cara mientras ella retrocedía encogida. Una pequeña aglomeración, en su mayoría obreros y peones apenas más limpios que la mendiga, observaban la escena con gesto contrariado.

—¿Por qué no la dejan en paz? —refunfuñó uno de ellos.

Uno de los guardias dio un paso hacia él a modo de advertencia mientras otro de sus compañeros agarraba de los hombros a la mendiga y volcaba de un puntapié una escudilla, de la que salieron tintineando unas pocas monedas que fueron a parar a un desagüe.

—Eso ya es excederse —dijo entre dientes Jezal.

—Bueno —Bayaz le miró alzando la nariz—. Constantemente ocurren cosas como ésta. ¿No me diga que es la primera vez que ve cómo quitan de en medio a un mendigo?

Jezal, por supuesto, había asistido multitud de veces a escenas similares sin inmutarse. A fin de cuentas, no se podía permitir que las calles estuvieran

infestadas de mendigos. La desdichada golfilla pataleaba y chillaba mientras el guardia, que evidentemente se estaba divirtiendo, la arrastraba de espaldas una zancada más con una violencia absolutamente innecesaria. Lo que le molestaba a Jezal no era tanto el hecho en sí como la circunstancia de que se estuviera realizando delante de él sin mostrar ninguna consideración por sus sentimientos. En cierto modo hacía de él un cómplice.

—Esto es una vergüenza —siseó.

Bayaz se encogió de hombros.

—Si tanto le molesta, ¿por qué no hace algo?

En ese preciso momento el guardia agarró a la chica de las greñas y la dio un golpe seco con la porra. La mendiga soltó un chillido y cayó al suelo cubriéndose la cabeza con los brazos. Jezal sintió una palpitación en el rostro. Un instante después se había abierto paso entre la multitud y había propinado al hombre una sonora patada en el trasero que le había arrojado desmadejado al desagüe. Uno de sus compañeros avanzó hacia él blandiendo su porra, pero al instante comenzó a retroceder con paso tambaleante. Jezal, sin darse cuenta, había desenfundado sus aceros, y sus pulidas hojas centelleaban en medio de las sombras proyectadas por el edificio.

La concurrencia contuvo el aliento y retrocedió unos pasos. Jezal parpadeó. No era su intención llevar las cosas hasta ese punto. Maldito Bayaz y sus estúpidos consejos. Pero ahora ya no podía echarse atrás. Adoptó su expresión más aguerrida y arrogante.

—Un paso más y os ensartaré como a cerdos —miró a uno y otro guardia—. ¿Y bien? ¿Alguno de vosotros tiene interés en medirse conmigo? —esperaba de todo corazón que ninguno de ellos lo tuviera, pero en realidad no tenía de qué preocuparse. Como cabía prever, al ver que les oponían una resistencia decidida se comportaron como cobardes y fueron apartándose del alcance de sus aceros.

—Nadie puede tratar así a la guardia urbana. Volveremos a encontrarnos, puede estar seguro...

—Encontrarme no representa ningún problema. Soy el capitán Luthar de la Guardia Real y resido en el Agriont. No tiene pérdida. ¡Es la fortaleza que domina la ciudad! —y señaló calle arriba dando una estocada al aire con su acero largo, un ademán que hizo que uno de los guardias, asustado, retrocediera dando un traspié—. ¡Os recibiré cuando gustéis, así tendréis ocasión de explicarle a mi superior, el Lord Mariscal Varuz, el vergonzoso comportamiento que habéis tenido con esta mujer, una ciudadana de la Unión cuyo único crimen es ser pobre!

Un discurso ridículamente ampuloso, desde luego. Jezal estuvo a punto

de ponerse rojo de vergüenza al pronunciar la última parte. Siempre había despreciado a los pobres, y no estaba nada seguro de que sus opiniones al respecto hubieran experimentado un cambio significativo, pero se había dejado llevar por el entusiasmo cuando iba por la mitad y ya no le había quedado más remedio que concluir rizando el rizo.

Con todo, sus palabras surtieron el efecto deseado en los guardias urbanos. Los tres hombres se retiraron, sonriendo de una forma extraña, como si todo el asunto hubiera salido tal y como lo habían planeado, y dejando a Jezal con la indeseada aprobación de la multitud.

—¡Bien hecho, muchacho!

—Ya era hora de que alguien tuviera agallas.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—¡El capitán Luthar! —rugió Bayaz de pronto, haciendo que Jezal se girara de golpe con los aceros a medio enfundar—. ¡El capitán Jezal dan Luthar, el ganador del Certamen de esgrima del año pasado, que acaba de regresar a la ciudad tras haber corrido grandes aventuras en el occidente del Mundo! ¡Luthar, así es como se llama!

—¿Ha dicho Luthar?

—¿El que ganó el Certamen?

—¡Sí, es él! ¡Yo le vi ganar a Gorst!

Todos le miraban con los ojos muy abiertos y expresiones llenas de respeto. Uno de ellos incluso alargó una mano para tocar el dobladillo de su zamarra, un gesto que hizo que Jezal trastabillara hacia atrás y estuviera a punto de tropezar con la mendiga que había sido la causante de todo aquel desaguisado.

—Gracias —dijo la muchacha con un desagradable acento plebeyo que resultaba aún más repelente al tener la boca llena de sangre—. Muchas gracias, señor.

—No hay de que —Jezal, que no podía sentirse más azorado, comenzó a alejarse de ella paso a paso. De cerca, se notaba más lo sucia que estaba, y no tenía ningún deseo de contraer una enfermedad. La atención que había despertado en el grupo no le resultaba nada agradable. Se fue retirando a paso lento rodeado de caras sonrientes y murmullos de admiración.

Cuando dejaron atrás las Cuatro Esquinas, Ferro le miró con gesto ceñudo.

—¿Pasa algo? —la espetó Jezal.

Ella se encogió de hombros.

—Es usted menos cobarde que antes.

—Gracias por tan colosal elogio —y acto seguido la tomó con Bayaz —. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Eso ha sido que usted, muchacho, ha hecho una buena acción, y yo me siento muy orgulloso de haberlo visto. Al parecer, las lecciones que le he estado dando no han caído del todo en saco roto.

—No me refería a eso. Lo que quiero saber es por qué demonios se ha puesto a proclamar mi nombre a los cuatro vientos —gruñó Jezal, que tenía la impresión de no haber sacado ningún provecho de los constantes sermones de Bayaz—. ¡Voy a ser la comidilla de toda la ciudad!

—Vaya, no se me había ocurrido —el Mago esbozó una sonrisa—. Simplemente tenía la impresión de que se merecía un reconocimiento por tan noble acción. Ayudar a los necesitados, auxiliar a una dama en apuros, proteger a los débiles, esas cosas, ya sabe. Sinceramente admirable.

—Pero... —masculló Jezal, que no estaba seguro de si no se estaría burlando de él.

—Bueno, aquí divergen nuestros caminos.

—¿Ah, sí?

—¿Adónde va usted? —inquirió con desconfianza Ferro.

—Unos cuantos asuntos reclaman mi atención —dijo el Mago—, y tú te vienes conmigo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —desde que habían abandonado los muelles, Ferro parecía incluso más malhumorada de lo habitual, lo cual, tratándose de ella, era un logro nada despreciable.

Bayaz alzó la vista al cielo.

—Porque careces de los modales necesarios para desenvolverte sola durante más de cinco minutos en un lugar como éste. ¿Por qué iba a ser si no? Supongo que usted se volverá al Agriont, ¿no? —preguntó a Jezal.

—Sí. Sí, claro.

—Bueno, en tal caso, capitán Luthar, quisiera darle las gracias por el papel que ha desempeñado en nuestra pequeña aventura.

«¿Cómo se atreve, mago de mierda? Todo este asunto no ha sido más que una pérdida de tiempo monumental y dolorosa, de la que he salido desfigurado y que encima se ha saldado con un rotundo fracaso.» Aunque lo que realmente dijo Jezal fue:

—Ah, sí, claro —y agarró la mano que le tendía el anciano dispuesto a

estrechársela lánguidamente—. Ha sido un honor.

El apretón que le dio Bayaz fue de una energía asombrosa.

—Me alegra oírlo —Jezal se vio arrastrado hacia el rostro del anciano y se encontró mirando sus chispeantes ojos verdes a una proximidad enervante—. Porque puede que tengamos que volver a colaborar.

Jezal pestañeó. La elección del término «colaborar» le parecía muy desafortunada.

—Bueno... ejem... tal vez... en fin, ya nos veremos en alguna otra ocasión —nunca sería preferible, en su opinión.

Pero Bayaz se limitó a sonreír, a la vez que soltaba los doloridos dedos de Jezal.

—Oh, tengo casi la certeza de que nos volveremos a ver.

El sol se filtraba placenteramente a través de las aromáticas ramas del cedro, proyectando una sombra moteada sobre el terreno que tenía debajo, como siempre había hecho. Una plácida brisa revoloteaba por el patio y los pájaros gorjeaban en las ramas de los árboles igual que siempre. Los viejos edificios de los barracones, cuyos muros recubiertos de rumorosa hiedra ceñían el estrecho patio, tampoco habían cambiado. Pero ahí terminaban las similitudes con los gratos recuerdos de Jezal. Una capa de musgo se había extendido por las patas de las sillas, la superficie de la mesa había adquirido una gruesa costra de excrementos de pájaro, la hierba llevaba semanas sin cortar y las espigas rebosantes de semillas le azotaban las pantorrillas al pasar entre ellas.

En cuanto a los jugadores de cartas, hacía mucho que se hallaban ausentes. Mientras observaba el oscilar de las sombras sobre la madera gris, recordó el sonido de sus risas, el aroma a humo y a licores fuertes, el tacto de las cartas en sus manos. Ahí era donde se sentaba Jalenhorm, siempre intentando dárselas de duro y varonil. Ahí estaba el lugar en donde Kaspa solía reírse de las bromas hechas a su costa. Ese era el sitio donde West permanecía echado hacia atrás en su silla, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación. Y ahí era donde Brint barajaba con nerviosismo sus cartas, esperando esa baza ganadora que nunca llegaba.

Y ahí estaba también su propio sitio. Sacó la silla de la madeja de hierba que la rodeaba, se sentó plantando una bota encima de la mesa y se balanceó sobre las patas traseras. Ahora le costaba trabajo creer que había estado ahí sentado vigilando, intrigando, pensando en la mejor manera de hacer de menos

a sus amigos. Se dijo a sí mismo que ahora ya no se dedicaría a hacer ese tipo de cosas. No más de un par de manos, al menos.

Si había creído que bastaría un buen lavado, un meticuloso afeitado, la depilación de algún que otro pelillo suelto y una interminable sesión de peinado para hacer que se sintiera en casa, se llevó una decepción. Aquellas tareas rutinarias sólo sirvieron para dejarle la sensación de que era un extraño en su propia y polvorienta habitación. No era fácil entusiasmarse con el pulimentado de unas botas y unos botones o con el arreglo de los cordeles dorados de su casaca.

Cuando se encontró al fin frente al espejo, un lugar en el que en tiempos se había demorado gratamente durante largas horas, su propio reflejo le resultó enervante. Desde el cristal de Visserine, le miraba con fijeza un aventurero enjuto y curtido, cuya barba rubia apenas si lograba disimular la desagradable cicatriz que recorría su mandíbula torcida. Todos sus viejos uniformes le quedaban excesivamente ajustados; el almidón le picaba y los ceñidos cuellos le asfixiaban. Ya no se sentía él mismo metido en ellos. Ya no se sentía un soldado.

Ni siquiera estaba muy seguro de a quién tenía que presentarse después de haber pasado tanto tiempo fuera. Prácticamente todos los oficiales de los que tenía conocimiento se encontraban destacados en Angland. Suponía que podría haber ido a buscar al Lord Mariscal Varuz, de haber querido hacerlo, pero lo cierto es que había aprendido lo bastante sobre el peligro como para no correr a su encuentro. Cumpliría con sus obligaciones, si así se lo pedían. Pero antes tendrían que dar con él.

Entretanto, tenía otras cosas de las que ocuparse. Sólo de pensarlo se sentía aterrorizado y excitado a un tiempo. Para ver si eso le aliviaba un poco, se metió un dedo por el cuello y tiró de él en un intento de aligerar la presión que sentía en la garganta. No funcionó. Con todo, como gustaba de decir Logen Nuevededos, puestos a hacer algo, mejor era no demorarlo que vivir temiéndolo. Cogió su espada de gala, pero tras pasarse un minuto contemplando las ridículas volutas doradas de la empuñadura, la arrojó al suelo y la metió debajo de la cama de una patada. Aparenta ser menos de lo que eres, eso habría dicho Logen. Volvió a echar mano del desgastado acero largo que había llevado al viaje y lo deslizó bajo el broche de su cinturón. Luego respiró hondo y se encaminó hacia la puerta.

La calle no tenía nada de inquietante. Se encontraba en una zona bastante tranquila de la ciudad, alejada del bullicio del comercio y del estrépito de la industria. En la siguiente bocacalle había un afilador pregonando con voz gutural su oficio. Bajo los aleros de las modestas casas una paloma zureaba sin

excesivo entusiasmo. Desde algún lugar cercano se alzaba y se desvanecía el clip-clop de las caballerías y el chirrido de las ruedas de los carros. Por lo demás, todo estaba en silencio.

Ya había pasado por delante de la casa una vez en las dos direcciones y no se atrevía a volver a hacerlo por miedo a que Ardee le viera desde una ventana, le reconociera y se preguntara de qué demonios iba. En vista de ello, se puso a dar vueltas por la parte alta de la calle para ensayar lo que le iba a decir cuando apareciera en la puerta.

—He regresado —no, no, no, demasiado rimbombante—. Hola, ¿qué tal? Soy yo, Luthar —demasiado informal—. Ardee... te he echado de menos —demasiado necesitado. Al ver a un hombre que le miraba con el ceño fruncido desde una ventana de un segundo piso, soltó una tos y se dirigió apresuradamente hacia la casa, murmurando para sí una y otra vez—: Mejor no demorarlo, mejor no demorarlo, mejor no demorarlo...

Su puño aporreó la madera. Permaneció inmóvil, esperando, sintiendo en los dientes los latidos de su corazón. Al oír que descorrían el pestillo, se apresuró a poner la más encantadora de sus sonrisas. La puerta se abrió y el rostro pequeño, redondo y nada agraciado de una muchacha le contempló desde el umbral. Por mucho que hubieran cambiado las cosas, no podía caber ninguna duda de que no era Ardee.

—¿Sí?

—Ejem... —una sirvienta. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de pensar que sería la propia Ardee quien abriría la puerta de la casa? Era una plebeya, no una mendiga. Se aclaró la garganta—. He regresado... esto, quiero decir... ¿vive aquí Ardee West?

—Sí, señor —la doncella abrió la puerta justo lo suficiente para que Jezal entrara al oscuro vestíbulo—. ¿A quién debo anunciar?

—Al capitán Luthar.

La cabeza de la muchacha se volvió de golpe, como si llevara atada a ella una cuerda invisible de la que él acabara de tirar.

—¿El capitán... Jezal dan Luthar?

—Sí —masculló perplejo. ¿Era posible que Ardee hubiera estado hablando de él con el servicio?

—Oh... oh... si hace el favor de esperar un momento... —la doncella señaló una puerta y se fue corriendo con los ojos muy abiertos, como si fuera el mismísimo Emperador de Gurkhul quien viniera de visita.

La sombría salita de estar producía la impresión de haber sido decorada por alguien que tenía demasiado dinero, muy poco gusto y apenas espacio

suficiente para satisfacer sus ambiciones. Había varias sillas tapizadas con colores chillones, un aparador excesivamente ornamentado y un lienzo monumental que ocupaba por entero una de las paredes y que, de haber sido un poco más grande, hubiera obligado a derribar la pared de la casa de al lado para prolongar la sala. Dos polvorientos haces de luz penetraban por las rendijas que se abrían entre las cortinas e iluminaban la superficie reluciente, pero un tanto inestable, de una vetusta mesa. Es posible que cada uno de los muebles, individualmente, hubiera pasado revista, pero amontonados unos junto a otros producían un efecto asfixiante. En fin, se dijo Jezal a sí mismo mientras echaba un vistazo alrededor con gesto torcido, a fin de cuentas lo que le había llevado allí era Ardee, no su mobiliario.

Aquello era ridículo. Le flojeaban las rodillas, tenía la boca seca, la cabeza le daba vueltas y a cada momento que pasaba iba a peor. Ni siquiera en Aulcus, cuando se le vino encima una multitud de Shanka aullando, se había sentido tan asustado. Hecho un manojo de nervios, dio una vuelta a la sala, abriendo y cerrando los puños. Se asomó por la ventana y echó un vistazo a la apacible calle de abajo. Luego se inclinó sobre una silla para inspeccionar el monumental cuadro. Un corpulento monarca se repantigaba bajo una corona desproporcionadamente grande mientras varios lores, ataviados con togas ribeteadas con pieles, le hacían reverencias y se inclinaban ante él. Harod el Grande, supuso Jezal, aunque el hecho de haberle reconocido no le proporcionó demasiada satisfacción. El tema de conversación favorito de Bayaz, y el más aburrido de todos los suyos, habían sido los logros de aquel hombre. Por lo que hacía a Jezal, Harod el Grande podía irse a freír espárragos. Podía irse a tomar por...

—Vaya, vaya, vaya...

Estaba en el umbral. El brillo de la luz del vestíbulo que tenía a su espalda se reflejaba en sus cabellos oscuros y en los bordes de su vestido blanco. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y en su rostro en sombras asomaba el fantasma de una sonrisa. Apenas había cambiado. Ocurre a menudo en la vida que un momento que se ha esperado con ansia resulte a la postre decepcionante. Ver de nuevo a Ardee después de tanto tiempo no fue uno de esos. La conversación que había preparado con tanta meticulosidad se evaporó al instante, dejándole con la cabeza tan vacía como la primera vez que la vio.

—Así que estás vivo —murmuró ella.

—Sí... hummm... eso parece —consiguió esbozar una media sonrisa —¿Pensabas que había muerto?

—Era lo que deseaba —aquello bastó para borrarle la sonrisa de la cara de un plumazo—. Al ver que no recibía ni una sola carta tuya. Aunque en realidad lo que pensaba era que me habías olvidado.

Jezal hizo una mueca de dolor.

—Siento no haberte escrito. Lo siento de veras. Quería hacerlo pero... —Ardee cerró la puerta y se apoyó en ella con las manos a la espalda, sin dejar de mirarle con el ceño fruncido—. No hubo ni un solo día en que no quisiera hacerlo. Pero me requirieron de improviso y no tuve la oportunidad de comunicárselo a nadie, ni siquiera a mi familia. He estado... he estado muy lejos, en el occidente.

—Ya lo sé. En la ciudad no se habla de otra cosa. Si hasta yo me he enterado debe de ser porque todo el mundo está al cabo de la calle.

—¿Si hasta tú te has enterado?

Ardee giró bruscamente la cabeza para señalar al vestíbulo.

—Me enteré por la doncella.

—¿Por la doncella? —¿Cómo diablos era posible que alguien en Adua se hubiera enterado de sus desventuras, no digamos ya la doncella de Ardee West? De pronto le asaltaron unas imágenes nada agradables. Multitudes de sirvientes riéndose al imaginárselo tirado en el suelo llorando por su cara desfigurada. Toda la gente importante cotilleando sobre la pinta de imbécil que debía de tener mientras era alimentado por un norteño brutal con la cara surcada de cicatrices. Sintió que se ponía colorado hasta las puntas de las orejas—. ¿Qué te contó esa mujer?

—Oh, ya puedes imaginártelo —Ardee entró con gesto ausente en la salita—. Que escalaste las murallas en el asedio de Darmium. Que abriste las puertas a los hombres del Emperador y todo eso.

—¿Cómo? —estaba aún más desconcertado que antes—. ¿Darmium? Quiero decir... ¿quién se lo ha contado a ella...?

Ardee se le había acercado un poco, luego un poco más, y él se había ido poniendo cada vez más nervioso hasta que por fin ya no había podido seguir hablando. Se acercó aún más y, levantando la vista y entreabriendo los labios, pareció estudiar su cara. Se encontraba ya tan cerca que Jezal estaba convencido de que iba a rodearle con sus brazos y le iba a besar. Tan cerca que, anticipándose a ella, se inclinó un poco hacia delante, entrecerró los ojos, sintió un cosquilleo en los labios... Y entonces Ardee, rozándole casi la cara con sus cabellos, pasó a su lado, se acercó al aparador, lo abrió y sacó un decantador, dejándole abandonado en medio de la alfombra.

Sumido en un silencio estupefacto, observó cómo Ardee llenaba dos copas y luego alargaba el brazo para ofrecerle una, derramando un poco de su contenido, que resbaló por el cristal de la copa.

—Estás cambiado —Jezal sintió que le invadía un sentimiento de

vergüenza e instintivamente se llevó una mano a la cara para taparse la cicatriz de la mandíbula—. No me refiero a eso. Al menos, no sólo a eso. Es todo. De algún modo, estás distinto.

—Yo... —el efecto que provocaba en él era si acaso más fuerte aún que antes. Entonces no había todo el peso de las expectativas, de las interminables fantasías e ilusiones que le habían sostenido en las tierras salvajes del occidente—. Te he echado de menos —lo dijo sin pensárselo, y al darse cuenta de que se había sonrojado, intentó cambiar de tema—. ¿Has tenido noticias de tu hermano?

—Me escribe todas las semanas —echó la cabeza hacia atrás, vacío su copa de un trago y se volvió a servir otra—. Al menos, desde que me enteré de que estaba vivo.

—¿Cómo?

—Durante algo más de un mes estuve convencida de que había muerto. Sobrevivió a la batalla de puro milagro.

—¿Ha habido una batalla? —chilló Jezal, justo antes de acordarse de que estaban en guerra. Pues claro que había habido batallas. Volvió a recuperar el control de su voz—. ¿Qué batalla?

—La batalla en la que perdió la vida el príncipe Ladisla.

—¿Ladisla ha muerto? —volvió a chillar, con un timbre de voz tan agudo como el de una niña. Las pocas ocasiones en las que había visto al Príncipe Heredero se había llevado la impresión de que un hombre tan enamorado de sí mismo tenía que ser poco menos que indestructible. Costaba trabajo creer que algo tan simple como la estocada de una espada o el disparo de una flecha pudieran matarlo como a cualquier otro hombre, pero al parecer era así.

—Y luego asesinaron a su hermano...

—¿Raynault? ¿Asesinado?

—En su lecho de palacio. Cuando muera el Rey, habrá una votación en el Consejo Abierto para elegir al nuevo monarca.

—¿Por votación? —esta vez su voz se elevó tanto que casi sintió que la bilis se le subía a la garganta.

Ardee se estaba sirviendo ya otra copa.

—Se acusó del asesinato al emisario de Uthman, que fue ahorcado, aunque lo más probable es que fuera inocente. Por eso seguimos estando en guerra con los gurkos.

—¿Estamos también en guerra con los gurkos?

—Dagoska cayó a principios de año.

—¿Dagoska... cayó? —Jezal vació su copa de un trago y se quedó con la vista clavada en la alfombra mientras trataba de hacer encajar todas aquellas piezas en su cabeza. Como es natural, no debería sorprenderle que se hubieran producido algunos cambios en su ausencia, pero en ningún momento había pensado que el mundo fuera a ponerse del revés. ¿Guerra con los gurkos, batallas en el Norte, votaciones para elegir un nuevo rey?

—¿Necesitas otra? —preguntó Ardee, inclinando el decantador.

—Me parece que sí —grandes acontecimientos, en efecto, tal y como había dicho Bayaz. Se quedo mirando cómo le servía, observándola con intensidad, casi con furia, mientras el vino caía borboteando en su copa. Advirtió que encima del labio tenía una pequeña cicatriz, que no recordaba haber visto antes, y sintió un súbito impulso de tocarla, de pasarle los dedos por el cabello, de estrecharla entre sus brazos. Grandes acontecimientos, sí, pero nada de eso tenía demasiada importancia en comparación con lo que estaba ocurriendo ahora en esa habitación. ¿Quién sabe? Puede que el curso de su vida dependiera de lo que pasara en los siguientes momentos, si conseguía dar con las palabras adecuadas y obligarse a sí mismo a pronunciarlas.

—Es verdad que te he echado mucho de menos —alcanzó a decir. Un intento patético que ella desestimó con un resoplido desdeñoso.

—No seas tonto.

La cogió la mano y la obligó a mirarle a los ojos.

—He sido un tonto toda mi vida. Pero ya no. Hubo veces, en la llanura, en que la única cosa que me mantuvo con vida fue la idea de que... de que volvería a tu lado. Todos los días quería verte... —en absoluto conmovida, Ardee se limitó a devolverle una mirada ceñuda. Aquella resistencia a derretirse en sus brazos, después de todo lo que él había pasado, resultaba de lo más frustrante—. Ardee, te lo ruego. No he venido aquí para discutir.

Ella miró al suelo con gesto torcido mientras se servía otra copa.

—La verdad, no sé para qué has venido.

«Porque te quiero, y no quiero volver a separarme nunca más de ti. ¡Por favor, dime que quieres ser mi esposa!» Estuvo a punto de decirlo, pero en el último momento se fijó en el gesto despectivo de Ardee y se contuvo. Se había olvidado por completo de lo difícil que podía ser esa mujer.

—He venido para decirte que lo siento. Te he fallado, lo sé. He venido tan pronto como he podido, pero ya veo que no estás de humor para nada. Volveré más tarde.

Pasó junto a ella para dirigirse hacia la puerta, pero Ardee se le adelantó, echó la llave y la sacó.

—¿Me dejas aquí completamente sola, sin tan siquiera mandarme una carta, y luego, cuando vuelves, pretendes irte sin darme un beso? —dio un paso tambaleante hacia él, y Jezal se descubrió a sí mismo reculando.

—Ardee, estás borracha.

Ella sacudió la cabeza con gesto de fastidio.

—Siempre estoy borracha. ¿No has dicho que me echaste de menos?

—Pero... —masculló. Sin saber muy bien por qué, empezaba a sentirse un poco asustado —. Pensé que...

—Ese es tu problema, ¿sabes? Pensar. No se te da bien —le fue acorralando hacia el borde de la mesa y la espada se le quedó tan enredada entre las piernas que tuvo que apoyar una mano para no caerse.

—¿Acaso no te he esperado? —susurró, y su aliento tenía la calidez agridulce del vino—. ¿Como tú me pediste? —rozó con suavidad su boca contra la suya y le lamió los labios con la punta de la lengua mientras producía una especie de gorgoteo con la garganta y se apretaba contra él. Jezal sintió que la mano de Ardee se deslizaba hacia su entrepierna y le acariciaba por encima del pantalón.

La sensación era agradable, desde luego, y produjo un endurecimiento instantáneo. Extremadamente agradable, pero bastante preocupante también. Jezal miró con nerviosismo hacia la puerta.

—¿Y el servicio?

—Si no les gusta esto, que se busquen otro trabajo. Además, lo del servicio no fue idea mía.

—¿Y entonces de quién...? ¡Auu!

Ardee le enroscó los dedos en la cabellera y le retorció la cabeza para hablarle directamente a la cara.

—¡Olvídalos! Has venido por mí, ¿no?

—¡Sí... sí, claro!

—¡Pues dilo entonces! —y apretó hacia arriba la mano contra los pantalones de una forma casi dolorosa, aunque no del todo.

—Ay... Vine por ti.

—¿Y bien? Aquí me tienes —sus dedos buscaron a tientas el cinturón y lo desabrocharon—. No hay por qué ponerse tímido ahora.

Jezal trató de detenerla sujetándola de la muñeca.

—Ardee, espera...—pero con la otra mano le cruzó la cara de un bofetón que hizo que la cabeza de Jezal saliera rebotada con tal fuerza que los oídos se le

quedaron zumbando.

—¡Me he pasado seis meses aquí sentada sin hacer *nada!* —le bufó a la cara arrastrando ligeramente las palabras—. ¿Sabes lo mucho que me he aburrido? ¿Y ahora vas y me dices que *espere?* ¡Vete a la mierda! —le hundió una mano en los pantalones, le sacó la polla y se puso a frotársela con una mano mientras le estrujaba la cara con la otra. Pegado a la boca de Ardee, Jezal respiraba entrecortadamente con los ojos cerrados y toda su atención puesta en los dedos que le estaban acariciando.

Ardee empezó a mordisquearle los labios. De una forma casi dolorosa al principio y luego con más fuerza todavía.

—¡Ah! —gruñó Jezal—. ¡Ah!—. Le estaba mordiendo de verdad. Mordiéndole con todas sus ganas, como si su labio fuera un cartílago que hubiera que eliminar masticándolo. Trató de apartarse, pero la mesa estaba justo detrás de él y Ardee le tenía bien agarrado. En un primer momento el dolor era casi tan grande como la conmoción y, luego, al seguir los mordiscos, considerablemente mayor.

—¡Aaargh! —Jezal agarró la muñeca de Ardee, se la retorció hasta ponérsela a la espalda, dio un tirón al brazo y la arrojó sobre la mesa. La oyó exhalar un grito ahogado al golpearse la cabeza contra la pulida superficie de madera.

Se quedó quieto encima de ella, embargado por una consternación paralizante y sintiendo en la boca el regusto salado de su propia sangre. A través de la enmarañada cabellera de Ardee distinguía un ojo negro que le miraba de soslayo con gesto inexpresivo. Impulsados por su respiración agitada, algunos cabellos revoloteaban en torno a su boca. Le soltó de golpe la muñeca, y al mover ella el brazo, vio las marcas de un rosa encendido que le habían dejado sus dedos. Ardee deslizó hacia abajo una mano, se agarró un lado del vestido y se lo levantó, luego cogió el otro lado y se lo levantó también hasta que la falda quedó arrebujada a la altura de la cintura y su trasero, pálido y lustroso, se alzó desnudo ante él.

Bien, tal vez fuera un hombre nuevo, pero seguía siendo un hombre.

Con cada arremetida, la cabeza de Ardee se daba un pequeño golpe contra el enlucido de la pared y el cuerpo de Jezal le abofeteaba la parte trasera de los muslos. Con cada arremetida, los pantalones de Jezal iban bajando un poco más hasta que finalmente la empuñadura de su espada comenzó a raspar la alfombra. Con cada arremetida, la mesa se quejaba con un crujido cada vez más sonoro, como si estuvieran follando sobre la espalda de un anciano que expresara ruidosamente su desaprobación. Con cada arremetida, ella soltaba un gruñido y él un gemido, unos sonidos que no expresaban ni placer ni dolor, sino la necesaria circulación del aire en respuesta a un ejercicio vigoroso. Todo

concluyó con misericordiosa prontitud.

Ocurre a menudo en la vida que un momento que se ha esperado con ansia resulte a la postre decepcionante. Aquel fue sin ningún género de dudas uno de esos momentos. Cuando soñaba con ver de nuevo a Ardee durante las interminables horas que había pasado en la llanura, con el trasero irritado por la silla de montar y temiendo constantemente por su vida, una copula rápida y violenta sobre la mesa de una salita de estar decorada con pésimo gusto no era ni mucho menos lo que él tenía pensado. Embargado de un sentimiento de culpabilidad, de vergüenza, de profundo abatimiento, volvió a meter su polla fláccida en los pantalones. Al oír el ruido metálico que hizo la hebilla de su cinturón al cerrarse, le entraron ganas de darse de cabezazos contra la pared.

Ardee se incorporó, dejó caer su falda y luego se la alisó, sin levantar en ningún momento la vista del suelo. Jezal extendió una mano para cogerla del hombro.

—Ardee...

Ella le apartó con violencia y se alejó de él. Luego arrojó a sus espaldas un objeto que cayó al suelo con un traqueteo. La llave de la puerta.

—Puedes irte.

—¿Que puedo qué?

—¡Irte! Ya tienes lo que querías, ¿no?

Jezal se chupó su labio ensangrentado mientras la miraba con un gesto de incredulidad.

—¿Crees que era esto lo que quería? —silencio por respuesta—. Yo te amo.

Ardee soltó una especie de tos, como si estuviera a punto de vomitar, y luego sacudió la cabeza muy despacio.

—¿Por qué?

Jezal no estaba seguro de saberlo. Ya no estaba seguro de lo que quería decir ni de lo que sentía. Quería empezar de nuevo, pero no sabía cómo. Todo aquello era una pesadilla inexplicable de la que quería despertar cuanto antes.

—¿Cómo que por qué?

Ardee se inclinó hacia delante con los puños apretados y le gritó a la cara.

—¡Soy una puta mierda! ¡Todo el que me conoce me odia! ¡Mi propio padre me odiaba! ¡Mi propio hermano! —tenía la voz quebrada, el rostro contraído y su boca escupía las palabras con furia y desesperación—. ¡Todo lo que toco lo destruyo! ¡Soy una mierda! ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

—se cubrió el rostro con las manos, le dio la espalda y sus hombros se estremecieron.

Jezal, con los labios temblorosos, la miraba pestañeando. Con toda probabilidad, el antiguo Jezal dan Luthar se habría apresurado a agarrar la llave y habría salido pitando a la calle con la firme intención de no volver jamás, felicitándose por haber salido tan bien parado de todo aquel embrollo. El nuevo se lo pensó. Se lo pensó mucho. Él tenía más carácter que eso. O al menos eso se dijo.

—Te amo —sus palabras le supieron a mentira en su boca ensangrentada, pero había llegado demasiado lejos y ya no podía dar marcha atrás—. Te sigo amando —cruzó la salita, y aunque ella trató de apartarle, la rodeó con sus brazos—. Nada ha cambiado —le metió los dedos por el cabello y la abrazó mientras ella sollozaba y moqueaba sobre la pechera de su relumbrante uniforme—. Nada ha cambiado —susurró. Pero no era así, por supuesto.

La hora de la comida

No se sentaron muy cerca el uno del otro para no dar la impresión de que estaban juntos. *Dos hombres que durante el curso de su vida diaria han plantado sus culos en el mismo pedazo de madera por pura casualidad.* Era temprano por la mañana, y aunque un rayo del sol se reflejaba en los ojos de Glokta y confería a la hierba cubierta de rocío, a los árboles susurrantes y al agua del estanque un tono dorado, en el aire soplaba un airecillo traicionero. Evidentemente Lord Wetterlant era hombre madrugador. *Pero yo también. Nada impulsa tanto a un hombre a saltar de la cama como no haber pegado ojo en toda la noche acuciado por unos calambres atroces.*

Su Excelencia introdujo la mano en una bolsa de papel, sacó unas migas de pan entre sus dedos pulgar e índice y las tiró a sus pies. Ya se había congregado un grupo de patos señoriales y ahora se peleaban furiosamente por alcanzar las migas, mientras el viejo los miraba desde su rostro arrugado, que era una máscara inescrutable.

—No me hago ilusiones, Superior —dijo con voz monótona, casi sin mover los labios y sin levantar para nada la vista—. No soy un hombre lo bastante importante para competir en este concurso, aun en el caso de que quisiera hacerlo. Pero sí para sacar de ello algún beneficio. Y pretendo sacar todo lo que pueda. *Directamente al grano, por una vez. Sin necesidad de hablar del tiempo ni de cómo están los niños ni de los relativos méritos de los patos según sus colores.*

—No hay por qué avergonzarse de eso.

—Yo tampoco lo creo. Tengo que alimentar a una familia que crece de año en año. Desaconsejo encarecidamente que se tengan demasiados hijos. *Ja, eso no es problema.* Además tengo perros, a los que también hay que alimentar, y tienen mucho apetito —Wetterlant exhaló un suspiro entrecortado y tiró a los patos otro puñado de migas—. Cuanto más alto se llega, Superior, más gente tiene uno a su cargo mendigando unas migajas. Es la triste realidad.

—Tiene una gran responsabilidad, milord —Glokta hizo una mueca de dolor y estiró la pierna para sacudirse el espasmo que acababa de darle—. ¿Cómo de grande, si me permite preguntarle?

—Tengo mi propio voto, por supuesto, y controlo los votos de otros tres miembros del Consejo Abierto. Familias unidas a la mía por lazos de tierras, de amistad, matrimoniales y por una larga tradición. *Esos lazos pueden resultar bastante frágiles en estos tiempos.*

—¿Está seguro de los tres?

Wetterland fijó su helada mirada en Glokta.

—No soy un idiota, Superior. Mantengo a mis perros bien encadenados. Estoy seguro de ellos. Todo lo seguro que se puede estar en estos tiempos inciertos.

Echó más migas al agua y los patos graznaron, y se picotearon, y se sacudieron unos a otros con las alas.

—Así que son cuatro votos en total. *No es mala proporción de tan suculento pastel.*

—Cuatro votos en total.

Glokta se aclaró la garganta y miró a su alrededor para confirmar que nadie podía oírlos. Una joven con expresión trágica miraba embobada al agua al final del sendero. Al otro lado, poco más o menos a la misma distancia, dos desaliñados oficiales de la Guardia Real discutían a gritos sobre cuál de los dos estaba más borracho la noche anterior. *¿Estará la chica trágica pegando el oído para Lord Brock? ¿Serán los dos oficiales agentes de Marovia? Veo espías por todas partes, y más vale así. Hay espías por todas partes.* —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Su Eminencia estaría dispuesto a ofrecer quince mil marcos por voto.

—Ya.

Los pesados ojos de Wetterlant ni parpadearon.

—Tan escasa carnaza apenas satisfaría a mis perros. No quedaría nada para mi mesa. Debe saber que, aunque con muchos circunloquios, Lord Berezin ya me ha ofrecido diez y ocho mil por voto, así como una excelente extensión de tierras al borde de las mías. Terrenos de caza mayor. ¿Es usted aficionado a la caza, Superior?

—Lo era —repuso Glokta tocando con el bastón su pierna destrozada—. Pero hace tiempo que no la practico.

—Ah. Mi más sincera conmiseración. A mí siempre me ha fascinado ese deporte. Además, luego Lord Brock me hizo una visita. *Qué agradable para los dos.* Tuvo la amabilidad de ofrecerme veinte mil y a la más joven de sus hijas en un muy conveniente matrimonio con mi hijo mayor.

—*¿Y* aceptó?

—Le dije que era demasiado pronto para aceptar nada.

—Estoy seguro de que Su Eminencia podría llegar a los veintiún mil, pero tendría que ser si...

—El Secretario del Juez Marovia ya me ha ofrecido veinticinco.

—¿Harlen Morrow? —siseó Glokta entre sus escasos dientes.

Lord Wetterland arqueó una ceja.

—Creo que así se llamaba.

—Lamento que de momento no esté en mi mano otra cosa que igualar esa suma. Informaré a Su Eminencia de su postura. *Seguro que su entusiasmo no conocerá límites.*

—Espero volver a tener noticias suyas, Superior —Wetterlant se volvió hacia los patos y, con una vaga sonrisa en los labios, les arrojó unas cuantas migas más y se quedó mirando cómo se las disputaban.

Con una expresión que se asemejaba en algo a una sonrisa, Glokta renqueó esforzadamente por la escalera de una casa anodina de una calle normal y corriente. *Un instante lejos de la sofocante presencia de los grandes y los buenos. Un momento en que no tengo que mentir, ni engañar, ni vigilar que no me claven un cuchillo por la espalda. A lo mejor hasta encuentro una habitación que no siga apestando a Harlen Morrow. Eso sería una refrescante...*

La puerta se abrió de pronto sin darle tiempo a levantar el puño para llamar. Se quedó allí en pie, ante el sonriente rostro de un hombre que vestía el uniforme de la Guardia Real. Fue una aparición tan inesperada, que al principio Glokta no le reconoció. Pero al instante le acometió un sentimiento de consternación.

—¡Hombre, el capitán Luthar! ¡Vaya sorpresa! *Más desagradable.*

Estaba muy cambiado. Lo que antes había sido una cara tersa y aniñada había sido reemplazada por unos rasgos angulares y curtidos por la intemperie. Donde antes se veía una barbilla alzada con arrogancia, se apreciaba ahora una especie de ladeo que le confería casi un aire contrito. Además se había dejado barba, como si hubiera intentado sin éxito ocultar una fea cicatriz que le atravesaba los labios y llegaba hasta la mandíbula. *Aunque no le hace menos atractivo. Qué lástima.*

—Inquisidor Glokta... hummm...

—Superior.

—¿Ah, sí? —Luthar parpadeó por un instante—. Bien, en ese caso...

La sonrisa relajada reapareció y Glokta se quedó sorprendido al sentir que le estrechaba calurosamente la mano.

—Enhorabuena. Me encantaría poder charlar un rato con usted, pero el deber me llama. No me queda mucho tiempo en la ciudad, sabe. Salgo enseguida hacia el Norte.

—Naturalmente —Glokta se quedó mirando con el ceño fruncido a Luthar, que se alejó por la calle con paso desenvuelto, limitándose a echarle una furtiva mirada antes de doblar la esquina. *Con lo que ya sólo queda la cuestión de saber qué estaba haciendo aquí.* Entró renqueando por la puerta abierta y la cerró silenciosamente a su espalda. *Aunque, la verdad, ¿un joven saliendo de casa de una joven a primera hora de la mañana? No hace falta la Inquisición de Su Majestad para resolver un misterio como ese. Después de todo, ¿acaso no he salido yo muy a menudo de muchas residencias al amanecer fingiendo que no quería ser visto, cuando en realidad esperaba serlo?* Atravesó la puerta y entró en el cuarto de estar. *¿O acaso aquel era otro hombre?*

Ardee West estaba de espaldas, y Glokta oyó un ruido de vino cayendo en una copa.

—¿Se te ha olvidado algo? —dijo ella por encima del hombro, con voz dulce y picara. *No es un tono que ahora oiga a menudo de labios de una mujer. El horror y el asco, con un levísimo toque de compasión, son lo más frecuente.* Hubo un tintineo cuando ella retiró el vaso—. ¿O has comprendido que no puedes vivir sin...? —su cara dibujaba una sonrisa traviesa cuando se volvió hacia él, pero se borró de inmediato al ver quién estaba allí.

Glokta resopló.

—No se preocupe. Todo el mundo reacciona así cuando me ve. Hasta yo reacciono de esa manera por la mañana cuando me miro al espejo. *Si consigo ponerme delante de ese maldito objeto.*

—No es mi caso, y lo sabe. Lo que pasa es que no esperaba que apareciera así de pronto.

—Entonces los dos nos hemos llevado una sorpresa. ¿A que no adivina con quién me he tropezado en su vestíbulo?

Se quedó petrificada unos segundos. Después movió ligeramente la cabeza para quitar importancia al asunto y bebió un poco de vino.

—¿No me va a dar una pista?

—Muy bien, se la daré.

Glokta hizo una mueca al dejarse caer en una silla, estirando ante sí su

pierna dolorida.

—A un apuesto oficial de la Guardia Real al que sin duda aguarda un brillante porvenir. *Aunque muchos confiamos que no sea así.*

Ardee le miró furiosa por encima del borde de su copa.

—En la Guardia Real hay tantos oficiales que apenas los distingo.

—¿Ah, no? Creo que éste ganó el Certamen el año pasado.

—Apenas si recuerdo quién llegó a la final. Cada año es igual que el anterior, ¿no le parece?

—Cierto. Desde que yo dejé de concursar ha ido cuesta abajo. Pero pensé que se acordaría de ese hombre en concreto. Parecía como si alguien le hubiera dado un golpe en la cara desde la última vez que nos vimos. Y con bastante violencia, diría yo. *Ni la mitad de la que yo hubiera deseado.*

—Usted está enfadado conmigo —dijo ella, aunque sin la menor señal de que eso le preocupara.

—Yo diría que decepcionado. ¿Pero qué otra cosa cabía esperar? Creí que era usted más inteligente —La inteligencia no garantiza un comportamiento sensato. Mi padre me lo decía todo el rato —se terminó el vino de un trago—. No se preocupe. Sé cuidar de mí misma.

—No, no sabe. Ha dejado eso perfectamente claro. ¿Sabe lo que pasará si la gente lo descubre? Todo el mundo le hará el vacío.

—¿Bueno, y qué? —se burló ella—. Quizá le sorprenda saber que ahora me invitan pocas veces a palacio. Apenas si doy la talla como un simple incordio. Nadie me dirige la palabra. *Aparte de mí, claro, pero yo no soy precisamente el acompañante que sueña toda mujer* —A nadie le importa un carajo lo que yo haga. Si lo descubren, se dirán que no cabía esperar otra cosa de una perdida como yo. Ya sabe, esos malditos plebeyos, se controlan menos que los animales. A fin de cuentas, ¿no fue usted quien me dijo que follara con quien me diera la gana?

—También le dije que cuanto menos follara, mejor.

—Supongo que eso es lo que le decía a todas sus conquistas, ¿no?

Los labios de Glokta dibujaron una especie de mueca. *No exactamente. Yo suplicaba y lloraba y amenazaba. Tu belleza me ha hecho daño. Me ha partido el corazón. Soy un desgraciado, moriré si no eres mía. ¿No tienes compasión? ¿No me amas? Yo hacía lo que fuera, salvo tal vez enseñarles mi instrumental. Luego, cuando obtenía lo que quería, me las sacaba de encima y me iba alegremente en busca de otra sin volver ni una sola vez la vista atrás.*

—¡Ja! —exclamó Ardee como si adivinara sus pensamientos—. ¿Sand

dan Glokta soltando una charla sobre los beneficios de la castidad? ¡Por favor! ¿A cuántas mujeres destrozó antes de que los gurkos le destrozaran a usted? ¡Su reputación era nefasta!

Un músculo tembló en el cuello de Glokta, que movió un hombro en círculo hasta que se calmó. *Tiene razón. Quizá unas palabras con el caballero en cuestión sea lo mejor. Unas palabras suaves o una noche con el Practicante Frost.*

—Su cama es asunto suyo, como dicen en Estiria. Y por cierto, ¿qué hace el gran capitán Luthar entre la población civil? ¿No tiene norteños a quienes derrotar? ¿Quién salvará Angland mientras él esté aquí?

—No estaba en Angland.

—¿No? *Su padre le encontró un bonito lugar para que se quitara de en medio, ¿no es eso?*

—Ha estado en el Viejo Imperio, o algo así. Al otro lado del mar, hacia el Este, muy lejos —suspiró como si hubiera oído hablar mucho del tema y estuviera harta de ello.

—¿En el Viejo Imperio? ¿Qué demonios ha estado haciendo allí?

—¿Por qué no se lo pregunta a él? Ha debido de ser todo un señor viaje. Me habló mucho de un norteño. Nuevededos, o algo por el estilo.

La cabeza de Glokta se enderezó de golpe.

—¿Nuevededos?

—Ajá. De él y de un viejo calvo.

Una sucesión de estremecimientos cruzó por la cara de Glokta.

—Bayaz.

Ardee se encogió de hombros y volvió a beber de su copa, con cierta pesadez de borracha. *Bayaz. Lo último que nos falta, ahora que estamos a un paso de las elecciones, es que ese viejo embustero venga a meter aquí su cabeza pelona.*

—¿Está aquí, en la ciudad?

—¡Y yo qué sé! —gruñó Ardee—. A mí nadie me dice nada.

Tenemos tanto en común...

Ferro paseaba furiosa por la habitación, volcando su desprecio sobre la atmósfera perfumada, las susurrantes cortinas que encuadraban los grandes ventanales y la terraza que se veía al otro lado. Se mofó de los oscuros retratos que representaban a unos reyes gordos y feos y del refulgente mobiliario distribuido por el suelo de la estancia. Detestaba aquel lugar, con sus camas blandas y sus blandos habitantes. Prefería infinitamente más el polvo y la sed de las estepas de Kanta. Allí la vida era dura, y calurosa, y breve.

Pero al menos era sincera.

La Unión, y más concretamente la ciudad de Adua, y sobre todo la fortaleza del Agriont, rebosaban falsedad. Lo sentía en la piel, como una mancha aceitosa que no conseguía borrar. Y allí, en el centro, estaba hundido Bayaz. La había engañado para que le siguiera al otro extremo del mundo para nada. No habían encontrado ningún arma antigua que usar contra los gurkos. Y ahora él sonreía y se carcajeaba y secreteaba con otros viejos. Unos hombres que entraban sudando por el calor que hacía fuera y salían sudando todavía más.

Nunca se lo hubiera confesado a nadie. Se avergonzaba de confesárselo a sí misma. Echaba de menos a Nuevededos. Aunque nunca se lo había podido demostrar, había sido un alivio tener alguien en quien poder confiar a medias.

Ahora tenía que guardarse las espaldas ella sola.

Por única compañía tenía al aprendiz. Y tenerle a él era peor que no tener a nadie. Estaba ahí sentado, mirándola en silencio, sin hacer ningún caso del libro que tenía sobre la mesa. Mirándola y sonriendo sin alegría, como si supiera algo que ella hubiera debido adivinar. Como si la considerase una idiota por no verlo. Y eso sólo servía para que aumentara aún más su rabia. Por eso andaba dando vueltas por la habitación lanzando miradas iracundas a diestro y siniestro, con los puños cerrados y la mandíbula apretada.

—Deberías volver al Sur, Ferro.

Se detuvo y miró a Quai enfurecida. Por supuesto, tenía razón. Nada deseaba más que abandonar para siempre a esos pálidos impíos y luchar contra los gurkos con un arma que pudiera entender. Vengarse de ellos con los

dientes, si no hubiera más remedio. El aprendiz tenía razón, pero eso no cambiaba las cosas. Ferro nunca había sido de las que aceptan consejos.

—¿Qué sabes tú de lo que yo debería hacer, maldito pálido canijo?

—Más de lo que tú te crees —dijo sin quitarle en ningún momento la vista de encima—. Tú y yo somos muy parecidos. Puede que tú no lo veas, pero lo somos. Tenemos tanto en común...

Ferro frunció el ceño. No sabía que quería decir con eso aquel idiota enfermizo, pero no le gustaba cómo sonaba.

—Bayaz no te dará nada de lo que necesitas. No es de fiar. Yo lo descubrí demasiado tarde, pero tú aún estás a tiempo. Deberías buscarte otro dueño.

—Yo no tengo dueño —le espetó—. Yo soy libre.

Los pálidos labios de Quai se curvaron hacia arriba.

—Ninguno de los dos seremos libres nunca. Vete. Aquí no hay nada para ti.

—¿Entonces por qué te quedas tú?

—Para vengarme.

El ceño de Ferro se hizo más profundo.

—¿Para vengarte de qué?

El aprendiz se inclinó hacia delante, con sus ojos brillantes fijos en los de ella. Se oyó un crujido y la puerta se abrió. Nada más oírlo, cerró la boca, se reclinó hacia atrás y se puso a mirar por la ventana. Como si nunca hubiera tenido intención de hablar.

Maldito aprendiz con sus malditos enigmas. La mirada ceñuda de Ferro se desvío hacia la puerta.

Bayaz entró lentamente en la habitación, poniendo mucho cuidado de que no se le derramara la taza de té que llevaba en la mano. Ni siquiera miró en dirección a Ferro cuando pasó a su lado y se dirigió a la puerta abierta de la terraza. Maldito Mago. Le siguió, entrecerrando los ojos para protegerse del sol. Estaban a mucha altura y el Agriont se extendía ante ellos igual que cuando Nuevededos y ella habían trepado por los tejados, hacía ya tanto tiempo. Abajo, a lo lejos, varios grupos de pálidos ociosos holgazaneaban sobre la brillante hierba, tal como les había visto hacer antes de partir para el Viejo Imperio. Y sin embargo, no todo era igual que entonces.

En toda la ciudad se respiraba una especie de miedo. Lo leía en todas aquellas caras suaves y blancas. En sus palabras y en sus gestos. Parecían estar esperando algo con la respiración contenida, como el aire antes de que estalle la tormenta. Como un campo de hierba seca, listo para estallar en llamas a la

primera chispa que se produjera. No sabía lo que estaban esperando ni le importaba.

Pero había oído hablar mucho de votos.

El Primero de los Magos, con media calva reluciendo bajo el intenso brillo del sol, la observó cuando cruzó la puerta.

—¿Un té, Ferro?

Ferro detestaba el té y Bayaz lo sabía. Era lo que bebían los gurkos cuando proyectaban una traición. Recordó a los soldados bebiéndolo mientras ella se revolvía en el polvo. Recordó a los traficantes de esclavos bebiéndolo mientras hablaban de precios. Recordó a Uthman bebiéndolo mientras se reía a carcajadas de su furia y su indefensión. Ahora Bayaz lo bebía sujetando delicadamente la tacita entre el dedo índice y el pulgar. Y sonreía.

Ferro apretó los dientes.

—Me voy de aquí, pálido. Me prometió venganza y no me ha dado nada. Me vuelvo al Sur.

—¿Ah, sí? Sentiríamos mucho perderte. Pero Gurkhul y la Unión están en guerra. De momento no sale ningún barco para Kanta. Y puede que no salga en mucho tiempo.

—¿Entonces cómo puedo ir?

—Has dejado meridianamente claro que yo no soy responsable de ti. He puesto un techo sobre tu cabeza y muestras poca gratitud. Si te quieres ir, arréglatelas por tu cuenta. Pronto regresará mi hermano Yulwei. Puede que a él no le importe ocuparse de ti.

—No me sirve —Bayaz la miró furioso. Amenazante tal vez. Pero ella no era Pielargo, ni Luthar, ni Quai. Ella no tenía dueño y jamás volvería a tenerlo—. ¡He dicho que no me sirve!

—¿Por qué insistes en poner a prueba los límites de mi paciencia? No es ilimitada, ¿sabes?

—Ni la mía tampoco.

Bayaz resopló con desdén. —Siempre.

—Entonces seguro que tus aptitudes todavía nos pueden ser útiles. En algo que no requiera sentido del humor, desde luego. Mis planes en lo relativo a los gurkos no han cambiado. La lucha debe continuar, sólo que con otras armas —y, dicho aquello, miró de soslayo la gran torre que se cernía sobre la fortaleza.

Ferro ni entendía de belleza ni le importaba, pero ese edificio le parecía bellísimo. No había debilidad ni indulgencia en esa montaña de piedra desnuda. Su forma era de una honradez brutal. Sus ángulos, negros y afilados,

eran de una precisión inmisericorde. Había algo en él que la fascinaba.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó.

Bayaz la miró entornando los ojos.

—La Casa del Creador.

—¿Qué hay dentro?

—Eso a ti no te importa.

Ferro estuvo a punto de escupir de rabia.

—Usted vivió allí. Sirvió a Kanedias. Ayudó al Creador en sus obras. Lo contó cuando estábamos en la gran llanura. Así que dígame, ¿qué hay dentro?

—Tienes buena memoria, Ferro, pero olvidas una cosa. Que no encontramos la Semilla. Ya no te necesito. Ya no tengo por qué contestar a tus eternas preguntas.

Dio un nuevo sorbo al té, enarcando las cejas, y miró a los perezosos pálidos que había tumbados en el parque.

Ferro se obligó a sonreír. O a mostrar algo que se acercara a una sonrisa. Al menos, enseñó los dientes. Se acordaba muy bien de lo que había dicho aquella vieja amargada de Cawneil y de lo mucho que a él le había molestado. Ella haría lo mismo.

—El Creador. Usted intentó robarle sus secretos. Intentó robarle a su hija. Se llamaba Tolomei. Su padre la tiró del tejado. Como castigo a su traición por haberle abierto a usted la puerta. ¿Me equivoco?

Bayaz tiró por la terraza los últimos restos de té que le quedaban. Ferro los contempló mientras caían brillando al sol.

—Así es, Ferro, el Creador tiró a su hija desde el tejado. Por lo visto, los dos somos desdichados en amores. Mala suerte para nosotros. Y peor suerte aún para nuestros amantes. ¿Quién iba a imaginar que tuviéramos tanto en común?

Ferro contempló la posibilidad de tirar al maldito pálido por la terraza para que fuera a hacer compañía a su té. Pero Bayaz seguía estando en deuda con ella. Y pensaba cobrársela. Así que se limitó a fruncir el ceño y volvió adentro.

Había un recién llegado en la habitación. Un hombre con el pelo rizado y una amplia sonrisa. Llevaba un largo bastón en la mano y una bolsa vieja de cuero al hombro. Sus ojos tenían algo extraño. Uno era claro y el otro oscuro. Ferro advirtió en la mirada inquisitiva del hombre algo que la hizo desconfiar. Incluso más de lo acostumbrado.

—¡Hombre, la famosa Ferro Maljinn! Perdone mi curiosidad, pero no todos los días se encuentra uno con una persona de su... excepcional ascendencia.

A Ferro no le gustó nada que conociera su nombre, ni su ascendencia, ni nada acerca de ella.

—¿Quién es usted?

—Perdón, qué mala educación. Soy Yoru Sulfur, de la Orden de los Magos —le tendió la mano. Ella no le devolvió el gesto, pero el tipo se limitó a sonreír.

—No uno de los Doce originales, claro que no. Yo soy, como quien dice, un añadido posterior. Una incorporación tardía. Durante un tiempo fui aprendiz del gran Bayaz.

Ferro resopló. Eso no le cualificaba en absoluto como alguien digno de confianza.

—¿Qué pasó?

—Que me gradué.

Bayaz tiró la taza a una mesa que había junto a la ventana.

—Yoru —dijo, y el recién llegado bajó humildemente la cabeza—. Gracias por lo que has hecho hasta ahora. Preciso y al grano, como siempre.

La sonrisa de Sulfur se hizo más amplia.

—No soy más que una pequeña pieza de una gran máquina, Maestro Bayaz, pero procuro ser una pieza sólida.

—Nunca me has decepcionado. Y yo eso no lo olvido. ¿Cómo va tu próximo juegue cito?

—Listo para empezar cuando usted mande.

—Pues empecemos ya. Con retrasarlo no ganamos nada.

—Lo dispondré todo. También he traído esto, como me pidió usted —se quitó la bolsa del hombro, metió la mano dentro y sacó lentamente un libro. Un libro grande y negro con las cubiertas ralladas y quemadas—. El libro de Glustrod —dijo en voz baja, como si le diera miedo pronunciar esas palabras.

—Guárdalo por ahora. Ha surgido una complicación inesperada —dijo Bayaz.

—¿Una complicación? —Sulfur volvió a meter el libro en su bolsa con cierto alivio.

—Lo que buscábamos... no estaba allí.

—Entonces...

—En lo que respecta a los demás planes, nada ha cambiado.

—Por supuesto —Sulfur volvió a bajar la cabeza—. Lord Isher ya debe estar de camino.

—Muy bien.

Bayaz miró a Ferro, como si acabara de acordarse de que seguía estando allí.

—¿Te importaría dejarnos solos en la habitación un momento? Va a llegar una visita y tengo que atenderla.

A ella le alegró poder salir de la habitación, pero se tomó su tiempo, aunque sólo fuera porque Bayaz quería que se fuera enseguida. Descruzó los brazos, se puso en pie y se estiró. Luego se dirigió a la puerta por el camino más largo, arañando con los zapatos el suelo y produciendo un desagradable ruido que se extendió por toda la habitación. Durante el corto trayecto se paró para examinar un retrato, para mover un poco una silla, para pasar la mano por una manchita, nada de lo cual le interesaba en lo más mínimo. Mientras tanto, Quai la observaba, Bayaz fruncía el ceño y Sulfur la sonreía con un gesto de complicidad. Al llegar a la puerta se detuvo.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo —le espetó Bayaz.

Ferro se dio la vuelta y echó otro vistazo a la habitación.

—Maldito Mago —soltó, y de inmediato se deslizó fuera.

En la habitación contigua estuvo a punto de chocar con un pálido viejo y muy alto. Llevaba una gruesa toga, a pesar del calor, y una reluciente cadena montada sobre los hombros. Detrás de él apareció un hombre fornido, de gesto adusto y vigilante. Un guardaespaldas. A Ferro no le gustó nada la pinta del viejo, que al verla alzó la barbilla y la miró como si fuera un perro.

Como si fuera una esclava.

—Chisss...—siseó cuando pasó por su lado.

Él refunfuñó algo y el guardaespaldas la miró con cara de pocos amigos. Ferro no hizo caso. Las caras de pocos amigos no significaban nada. Si lo que quería era un rodillazo en la cara, que se atreviera a tocarla. Pero no lo hizo. Los dos entraron en la habitación.

—¡Ah, Lord Isher! —oyó decir a Bayaz antes de que se cerrara la puerta—. Me congratula que haya podido acudir con tanta prontitud.

—He venido enseguida. Mi abuelo decía siempre que...

—Su abuelo era un hombre sabio y un buen amigo. Si me lo permite, me gustaría comentar con usted la situación del Consejo Abierto. ¿Le apetece una taza de té?

Honestidad

Jezal estaba tumbado en la cama con las manos detrás de la cabeza y las sábanas alrededor de la cintura. Contempló a Ardee, que estaba mirando por la ventana, con los codos en el alféizar y la barbilla entre las manos. Agradeció al destino que a un sastre militar, largo tiempo olvidado, se le hubiera ocurrido proveer a los miembros de la Guardia Real de una chaqueta con la cintura alta. Le dio las gracias con profunda y sincera gratitud, porque la chaqueta era lo único que ella llevaba puesto.

Era increíble cómo habían cambiado las cosas entre ellos desde aquel amargo y desconcertante encuentro. Hacía una semana que no pasaban una noche separados y durante esa semana la sonrisa no se había borrado de su cara. De vez en cuando, claro, un sorprendente y horrible recuerdo brotaba de forma espontánea, como un cadáver hinchado que emergiera del fondo de un estanque cuando uno está merendando a la orilla. Era el recuerdo de Ardee mordiéndole y pegándole, llorando y gritándole a la cara. Pero cuando eso ocurría se forzaba a sonreír, y al verla a ella sonriéndole a su vez, pronto podía ahogar de nuevo esos pensamientos, al menos por el momento. Luego se enorgullecía de ser lo bastante hombre para hacerlo y para concederle a ella el beneficio de la duda.

—Ardee —dijo volviéndose hacia ella.

—¿Mmmm?

—Vuelve a la cama.

—¿Por qué?

—Porque te quiero —era curioso que cada vez le resultara más fácil decírselo.

Ella suspiró aburrida.

—Eso dices todo el rato.

—Porque es verdad.

Se dio la vuelta, dejando atrás las manos agarradas al alféizar, y su cuerpo quedó enmarcado a contraluz en la ventana.

—¿Y qué significa eso exactamente? ¿Que llevas una semana follándome y todavía no te basta?

—No creo que me baste nunca.

—Pues...

Se apartó de la ventana y dio unos pasos hacia él.

—Bueno, supongo que no tiene nada de malo comprobarlo, ¿no? —se detuvo al pie de la cama—. Pero prométeme una cosa.

Jezal tragó saliva, preocupado por lo que fuera a pedirle y preocupado por lo que él pudiera responder.

—Lo que quieras —murmuró obligándose a sonreír.

—No me falles.

Su sonrisa se amplió. A eso no resultaba tan difícil contestar con un no. A fin de cuentas, ahora era otro hombre —Claro que no. Te lo prometo.

—Bien.

Trepó a la cama con los ojos fijos en la cara de él, y los pies de Jezal bailaron de entusiasmo bajo la sábana. Ella se arrodilló, con una pierna a cada lado del cuerpo de él, y luego se alisó de un tirón la chaqueta.

—¿Qué, capitán? ¿Paso la revista?

—Yo diría... —repuso él metiendo las manos dentro de la chaqueta—... que eres sin duda alguna... —bajó una mano hasta uno de sus pechos y le masajeó un pezón—... el soldado con mejor aspecto de toda la Compañía.

Ella presionó con su ingle la de él y movió las caderas de atrás a delante.

—Ah, el capitán está ya en posición de firmes...

—¿Para ti? Siempre...

Ardee le lamió y le chupó la boca, salpicándole de saliva la cara. Él le metió una mano entre las piernas y ella se restregó un rato contra ella mientras los dedos húmedos de Jezal entraban y salían una y otra vez de su cuerpo. Ella gruñía y jadeaba y lo mismo hacía él. Ardee alargó una mano y quitó de en medio la sábana. Él se agarró la polla, ella movió las caderas hasta dar con el sitio indicado y luego se apretó sobre él y empezó a moverse. Su melena hacía cosquillas a Jezal en la cara y sus jadeos le hacían también cosquillas en las orejas.

Se oyeron dos fuertes golpes de nudillos en la puerta y los dos se quedaron petrificados. Luego sonaron otros dos golpes. Ardee levantó la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca y gutural.

—Preguntan por el capitán —contestó la criada —. ¿Todavía... todavía está ahí?

Los ojos de Ardee buscaron los de Jezal.

—¡Creo que podré hacerle llegar un mensaje!

Jezal se mordió el labio para sofocar la risa y luego alargó una mano y le pellizcó a Ardee un pezón. Ella se la quitó de encima de un manotazo.

—¿Quién es?

—¡Un mensajero!

La risa de Jezal se desvaneció. Esos cabrones nunca traían buenas noticias y además tenían la manía de presentarse siempre en el peor momento.

—El Mariscal Varuz tiene que hablar urgentemente con el capitán. Le están buscando por toda la ciudad.

Jezal soltó una maldición en voz baja. Al parecer, el ejército se había enterado de su regreso.

—¡Dígale que cuando vea al capitán le daré el recado! —gritó Ardee.

Y el ruido de pisadas se alejó por el pasillo.

—Joder —soltó Jezal en cuanto se aseguró de que la criada se había ido, aunque no creía que albergara muchas dudas sobre lo que había estado ocurriendo allí dentro durante los últimos días y las últimas noches—. Tengo que irme.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, malditos sean. Si no me voy me seguirán buscando. Cuanto antes me vaya, antes podré volver.

Ardee suspiró y se dio la vuelta hasta quedar de espaldas, mientras él se bajaba de la cama y se ponía a recoger la ropa que tenía tirada por todo el cuarto. La camisa tenía por delante una mancha de vino y el pantalón estaba todo arrugado y sobado, pero qué se le iba a hacer. Ir por el mundo hecho un pincel ya no era el principal objetivo de su vida. Se sentó en la cama para ponerse las botas y sintió que ella se arrodillaba a su lado. Luego sus manos le acariciaron el pecho y sus labios le rozaron la oreja y susurraron:

—Otra vez me vas a dejar sola, ¿verdad? ¿Te vas a Angland a matar norteños con mi hermano?

Jezal se inclinó con alguna dificultad y se puso una bota.

—Quizá sí. O quizá no.

La vida militar ya no le atraía. Había visto demasiada violencia, y bien de cerca, para saber que sólo traía miedo y sufrimiento. La gloria y la fama eran

escasa recompensa para los riesgos que conllevaban.

—Estoy pensando en dejar el ejército.

—¿Ah, sí? ¿Para hacer qué?

—No estoy seguro —se volvió y la miró—. Puede que encuentre una mujer buena y siente la cabeza.

—¿Una mujer buena? ¿Conoces alguna?

—Esperaba que tú me dieras alguna idea.

Ella apretó los labios.

—Vamos a ver. ¿Tiene que ser guapa?

—No, no, las mujeres guapas son demasiado exigentes. Tan normalita como el agua de fregar, por favor.

—¿Inteligente?

Jezal resopló.

—Todo menos eso. Yo tengo fama de ser un cabeza hueca. Con una mujer inteligente al lado parecería un idiota todo el rato —se puso la otra bota, se desembarazó de las manos de Ardee y se puso de pie—. El ideal sería una vaca pasmada que no tuviera nada en la cabeza. Alguien que siempre me diera la razón.

Ardee aplaudió.

—Sí, sí, la estoy viendo: colgada de tu brazo como un traje vacío y actuando como si fuera el eco aflautado de tu propia voz. ¿Pero de sangre azul, supongo?

—Por supuesto, yo aspiro a lo mejor. Eso es innegociable. Y rubia, tengo debilidad por las rubias.

—Totalmente de acuerdo. ¡El pelo oscuro es tan vulgar! Es un color que sugiere suciedad, inmundicia, mugre —se estremeció—. Me siento manchada sólo de pensarlo.

—Sobre todo, que sea una mujer equilibrada y de buen carácter —añadió mientras metía la espada por el pasador del cinto—. Estoy harto de sorpresas.

—Naturalmente. Bastante complicada es la vida como para que encima venga una mujer a complicártela más. ¡Qué falta de dignidad! —enarcó las cejas—. Buscaré entre mis conocidas.

—Excelente. Entretanto, y aunque tú la llevarías con más garbo que yo, necesito mi chaqueta.

—Ah, sí señor —se la quitó y se la tiró. Luego se estiró desnuda en la

cama, con la espalda arqueada y las manos sobre la cabeza, y empezó a balancear lentamente las caderas con una rodilla en el aire mientras le apuntaba con el dedo gordo del pie de la otra pierna.

—Pero no me vas a dejar sola mucho tiempo, ¿verdad?

Jezal la contempló un momento.

—No oses moverte ni un centímetro —dijo con voz ronca. Acto seguido, se puso la chaqueta, apretó el pene entre los muslos y salió inclinado por la puerta. Esperaba que volviera a su tamaño normal antes de su entrevista con el Lord Mariscal. Pero no estaba del todo seguro de que fuera a ser así.

Jezal se encontró una vez más en una de las enormes y tenebrosas cámaras del Juez Marovia, de pie y solo en un gran suelo vacío, ante una enorme mesa barnizada, tras la cual le miraban con gesto grave tres ancianos.

Cuando el ujier cerró las monumentales puertas con un resonante portazo, tuvo la inquietante sensación de haber pasado antes por esa experiencia. Fue el día en que le sacaron del barco que iba a zarpar hacia Angland, el día en que le separaron bruscamente de sus amigos y de sus ambiciones para enviarlo a un disparatado viaje a ninguna parte. Un viaje que le había estropeado parcialmente el físico y casi le había costado la vida. Podría decirse, sin temor a equivocarse, que no le entusiasmaba precisamente estar otra vez en el mismo sitio y que esperaba con fervor que en esta ocasión el resultado fuera mejor.

Desde ese punto de vista, la ausencia del Primero de los Magos le proporcionaba un cierto alivio, aunque el grupo allí presente estaba lejos de ser tranquilizador. Frente a él tenía los ancianos y endurecidos rostros del Lord Mariscal Varuz, el Juez Marovia y el Lord Chambelán Hoff.

Varuz estaba muy ocupado alabando los éxitos de Jezal en el Viejo Imperio. Evidentemente había recibido una versión de los hechos muy distinta de la que el propio Jezal recordaba.

—... grandes aventuras en el Oeste, según tengo entendido, sembrando de honor a la Unión en tierras extranjeras. Lo que más me impresionó fue la historia de su carga en el puente de Darmium. ¿De verdad ocurrió tal como me lo han contado?

—En el puente, señor... pues lo cierto es... —probablemente tendría que haber preguntado a ese viejo idiota de qué rayos estaba hablando, pero el recuerdo de Ardee estirada desnuda en la cama le tenía demasiado ocupado. A la mierda con su país. A la mierda con el deber. Podía pedir la excedencia del

ejército y volver a su cama antes de una hora—. El caso es que...

—¿Esa es su favorita? —terció Hoff posando su copa en la mesa—. Pues a mí la que más me gustó fue la de la hija del Emperador —y lanzó a Jezal un guiño que insinuaba el carácter picante de la historia.

—Sinceramente, Excelencia, no tengo la menor idea de dónde surgió ese rumor. No ocurrió nada de todo eso, se lo aseguro. Se ha exagerado enormemente lo ocurrido...

—Un rumor glorioso vale más que diez verdades decepcionantes, ¿no le parece?

Jezal parpadeó.

—Bueno... ejem... supongo que...

—En cualquier caso —le atajó Varuz—, el Consejo Cerrado ha recibido excelentes informes sobre su conducta en el extranjero.

—¿Ah, sí?

—Muchos y muy variados informes. Todos ellos elogiosos en grado sumo.

Jezal no pudo reprimir una sonrisa, aunque no paraba de preguntarse de dónde podían haber salido esos informes. No se imaginaba a Ferro Maljinn ponderando sus buenas cualidades.

—Sus Excelencias son muy amables, pero debo...

—Como recompensa a su entrega y a su valor en tan difícil y crucial misión, tengo el placer de comunicarle que ha sido ascendido al grado de coronel con efecto inmediato.

Jezal abrió los ojos de par en par.

—¿Ah, sí?

—Sí, muchacho, y nadie en el mundo se lo merece más.

Subir dos grados en el escalafón en una sola tarde era un honor sin precedentes, sobre todo cuando no había luchado en ninguna batalla, ni participado en ninguna acción heroica, ni hecho ningún gran sacrificio. Como no fuera dejar a medias unas suculentas jornadas de cama con la hermana de su mejor amigo. Eso sin duda había sido un sacrificio, pero no de los que suelen ganarse el favor de la corona.

—Ejem... yo...

No pudo evitar un sonrojo de satisfacción. Un uniforme nuevo, más estrellas, más gente a quien dar órdenes. La gloria y la fama serían escasa recompensa, pero ya había corrido los riesgos y ahora sólo tenía que decir que

sí. ¿Acaso no había sufrido? ¿Acaso no se lo merecía?

No tuvo que pensárselo demasiado. De hecho, no tuvo que pensárselo en absoluto. Su idea de pedir la excedencia en el ejército y sentar la cabeza se perdió rápidamente en la distancia.

—Es para mí un honor aceptar este excepcional... ejem...honor.

—Entonces todos contentos —dijo Hoff con acidez.—. Y ahora a lo nuestro. ¿Está al tanto, *coronel* Luthar, de que últimamente ha habido algunos conflictos con el campesinado?

Curiosamente, la noticia no había llegado al dormitorio de Ardee.

—Espero que no sea nada serio, Excelencia.

—Bueno, si usted considera que no es seria una revuelta campesina a gran escala.

—¿Una revuelta? —Jezal tragó saliva.

—¡Ese tipo que se hace llamar el Curtidor —escupió el Lord Chambelán —lleva meses recorriendo el país, promoviendo el descontento, sembrando la semilla de la desobediencia, incitando a los campesinos a cometer crímenes contra sus amos, contra sus señores naturales, contra la corona!

—Nadie sospechó que llegarían a declararse abiertamente en rebelión — Varuz hablaba con auténtica furia—. Pero tras una manifestación cerca de Keln, un grupo de campesinos, instigados por el Curtidor, se ha armado y se niega a disolverse. Obtuvieron una victoria sobre el terrateniente local y la insurrección se ha extendido. Ahora nos hemos enterado de que ayer aplastaron a un contingente nada insignificante mandado por Lord Finster y que acto seguido quemaron su casa solariega y ahorcaron a tres recaudadores de impuestos. Ahora avanzan hacia Adua devastando la campiña.

—¿Devastando? —murmuró Jezal mirando de soslayo la puerta. Una palabra verdaderamente fea, «devastando».

—Es un triste asunto —se lamentó Marovia—. El cincuenta por ciento de ellos son personas honradas y fieles a su rey, que se han visto forzadas a actuar así por la codicia de los terratenientes.

Varuz habló con repugnancia.

—¡No puede haber excusa para la traición! La otra mitad son ladrones, canallas y descontentos. ¡Se merecen ser conducidos al cadalso a latigazos!

—El Consejo Cerrado ha tomado ya una decisión —le interrumpió Hoff—. El Curtidor ha proclamado su intención de presentar una lista de peticiones al Rey. ¡Al Rey! Nuevas libertades. Nuevos derechos. Todos los hombres son iguales como si fueran hermanos y otras sandeces igualmente

peligrosas. No tardará en difundirse la noticia de que avanzan hacia aquí y entonces cundirá el pánico. Habrá disturbios en apoyo de los campesinos y disturbios en su contra. Ya andamos en el filo de la navaja. ¡Con dos guerras en marcha y el Rey en mal estado de salud y sin heredero!

Hoff dio un puñetazo en la mesa y Jezal pegó un respingo.

—No se les debe permitir que lleguen a la ciudad.

El Mariscal Varuz se inclinó hacia delante y entrelazó las manos.

—Los dos regimientos de la Guardia Real que quedaron acantonados en Midderland van a ser enviados para atajar esa amenaza. Se ha dispuesto una serie de concesiones —graznó al pronunciar esta palabra—. Si los campesinos aceptan una negociación y regresan a sus casas, se les perdonará la vida. Pero si el Curtidor no atiende a razones, su mal llamado ejército será destruido. Dispersado. Disuelto.

—Aniquilado —dijo Hoff limpiando con el dedo pulgar una mancha de la mesa—. Y los cabecillas serán entregados a la Inquisición de Su Majestad.

—Es lamentable —murmuró Jezal sin pensarlo y sintiendo un escalofrío al oír el nombre de aquella institución.

—Pero necesario —dijo Marovia sacudiendo apesadumbrado la cabeza.

—Y nada sencillo —desde el lado opuesto de la mesa, Varuz miró a Jezal con el ceño fruncido—. En todos los pueblos, ciudades y granjas por las que han pasado han reclutado más hombres. El campo esta infestado de descontentos. Indisciplinados, desde luego, y mal equipados, pero según nuestros últimos cálculos son unos cuarenta mil.

—¿Cuarenta... mil? —Jezal rebulló nervioso en el asiento. Había pensado que se trataría de unos pocos centenares, y además descalzos. Aquí, por supuesto, protegido tras las murallas del Agriont y de la ciudad, no había peligro. Pero cuarenta mil hombres iracundos eran muchos hombres iracundos. Por muy campesinos que fueran.

—La Guardia Real ya está haciendo los preparativos. Un regimiento de a caballo y uno de a pie. Lo único que falta ahora es el jefe de la expedición.

—Hummm —gruñó Jezal. No envidiaba al desgraciado que tuviera que ponerse al mando de una fuerza en clara inferioridad numérica para enfrentarse a un puñado de salvajes enardecidos por una causa que creían justa y por sus pequeñas victorias, borrachos de odio a la nobleza y a la monarquía, sedientos de sangre y botín...

Sus ojos se abrieron todavía más.

—¿Yo?

—Usted.

Se esforzó por encontrar palabras con las que expresarse.

—No quisiera parecerles desagradecido, pero supongo que, en fin, que habrá hombres más preparados para esa misión. Lord Mariscal, usted mismo me ha...

—Estamos viviendo momentos difíciles —Hoff miró a Jezal con severidad por debajo de sus pobladas cejas—. Momentos muy difíciles. Necesitamos alguien sin... afiliaciones. Necesitamos alguien con un historial impecable. Usted cumple admirablemente esos requisitos.

—Pero... negociar con campesinos, Excelencia, Eminencia, Lord Mariscal, ¡yo no entiendo de estos asuntos! ¡No entiendo de leyes!

—No somos ciegos a sus limitaciones —dijo Hoff—. Por eso estará acompañado por un representante del Consejo Cerrado. Alguien que tiene una gran experiencia en ese terreno.

Una mano pesada cayó de pronto sobre el hombro de Jezal.

—¡Ya le dije que sería más pronto que tarde, muchacho!

Jezal volvió lentamente la cabeza, sintiendo un espantoso abatimiento que le subía desde el estómago, y ahí estaba el Primero de los Magos, riéndose en su cara a no más de 30 centímetros de distancia y bien presente después de todo. En realidad no le cogió por sorpresa que el viejo calvo entrometido estuviera involucrado en el asunto. Todo tipo de extraños y dolorosos acontecimientos parecían seguir sus pasos, como perros callejeros ladrando detrás del carro del carnicero.

—El ejército de los campesinos, si podemos llamarlo así, está acampado a cuatro días de marcha lenta de la ciudad, desplegado por el campo aprovisionándose —Varuz se inclinó hacia delante y clavó un dedo en la mesa—. Procederá inmediatamente a interceptarlos. Todas nuestras esperanzas están depositadas en usted, coronel Luthar. ¿Ha comprendido las órdenes?

—Sí, señor —musitó, intentando, y fracasando estrepitosamente, sonar entusiasmado.

—¿Usted y yo otra vez juntos? —rió Bayaz—. Ya pueden echar a correr, ¿eh, muchacho?

—Desde luego —murmuró Jezal con abatimiento.

Había tenido la posibilidad de escapar, la ocasión de iniciar una nueva vida, y había renunciado a ella por una o dos estrellas más en la bocamanga. Se dio cuenta de su garrafal error demasiado tarde. La mano de Bayaz aumentó la presión sobre su hombro y le acercó a una paternal distancia, sin dar ninguna

muestra de tener la intención de soltarle. No tenía escapatoria.

Jezal traspasó a toda prisa la puerta de sus aposentos, profiriendo todo tipo de maldiciones mientras arrastraba su baúl. Era muy desagradable verse obligado a acarrear su propio equipaje, pero el tiempo era acuciante si tenía que salvar a la Unión de la locura de su propio pueblo. Había considerado brevemente la idea de correr a los muelles y sacar un pasaje para la lejana Suljuk, pero había acabado rechazándola con furia. Había aceptado los dos ascensos con los ojos abiertos y suponía que ahora no tenía más remedio que atenerse a las consecuencias. Puestos a hacer algo, más valía no demorarlo que vivir temiéndolo, y tal y cual. Dio la vuelta a la llave en la cerradura, se volvió y retrocedió horrorizado soltando un gritito. Había alguien entre las sombras, en el lado contrario al de la puerta, y la sensación de espanto aumentó aún más al comprobar quién era.

Glokta, el lisiado, estaba pegado a la pared, apoyado pesadamente en el bastón mirándole con su desdentada y repulsiva sonrisa.

—Quisiera hablar con usted, coronel Luthar.

—Si es por el asunto de los campesinos, está controlado —fue incapaz de borrar totalmente de su cara la repugnancia que sentía—. No tiene de qué preocuparse...

—No me refiero a ese asunto.

—¿A qué se refiere?

—A Ardee West.

De pronto el corredor le pareció muy vacío, muy silencioso. Los soldados, los oficiales, los asistentes, todos estaban en Angland. Que él supiera, estaban los dos solos en el cuartel.

—No sé muy bien de qué modo le incumbe ese...

—Su hermano, nuestro común amigo Collem West, ¿le recuerda? Un tipo de cara preocupada e incipiente calvicie. Con un poco de mal genio —Jezal se sonrojó invadido de un sentimiento de culpabilidad. Se acordaba muy bien de aquel hombre, por supuesto. Y muy en concreto de su mal genio—. Poco antes de partir para la guerra de Angland fue a verme. Me pidió que me ocupara de su hermana mientras él estaba fuera, jugándose la vida. Y yo le prometí hacerlo.

Glokta se acercó un poco más, y a Jezal se le puso la carne de gallina.

—Responsabilidad que yo, se lo aseguro, me tomo tan en serio como cualquier misión que el Archilector tenga a bien asignarme.

—Ya.

Eso explicaba la presencia del tullido el otro día en su casa, cosa que hasta entonces le había causado cierta confusión. Pero eso no le hizo sentirse más tranquilo, sino considerablemente menos.

—No creo que a Collem West le agradara mucho saber lo que ha estado ocurriendo estos últimos días, ¿verdad?

Jezal se balanceó incómodo sobre uno y otro pie.

—Confieso que he ido a visitarla...

—Sus visitas —le interrumpió Glokta— no son buenas para la reputación de esa joven. Tenemos tres opciones. Primera, y ésta es mi favorita, usted se marcha, finge que no la conoce y no la vuelve a ver.

—Inaceptable —Jezal se sorprendió del tono insolente que había empleado.

—Segunda, se casa con ella y todo queda olvidado Eso era algo que Jezal ya había considerado, pero maldita sea si iba a obligarle a ello esa contrahecha piltrafa humana.

—¿Y tercera? —inquirió con lo que le pareció un adecuado desprecio.

—¿Tercera? —en el lado izquierdo de la cara de Glokta se produjo una serie de repulsivas palpitaciones—. No creo que quiera saber mucho acerca de la tercera. Digamos únicamente que incluye una larga noche de pasión con un horno y un juego de cuchillos, así como una mañana, todavía más larga, con un saco, un yunque y el fondo del canal. Descubrirá que cualquiera de las otras dos opciones le conviene más.

Sin saber lo que hacía, Jezal había dado un paso adelante, obligando a Glokta a echarse hacia la pared con una mueca de dolor.

—¡Yo no tengo por qué darle explicaciones! ¡Mis visitas sólo incumben a la señorita en cuestión y a mí, pero, para que lo sepa, hace mucho tiempo que decidí casarme con ella y sencillamente estoy esperando el momento adecuado!

Jezal quedó mudo en la oscuridad, casi sin poder creer lo que se había oído decir. ¡Maldita lengua la suya! ¡Le seguía metiendo en toda clase de líos!

El ojo izquierdo de Glokta parpadeó.

—¡Afortunada criatura!

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, Jezal avanzó hacia delante hasta casi chocar con la cara del lisiado y aplastarle indefenso contra la pared.

—¡Efectivamente! ¡Conque ya se puede meter sus amenazas en su culo tullido!

Incluso aplastado contra la pared, la sorpresa de Glokta sólo duró un instante. Enseguida volvió a asomar su sonrisa desdentada, su ojo izquierdo parpadeó y una larga lágrima descendió por su mejilla chupada.

—Coronel Luthar, me resulta muy difícil concentrarme teniéndole tan cerca.

Acarició la solapa del uniforme de Jezal con el dorso de la mano.

—Sobre todo dado su inesperado interés por mi culo.

Jezal se echó hacia atrás de golpe, con la boca invadida de un regusto repugnante.

—Parece que Bayaz tuvo éxito donde Varuz fracasó, ¿eh? Le ha enseñado lo que es tener valor. Mi felicitación por su próxima boda. Pero creo que seguiré teniendo a mano mis cuchillos por si no cumple usted su palabra. Me alegra haber tenido esta ocasión de charlar con usted.

Y Glokta renqueó hasta las escaleras, golpeando los escalones con el bastón y raspando el suelo con la bota izquierda.

—¡También yo! —le gritó Jezal. Pero nada podía estar más lejos de la verdad.

Fantasmas

Uffrith no se parecía mucho a como era antes. Claro que hacía años desde la última vez que la vio Logen, por la noche, después del asedio. Entonces había masas de Caris de Bethod por las calles: bailando, cantando, bebiendo. Buscando gente a quien robar y violar, buscando cualquier cosa que pudiera arder. Logen se vio a sí mismo tumbado en una habitación después de que Tresárboles le pegara una paliza y le dejara llorando y borbotando por el dolor que inundaba todo su cuerpo. Se vio a sí mismo mirando con gesto ceñudo la ventana, viendo el resplandor de las llamas, oyendo los gritos que atronaban por toda la ciudad y deseando estar allí fuera haciendo daño, al tiempo que se preguntaba si podría volver a ponerse de pie alguna vez.

Ahora, con la Unión a favor, las cosas eran distintas, aunque tampoco podía decirse que la organización fuera mucho mejor. El puerto gris estaba abarrotado de barcos demasiado grandes para los embarcaderos. Las calles estaban llenas de soldados que dejaban pertrechos por todas partes. De carros, mulas y caballos cargados hasta los topes, que apenas podían abrirse paso entre la multitud. De heridos que cojeaban con muletas, camino de los muelles, o que eran transportados en camillas bajo la llovizna, envueltos en unas vendas sanguinolentas que los jóvenes soldados que venían en dirección contraria miraban con los ojos muy abiertos. Acá y allá, sorprendidos por aquella marea de forasteros que inundaba su ciudad, se veía a algunos norteños asomados a los portales. Mujeres, niños y viejos, en su mayoría.

Logen andaba deprisa por las calles en cuesta, abriéndose camino entre la muchedumbre con la cabeza baja y la capucha puesta. Mantenía los puños cerrados a lo largo del cuerpo para que nadie viera el muñón del dedo que le faltaba. A su espalda, envuelta en una manta y oculta debajo de su mochila para que nadie se pusiera nervioso, llevaba la espada que le había dado Bayaz. Pero eso no impedía que sintiera un hormigueo en los hombros a cada paso que daba. En cualquier momento esperaba oír a alguien gritar: «¡Es el Sanguinario!», y que acto seguido la gente se pusiera a correr, a chillar y a arrojarle todo tipo de desperdicios con cara de espanto.

Pero nadie lo hizo. En aquel caos húmedo, la presencia de otro

desconocido más no llamaba la atención, y si había alguien que por casualidad le conociera, seguro que no esperaba encontrárselo allí. Probablemente se había enterado, con gran alegría por su parte, de que había vuelto al barro en un lugar muy lejano. Aun así, no había ningún motivo para quedarse más tiempo del necesario. Se acercó a grandes zancadas a un oficial de la Unión, que tenía cierto aspecto de ostentar algún cargo, se echó para atrás la capucha e intentó sonreír.

Sus esfuerzos no le valieron más que una mirada desdeñosa.

—No tenemos trabajo para ti, si es lo que buscas.

—Ustedes no tienen el trabajo que yo hago —y acto seguido le entregó la carta que le había dado Bayaz.

El hombre la abrió y le echó un vistazo. Frunció el ceño y la leyó por segunda vez. Luego le miró con desconfianza, haciendo movimientos con la boca.

—Está bien. Comprendo —y señaló a un grupo de muchachos de aspecto despistado y nervioso que había a unas zancadas de ellos y que, al arreciar la lluvia, se apretujaron un poco más—. Esta tarde sale un convoy con refuerzos hacia el frente. Puedes viajar con nosotros.

—De acuerdo.

No parecía que aquellos chicos con cara de asustados fueran a servir de mucho refuerzo, pero eso a él no le importaba. Le daba igual con quien iba a viajar, con tal de que el punto de destino fuera Bethod.

Los árboles pasaban traqueteando a ambos lados del camino: verde oscuros, negros, llenos de sombras. Llenos de secretas sorpresas, quizá. Era una forma incómoda de viajar. Incómoda para las manos, que tenían que ir sujetas al riel todo el camino, y más incómoda aún para los culos, que tenían que aguantar los botes y las sacudidas que pegaban en aquel banco duro. Pero se iban acercando, poco a poco, y Logen se dijo que eso era lo principal.

Detrás, avanzando en lenta procesión por el camino, había más carretas cargadas de hombres, víveres, ropas, armas y todo lo que hace falta en una guerra. Cada una llevaba encendida una lámpara cerca de la parte delantera, de modo que el convoy, en la penumbra del atardecer, formaba una hilera de luces oscilantes que descendía por el valle y trepaba por la siguiente ladera, indicando el trayecto que habían recorrido por el bosque.

Logen se volvió a mirar a los muchachos de la Unión que se apiñaban en la parte delantera. Eran nueve y todos saltaban movidos de un lado a otro por los zarandeos de los ejes de las ruedas, a la vez que procuraban mantenerse tan

lejos de él como les fuera posible.

—¿Has visto alguna vez a un hombre con unas cicatrices así? —preguntó uno de ellos sin saber que les entendía perfectamente.

—¿Quién será?

—No sé. Seguro que un norteño.

—Ya veo que es un norteño, idiota. ¿Pero qué pinta aquí con nosotros?

—A lo mejor es un explorador.

—Me parece demasiado grande para ser explorador, ¿no crees?

Logen se rió por dentro mientras miraba cómo pasaban los árboles. Sentía en la cara la suave brisa, olía la niebla, la tierra, el aire húmedo y frío. Jamás se hubiera imaginado que se alegraría de volver al Norte, pero se alegraba. Después de haber sido un forastero durante tanto tiempo, era agradable estar en un sitio donde conocía las normas.

Los diez acamparon junto al camino. Otro grupo más de los muchos que se desplegaban a lo largo del bosque al lado de sus carretas. Nueve de los chicos estaban al lado de una hoguera que tenía encima una olla con un estofado en ebullición que rebosaba por el borde y olía que alimentaba. Logen contempló cómo lo removían, mientras hablaban de sus hogares, de lo que les aguardaba, del tiempo que iban a pasar allí.

Al cabo de un rato uno de ellos empezó a llenar tazones con un cazo y a repartirlos. Cuando terminó con sus compañeros, miró a Logen y llenó otro más. Se acercó a él paso a paso como si fuera a entrar en la jaula de un lobo.

—Ejem... —le tendió el tazón con el brazo extendido—. ¿Estofado?—abrió mucho la boca y se la señaló con el brazo que tenía libre.

—Gracias, amigo —dijo Logen mientras cogía el tazón—. Pero ya sé dónde hay que meterlo.

Todos le miraron: un círculo de caras preocupadas, iluminadas por el resplandor amarillento de la hoguera, más recelosas que nunca al ver que hablaba su idioma.

—Hablas nuestro idioma. Te lo tenías muy callado, ¿eh?

—Hay que parecer menos de lo que se es. Lo sé por experiencia.

—Si tú lo dices —dijo el que le había ofrecido la comida—. ¿Cómo te llamas?

Logen se preguntó por un instante si no sería mejor inventarse un nombre. Un nombre vulgar y corriente que a nadie le dijera nada. Pero él era quien era y antes o después alguien le reconocería. Además, nunca se le había

dado muy bien mentir.

—Me llaman Logen Nuevededos.

Los chicos no se inmutaron. No habían oído hablar de él. ¿Y por qué tenían que haber oído hablar de él? Eran un grupo de hijos de granjeros procedentes de muy lejos, de la soleada Unión. A juzgar por su aspecto, puede que ni siquiera supieran como se llamaban ellos mismos.

—¿Para qué has venido aquí?

—A lo mismo que vosotros. He venido a matar —al ver que se ponían nerviosos, aclaró—: A vosotros no, no os preocupéis. Tengo algunas cuentas pendientes —y señaló con la cabeza hacia lo alto del camino—. Con Bethod.

Los chicos intercambiaron miradas y uno de ellos se encogió de hombros.

—Bueno. Con tal que estés de nuestro lado —se levantó y sacó una botella de su mochila—. ¿Un trago?

—Pues sí —Logen sonrió y alzó su taza—. A eso nunca he dicho que no —se lo tragó de un golpe y chasqueó los labios al sentir su calor en el gaznate. El chico le rellenó la taza—. Gracias. Pero mejor que no me deis demasiado.

—¿Por qué? ¿Es que entonces nos matarías?

—¿A vosotros? Si tenéis suerte, sí.

—¿Y si no la tenemos?

Logen sonrió desde el borde de su taza.

—Me pondría a cantar.

El muchacho sonrió también y uno de sus compañeros se echó a reír. Un segundo más tarde, una flecha se le hundía con un silbido en el costado. Tosió sangre en la camisa, la botella cayó sobre la hierba y el vino borboteó en la oscuridad. Otro chico tenía una saeta clavada en un muslo. Se quedó inmóvil, helado, mirándola.

—¿De dónde ha...?

Enseguida todos estaban chillando, buscando algo con qué defenderse o tirándose al suelo. Silbaron dos o tres flechas más y una de ellas cayó en la hoguera, provocando una llovizna de chispas.

Logen tiró el estofado, agarró su espada y echó a correr. Tropezó con uno de los chicos, le derribó, resbaló, pegó un traspié, se incorporó y siguió corriendo hacia los árboles de donde habían salido las flechas. Había que elegir entre correr hacia ellos o escapar, y tomó la decisión sin pensarlo. Hay veces en que no importa demasiado qué elección tome uno, siempre que se tome

inmediatamente y se lleve hasta sus últimas consecuencias. Al llegar corriendo al bosque vio a uno de los arqueros, el destello de su piel blanca en la oscuridad cuando echó hacia atrás un brazo para sacar otra flecha. Entonces sacó la espada del Creador de su vieja funda y soltó un grito de guerra.

Es posible que el arquero hubiera podido sacar la flecha antes de que Logen le alcanzara, pero habría sido muy difícil y en todo caso no tuvo el valor de quedarse ahí esperando. No son muchos los hombres capaces de calcular sus posibilidades cuando la muerte viene lanzada hacia ellos. Cuando tiró el arco y se dio la vuelta para echar a correr ya era demasiado tarde. Logen le dio un tajo en la espalda antes de que pudiera dar un par de zancadas y el tipo cayó chillando entre los arbustos. A pesar de estar enredado en la maleza, consiguió darse la vuelta y, sin dejar de gritar, se puso a buscar su cuchillo a tientas. Logen levantó la espada para acabar la faena. De la boca del arquero salió un chorro de sangre. Luego pegó un par de sacudidas, cayó hacia atrás y dejó de gritar.

—Sigo vivo —se dijo Logen, agachándose junto al cadáver y escrutando la oscuridad. Probablemente hubiera sido mejor para todos que hubiera echado a correr en sentido contrario, pero ya era un poco tarde para eso. Probablemente hubiera sido mejor quedarse en Adua, pero también era un poco tarde para eso.

—Maldito Norte —susurró. Si dejaba escapar a aquellos cabrones les estarían incordiando hasta que llegaran al frente y la preocupación no le dejaría pegar ojo. Eso, por no mencionar la posibilidad de acabar recibiendo un flechazo en la cara. Mejor ir a por ellos que esperar a que ellos vinieran a por él. Era una lección que había aprendido por propia experiencia.

A través de los arbustos oyó las pisadas de los compañeros de emboscada del muerto y se puso a seguirlas apretando con fuerza la empuñadura de la espada. Se abrió camino entre los troncos de los árboles, procurando mantener las distancias. El resplandor de la hoguera y los gritos de los muchachos de la Unión se fueron apagando a su espalda y pronto se encontró en lo profundo de la espesura, envuelto en un olor a pino y tierra mojada, y con el ruido apresurado de unos pasos como única orientación. A medida que avanzaba se iba fundiendo cada vez más con el bosque, igual que solía hacer en los viejos tiempos. No le supuso ningún esfuerzo. Recuperó su antigua habilidad de forma instantánea, como si hubiera pasado los últimos años moviéndose de noche por los bosques. Resonaron unas voces en la oscuridad y Logen se apretó contra el tronco de un pino y se puso a escuchar en silencio.

—¿Dónde está Narizsucia?

Hubo una pausa.

—Supongo que muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Había alguien con ellos, Cuervo. Un grandullón bastardo.

Cuervo. Logen conocía ese nombre. Y ahora que la oía, reconocía también la voz. Era uno de los hombres de Huesecillos. No podía decirse que Logen y él fueran amigos, pero se conocían y habían luchado codo con codo en las líneas de combate en Carleon. Y ahora aquí estaban otra vez, a sólo unas pocas zancadas, deseando matarse el uno al otro. Hay qué ver las vueltas que da la vida. La distancia que media entre luchar al lado de un hombre y luchar contra él es mínima. Mucho menor que la que existiría entre ellos si no hubiera lucha.

—¿Un norteño, eh? —le llegó la voz de Cuervo.

—Puede que sí. Fuera quien fuera, sabía lo que se hacía. Se nos vino encima como un rayo. No me dio tiempo de disparar.

—¡Maldito! Eso no lo vamos a dejar pasar. Acamparemos aquí y les seguiremos mañana. A ver si cogemos al gigantón ese.

—Sí, le cogeremos al muy cabrón. Puedes estar seguro. Le cortaré el cuello a ese diablo.

—Estupendo. Hasta entonces vigila bien mientras los demás dormimos un poco. A lo mejor la rabia te mantiene más despabilado esta vez, ¿eh?

—Sí, jefe. Tienes razón.

Logen se sentó y se puso a vigilar. Entre los árboles alcanzó a ver cómo cuatro de ellos estiraban sus mantas y se acurrucaban para dormir. El quinto se colocó de espaldas a los demás, mirando en la dirección por dónde habían venido, para hacer guardia. Logen esperó, y pronto oyó que uno roncaba ya. Se puso a llover, y el agua comenzó a repiquetear y a gotear sobre las ramas de los pinos. Al poco empezó a caerle en el pelo, a metérsele por la ropa y a resbalarle por la cara hasta caer al suelo húmedo, gota a gota. Logen permaneció sentado, tan inmóvil y silencioso como una roca.

La paciencia puede ser un arma temible. Un arma que pocos hombres aprenden a utilizar. Es difícil seguir pensando en matar cuando ya estás fuera de peligro y se te ha enfriado la sangre. Pero Logen siempre había sabido hacerlo. Así que siguió sentado y dejó que el tiempo se deslizara despacio, y estuvo pensando en el pasado hasta que la luna estuvo bien alta y una leve claridad se filtró entre los árboles y el gotear de la lluvia. Una claridad suficiente para permitirle a él ver dónde estaban sus objetivos.

Se puso de pie y empezó a abrirse paso entre los pinos, plantando los pies con suavidad en la maleza. La lluvia era su aliada. Su incesante repiqueteo

enmascaraba el leve ruido que hacían sus botas mientras rodeaba por detrás al centinela.

Al sacar el cuchillo, su hoja mojada relumbró a la luz de la luna. Luego salió de los árboles y atravesó el campamento entre los hombres dormidos, pasando tan cerca de ellos que incluso habría podido tocarlos. Tan cerca de ellos como un hermano. El centinela, que estaba empapado, sorbió por la nariz, se revolvió incómodo y se ciñó un poco más la manta sobre los hombros. Logen se detuvo y esperó. Miró la pálida cara de uno de los durmientes. Estaba tumbado de lado con los ojos cerrados, arrojando por su boca abierta unas nubecillas de vaho que se perdían en la viscosa oscuridad de la noche.

El centinela ya estaba quieto, y Logen se deslizó hacia él conteniendo la respiración. Extendió el brazo izquierdo y movió los dedos en el aire neblinoso, esperando el momento. Después extendió el brazo derecho sosteniendo firmemente el cuchillo con el puño. Sintió que sus labios se alejaban de sus dientes apretados. Ese era el momento, y cuando llega el momento, se golpea sin mirar atrás.

Tapó la boca del centinela con una mano y con la otra le rebanó rápidamente el pescuezo, con un tajo tan profundo que pudo sentir cómo la hoja raspaba los huesos del cuello. El tipo dio una sacudida y forcejeó un poco, pero Logen le sujetaba con fuerza, con la fuerza de un amante, y lo único que se oyó fue un levísimo gorgoteo. Logen sintió en las manos el tacto cálido y pegajoso de la sangre. Los demás todavía no le preocupaban. Si uno de ellos se despertaba sólo vería el perfil de un hombre en la oscuridad, y eso era lo único que esperaba ver.

Al cabo de un rato, el cuerpo del centinela quedó inerte, y Logen lo depositó de costado en el suelo, con la cabeza colgando a un lado. Los cuatro bultos seguían acostados bajo sus mantas mojadas, totalmente indefensos. Puede que hubiera un tiempo en que Logen habría tenido que estar bastante más encendido para llevar a cabo una misión como ésa. Un tiempo en el que habría tenido que pensar por qué aquello era lo que tenía que hacer. Pero si lo hubo, fue hace mucho. En el Norte, el tiempo que emplees en pensar, será el mismo tiempo que empleen otros en matarte. Ya sólo le quedaban cuatro trabajos.

Se arrastró hasta el primero, levantó el cuchillo ensangrentado y se lo clavó directamente en el corazón atravesándole la zamarra. Al morir fue más silencioso que al dormir. Logen se acercó al segundo, dispuesto a hacer lo mismo. Su bota tropezó con un objeto metálico. Una cantimplora, quizá. Fuera lo que fuera, metió mucho ruido. Los ojos del que dormía se abrieron lentamente y comenzó a incorporarse. Logen le clavó el cuchillo en el vientre y lo empujó hasta rajárselo de arriba abajo. El tipo soltó una especie de resuello,

mientras le miraba con los ojos y la boca muy abiertos, y luego se aferró al brazo de Logen.

—¿Eh?

El tercero estaba sentado y le miraba. Logen se soltó el brazo y sacó la espada.

—¿Pero qué...?

El hombre levantó un brazo instintivamente y la hoja mate de la espada le cortó una mano y después se le hundió en el cráneo, lanzando al aire húmedo una llovizna de sangre oscura y derribándolo hacia atrás.

Pero eso dio tiempo al último para deshacerse de la manta y coger un hacha. Ahora le aguardaba con el cuerpo inclinado y las manos extendidas, una postura que indicaba que era un avezado guerrero. Cuervo. Logen oía el silbido de su aliento y veía las nubes de vaho que se perdían bajo la lluvia.

—¡Debiste empezar por mi! —bufó.

No dejaba de tener razón. Se había concentrado en la tarea de matarlos a todos sin preocuparse mucho por seguir un orden. De todas formas, ya era un poco tarde para hacerlo. Se encogió de hombros.

—No hay mucha diferencia entre ser el primero o el último.

—Ya lo veremos.

Cuervo sopesaba el hacha en el aire nebuloso y se movía lentamente buscando una apertura por donde entrarle. Logen permanecía inmóvil, con la respiración contenida y la mano cerrada con fuerza sobre la empuñadura de su espada. Él nunca había sido de los que se mueven antes de que llegue el momento.

—Dime tu nombre ahora que todavía respiras. Quiero saber a quién mato.

—Ya me conoces, Cuervo —Logen levantó la otra mano y abrió los dedos. La luna iluminó su mano sangrienta y el muñón del dedo que le faltaba—. Luchamos codo con codo en Carleon. No creí que me fueras a olvidar tan pronto. Pero a veces las cosas no salen como esperamos, ¿verdad?

Cuervo dejó de moverse. Logen sólo alcanzaba a ver el tenue brillo de sus ojos en la oscuridad, pero en su postura se leía perfectamente la duda y el miedo.

—No —susurró, sacudiendo la cabeza—. ¡Es imposible! ¡Nuevededos está muerto!

—¿Ah, sí? —Logen respiró hondo y expulsó el aire lentamente hacia la humedad de la noche—. Entonces yo debo de ser su espectro.

Los muchachos de la Unión habían cavado una especie de hoyo para protegerse, con unos cuantos sacos y cajas dispuestos a los lados a modo de barricadas. Logen distinguía de vez en cuando una cabeza que se asomaba y escudriñaba el bosque o el reflejo del parpadeo de la hoguera en la punta de una flecha o de una lanza. Ahí estaban atrincherados, temiendo otra emboscada. Si antes estaban nerviosos, ahora seguramente estarían muertos de miedo. Probablemente uno de ellos se asustaría y le dispararía en cuanto se diera a conocer. Las malditas ballestas de la Unión tenían un disparador que hacía que las flechas, una vez tensas, salieran volando al más mínimo roce. Ya sería mala suerte que le mataran tontamente en medio de la nada, y encima los de su propio bando. Pero no había otra elección. O eso o ir hasta el frente caminando.

Así que se aclaró la garganta y gritó:

—¡Que nadie dispare ni haga nada!

Se oyó el tañido de una cuerda y una flecha se clavó en un árbol a un par de zancadas a su izquierda. Logen se agachó sobre la tierra mojada.

—¡He dicho que nadie dispare! —repitió.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Nuevededos —silencio—. ¡El norteño que iba en la carreta!

Se produjo otro largo silencio y luego alguien dijo:

—Está bien, pero sal despacio y con las manos donde las veamos.

—¡De acuerdo!

Se puso en pie y salió de entre los árboles con las manos arriba.

—Pero no disparéis, ¿eh? ¡Esa es vuestra parte del trato!

Comenzó a andar en dirección a la hoguera con las manos en alto, haciendo muecas de dolor ante el temor de que de un momento a otro se viera con una flecha alojada en el pecho. Reconoció las caras de los chicos de antes y al oficial que estaba a cargo de la columna de suministros. Un par de ellos le siguieron apuntando con sus arcos hasta que pasó por encima de la improvisada barricada y se metió en la trinchera. La habían cavado frente a la hoguera, pero no la habían hecho demasiado bien, y el suelo estaba encharcado.

—¿A dónde rayos habías ido? —preguntó furioso el oficial.

—A buscar a los que nos tendieron antes una emboscada.

—¿Los cogiste? —preguntó uno de los muchachos.

—Pues sí, los cogí.

—¿Y?

—Muertos.

Logen señaló el charco que inundaba la trinchera.

—Así que no hace falta que esta noche durmáis en el agua. ¿Queda algo de ese estofado?

—¿Cuántos eran? —preguntó el oficial.

Logen rebuscó entre las cenizas de la hoguera, pero la olla estaba vacía. Mala suerte, otra vez.

—Cinco.

—¿Tú solo contra cinco?

—Al principio eran seis, pero acabé con uno enseguida. Está por ahí, entre los árboles —Logen sacó un pedazo de pan de su mochila y rebañó el fondo de la olla a ver si al menos quedaba un poco de la grasa de la carne—. Esperé hasta que se durmieron, así que sólo tuve que luchar con uno cuerpo a cuerpo. En eso siempre he tenido suerte, creo —pero en realidad no se sentía tan afortunado. Contempló su mano a la luz de la hoguera y vio que seguía manchada de sangre. Sangre oscura debajo de las uñas, sangre seca en las rayas de la mano—. Siempre he tenido suerte.

El oficial no parecía muy convencido.

—¿Cómo sabemos que tú no eres uno de ellos? ¿Qué no nos estuviste espiando? ¿Qué no están ahí fuera esperando que les hagas una señal cuando seamos vulnerables?

—Habéis sido vulnerables desde el principio —resopló Logen—, pero es una buena pregunta. Ya suponía que la haríais —y se quitó la bolsa de lona que llevaba a la cintura—. Por eso he traído esto.

El oficial cogió la bolsa, la abrió y miró con desconfianza su interior.

—Como decía, eran cinco. Así que ahí tienes diez pulgares. ¿Satisfecho?

Más que satisfecho, el oficial parecía estar a punto de vomitar, sin embargo, asintió con la cabeza, apretó los labios y extendió el brazo para devolvérsela.

Logen negó con la cabeza.

—Quédatela. A mí el que me falta es otro dedo. Tengo todos los pulgares que necesito.

El convoy se paró en seco. Habían hecho los últimos dos o tres kilómetros casi a paso de tortuga. Ahora el camino, si podía llamarse camino a un mar de barro, estaba abarrotado de hombres que avanzaban a trompicones. Iban chapoteando de un punto casi sólido a otro, bajo una persistente llovizna, entre carros enfangados y tristes caballos, pilas de cajas y barriles y tiendas de campaña mal montadas. Logen contempló a un grupo de muchachos recubiertos de lodo que empujaban sin mucho éxito un carro que había quedado atrapado hasta los ejes en el barrizal. Era como estar contemplando el hundimiento de un ejército en una ciénaga. Un naufragio en tierra. Los compañeros de viaje de Logen habían quedado reducidos a siete muchachos encorvados y demacrados, que parecían completamente exhaustos tras las noches pasadas sin dormir y el mal tiempo que habían tenido a lo largo de todo el trayecto. De los dos que faltaban, uno había muerto y el otro estaba ya en Uffrith, con una flecha alojada en una pierna. No era una buena forma de empezar su estancia en el Norte, pero Logen dudaba mucho que las cosas les fueran a ir a mejor a partir de ahora. Se bajó trabajosamente por la parte de atrás de la carreta, hundió las botas en el barrizal lleno de surcos, arqueó la espalda, estiró sus piernas doloridas y luego bajó su petate.

—Bueno, pues suerte —les dijo.

Ninguno de ellos contestó. Desde la noche de la emboscada apenas le habían dirigido la palabra. Probablemente la cuestión de los pulgares les había dejado un tanto preocupados. Pero si eso era lo peor que habían visto desde que estaban aquí, ya podían darse con un canto en los dientes, pensó Logen. Se encogió de hombros, se volvió y comenzó a caminar penosamente por el barro.

Justo delante de él, el oficial a cargo de los suministros estaba recibiendo una severa reprimenda por parte de un hombre alto y de semblante adusto que vestía uniforme rojo y parecía ser lo más parecido que tenían a una persona con autoridad en medio de aquel caos. Tardó un minuto en reconocerle. Habían estado juntos en una fiesta, en un marco muy distinto, y en esa ocasión habían charlado sobre la guerra. Ahora parecía mayor, más delgado, más duro. Tenía una expresión severa en la cara y muchas canas en su pelo empapado; sin embargo, al ver a Logen, sonrió y se acercó a él con la mano extendida.

—Por los muertos, vaya unas bromas que nos gasta el destino —dijo en buen norteño—. Yo te conozco.

—Y yo a ti.

—¿Nuevededos, verdad?

—Verdad. Y tú eres West. De Angland.

—Así es. Siento no poder darte una bienvenida mejor, pero el ejército

llegó aquí hace un día o dos y, como ves, las cosas todavía no están en orden. ¡Por ahí no, so idiota! —rugió a un conductor que intentaba meter su carro entre otros dos, cuando estaba claro que no cabía de ninguna de las maneras—. ¿Es que no tenéis algo que se parezca al verano en este maldito país?

—Lo tienes delante de ti. ¿No viste cómo era el invierno?

—Hummm. Tienes razón. Pero, bueno, ¿qué te trae por aquí?

Logen le entregó la carta. West se inclinó para protegerla de la lluvia y la leyó con el ceño fruncido.

—Firmada por el Lord Chambelán Hoff, ¿eh?

—¿Eso es bueno?

West frunció los labios y le devolvió la carta.

—Supongo que eso depende. Significa que tienes amigos poderosos. O enemigos poderosos.

—Quizá un poco de cada.

West sonrió.

—Yo he descubierto que suelen ir juntos. ¿Has venido a luchar?

—A eso he venido.

—Bien. Siempre es útil un hombre con experiencia —miró a los reclutas que saltaban de sus carros y exhaló un hondo suspiro—. Bastante tenemos ya que éstos no tienen ninguna. Deberías unirte al resto de los norteños.

—¿Tenéis norteños?

—Sí. Y todos los días se nos unen más. Parece que muchos no están muy de acuerdo con la forma en que está actuando el Rey. Concretamente con el trato que ha hecho con los Shanka.

—¿Un trato? ¿Con los Shanka? —Logen frunció el ceño. Nunca hubiera pensado que ni siquiera Bethod pudiera caer tan bajo, pero tampoco era la primera vez que se llevaba una decepción—. ¿Tiene Cabezas Planas combatiendo a su lado?

—Desde luego. Él tiene Cabezas Planas y nosotros tenemos norteños. Este mundo es muy raro.

—Vaya si lo es —dijo Logen moviendo la cabeza—. ¿Cuántos tenéis vosotros?

—Yo diría que unos trescientos, según la última cuenta que hemos echado, aunque la verdad es no les hace mucha gracia que se los cuente.

—Entonces yo sería el trescientos uno, si me aceptáis.

—Están acampados allí arriba, en el flanco izquierdo —dijo señalando la negra silueta de unos árboles que se recortaban sobre el cielo del atardecer.

—Muy bien. ¿Quién es el jefe?

—Uno que llaman el Sabueso. Logen le miró fijamente durante un largo momento. —¿Uno que llaman el qué? —El Sabueso. ¿Le conoces?

—Ya lo creo —dijo Logen en voz baja mientras una sonrisa se extendía por toda su cara—. Ya lo creo que le conozco.

El crepúsculo avanzaba rápido, trayendo a la noche pegada a sus talones, y cuando llegó Logen al campamento acababan de encender la gran hoguera. Vio las formas de los Caris que iban ocupando sus sitios, negras siluetas de cabezas y hombros que se recortaban sobre las llamas. Oyó sus voces y sus risas, que ahora que había escampado, resonaban en la quietud del anochecer.

Hacía mucho tiempo que no oía a un nutrido grupo de hombres hablando todos en norteño, y le sonó extraño, aunque fuera su propio idioma. Le traía muy malos recuerdos. Multitudes de hombres vociferando a su favor o en su contra. Multitudes de hombres entrando en combate, celebrando a gritos sus victorias, llorando a sus muertos. Entonces, desde algún lugar, le llegó un olor a carne cocinada. Un olor dulzón y espeso que le produjo un cosquilleo en la nariz e hizo que le sonaran las tripas.

A un lado del camino había un poste con una antorcha encendida y debajo de él un muchacho de pie, con pinta de aburrido y una lanza en la mano. Al ver a Logen acercarse, le miró con cara de pocos amigos. Debía de haberle tocado en suerte hacer la guardia mientras los otros comían y no parecía que la cosa le hiciera muy feliz.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—¿Está ahí el Sabueso?

—Sí, ¿y qué?

—Necesito hablar con él.

—¿Ah, sí?

Un hombre ya entrado en años, con una mata de pelo gris y la cara arrugada, se acercó a ellos.

—¿Quién es éste?

—Otro recluta —gruñó el chico—. Quiere ver al jefe.

El viejo escrutó a Logen con gesto ceñudo y preguntó:

—¿Te conozco, amigo?

Logen levantó la cabeza para que le iluminara la antorcha. Más vale mirar a un hombre a los ojos y permitir que él te mire para demostrarle que no le tienes miedo. Eso se lo había enseñado su padre.

—No sé. ¿Lo sabes tú?

—¿De dónde has salido? Eres uno de los muchachos de Costado Blanco, ¿verdad?

—No, yo trabajo solo.

—¿Sólo? Vamos a ver... Me parece reconocer... —los ojos del viejo se abrieron de par en par, la mandíbula se le vino abajo y la cara se volvió blanca como la cal—. ¡Por todos los malditos muertos! —susurró dando un tambaleante paso atrás—. ¡Es el Sanguinario!

Es posible que Logen esperara que no le reconociera nadie. Que todos le hubieran olvidado. Que tuvieran otras preocupaciones y que él no fuera más que un hombre como cualquier otro. Pero, ahora, al ver la cara del viejo, esa cara de estar muriéndose de miedo, supo lo que iba a pasar. Todo sería igual que siempre. Y lo peor era que, ahora que ya le habían reconocido, y veía ese miedo, ese horror y ese respeto, no estaba seguro de que no le gustara. A fin de cuentas, se lo había ganado, ¿no? Los hechos son los hechos.

Él era el Sanguinario.

El chico no parecía haberlo comprendido aún.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad? Dentro de nada me vais a decir que el próximo en venir va a ser el mismísimo Bethod.

Pero nadie se rió. Entonces Logen levantó la mano y miró por el hueco donde antes había estado su dedo medio. Los ojos del chico pasaron del muñón al tembloroso viejo y luego volvieron a mirar el muñón.

—Mierda —susurró.

—¿Dónde está tu jefe, muchacho?

La voz de Logen le asustó incluso a él. Plana, muerta y fría como el invierno.

—Está... está...—el chico extendió un dedo tembloroso señalando las hogueras.

—Está bien. Le olfatearé yo solo —los dos se apartaron. Logen no sonrió precisamente al pasar junto a ellos. Más bien les enseñó los dientes. Al fin y al cabo, tenía que mantener su reputación—. No os preocupéis —les susurró a la cara—. Soy de vuestro bando, ¿no?

Nadie le dirigió la palabra mientras pasaba por detrás de los Caris para dirigirse a la cabecera de la hoguera. Uno o dos se volvieron para mirarle, pero no era otra cosa que la curiosidad normal que despierta cualquier recién llegado al campamento. No tenían ni idea de quién era, aún, pero pronto la tendrían. El chico y el viejo estarían cuchicheando, los cuchicheos se extenderían por el fuego, como siempre ocurría, y dentro de poco todo el mundo le estaría mirando.

Dio un respingo cuando una gran sombra se movió junto a él. Tan grande era, que al principio la tomó por un árbol. Se trataba de un tipo gigantesco, que se rascaba la barba mientras miraba el fuego con gesto sonriente. Tul Duru. Incluso a media luz el Cabeza de Trueno resultaba inconfundible. No había nadie que tuviera su tamaño. Por enésima vez, Logen se preguntó cómo rayos había conseguido vencerle.

En ese momento sintió el extraño deseo de agachar la cabeza, pasar de largo y perderse en la noche sin volver la vista atrás. Así se habría ahorrado tener que ser una vez más el Sanguinario. Y lo único que habría ocurrido era que un muchachito y un viejo jurarían haber visto un espectro una noche. Podía haberse ido lejos, haber empezado de cero, ser lo que le hubiera dado la gana. Pero ya lo había intentado una vez y no le había servido de nada. El pasado estaba siempre a su espalda, echándole el aliento en el cuello. Ya era hora de darse la vuelta y afrontarlo.

—¡Eh, grandullón!

Tul escudriñó su figura a la luz del crepúsculo. Los reflejos anaranjados y las densas sombras se alternaban en su cabeza berroqueña, en la alfombra que tenía por barba.

—Quién... Un momento...

Logen tragó saliva. Ahora que lo pensaba, no tenía ni idea de cómo iban a reaccionar al encontrarse con él de nuevo. A fin de cuentas, fueron enemigos antes que amigos. Todos habían luchado contra él. Todos habían querido matarle, y por muy buenos motivos. Y, para rematarlo, al final se había largado al sur dejándoles a merced de los Shanka. ¿Y si lo único que recibía después de haber estado separados algo más de un año era una fría mirada?

En ese mismo momento Tul le agarró y estuvo a punto de asfixiarle con su abrazo.

—¡Estás vivo! —le soltó un momento para comprobar que no se había equivocado de hombre y volvió a abrazarle.

—Sí, estoy vivo —jadeó Logen, aunque sus fuerzas apenas le permitían hablar. Bueno, al menos había recibido una calurosa bienvenida.

La cara de Tul era una enorme sonrisa.

—Vamos —e hizo a Logen señas de que le siguiera—. ¡Los muchachos se van a cagar!

Siguió a Tul con el corazón en la boca hasta la cabecera de la hoguera, que era el lugar donde solía sentarse el jefe, en compañía de los Grandes Guerreros que estaban más unidos a él. Y allí estaban todos, sentados en el suelo. El Sabueso en el centro, diciéndole algo al oído a Dow. Hosco al otro lado, apoyado en un codo, revisando el arco y las flechas. Como si nada hubiera cambiado.

—Traigo a una persona que quiere verte, Sabueso —soltó Tul con voz chirriante debido al esfuerzo que estaba haciendo para no descubrir la sorpresa.

—¿Ah, sí? —el Sabueso miró a Logen, pero como estaba escondido a la sombra del gigantesco hombro de Tul, no le reconoció—. ¿No puede esperar a que hayamos comido?

—Me parece que no.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—¿Que quién es?

Tul agarró a Logen de un hombro y lo lanzó dentro del círculo de luz de la hoguera.

—¡Es nada menos que el maldito Logen Nuevededos!

Logen pegó un resbalón en el barro, estuvo a punto de caer de culo y tuvo que ponerse a hacer aspavientos con los brazos para mantener el equilibrio. Las conversaciones que estaban teniendo lugar alrededor de la hoguera se interrumpieron de inmediato y todas las caras se volvieron hacia él. Dos hileras de rostros demudados, iluminados por la oscilante luz de las llamas, se le quedaron mirando en un silencio que sólo interrumpía el suspiro del viento y el crepitar del fuego. El Sabueso le miró de arriba abajo, como si tuviera delante a un muerto viviente, mientras la boca se le iba abriendo más y más a cada segundo que pasaba.

—Creí que os habían matado a todos —dijo Logen cuando recuperó del todo el equilibrio—. Hay veces en que uno se pasa de realista.

El Sabueso se levantó muy despacio. Tendió la mano a Logen, y Logen se la estrechó.

No había nada que decir. No entre dos hombres que habían pasado tantas cosas juntos: dos hombres que se habían enfrentado a los Shanka, que habían cruzado las montañas, que habían sobrevivido a las guerras y a lo que vino después. Y así un año tras otro. El Sabueso le apretó la mano, Logen puso la otra encima y el Sabueso se la cubrió con la otra suya. Se sonrieron, asintieron con la cabeza y todo volvió a ser como era antes. No hacía falta decir nada más.

—Hosco, me alegro de verte.

—Hummm —gruñó Hosco, y acto seguido le tendió un tazón y luego volvió a su sitio como si Logen hubiera salido a orinar hacía un minuto y acabara de volver, como todo el mundo esperaba. Logen no pudo contener la risa. No esperaba otra cosa.

—¿Ese que está ahí escondido es Dow el Negro?

—Me habría escondido mejor de haber sabido que venías —Dow miró a Logen de arriba abajo con una sonrisa no del todo amistosa—. Nuevededos en persona. ¿No me habías dicho que se había caído por un barranco? —le ladró al Sabueso.

—Eso fue lo que yo vi.

—Es cierto que me caí —Logen recordó el viento en la boca, las rocas y la nieve dando vueltas, el golpe contra el agua que le dejó sin respiración—. Me caí al agua y la corriente me dejó en tierra, más o menos de una pieza.

El Sabueso le hizo sitio en las pieles extendidas junto al fuego y él se sentó y los demás se acomodaron a su lado.

Dow estaba meneando la cabeza.

—Siempre tuviste la suerte de cara para eso de seguir vivo. Debí suponer que volverías a aparecer.

—Creí que los Cabezas Planas habían dado cuenta de vosotros —dijo Logen—. ¿Cómo conseguisteis salir de allí?

—Nos sacó Tresárboles —dijo el Sabueso.

Tul asintió con la cabeza.

—Nos sacó de allí, nos guió por las montañas y estuvimos huyendo por el Norte hasta llegar a Angland.

—Seguro que protestando todo el tiempo como un grupo de viejas chochas.

El Sabueso miró a Dow con una sonrisa.

—Algún que otro gemido hubo durante el viaje.

—¿Dónde está Tresárboles ahora? —Logen estaba deseando charlar con su viejo camarada.

—Muerto —dijo Hosco.

Logen hizo una mueca de dolor. Había intuido algo al ver que el Sabueso era ahora el jefe.

Tul sacudió su cabezota.

—Murió luchando —dijo—. Al frente de una carga contra los Shanka. Murió luchando contra el bicho ese. El Temible.

—Maldito cabrón hijo de zorra —Dow escupió al suelo.

—¿Y Forley?

—Muerto también —ladró Dow—. Fue a Carleon a advertir a Bethod que los Shanka venían por las montañas. Calder le mandó matar, sólo por pasarlo bien. ¡El muy cabrón! —y escupió de nuevo. A Dow siempre se le había dado muy bien escupir.

—Muertos —Logen sacudió la cabeza. Forley muerto, Tresárboles muerto; una pena. Pero no hacía mucho pensaba que todos estarían en el barro, así que, en cierto modo, que hubiera cuatro vivos era una buena noticia—. Los dos eran buenas personas. Los mejores, y por lo que decís, murieron bien. Dentro de lo que cabe.

—Dentro de lo que cabe, sí —dijo Tul levantando su tazón—. ¡Por los caídos!

Todos bebieron en silencio y Logen se relamió al sentir el sabor de la cerveza. Hacía mucho tiempo.

—Bueno, ha pasado todo un año —gruñó Dow—. Nosotros hemos matado a unos cuantos hombres, hemos andado un montón y hemos luchado en una maldita batalla. También hemos perdido dos hombres y ahora tenemos un nuevo jefe. ¿Y tú, qué has hecho, eh, Nuevededos?

—Pues... es una larga historia —Logen se preguntó qué clase de historia exactamente y se dio cuenta de que no lo sabía a ciencia cierta—. Creí que los Shanka os habían cogido a todos, ya que la vida me ha enseñado a esperar lo peor, así que me fui al Sur y ahí me junté con un mago. Hice con él una especie de viaje por mar a un lugar muy lejano, en busca de no sé qué, pero luego, cuando llegamos resultó que... bueno, que no estaba allí —ahora que lo contaba, todo sonaba como un auténtico disparate.

—¿Qué era? —preguntó Tul intrigadísimo.

—¿Sabéis qué? —Logen se relamió los dientes, que conservaban aún el sabor de la cerveza—. En realidad no lo sé —todos se miraron, como si no hubieran oído una historia más absurda en su vida, cosa que, hubo de admitir Logen, seguramente era el caso—. Pero en fin, ahora ya no importa. Resulta que la vida no es tan cabrona como yo creía —y dio a Tul una palmada en la espalda.

El Sabueso hinchó los carrillos y soltó un resoplido.

—Bueno, la cuestión es que nos alegra que estés de vuelta. Supongo que ahora volverás a ocupar tu puesto, ¿eh?

—¿Mi puesto?

—Sí, tu puesto. Ya sabes, tú eras el jefe.

—Sí, lo fui, pero no tengo intención de volver a serlo. Me parece que los muchachos están satisfechos con cómo están las cosas ahora.

—Pero tú sabes mucho más que yo sobre lo que hay que hacer para mandar hombres y...

—No estoy muy seguro de que eso sea cierto. Que yo fuera el jefe nunca fue muy beneficioso para nadie ¿verdad? Ni para nosotros, ni para los que lucharon con nosotros, ni para los que lucharon contra nosotros —invadido por los recuerdos, Logen encorvó los hombros—. Te aconsejaré alguna vez si quieres, pero prefiero ser yo quien te siga. Mi época ya pasó, y no fue precisamente buena.

Daba la impresión de que el Sabueso había esperado otro resultado.

—Bueno... Si estás seguro...

—Estoy seguro —Logen le dio una palmada en el hombro—. No es fácil, ¿verdad?, ser jefe.

—No —gruñó el Sabueso—. Maldito si lo es.

—Además, seguro que muchos de estos chicos han tenido ya algún enfrentamiento conmigo y no les hace demasiada gracia verme por aquí. —Logen miró a través de la hoguera sus caras endurecidas, oyó murmullos que incluían su nombre, y aunque hablaban en una voz demasiado baja para entender lo que decían, se imaginaba que sus comentarios no serían precisamente elogiosos.

—Cuando llegue el momento de luchar se alegrarán de tenerte a su lado, no te preocupes.

—Tal vez.

Era una lástima tener que ponerse a matar gente delante de unas personas que ni se molestarían en saludarle con un gesto de la cabeza. Desde la parte iluminada le llegaban miradas cortantes que se desviaban en cuanto él las devolvía. Sólo había un hombre que más o menos le aguantaba la mirada. Un joven alto de pelo largo que se sentaba hacia la mitad de la hoguera.

—¿Quién es ése? —preguntó Logen.

—¿Quién es quién?

—Ese muchacho de ahí, el que no me quita ojo.

—Ah, ése es Escalofríos —el Sabueso se relamió sus dientes puntiagudos—. Uno que tiene lo que hay que tener. Ya ha luchado con nosotros

varias veces y se le da muy bien. Ante todo quiero que sepas que es una buena persona y que estamos en deuda con él. Pero tengo que añadir que es hijo del Atronado.

Logen sintió una especie de náusea.

—¿Que es quién?

—El otro hijo.

—¿El niño?

—De aquello hace ya mucho tiempo. Los niños crecen.

Puede que fuera hace ya mucho tiempo, pero ahí no había olvido que valiera. Logen lo notó de inmediato. En el Norte nada se olvida. Y jamás debió suponer que tal vez las cosas pudieran ser distintas.

—Debería decirle algo. Si tenemos que luchar juntos... debería decirle algo.

El Sabueso hizo una mueca de dolor.

—No sé si es buena idea. A veces es mejor no hurgar en las heridas. Come, y habla con él por la mañana. Todo se ve más claro a la luz del día. Eso, a no ser que al final decidas no hacer nada.

—Ajá —gruñó Hosco.

Logen se puso de pie.

—Puede que tengas razón, pero es mejor no demorarlo que...

—¿Que vivir temiéndolo? —el Sabueso asintió con la cabeza y con la vista clavada en el fuego—. Te he echado de menos, Logen, te lo juro.

—Y yo a ti, Sabueso. Y yo a ti.

Se abrió paso en medio de la oscuridad, que apestaba a humo, a carne y a hombre, caminando por detrás de los Caris que se sentaban junto al fuego. A su paso, los veía encorvar los hombros y murmurar. Sabía lo que estaban pensando. «El Sanguinario está detrás de mí y no hay peor hombre para tener a tu espalda». Veía a Escalofríos, vigilándole todo el tiempo con un ojo frío que asomaba por detrás de su larga melena, mientras mantenía los labios apretados formando una fina línea recta. Había sacado una navaja para comer, pero lo mismo servía para apuñalar a un hombre. Cuando se sentó a su lado, Logen se fijó en el brillo de las llamas que se reflejaban en su filo.

—Así que tú eres el Sanguinario.

Logen hizo una mueca de dolor.

—Sí, eso parece.

Escalofríos asintió con la cabeza sin dejar de mirarle.

—Así que esta es la cara del Sanguinario.

—Espero no haberte decepcionado.

—No, no. Ni mucho menos. Es bueno poder ponerte una cara después de tanto tiempo.

Logen bajó la mirada, intentando encontrar alguna forma de abordarlo. Un movimiento de las manos, un gesto de la cara, o unas palabras que consiguieran que las cosas empezaran a enderezarse aunque fuera mímicamente.

—Aquellos fueron tiempos difíciles —acabó diciendo.

—¿Más que éstos?

Logen se mordió el labio.

—Bueno, puede que no.

—Supongo que todos los tiempos son malos —dijo Escalofríos con los dientes apretados—. Pero eso no es excusa para la maldita cabronada que hiciste.

—Tienes razón. Lo que hice no tiene excusa. No estoy orgulloso de ello. No sé qué más puedo decir, excepto que espero que puedas olvidarlo y los dos podamos luchar codo con codo.

—Voy a ser sincero contigo —dijo Escalofríos; su voz sonó estrangulada, como si estuviera intentando no ponerse a gritar o a llorar. Tal vez las dos cosas—. Fue demasiado horrible para poder olvidarlo. Mataste a mi hermano, a pesar de que le habías prometido el perdón. Le cortaste los brazos y las piernas y clavaste su cabeza en el estandarte de Bethod —un temblor sacudía sus nudillos, blancos debido a la fuerza con que empuñaba la navaja. Logen veía claro que le estaba costando casi la vida no clavársela en la cara, y, la verdad, no le culpaba por ello—. Mi padre no volvió a ser el mismo después de aquello. Era un muerto en vida. He pasado muchos años soñando que te mataba, Sanguinario.

Logen asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Nunca serás el único que sueñe con eso.

Sintió entonces otras miradas frías que le contemplaban a través de las llamas. Ceños fruncidos en la oscuridad, caras hurañas iluminadas por la luz parpadeante. Hombres a quienes ni siquiera conocía, aterrados hasta los huesos o que se la tenían guardada. Podía contar con los dedos de una mano las personas que se alegraban de verle vivo. Aun faltándole un dedo. Y eso que se suponía que ése bando era el suyo.

El Sabueso tenía razón. Es mejor no hurgar en algunas heridas. Logen se puso en pie, sintiendo un incómodo hormigueo en los hombros, y regresó a la cabecera de la hoguera, donde esperaba que las conversaciones fueran un poco más fluidas. Estaba seguro de que Escalofríos seguía con las mismas ganas de matarle que siempre, pero eso tampoco representaba una sorpresa.

Hay que ser realista. No había palabras para reparar las cosas que él había hecho.

Deudas incobrables

Superior Glokta:

Aunque creo que nunca hemos sido presentados formalmente, en estas últimas semanas he oído su nombre mencionado con bastante frecuencia. Espero que no se ofenda, pero tengo la impresión de que cada vez que entro en una habitación acaba usted de salir de ella o está a punto de entrar, y cada negociación que emprendo se ve considerablemente dificultada por sus intervenciones.

Si bien es cierto que nuestros jefes tienen puntos de vista encontrados sobre este asunto, no veo motivo alguno para que no nos comportemos como personas civilizadas. Podría ocurrir que usted y yo lográramos llegar a un acuerdo del que saliéramos con menos trabajo y mayores progresos.

Le espero en el patio del matadero que hay junto a las Cuatro Esquinas mañana por la mañana a partir de las seis. Le pido disculpas por haber elegido un lugar tan ruidoso, pero entiendo que es preferible que nuestra conversación se mantenga en privado.

Sé que ni a usted ni a mí nos va a echar atrás un poco de inmundicia bajo nuestros pies.

Harlen Morrow

Secretario del Juez Marovia.

Lo menos que podía decirse era que el sitio apestaba. *Por lo visto, unos centenares de cerdos vivos no huelen tan bien como cabría esperar.* El suelo del oscuro almacén estaba recubierto por sus pestilentes excrementos y en la densa atmósfera atronaban sus ruidos desesperados. Gruñían, chillaban, roncaban y se daban empellones en las atestadas cochiqueras, intuyendo quizá que el cuchillo del carnicero no andaba ya muy lejos. Pero, como había observado Morrow, Glokta no era de los que se echan atrás por unos ruidos, un cuchillo o, puestos a ello, un olor desagradable. *Después de todo me paso la vida chapoteando entre basura metafórica. ¿Por qué no chapotear un poco en la auténtica?* El verdadero

problema era lo resbaladizo del suelo. Avanzó dando pasitos, con la pierna ardiendo. *Mira que si llegara a la reunión rebozado en mierda de cerdo. No creo que eso contribuyera precisamente a dar una imagen de terrorífica crueldad.*

Vio a Morrow apoyado en una de las cochiqueras. *Como un granjero admirando su piara de galardonados cerdos.* Glokta se acercó a él cojeando. Sus botas chapoteaban, su cara se contorsionaba con toda clase de muecas y gestos y su espalda chorreaba sudor.

—La verdad, Morrow, hay que reconocer que sabe usted cómo hacer que una chica se sienta que es alguien especial.

El secretario de Marovia, un hombre bajo, de rostro redondo y con gafas, le sonrió.

—Superior Glokta, permítame que empiece por decirle que siento el máximo respeto por sus logros en Gurkhul, por sus métodos de negociación y...

—No he venido aquí a intercambiar cumplidos, Morrow. Si eso es todo lo que tiene que decirme, se me ocurren lugares de encuentro más gratamente perfumados.

—Y sin duda, también mejores compañeros. A lo nuestro, pues. Estos son tiempos difíciles.

—Hasta ahí estoy de acuerdo.

—Cambios. Incertidumbre. Descontento entre los campesinos...

—Yo diría que algo más que descontento, ¿no le parece?

—Rebelión entonces. Esperemos que la confianza que ha depositado el Consejo Cerrado en el coronel Luthar esté justificada y que consiga detener a los rebeldes antes de que accedan a la ciudad.

—Yo ni siquiera confiaría en su cadáver para que detuviese una flecha, pero supongo que el Consejo Cerrado tendrá sus razones.

—Siempre las tiene. Aunque, desde luego, no siempre están todos de acuerdo. *Nunca están de acuerdo en nada. Eso es casi una regla de ese maldito organismo.* Pero son sus servidores —y Morrow dirigió una mirada muy elocuente a Glokta por encima de sus gafas— los que han de sufrir las consecuencias de esa falta de acuerdo. Pienso que nosotros, en concreto, hemos estado demasiado tiempo pisándonos mutuamente los pies.

—Ja —se burló Glokta, moviendo sus pies entumecidos dentro de la bota—. Espero que sus pies no hayan salido muy perjudicados. No podría vivir tranquilo si le hubiera procurado una cojera. ¿Tendrá por ventura una solución en mente?

—Por así llamarla —miró con una sonrisa a los cerdos, que gruñían, se

retorcían y trataban de encaramarse los unos sobre los otros—. En la granja en que me crié teníamos marranos. *Ay no, la historia de su vida, no.* Yo era el responsable de darles de comer. Tenía que levantarme tan temprano por la mañana, que todavía estaba oscuro y mi respiración se convertía al instante en vaho. *¡Qué retrato más vivido! El joven maese Morrow, hundido hasta las rodillas en mierda, ve cómo se atiborran los cerdos mientras sueña con escapar. ¡Una vida nueva en la deslumbrante ciudad!* —Morrow le sonrió. La tenue luz hizo que en los cristales de sus gafas surgieran algunos destellos—. Estos bichos comen cualquier cosa. Incluso tullidos.

Ah. Con que ésas tenemos.

Fue entonces cuando Glokta se dio cuenta de que un hombre avanzaba furtivamente hacia ellos desde el otro extremo del cobertizo. Un hombre robusto, con una chaqueta raída, que caminaba entre las sombras. Tenía el brazo apretado con fuerza contra su costado y la mano cubierta por la manga. *Como si estuviera escondiendo allí un cuchillo y no se le diera muy bien. Sería mejor que se acercara con una sonrisa en los labios y el cuchillo a plena vista. Hay cien razones para llevar un cuchillo en un matadero. Pero sólo puede haber una razón para intentar esconderlo.*

Miró por encima del hombro e hizo un gesto de dolor al sentir un chasquido en el cuello. Otro hombre, muy parecido al primero, avanzaba con sigilo por el lado contrario.

—¿Matones? ¡Qué poco original!

—Será poco original, pero creo que le van a parecer muy eficaces.

—¿Así que me van a matar en el matadero, eh, Morrow? ¡Descuartizado por los carniceros! ¡Sand dan Glokta, el rompecorazones, un ganador del Certamen, un héroe de la guerra contra los gurkos, reducido a la mierda que despidan los culos de una docena de cerdos! —se echó a reír a carcajadas y tuvo que limpiarse unos cuantos mocos que se le quedaron pegados al labio superior.

—Me alegra que tenga sentido del humor —murmuró Morrow algo desconcertado.

—Sí que lo tengo. Alimento de los cerdos. Resulta tan evidente que puedo decirle con toda sinceridad que no me lo esperaba —exhaló un largo suspiro—. Pero no esperado y no previsto son dos cosas completamente distintas.

En medio del estrépito de los cerdos, no se oyó el ruido de la cuerda del arco. Al principio pareció que el matón resbalaba, dejaba caer su brillante cuchillo y se desplomaba de costado sin motivo aparente. Entonces Glokta vio que tenía una saeta alojada en el costado. *No es que suponga una gran sorpresa,*

pero siempre me parece cosa de magia.

Asustado, el matón que estaba al otro extremo del edificio dio un paso hacia atrás sin ver en ningún momento a la practicante Vitari, que trepaba por la barandilla de una cochiquera vacía que tenía a su espalda. El metal refulgió un instante en la oscuridad cuando le cortó los tendones del dorso de una rodilla y le derribó. Luego, su intento de lanzar un grito quedó sofocado de inmediato por la cadena con la que le rodeó el cuello.

Severard se descolgó con soltura desde las vigas del tramo de techo que había a la izquierda de Glokta y aterrizó con un chapoteo sobre la porquería del suelo. Con el arco al hombro, avanzó unos pasos, lanzó el cuchillo a la oscuridad de un puntapié y miró al hombre contra el que había disparado.

—Te debo cinco marcos —gritó a Frost—. No le acerté al corazón, maldita sea. ¿Al hígado a lo mejor?

—Zí, al hígado —gruñó el albino, emergiendo de entre las sombras en el extremo opuesto del almacén. Con ambas manos aferradas a la saeta que le atravesaba el costado y la cara medio cubierta de excrementos, el hombre intentó ponerse de rodillas. Frost alzó su porra y al pasar por su lado le pegó un estacazo en la parte posterior de la cabeza que puso fin a sus gritos y le lanzó de bruces sobre la mierda. Vitari, entretanto, había derribado a su hombre y estaba de rodillas encima de su espalda, tirando de la cadena que le rodeaba el cuello. Los esfuerzos del hombre por liberarse se fueron haciendo cada vez más débiles hasta que al final se detuvieron. *Un poco más de carne muerta en el suelo del matadero.*

Glokta miró a Morrow.

—Qué deprisa pueden cambiar las cosas, ¿eh, Harlen? En un momento todo el mundo quiere conocerte. ¿Y al siguiente? —puso cara de pena y golpeó con su pie inútil la mugrienta punta del bastón. —Estás jodido. Es una dura lección. *Nadie lo sabe mejor que yo.*

El secretario de Marovia retrocedió, metiendo y sacando la lengua de la boca y con una mano extendida al frente.

—Espere un...

—¿Por qué? —el labio inferior de Glokta se superpuso al inferior—. ¿De verdad cree que nuestro amor tiene futuro después de todo esto?

—Quizá podamos llegar a algún...

—No me extraña que intentara matarme. ¿Pero hacerlo de una forma tan chapucera? Somos profesionales, Morrow. Me indigna que haya creído que esto iba a funcionar.

—Yo estoy dolido —murmuró Severard.

—Y yo herida —canturreó Vitari haciendo tintinear la cadena en la oscuridad.

—Moztalmente ofenzido —gruñó Frost mientras iba arrinconando a Morrow contra una de las cochiqueras.

—Debió seguir lamiendo el culo al borracho de Hoff. O, si no, haberse quedado en la granja con sus marranos. Ya sé que es un trabajo duro y que obliga a madrugar. Pero se gana uno la vida.

—Espere! ¡Esp...!

Severard le agarró un hombro por detrás, le clavó el cuchillo a un lado del cuello y le rebanó el pescuezo con la misma naturalidad con que se descabeza un pez.

La sangre manchó las botas de Glokta, que se tambaleó hacia atrás haciendo un gesto de dolor al sentir una punzada en su pierna inútil.

—¡Mierda! —soltó entre sus encías desnudas mientras se agarraba a la desesperada a la valla de al lado, librándose por los pelos de caer de culo sobre los excrementos del suelo—. ¿No te podías haber limitado a estrangularle?

Severard se encogió de hombros.

—El resultado fue el mismo, ¿no?

Morrow cayó de rodillas; sus gafas colgaban al sesgo delante de su cara y con una mano se sujetaba el gaznate mientras la sangre se le iba colando a borbotones por el cuello de la camisa.

Glokta vio cómo el funcionario caía de espaldas y una de sus piernas se ponía a dar sacudidas, abriendo un surco en la hedionda mugre del suelo con el talón. *Ay, pobres marranos de la granja. Ya nunca verán a su amo, el joven Morrow, regresar por las colinas echando vaho por la boca en el frescor de la mañana tras su triunfal paso por la rutilante ciudad.*

Las convulsiones del funcionario se fueron espaciando cada vez más hasta que por fin cesaron. *¿Cuándo, exactamente, me convertí en... esto? Poco a poco, supongo. Las acciones se suceden una tras otra y van trazando un camino que no tenemos más remedio que recorrer porque siempre encontramos alguna razón para seguir adelante. Hacemos lo que hay que hacer, lo que nos mandan, lo que nos resulta más fácil. ¿Qué otra cosa podemos hacer si no ir resolviendo uno por uno nuestros sórdidos problemas? Y llega un día en que, al levantar la vista, descubrimos que somos... esto.*

Contempló la brillante mancha de sangre de su bota, arrugó la nariz y se la limpió restregándola contra la pernera del pantalón de Morrow. *En fin, me encantaría seguir filosofando un rato más, pero tengo funcionarios que sobornar, aristócratas que chantajear, votos que comprar, secretarios que asesinar y amantes que*

amenazar. Un montón de cuchillos con los que hacer juegos malabares. Y cuando uno cae ruidosamente a la mugre del suelo, otro tiene que ir para arriba y ponerse a dar vueltas sobre nuestras cabezas con una hoja tan afilada como la de una navaja barbera. No es nada fácil, la verdad.

—Nuestros amigos los magos están de vuelta en la ciudad.

Severard se levantó un poco la máscara para rascarse.

—¿Los magos?

—El primero de esos cabrones, nada menos, y sus heroicos acompañantes. Él, su escurridizo aprendiz y la mujer esa. Ah, y también el Navegante. Vigílalos, a ver si podemos separar a alguno de esos cochinillos de la piara. Es hora de averiguar qué se traen entre manos. ¿Todavía conservas tu encantadora casa junto al mar?

—Por supuesto.

—Estupendo. A ver si por una vez conseguimos ganarles la partida para que cuando Su Eminencia nos exija respuestas las tengamos. *Y yo me pueda ganar por fin una palmadita en la cabeza de manos de mi dueño y señor.*

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó Vitari, señalando a los cadáveres con su cabeza pinchuda.

Glokta suspiró.

—Por lo visto los cerdos comen de todo.

La ciudad se iba oscureciendo mientras Glokta arrastraba su pierna tullida por las calles ya casi desiertas en dirección al Agriont. Las tiendas cerraban, los dueños de las casas encendían sus lámparas y la luz de las candelas se vertía sobre las sombrías callejuelas por las rendijas de las contraventanas. *Familias felices preparándose para cenas felices, no cabe duda. Amantes padres con sus encantadoras esposas, sus hijos adorables y sus vidas plenas de significado. Mi más sincera enhorabuena.*

El esfuerzo que tenía que hacer para mantener el ritmo le obligaba a apretar los dientes que le quedaban contra sus encías irritadas, el sudor empezaba a empaparle la camisa y a cada renqueante paso que daba la pierna le dolía cada vez más. *Pero este cacho de carne muerta no conseguirá detenerme.* El dolor iba del tobillo a la rodilla, de la rodilla a la cadera, y luego ascendía por su columna retorcida hasta llegar por fin al cráneo. *Todo este esfuerzo para matar a un administrativo de nivel medio, que encima trabajaba a unas pocas manzanas del Pabellón de los Interrogatorios. Una maldita pérdida de tiempo, eso es lo que es. Una*

maldita...

—¿Superior Glokta?

Un hombre cuya cara quedaba en sombra se le acercó respetuosamente. Glokta le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Le...?

Lo hicieron muy bien, de eso no cabía duda. Ni siquiera advirtió la presencia del otro hombre hasta que se encontró totalmente indefenso, con la cabeza metida en una bolsa y un brazo retorcido a la espalda que hizo que saliera impulsado hacia delante. Tropezó, trató de sujetar su bastón y lo oyó caer sobre el empedrado.

—¡Aaargh! —un tremendo espasmo le cruzó la espalda cuando trató inútilmente de soltarse el brazo, y no le quedó más remedio que dejarse hacer mientras resollaba de dolor dentro de la bolsa. En un momento le ataron las muñecas y sintió que una mano recia se introducía debajo de cada una de sus axilas. Una vez que lo tuvieron agarrado cada uno de un lado, los hombres emprendieron la marcha a toda prisa, transportándole casi en vilo sobre el empedrado de la calle. *Vaya, hacía mucho tiempo que no caminaba tan deprisa.* Le agarraban con fuerza, pero sin hacerle daño. *Profesionales. Unos matones de mucha más categoría que los de Morrow. El que ha ordenado esto no es ningún idiota. Bien, ¿y quién lo ha ordenado? ¿El propio Sult, o uno de sus enemigos? ¿Uno de sus rivales en la carrera por el trono? ¿El Juez Marovia? ¿Lord Brock? ¿Alguien del Consejo Abierto? ¿O quizá los gurkos? Ellos y yo nunca hemos sido muy buenos amigos. ¿La banca Valint y Balk, que al fin ha decidido cobrarse la deuda? ¿No habré juzgado mal al joven Capitán Luthar? ¿O será sencillamente el Superior Goyle, que se ha cansado de compartir su puesto con un tullido?* La lista, ahora que se veía obligado a pensar en ello, era interminable.

Oía el ruido de pisadas cercanas. Caminaban por callejuelas estrechas. No tenía ni idea de la distancia que habían recorrido. Su respiración resonaba dentro del saco, chirriante, gutural. *Los latidos del corazón, la piel irritada a causa del sudor frío. Nervioso. Incluso asustado. ¿Qué querrán de mí? A nadie le raptan en la calle para ascenderle, regalarle unos dulces o darle tiernos besos. Una lástima. Sé muy bien para qué se rapta a alguien en la calle. Pocos lo saben mejor que yo.*

Bajaron unos escalones y la punta de sus botas pasó rozando cada uno de los peldaños. Una pesada puerta se cerró de golpe. Luego los pasos resonaron en un corredor embaldosado. Se cerró otra puerta y un instante después le dejaron caer en una silla. *Y ahora, con toda seguridad, para bien o para mal, vamos a averiguar...*

De pronto le arrancaron la bolsa de la cabeza y Glokta parpadeó cegado por una luz intensa. Una habitación blanca, demasiado iluminada para resultar

cómoda. *Un tipo de habitación que me es tristemente familiar. Sólo que resulta mucho más desagradable vista desde este lado de la mesa.*

Enfrente de él había alguien sentado. *O la borrosa silueta de alguien.* Cerró un ojo y escudriñó con el otro tratando de ajustar su visión.

—Vaya —murmuró—. Qué sorpresa.

—Placentera, espero.

—Supongo que eso ya se verá.

Carlot dan Eider había cambiado. *Y al parecer el exilio no le ha sentado del todo mal.* Le había vuelto a crecer el pelo, quizá no del todo, pero sí lo suficiente para recuperar su elegancia. Las magulladuras de su cuello habían desaparecido y en las mejillas sólo quedaban unas ligerísimas marcas en los lugares que estuvieron cubiertos de costras. Había cambiado la indumentaria de arpillera propia de los traidores por el vestuario de viaje de una dama adinerada. Y le sentaba extremadamente bien. En sus dedos y alrededor de su cuello refulgían varias joyas. Parecía tan rica y tan distinguida como el día en que se conocieron. Y, por si fuera poco, estaba sonriendo. *La sonrisa del jugador que tiene todos los triunfos. ¿Por qué no aprenderé nunca? Nunca le hagas un favor a nadie. Y menos a una mujer.*

Delante de ella, a su alcance, había unas tijeritas de las que usan las mujeres ricas para cortarse las uñas. *Pero que lo mismo pueden servir para despellejar las plantas de los pies de un hombre, para ensancharle los orificios nasales, para cortarle las orejas poco a poco...*

A Glokta le costó trabajo apartar la vista de aquellas hojas afiladas que brillaban a la luz de las lámparas.

—Creí haberle dicho que no volviera nunca —pero a su voz le faltaba su acostumbrado tono autoritario.

—Así es. Pero un día pensé... ¿Y por qué no? Tengo bienes en la ciudad a los que no estaba dispuesta a renunciar y posibilidades de negocio que me interesa aprovechar —cogió las tijeritas, recortó un trocito minúsculo del borde de la uña perfectamente cuidada de uno de sus dedos pulgares y contempló el resultado frunciendo el ceño—. Ahora ya no hay motivo para revelar a nadie que estoy aquí, ¿verdad?

—Mi preocupación por su seguridad está ya olvidada —repuso Glokta. *Pero mi preocupación por la mía aumenta a cada momento. Nadie está tan absolutamente incapacitado que no pueda estarlo un poco más.* ¿De verdad necesitaba tomarse tanto trabajo sólo para compartir conmigo sus planes de viaje?

El comentario hizo que la sonrisa de Eider se ensanchara aún más si cabe.

—Espero que mis hombres no le hayan hecho daño. Les dije que le trataran con delicadeza. Al menos por el momento.

—Pero un secuestro, por muy gentil que sea, siempre es un secuestro, ¿no le parece?

—La palabra secuestro es muy fea. ¿Por qué no lo considera como una invitación difícil de resistir? Por lo menos le he permitido seguir vestido, ¿no?

—Ese favor en concreto es beneficioso para los dos, créame. ¿Una invitación a qué, si se me permite preguntar? ¿A ser maltratado y a sostener una breve conversación?

—Me duele que necesite algo más. Pero ya que lo dice, había otra cosa —recortó alguna otra esquirla de uña y le miró a los ojos—. Una pequeña deuda impagada desde Dagoska. Me temo que no voy a dormir tranquila hasta que esté saldada.

¿Unas semanas en una celda sin luz y luego un lento estrangulamiento hasta la muerte? ¿Qué clase de ganancia obtendría yo con un pago como ese?

—Por favor —siseó entre sus encías mientras miraba parpadeando el tijereteo de las dos hojillas metálicas—. No puedo soportar el suspense.

—Vienen los gurkos.

Desconcertado, Glokta hizo una pausa.

—¿Vienen aquí?

—Sí. A Midderland. A Adua. A usted. Han construido una flota en secreto. Empezaron a construirla después de la última guerra y ahora ya la tienen completa. Con unos barcos que rivalizan con los mejores de la Unión —soltó las tijeras sobre la mesa y exhaló un largo y profundo suspiro—. Eso es lo que he oído, al menos.

La flota gurka, como ya me dijo Yulwei, mi visitante de medianoche. Rumores y fantasmas tal vez. Pero los rumores no siempre son mentiras.

—¿Cuándo llegarán?

—La verdad es que no lo sé. Organizar una expedición de esas dimensiones supone un esfuerzo colosal. Pero los gurkos siempre se han organizado mucho mejor que nosotros. Por eso es un placer hacer negocios con ellos.

Mis tratos con ellos no han sido tan placenteros, pero bueno.

—¿Qué contingente mandarán?

—Me imagino que uno muy grande.

Glokta soltó un resoplido.

—Perdóneme si considero las palabras de una traidora confesa con un cierto escepticismo, sobre todo dada la parquedad de datos.

—Como quiera Le he traído aquí para prevenirle, no para convencerle. Creo que se lo debo por haberme salvado la vida.

Qué maravillosamente anticuada es usted.

—¿Y eso era todo?

Eider extendió las manos.

—¿No puede una señora arreglarse las uñas sin ofender?

—¿No podía haberse limitado a escribirme y haberme ahorrado que se me irritaran los sobacos? —espetó Glokta.

—Oh, vamos. Nunca le he tenido por un hombre que se irrite por haber sufrido unas ligeras molestias. Además, esto nos ha dado la oportunidad de renovar una deliciosa amistad. Tiene que concederme mi pequeño momento de triunfo, después de todo lo que me hizo pasar.

Supongo que tiene razón. He recibido amenazas bastante menos encantadoras y al menos no tiene el mal gusto de concertar una entrevista en un matadero de cerdos.

—¿Entonces me puedo ir tranquilamente?

—¿Alguien le ha amenazado con una estaca? —ninguno de los dos habló. Eider sonrió satisfecha, exhibiendo ante Glokta sus perfectos dientes blancos—. Ya puede irse arrastrando ese cuerpo que tiene. ¿Qué tal le suena eso?

Mejor que a flotar en la superficie del canal tras haber pasado unos días en el fondo, hinchado como un globo y oliendo peor que todas las tumbas de la ciudad juntas.

—Supongo que a gloria. ¿Pero qué me impide hacer que mis Practicantes sigan el rastro de su valioso perfume, cuando hayamos terminado con esto, y rematen la faena que habían dejado sin acabar?

—Muy típico de usted decir eso —repuso ella con un suspiro—. Permítame comunicarle que un antiguo y leal socio mío tiene en sus manos una carta sellada. Si yo muero, la enviará al Archilector, que de esa forma conocerá con exactitud la naturaleza de mi condena en Dagoska.

Glokta se lamió las encías. *Lo que me faltaba. Otro cuchillo con el que hacer juegos malabares.*

—¿Y qué pasará si, sin tener yo la culpa de nada, sucumbe a una peste? ¿O se le cae encima una cornisa? ¿O se ahoga al tragar una espina de pescado?

Eider abrió los ojos de par en par, como si fuera algo en lo que no había pensado hasta ese momento.

—En cualquiera de esas circunstancias... supongo que... la carta se enviaría de todas formas, a pesar de su inocencia —se echó a reír—. La vida no es tan justa como a una le gustaría que fuera. Y estoy segura de que los nativos de Dagoska, los mercenarios esclavizados y los soldados de la Unión que fueron masacrados porque usted les obligó a luchar por una causa perdida, estarían de acuerdo con el resultado —sonrió con dulzura, como si estuvieran hablando de jardinería—. Después de todo —añadió—, probablemente habría hecho mejor en estrangularme.

—Me lee el pensamiento. *Pero ahora es demasiado tarde. Hice una cosa buena y, por supuesto, hay que pagar un precio.*

—Y ahora, antes de que nuestros caminos vuelvan a separarse de forma definitiva, como sin duda deseamos los dos, dígame, ¿anda metido en el asunto ese de las elecciones?

Glokta sintió que su párpado se ponía a palpitar.

—Mis obligaciones, al parecer, abarcan parcialmente esa cuestión. *En realidad me ocupa todas las horas del día.*

Carlot dan Eider se inclinó hacia él, hincó los codos en la mesa, se sujetó la barbilla entre las manos y le habló en tono conspirativo.

—¿Quién cree que será el próximo rey de la Unión? ¿Brock? ¿Isher? ¿O quizá otra persona?

—Es pronto para decirlo. Estoy en ello.

—Muy bien, pues entonces ya puede ponerse a cojear —dijo adelantando el labio inferior—. Ah, por cierto, tal vez sea preferible que no mencione nuestra reunión a Su Eminencia —hizo una seña con la cabeza y Glokta volvió a sentir la áspera tela de la bolsa sobre su cara.

Una muchedumbre de desarrapados

El puesto de mando de Jezal, si es que se puede aplicar semejante denominación a un hombre que se sentía tan confuso y desorientado como él, se encontraba en lo alto de una pronunciada pendiente. Desde allí se le ofrecía una espléndida vista del valle que se abría a sus pies. Al menos debió ser una espléndida vista en tiempos mejores. Tal como estaban las cosas ahora, había que reconocer que el espectáculo estaba lejos de ser agradable.

El cuerpo principal de los rebeldes cubría por completo unos prados enormes que se extendían abajo en el valle y tenía el aspecto de una infección grave, sucia y negra, salpicada acá y allá de manchas de acero brillante. Herramientas y aperos de labranza, seguramente, pero bien afilados.

Incluso a esa distancia se apreciaban perturbadores indicios de que estaban perfectamente organizados. Entre sus filas se abrían unos pasillos rectos y regulares para permitir el paso de mensajeros y suministros. Estaba claro, incluso para alguien tan poco experimentado como Jezal, que aquello tenía más de ejército que de turba y que allá abajo había alguien que sabía a la perfección lo que tenía entre manos. Probablemente mucho mejor que él.

Más lejos aún, diseminados por el paisaje, se veían grupos de rebeldes menos organizados. Hombres que salían en busca de agua y comida, dejando la campiña limpia de todo cuanto producía. Aquella masa negra sobre los campos verdes recordó a Jezal una horda de hormigas negras arrastrándose sobre un montón de peladuras de manzana. No tenía ni idea de cuántos podían ser, pero a aquella distancia daba la impresión de que la cifra de cuarenta mil que le habían dado se quedaba muy corta.

Detrás de la masa principal de los rebeldes, en el pueblo que había al fondo del valle, ardían varios fuegos. No se distinguía bien si lo que ardía eran fogatas o edificios, pero Jezal se temía que serían más bien lo segundo. Tres elevadas columnas de humo se alzaban y se separaban a gran altura, impregnando la atmósfera con un leve pero inquietante olor a fuego.

Un comandante en jefe tenía el deber de dar un ejemplo de valentía que sus subordinados no podían sino imitar. Jezal, por supuesto, lo sabía. Y sin embargo, contemplando aquel campo en pendiente que tenía ante sí, no tuvo

más remedio que reflexionar sobre el gran número de hombres que tenían el mismo ominoso objetivo que los suyos. No podía evitar echar la vista atrás cada dos por tres para mirar sus propias filas, que le parecían escasas, finas, inseguras. Como tampoco podía evitar gesticular con incomodidad y darse tirones al cuello de la guerrera. El muy maldito le seguía apretando demasiado.

—¿Cómo quiere que se despliegue el regimiento, señor? —le preguntó el Comandante Opker, dirigiéndole una mirada que conseguía ser aduladora y condescendiente a un tiempo.

—¿Cómo quiero que...? Bueno pues...

Se devanó los sesos para encontrar algo vagamente apropiado, y no digamos ya correcto, que decir. Había descubierto al principio de su carrera militar que si se tiene por encima un oficial eficaz y con experiencia y por debajo unos soldados eficaces y con experiencia, uno no necesita hacer ni saber nada. Esta estrategia le había resultado extremadamente útil durante los tranquilos años de paz, pero ahora se ponía de manifiesto su principal defecto. Si, por puro milagro, uno llegaba al grado más alto, el sistema se colapsaba por completo —Dé orden de que la infantería se despliegue... —gruñó, frunciendo el ceño e intentando dar la impresión de que estudiaba el terreno, aunque no tenía más que una vaga idea de lo que eso significaba— ...en doble fila —se aventuró a decir, recordando el fragmento de una historia que una vez le había contado Collem West—. Detrás de aquellos setos —y con gesto solemne, dio una barrida al paisaje con el bastón de mando. Por lo menos era un experto en el uso del bastón. No en vano, lo había ensayado innumerables veces delante del espejo.

—El coronel quiere decir delante de esos setos, por supuesto —terció con toda tranquilidad Bayaz—. Despliegue la infantería en doble fila a cada lado de ese mojón. La caballería ligera en esos árboles de allí, la pesada en cuña en el flanco derecho, donde contaran con la ventaja de estar en campo abierto —mostraba una asombrosa familiaridad con el argot militar—. Los ballesteros formando una sola fila detrás de los setos, de ese modo en un primer momento permanecerán ocultos a los ojos del enemigo y podrán hacer fuego desde lo alto —guiñó un ojo a Jezal—. Una excelente estrategia, Coronel, si me permite decirlo.

—Ciertamente —dijo con sorna Opker, y acto seguido se dio la vuelta y fue a dar las órdenes.

Jezal apretó con fuerza el bastón a su espalda mientras se rascaba la mandíbula con la otra mano. Era evidente que ostentar una alta graduación militar tenía otras atribuciones además de que le llamaran a uno «señor» todo el rato. Estaba claro que iba tener que leerse unos cuantos libros cuando volviese a Adua. Si es que volvía.

Tres pequeños puntos se separaron de la hormigueante masa humana que cubría el valle y comenzaron a ascender por la pendiente. Protegiéndose los ojos con una mano, Jezal vio ondear sobre sus cabezas un trozo de tela blanca. Querían parlamentar. Sintió en un hombro el peso nada reconfortante de la mano de Bayaz.

—No se preocupe, muchacho, estamos preparados para la violencia. Pero tengo plena confianza en que no habrá que llegar a eso —sonrió y echó un vistazo a la masa humana que llenaba el valle—. Plena confianza.

Jezal hubiera deseado fervientemente poder decir lo mismo.

Para ser un famoso demagogo, traidor e incitador a la revuelta, el hombre conocido como el Curtidor no tenía nada de extraordinario. En ese momento se encontraba tranquilamente sentado en una silla plegable a la mesa de la tienda de Jezal. Un hombre de rostro vulgar, mediana estatura y con una mata de pelo rizado, que vestía un chaquetón de color y estilo bastante normales y lucía una sonrisa en la cara que daba a entender que sabía muy bien que tenía las de ganar.

—Me llaman el Curtidor y he sido elegido para hablar en nombre de la alianza de los oprimidos, los sometidos y los explotados que aguardan abajo en el valle. Estos son dos de mis compañeros en tan justa y patriótica empresa. Mis dos generales, podríamos decir. Goodman Hood —y señaló con la cabeza a un hombre fornido, de tez rubicunda y gesto torvo— y Cotter Holst —y volvió la cabeza hacia un tipo con pinta de comadreja que tenía una larga cicatriz en una mejilla y un ojo vago.

—Es un honor —dijo Jezal con cautela, aunque a él le parecían bandoleros más que generales—. Yo soy el coronel Luthar.

—Lo sé. Le vi ganar el Certamen. Excelente manejo de la espada el suyo, amigo, excelente.

—Hombre... gracias —había pillado desprevenido a Jezal—. Este es mi ayudante, el comandante Opker y éste es... Bayaz, el Primero de los Magos.

Goodman Hood hizo un gesto de incredulidad, pero el Curtidor se limitó a acariciarse los labios con expresión pensativa.

—Bien. ¿Y ha venido a luchar o a negociar?

—Venimos para cualquiera de las dos cosas —dijo Jezal, disponiéndose a soltar su parrafada—. Aunque el Consejo Cerrado condena los métodos empleados, reconoce que algunas de sus demandas pueden ser legítimas y...

Hood soltó un sonoro resoplido.

—¿Qué remedio les queda a los muy cabrones?

Jezal siguió hablando.

—En fin, yo... bueno, me han ordenado que les ofrezca estas concesiones —y alzó un documento que Hoff le había entregado, un rollo de pergamino con aparatosas asas talladas y un sello del tamaño de un plato—. No obstante, debo advertirles que si se niegan a aceptarlas —añadió esforzándose por mostrarse tranquilo—, estamos dispuestos a combatir y que cuento con los hombres mejor entrenados, mejor armados y mejor preparados que tiene el Rey a su servicio. Cada uno de ellos vale por veinte de sus plebeyos.

El granjero corpulento rió con gesto amenazador.

—Lord Finster pensaba lo mismo y nuestros plebeyos le corrieron a patadas en el trasero de un extremo a otro de sus tierras. Le habríamos ahorcado si no llega a tener un caballo que volaba. ¿Su caballo es rápido, coronel?

El Curtidor le dio un toquecito en un hombro.

—Tengamos paz, mi fiero amigo. Hemos venido para hablar de condiciones y ver si podemos llegar a un acuerdo que nos resulte aceptable. ¿Por qué no nos enseña lo que tiene ahí, Coronel? Así veremos si las amenazas son necesarias.

Jezal le tendió el pesado documento y Hood se lo arrancó iracundo de la mano y lo abrió de golpe. El pergamino crujía mientras lo iba desenrollando, y cuanto más leía, más pronunciado se volvía su ceño.

—¡Esto es un insulto! —dijo cuando acabó de leer mirando fijamente a Jezal—. ¿Menos impuestos y no sé qué palabrería sobre el uso de las tierras comunes? ¡Y lo más seguro es que ni siquiera lo cumplan!

Entregó el pergamino al Curtidor, y Jezal tragó saliva. Como es natural, no entendía nada sobre las concesiones ni sobre sus posibles deficiencias, pero la reacción de Hood no hacía presagiar que fueran a llegar rápidamente a un acuerdo.

Los ojos del Curtidor recorrieron perezosamente el pergamino. Jezal advirtió que eran de diferente color, uno azul y otro verde. Cuando llegó al final, dejó el documento sobre la mesa y lanzó un suspiro bastante teatral.

—Estas concesiones son aceptables.

—¿Ah, sí? —sorprendido, Jezal abrió mucho los ojos, pero no tanto como Goodman Hood.

—¡Pero si son peores que las que nos ofrecieron la última vez! —gritó el

granjero—. ¡Antes de que pusiéramos en fuga a los hombres de Finster! ¡Entonces dijiste que no aceptaríamos nada más que tierras para todos!

El Curtidor arrugó el semblante.

—Eso fue entonces.

—¿Eso fue entonces? —masculló Hood con la respiración ahogada por la incredulidad—. ¿Dónde quedó aquello de salarios justos por un trabajo justo? ¿Dónde quedó el compartir beneficios? ¿Dónde quedaron los mismos derechos costara lo que costara? ¡Tú me lo prometiste! —y señaló el valle con la mano—. ¡Nos lo prometiste a todos! ¿Qué ha cambiado, excepto que Adua está a nuestro alcance? ¡Podemos quedarnos con lo que queramos! Podemos...

—¡He dicho que estas condiciones son aceptables! —rugió el Curtidor con repentina ira—. ¡A no ser que quieras luchar contra las tropas del Rey tú solo! Nuestros hombres me siguen a mí, Hood, no a ti, por si no lo has notado.

—¡Pero tú nos prometiste la libertad para todos! ¡Y yo confié en ti! —el granjero le miraba con la cara desencajada—. ¡Todos confiamos en ti!

Jezal nunca había visto a un hombre con tal expresión de indiferencia como la del Curtidor en ese momento.

—Supongo que tengo una de esas caras que inspiran confianza —soltó con voz monocorde. Su amigo Holst se encogió de hombros y se puso a mirarse las uñas.

—¡Maldito seas, entonces! ¡Malditos seáis todos! —y acto seguido, Hood se levantó, apartó de golpe la solapa de la tienda y salió hecho una furia.

Jezal vio que Bayaz se inclinaba para susurrarle algo al oído al comandante Opker.

—Haga arrestar a ese hombre antes de que abandone el campamento.

—¿Qué le arreste, señor? ¿Bajo la bandera de una negociación?

—Arréstele, póngale unos hierros y mándelo al Pabellón de los Interrogatorios. Un trozo de tela blanca no puede servir para esconderse de la justicia del Rey. Creo que es el Superior Goyle quien lleva las investigaciones.

—Ejem... muy bien.

Opker se levantó para seguir a Goodman, y Jezal sonrió nervioso. No cabía duda de que el Curtidor lo había oído todo, pero aun así seguía sonriendo como si el futuro de su antiguo compañero ya no fuera de su incumbencia.

—Pido disculpas en su nombre. En un asunto como éste no se puede dar gusto a todo el mundo —hizo un florido ademán con la mano—. Pero no se preocupe. Pronunciaré un gran discurso ante esas buenas gentes, les diré que hemos conseguido todo aquello por lo que luchábamos y pronto estarán de

vuelta en sus casas y aquí no ha pasado nada. Es posible que algunos intenten montar un poco de follón, pero estoy seguro de que usted sabrá meterlos en cintura sin problemas, ¿eh, coronel Luthar?

—Esto... pues...—murmuró Jezal, que no entendía nada de lo que estaba pasando—. Supongo que nosotros...

—Estupendo —el Curtidor se puso en pie de un salto—. En fin, le ruego que me disculpe, pero tengo que marcharme. Aún me quedan muchas cosas que hacer. No hay forma de tener un poco de paz ¿eh, coronel Luthar? No hay forma de tener un poco de paz —intercambió una larga mirada con Bayaz y luego se agachó para salir a la luz del sol y desapareció.

—Si alguien me pregunta —murmuró el Primero de los Magos al oído de Jezal—, le diré que ha sido una negociación muy dura, con unos oponentes astutos y decididos a todo, pero que usted mantuvo en todo momento el tipo, les recordó sus deberes para con su Patria y su Rey y les convenció para que volvieran a sus campos.

—Pero...—Jezal casi tenía ganas de llorar de lo desconcertado que estaba. Totalmente desconcertado, pero también bastante aliviado—. Pero si yo...

—Si alguien me pregunta... —la voz cortante de Bayaz indicaba que daba el asunto por zanjado.

El amado de la luna

Con los ojos entrecerrados para protegerse del sol, el Sabueso observaba a los muchachos de la Unión que marchaban con paso renqueante en dirección opuesta. Quienes regresan derrotados de una batalla suelen tener un aspecto muy característico. El Sabueso lo había visto en multitud de ocasiones y él mismo lo había tenido más de una vez. Afligidos por la derrota. Avergonzados por haber sido batidos. Sintiéndose culpables por haberse dado por vencidos sin haber recibido una herida. El Sabueso sabía cómo se sentían, y también que aquel era uno de esos sentimientos que le roen a uno por dentro, pero la culpa duele muchísimo menos que el tajo de una espada y se cura muchísimo antes.

Algunos de los heridos no habían salido tan mal parados. Cubiertos de vendajes o entablillados, caminaban apoyándose en un palo o rodeando con el brazo el hombro de un compañero. Lo suficiente para pasarse unas cuantas semanas realizando tareas ligeras. Otros no habían tenido tanta suerte. Al Sabueso le pareció reconocer a uno de ellos. Un oficial, apenas lo bastante mayor para tener barba, cuyo rostro terso estaba contraído por el dolor y la conmoción. Tenía una pierna amputada justo por encima de la rodilla, y tanto sus ropas como las andas y los dos hombres que las transportaban estaban salpicados de sangre oscura. Era el tipo que estaba sentado junto a la verja cuando el Sabueso y Tresárboles llegaron por primera vez a Ostenhorm para unirse a las fuerzas de la Unión. El mismo que les había mirado como si fueran un par de boñigas. Ahora que pegaba un alarido con cada bote de la camilla no daba la impresión de ser tan listo, pero al Sabueso ni siquiera le arrancó una leve sonrisa. Perder una pierna le parecía un castigo excesivo por una actitud desdeñosa.

West estaba un poco más abajo, junto al camino, hablando con un oficial que tenía la frente envuelta en una venda sucia. El Sabueso no alcanzaba a oír lo que decían, pero se lo imaginaba en líneas generales. De tanto en tanto, uno de ellos señalaba hacia las colinas de las que venían: dos empinados promontorios, de aspecto inhóspito, cubiertos de árboles en su mayor parte y con unas cuantas afloraciones de roca viva. West se dio la vuelta y vio que le estaba mirando. Al Sabueso le pareció que tenía un aspecto más lúgubre que el de un enterrador. No hacía falta ser muy avispado para darse cuenta de que aún no habían

ganado la guerra.

—Mierda —exclamó entre dientes el Sabueso. Sentía una especie de succión en las entrañas. Era la misma flojera que le entraba siempre que tenía que explorar un territorio desconocido, siempre que Tresárboles les decía que cogieran las armas, siempre que no había nada para desayunar excepto agua fría. Desde que era jefe, sin embargo, parecía no pasársele nunca. Ahora cualquier problema era su problema—. ¿Nada que hacer?

West negó con la cabeza mientras se acercaba a él.

—Bethod nos estaba esperando, y con una gran cantidad de hombres. Está atrincherado en esas colinas. Muy bien atrincherado y muy bien pertrechado, interponiéndose entre nosotros y Carleon. Lo más seguro es que ya lo tuviera preparado desde antes de cruzar la frontera.

—A Bethod siempre le ha gustado tenerlo todo bien preparado. ¿No hay forma de rodearlo?

—Kroy lo intentó por dos caminos distintos y en ambos casos recibió una soberana paliza. Ahora Poulder ha intentado atacar de frente las colinas y ha salido aún peor parado.

El Sabueso suspiró.

—Vamos, que no hay forma de rodearlo.

—Ninguna que no brinde a Bethod una magnífica oportunidad de clavarnos un cuchillo hasta la empuñadura.

—Y Bethod no dejará escapar una oportunidad como esa. Es lo que está esperando.

—El Lord Mariscal es de la misma opinión. Quiere que coja a sus hombres y tire hacia el norte —West miró unas colinas grises que se atisbaban más a lo lejos—. Quiere encontrar un punto débil. Es imposible que Bethod pueda tener cubierta toda la sierra.

—¿Ah, sí? —inquirió el Sabueso—. Bueno, eso ya lo veremos —y dicho aquello, se internó entre los árboles. A los muchachos les iba a encantar la idea.

Avanzó a grandes zancadas por el sendero y pronto llegó al lugar donde estaba acampada su gente. Su número no paraba de crecer. Debían de andar ya por los cuatrocientos, y, en conjunto, formaban un grupo de lo más aguerrido. El contingente más numeroso lo formaban los que nunca habían sentido demasiada simpatía por Bethod y habían luchado contra él en las guerras. Claro que, bien pensado, también eran los que habían luchado contra el Sabueso. Andaban por todos los rincones del bosque: sentados en torno a hogueras, cocinando, puliendo las armas, reparando el equipo, incluso había un par de ellos que habían echado mano de los aceros y estaban entrenándose. El Sabueso

hizo un gesto de dolor al oír el entrechocar de los metales. Más tarde habría mucho más de eso, y con unas consecuencias bastante más sangrientas, no albergaba muchas dudas al respecto.

—¡Es el jefe! —gritaron—. ¡El Sabueso! ¡El jefe! ¡Hey, hey! —batían palmas y golpeaban sus armas contra las rocas en las que estaban sentados. El Sabueso alzó un puño, lanzó alguna que otra media sonrisa, dijo «bien, bien» unas cuantas veces y todo ese tipo de cosas. A decir verdad, seguía sin tener ni la más remota idea de cómo debía de actuar un jefe, así que se limitaba a hacer poco más o menos lo mismo que había hecho siempre. La banda, en cualquier caso, parecía bastante satisfecha. Se imaginaba que así solían ser las cosas. Hasta que perdieran un combate y decidieran que querían cambiar de jefe, claro está.

Se acercó a la hoguera donde el grupo más selecto de Hombres Renombrados estaba pasando el día. No había ni rastro de Logen, pero el resto de sus viejos camaradas estaban sentados alrededor del fuego con cara de aburridos. Los que seguían con vida, cuanto menos. Tul le vio venir.

—El Sabueso ha vuelto.

—Ajá —soltó Hosco, que estaba recortando las plumas de una flecha con una navaja.

Dow, por su parte, parecía muy atareado rebañando la grasa de un cazo con un mendrugo de pan.

—¿Qué tal les ha ido a los de la Unión en las colinas esas? —en su voz se apreciaba un tono desdeñoso que daba a entender que ya sabía la respuesta—. La han cagado, ¿verdad?

—Bueno, han quedado en segundo lugar, si es a eso a lo que te refieres.

—Ser segundo cuando sólo hay dos bandos es a lo que yo llamo cagarla.

El Sabueso respiró hondo y lo dejó correr.

—Bethod se ha atrincherado a base de bien y vigila los caminos que conducen a Carleon. No parece que haya una forma sencilla de atacarle ni tampoco una forma sencilla de rodearle. Da la impresión de que lo tenía todo bien planeado.

—¡Esa mierda ya te la podría haber dicho yo! —ladró Dow arrojando por la boca una llovizna de migas grasientas—. Tendrá a Huesecillos en una de las colinas y a Costado Blanco en la otra, luego, a los lados, estarán Pálido como la Nieve y Goring. Esos cuatro se bastan y se sobran para no dar a nadie ni la más mínima oportunidad, pero si decidieran hacerlo, detrás, esperando sentado, estaría Bethod con todos los demás, y con sus Shanka, y con el cabrón del Temible, para aplastarlos por partida doble.

—Es más que probable —Tul alzó la espada para mirarla a la luz y luego continuó puliendo la hoja—. A Bethod siempre le ha gustado tenerlo todo bien planeado.

—¿Y qué se cuentan los que nos tienen cogidos con una correa? —soltó con desdén Dow—. ¿Qué clase de trabajo tiene pensado el Furioso para sus animalitos?

—Burr quiere que avancemos un trecho hacia el norte, atravesando los bosques, para ver si Bethod se ha dejado algún agujero sin cubrir por ahí arriba.

—Ja —resopló Dow—. Bethod no tiene por costumbre dejar agujeros. A no ser que haya dejado uno para que nos caigamos en él. Para que nos caigamos en él y nos rompamos la crisma.

—En tal caso será mejor que miremos por donde pisamos, ¿no?

—Otra vez haciendo malitos recados.

El Sabueso se imaginaba que estaba empezando a estar tan harto de las constantes quejas de Dow como solía estarlo Tresárboles.

—Y qué otra cosa esperabas, ¿eh? La vida es eso. Un montón de recados. Y si vales una mierda procuras hacerlos lo mejor posible. Además, ¿qué mosca te ha picado ahora?

—¡Esto! —Dow giró bruscamente la cabeza y señaló hacia los árboles—. ¡Esto, maldita sea! No parece que las cosas hayan cambiado mucho, ¿no crees? Puede que hayamos cruzado el Torrente Blanco y que estemos de nuevo en el Norte, pero ahora resulta que Bethod está perfectamente atrincherado ahí arriba y los de la Unión son incapaces de rodearle sin que les deje con el culo al aire. Y si al final consiguen desalojarlo de ahí, ¿servirá eso de algo? Y si llegan hasta Carleon y consiguen entrar y la incendian de arriba abajo como hizo el propio Nuevededos la otra vez, ¿crees que eso cambiará las cosas? No cambiará nada. Bethod seguirá a lo suyo, igual que siempre, luchando y replegándose, porque siempre habrá colinas donde pueda atrincherarse y lugares para tender sus trampas. Y un día los de la Unión dirán que ya han tenido bastante, se largarán pitando al Sur y nos dejarán el asunto a nosotros. Y entonces Bethod dará la vuelta, ¿y sabes lo que pasará? Que será él quien nos persiga de un extremo al otro del Norte. De invierno a verano y de verano a invierno, y otra vez estaremos metidos en la misma mierda de siempre. Míranos, aquí estamos otra vez, bastantes menos de los que solíamos ser, pero dando vueltas por los bosques como unos imbéciles. ¿Te suena?

Ahora que lo decía, sí que le sonaba, un poco, pero el Sabueso no veía que él pudiera hacer nada el respecto.

—Bueno, Logen ha vuelto. Eso es una ventaja, ¿no?

Dow volvió a lanzar un resoplido.

—¡Ja! ¿Desde cuándo el Sanguinario trae otra cosa aparte de muerte?

—¡Ojo con lo que dices! —gruñó Tul—. Estás en deuda con él, ¿recuerdas? Todos lo estamos.

—Toda deuda tiene un límite, creo yo —Dow arrojó el cazo al lado del fuego y se levantó limpiándose las manos en su zamarra—. ¿Dónde estuvo metido todo este tiempo, eh? Nos dejó tirados en los valles sin decir palabra, ¿o no? Nos dejó con los Cabezas Planas y se largó a darse una vuelta por medio mundo. ¿Quién nos dice que no volverá a hacerlo, si le apetece, o que no se pasará del lado de Bethod, o que no se pondrá a matar a la gente por cualquier tontería, o los muertos saben qué?

El Sabueso miró a Tul, y Tul le devolvió la mirada con gesto compungido. Los dos habían visto las siniestras hazañas de Logen cuando le entraba la vena.

—De eso hace mucho tiempo —dijo Tul—. Las cosas cambian.

Dow se limitó a sonreír.

—¡Qué van a cambiar! Contaros ese cuento si eso os ayuda a dormir más tranquilos, pero yo andaré siempre con un ojo abierto. ¡Podéis estar seguros! ¡Es del Sanguinario de quien estamos hablando! ¿A saber lo que hará la próxima vez?

—Se me está empezando a ocurrir una idea —el Sabueso se dio la vuelta y vio a Logen apoyado en un árbol. Ya iba a ponerse a reír, cuando de repente se fijó en la expresión de sus ojos. Una expresión que el Sabueso recordaba de mucho tiempo atrás y que traía consigo todo tipo de recuerdos desagradables. La misma expresión que tienen los moribundos cuando se les escapa la vida y ya todo les da igual.

—Si tienes algo que decirme, dímelo a la cara —Logen se dirigió hacia donde estaba Dow y se paró cerca de él, con la cabeza ladeada y todas sus cicatrices resaltando pálidas en su rostro caído. El Sabueso notó que se le erizaba el vello de los brazos y sintió un intenso frío a pesar de que el sol picaba con fuerza.

—Venga, Logen —trató de engatusarle Tul, dando a entender que todo aquel asunto no era más que una broma, a pesar de que estaba tan claro como una muerte lenta que no lo era—. Dow no hablaba en serio. Sólo estaba...

Logen habló interrumpiendo a Tul sin dejar de mirar en ningún momento a Dow con sus ojos de cadáver.

—La última vez que te di una lección pensé que nunca más volverías a necesitar otra. Pero, según parece, algunos tipos son muy flacos de memoria —

se puso un poco más cerca, tan cerca que sus caras casi se tocaban—. Dime, muchacho, ¿necesitas otra lección?

El Sabueso hizo un gesto de dolor. Estaba convencido de que iban a empezar a matarse el uno al otro y no tenía ni idea de qué podía hacer para pararlos una vez que se metieran en faena. Un momento tan tenso que parecía que iba a durar eternamente. A ningún otro hombre, ni vivo ni muerto, le hubiera aguantado Dow el Negro una cosa así, ni siquiera a Tresárboles, pero al final lo único que hizo fue rasgar su cara con una sonrisa biliosa.

—No. Con una lección basta —ladeó la cabeza, carraspeó y escupió al suelo. Luego retrocedió despacio, sin borrar la sonrisa de su rostro, como queriendo decir que esta vez haría caso de la advertencia, pero que la próxima vez las cosas podían ser muy diferentes.

Una vez que se hubo ido, sin que hubiera derramamiento de sangre, Tul soltó un fuerte resoplido como si se hubieran librado de una acusación de asesinato.

—Bueno, al norte pues, ¿no? Será mejor que vaya a decirles a los muchachos que hay que ponerse en marcha.

—Ajá —soltó Hosco, y, tras meter en la aljaba la última de sus flechas, se internó entre los árboles siguiendo a Tul.

Logen se quedó un rato quieto viendo cómo se alejaban. Cuando se perdieron de vista, se dio la vuelta y se puso en cuclillas junto al fuego, con el cuerpo encorvado hacia delante, los brazos apoyados en las rodillas y las manos colgando en el aire.

—Benditos sean los muertos. Casi me cago encima.

En ese momento el Sabueso se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y soltó todo el aire de golpe.

—Me parece que a mí se me ha escapado un poco. ¿Era necesario hacer eso?

—Sabes perfectamente que sí. Deja que un tipo como Dow se tome libertades y ya no habrá forma de pararle los pies. Bien pronto el resto de los muchachos empezarán a pensar que el Sanguinario no es tan fiero como lo pintan y ya sólo será cuestión de tiempo que cualquier tipo que tenga alguna cuenta pendiente conmigo decida ensartarme con su acero.

El Sabueso sacudió la cabeza.

—Es una forma muy dura de ver las cosas.

—Las cosas son así. No han cambiado en absoluto. Nunca cambian.

Tal vez fuera cierto, pero tampoco iban a poder cambiar si nadie les daba

ni media oportunidad.

—De todos modos, ¿de veras crees que era necesario?

—Para alguien como tú puede que no. Tienes la suerte de caerle bien a la gente —Logen se rascó la mandíbula mientras miraba con tristeza en dirección a los bosques— . Calculo que yo perdí esa oportunidad hará unos quince años. Y ya no voy a tener otra.

El bosque transmitía una sensación cálida y familiar. Los pájaros gorjeaban en las ramas sin importarles absolutamente nada ni Bethod, ni la Unión ni las acciones de los hombres. No se podía uno imaginar un lugar más apacible, y eso al Sabueso no le hacía ni pizca de gracia. Venteó el aire, tamizándolo a través de la nariz y haciéndolo pasar por encima de su lengua. En los últimos tiempos se mostraba el doble de precavido, por el recuerdo de aquella flecha que había matado a Cathil durante la batalla. Es posible que si se hubiera fiado un poco más de su nariz hubiera podido salvarla. Y le hubiera gustado tanto salvarla... Pero desear las cosas no sirve de nada.

Dow se agachó entre los arbustos y escrutó el bosque inmóvil.

—¿Qué ocurre Sabueso? ¿Hueles algo?

—Hombres, creo, pero con un olor agrio —volvió a olfatear un poco más—. Huele como a...

Una flecha surgió de entre los árboles, se clavó con un chasquido en el tronco que el Sabueso tenía al lado y se quedó vibrando.

—¡Maldita sea! —chilló mientras resbalaba sobre su trasero y se sacaba a tientas el arco del hombro, demasiado tarde como siempre. Dow se dejó caer a su lado y se quedaron enredados. El Sabueso casi se saca un ojo con el hacha de Dow antes de conseguir quitárselo de encima de un empujón. De inmediato, levantó la palma de la mano para indicar a los hombres que venían detrás que se detuvieran, pero ellos ya habían empezado a dispersarse para ponerse a cubierto o a reptar en busca de un árbol o una roca mientras preparaban las armas y miraban en dirección al bosque.

Una voz surgió de entre los árboles que tenían delante.

—¿Estáis con Bethod? —aquel tipo, quienquiera que fuera, hablaba la lengua del Norte con un acento extraño.

Dow y el Sabueso se miraron durante cerca de un minuto y luego se encogieron de hombros.

—¡No! —respondió Dow con un rugido—. ¡Pero si vosotros sí que lo

estáis, ya podéis iros preparando para reuniros con los muertos!

Se produjo un breve silencio.

—¡Nosotros no estamos con ese cabrón ni lo estaremos nunca!

—¡Tanto mejor! —gritó el Sabueso levantando la cabeza unos milímetros con el arco tenso y listo para disparar—. ¡Dejaros ver pues!

Un hombre salió de detrás de un árbol que debía de estar a unas seis zancadas. El Sabueso se llevó tal sorpresa que estuvo a punto de soltar la cuerda y dejar que la flecha saliera volando. Más hombres empezaron a surgir por todos los rincones del bosque. Los había a docenas. Tenían el pelo enmarañado, los rostros tiznados con vetas de tierra marrón y pintura azul e iban ataviados con pieles andrajosas y cueros a medio curtir. Pero las puntas de sus lanzas y sus flechas y las hojas de sus toscas espadas refulgían impolutas.

—Montañeses —masculló el Sabueso.

—¡Montañeses somos y muy orgullosos de serlo! —una voz fuerte y poderosa resonó desde el bosque. Algunos de los hombres comenzaron a hacerse a un lado como si estuvieran abriéndole paso a alguien. El Sabueso pestañeó. Quien pasaba entre ellos era una criatura. Una niña de unos diez años que caminaba descalza con unos pies cubiertos de mugre. Al hombro llevaba un mazo enorme, un grueso palo de madera de una zancada de largo con un cotillo formado por un pedazo de hierro del tamaño de un ladrillo. El arma era demasiado grande para que pudiera blandiría y el simple hecho de mantenerla erguida ya le costaba bastante trabajo.

Luego apareció un niño pequeño que llevaba cruzada a la espalda una rodela demasiado grande para él y arrastraba un hacha enorme con ambos brazos. A su lado había otro niño con una lanza el doble de alta que él, cuya punta oscilaba muy por encima de su cabeza, lanzando destellos dorados bajo los rayos del sol. De vez en cuando miraba hacia arriba para asegurarse de que no se le quedaba enganchada en alguna rama.

—Estoy soñando —masculló el Sabueso—. ¿Verdad?

Dow frunció el ceño.

—Si es así, resulta un sueño muy extraño.

Los tres niños no estaban solos. Detrás de ellos venía un hombre gigantesco. Sus anchos hombros iban cubiertos con una piel andrajosa y sobre su prominente barriga colgaba un collar enorme. Un collar de huesos. De huesos de dedos, advirtió el Sabueso cuando lo tuvo más cerca. Huesos de dedos humanos mezclados con unas piezas planas de madera decoradas con extraños signos. Una sonrisa biliosa rasgaba la barba marrón grisácea del gigante, pero eso no hizo que el Sabueso se sintiera más tranquilo.

—Mierda —gimió Dow—. Vámonos de aquí. Vámonos al Sur. Ya estoy harto de todo esto.

—¿Qué pasa? ¿Sabes quién es?

Dow giró la cabeza y escupió.

—Crummock-i-Phail, quién iba a ser si no.

El Sabueso casi hubiera preferido que se tratara de una emboscada en lugar de una charla. Hasta los niños pequeños lo sabían: Crummock-i-Phail, el jefe de los montañeses, era el cabrón más chiflado que había en todo el Norte.

Mientras avanzaba, iba apartando con suavidad las lanzas y las flechas.

—No hay necesidad de eso ahora, ¿no os parece, amados míos? Aquí todos somos amigos, o al menos tenemos los mismos enemigos, lo cual es mucho mejor, ¿no creéis? Claro que allá en las montañas todos tenemos muchos enemigos, ¿verdad? Bien sabe la luna lo mucho que aprecio una buena lucha, pero de ahí a cargar de frente contra esas rocas a las que se han encaramado Bethod y todos sus lameculos media un trecho. Eso es demasiada lucha para cualquiera, ¿eh? Incluso para vuestros nuevos amigos del Sur.

Se detuvo justo delante de ellos y las falanges del collar se bambolearon y chocaron entre sí produciendo una especie de repiqueteo. Los tres niños se pararon detrás de él y se pusieron a toquetear sus armas mientras lanzaban miradas ceñudas a Dow y al Sabueso.

—Soy Crummock-i-Phail, jefe de los montañeses —dijo—. O al menos de todos los que no son una mierda —sonrió como si fuera un invitado que acabara de llegar a una boda—. ¿Se puede saber quién está al mando de tan jovial expedición?

El Sabueso volvió a sentir una especie de hueco en el estómago, pero la cosa no tenía remedio.

—Me parece que ese soy yo.

Crummock le miró alzando las cejas.

—No me digas. Pareces un tipo un poco pequeño para andar diciéndoles a estos grandullones lo que tienen que hacer, ¿no? Debes de llevar un buen nombre a los hombros, digo yo.

—Soy el Sabueso. Y este es Dow el Negro.

—Extraña compañía traes contigo —terció Dow mirando con gesto ceñudo a los niños.

—¡Ah, sí! ¡Claro que sí! ¡Y bien valientes que son! El chico que me lleva la lanza es mi hijo Scofen. El que me lleva el hacha es mi hijo Rond —Crummock frunció el ceño al mirar a la niña—. Del nombre de ese otro chico no me

acuerdo.

—¡No soy un chico, soy tu hija! —gritó la niña.

—¿Qué pasa, es que me he quedado ya sin hijos varones?

—Scenn ya se ha hecho mayor y le diste tu propia espada, y Sceft es aún demasiado pequeño para cargar con nada.

Crummock sacudió la cabeza.

—No me parece del todo apropiado eso de que una mujer cargue con una maza.

La niña dejó caer la maza y le pegó una patada a Crummock en la espinilla.

—¡Pues entonces carga con ella tú!

—¡Ay!— graznó, y acto seguido soltó una carcajada y se puso a frotarse la pierna—. Ahora ya me acuerdo de ti. Tú eres Isern. Esa patada ha hecho que me venga de golpe. Puedes llevar el mazo, claro que puedes. Los más pequeños tienen las cargas más grandes, ¿eh?

—¿Quieres el hacha, papá? —el chico más pequeño alzó el hacha, que se quedó oscilando en el aire.

—¿Quieres la maza? —la niña la sacó de la maleza tirando de ella y apartó a su hermano con el hombro.

—No, amados míos, de momento lo único que necesito son palabras y de esas tengo de sobra sin necesidad de contar con vuestra ayuda. Si todo sale bien, no tardaréis en ver a vuestro padre cobrándose unas cuantas vidas, pero hoy no hacen falta hachas ni mazas. No hemos venido aquí a matar a nadie.

—¿Y para qué has venido aquí? —inquirió el Sabueso, aunque no estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

—Directo al grano y sin perder el tiempo con amabilidades, ¿eh? —Crummock estiró el cuello hacia un lado, alzó los brazos por encima de la cabeza y luego levantó un pie y se puso a darle vueltas en el aire—. Vine aquí porque me desperté en medio de la noche, y me interné caminando en la oscuridad, y la luna me susurró. En el bosque, ¿sabes? En los árboles, en las voces de los búhos de los árboles. ¿Y sabes lo que me dijo la luna?

—Que estás como una cabra —gruñó Dow.

Crummock se dio una palmada en su colosal muslo.

—Hablas muy bien para ser un tipo tan feo, Dow el Negro, pero te equivocas. La luna me dijo... —y le hizo una seña al Sabueso como si quisiera compartir con él un secreto—...que tenéis con vosotros al Sanguinario.

—¿Y qué pasa si es así? —Logen se había acercado desde detrás sin hacer ruido y llevaba la mano izquierda posada sobre la empuñadura de su espada. Tul y Hosco venían con él, lanzando miradas ceñudas a los montañeses pintarrajeados que había alrededor, a los tres niños sucios y, por encima de todo, a su grueso y gigantesco padre.

—¡Ahí está, es él! —rugió Crummock, señalando con un dedo tembloroso del grosor de una salchicha—. ¡Aparta tu puño de ese acero, Sanguinario, antes de que me orine encima! —y acto seguido se dejó caer de rodillas en el suelo—. ¡Es él! ¡Este es el hombre que buscamos! —avanzó arrastrándose por la maleza, se aferró la pierna de Logen y se restregó contra ella como haría un perro con su amo.

Logen bajó la vista para mirarle.

—Suéltame la pierna.

—¡Lo que tú digas! —Crummock se apartó de golpe y cayó en tierra sobre su grueso trasero. El Sabueso nunca había visto un espectáculo semejante. Parecía que el rumor de que estaba chiflado no era falso—. ¿Sabes una cosa admirable, Sanguinario?

—Más de una.

—Pues aquí va otra. Te vi combatir con Shama el Cruel. Te vi partirlo en dos como a un pichón que se va a echar al caldero. Mi bendita persona no habría podido hacerlo mejor. ¡Fue algo precioso! —El Sabueso torció el gesto. Él también había estado presente y no recordaba que tuviera nada de precioso—. Lo dije entonces —Crummock se puso de rodillas—, lo he seguido diciendo luego —se puso de pie—, y volví a decirlo cuando bajé de los montes para buscarte —alzó un brazo para señalar a Logen—: ¡No hay otro hombre al que luna ame tanto como a ti!

El Sabueso miró a Logen, y Logen se encogió de hombros.

—¿Quién puede saber lo que le gusta o le deja de gustar a la luna? ¿Y además, qué pasa con eso?

—¡Que qué pasa, dice! ¡Ja! ¡Verle matar a la humanidad entera sería para mí el espectáculo más hermoso del mundo! Lo que pasa es que tengo un plan. Brotó de los frescos manantiales de las montañas, lo transportaron los arroyos entre las piedras y llegó a la orilla del lago sagrado, justo a mi lado, mientras me bañaba los pies en sus aguas heladas.

Logen se rascó las cicatrices de su mandíbula.

—Mira, Crummock, estamos bastante ocupados, así que si tienes algo importante que decir suéltalo de una vez.

—Eso haré. Bethod me odia, y el sentimiento es mutuo, pero a ti te odia

aún más. Tú te revelaste contra él y eres la prueba viviente de que un hombre del Norte puede ser su propio dueño. Que no hay por qué ponerse de rodillas ni chuparle el trasero al cabrón ese del gorro de oro, ni a los gordos de sus hijos, ni a su bruja —Crummock frunció el ceño—. Aunque se me podría convencer de que a ella le metiera un poco la lengua. ¿Me sigues?

—Por ahora sí —dijo Logen. El Sabueso, en cambio, no estaba muy seguro de poder decir lo mismo.

—Pégame un silbido si te quedas rezagado, que yo retrocederé para cogerte. A lo que quiero llegar es a esto. Si se le presentara a Bethod la oportunidad de pillarte totalmente solo, lejos de tus amigos de la Unión, de esos amantes del sol que pululan como hormigas en tierras lejanas, entonces, tal vez se mostrara dispuesto a renunciar a muchas cosas con tal de no dejarla escapar. Es posible que una oportunidad como esa sirviera para hacerle bajar de sus preciosas colinas. ¿No crees, hummm?

—Me parece que exageras su odio por mí.

—¿Qué? ¿Dudas que un hombre pueda odiarte tanto? —Crummock se volvió y estiró sus enormes brazos para abarcar a Tul y a Hosco—. ¡No eres sólo tú, Sanguinario! ¡Sois todos vosotros, y también yo, y mis tres chicos! —la niña volvió a tirar el mazo al suelo y se puso de jarras, pero Crummock no la hizo caso y siguió desbarrando—. Lo que estoy pensando es que vuestros muchachos y los míos se unan; eso haría que contáramos con unas ochocientas lanzas. Luego marchamos hacia el norte, como si nos dirigiéramos a las Altiplanicies con la intención de rodear a Bethod y divertirnos haciéndole jugarretas en su trasero. Creo que eso hará que le hierva la sangre. Y creo que no dejará pasar una oportunidad como esa de mandarnos a todos de vuelta al barro.

El Sabueso se lo pensó. Era muy probable que a estas alturas muchos de los hombres de Bethod anduvieran un poco nerviosos. Que les preocupara estar luchando en el lado equivocado del Torrente Blanco. A lo mejor les había llegado la noticia de que el Sanguinario había vuelto y estaban empezando a preguntarse si no se habrían equivocado de bando. A Bethod le encantaría poder disponer de unas cuantas cabezas para clavarlas en unas estacas y que todo el mundo las viera. La de Nuevededos, la de Crummock-i-Phail, las de Tul Duru y Dow el Negro, incluso tal vez la del propio Sabueso. Sí, a Bethod le encantaría. Así podría demostrar que en el Norte no había futuro sin él. Vaya si le encantaría.

—¿Pero cómo sabrá Bethod que hemos marchado hacia el norte? —preguntó el Sabueso.

La amplitud de la sonrisa de Crummock superó a la de todas las anteriores.

—Lo sabrá porque su bruja lo sabrá.

—Maldita bruja —soltó con voz chillona el chico de la lanza mientras hacía esfuerzos con sus finos brazos para mantener enhiesta el asta.

—Sí, esa cocinera de hechizos pintarrajeada que tiene consigo Bethod. Eso suponiendo que no sea ella la que le tiene a él. Vaya, una buena pregunta. En fin, sea como sea, esa zorra lo vigila todo, ¿no es así, Sanguinario?

—Sé de quién me hablas. Caurib —dijo Logen, y no parecía nada contento—. Un amigo me dijo una vez que tenía el don del ojo largo —el Sabueso no entendía ni un ápice de lo que estaban hablando, pero si Logen se lo tomaba en serio suponía que él también debía hacerlo.

—¿El ojo largo, es así como lo llama? —sonrió Crummock—. Tu amigo le ha puesto un nombre muy bonito a un truco muy sucio. Con eso puede ver cualquier cosa que esté pasando. Y muchas cosas que a nosotros nos vendría mucho mejor que no viera. Bethod se fía más de los ojos de esa mujer que de los suyos. Nos tendrá a todos vigilados, y a ti más que a ningún otro. Tendrá sus dos largos ojos bien abiertos, vaya si los tendrá. Tal vez yo no sea un mago —y se puso a dar vueltas a uno de los signos de madera del collar—, pero la luna sabe que tampoco soy del todo ajeno a ese tipo de asuntos.

—¿Y aunque las cosas salieran como tú dices, qué ganaríamos con eso? —tronó Tul—. ¿Aparte de haberle regalado a Bethod nuestras cabezas?

—Eh, grandullón, a mí me gusta que mi cabeza se quede donde está. Que lo atrajéramos hacia el norte, eso es lo que me dijo el bosque. Arriba en las montañas hay un lugar, un lugar bienamado de la luna. Un poderoso valle por el que velan los muertos de mi familia, y los muertos de mi pueblo, y los muertos de las montañas desde los tiempos en que se creó el mundo.

El Sabueso se rascó la cabeza.

—¿Una fortaleza en las montañas?

—Un bastión fuerte e inexpugnable. Lo bastante fuerte e inexpugnable para que unos pocos hombres puedan resistir contra muchos hasta que lleguen refuerzos. Nosotros lo atraemos hasta el valle mientras vuestros amigos de la Unión le siguen a una distancia prudencial. Lo bastante lejos para que su bruja, que estará muy ocupada vigilándonos a nosotros, no los vea venir. Entonces, mientras él está muy ocupado tratando de acabar con nosotros, los sureños se le acercan sigilosamente por detrás y... —pegó una sonora palmada con las manos—. ¡Aplastamos a ese maldito follador de ovejas entre los dos!

—Follador de ovejas —maldijo la niña dando una patada al mazo caído.

Se miraron unos a otros durante unos instantes. Al Sabueso no le hacía demasiada gracia el plan. Nada podía hacerle menos gracia que apostar sus

vidas a lo que dijera aquel montañés chiflado. Pero se daba cuenta de que el plan tenía posibilidades de éxito y eso le impedía rechazarlo sin más, aunque le hubiera gustado poder hacerlo.

—Tenemos que hablarlo.

—Cómo no, mis nuevos y muy queridos amigos, cómo no. Pero no os alarguéis mucho, ¿eh? —Crummock sonrió de oreja a oreja—. Llevo ya demasiado tiempo lejos de las Altiplanicies, y el resto de mis preciosos hijos, mis preciosas esposas y mis preciosas montañas me estarán echando de menos. Vedle el lado bueno. Si Bethod no nos sigue, pasaréis unas cuantas noches en las Altiplanicies en el ocaso del verano, calentándoos alrededor de mi fuego, escuchando mis canciones y viendo el sol ponerse en las montañas. No suena tan mal, ¿verdad?

—¿No pensarás hacerle caso a ese chiflado? —masculló Tul una vez que estuvieron lo bastante lejos para que no pudiera oírlos—. ¿Brujas, magos, qué clase de mierda es esa? ¡Seguro que se lo va inventando a medida que habla!

Logen se rascó la cara.

—No está tan loco como parece. Lleva años resistiendo a Bethod. Es el único que lo ha hecho. ¿Cuánto tiempo lleva ya escondiéndose, lanzando incursiones, manteniéndose siempre un paso por delante de Bethod? ¿Doce inviernos? Arriba en las montañas, sí, pero no por eso deja de tener su mérito. Para conseguir una cosa así hay que ser tan escurridizo como un pez y tan duro como el hierro.

—¿Entonces te fías de él? —preguntó el Sabueso.

—¿Que si me fío de él? —Logen soltó un resoplido—. Una mierda me voy a fiar. Pero su enemistad con Bethod es más antigua aún que la nuestra. Y tiene razón en lo de la bruja, yo mismo la he visto. Ni te imaginas la de cosas que he visto este último año. De modo que si Crummock dice que esa mujer puede ver lo que hacemos, yo, al menos, me lo creo. De todos modos, si no fuera así, y al final Bethod no se presenta, ¿qué habremos perdido?

La sensación de vacío en las tripas que tenía el Sabueso se hizo más intensa aún. Echó un vistazo a Crummock, que aguardaba sentado en una roca rodeado de sus hijos, y el montañés loco le respondió con una sonrisa que dejó al descubierto dos hileras de dientes amarillentos. Estaba lejos de ser el tipo de hombre en el que uno cifraría todas sus esperanzas, pero el Sabueso era de los que saben cuándo ha cambiado la dirección del viento.

—Vamos a correr un riesgo enorme —masculló —. ¿Y si Bethod nos coge antes y se sale con la suya?

—¡Nosotros sabemos movernos deprisa! ¿o no? — gruñó Dow—. Esto es una guerra. ¡Si queremos ganarla tenemos que correr riesgos!

—Ajá —gruñó Hosco.

Tul asintió moviendo su enorme cabeza.

—Hay que hacer algo. No he llegado hasta aquí para ver a Bethod tranquilamente sentado en lo alto de una colina. Tenemos que hacerle bajar de ahí.

—¡Hacerle bajar a un lugar donde podamos darle una buena paliza! —bufó Dow.

—Pero eres tú quien debe decidir —Logen dio una palmada al Sabueso en el hombro—. Tú eres el jefe.

En efecto, él era el jefe. Recordó el momento en que los demás tomaron la decisión alrededor de la tumba de Tresárboles. El Sabueso tenía que reconocer que hubiera preferido mandar a Crummock al carajo, dar la vuelta y regresar adonde estaba West para decirle que no habían encontrado nada en los bosques. Pero cuando a uno se le encomienda una misión, se cumple y punto. Eso es lo que habría dicho Tresárboles. El Sabueso exhaló un hondo suspiro mientras la sensación que tenía en las entrañas subía burbujeando hacia arriba hasta casi hacerle vomitar.

—De acuerdo. Pero este plan no nos va a traer más que muerte a no ser que los de la Unión estén dispuestos a cumplir su parte del plan y a su debido tiempo. Hablaremos con Furioso para que le haga saber al jefe Burr lo que vamos a hacer.

—¿Furioso? —preguntó Logen.

Tul sonrió.

—Es una larga historia.

Flores y aplausos

Jezal seguía sin tener ni la más remota idea de por qué era necesario que llevara puesto su mejor uniforme. Estaba tan tieso como una tabla y tenía tal cantidad de cordones que, al moverse, crujía. Había sido diseñado para estar en posición de firmes más que para montar a caballo, y de ahí que se le clavara dolorosamente en el estómago con cada movimiento de su montura. Pero Bayaz había insistido, y aunque se suponía que era Jezal quien estaba al mando de la expedición, resultaba increíblemente difícil decirle que no a ese viejo imbécil. Al final le había parecido que era más sencillo hacer lo que le decía. En vista de lo cual, marchaba al frente de la larga columna aquejado de una relativa incomodidad, dándose constantes tirones a la guerrera y sudando profusamente bajo un sol de justicia. El único consuelo era que al menos él podía respirar aire fresco. Todos los demás tenían que tragar polvo.

Para contribuir aún más a su malestar, Bayaz estaba empeñado en seguir dándole la lata con los mismos temas que habían aburrido soberanamente a Jezal durante todo el trayecto de ida y vuelta a los confines del Mundo.

—... es fundamental que un rey goce de la consideración de sus súbditos. Y no es algo difícil de conseguir. Las aspiraciones del pueblo llano suelen ser bastante modestas y se conforma con poco. No hace falta que se les trate con justicia. Basta con que ellos crean que es así...

Jezal descubrió que llegado un momento era posible ignorar el runruneo de la voz del anciano, del mismo modo que se puede ignorar a un perro que no para de ladrar. Se echó hacia delante sobre su silla de montar y dejó que su mente volara. ¿Y adónde iba a ir a parar sino a Ardee?

Se había metido en un auténtico berenjenal. Allá en la llanura, todo parecía muy sencillo. Regresaba, se casaba con ella, eran felices y comían perdices. Pero ahora que había vuelto a Adua, ahora que había vuelto a estar entre los poderosos, ahora que había vuelto a sus viejos hábitos, las cosas se complicaban día a día. El perjuicio que podía causar a su reputación y a sus expectativas era una cuestión que no se podía pasar por alto así como así. Era un coronel de la Guardia Real y eso implicaba que debía respetar ciertas normas de conducta.

—... Harod el Grande siempre se mostró respetuoso con el hombre del pueblo. Y en más de una ocasión esa fue la clave de su triunfo sobre sus pares...

Y, por si fuera poco, Ardee resultaba mucho más complicada en persona que como un simple recuerdo mudo. Nueve partes de ella correspondían a una persona ingeniosa, inteligente, audaz y atractiva. La otra parte a una borracha mezquina y destructiva. Cada momento con ella era una lotería, aunque tal vez fuera esa sensación de peligro lo que encendía la chispa cuando se tocaban, lo que le producía un cosquilleo en la piel, lo que hacía que se le secara la boca... de hecho, sólo de pensarlo, ya notaba un cosquilleo en la piel. Nunca había sentido eso por una mujer, nunca. Sin duda era amor. Tenía que serlo. ¿Pero bastaba con el amor? ¿Cuánto duraría? El matrimonio, a fin de cuentas, era para toda la vida, y eso era muchísimo tiempo.

Una prolongación indefinida de su no del todo secreta relación actual habría sido su opción preferida, pero Glokta había metido su pie deforme en el asunto y había acabado con esa posibilidad. Yunques, bolsas, canales. Jezal no se había olvidado del monstruoso gigante albino al que vio metiéndole una bolsa por la cabeza a un prisionero en plena vía pública, y el solo hecho de recordarlo hizo que se estremeciera. Aun así, tenía que reconocer que el maldito tullido tenía razón. Las visitas de Jezal no hacían ningún bien a la reputación de Ardee. Hay que dar a los demás el mismo trato que uno querría recibir, suponía, o al menos, eso era lo que le había dicho una vez Nuevededos. Aunque la verdad es que era un auténtico engorro.

—¿... me está prestando atención, muchacho?

—¿Eh? Ejem... sí, claro. Harod el Grande. El enorme respeto que sentía por el pueblo llano y tal.

—Que aparentaba sentir —refunfuñó Bayaz—. Y además él sí que sabía recibir una lección.

A medida que se acercaban a Adua las tierras de cultivo eran sustituidas por grandes aglomeraciones de casuchas, viviendas improvisadas, posadas baratas y burdeles aún más baratos que habían surgido en torno a cada una de las puertas de la gran urbe y se apiñaban al borde de los caminos hasta formar casi una ciudad por derecho propio. Pronto se encontraron bajo la alargada sombra de la Muralla de Casamir, la primera línea defensiva de la ciudad. Adustos centinelas hacían guardia a ambos lados del imponente pasadizo de entrada, en cuyas puertas abiertas lucía el sol dorado de la Unión. Se internaron en la oscuridad y luego salieron de nuevo a la luz. Jezal parpadeó deslumhrado.

Un número bastante considerable de personas se había congregado en el espacio adoquinado que se abría al otro lado y se apretujaban a ambos lados del camino contenidos por un contingente de la guardia urbana. Nada más aparecer su caballo por la puerta, prorrumpieron en un coro de vítores. Por un

instante, Jezal se preguntó si no se habrían equivocado de persona, si no estarían aguardando a alguien verdaderamente importante. Por lo que él sabía, lo mismo podrían haber estado esperando al mismísimo Harod el Grande. Pero pronto empezó a distinguir en medio del griterío el nombre de «Luthar» repetido una y otra vez. Una muchacha de la primera fila le arrojó una flor, que desapareció entre los cascos de su caballo, y le gritó algo que no consiguió entender. Pero su actitud sirvió para despejar las dudas de Jezal. Toda esa gente estaba allí por él.

—¿Qué pasa aquí?— le susurró al Primero de los Magos.

Bayaz sonrió como si él, al menos, sí que se lo hubiera esperado.

—Me imagino que el pueblo de Adua desea celebrar su victoria sobre los rebeldes.

—¿Ah, sí? —hizo una mueca y agitó lánguidamente una mano, provocando un considerable aumento del volumen de los vítores. Conforme se iban adentrando en la ciudad la multitud crecía y el espacio era cada vez más reducido. Había gente ocupando de arriba abajo las callejuelas, gente asomada a las ventanas de los primeros pisos, y a los de más arriba, que no paraban de aclamarle y darle vivas. Desde un balcón que se elevaba sobre el camino cayeron más flores. Una de ellas se le quedó enganchada en la silla y Jezal la cogió y se puso a darla vueltas en la mano.

—¿Todo esto es... por mí?

—¿Acaso no ha salvado la ciudad? ¿Acaso no ha parado los pies a los rebeldes sin que se haya producido derramamiento de sangre en ninguno de los dos bandos?

—Pero cedieron sin ninguna razón aparente. ¡Yo no hice nada!

Bayaz se encogió de hombros, le quitó la flor de la mano, la olisqueó un instante y luego la tiró y le señaló con la cabeza un grupo de comerciantes que se apelotonaban en una esquina profiriendo vítores.

—No parece que ellos sean de la misma opinión. Mantenga la boca cerrada y sonría. Es lo más aconsejable en estos casos.

Jezal se esforzó por complacerle, pero la verdad es que le costaba mucho trabajo sonreír. Tenía muy fundadas razones para sospechar que a Logen Nuevededos no le hubiera parecido bien aquello. No había nada que se pudiera parecer menos a aquella idea suya de aparentar menos de lo que se es. Miró nervioso a su alrededor, convencido de que de pronto la multitud descubriría en él al impostor que él mismo se sentía y sustituirían las flores y los gritos de admiración por airadas burlas y el contenido de sus orinales.

Pero no fue así. Los vítores prosiguieron cuando Jezal y su larga columna

de soldados comenzaron a abrirse paso por el distrito de las Tres Granjas. Con cada bocacalle que dejaba atrás, Jezal se iba sintiendo más relajado. Poco a poco empezó a tener la impresión de que en realidad sí que debía de haber hecho algo que le hiciera merecedor de tales honores. A preguntarse si después de todo no habría actuado como un intrépido jefe militar y un magistral negociador. Si las gentes de la ciudad querían venerarle como a un héroe, tal vez fuera una grosería por su parte negarse a aceptarlo.

Franquearon una de las puertas de la muralla de Arnault y accedieron al distrito central de la ciudad. Jezal se irguió en la silla y sacó pecho, mientras Bayaz se rezagaba para colocarse a una respetuosa distancia, dejándole a él solo a la cabeza de la columna. Los vítores crecieron al marchar por la amplia Vía Media y al cruzar las Cuatro Esquinas para dirigirse al Agriont. Era una sensación de victoria parecida a la del Certamen, sólo que en este caso le había costado mucho menos esfuerzo. ¿Qué tenía eso de malo? ¿Qué mal podía hacer? Al diablo con Nuevededos y su humildad. Jezal se había ganado la atención que despertaba. Emplastó una sonrisa radiante en su rostro, alzó un brazo con ufana seguridad y se puso a agitarlo.

Las grandes murallas del Agriont surgieron ante él. Jezal cruzó el foso para dirigirse a la imponente barbacana y cabalgó por el largo pasadizo que conducía al interior de la fortaleza entre el repiqueteo de los cascos y el pisotear de las botas de los soldados de la Guardia Real que marchaban detrás él en la oscuridad. Desfiló por la Vía Regia, entre altos edificios atestados de curiosos y bajo la mirada aprobatoria de las pétreas efigies de los grandes monarcas de la antigüedad y de sus consejeros, y por fin llegó a la Plaza de los Mariscales.

Las masas habían sido dispuestas cuidadosamente a uno y otro lado del vasto espacio abierto, dejando en el medio un largo paseo de losas desnudas. Al fondo se alzaban unas amplias tribunas, repletas de bancos, en cuyo centro se destacaba un palio carmesí que denotaba la presencia de la realeza. El estruendo y la pompa eran impresionantes.

Jezal se acordó del recibimiento triunfal que se dio al Mariscal Varuz cuando regresó de su victoria sobre los gurkos y también se acordó de sí mismo, de niño, contemplándolo todo con los ojos como platos. Había divisado fugazmente la figura del mariscal, sentado en lo alto de un corcel gris, pero jamás se imaginó que un día sería él quien ocuparía ese lugar de honor. A decir verdad, aún le resultaba extraño. Al fin y al cabo, él había derrotado a una banda de campesinos y no a la nación más poderosa del Círculo del Mundo. ¿Pero acaso le correspondía a él decidir quién era digno de un recibimiento triunfal y quién no?

Así pues, Jezal espoleó su montura y pasó entre filas de rostros sonrientes y brazos agitados envuelto en una atmósfera cargada de aliento y

aprobación. En la primera fila de bancos vio a los grandes hombres del Consejo Cerrado. Reconoció al Archilector Sult, vestido de un blanco reluciente, y al Juez Marovia, que iba de solemne negro. También estaba allí su antiguo maestro de esgrima, el Lord Mariscal Varuz, y a su lado, el Lord Chambelán Hoff. Todos aplaudían, aunque en su mayoría con una tibieza desdeñosa que a Jezal le pareció muy poco cortés. Justo en el centro, convenientemente recostado en un trono dorado, estaba el Rey en persona.

Metido ya de lleno en su papel de héroe conquistador, Jezal tiró con fuerza de la brida e hizo que su corcel se alzara sobre sus patas traseras y agitara en el aire sus pezuñas con gran teatralidad. Luego se bajó de la silla de un salto, se acercó al estrado regio y, en medio del griterío de la multitud, dobló con gran elegancia una rodilla y agachó la cabeza para aguardar la gratitud del Rey. ¿Sería una vana ilusión esperar un nuevo ascenso? ¿Quizá un título nobiliario propio? De pronto le costaba creer que hace no tanto tiempo hubiera llegado a plantearse la posibilidad de llevar una vida oscura y anodina.

—Alteza... —oyó que decía Hoff, y aprovechó para echar un vistazo por debajo de las cejas. El Rey dormía con los ojos muy apretados y la boca abierta. Tampoco es que le extrañara, hacía tiempo que el hombre no andaba demasiado bien, pero aun así Jezal no pudo evitar sentirse molesto. A fin de cuentas, ya era la segunda vez que se quedaba dormido durante uno de sus momentos de gloria. Hoff le dio un codazo con la máxima delicadeza posible, pero, al ver que no se despertaba, se vio obligado a inclinarse sobre él para susurrarle al oído.

—Su Alteza... —y no pudo decir nada más. El cuerpo del Rey se inclinó de lado, la cabeza se le desplomó y, para gran consternación de todos los miembros del Consejo Cerrado, cayó despatarrado desde el trono dorado como si fuera una ballena varada. Su manto escarlata se abrió, dejando al descubierto una gran mancha de humedad que atravesaba sus pantalones, y la corona se le cayó de la cabeza, rebotó en el suelo y rodó estrepitosamente por el enlosado.

Se produjo una exhalación colectiva de asombro, acompañada del chillido de una dama que se sentaba en las filas de atrás. Jezal no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando boquiabierto mientras el Lord Chambelán se apresuraba a ponerse de rodillas y se inclinaba sobre la figura fulminada del Rey. Se produjo un breve momento de silencio, durante el cual todos los presentes en la Plaza de los Mariscales contuvieron la respiración. Luego, Hoff se puso de pie muy despacio. Su tez había perdido su habitual rubicundez.

—¡El Rey ha muerto! —gimió. Y el eco atribulado de su voz resonó entre las torres y los edificios que circundaban la plaza. Jezal torció el gesto. Maldita suerte la suya. Ahora ya nadie le vitorearía.

Suficientes cuchillos Logen estaba sentado en una roca a unas veinte zancadas del empinado sendero por el que les estaba guiando Crummock. Crummock-i-Phail se conocía todos los caminos del Norte. Eso se rumoreaba, y Logen tenía la esperanza de que fuera cierto. No le hacía ninguna gracia que le condujeran de cabeza a una emboscada. Se dirigían hacia el norte, hacia las montañas, con la esperanza de sacar a Bethod de sus colinas y llevarlo hacia las Altiplanicies. Con la esperanza de que la Unión lo siguiera pudieran conseguir que cayera en una trampa. Demasiadas esperanzas eran esas.

Hacía un día cálido y soleado. Por debajo de los árboles el suelo estaba horadado de sombras y acuchillado con brillantes manchas de luz que oscilaban al mecer el viento las ramas; de cuando en cuando, algún rayo de sol atravesaba el follaje y apuñalaba el rostro de Logen. Los pájaros gorjeaban y trinaban, los árboles crujían y susurraban, los insectos flotaban en el aire en calma y el lecho del bosque estaba sembrado de pequeñas agrupaciones de flores blancas y azules. Así era el verano en el Norte. Pero nada de ello hacía que Logen se sintiera mejor. El verano era la estación ideal para las masacres; había visto morir a muchísimos más hombres con buen tiempo que con mal tiempo. Por eso mantenía los ojos bien abiertos y oteaba entre los árboles, aguzando la vista y aún más el oído.

Esa era la misión que le había encomendado el Sabueso: vigilar el flanco derecho para asegurarse de que los muchachos de Bethod no se presentaran de improviso mientras avanzaban en fila por aquel camino de cabras. A Logen le venía a la perfección. Le mantenía apartado en un lugar donde ninguno de los de su propio bando podría caer en la tentación de intentar matarlo.

Ver hombres moviéndose en silencio a través de los árboles, hablando en voz baja y con las armas listas, le traía todo un aluvión de recuerdos. Unos buenos y otros malos. En su mayoría malos, a decir verdad. De pronto, Logen vio que uno de los hombres se separaba del resto y comenzaba a avanzar hacia él entre los árboles. Sonreía de la forma más amistosa que quepa imaginar, pero eso no significaba nada. Logen había conocido multitud de hombres capaces de sonreír mientras se preparaban para matarte. Él mismo lo había hecho en más de una ocasión.

Ladeó un ápice el cuerpo, deslizó una mano hacia abajo para que no fuera visible y la enroscó en torno a la empuñadura de un cuchillo. Nunca se tienen suficientes cuchillos, le había dicho su padre, y era una advertencia bien categórica. Sin prisas, con toda tranquilidad, echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no había nadie a su espalda, pero lo único que vio fueron árboles. En vista de ello, cambió la posición de los pies para tener mejor equilibrio y permaneció sentado con aparente despreocupación, aunque en

realidad todos sus músculos estaban en tensión y listos para saltar como un resorte.

—Me llamo Sombrero Rojo —sin dejar de sonreír en ningún momento, el tipo se detuvo a no más de una zancada, con una mano posada en la empuñadura de la espada y la otra colgando al costado.

Logen se apresuró a repasar mentalmente la lista de todos los hombres a los que había ofendido, causado algún daño o con los que aún tenía cuentas pendientes. La de los que seguían con vida, al menos. Sombrero Rojo. No conseguía ubicarlo en ninguna parte, pero aun así no se sentía tranquilo. Diez hombres provistos de diez libros enormes no habrían bastado para llevar un recuento de los enemigos que se había granjeado, y de los amigos, familiares y aliados de esos enemigos. Y eso sin contar con la posibilidad de que alguien quisiera matarlo sin otro motivo que el deseo de hacerse un nombre.

—No puedo decir que me suene el nombre.

Sombrero Rojo se encogió de hombros.

—Ni hay razón para ello. Luché con el viejo Yawl, hace mucho tiempo. Buen hombre ese Yawl, un hombre al que se podía respetar.

—Cierto —dijo Logen, atento aún a cualquier movimiento brusco.

—Pero cuando regresó al barro me fui con Huesecillos.

—Huesecillos y yo nunca estuvimos de acuerdo en nada, ni siquiera cuando luchábamos en el mismo bando.

—La verdad es que a mí me pasaba lo mismo. Ese tipo es un maldito cabrón. Y encima anda todo hinchado por las victorias que Bethod obtuvo para él. No me sentía a gusto teniéndole de jefe. Por eso, cuando me enteré de que Tresárboles estaba de este lado, me cambié de bando —sorbió por la nariz y clavó la vista en el suelo—. Alguien tiene que hacer algo con el cabrón del Temible.

—Eso me han dicho —de un tiempo a esta parte, Logen había oído hablar bastante del Temible ese, y nada de lo que había oído era bueno. Aun así, se necesitaba algo más que unas cuantas palabras en la buena dirección para hacer que soltara la empuñadura de su cuchillo.

—El Sabueso, en cambio, me parece un buen jefe. De los mejores que he tenido. Conoce el oficio. Va con cuidado. Se piensa las cosas.

—Sí. Siempre pensé que lo sería.

—¿Crees que Bethod nos sigue?

Logen no apartaba sus ojos de los de Sombrero Rojo.

—Puede que sí y puede que no. Me imagino que no nos enteraremos

hasta que estemos en lo alto de las montañas y le oigamos llamar a la puerta.

—¿Crees que los de la Unión cumplirán con su parte?

—No veo por qué no iban a hacerlo. Por lo que he visto, el tal Burr parece saber lo que se hace, y también ese muchacho, Furioso. Si han dicho que vienen, me imagino que vendrán. Sea como sea, tampoco veo que nosotros podamos hacer mucho al respecto ahora, ¿no crees?

Sombrero Rojo se limpió el sudor de la frente mientras desviaba la vista hacia el bosque.

—Supongo que tienes razón. De todos modos, lo que quería decirte era que estuve en la batalla de Ineward. En el bando opuesto al tuyo. Pero te vi luchar y puedo asegurarte que procure mantenerme lo más alejado de ti que pude —sacudió la cabeza y sonrió—. Jamás había visto nada igual, y tampoco he vuelto a verlo desde entonces. En fin, lo que quiero decir es que estoy muy contento de que estés de nuestro lado. Muy contento.

—¿De veras? —Logen pestañeó—. Pues qué bien. Perfecto.

Sombrero Rojo asintió con la cabeza.

—Bueno, eso era todo. Nos veremos cuando empiece el combate, supongo.

—Claro. Cuando empiece el combate —Logen se lo quedó mirando mientras se alejaba a grandes zancadas entre los árboles. Pero ni siquiera cuando le perdió de vista del todo consiguió obligar a su mano a soltar la empuñadura del cuchillo: no podía desprenderse de la sensación de que tenía que vigilar sus espaldas.

Al parecer, había dejado que se le olvidara cómo eran las cosas en el Norte. O tal vez había querido creer que podían ser diferentes. Ahora comprendía su error. Hacía muchos años que había caído en una trampa que él mismo se había tendido. Se había ido fabricando una gruesa cadena, sangriento eslabón a sangriento eslabón, y se la había amarrado al cuerpo. Aunque no entendía muy bien por qué, le habían ofrecido la posibilidad de liberarse, una posibilidad que no se merecía en absoluto, y, en lugar de aceptarla, había vuelto a dar con sus huesos en aquel lugar y ahora lo más seguro es que volviera a correr la sangre.

Lo sentía aproximarse. Una masa de muerte se cernía sobre él como la sombra de una montaña que se le viniera encima. De algún modo, cada vez que pronunciaba una palabra, o daba un paso, incluso cada vez que tenía un pensamiento, parecía contribuir a acercarlo un poco más. Se lo tragaba con cada bocado que daba, lo sorbía con cada respiración. Encorvó los hombros, agachó la cabeza y se quedó mirando una franja luminosa que atravesaba la punta de sus botas. Nunca debería haber dejado marchar a Ferro. Tenía que haberse

agarrado a ella como un niño a su madre.

¿Cuántas veces le había ofrecido la vida algo que fuera ni la mitad de bueno? Y sin embargo, lo había rechazado y había decidido regresar al Norte para ajustar cuentas. Se relamió los dientes y lanzó al suelo un escupitajo. Debería haberlo sabido. La venganza nunca es ni la mitad de simple ni la mitad de dulce de lo que uno se cree.

—A que ya te has arrepentido de haber vuelto, ¿eh?

Logen alzó bruscamente la cabeza y estuvo a punto de sacar el cuchillo. Pero al ver que era simplemente Tul, que estaba de pie a su lado, soltó el puñal y dejo caer las manos.

—Te diré una cosa. Esa idea se me ha pasado por la cabeza.

Tul se puso en cuclillas junto a él.

—A veces me cuesta cargar con el peso de mi nombre. No quiero ni pensar lo que debe pesar un nombre como el tuyo.

—Puede ser un fardo muy pesado, en efecto.

—Seguro que sí —Tul echó un vistazo a los hombres que avanzaban en fila por la polvorienta senda—. No te preocupes por ellos. Acabarán por acostumbrarse a ti. Y si las cosas se tuercen, siempre puedes buscar consuelo en la sonrisa de Dow el Negro, ¿eh?

Logen sonrió.

—Cierto. Toda una sonrisa la de ese hombre. De esas que iluminan el mundo entero, ¿verdad?

—Como el sol en un día nublado —Tul se sentó en una roca que tenía al lado, le quitó el tapón a su cantimplora y se la tendió—. Perdónanos.

—¿Perdonaros? ¿Por qué?

—Por no haber intentado buscarte después de que te cayeras por el precipicio aquel. Pensamos que habías muerto.

—Mentiría si dijera que os guardo rencor por eso. Yo también estaba casi seguro de que me había muerto. Me imagino que soy yo el que debería haber intentado buscaros a vosotros.

—Bueno, puede que lo suyo hubiera sido que nos hubiéramos buscado los unos a los otros. No sé, supongo que con el tiempo uno acaba por perder las esperanzas. La vida te enseña a esperar siempre lo peor, ¿no?

—Conviene ser realista.

—Conviene, sí. Pero, bueno, al final todo ha salido bien. Has vuelto con nosotros, ¿no?

—Sí —Logen suspiró—. He vuelto a la guerra, a la mala comida y a las interminables caminatas por los bosques.

—Ah, los bosques —rezongó Tul, y acto seguido su boca dibujó una sonrisa burlona—. ¿Me cansaré alguna vez de ellos?

Logen echó un trago de la cantimplora y luego se la devolvió a Tul, que también bebió. Durante un minuto permanecieron sentados en silencio.

—No era esto lo que yo quería, ¿sabes Tul?

—Claro que no. Ninguno lo queríamos. Aunque eso tampoco quiere decir que no nos lo merezcamos, ¿eh? —Tul palmeó a Logen en el hombro con una de sus manazas—. Si alguna vez te apetece hablar de ello, aquí me tienes.

Logen se le quedó mirando mientras se alejaba. Era buena gente, el Cabeza de Trueno. Un hombre en el que se podía confiar. Aún quedaban unos pocos como él. Tul, Hosco, el Sabueso. Incluso Dow el Negro, a su manera. Casi le infundió un poco de esperanza. Casi hizo que se alegrara de haber tomado la decisión de regresar al Norte. Pero luego volvió la vista hacia la fila de hombres y vio a Escalofríos observándole. A Logen le hubiera gustado desviar la mirada, pero desviar la mirada no era algo que pudiera hacer el Sanguinario. De modo que ahí siguió, sentado en la roca, mirándole fijamente y sintiendo la puñalada del odio de Escalofríos hasta que su figura se perdió entre los árboles. Volvió a sacudir la cabeza, volvió a relamerse los dientes y lanzó un escupitajo.

Nunca se tienen suficientes cuchillos, eso le había dicho su padre. A no ser que estén todos apuntando hacia ti y quienes los tengan sean unos tipos a los que no les resultes nada simpático.

El mejor de los enemigos

—Toc, toc.

—¡Ahora no! —vociferó el Coronel Glokta—. ¡Tengo mucho trabajo! —debía de tener lo menos un millar de pliegos de confesiones que firmar. El escritorio gemía bajo el peso de montañas de papeles y la punta de la pluma se había quedado blanda como la mantequilla. Por si fuera poco, al estar utilizando tinta roja, las firmas parecían oscuras manchas de sangre vertidas sobre la blancura del papel—. ¡Maldita sea! —rugió al volcar de un codazo el tintero, que derramó un montón de tinta sobre el escritorio, empapó las pilas de papeles y empezó a gotear sobre el suelo con un monótono toc, toc, toc.

—Ya habrá tiempo más adelante para su propia confesión. Tiempo de sobra.

El coronel frunció el entrecejo. De pronto el aire se había vuelto muy frío.

—¡Usted otra vez! ¡Siempre en el peor momento!

—¿Entonces, me recuerda?

—Creo que nos vimos en... —a decir verdad, al coronel le estaba costando mucho trabajo recordar dónde. La figura que había en el rincón parecía ser una mujer, pero no conseguía verle la cara.

—El Creador cayó en llamas... Se estrelló contra el puente que había debajo...—aquellas palabras le sonaban de algo, aunque Glokta no habría sabido decir de qué. Viejas historias, paparruchadas. Hizo una mueca de dolor. Maldita sea, cómo le dolía la pierna.

—Creo que... —su habitual aplomo empezaba a abandonarle. Ahora hacía un frío tan helador que echaba vaho por la boca al respirar. La inoportuna visita comenzó a acercarse a él, y Glokta, con la pierna cada vez más dolorida, se levantó a trancas y barrancas de la silla—. ¿Qué es lo que quiere? —alcanzó a preguntar con voz ronca.

El rostro entró en la zona iluminada. No era otro que Mauthis, el empleado de la banca Valint y Balk.

—La Semilla, coronel —y le obsequió con una sonrisa carente de

alegría—. Quiero la Semilla.

—Yo... yo... —Glokta dio con su espalda en la pared. No podía retroceder más.

—¡La Semilla! —ahora era el rostro de Goyle, y ahora el de Sult, y ahora el de Severard, pero todos planteaban la misma exigencia—. ¡La Semilla! ¡Mi paciencia se agota!

—Bayaz —susurró Glokta apretando los ojos hasta que las lágrimas le resbalaron por debajo de los párpados—. Bayaz lo sabe...

—Toc, toc, torturador —era otra vez la voz sibilante de la mujer. La punta de un dedo se le clavó en una de las sienes hasta hacerle daño—. Si ese viejo embustero lo supiera ya sería mía. No, tú la encontrarás —Glokta estaba tan asustado que no podía articular palabra—. Tú la encontrarás o, si no, me cobraré el precio en trozos de tu carne contrahecha. Y ahora, toc, toc, hora de despertarse —el dedo volvió a clavársele en el cráneo, hundiéndose en su sien como si fuera la hoja de una daga—. ¡Toc, toc, lisiado! —le siseó la horripilante voz al oído con un aliento tan frío que pareció como si le quemara la piel de la mejilla—. ¡Toc, toc!

Toc, toc.

Por un instante Glokta no tuvo una idea muy clara de dónde estaba. Se incorporó dando una sacudida, bregando con las sábanas, mirando las amenazadoras sombras que le rodeaban, oyendo su propio aliento silbante en el interior de su cabeza. Pero de golpe todas las piezas encajaron. *Mis nuevos aposentos.* Había una ventana abierta por la que se colaba una plácida brisa que mecía las cortinas y aliviaba el calor pegajoso de la noche. Glokta vio su sombra oscilando sobre el enlucido de la pared. Se cerraba dando un leve golpe contra el marco y luego se volvía a abrir.

Toc, toc.

Cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Con una mueca de dolor, se dejó caer hacia atrás en la cama. Estiró las piernas y, para evitar posibles calambres, movió los dedos de los pies. *Los que me dejaron los gurkos, al menos. Otra vez ha sido un sueño. Todo está en mi...*

Entonces se acordó y abrió los ojos de golpe. *El Rey ha muerto. Mañana se elige al nuevo monarca.*

Los trescientos veinte papeles colgaban inertes de los rieles. En el transcurso de las últimas semanas se habían ido poniendo cada vez más arrugados, más desgastados, más grasientos, más sucios. *Conforme todo este asunto se iba hundiendo cada vez más en la inmundicia.* Muchos estaban emborronados de tinta, llenos de notas garabateadas con furia, de breves sumarios, de tachaduras. *Conforme los hombres iban siendo comprados o vendidos, intimidados o chantajeados, sobornados o embaucados.* Muchos estaban desgarrados en los lugares en donde los sellos de cera habían sido retirados, añadidos o reemplazados por alguno de otro color. *Conforme cambiaban las lealtades y se rompían promesas, conforme la balanza se inclinaba hacia uno u otro lado.*

El Archilector Sult estaba de pie contemplándolos con gesto iracundo, como un pastor ante un rebaño de ovejas díscolas, con su blanca toga llena de arrugas y sus blancos cabellos alborotados. Era la primera vez que Glokta le veía desarreglado. *Debe de estar paladeando al fin el gusto de la sangre. De la suya. Sería capaz de echarme a reír, si no fuera porque también yo siento en la boca ese horrible regusto salado.*

—Brock tiene setenta y cinco —bufaba Sult para sí mientras sus manos, enfundadas en sendos guantes blancos, se retorcían a su espalda—. Brock setenta y cinco. Isher cincuenta y cinco. Skald y Barezin cuarenta por barba. Brock, setenta y cinco... —mascullaba las cifras una y otra vez como si fueran una fórmula mágica capaz de protegerle de todo mal. O *de todo bien, quizá*—. Isher, cincuenta y cinco...

Glokta tuvo que reprimir una sonrisa. *Block primero, luego Isher, a continuación Skald y Barezin, mientras la Inquisición y el poder judicial se pelean por las migajas. Pese a todos nuestros esfuerzos, las cosas siguen poco más o menos igual que cuando comenzó este desagradable baile. Bien podríamos habernos ahorrado las molestias y habernos hecho con el control del país entonces. Bueno, a lo mejor todavía estamos a tiempo...*

Glokta carraspeó ruidosamente y Sult giró de golpe la cabeza.

—¿Quiere aportar algo?

—En cierto modo sí, Eminencia —Glokta procuró que su tono fuera lo más servil posible—. Hace poco he recibido cierta información bastante... inquietante.

Sult torció el gesto y señaló los papeles con la cabeza.

—¿Más inquietante que esto?

Igual, por lo menos. Al fin y al cabo, quienquiera que gane las elecciones tendrá muy poco tiempo para celebrarlo si una semana después se presentan aquí los gurkos y nos pasan a todos a cuchillo.

—Se me ha indicado que... los gurkos se están preparando para invadir

Midderland.

Se produjo un silencio tenso. *Una reacción poco prometedora, pero una vez izadas las velas ya no hay marcha atrás. ¿Qué otra cosa se puede hacer sino poner rumbo hacia la tempestad?*

—¿Invadirnos? —repuso desdeñoso Goyle—. ¿Con qué?

—No es la primera vez que oigo decir que disponen de una flota. *Un intento desesperado de parchear un navío que hace aguas.* Una flota de un tamaño bastante considerable que han ido construyendo en secreto desde la conclusión de la anterior guerra. No nos costaría demasiado hacer ciertos preparativos; de ese modo, si al final vienen los gurkos...

—¿Y si se equivoca? —el Archilector lucía un ceño de los que hacen época—. ¿De dónde ha sacado esa información?

Ah, no, eso sí que no. ¿Carlot dan Eider? ¿Viva? ¿Cómo es posible? Hallado un cadáver flotando junto a los muelles...

—De una fuente anónima, Archilector.

—¿Anónima? —Su Eminencia entrecerró los ojos y le lanzó una mirada fulminante—. ¿Pretende que en unas circunstancias como las actuales acuda al Consejo Cerrado para informarle de la existencia de un rumor sin confirmar obtenido por medio de una fuente anónima? *Las olas anegan la cubierta...*

—Simplemente quería prevenir a Su Eminencia de la posibilidad de que...

—¿Cuándo se supone que vienen? *La vela desgarrada tremola en medio de la galerna...*

—Mi informante no me...

—¿Dónde desembarcarán? *Los marineros caen gritando desde las jarcias...*

—Una vez más, Eminencia, no puedo...

—¿De qué contingentes disponen? *El timón se rompe entre mis manos temblorosas...*

Glokta hizo una mueca de dolor y optó por permanecer mudo.

—En tal caso, tenga la amabilidad de abstenerse de distraernos con rumores —soltó Sult con los labios contraídos en un gesto de infinito desprecio. *El navío desaparece bajo el embate inmisericorde de las olas, su cargamento de valiosas advertencias es consignado a las profundidades y en cuanto al capitán... bueno, nadie le echara de menos.* ¡Los asuntos que nos ocupan son bastante más apremiantes que una fantasmagórica horda de gurkos!

—Desde luego, Eminencia *¿Y a quién ahorcarán si aparecen los gurkos? Vaya*

una pregunta más tonta, al Superior Glokta, por supuesto. ¿Por qué no nos advirtió ese maldito tullido?

La mente de Sult ya había vuelto a su sempiterno recorrido circular.

—Contamos con treinta y un votos y Marovia dispone de poco más de veinte. No es suficiente para incidir en el resultado —sacudió la cabeza con gesto grave mientras clavaba sus ojos azules en los papeles. *Como si bastara mirarlos de distinta forma para modificar su terrible aritmética*—. No es suficiente en absoluto.

—A menos que llegáramos a un acuerdo con el Juez Marovia —volvió a producirse un silencio, más tenso aún que el de la vez anterior. *Demonios, me parece que lo he dicho en voz alta.*

—¿Un acuerdo? —bufó Sult.

—¿Con Marovia? —chilló Goyle con los ojos desorbitados por la sensación de triunfo. *Cuando las opciones más seguras se han agotado, hay que correr riesgos. ¿No fue eso lo que me dije a mí mismo mientras cabalgaba por el puente en dirección a las masas de gurkos que aguardaban en la otra orilla? En fin, rumbo a la tempestad otra vez...*

Glokta respiró hondo.

—El puesto de Marovia en el Consejo Cerrado no está más seguro que el de cualquier otro de sus miembros. Es posible que hayamos estado actuando en contra de sus intereses, pero sólo por una simple cuestión de hábito. En lo que respecta a esta elección nuestros objetivos coinciden: asegurarnos que sale elegido un candidato débil que permita mantener el actual equilibrio de fuerzas. Juntos tendríamos más de cincuenta votos. Y eso podría bastar para inclinar la balanza a nuestro favor.

Goyle dio rienda suelta a su desdén.

—¿Aunar fuerzas con ese hipócrita amante de los campesinos? ¿Se ha vuelto usted loco?

—Cierre el pico, Goyle —Sult se quedó mirando con ferocidad a Glokta durante unos instantes, frunciendo el labio con gesto pensativo. *¿Planteándose mi castigo, quizá? ¿Otro latigazo verbal? ¿O un latigazo real? O mi cadáver hallado flotando...*—. Tiene razón. Vaya a hablar con Marovia.

¡Sand dan Glokta vuelve a ser un héroe! Goyle estaba boquiabierto.

—Pero... Eminencia.

—¡Pasó el tiempo del orgullo! —gruñó Sult—. Debemos aprovechar cualquier posibilidad que sirva para alejar a Brock y a los demás del trono. Debemos llegar a acuerdos, por muy dolorosos que sean, y aliarnos con todo

aquel que podamos. ¡Adelante! —bufó por encima del hombro mientras se cruzaba de brazos y se volvía hacia el crujiente despliegue de papeles—. Cierre un trato con Marovia.

Glokta se levantó con rigidez de la silla. *Una pena tener que abandonar tan grata compañía, pero cuando el deber llama...* Obsequió a Goyle con la más escueta de sus sonrisas desdentadas, agarró el bastón y se dirigió renqueando hacia la puerta.

—¡Una cosa más, Glokta! —se volvió de nuevo hacia la sala con una mueca de dolor—. Es posible que los objetivos de Marovia y los nuestros coincidan de momento. Pero no podemos fiarnos de él. Ándese con cuidado.

—Por supuesto, Eminencia. *Siempre lo hago. ¿Qué otra cosa puedo hacer si cada paso que doy es un martirio?*

El despacho privado del Juez Supremo era una sala del tamaño de un granero, con un techo cubierto de vetustas molduras festoneadas y plagado de sombras. Aunque aún no era demasiado tarde, las gruesas matas de hiedra que bordeaban las ventanas y la mugre de los paneles de cristal tenían al lugar sumido en una especie de crepúsculo permanente. Inestables montañas de papel se amontonaban por todas partes. Fajos de documentos atados con cintas negras. Pilas de libros de contabilidad encuadernados en cuero. Montones de pergaminos polvorientos redactados con florida caligrafía curva y estampados con sellos de lacre y relucientes dorados. El equivalente en leyes al valor de un reino, se diría. *Y, de hecho, probablemente lo sea.*

—Buenas tardes, Superior Glokta. —Marovia estaba sentado ante una larga mesa puesta para comer, próxima a una chimenea apagada, cuyos platos relucían en medio de la penumbra iluminados por la luz vacilante de un candelabro—. Espero que no le importe que coma mientras hablamos. Estaría más cómodo cenando en mis aposentos, pero últimamente casi siempre acabo comiendo aquí. Ya sabe, hay tanto que hacer. Y, por si fuera poco, parece que uno de mis secretarios ha decidido cogerse unas vacaciones sin avisarme. *Unas vacaciones en el suelo de un matadero obtenidas por intermediación de los intestinos de una piara de cerdos* —¿Me acompaña? —Marovia señaló un gran trozo de carne, casi cruda, que flotaba en un jugo sanguinolento.

Glokta se relamió sus encías desnudas mientras iniciaba la maniobra para acomodarse en una silla que había al otro lado de la mesa.

—Me encantaría, Señoría, pero las leyes de la odontología me lo impiden.

—Ah, claro. Unas leyes que ni siquiera un Juez Supremo puede burlar. Le compadezco, Superior. Uno de mis mayores placeres es un buen corte de carne, y cuanto más sangriento mejor. Enséñele sólo la llama, eso es lo que

siempre le digo a mi cocinero. Enséñele sólo la llama. *Qué curioso. Yo también les digo a mis Practicantes que empiecen así.* Y, dígame, ¿a qué debo esta visita inesperada? ¿Viene por iniciativa propia o por apremio del Archilector Sult, su jefe y mi estimado colega del Consejo Cerrado?

Su acérrimo y mortal enemigo del Consejo Cerrado, querrá decir —Su Eminencia está al tanto de mi presencia aquí.

—¿Ah, sí? —Marovia trinchó otra loncha y la acercó goteando al plato—. ¿Y con qué mensaje le envía? ¿Algo relacionado con el asunto que se tratará mañana en el Consejo Abierto quizá?

—Me ha estropeado la sorpresa, Señoría. ¿Le puedo hablar con claridad?

—Si sabe hacerlo...

Glokta mostró al Juez Supremo su sonrisa desdentada.

—El tema de las elecciones es un desastre para los negocios. Todo son dudas, incertidumbres, preocupaciones. Eso no favorece a nadie.

—A unos menos que a otros —el cuchillo de Marovia rechinó sobre el plato al tratar de cortar una tira de grasa del borde de un trozo de carne.

—Desde luego. Pero ningún riesgo es mayor que el que corren los que se sientan en el Consejo Cerrado y quienes se esfuerzan por servirles. Es poco probable que siguieran teniendo las manos tan libres como hasta ahora si unos hombres tan poderosos como Brock o Isher subieran al trono. *Lo más seguro es que alguno de nosotros no durara más allá de una semana.*

Marovia ensartó una rodaja de zanahoria con el tenedor y se la quedó contemplando con semblante avinagrado.

—Un estado de cosas lamentable. Hubiera sido mejor para todos que Raynault o Ladisla siguieran con vida —pareció cavilar un instante sobre lo que acababa de decir—. Bueno, al menos que siguiera vivo Raynault. Pero la elección tendrá lugar mañana, por mucho que nos mesemos los cabellos. A estas alturas no es fácil encontrar un remedio para eso —dejó de mirar la zanahoria y volvió la vista hacia Glokta—. ¿O es que tiene usted alguna sugerencia?

—Señoría, usted controla entre veinte y treinta votos en el Consejo Abierto.

Marovia se encogió de hombros.

—Cuento con una cierta influencia, no lo voy a negar.

—El Archilector, por su parte, puede disponer de treinta votos.

—Tanto mejor para Su Eminencia.

—No necesariamente. Si se mantienen enfrentados, como han hecho hasta ahora, sus votos no tendrán ningún valor. Uno irá a parar a Isher, el otro a Brock, y todo quedará como estaba.

Marovia suspiró.

—Un triste final para nuestras brillantes carreras.

—A no ser que aúnen fuerzas. De esa forma podrían contar con sesenta votos entre los dos. Casi tantos como los que controla Brock. Los suficientes para llevar al trono a Skald, o a Barezin, o a Heugen, o incluso a un desconocido, dependiendo de cómo se desarrollaran las cosas. Alguien que fuera más fácilmente influenciable en el futuro. Alguien que tal vez decidiera conservar el Consejo Cerrado tal como está en lugar de nombrar uno nuevo.

—Un Rey que nos hiciera a todos felices, ¿eh?

—Si tuviera a bien manifestar su preferencia por uno u otro candidato, yo me ocuparía de transmitírselo a Su Eminencia. *Nuevos pasos que dar, nuevas voluntades que ganarse, nuevas decepciones. Oh, quién pudiera tener un gran despacho para sí solo y pasarse todo el día cómodamente sentado mientras unos imbéciles acobardados suben trabajosamente mis escaleras para acoger mis insultos con una sonrisa, deleitarse con mis mentiras y rogarme que les conceda mi envenenado apoyo.*

—¿Quiere que le diga lo que a mí me haría feliz, Superior Glokta?

Ahora tocan las reflexiones de otro viejo estúpido enamorado el poder.

—No faltaba más, Señoría Marovia dejó caer los cubiertos en el plato, se recostó en su asiento y exhaló un prolongado suspiro. —Lo que me gustaría es que no hubiera Rey. Lo que me gustaría es que todos los hombres fueran iguales ante la ley, que todos tuvieran voz en el gobierno de su propio país y que pudieran elegir a sus líderes. Me gustaría que no hubiera ni Rey ni nobles, y que el Consejo Cerrado fuera elegido por los ciudadanos y tuviera que responder de su gestión ante ellos. Un Consejo Cerrado abierto a todos, por así decirlo. ¿Qué opina de eso?

Opino que algunas personas dirían que lo que acaba de decir tiene cierto tufillo a traición. Las demás dirían simplemente que es una locura.

—Me parece, Señoría, que es una idea ilusoria.

—¿Y eso por qué?

—Porque la gran mayoría de la gente prefiere mil veces que se le diga lo que tienen que hacer a tener que tomar sus propias decisiones. Obedecer es fácil.

El Juez Supremo se rió.

—Tal vez tenga razón. Pero las cosas están cambiando. Esta rebelión que

hemos tenido me ha convencido de ello. Las cosas están cambiando, paso a paso.

—Estoy convencido de que la subida al trono de Lord Brock es un pequeño paso que ninguno de nosotros quiere que se dé.

—Lord Brock es un hombre de firmes convicciones, sobre todo en lo que respecta a su propia persona. Debo admitir, Superior, que argumenta las cosas de una manera muy convincente —Marovia se arrellanó en su silla, juntó las manos sobre su vientre y miró fijamente a Glokta entornando los ojos—. De acuerdo. Puede decirle al Archilector Sult que por esta vez podemos hacer causa común. Si se presenta un candidato neutral que cuente con apoyos suficientes, mis votos se emitirán en el mismo sentido que los suyos. ¿Quién me lo iba a decir? El Consejo Cerrado actuando unido —sacudió lentamente la cabeza—. Extraños tiempos estos que corren.

—Y que lo diga, Señoría —Glokta se levantó trabajosamente y su rostro dibujó una mueca de dolor al descansar su peso sobre su pierna atrofiada. Luego se dirigió hacia la puerta renqueando por el resonante espacio en penumbra. *Aunque también resulta extraño que nuestro amigo el Juez Supremo se tome con tanta filosofía la posibilidad de perder su cargo mañana. No recuerdo haber visto nunca a un hombre tan tranquilo.* Posó la mano sobre el picaporte y se detuvo. *Casi se diría que está al tanto de algo que nosotros desconocemos. Casi se diría que ya tiene forjado un plan en su mente.*

Se dio la vuelta.

—¿Puedo confiar en usted, Señoría?

Marovia, que había vuelto a coger el cuchillo y se disponía ya a usarlo, alzó de golpe la vista.

—Una pregunta verdaderamente chocante viniendo de un hombre que trabaja en una profesión como la suya. Me imagino que puede usted confiar en que siempre actuaré atendiendo a mis propios intereses. Del mismo modo que yo sólo puedo confiar en que ustedes harán lo mismo. Nuestro trato no va más allá. Y tampoco tendría por qué ser de otra manera. Es usted un hombre inteligente, Superior. Consigue hacerme reír —volvió la vista hacia el plato y pinchó con el tenedor el trozo de carne, que soltó un poco de jugo sanguinolento—. Debería buscarse otro señor.

Glokta salió de la sala arrastrando su pierna. *Una sugerencia encantadora. Pero resulta que ya tengo dos señores más de los que yo quisiera.*

El preso, un individuo canijo y nervudo, estaba desnudo, llevaba una

bolsa en la cabeza y tenía las manos esposadas a la espalda. Mientras Frost lo metía a rastras en la sala abovedada tras haberlo sacado de la celda, Glokta observaba cómo avanzaba a trompicones por el frío suelo con los pies descalzos.

—No ha sido difícil agarrarlo —le estaba explicando Severard—. Se separó de los otros hace ya algún tiempo, pero desde entonces ha estado rondando por la ciudad con la misma persistencia que el olor a orina. Le pillamos ayer por la noche.

Frost arrojó al prisionero sobre la silla. *¿Dónde estoy? ¿Quién me ha capturado? ¿Qué quieren de mí? Ese horrible momento que tiene lugar justo antes de que nos pongamos manos a la obra. El terror, la indefensión, el morboso cosquilleo de la expectación. El otro día, sin ir más lejos, mi propio recuerdo de ello se vio avivado por obra y gracia de la encantadora Maestre Eider. Aunque ella me dejó marchar sin maltratarme.* El prisionero tenía la cabeza ladeada y la lona de la parte delantera de la bolsa subía y bajaba impulsada por su agitada respiración. *Dudo mucho que él tenga la misma suerte.*

Los ojos de Glokta ascendieron cansinos hacia los frescos que había encima de la cabeza encapuchada del preso. *Nuestro viejo amigo Kanedias.* Desde el techo abovedado, el rostro pintado miraba hacia abajo con gesto adusto y el fuego de vivos colores asomaba tras sus brazos en cruz. *El Creador cayó envuelto en llamas...* Cogió el pesado martillo y lo sopesó con desgana.

—Bueno, empecemos —Severard quitó la bolsa de un tirón, haciendo una floritura.

El Navegante escudriñó con los ojos entrecerrados la brillante luminosidad de los faroles. El rostro, bronceado y curtido; el cráneo, rapado, como el de los sacerdotes. *O el de los traidores confesos, por supuesto.*

—¿Es usted el Hermano Pielargo?

—¡En efecto! ¡Un miembro de la noble Orden de los Navegantes! ¡Le aseguro que no soy culpable de ningún delito! —las palabras brotaron atropelladas de sus labios—. No he hecho nada ilegal, no señor. Eso no sería propio de mí. Soy un hombre respetuoso con las leyes y siempre lo he sido. ¡No veo ninguna razón que justifique el trato que se me está dando! ¡Absolutamente ninguna! —Bajó los ojos y vio el yunque, que refulgía entre Glokta y él en el trozo de suelo que solía ocupar la mesa. Su voz subió de golpe una octava entera—. ¡La Orden de los Navegantes es una institución muy respetada y yo gozó de gran prestigio dentro de ella! ¡De un prestigio excepcional! El arte de la Orientación es el principal de mis muy notables dones, de hecho, es el principal...

Glokta descargó el martillo contra el yunque produciendo un estruendo

capaz de despertar a un muerto.

—¡Pare de hablar! —el hombrecillo pestañeó y boqueó un poco, pero no llegó a articular ninguna palabra. Glokta se echó hacia atrás en su asiento, se masajeó su muslo atrofiado y sintió que un doloroso hormigueo le subía por la espalda—. ¿Se hace usted idea de lo cansado que estoy? ¿De la cantidad de cosas que tengo que hacer? El suplicio que me supone levantarme de la cama todas las mañanas me deja convertido en una piltrafa cuando el día casi no ha empezado aún, y eso hace que a estas alturas me sienta profundamente tenso. Así pues, me es del todo indiferente si puede usted volver a andar en su vida o no, si puede volver a ver en su vida o no, si puede volver a controlar su mierda o no durante el resto de su extremadamente corta y extremadamente dolorosa existencia. ¿Me entiende?

El Navegante miró con los ojos muy abiertos a Frost, cuya figura se alzaba sobre él como una descomunal sombra.

—Le entiendo —susurró.

—Bien —dijo Severard.

—Eztupendo —apostilló Frost.

—Muy bien, en efecto —continuó Glokta—. Y ahora dígame, Hermano Pielargo, ¿se cuenta entre sus muy notables dones una resistencia sobrehumana al dolor?

El prisionero tragó saliva.

—No.

—Pues bien, las reglas de este juego son bastante sencillas. Yo hago las preguntas y usted las responde de forma precisa, correcta y, por encima de todo, breve. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

—Lo he entendido perfectamente. Sólo hablaré para...

El puño de Frost se le hundió en la tripa y el prisionero se dobló hacia delante con los ojos desorbitados.

—¿Ve como tenía que haberse limitado a responder, *si?* —siseó Glokta. El albino agarró una pierna del asfixiado Navegante y le puso el pie sobre el yunque. *Ah, el tacto del frío metal sobre la sensible piel de la planta del pie. Una sensación bastante desagradable, aunque las hay muchísimo peores. Y algo me dice que vamos a tener ocasión de ver alguna de ellas.* Frost cerró un grillete sobre el tobillo de Pielargo.

—Debo pedirle disculpas por nuestra falta de imaginación —suspiró Glokta—. Aunque debo decir en nuestro descargo que no siempre es fácil pensar en algo nuevo. No sé si me explico. Machacarle a un hombre el pie con

un martillo es algo tan...

—¿Pedeztre? —aventuró Frost.

Glokta oyó una carcajada salir de detrás de la máscara de Severard y se dio cuenta de que él mismo había esbozado una sonrisa. *Realmente este muchacho debería haber sido cómico en vez de torturador.*

—¡Pedestre! Bien dicho. Pero no se preocupe. Si no encontramos lo que buscamos, una vez que le hayamos hecho papilla todo cuanto se encuentre por debajo de la rodilla, veremos si se nos ocurre algo un poco más imaginativo para el resto de sus piernas. ¿Le parece bien?

—¡Pero si yo no he hecho nada! —chilló Pielargo, que acababa de recobrar el aliento—. ¡No sé nada! ¡No he...!

—Olvídese... de todo eso. Ya no sirve de nada —Glokta se inclinó con dolorosa lentitud hacia delante y dejó que la cabeza del martillo golpeara suavemente la superficie de hierro situada junto al pie descalzo del Navegante—. Lo que quiero es que se concentre en... mis preguntas... en los dedos de sus pies... y en este martillo. Pero si al principio le cuesta trabajo, no se preocupe. Créame:

cuando el martillo empiece a caer le resultará muy sencillo olvidarse de todo lo demás.

Pielargo miró fijamente el yunque con los orificios nasales dilatados por la velocidad con que tomaba y expulsaba aire. *Por fin se ha dado cuenta de la gravedad de la situación.*

—Vamos con las preguntas —dijo Glokta—. ¿Conoce usted a un hombre que se hace llamar Bayaz, el Primero de los Magos?

—¡Sí! ¡Por favor! ¡Claro que sí! Si hasta hace muy poco estuve a su servicio.

—Bien —Glokta se revolvió un poco en su asiento tratando de encontrar una postura que le resultara más cómoda mientras estaba inclinado hacia delante—. Muy bien. Le acompañó en un viaje, ¿no es así?

—¡Fui su guía!

—¿Cuál era su punto de destino?

—La isla de Shabulyan, un lugar situado en los confines del Mundo.

Glokta dejó que la cabeza del martillo rozara de nuevo el yunque.

—Vamos, vamos. ¿Los confines del Mundo? Eso no es más que una fantasía.

—¡No! ¡No! ¡Yo mismo lo vi! ¡Pisé esa isla con mis propios pies!

—¿Quiénes iban con usted?

—Estaban... Logen Nuevededos, del lejano Norte. *Ah, ya. El tipo de las cicatrices y los labios sellados.* Ferro Maljinn, una mujer kantic. *La que causó tantos problemas a nuestro amigo el Superior Goyle.* Jezal dan Luthar, un... un oficial de la Unión. *Ese asno presuntuoso.* Malacus Quai, el aprendiz de Bayaz. *El mentiroso flacucho con pinta de troglodita.* Y el propio Bayaz, por supuesto.

—¿Seis personas?

—¡Seis nada más!

—Un viaje muy largo y azaroso. ¿Qué había en los confines del Mundo, además de agua, que justificara tamaño esfuerzo?

A Pielargo le temblaron los labios.

—¡Nada! —Glokta torció el gesto y empujó suavemente el dedo gordo del pie del Navegante con la cabeza del martillo—. ¡No estaba allí! ¡Lo que buscaba Bayaz no estaba allí! ¡Dijo que le habían engañado!

—¿Y qué era eso que él creía que estaba allí?

—¡Dijo que era una piedra!

—¿Una piedra?

—La mujer se lo preguntó. Y él dijo que era una piedra... una piedra del Otro Lado —el Navegante sacudió su sudorosa cabeza—. ¡Una idea impía! Me alegro de no haber encontrado semejante cosa. ¡Bayaz la llamaba la Semilla!

Glokta notó que la sonrisa se le borraba de la cara. *La Semilla. ¿Son imaginaciones mías o de pronto hace más frío en esta sala?*

—¿Qué más dijo sobre ella?

—¡Nada más que leyendas y tonterías!

—Póngame a prueba.

—¡No sé qué historias sobre Glustrod y las ruinas de Aulcus! Sobre adopciones de formas y apropiación de rostros. Sobre la comunicación con los demonios y su invocación. Sobre el Otro Lado.

—¿Qué más? —Glokta propinó a los dedos de Pielargo un golpe un poco más duro.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Dijo que la Semilla estaba hecha de la misma materia que el Mundo Inferior! ¡Que era un vestigio de los Viejos Tiempos, de cuando los demonios andaban sueltos por la tierra! ¡Dijo que era un arma muy poderosa! ¡Que pretendía emplearla contra los gurkos! ¡Contra el Profeta! *Un arma anterior a los Viejos Tiempos. Adopción deformas, invocación de demonios* —Kanedias parecía mirar desde arriba con un gesto más adusto que nunca, y Glokta se estremeció.

Se acordó de su pesadillesco recorrido por la Casa del Creador, de los motivos luminosos del suelo, de los anillos que cambiaban en la oscuridad. Se acordó de cómo habían llegado a unos tejados que se alzaban muy por encima de la ciudad sin haber subido ni una sola escalera.

—¿No la encontraron? —susurró con la boca seca.

—No. ¡No estaba allí!

—¿Y entonces?

—¡Eso fue todo! Emprendimos el camino de vuelta a través de las montañas. Fabricamos una embarcación y descendimos por el proceloso Aos hasta llegar al mar. ¡En Calcis tomamos un barco y aquí me tiene ahora!

Glokta entornó los ojos y estudió detenidamente la cara del prisionero. *Hay algo más. Lo veo.*

—¿Qué es lo que no me está contando?

—¡Se lo he contado todo! ¡No tengo talento para el disimulo! *Eso por lo menos es cierto. Sus mentiras son evidentes.*

—Si su contrato ha finalizado, ¿por qué sigue en la ciudad?

—Porque... porque... —los ojos del Navegante recorrieron como una centella la sala—. ¡No, por favor, no!

Empleando a fondo sus mermadas fuerzas, Glokta echó hacia abajo el martillo, que impactó sobre el dedo gordo de Pielargo dejándolo completamente machacado. El Navegante desorbitó los ojos y lanzó un grito ahogado. *Ah, qué maravilloso momento el que media entre el golpe en un dedo del pie y la sensación de dolor. Ahí viene ya.* Pielargo soltó un alarido y se retorció en la silla con el rostro contraído de dolor.

—Sé lo que se siente —dijo Glokta haciendo una mueca mientras movía en el interior sudado de su bota los pocos dedos que le quedaban—. Sí, lo sé muy bien, y le compadezco. Primero una sacudida atroz de dolor, luego la mareante y enfermiza sensación de desfallecimiento que produce el machaque del hueso, a continuación esas lentas pulsaciones que parecen extraer todo el agua de los ojos y hacen que el cuerpo entero tiemble —Pielargo, con las mejillas relucientes de lágrimas, jadeaba y gimoteaba—. ¿Y qué viene luego? ¿Varias semanas cojeando? ¿Varios meses renqueando como un lisiado? ¿Y si el siguiente golpe fuera en el tobillo? —Glokta pinchó un poco la espinilla de Pielargo con el extremo del martillo—. ¿O en plena rótula? ¿Qué pasaría entonces? ¿Podría volver a andar alguna vez? Sé muy bien lo que se siente, créame. *Entonces, ¿cómo puedo infligir semejante sufrimiento a otra persona?* —encogió sus hombros contrahechos. *Uno de los misterios de la existencia*—. ¿Le apetece otro? —y alzó de nuevo el martillo.

—¡No! ¡No! ¡Espere! —aulló Pielargo—. ¡El sacerdote! ¡Dios me asista, un sacerdote acudió a la Orden! ¡Un sacerdote gurko! ¡Dijo que tal vez un día el Primero de los Magos solicitara los servicios de un Navegante y que quería ser informado de ello! ¡Y también quería que se le informara de lo que sucediera después! ¡Profirió amenazas, unas amenazas terribles, y no tuvimos más remedio que obedecer! ¡Estaba en la ciudad aguardando la llegada de otro Navegante, que se encargaría de transmitir la información! ¡Esta misma mañana se lo conté todo! ¡Le conté exactamente lo mismo que le he contado a usted! ¡Estaba a punto de irme de Adua, se lo juro!

—¿Cuál era el nombre de ese sacerdote? —Pielargo permaneció en silencio, con los ojos acuosos muy abiertos y expulsando aire por la nariz, *¿Oh, por qué se empeñan en ponerme a prueba?* Glokta bajó la mirada hacia el dedo del Navegante. Ya empezaba a hincharse y a oscurecerse; dos filas de ampollas sanguinolentas se extendían por cada uno de sus lados y la uña rehundida había adquirido un preocupante color morado con ribetes de un rojo intenso. Glokta incrustó brutalmente el extremo del mango del martillo en la herida—. ¡El nombre del sacerdote! ¡Quiero su nombre! ¡Su nombre! ¡Su...!

—¡Aargh! ¡Mamun! ¡Qué Dios me ayude! ¡Se llamaba Mamun! *Mamun. Yulwei habló de él en Dagoska. El primer aprendiz del Profeta. Juntos quebrantaron la Segunda Ley, juntos comieron carne humana.*

—Mamun, bien. Y ahora dígame —Glokta se estiró hacia delante haciendo caso omiso de un desagradable hormigueo que le subía por su retorcida columna—. ¿Qué ha venido a hacer aquí Bayaz?

Pielargo le miró boquiabierto y un alargado hilillo de babas quedó colgando de su labio inferior.

—No lo sé.

—¿Qué quiere de nosotros? ¿Qué quiere de la Unión?

—¡No lo sé! ¡Se lo he contado todo!

—Inclinarme hacia delante me supone un auténtico suplicio del que empiezo a cansarme —Glokta frunció el ceño y volvió a alzar el martillo, cuya pulida cabeza lanzó un destello.

—¡Yo me limitó a encontrar rutas para ir de un lugar a otro! ¡No soy más un simple guía! ¡Por favor! ¡No! —Pielargo cerró con fuerza los ojos y encajó la lengua entre los dientes. *Aquí viene. Aquí viene. Aquí viene...*

Glokta soltó el martillo, que cayó al suelo con un estrépito metálico, y luego se recostó en la silla, moviendo las caderas a izquierda y derecha para tratar de desembarazarse del dolor.

—Muy bien, Me doy por satisfecho.

El prisionero abrió un ojo extraviado, luego el otro y finalmente alzó la vista con una expresión esperanzada.

—¿Me puedo ir?

Severard soltó una risita por debajo de la máscara. Incluso Frost produjo una especie de ruido sibilante.

—Pues claro que se puede ir —Glokta le obsequió con una sonrisa hueca—. Se puede ir de vuelta a la bolsa.

El semblante del Navegante se desencajó.

—Qué Dios se apiade de mí.

Si hay un Dios, está claro que la piedad no es uno de sus atributos.

Las vicisitudes de la guerra

El Lord Mariscal Burr estaba escribiendo una carta, pero cuando West soltó la solapa de la tienda de campaña, alzó la vista y le sonrió.

—¿Qué tal está, coronel?

—Bastante bien, gracias señor. Los preparativos están muy avanzados. Deberíamos estar listos para partir con las primeras luces del amanecer.

—Tan eficiente como siempre. ¿Qué sería de mí sin usted? —Burr señaló una frasca—. ¿Un poco de vino?

—Gracias, señor —West se sirvió una copa—. ¿Le apetece a usted una?

Burr señaló una cantimplora abollada que tenía junto al codo.

—Creo que será más prudente que siga con el agua.

Un gesto de culpabilidad asomó al semblante de West. Apenas se sentía con derecho a preguntar, pero ya no había forma de evitarlo.

—¿Cómo se encuentra, señor?

—Mucho mejor, gracias por preguntar. Muchísimo mejor —hizo una mueca de dolor, se llevó un puño a la boca y eructó—. Aún no estoy recuperado del todo, pero voy por buen camino —y como si tuviera la intención de demostrarlo, se levantó de su silla sin ninguna dificultad y avanzó con grandes zancadas hacia el mapa con las manos a la espalda. Ciertamente tenía mucho mejor color y ya no andaba encorvado y tambaleándose como si estuviera a punto de caerse.

—Lord Mariscal... quería hablar con usted... acerca de la batalla de Dunbrec.

Burr echo un vistazo alrededor.

—¿Sobre algún aspecto en concreto?

—Cuando usted se puso enfermo... —West titubeó un instante y luego dejó que las palabras brotaran de golpe—. ¡No mandé venir a un médico! Podía haberlo hecho, pero...

—Me siento orgulloso de que no fuera así —West parpadeó sorprendido. No se había esperado una respuesta como esa—. Hizo exactamente lo que yo hubiera querido que hiciera. Es importante que un oficial se preocupe por sus hombres, pero es fundamental que no se preocupe en exceso. Tiene que ser capaz de poner a sus hombres en peligro. Tiene que ser capaz de enviarlos a la muerte, si lo considera necesario. Tiene que ser capaz de hacer sacrificios y calibrar cuál es la mejor opción sin que las emociones cuenten en su decisión. Por eso me gusta usted, West. Tiene usted compasión, pero también sabe ser duro como el hierro. No se puede ser un gran líder sin tener un cierto grado de.... insensibilidad.

West no sabía qué decir. El Lord Mariscal se rió y dio un manotazo a la mesa.

—Pero, visto lo visto, me parece que no nos podemos quejar, ¿eh? ¡Mantuvimos las líneas, expulsamos de Angland a los Hombres del Norte y, aunque a trancas y barrancas, he salido con vida de todo el asunto, como puede ver!

—Me alegro de todo corazón que ya se sienta mejor, señor.

Burr sonrió.

—Empezamos a ver el cielo abierto. Ahora que tenemos seguras nuestras líneas de aprovisionamiento y que por fin ha dejado de llover, ya podemos volver a ponernos en marcha. ¡Si el plan de su amigo el Sabueso funciona, es posible que podamos acabar con Bethod en un par de semanas! ¡Esos norteños han resultado ser unos aliados extremadamente valerosos y útiles!

—Desde luego, señor.

—Pero debemos cebar con cuidado la trampa y hacerla saltar justo en el momento preciso —Burr echó un vistazo al mapa mientras se balanceaba con energía de atrás adelante sobre sus talones—. Si nos adelantamos demasiado, Bethod se nos escurrirá. Y si nos demoramos en exceso, cabe la posibilidad de que aplaste a nuestros amigos norteños antes de que podamos llegar hasta ellos. ¡Debemos asegurarnos de que ni el maldito Poulder ni el maldito Kroy metan su maldita pata! —hizo una mueca de dolor, se puso una mano sobre el estómago y con la otra agarró la cantimplora y se echó un trago de agua.

—Yo diría que por fin ha conseguido usted meterlos en cintura.

—No se crea. ¡Esos dos sólo están aguardando el momento más oportuno para darme una puñalada por la espalda! Y encima ahora va el Rey y se muere. ¡A saber quién le sucederá! ¡Elegir a un monarca por votación! ¡Cuándo se ha visto semejante cosa!

West sintió una desagradable sequedad en la boca. Resultaba casi imposible creer que todo aquello lo había causado él en parte. Aunque,

considerando que su papel había consistido en asesinar a sangre fría al heredero al trono, no tenía mucho sentido enorgullecerse de ello.

—¿A quién cree que elegirán, señor? —soltó con voz ronca.

—A pesar de que ocupo un asiento en el Consejo Cerrado, no soy un cortesano, West. ¿Brock tal vez? ¿Isher? Pero puede estar seguro de una cosa: por muy violento que le parezca esto, lo que esté pasando en Midderland será el doble de brutal y la clemencia estará mucho más ausente de lo que pueda estar aquí —el Mariscal eructó, tragó saliva y posó una mano en su tripa—. ¡Aj! No hay ningún norteño que sea ni la mitad de despiadado que esos buitres del Consejo Cerrado cuando se meten en faena. ¿Y qué cambiará cuando ya tengan a su nuevo hombre vestido con las púrpuras del cargo? No mucho, creo yo. No mucho.

—Es muy probable, señor.

—En fin, sea como sea, bien poco podemos hacer nosotros al respecto. No somos más que dos simples soldados, ¿eh, West? —se acercó de nuevo al mapa y su grueso dedo índice se deslizó con un silbido por el papel trazando la ruta que avanzaba hacia las montañas del Norte—. Debemos estar listos para ponernos en marcha en cuanto salga en sol. Cada hora puede resultar vital. ¿Han recibido ya las órdenes Kroy y Poulder?

—Firmadas y entregadas, señor, y ambos comprenden la necesidad de actuar sin ninguna dilación. No se preocupe, señor, estaremos listos para partir al amanecer.

—¿Que no me preocupe?— Burr soltó un resoplido—. Soy el comandante en jefe del ejército de Su Majestad. Preocuparme es lo que me corresponde. Pero convendría que usted descansara un rato —y dicho aquello, indicó a West que dejara la tienda agitando una de sus manazas—. Nos veremos al amanecer.

Sentados en la ladera, jugaban a las cartas a la luz de las antorchas bajo un cielo estrellado, y, un poco más abajo, también a la luz de las antorchas, el ejército de la Unión hacía los preparativos para ponerse en marcha. Los puntos luminosos de los faroles se desplazaban oscilando de un lado para otro. Los soldados maldecían en la oscuridad. El aire en calma comenzaba a poblarse de ruidos estrepitosos y de los gritos desabridos de hombres y bestias.

—Esta noche nadie va a pegar ojo —Brint acabó de repartir y recogió sus cartas levantándolas con la punta de las uñas.

—Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que pude dormir tres

horas seguidas —dijo West. Seguramente sería en Adua, antes de que su hermana llegara a la ciudad. Antes de que el Mariscal le incorporara a su Estado Mayor. Antes de que regresara a Angland, antes de su encuentro con el Príncipe Ladisla, antes del viaje helador hacia el Norte y de las cosas que ocurrieron en el curso del mismo. Encorvó los hombros y contempló con gesto ceñudo la desgastada baraja que tenía en la mano.

—¿Qué tal se le ve al Lord Mariscal? —preguntó Jalenhorm.

—Muy mejorado. Afortunadamente.

—Demos gracias a los hados —Kaspa alzó las cejas—. No quiero ni pensar lo que sería tener al mando al pedante de Kroy.

—O a Poulder —terció Brint—. Ese hombre es tan despiadado como una serpiente.

West no podía estar más de acuerdo. Poulder y Kroy le odiaban casi tanto como se odiaban el uno al otro. Si uno de ellos se hacía con el mando podría considerarse afortunado si al día siguiente se encontraba fregando letrinas. Lo más probable es que en menos de una semana lo hubieran mandado en barco a Adua. Para fregar letrinas allí.

—¿Te has enterado de lo de Luthar? —preguntó Jalenhorm.

—¿Qué le pasa?

—Ha vuelto a Adua —West alzó bruscamente la vista. Ardee estaba en Adua y la idea de que volvieran a estar juntos no resultaba nada alentadora.

—Recibí una carta de mi prima Ariss —Kaspa entrecerró los ojos mientras abría en abanico sus cartas —. Dice que Jezal estuvo en no sé qué lugar muy lejano cumpliendo una misión especial para el Rey.

—¿Una misión? —West tenía serias dudas de que a alguien se le pudiera ocurrir confiar a Jezal algo lo bastante importante para merecer el calificativo de misión.

—Al parecer, es la comidilla de Adua.

—Dicen que encabezó una especie de carga en un puente —dijo Jalenhorm.

West enarcó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Dicen que mató a veinte hombres en el campo de batalla.

—¿Solo a veinte?

—Dicen que se acostó con la hija del Emperador —susurró Brint.

West soltó un resoplido.

—No sé por qué, pero de las tres cosas que habéis dicho esa me parece la más creíble.

Kaspa soltó una carcajada.

—Bueno, sea o no verdad, lo cierto es que le han ascendido a coronel.

—Mejor para él —masculló West—, a ese muchacho siempre le sale todo redondo.

—¿Te has enterado de lo de la revuelta?

—Mi hermana me lo mencionaba en su última carta. ¿Por qué?

—Fue una rebelión a gran escala, según me cuenta Ariss. Millares de campesinos merodeaban por los campos incendiándolo y saqueándolo todo, y ahorcando a cualquiera que tuviera un «dan» en su apellido. ¿Y a qué no te imaginas a quién le dieron el mando de las tropas que se enviaron para pararles los pies?

West suspiró.

—¿A nuestro viejo amigo Jezal dan Luthar por un casual?

—Exacto. Y consiguió convencerles de que se volvieran a sus casas. ¿Qué te parece eso?

—¿Jezal dan Luthar dotado con el don de tratar a la gente sencilla? ¿Quién lo hubiera imaginado? —murmuró Brint.

—Yo, desde luego que no —Jalenhorm vacío su copa y se sirvió otra—. Pero según parece, ahora lo consideran todo un héroe.

—Brindan por él en las tabernas —terció Brint.

—Le felicitan en el Consejo Abierto —dijo Kaspa.

West arrastró hacia sí el tintineante montón de monedas con el borde de la mano.

—Ojalá pudiera decir que me sorprende, pero la verdad es que siempre supuse que algún día acabaría recibiendo órdenes del Lord Mariscal Luthar — peor podrían ser las cosas, se imaginaba. Podría tratarse de Poulder o Kroy.

El primer destello rosáceo del amanecer asomaba ya por encima de las cumbres de los montes mientras West subía por la pendiente en dirección a la tienda del Lord Mariscal. Ya era la hora y aún no se había dado la orden de ponerse en marcha. Dirigió un escueto saludo a los guardias que había a la entrada de la tienda y pasó adentro. En el rincón más alejado aún ardía una lámpara, que proyectaba un resplandor rojizo sobre los mapas, las sillas y las

mesas plegables, a la vez que llenaba las arrugadas sábanas de la cama de Burr de densas sombras negras. West se dirigió hacia allí, repasando mentalmente todas las tareas que había realizado aquella mañana para asegurarse de que no se había olvidado de nada.

—Lord Mariscal, Poulder y Kroy esperan sus órdenes para ponerse en marcha —Burr dormía a pierna suelta en su camastro de campaña, con los ojos muy cerrados y la boca abierta. A West le hubiera gustado dejarlo así, pero ya habían perdido demasiado tiempo—. ¡Lord Mariscal! —soltó con brusquedad acercándose un poco más a la cama. No hubo respuesta.

Fue entonces cuando West se dio cuenta de que su pecho no se movía.

Titubeó un instante y luego alargó la mano hasta dejar los dedos suspendidos sobre la boca abierta de Burr. Ni rastro de calor. Ni rastro de aliento. Una sensación de espanto se fue extendiendo desde el pecho de West hasta la mismísima punta de sus dedos. No había duda posible: el Lord Mariscal Burr estaba muerto.

La mañana ya estaba gris cuando el ataúd fue sacado de la tienda a hombros de seis soldados de gesto solemne, a los que seguía unos pasos por detrás el médico, que caminaba con el sombrero en la mano. Poulder, Kroy y West, acompañados de algunos de los oficiales más veteranos del ejército, formaban a un lado del camino para darle su último adiós. El propio Burr, sin duda, habría dado su aprobación a la sencilla caja de madera en la que iba a ser embarcado su cadáver para llevarlo a Adua: una tosca obra de carpintería idéntica a la que se usaba para enterrar al más insignificante soldado de las levas.

West asistía a la escena en el más absoluto embotamiento.

El hombre que iba ahí dentro había sido como un padre para él, o al menos, lo más parecido a un padre que había tenido en su vida. Un mentor y un protector, un patrón y un maestro. Un padre de verdad, en nada parecido a aquel gusano pendenciero y borracho al que le había condenado la naturaleza. Y sin embargo, al contemplar aquella tosca caja de madera no sentía tristeza. Sentía temor. Temor por el ejército y por sí mismo. Su primer impulso no fue llorar, sino salir corriendo. Pero no había ningún lugar al que huir. Todo el mundo tenía que cumplir con su obligación, y ahora más que nunca.

Kroy alzó su afilada barbilla y se puso rígido como el hierro cuando el féretro pasó por delante de él.

—Echaremos mucho en falta al Mariscal Burr. Fue un soldado de una lealtad inquebrantable y un comandante lleno de valor.

—Un patriota —abundó Poulder con los labios temblorosos y una mano apretada contra el pecho como si fuera a reventarle de la emoción—. ¡Un

patriota que dio la vida por su país! Fue un honor servir a sus órdenes.

West hubiera querido vomitar ante tamaña hipocresía, pero lo cierto es que necesitaba desesperadamente de ambos. El Sabueso y los suyos andaban por los montes, dirigiéndose hacia el norte para tratar de atraer a Bethod hacia una trampa. Si el ejército de la Unión no los seguía, y bien pronto, no tendrían ninguna ayuda cuando el Rey de los Hombres del Norte los diera por fin alcance. Sólo habrían conseguido atraerse a sí mismos su propia tumba.

—Una terrible pérdida —dijo West mientras observaba el lento descenso del ataúd por la ladera de la colina—, pero la mejor manera de honrarle es proseguir con la lucha.

Kroy asintió con un muy reglamentario movimiento de cabeza.

—Bien dicho, coronel. ¡Se lo haremos pagar caro a esos norteños!

—Hemos de hacerlo. Y para ello, tenemos que ponernos en marcha. Ya vamos con retraso y el éxito del plan depende precisamente de...

—¿Cómo? —Poulder le miró fijamente como si sospechara que West había perdido de pronto el juicio—. ¿Ponernos en marcha? ¿Sin órdenes? ¿Sin una cadena de mando bien definida?

Kroy dejó escapar un monumental resoplido.

—Imposible.

Poulder sacudió con violencia la cabeza.

—Eso está totalmente descartado, totalmente descartado.

—Pero si el Mariscal Burr había dado órdenes muy claras al respecto...

—Es evidente que las circunstancias han cambiado —el semblante de Kroy era tan inexpresivo como una losa—. Hasta que no reciba una orden expresa del Consejo Cerrado, mi división no se moverá ni un pelo.

—General Poulder sin duda usted...

—En estas circunstancias no puedo sino mostrarme de acuerdo con el general Kroy. El ejército no puede moverse ni un ápice hasta que el Consejo Abierto haya elegido un nuevo rey y el rey haya nombrado un nuevo Lord Mariscal —Kroy y él se intercambiaron una mirada teñida de odio y desconfianza.

West se había quedado como petrificado, tenía la boca entreabierta y no alcanzaba a dar crédito a lo que acababa de oír. Pasarían varios días antes de que la noticia del fallecimiento de Burr llegara al Agriont, y aun en el caso de que el nuevo rey nombrara de inmediato a su sustituto, las órdenes tardarían varios días en recibirse. West vio mentalmente los interminables kilómetros de caminos forestales que conducían a Uffrith, las interminables leguas de agua

salada que había que cruzar para llegar a Adua. Una semana, quizá, si la decisión se tomaba de forma inmediata, cosa harto improbable considerando la caótica situación del gobierno.

Entretanto, el ejército permanecería parado, sin hacer nada, ante unas colinas sin defensa, mientras se concedía a Bethod tiempo de sobra para marchar hacia el norte, masacrar al Sabueso y a sus camaradas y luego regresar a sus posiciones. Unas posiciones, en cuyo asalto, a no dudarlo, caería un número incalculable de sus propios hombres una vez que el ejército dispusiera al fin de un nuevo comandante en jefe. Un derroche de vidas humanas sin la más mínima justificación. Hacía sólo un momento que el féretro de Burr se había perdido de vista, y sin embargo, la impresión era como si aquel hombre no hubiera existido nunca. Una sensación de espanto comenzaba a invadir la garganta de West, amenazando con ahogarle en una oleada de rabia y frustración.

—¡Pero el Sabueso y sus norteños, nuestros aliados... aguardan nuestra ayuda!

—Una pena —observó Kroy.

—Algo lamentable —masculló Poulder, con una inhalación brusca—, pero debe comprender, coronel West, que la resolución de un asunto como éste no está en nuestras manos.

Kroy asintió con un movimiento rígido de la cabeza.

—En efecto, no está en nuestras manos. Y no hay más que hablar.

West los miró fijamente, y una terrible sensación de impotencia se abatió sobre él. La misma sensación que tuvo cuando el Príncipe Ladisla decidió cruzar el río, o cuando decidió ordenar la carga. La misma sensación que tuvo cuando se encontró dando tumbos entre la niebla, con los ojos llenos de sangre, sabiendo que el día se había perdido. La sensación de no ser más que un mero observador de los acontecimientos. Una sensación que se había prometido no volver a experimentar en la vida. Culpa suya, tal vez.

Un hombre sólo debe hacer una promesa si está seguro de poder cumplirla.

El hacedor de reyes

Hacía un día caluroso y el sol entraba a chorro por los grandes vitrales, sembrando de coloridos motivos el enlosado de la Rotonda de los Lores. El vasto espacio solía ser un lugar fresco y ventilado, incluso en verano. Aquel día, sin embargo, la atmósfera parecía viciada y el calor resultaba molesto. Jezal tenía que darse tirones al cuello sudado de su guerrera para ver si así conseguía que le entrara un poco de aire en el uniforme.

La última vez que había estado en ese mismo lugar, dando la espalda a la pared curva, fue el día en que se disolvió el Gremio de los Sederos. Habían ocurrido tantas cosas desde entonces que costaba trabajo imaginar que sólo hubiera pasado poco más de un año. En aquella ocasión había pensado que era imposible que la Rotonda de los Lores fuera a estar alguna vez más atestada, más tensa, más alborotada. Qué equivocado estaba.

Los nobles más poderosos de la Unión llenaban a rebosar las gradas de escaños que ocupaban la mayor parte de la cámara y el aire estaba denso con sus murmullos expectantes, ansiosos, temerosos. El Consejo Abierto al completo asistía a la sesión con la respiración contenida, los hombros ribeteados con pieles se apretujaban unos contra otros y cada hombre lucía la cadena que le señalaba, en plata o en oro, como el cabeza de su linaje. Es posible que Jezal supiera menos de política que un champiñón, pero incluso él se sentía excitado por la importancia del acontecimiento: la elección del Monarca Supremo de la Unión por votación directa. Sólo de pensarlo sentía una especie de temblor nervioso en la garganta. Puestos a pensar en acontecimientos, resultaba difícil imaginar uno más señalado que ese.

La población de Adua sin duda era consciente de ello. Al otro lado de las murallas, en las calles y las plazas de la ciudad, aguardaba con ansia la noticia de la decisión del Consejo Abierto. Aguardaba el momento de vitorear al nuevo monarca, o tal vez de abuchearlo. Cruzadas las altas puertas de la Rotonda de los Lores, la Plaza de los Mariscales era una masa compacta de gentes, hombres y mujeres residentes en el Agriont, cuyo mayor deseo era ser los primeros en recibir noticias de lo que ocurría en el interior de la cámara. Dependiendo de cuál fuera el resultado, se decidirían futuros, se saldarían deudas, se ganarían o

perderían fortunas. Sólo a unos pocos privilegiados se les había permitido acceder a la galería del público, pero aun así el número de espectadores era lo bastante grande como para que se apretujaran en torno al balcón, con inminente peligro de recibir un empujón que los lanzara al enlosado.

Las puertas de taracea que había al fondo de la gran sala se abrieron con un resonante estrépito que rebotó contra el techo y retumbó por el amplio espacio. Se oyó un sonoro frufrú al volverse todos los consejeros en sus asientos para mirar hacia la entrada, y luego el redoblar de las pisadas de los miembros del Consejo Cerrado, que descendían con paso firme por uno de los pasillos abiertos entre las filas de escaños. Detrás de ellos se apresuraba una bandada de secretarios, escribientes y adláteres que aferraban con avidez cartapacios y papeles. El Lord Chambelán Hoff marchaba a la cabeza con gesto adusto. Detrás de él, con unas caras igual de solemnes, venían Sult, todo de blanco, y Marovia, todo de negro. Los seguían Varuz, Halleck y... a Jezal se le demudó el semblante. Ni más ni menos que el Primero de los Magos, ataviado de nuevo con aquel ridículo manto de hechicero, con su aprendiz caminando furtivamente a su lado. Bayaz tenía una sonrisa de oreja a oreja, como si no estuviera haciendo otra cosa que asistir a una función teatral. Sus miradas se cruzaron y el Mago tuvo la desfachatez de guiñarle un ojo. A Jezal no le hizo ni pizca de gracia.

En medio de un creciente coro de murmullos, los venerables ancianos tomaron asiento en sus sitiales, detrás de una larga mesa curva situada frente a las gradas de escaños ocupadas por los grandes nobles del reino. Sus ayudantes se acomodaron en unas sillas más bajas y de inmediato se pusieron a desplegar documentos, a abrir cartapacios y a intercambiar susurros con sus señores. La tensión en la sala subió un peldaño más hasta casi bordear la histeria.

Jezal sintió que un escalofrío sudoroso le subía por la espalda. Allí, junto al Archilector, estaba Glokta, y la presencia de aquel rostro familiar no tenía nada de tranquilizadora. Jezal había estado esa misma mañana en casa de Ardee, después de pasar allí la noche. Huelga decir que ni había renunciado a ella ni la había pedido la mano. Estaba mareado de tanto darle vueltas al asunto. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más imposible le resultaba tomar una decisión.

Los febriles ojos de Glokta giraron hacia él, le sostuvieron la mirada un instante y luego se desviaron. Jezal tragó saliva, aunque no sin cierta dificultad. Estaba metido en un lío endemoniado. ¿Qué podía hacer?

Glokta había dirigido a Luthar una mirada hostil. *Sólo para recordarle cuáles son nuestros respectivos lugares.* Luego se giró sobre su asiento, hizo una

mueca de dolor al estirar su pierna palpitante y apretó con fuerza la lengua contra sus encías desnudas al sentir el chasquido de su rodilla. *Pero ahora tenemos que ocuparnos de asuntos más importantes que Jezal dan Luthar. Mucho más importantes.*

Por un día, el poder está en manos del Consejo Abierto, no del Cerrado. En manos de los nobles, no de los burócratas. En manos de muchos, no de unos pocos. Glokta recorrió la mesa con la mirada y contempló los rostros de los grandes hombres que llevaban guiando los destinos de la Unión desde hacía más de doce años. Sult, Hoff, Marovia, Varuz y todos los demás. Sólo uno de los miembros del Consejo Cerrado sonreía. *Su más reciente y menos deseada incorporación.*

Bayaz se sentaba en uno de los sitiales, con su aprendiz, Malacus Quai, por toda compañía. *Y bien escasa compañía que sería para cualquiera.* Aquella tensión que amenazaba con provocar un ataque de nervios a muchos de los presentes parecía encantar al Primero de los Magos casi en la misma medida en que horrorizaba a sus colegas. Su sonrisa desentonaba vivamente en medio de tanto gesto ceñudo. Semblantes preocupados. Frentes sudorosas. Nerviosos cuchicheos con sus adláteres. *Todos ellos están sentados en el filo de una navaja. Y yo también, por supuesto. ¡No nos olvidemos del pobre Sand dan Glokta, abnegado funcionario público! Tratamos de aferrarnos al poder con las uñas, pero resbalamos, resbalamos. Somos como acusados sometidos a un proceso. Sabemos que dentro de poco se producirá el fallo. ¿Será un inmerecido indulto?* Glokta sintió que se le dibujaba una sonrisa en la comisura de los labios. *¿O una sentencia bastante más sanguinaria? ¿Qué dicen los señores del jurado?*

Repasó con una mirada fugaz los rostros de los miembros del Consejo Abierto que se sentaban en sus escaños. *Trescientos veinte rostros.* Glokta convocó mentalmente la imagen de los papeles que había clavados en el despacho del Archilector y los fue emparejando con los hombres que tenía sentados enfrente. *Los secretos, las mentiras, las lealtades. ¿Cuál será finalmente el sentido de su voto?*

Vio a algunos cuyo apoyo él mismo se había ocupado de garantizar. *En la medida en que se puede garantizar algo en unos tiempos tan inciertos como estos.* Al fondo, entre la multitud, avistó el rostro rosado de Ingelstad, que al darse cuenta de que le miraba tragó saliva y desvió la vista. *Puedes mirar adónde te dé la gana, siempre y cuando votes por nosotros.* Unas filas más atrás, distinguió los fláccidos rasgos de Wetterlant, y el hombre le hizo una seña casi imperceptible con la cabeza. *Vaya, parece que nuestra última oferta le resultó satisfactoria. ¿Cuatro votos más para el Archilector? ¿Bastará para inclinar la balanza en nuestro favor, bastará para que conservemos nuestros empleos, para que conservemos la vida?* Glokta sintió que su sonrisa hueca se ensanchaba. *Pronto lo veremos...*

En el centro de la primera fila, entre los más grandes y más antiguos linajes de la nobleza de Midderland, estaba sentado Lord Brock, cruzado de brazos y con una mirada de voraz expectación. *El máximo favorito, presto a saltar desde el cajón de salida.* No lejos de él se encontraba la anciana y señorial figura de Lord Isher. *El segundo de los favoritos, con todas sus posibilidades aún intactas.* También cerca, apretujados el uno contra el otro en incómoda proximidad, se encontraban Barezin y Heugen, que de vez en cuando se miraban de soslayo con un deje de animosidad. *¿Quién sabe? Un esprint final y a lo mejor se hacen con el trono.* El Lord Gobernador Skald se sentaba en el extremo izquierdo, encabezando la delegación de Angland y Starikland. *Los hombres nuevos, de las provincias. Pero un voto es un voto, y no se le puede hacer ascos.* En el extremo opuesto se sentaban doce regidores de Westport, cuya condición de meros comparsas quedaba atestiguada por el corte de sus ropas y el color de su piel. *Aun así, una docena de votos, y, por si fuera poco, sin una afiliación clara.*

Aquel día no había ningún representante de Dagoska. *No queda ninguno, ay de mí. El Lord Gobernador Vurms fue relevado de su cargo. Su hijo perdió la cabeza y no ha podido asistir. Y en cuanto al resto de la ciudad... Bueno, fue conquistada por los gurkos. En fin, la inevitable tasa de absentismo. Nos las arreglaremos sin ellos. El tablero está desplegado y las piezas ya están listas para empezar a moverse, ¿Quién suponemos que ganará este sórdido jueguecito? Pronto lo veremos...*

El heraldo avanzó hasta el centro del enlosado circular, alzó el bastón por encima de la cabeza y luego lo golpeó varias veces contra el suelo, produciendo un estrépito que resonó en las pulidas paredes de mármol. Cesó el parloteo y los magnates, con el rostro tenso, se volvieron para ponerse de cara al enlosado. La atestada sala quedó sumida en un silencio expectante y Glokta se sintió acometido por unas palpitaciones que ascendieron por su lado izquierdo e hicieron que su párpado se pusiera a temblar.

—¡Queda inaugurada la sesión del Consejo Abierto de la Unión! —tronó el heraldo. Con gran parsimonia y luciendo el semblante más ceñudo que quepa imaginar, Lord Hoff se levantó para dirigirse a los consejeros.

—¡Amigos míos! ¡Queridos colegas! ¡Lores de Midderland, Angland y Starikland, Regidores de Westport! Guslav Quinto, nuestro Rey... ha muerto. Y sus dos herederos... han muerto. Uno a manos de nuestros enemigos del Norte y el otro a manos de nuestros enemigos del Sur. En verdad, vivimos tiempos difíciles y nos hemos quedado sin un líder —alzó los brazos hacia los consejeros en actitud suplicante—. Tienen que hacer frente a una responsabilidad de la mayor gravedad. Elegir entre sus filas al Monarca Supremo de la Unión. ¡Cualquier hombre que ocupe un escaño en este Consejo Abierto es un candidato en potencia! Cualquiera de los aquí presentes... podría ser nuestro futuro Rey —una andanada de murmullos medio histéricos descendió desde la galería del público y Hoff se vio obligado a desgañitarse para que se le oyera—.

¡Una elección así sólo ha tenido lugar una vez en la larga historia de nuestra gran nación! Cuando tras la guerra civil y la caída de Morlic el Loco, Arnault fue elevado al trono por un acuerdo prácticamente unánime. Fue él quien engendró la gloriosa dinastía que ha durado hasta hace tan sólo unos pocos días —dejó caer los brazos y contempló el enlosado con gesto consternado—. Sabia fue la decisión que aquel día tomaron nuestros antepasados. ¡Sólo queda esperar que el hombre que salga elegido aquí esta mañana por el voto de sus pares, y a la vista de todos ellos, sea capaz de fundar una dinastía tan noble, tan fuerte, tan ecuánime y de tan larga duración como la suya!

Sólo cabe esperar que la persona en cuestión se limite a hacer lo que se le diga sin rechistar.

Ferro apartó de un empujón a una mujer vestida con una larga túnica que se interponía en su camino. Luego se abrió paso propinando un codazo a un tipo muy grueso, cuyos mofletes temblaron de indignación al recibir el golpe. Y finalmente accedió a empellones a la primera fila de la galería y miró con furia hacia abajo. La amplia cámara que se extendía a sus pies estaba llena a rebosar de unos ancianos ataviados con ropajes ribeteados de pieles, que se sentaban apretujados en unas gradas, cada uno de ellos con una reluciente cadena colgada de los hombros y una reluciente película de sudor en sus caras pálidas. Enfrente, detrás de una mesa curva, había otro grupo de hombres menos numeroso. Ferro torció el gesto al ver a Bayaz sentado en uno de los extremos, sonriendo como si estuviera al tanto de un secreto del que nadie tenía ni la más mínima sospecha.

Lo de siempre.

A su lado había un pálido grueso, con el rostro surcado de varices, que proclamaba a voz en grito algo así como que cada hombre debía votar en conciencia. Ferro resopló con desdén. Se habría llevado una buena sorpresa si entre los pocos centenares de hombres que había allí abajo hubieran conseguido sumar en total más de cinco conciencias. En apariencia, todos seguían atentamente las palabras que les dirigía el tipo gordo, pero lo que Ferro veía era algo bien distinto.

La sala estaba llena de señales.

Los hombres se miraban de soslayo y asentían con un movimiento de cabeza casi imperceptible. Se llevaban el dedo índice a la nariz o a las orejas. Se rascaban de forma bastante extraña. Una telaraña de secretos se extendía por toda la cámara, y en su centro, con una sonrisa de oreja a oreja, se encontraba Bayaz. Un poco más atrás, dando la espalda a la pared, estaba Jezal dan Luthar

con un uniforme repleto de cordeles. Ferro frunció el labio. Se le notaba en la postura.

No había aprendido nada.

El heraldo volvió a golpear el suelo con su bastón.

—¡Se va a proceder a la votación!

Se oyó un gemido entrecortado y Ferro vio que la mujer a la que había empujado antes caía desmayada al suelo. Alguien la sacó a rastras, mientras le abanicaba la cara con un papel, y acto seguido la malhumorada multitud volvió a cerrar filas.

—¡En la primera vuelta las opciones se reducirán a tres candidatos! ¡Se votará a mano alzada por cada uno de los candidatos, en un orden descendente según las tierras y propiedades de cada uno de ellos!

Sentados en sus escaños, los hombres que vestían los ropajes más suntuosos sudaban y temblaban como soldados que fueran a entrar en batalla.

—¡En primer lugar —chilló con voz quebrada un escribano mientras consultaba un enorme cartapacio— Lord Brock!

El público de la galería se frotaba la cara, mascullaba y jadeaba como si estuvieran a punto de enfrentarse a la muerte. Tal vez fuera el caso de alguno de ellos. Todo el lugar apestaba a duda, a excitación, a terror. La sensación era tan intensa que resultaba contagiosa. Tan intensa que incluso Ferro, a pesar de importarle un carajo los pálidos y sus malditas votaciones, sintió que se le secaba la boca, que le picaban los dedos, que se le aceleraba el corazón.

El heraldo se volvió hacia la cámara.

—¡El primer candidato será Lord Brock! ¡Todos aquellos miembros del Consejo Abierto que quieran votar por Lord Brock que hagan el favor de alzar...!

—¡Un momento, señores!

Glokta giró de golpe la cabeza, pero los huesos de su cuello se quedaron atascados a mitad de camino y tuvo que mirar de refilón con un ojo lloroso. Podría haberse ahorrado las molestias. *No me hacía falta mirar para adivinar quién hablaba.* Bayaz se había levantado de su asiento y ahora sonreía con indulgencia al Consejo Abierto. Una andanada de protestas de sus miembros fue la respuesta que obtuvo.

—¡No es momento de interrupciones!

—¡Lord Brock, yo voto por Brock!

—¡Una nueva dinastía!

La sonrisa de Bayaz no se alteró en lo más mínimo.

—¿Pero y si pudiéramos continuar con la vieja dinastía? ¿Y si fuera posible un nuevo comienzo —y dirigió una mirada muy significativa a los demás miembros del Consejo Cerrado—, a la vez que conservamos todo lo que es bueno de nuestro actual gobierno? ¿Y si hubiera una forma de restañar las heridas en vez de abrir otras nuevas?

—¿Cómo? —gritaban con sorna.

—¿De qué manera?

La sonrisa de Bayaz se ensanchó todavía más.

—¡Muy simple, con un hijo bastardo del Rey!

Se produjo una exhalación colectiva y Lord Brock pegó un bote en su escaño. *Como si tuviera un resorte debajo del trasero.*

—¡Eso es un afrenta a esta cámara! ¡Un escándalo! ¡Una infamia para la memoria del Rey Guslav! *Y que lo diga, ahora resulta que no sólo era un vegetal babeante, sino que encima era libidinoso.*

Otros consejeros, con las caras rojas de indignación o blancas de furia, se alzaron para unirse a él, sacudiendo los puños y vociferando. Toda la larga extensión de escaños se sumió en un frenesí de pitidos, gruñidos y contorsiones. *Lo mismo que los cerdos en las cochiqueras de los mataderos cuando quieren que les echen un poco de bazofia.*

—¡Un momento! —aulló el Archilector alzando sus manos enguantadas de blanco en un gesto de súplica. *¿Al apreciar quizá un leve atisbo de esperanza en medio de tanta oscuridad?*—. ¡Un momento, señores! ¡No se pierde nada por escuchar! ¡Hemos de llegar al fondo de la verdad por muy dolorosa que pueda ser! ¡La verdad ha de ser lo único que nos preocupe! —Glokta tuvo que encajar sus encías para reprimir un ataque de risa. *¡Oh, por supuesto, Eminencia! ¡La verdad siempre ha sido su única preocupación!*

La algarabía fue remitiendo poco a poco. Los consejeros que estaban de pie, avergonzados, volvieron al orden. *El hábito de obediencia al Consejo Cerrado no es fácil de romper. Pero, bueno, es lo que suele ocurrir con los hábitos. Y con el de obedecer más que con ningún otro. Y, si no, que se lo pregunten a los perros de mi madre.* Aunque a regañadientes, volvieron a tomar asiento y dejaron que Bayaz prosiguiera.

—¿Han oído Sus Señorías hablar de una tal Carmee dan Roth? —el vocerío que surgió de la galería confirmó que el nombre no les era del todo

desconocido—. Fue la gran favorita del Rey cuando éste aún era joven. La gran favorita, sí. Y a tal punto lo era, que la dejó embarazada —otra oleada de murmullos, esta vez más alta todavía—. Siempre me he sentido ligado sentimentalmente a la Unión. Siempre me he preocupado por su bienestar, a pesar del escaso agradecimiento que he recibido a cambio —y Bayaz torció mínimamente el gesto mientras dirigía una mirada a los miembros del Consejo Cerrado—. Por eso, cuando la muchacha murió al dar a luz, me hice cargo del hijo bastardo del Rey y lo dejé al cuidado de una familia noble para que tuviera una crianza y una formación adecuadas por si llegaba el día en que la nación se quedara sin herederos al trono. Ahora queda confirmada la prudencia de mis actos.

—¡Mentiras! —chilló alguien—. ¡Mentiras! —pero fueron pocas las voces que se le unieron. Y su tono expresaba más bien curiosidad.

—¿Un hijo natural?

—¿Un bastardo?

—¿Ha dicho Carmee dan Roth?

Ya habían oído ese cuento antes. Simples rumores, tal vez, pero bastante difundidos. Lo bastante como para hacer que le escuchen. Para hacerles pensar si tal vez les convenga creerlos.

Pero Lord Brock no estaba tan convencido.

—¡Un burdo montaje! ¡Se necesitan algo más que rumores y conjeturas para alterar la voluntad de esta cámara! ¿No dice que es usted el Primero de los Magos?, ¡pues muéstrenos a ese hijo bastardo si puede! ¡Ponga a trabajar su magia!

—No es necesario recurrir a la magia —repuso con sorna Bayaz—. El hijo del Rey se encuentra con nosotros en esta cámara —desde la galería llegaron exhalaciones de consternación, los consejeros prorrumpieron en suspiros de asombro y los miembros del Consejo Cerrado y sus asesores se sumieron en un silencio anonadado, pero todos fijaron sus ojos en el dedo índice de Bayaz mientras estiraba su brazo y señalaba hacia la pared—. Ese hombre no es otro que el coronel Jezal dan Luthar.

El espasmo se inició en el pie mutilado de Glokta, ascendió como una exhalación por su pierna atrofiada e hizo que su columna vertebral se pusiera a temblar desde el trasero hasta el cráneo, que su cara se convulsionara como gelatina enfurecida, que sus escasos dientes castañetearan sobre sus encías vacías y que sus párpados se pusieran a vibrar como las alas de una mosca.

Qué tipo de broma es esta.

Los pálidos rostros de los consejeros se habían quedado paralizados en dos gestos: unos estaban desencajados de espanto con los ojos muy abiertos y otros contraídos con los ojos entrecerrados de rabia. Los pálidos de detrás de la mesa estaban boquiabiertos y los de la galería se tapaban la boca con la mano. Jezal dan Luthar, que se había compadecido de sí mismo hasta el llanto mientras Ferro le cosía la cara. Jezal dan Luthar, ese orinal rajado lleno de egoísmo, arrogancia y vanidad. Jezal dan Luthar, al que ella había llamado la princesita de la Unión, tenía la posibilidad de acabar el día convertido en Rey.

Ferro no pudo contenerse.

Dejó que su cabeza cayera hacia atrás y se puso a resoplar, a toser, a gorgotear de risa. Los ojos se le llenaron de lágrimas, el pecho le pegaba sacudidas y las rodillas le temblaban. Se aferró a la barandilla, jadeando, lloriqueando, babeando. Ferro no solía reírse. Apenas si recordaba la última vez que lo hizo. Pero... ¿Jezal dan Luthar, Rey?

Esa sí que era buena.

Arriba, en la galería del público, alguien había empezado a reírse con una especie de cacareo compulsivo completamente impropio de tan solemne acontecimiento. Y, no obstante, el primer impulso de Jezal cuando se dio cuenta de que el nombre que había pronunciado Bayaz era el suyo, cuando se dio cuenta de que el dedo que tenía extendido le señalaba a él, fue también romper a reír. El segundo, cuando todas las caras se volvieron de golpe hacia él, fue ponerse a vomitar. El resultado fue una tos atragantada, una mueca de bochorno, una desagradable quemazón en el paladar y una palidez instantánea.

—Yo... —se oyó graznar; pero fue absolutamente incapaz de completar la frase. ¿Qué palabras podrían servirle en una situación como esa? Lo único que podía hacer era permanecer ahí de pie, sudando copiosamente y temblando dentro de su rígido uniforme, mientras la voz de Bayaz, que se superponía al borboteo de las carcajadas que venían de arriba, seguía hablando con tono altisonante.

—Tengo conmigo una declaración jurada del padre adoptivo que certifica que todo lo que digo es cierto, ¿pero qué más da eso? ¡La verdad es tan patente que salta a la vista! —su brazo volvió a señalar a Jezal—. ¡Ganó un Certamen ante los ojos de todos y luego me acompañó a un viaje plagado de peligros sin proferir ni una sola queja! ¡Encabezó la carga del puente de Darmium, sin pensar en ningún momento en su propia seguridad! ¡Salvó Adua de la revuelta campesina sin derramar ni una sola gota de sangre! ¡Su valentía y

su destreza, su sabiduría y su entrega son conocidas de todos! ¿Qué duda puede haber de que por sus venas corre sangre real?

Jezal pestañeó. Algunos hechos que en su momento le habían resultado bastante chocantes comenzaron a aflorar a su mente abotargada. Su padre siempre le había tratado de una manera especial. Era el único miembro de la familia que había salido guapo. La boca se le abrió, pero fue incapaz de volver a cerrarla. Cuando su padre vio a Bayaz en el Certamen, se puso blanco como la leche, como si le hubiera reconocido.

Sí, eso fue lo que sucedió: ese hombre no era en absoluto su padre.

Cuando el rey felicitó a Jezal por su triunfo, le confundió con su propio hijo. Era evidente que no fue el enorme desatino que a muchos debió parecerles. Aquel viejo idiota había estado más cerca de dar en el blanco que nadie. De pronto, lo vio todo con una claridad atroz.

Era un bastardo, en el sentido más literal del término.

Era el hijo natural de un rey. Es más, empezaba a comprender, con una creciente sensación de espanto, que en ese momento se estaba planteando seriamente la posibilidad de convertirle en su sustituto.

—¡Señores! —clamó Bayaz alzando su voz por encima de un murmullo de incredulidad que crecía por momentos—. ¡Estáis asombrados! No es un hecho fácil de aceptar, lo entiendo. ¡Sobre todo con el calor sofocante que hace aquí! —hizo una seña a los guardias que había a ambos extremos del recinto—. ¡Abrid las puertas para que entre un poco de aire fresco!

Se abrieron lentamente las puertas y una suave brisa inundó la Rotonda de los Lores. Una brisa refrescante, acompañada de algo más. Al principio no se distinguía muy bien qué era, pero luego empezó a percibirse con mayor claridad. Recordaba un poco al ruido de la multitud durante el Certamen. Una especie de cántico leve, repetitivo y un tanto intimidante.

—¡Luthar! ¡Luthar! ¡Luthar!

No había error posible. Era su propio nombre repetido una y otra vez por miles de gargantas desde más allá de las murallas del Agriont.

Bayaz sonrió.

—Da la impresión de que la población de la ciudad ya ha elegido candidato.

—¡No es a ellos a quienes les corresponde elegir! —rugió Brock, que seguía de pie aunque sólo ahora empezaba a recuperar un poco la compostura—. ¡Ni tampoco a usted!

—Pero sería una insensatez ignorar su opinión. La conformidad del

pueblo llano no es algo que se deba desestimar a la ligera en unos tiempos tan agitados como estos. Si se sintieran defraudados, estando los ánimos como están, ¿quién sabe lo que podría llegar a ocurrir? ¿Una oleada de disturbios callejeros? ¿O tal vez algo peor? Sin duda nadie aquí desea eso, ¿no es así Lord Brock?

Varios de los consejeros rebulleron nerviosos en sus escaños mientras echaban vistazos a las puertas abiertas y cuchicheaban con sus vecinos. Si hasta aquel momento había reinado un clima de confusión en la Rotonda de los Lores, ahora lo que predominaba era un sentimiento de auténtica estupefacción. Pero, por muy grande que fuera la preocupación y la sorpresa del Consejo Abierto, no eran nada comparadas con las de Jezal.

Una historieta fascinante, pero, por mucho que los plebeyos se orinen de gusto al pronunciar el nombre de Luthar, comete un error garrafal si se cree que los hombres más codiciosos de la Unión van a dar por buenas sus palabras y regalar la corona. En ese momento, por vez primera en toda la sesión, la imponente y majestuosa figura de Lord Isher, con todas las joyas de la cadena de su cargo soltando destellos, se puso de pie en la primera fila. *Y ahora vendrán las furiosas protestas, los repudios indignados, las demandas de castigo.*

—¡Tengo el firme convencimiento —clamó con tono rimbombante— de que el hombre al que se conoce como el coronel Jezal dan Luthar no es otro que el hijo natural del difunto Guslav Quinto! —Glokta se quedó boquiabierto, como, aparentemente, les ocurrió a todos los presentes en la cámara—. ¡Y que su capacitación para gobernar se ve reforzada aún más si cabe por su carácter ejemplar y por la amplitud de los logros obtenidos tanto dentro como fuera de nuestras fronteras! —otra sarta de carcajadas cayó a borbotones desde las alturas, pero Isher la ignoró por completo—. ¡Mi voto y los votos de todos los que me apoyan van sin ningún tipo de reservas para Luthar!

Si los ojos de Luthar hubieran podido abrirse un poco más es muy posible que se le hubieran caído del cráneo. *No es para menos.* Un miembro de la delegación de Westport se puso en pie.

—¡Los regidores de Westport votan todos a una por Luthar! —canturreó con su acento estirio—. ¡Hijo natural y heredero de Guslav Quinto!

Un hombre se puso de pie de un salto unas pocas filas más atrás y echó un vistazo a Glokta con gesto nervioso. Se trataba de Lord Ingelstad. *¿De qué va este embustero de mierda?*

—¡Yo también estoy por Luthar!

—¡Y yo! —era Wetterlant, cuyos ojos de párpados caídos tenían la misma

mirada carente de emoción que cuando daba de comer a los patos. *Vaya, caballeros, ya veo que han recibido mejores ofertas, ¿eh? ¿O han sido mejores amenazas?*—Glokta echó un vistazo a Bayaz. Una leve sonrisa asomaba a su rostro mientras contemplaba a los consejeros que se levantaban de sus escaños para manifestar su apoyo al supuesto hijo natural de Guslav Quinto. Entretanto, los cánticos de la multitud seguían llegando desde la ciudad.

—¡Luthar! ¡Luthar! ¡Luthar!

A medida que se fue pasando la sensación de asombro, la mente de Glokta comenzó a funcionar de nuevo. *De modo que esta es la razón por la que el Primero de los Magos hizo trampas para que Luthar ganara el Certamen. Por eso procuró tenerlo siempre pegado a él. Por eso le consiguió un mando tan importante. De haber presentado como hijo del Rey a un don nadie la cámara se le hubiera reído en las narices. Pero Luthar, lo amemos o lo odiemos, es uno de los nuestros. Nos es conocido, nos es familiar, nos resulta... aceptable.* Glokta miró a Bayaz con una expresión bastante próxima a la admiración. *Las piezas de un rompecabezas preparado pacientemente durante largos años van encajando cada una en su sitio ante nuestros ojos incrédulos. ¿Y qué podemos hacer si no, tal vez, bailar al son que nos toca?*

Sult se echó hacia un lado en su asiento y murmuró apresuradamente unas palabras al oído de Glokta.

—Ese muchacho, Luthar, ¿qué clase de hombre es?

Glokta frunció el ceño y echó un vistazo a la figura que permanecía pegada a la pared con gesto estupefacto. En ese momento parecía una persona incapaz de controlar sus propios intestinos y no digamos ya su propio país. *Claro que lo mismo podría haberse dicho de nuestro anterior Rey, y sin embargo, cumplió con su obligación de forma admirable. Su obligación de estar sentado babeando mientras nosotros gobernábamos el país en su nombre.*

—Antes de que emprendiera su viaje al extranjero, Eminencia, era un cabeza hueca vano y sin carácter. No podría encontrarse un joven más idiota en todo el país. Sin embargo, la última vez que hablé con él...

—¡Perfecto!

—Pero, Eminencia, debe comprender que todo esto ha sido planeado por Bayaz y que...

—Ya nos ocuparemos luego de ese viejo idiota. Ahora tengo que hacer una consulta —Sult se dio la vuelta y se puso a hablar en susurros con Marovia antes de que Glokta pudiera seguir hablando. Al cabo de un momento, los dos ancianos se volvieron hacia el Consejo Abierto y se pusieron a hacer señas a los hombres que controlaban. Entretanto, Bayaz no paraba de sonreír. *Como un ingeniero que comprueba que la máquina que ha diseñado funciona a la primera y exactamente tal y como él esperaba.* El mago cruzó una mirada con Glokta y le hizo

un leve gesto con la cabeza. Glokta se limitó a encogerse de hombros mientras le obsequiaba con una de sus sonrisas desdentadas. *Me pregunto si no llegara un momento en que todos nos arrepentiremos de no haber votado por Brock.*

Marovia se apresuró a intercambiar unas palabras con Hoff. El Lord Chambelán frunció el ceño, asintió, se volvió hacia la cámara e hizo una seña al heraldo, que de inmediato se puso a golpear con energía el suelo reclamando silencio.

—¡Señores del Consejo Abierto! —rugió Hoff, una vez que se consiguió imponer algo más o menos parecido al silencio—. ¡Es evidente que el hallazgo de un hijo natural del difunto Rey altera de forma sustancial la naturaleza del debate! ¡El destino parece haber tenido a bien concedernos la oportunidad de continuar la dinastía de Arnault sin ulteriores dudas o conflictos! *¿Una concesión del destino? Me parece que se trata más bien de un benefactor bastante menos desinteresado.* En vista de tan excepcionales circunstancias, y del caluroso apoyo que ya han manifestado muchos miembros de esta cámara, el Consejo Cerrado estima que debe procederse a realizar una votación extraordinaria. Una votación sobre una única cuestión, a saber, si el hombre conocido hasta ahora como Jezal dan Luthar ha de ser nombrado de forma inmediata Monarca Supremo de la Unión.

—¡No! —tronó Brock con las venas del cuello a punto de reventar—. ¡Protesto enérgicamente! —pero fue como si le hubiera dado por protestar contra la subida de la marea. Los brazos empezaban a alzarse ya de forma abrumadora. Los regidores de Westport, los partidarios de Lord Isher, los votos que Sult y Marovia habían obtenido mediante sobornos y amenazas. Glokta vio que también lo hacían muchos otros hombres a los que se tenía por indecisos o firmes partidarios de algún otro candidato. *Todos prestan su apoyo a Luthar con una celeridad que apunta a la existencia de un acuerdo previo.* Bayaz estaba recostado en su asiento con los brazos cruzados contemplando las manos que salían disparadas hacia arriba. Empezaba a estar horriblemente claro que más de la mitad de la cámara estaba a favor.

—¡Sí! —siseó el Archilector con una sonrisa triunfal—. ¡Sí!

Aquellos que no habían alzado el brazo, los partidarios de Brock, Barezin o Heugen, miraban alrededor estupefactos y más que un poco aterrorizados por la velocidad con que el mundo parecía haberles pasado de largo. *Con qué rapidez se les ha escurrido entre los dedos la posibilidad de hacerse con el poder. ¿Quién podría echarles en cara su asombro? Ha sido un día sorprendente para todos nosotros.*

Lord Brock hizo un último intento y apuntó con el dedo a Luthar, que seguía pegado a la pared con los ojos como platos.

—¿Qué prueba tenemos de que sea el hijo de quien se supone que es aparte de la palabra de ese viejo embustero? —y señaló a Bayaz—. ¿Qué

prueba, señores? ¡Exijo pruebas!

Un murmullo airado recorrió de arriba abajo las gradas, pero nadie se hizo notar en exceso. *Segunda vez que Lord Brock se pone en pie ante la cámara exigiendo pruebas, y segunda vez que nadie le hace ni caso. A fin de cuentas, ¿qué prueba quiere que haya? ¿Una marca de nacimiento conforma de corona en el culo de Luthar? Las pruebas son aburridas. Las pruebas son tediosas. Las pruebas son irrelevantes. La gente prefiere de largo una mentira cómoda a una verdad problemática, sobre todo si sirve a sus fines. Y la mayoría de nosotros preferimos un Rey sin amigos ni enemigos a un Rey que tenga mucho de las dos cosas. La mayoría de nosotros preferimos que todo siga igual que hasta ahora en lugar de arriesgarnos a un futuro incierto.*

Cada vez eran más las manos que se alzaban. El apoyo a Luthar había crecido tanto que ya nadie podía pararlo. *Ahora es como un gran bloque de piedra que rueda por una ladera. Nadie se atreve a ponerse en su camino por miedo a que le haga papilla. Así que se apelotonan todos detrás de él, e incluso añaden su propio peso con la esperanza de que al final les caigan unas cuantas migajas.*

Brock, con rostro patibulario, se dio la vuelta, bajó por el pasillo y salió de la cámara hecho una furia. Probablemente tenía la esperanza de que una buena parte del Consejo Abierto siguiera su ejemplo. *Pero en eso, como en tantas otras cosas que han ocurrido hoy, se va a llevar un buen chasco.* Sólo una docena de sus partidarios más acérrimos le acompañó en la solitaria marcha que le condujo fuera de la Rotonda de los Lores. *Los otros han tenido más sentido común.* Lord Isher intercambió una larga mirada con Bayaz y luego alzó su pálida mano. Lord Barezin y Lord Heugen, al ver como la mayor parte de sus partidarios se pasaban en manada a la causa del joven pretendiente, intercambiaron una fugaz mirada y luego se retreparon en sus respectivos escaños y se sumieron en un cauteloso silencio. Skald abrió la boca para gritar algo, miró alrededor, se lo pensó mejor y, con manifiesta desgana, alzó lentamente el brazo.

No hubo más protestas.

El Rey Jezal Primero fue elevado al trono por acuerdo casi unánime de la cámara.

La trampa

Ascendiendo a las Altiplanicies otra vez, y al caminar, Logen sentía cómo le entraba en la garganta ese aire frío, afilado y vigorizante que le resultaba tan familiar. La marcha había sido bastante suave mientras discurrió por los bosques, una subida apenas perceptible. Luego los árboles habían empezado a espaciarse y el sendero les había conducido a un valle bordeado de lomas de hierba, atravesado por innumerables regatos y sembrado de matas de juncia y tojo. Ahora el valle se había estrechado hasta quedar reducido a una garganta que discurría encajada entre dos laderas de roca viva e inestables canchales y cuya pendiente no paraba de aumentar. A lo lejos se atisbaban las siluetas difusas de las cumbres: de un gris oscuro las más cercanas y luego de un gris cada vez más desleído que acababa fundiéndose con el color del cielo.

El sol había salido y picaba con fuerza, haciendo que el caminar resultara sofocante y obligando a los hombres a entrecerrar los ojos para protegerse de su resplandor. Todos estaban hartos de tanto subir, de tanta inquietud, de tanto mirar a sus espaldas para ver si venía Bethod. Una larga columna compuesta de unos cuatrocientos Caris y un número similar de montañeses de rostro pintarrajeado que lanzaban escupitajos y proferían maldiciones, y cuyas botas ronzaban y resbalaban sobre la tierra seca y las piedras sueltas del sendero. Justo delante de Logen, doblada por el peso de la maza de su padre y con el cabello pegado a la cara y oscurecido por el sudor, marchaba la hija de Crummock. La propia hija de Logen ya sería más mayor que ella si no la hubieran matado los Shanka, al igual que a su madre y a sus hermanos. La idea produjo a Logen un sentimiento de culpa y de vacío. Un mal sentimiento.

—¿Eh, chica, quieres que te eche una mano con ese mazo?

—¡No necesito tu maldita ayuda! —le gritó la niña. A continuación dejó que la maza se le cayera del hombro, y sin dejar en ningún momento de mirar a Logen con cara de pocos amigos, se puso a arrastrarla ladera arriba del mango mientras la cabeza traqueteaba a sus espaldas abriendo un surco en la tierra. Logen la miraba pestañeando. Estaba visto que el encanto que pudiera tener para las mujeres había caído tan bajo que ya ni le alcanzaba para encandilar a una niña de diez años.

La figura de Crummock apareció por detrás de él, con su collar de falanges balanceándose alrededor de su cuello.

—Vaya fiera, ¿eh? ¡Hay que ser bastante fiera para salir adelante en una familia como la mía! —se inclinó hacia él y le guiñó un ojo—. Y esa pequeña zorra es la más feroz de todos. Te seré sincero: es mi favorita —luego sacudió la cabeza mientras miraba cómo la niña arrastraba la maza—. Buena le espera al pobre desgraciado que se case con ella. Por si acaso te lo estabas preguntando, te diré que ya hemos llegado.

—¿Eh? —Logen se secó el sudor de la frente y miró alrededor con gesto ceñudo—. ¿Dónde está la...?

Y entonces la vio. Ahí, justo delante de ellos, estaba la fortaleza de Crummock, por llamarla de alguna manera.

El valle no tenía más de cien zancadas de un farallón a otro y estaba atravesado de lado a lado por una muralla. Una muralla vetusta y desvencijada, formada por unos bloques bastos tan agrietados, tan cubiertos de plantas trepadoras, zarzas y hierba en grana que casi resultaba indistinguible de la propia montaña. No era mucho más empinada que el valle; en su punto más elevado debía de tener la altura de tres hombres subidos a hombros unos de otros, y en algunos tramos estaba combada como si estuviera a punto de desmoronarse por sí sola. En su centro se abría un portalón de desgastados tablones grises, salpicados de unos líquenes que producían la impresión de estar a la vez secos y podridos.

En uno de los extremos había una torre que se alzaba apoyada contra un farallón. O, cuando menos, un gran pilar natural que sobresalía de la roca, con unos cuantos bloques de piedra a medio tallar adheridos con mortero a la parte superior para formar en el costado del farallón una amplia plataforma que dominaba la muralla que se extendía a sus pies. Logen miró al Sabueso, que caminaba pesadamente a su lado, y éste escudriñó la muralla con los ojos entornados como si no diera crédito a lo que estaba viendo.

—¿Es esto? —gruñó Dow torciendo el gesto al llegar a su altura. En uno de sus lados, justo debajo de la torre, unos cuantos árboles habían echado raíces lo menos hacía cincuenta años. Ahora, sobresalían por encima de la muralla. A un hombre le resultaría muy sencillo trepar por ellos y, sin apenas estirarse, plantarse del otro lado.

Tul alzó la vista y miró fijamente aquella caricatura de fortaleza.

—Un fuerte bastión en las montañas, dijiste.

—Fuerte... cilio —dijo Crummock sacudiendo una mano—. Nosotros los montañeses nunca hemos sido muy de construir cosas. ¿Qué esperabais? ¿Diez torres de mármol y un salón más grande que el de Skarling?

—Al menos esperaba una muralla medio decente —refunfuñó Dow.

—¡Bah! ¿Murallas? Había oído decir que eras frío como la nieve y caliente como la orina, Dow el Negro, ¿y ahora resulta que quieres esconderte detrás de una muralla?

—¡Maldito loco, si se presenta Bethod nos superara en número en una proporción de diez a uno! ¡Por supuesto que quiero una muralla, y tú nos dijiste que la habría!

—Pero si tú mismo lo has dicho —Crummock se puso a darse golpes en la sien con uno de sus gruesos dedos mientras hablaba con voz suave y pausada como si le estuviera dando una explicación a un niño—. ¡Estoy loco! ¡Loco como un saco lleno de lechuzas, todo el mundo lo dice! Ni siquiera consigo acordarme de los nombres de mis propios hijos. ¿Quién puede saber lo que yo entiendo por una muralla? ¿La mayor parte de las veces ni siquiera sé lo que me digo y vosotros sois lo bastante tontos como para hacerme caso? ¡Me parece que también vosotros debéis de estar locos!

Logen se frotó el caballete de la nariz y soltó un gemido. Los Caris del Sabueso, que ya empezaban a congregarse a su alrededor, contemplaban el amontonamiento de piedras musgosas e intercambiaban murmullos. No se les veía muy contentos que digamos, y Logen los entendía. Habían realizado una marcha larga y calurosa para luego encontrarse con eso al final del camino. Pero, por lo que él alcanzaba a ver, no había más opciones.

—Ya no hay tiempo de construir una mejor —refunfuñó—. Tendremos que apañárnoslas como podamos con lo que tenemos.

—¡Así se habla, Sanguinario, a ti no te hace falta una muralla, bien lo sabes! —Crummock palmeó a Logen en el brazo con su manaza—. ¡Tú no puedes morir! ¡La luna te ama más que a cualquier otro hombre! ¡No puedes morir mientras goces de la protección de la luna! No puedes...

—Cierra la boca —dijo Logen.

Remontaron abatidos la ladera para dirigirse al portalón. Crummock pegó un grito y las vetustas puertas se abrieron con un temblequeo. Al otro lado les aguardaba una pareja de montañeses que les miraron con gesto receloso mientras iban entrando. Quejosos y exhaustos, ascendieron por una rampa labrada en la roca y accedieron a una explanada que había un poco más arriba. Un collado entre dos peñascos de unas cien zancadas de ancho y doscientas de largo, rodeado de farallones verticales de roca viva. Desperdigados por los bordes había unos cuantos barracones y cobertizos de madera, todos ellos recubiertos con una capa verde de musgo viejo, y pegado a la pared de roca se erguía un destartalado salón, provisto de una chimenea chata por la que salía un hilo de humo. Justo al lado arrancaba una escalera tallada en la roca que

ascendía a la plataforma que había en lo alto de la torre.

—Ni un solo lugar adonde escapar si las cosas se ponen feas —masculló Logen.

Crummock se limitó a ensanchar aún más su sonrisa.

—Por supuesto. De eso se trata, ¿no? Bethod creerá que nos tiene tan atrapados como a un pelotón de escarabajos encerrados en una botella.

—Y no se equivocará —refunfuñó Dow.

—En efecto, pero entonces vuestros amigos aparecerán por detrás y se llevará la madre de todas las sorpresas. ¡Sólo por ver la cara que se le queda entonces a ese maldito comemierda ya valdría la pena!

Logen salivó un poco y lanzó un escupitajo al suelo pedregoso.

—Lo que yo me pregunto es qué cara se nos quedará a nosotros cuando llegue ese momento. Apuesto por unas caras desencajadas y de aspecto cadavérico —apretujado en un cercado había un rebaño de ovejas greñudas que miraban alrededor con los ojos muy abiertos mientras se balaban unas a otras. Unos animales acorralados e indefensos; Logen sabía muy bien cómo se sentían. Vista desde el interior de la fortaleza, donde el terreno era bastante más elevado, la muralla prácticamente ni existía. Un tipo con las piernas un poco largas podría subirse de una zancada a su adarve y plantarse en su destartalado y musgoso simulacro de parapeto.

—Que tu bello ser no se inquiete, Sanguinario —rió Crummock—. Mi fortaleza podría estar mejor construida, lo admito, pero el terreno juega a nuestro favor, igual que las montañas y la luna, que sonríen ante nuestro esforzado empeño. Este es un lugar poderoso, con una poderosa historia. ¿Conoces lo que le ocurrió a Laffa el Bravo?

—Mentiría si dijera que sí —Logen no estaba muy seguro de que le apeteciera oírlo en ese preciso momento, pero hacía mucho que se había acostumbrado a no conseguir nunca lo que quería.

—Laffa fue un gran jefe de bandoleros montañeses de tiempos muy remotos. Durante muchos años, él y sus hermanos estuvieron asaltando a los clanes de la zona. Un verano muy caluroso los clanes decidieron que aquello ya había ido demasiado lejos, así que se unieron y lo persiguieron hasta acorralarlo en las montañas. Éste fue su último reducto. Aquí mismo, en esta fortaleza, resistieron Laffa y sus hermanos con toda su gente.

—¿Y qué pasó? —preguntó el Sabueso.

—Que los mataron a todos y luego les cortaron las cabezas y las metieron en unos sacos que enterraron en el hoyo que usaban para cagar —Crummock sonrió de oreja a oreja.

—¿Eso es todo? ¿Esa es la historia?

—Eso es todo lo que yo sé, aunque no estoy seguro de que no haya algo más. Pero yo diría que ese fue el final de Laffa.

—Gracias por darnos ánimos.

—¡No hay de qué, no hay de qué! ¡Me sé muchas más historias, si queréis que os cuente otra!

—No, no, con esa me basta —Logen se dio la vuelta y se alejó, acompañado por el Sabueso—. ¡Ya me contarás otra cuando hayamos ganado!

—¡Ja, ja, ja, Sanguinario! —gritó Crummock a sus espaldas—. Esa sí que será una buena historia, ¿eh? ¡A mí no me engañas! ¡Eres como yo, un hombre al que ama la luna! ¡Luchamos mejor cuando tenemos una montaña a nuestra espalda y ninguna escapatoria! ¡No me digas que no! ¡Nos encanta no tener elección!

—Sí, claro —masculló Logen para sus adentros mientras se dirigía enfurecido hacia la puerta—. No hay nada como no tener elección.

El Sabueso estaba a los pies de la muralla mirando hacia arriba y preguntándose qué se podría hacer para que él y los suyos tuvieran alguna posibilidad de sobrevivir a la siguiente semana.

—No sería mala idea arrancar todas las enredaderas y los hierbajos esos —dijo—. Hacen que sea mucho más fácil de escalar.

Tul enarcó una ceja.

—¿Estás seguro de que no son esas plantas las que la mantienen en pie?

Hosco dio un tirón a una parra y una llovizna de mortero seco se desprendió junto con ella.

—A lo mejor tienes razón —suspiró el Sabueso—. En fin, cortad todo lo que podáis, ¿eh? El tiempo que se emplee en despejar la parte de arriba estará bien aprovechado. Tener una buena pila de piedras para escondernos detrás cuando Bethod empiece a lanzarnos flechas no nos vendrá nada mal.

—Desde luego que no —apostilló Tul—. Y también podríamos excavar un foso aquí delante e hincar unas cuantas estacas en el fondo para que les resultara más difícil acercarse.

—Después asegurad bien la puerta esa, remachadla con clavos y plantad un montón de rocas detrás de ella.

—Luego nos va a costar salir —señaló Tul.

Logen resopló con sorna.

—Que nosotros salgamos no será nuestro principal problema, creo yo.

—Tienes mucha razón —se rió Crummock acercándoseles a paso lento con una pipa encendida en una de sus manazas—. Lo que nos debe preocupar es que los muchachos de Bethod no se nos cuelen dentro.

—Tener reparadas estas murallas será un buen primer paso para que yo empiece a sentirme un poco más tranquilo —el Sabueso señaló los árboles que crecían por encima de la muralla—. A esos habrá que talarlos y hacerlos leña, y también habrá que tallar algunas piedras, preparar mortero y todo eso. ¿Tienes gente que sepa hacer eso, Crummock? ¿Tienes herramientas?

El montañés dio una calada a la pipa, y mirando al Sabueso con gesto ceñudo, echó una bocanada de humo pardo.

—Puede que la tenga, pero no acepto órdenes de alguien como tú, Sabueso. La luna sabe de mis talentos, y lo mío es matar, no hacer mortero.

Hosco alzó la vista al cielo.

—¿Y de quién aceptas órdenes? —preguntó Logen.

—¡De ti, Sanguinario, de ningún otro! La luna te ama, y yo amo a la luna, y por eso eres tú el hombre del que...

—Pues entonces dile a tus hombres que muevan el culo y se pongan a cortar madera y piedra. Ya estoy harto de tanta cháchara.

Crummock torció el gesto y vació de cenizas la pipa golpeándola contra el muro.

—No sois nada divertidos, muchachos, sólo sabéis preocuparos. Tendríais que verle el lado bueno a todo esto. ¡Lo peor que podría pasar es que Bethod no se presentara!

—¿Lo peor? ¿Estás seguro? —el Sabueso le miró fijamente—. ¿Y si resulta que Bethod sí que aparece y sus Caris derriban de una patada tu muralla como si fuera una pila de boñigas y luego nos matan a todos?

Crummock arrugó la frente. Se quedó mirando al suelo con gesto pensativo. Y luego alzó los ojos al cielo.

—Cierto —dijo mientras una sonrisa rasgaba su rostro—. Eso es peor. Tienes una mente muy ágil, muchacho.

El Sabueso exhaló un largo suspiro y luego dirigió la vista hacia el valle. Tal vez la muralla no fuera lo que todos habían esperado, pero su emplazamiento era inmejorable. Ascender por una pendiente muy pronunciada para ir al encuentro de un nutrido grupo de aguerridos guerreros que aguardan en una posición elevada, no tienen nada que perder y están listos y

perfectamente capacitados para matar no era lo que se dice divertido.

—No les va a resultar fácil organizarse ahí abajo —dijo Logen leyéndole la mente al Sabueso—. Sobre todo con las flechas cayéndoles desde arriba y sin tener un lugar donde esconderse. En una situación así el número no cuenta mucho. A mí mismo no me haría ninguna gracia tener que intentarlo. ¿Cómo lo hacemos si aparecen?

—Creo que debemos formar tres grupos —el Sabueso señaló la torre con la cabeza—. Yo me pondré ahí arriba con unos cien de los mejores arqueros. Es un buen lugar desde el que disparar. Bien alto y con una estupenda vista del frente de la muralla.

—Ajá —asintió Hosco.

—Quizá también con unos cuantos tipos fuertes para que arrojen alguna que otra roca.

—Yo lanzaré las rocas —terció Tul.

—Perfecto. Luego los mejores de los nuestros irán arriba de la muralla para enfrentarse con ellos cuerpo a cuerpo si al final consiguen subir. Ese, pienso, debe ser tu grupo, Logen. Dow, Escalofríos y Sombrero Rojo pueden ser tus lugartenientes.

Logen asintió con la cabeza, aunque no parecía que el asunto le hiciera demasiada gracia.

—Bien. De acuerdo.

—Detrás estará Crummock con sus montañeses, listos para cargar si consiguen franquear la puerta. Si aguantamos, tal vez se podrían intercambiar posiciones. Los montañeses a la muralla y Logen y los demás detrás.

—¡Vaya un plan que ha trazado este hombrecito! —Crummock descargó sobre el hombro del Sabueso su manaza y estuvo a punto de darle en la cara—. ¡Ni que te lo hubiera revelado la luna en sueños! ¡No lo cambiaría ni un ápice! —y estrelló su carnoso puño contra la palma de la mano—. ¡Me encantan las cargas! ¡A ver si no se presentan los sureños y así tocamos a más! ¡Quiero cargar ya!

—Me alegro por ti —gruñó el Sabueso—. A lo mejor podemos buscarte un precipicio para que te lances a la carga hacia él —entornó los ojos para mirar al sol y luego volvió a echar un vistazo a la muralla en la que estaban depositadas todas sus esperanzas. No le habría gustado tener que intentar subirla, al menos desde ese lado, pero de todos modos no era ni la mitad de alta, de gruesa y de fuerte de lo que él hubiera querido. Claro que las cosas no siempre son como a uno le gustaría que fueran. Eso es lo que habría dicho Tresárboles. Pero ya podían haberlo sido, aunque sólo fuera por esta vez.

—La trampa está lista —dijo Crummock contemplando el valle con una sonrisa de oreja a oreja.

El Sabueso asintió.

—Ahora ya sólo queda saber quién va a caer en ella, si Bethod o nosotros.

Logen caminaba entre las hogueras en medio de la noche. Alrededor de algunas había Caris bebiendo la cerveza de Crummock, fumando su chagga y riéndose con las historias que se contaban. En otras había montañeses, que a la luz parpadeante de las llamas parecían lobos con sus pieles bastas, sus cabellos enmarañados y sus rostros medio pintarrajeados. En alguna parte alguien cantaba. Extrañas canciones en una lengua extraña que tenía la estridencia aguda de los chillidos de los animales del bosque y se alzaba y volvía a caer como los valles y las cumbres. Logen tenía que admitir que había estado fumando por primera vez desde hacía bastante tiempo, y bebiendo también. Todo le transmitía una sensación de calidez. Las hogueras, los hombres, incluso el viento fresco. Se abría paso serpenteando en la oscuridad tratando de dar con la hoguera donde estaban sentados el Sabueso y el resto de los muchachos sin tener ni la más remota idea de dónde podía estar. Estaba perdido, y en más de un sentido.

—¿Cuántos hombres has matado, papá? —debía ser la hija de Crummock. No había demasiadas voces agudas en el campamento, por desgracia. Logen distinguió en la oscuridad la enorme silueta del montañés y, cerca de él, sentados, a sus tres hijos, con sus armas desproporcionadas apoyadas a una distancia donde fuera fácil alcanzarlas.

—Oh, he matado legiones de hombres, Isern —el retumbar de la profunda voz de Crummock alcanzó a Logen al acercarse—. Más de los que puedo recordar. Es posible que tu padre a veces no tenga la cabeza muy en su sitio, pero a nadie le gusta tenerle de enemigo. Ya lo verás cuando Bethod y sus lameculos vengan a visitarnos —alzó la cabeza y vio a Logen andando en medio de la oscuridad—. Pero te juro, y no tengo ninguna duda de que Bethod se uniría a mi juramento, que en todo el Norte sólo hay un bastardo más cruel, más sanguinario y más duro que tu padre.

—¿Y quién es ese? —preguntó el niño del escudo. Logen sintió que se le caía el alma a los pies al ver a Crummock levantar un dedo y señalarle.

—Ahí mismo lo tienes. El Sanguinario.

La niña miró con mala cara a Logen.

—Ese no vale nada. ¡Tú podrías ganarle, papá!

—¡Por los muertos!, ¡qué voy a poder! Ni se te ocurra decirlo, no vaya a ser que me ponga a orinar y forme un charco tan grande que te ahogues en él.

—No parece gran cosa.

—Ahí tenéis una buena lección para los tres. No parecer gran cosa y no decir gran cosa, ese es un buen primer paso para ser peligroso de verdad, ¿no es así, Nuevededos? De ese modo, cuando sueltas el demonio que llevas dentro, el pobre desgraciado al que le has tocado en suerte se lleva un susto el doble de grande. Susto y sorpresa, preciosos míos, y también rapidez al asestar el golpe y total ausencia de piedad. Eso es lo que define a un verdadero matador. El tamaño, la fuerza y la voz retumbante no están de más, a su debido tiempo, pero no valen nada en comparación con esa velocidad asesina, brutal y despiadada, ¿eh, Sanguinario?

Era una lección muy dura para unos niños, pero a Logen se la había contado su propio padre cuando él era muy joven y, a pesar de todos los años que habían pasado, jamás la había olvidado.

—Es la triste realidad. El primero en golpear suele ser también el que asesta el último golpe.

—¡Así es! —exclamó Crummock palmeándose uno de sus gruesos muslos—. ¡Bien dicho! Sólo que es una realizad gozosa, no triste. Os acordáis del viejo Wilum, ¿verdad niños?

—¡Ese al que alcanzó un rayo durante una tormenta en las Altiplanicies! —exclamó el niño del escudo.

—¡En efecto! ¡Ahí estaba tan tranquilo de pie cuando de pronto se oye un ruido como si el mundo entero se hubiera desplomado, se ve un resplandor brillante como el sol y al instante Wilum estaba más muerto que mis botas!

—¡Tenía los pies en llamas! —se rió la niña.

—Claro que sí, Isern, claro que sí. Ya visteis lo deprisa que murió, el susto que produjo el rayo y la poca compasión que mostró. Pues bien —y los ojos de Crummock se desviaron hacia Logen—, eso mismo es lo que le pasa a cualquiera que se cruce con ese hombre. Estás soltándole tus palabrotas, y un instante después... —chocó con fuerza las palmas de las manos y los niños pegaron un respingo—... te ha mandado de vuelta al barro. Más deprisa de lo que el rayo mandó a Wilum y con la misma indiferencia. Tu vida pende de un hilo cada instante que pases a menos de dos zancadas de ese cabrón que no parece gran cosa, ¿no es así, Sanguinario?

—Bueno... —Logen no estaba disfrutando en absoluto de aquello.

—Pues dinos cuántos hombres has matado —le gritó la niña alzando la

barbilla.

Crummock soltó una carcajada y acarició con una mano el cabello de su hija.

—¡No existen números para unas cantidades tan grandes, Isern! ¡Es el rey de los asesinos! No hay un hombre más letal, nadie que se le pueda comparar bajo la luna.

—¿Y qué hay del tipo ese, el Temible? —preguntó el niño de la lanza.

—Uuuuuuuuuhhh —soltó Crummock con voz arrulladora mientras una sonrisa surcaba su rostro de lado a lado—. Ese no es un hombre, Scoffen. Es otra cosa. ¿Una lucha a muerte entre Fenris el Terrible y el Sanguinario? —se frotó las manos—. Eso *sí* que me gustaría verlo. Eso *sí* que es algo que a la luna le encantaría iluminar —sus ojos se volvieron hacia el cielo y Logen los siguió. En medio de la negrura del firmamento una luna grande y blanca refulgía como un fuego recién encendido.

Viejos insufribles

Los altos ventanales estaban abiertos para permitir el paso de una misericordiosa brisa que se colaba en el amplio salón para dar de vez en cuando un refrescante beso al sudoroso rostro de Jezal y hacer que los descomunales y venerables tapices se ondularan emitiendo un leve susurro. Todo en aquella sala era desproporcionadamente grande: las puertas, enormes y tenebrosas, tenían tres veces la altura de un hombre, y los frescos del techo representaban a las distintas naciones del orbe inclinándose ante un gigantesco sol dorado. En los inmensos lienzos de las paredes aparecían retratados a tamaño natural una serie de personajes, en gran variedad de poses mayestáticas, cuyas belicosas expresiones provocaban a Jezal un sobresalto cada vez que se volvía.

Parecía un espacio destinado a grandes hombres, a hombres sabios, a héroes de epopeya o a poderosos villanos. Un espacio para gigantes. En un lugar como aquel Jezal se sentía un patán estúpido, enano e insignificante.

—Vuestro brazo, si os place, Majestad —susurró uno de los sastres arreglándoselas para dar una orden a Jezal sin dejar por ello de mostrarse abrumadoramente servil.

—Sí, claro... disculpe —Jezal alzó el brazo un poco más mientras se maldecía para sus adentros por haber vuelto a pedir disculpas. Ahora era el rey, como Bayaz no se cansaba de decirle. Aunque hubiera tirado a uno de los sastres de un empujón, no habría sido necesario ningún tipo de disculpas. Lo más probable es que el hombre le hubiera dado efusivamente las gracias por su consideración mientras se precipitaba hacia el suelo. En este caso se limitó a dirigirle una sonrisa acartonada, antes de desenrollar su cinta métrica. Un colega suyo se arrastraba por el suelo haciendo algo similar alrededor de las rodillas de Jezal, y un tercero anotaba con meticulosidad las observaciones de los otros en un gran cuaderno veteado.

Jezal respiró hondo y, con el ceño fruncido, se contempló en el espejo. Le devolvió la mirada un joven imbécil de expresión vacilante que tenía una cicatriz en el mentón y estaba envuelto en unas muestras de un tejido relumbrante como si fuera el maniquí de una sastrería. Más que un rey, lo que parecía, y lo que desde luego él se sentía, era un simple payaso. Aquello era de

chiste, y a buen seguro se habría reído, de no haber sido él su protagonista.

—¿Algo a la moda de Ospria, quizá? —el joyero real colocó otro cachivache de madera en la cabeza de Jezal y examinó el resultado. No podía decirse que supusiera una mejora. A lo que más se parecía aquel maldito trasto era a un candelabro invertido.

—¡No, no!— le espetó Bayaz con cierta irritación—. Demasiado ostentosa, demasiado aparatosa, demasiado grande. ¡Apenas podrá mantenerse en pie con ese maldito trasto encima! Tiene que ser sencilla, honesta, ligera. ¡Algo que se pueda llevar puesto en pleno combate!

El joyero real parpadeó.

—¿Va a combatir con la corona puesta?

—¡No, maldito asno! ¡Pero tiene que dar la impresión de que podría hacerlo! —Bayaz se acercó por detrás a Jezal, le arrancó el artefacto de madera de la cabeza y lo arrojó al pulido suelo. Luego agarró a Jezal de los brazos y contempló con gesto severo el reflejo del espejo por encima de su hombro—. ¡Este es un rey guerrero a la vieja usanza de la Unión! ¡El heredero natural del reino de Harod el Grande! ¡Un espadachín sin par, que ha infligido y recibido heridas, que ha conducido a los ejércitos a la victoria, que ha matado gran cantidad de hombres!

—¿Gran cantidad? —musitó Jezal dubitativo.

Bayaz no le hizo caso.

—¡Un hombre que se siente tan a gusto con una silla de montar y una espada como con el trono y el cetro! Su corona debe tener blindaje. Llevar armas. Llevar acero. ¿Me entiende ahora?

El joyero asintió moviendo pausadamente la cabeza.

—Creo que sí, milord.

—Bien. Y una cosa más.

—Lo que diga, milord.

—Póngale un diamante lo más grande posible.

El joyero inclinó humildemente la cabeza.

—Por descontado, milord.

—Y ahora fuera. ¡Fuera todos! Su Majestad tiene que ocuparse de los asuntos de Estado.

El cuaderno se cerró de golpe, las cintas métricas se enrollaron a toda prisa y las muestras de tejido se recogieron en un santiamén. Los sastres y el joyero real se retiraron caminando hacia atrás, haciendo reverencias y

profiriendo serviles murmullos, y salieron de la sala cerrando silenciosamente las enormes puertas revestidas de oro. Jezal tuvo que hacer un esfuerzo para no irse con ellos. Siempre se le estaba olvidando que ahora era Su Majestad.

—¿Qué asuntos son esos? —preguntó dándole la espalda al espejo y procurando conferir a su voz un tono seco e imperioso.

Bayaz le condujo al vestíbulo, una enorme sala forrada con mapas de la Unión de exquisita factura.

—Asuntos que debéis tratar con vuestro Consejo Cerrado.

Jezal tragó saliva. La simple mención de aquel nombre le sobrecogía. Estar en cámaras revestidas de mármol, que le tomaran medidas para hacerle ropa nueva o que le llamaran Majestad eran cosas que le desconcertaban un poco, pero que no exigían un esfuerzo excesivo de su parte. Ahora, sin embargo, se esperaba de él que ocupara un puesto en el mismo corazón del gobierno de la nación. Jezal dan Luthar, festejado en tiempos por su supina ignorancia, iba a compartir sala con los doce hombres más poderosos de la Unión. De él se esperaría que adoptara decisiones que afectarían a las vidas de miles de personas. Que se desenvolviera con soltura en el campo de la política, el derecho, la diplomacia, cuando los únicos campos en los que era verdaderamente un experto eran el esgrima, el alcohol y las mujeres, y eso que no le quedaba más remedio que reconocer que en lo que hacía al tercero últimamente no parecía tan experto cómo él se había pensado.

—¿El Consejo Cerrado? —su voz se alzó hasta alcanzar un tono más propio de una niña que de un monarca, y tuvo que aclararse la garganta—. ¿Es algún asunto importante? —rezongó con un tono de bajo bastante poco convincente.

—Han llegado del Norte noticias muy alarmantes.

—¿Ah, sí?

—Me temo que el Lord Mariscal Burr ha fallecido. El ejército necesita un nuevo comandante en jefe. La discusión de un asunto como ese probablemente llevará varias horas. Por aquí, Majestad.

—¿Horas? —rezongó Jezal en medio del repiqueteo que producían los tacones de sus botas al bajar un tramo de escalones de mármol.

Bayaz pareció adivinar sus pensamientos.

—No tenéis nada que temer de esos viejos lobos. Sois su señor. Da igual lo que puedan haber llegado a creerse. Podéis sustituirlos cuando queráis e incluso hacer que se los lleven aherrojados, si lo preferís. Como tal vez lo hayan olvidado, a su debido tiempo quizá convenga volver a recordárselo.

Cruzaron un elevado portalón flanqueado por dos Caballeros de la

Escolta Regia que tenían el casco sujeto bajo el brazo y una expresión tan vacua que lo mismo hubiera dado que lo tuvieran puesto y con el visor bajado. Al otro lado se abría un espacioso jardín, rodeado de una sombreada columnata, cuyos pilares de mármol habían sido tallados a semejanza de árboles rebosantes de hojas. El agua de las fuentes burbujeaba y centelleaba al sol. Dos enormes aves de color naranja, con unas patas tan finas como pedúnculos, se pavoneaban sobre un césped primorosamente recortado. Cuando pasó a su lado, dirigieron a Jezal una mirada altiva desde detrás de sus picos curvos que indicaba muy a las claras que estaban tan convencidos como él de que no era más que un redomado impostor.

Contempló admirado las coloridas flores, el reverberante verdor del follaje y las magníficas estatuas. Luego alzó la vista hacia los muros revestidos de enredaderas rojas, blancas y verdes. ¿Era posible que todo aquello le perteneciera? ¿Todo aquello, y el Agriont entero además? ¿Estaba siguiendo los pasos de los grandes reyes de la antigüedad? ¿De Harod, de Casamir, de Arnault? Resultaba mareante. Jezal tuvo que parpadear y sacudir la cabeza, como ya había hecho no menos de cien veces aquel día, simplemente para no caerse al suelo. ¿No era acaso el mismo hombre de hace sólo una semana? Se acarició la barba, como intentando comprobarlo, y sintió el tacto de la cicatriz que había debajo. ¿El mismo hombre que se había calado hasta los huesos en la vasta llanura, que había sido herido entre las piedras, que había comido carne de caballo medio cocinada y se había sentido muy contento de poder hacerlo?

Jezal carraspeó.

—Me gustaría mucho... en fin, no sé si será posible... hablar con mi padre.

—Vuestro padre está muerto.

Jezal se maldijo para sus adentros.

—Sí, claro. Me refiero... al hombre que yo creía que era mi padre.

—¿Qué esperáis que os diga? ¿Que tomó algunas decisiones equivocadas? ¿Que tenía deudas? ¿Que aceptó el dinero que le ofrecí a cambio de que se ocupara de criaros?

—¿Aceptó dinero? —dijo entre dientes Jezal, sintiéndose más desamparado que nunca.

—Las familias rara vez acogen de buena gana a los huérfanos, por más encantadores que sean. Las deudas han quedado saldadas, sobradamente saldadas. Di órdenes de que se os impartieran clases de esgrima tan pronto como fuerais capaz de sujetar un acero. De que se os consiguiera un cargo de oficial en la Guardia Real y se os animara a tomar parte en el Certamen. De que se cuidara de que estuvierais bien preparado por si llegaba un día como éste.

Cumplió mis órdenes a rajatabla. Pero, como comprenderéis, un encuentro entre los dos resultaría extremadamente incómodo para ambos. Mejor evitarlo.

Jezal dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Por supuesto. Mejor evitarlo —una idea inquietante se abrió paso en su mente—. ¿Mi nombre... es... es verdaderamente Jezal?

—Lo es, ahora que habéis sido coronado —Bayaz alzó una ceja—. ¿Qué pasa, es que preferiríais llamaros de otra manera?

—No, no, claro que no —giró la cabeza y parpadeó con energía para que no se le saltaran las lágrimas. Toda su vida anterior había sido una mentira. Y la nueva se lo parecía aún más. Hasta su nombre era inventado. Durante un rato caminaron en silencio por los jardines, arrancando crujidos a la grava, que estaba tan limpia y tan cuidada que por un momento Jezal se preguntó si no limpiarían a mano cada piedra todos los días.

—Lord Isher elevará numerosas quejas a Su Majestad a lo largo de las próximas semanas y meses.

—¿Ah, sí? —Jezal tosió, sorbió por la nariz y adoptó la expresión más soberbia de que fue capaz—. ¿Y eso por qué?

—Le he prometido que sus dos hermanos serían nombrados Lord Chambelán y Lord Canciller del Consejo Cerrado. Que su linaje sería enaltecido por encima de cualquier otro. Fue el precio que hubo que pagar para obtener su apoyo a vuestra elección.

—Entiendo. ¿Y debo cumplir con el trato?

—Por supuesto que no.

Jezal frunció el ceño.

—No estoy seguro de que...

—Una vez que se ha alcanzado el poder, hay que distanciarse inmediatamente de todos los aliados. De no hacerlo, tendrán la sensación de que se les debe la victoria y ninguna recompensa bastará para saciarlos. Es a los enemigos a los que hay que encumbrar. Se desharán en agradecimientos por cualquier migaja que se les conceda, porque saben muy bien que no se la merecen. Heugen, Barezin, Skald, Meed, esos son los hombres a los que debéis integrar en vuestro círculo más próximo.

—¿A Brock, no?

—A Brock jamás. Estuvo demasiado cerca de obtener la corona como para pensar que es algo que queda muy por encima de él. Tarde o temprano habrá que volver a ponerlo en su sitio de una buena patada. Pero no antes de que os hayáis afianzado en vuestra posición y contéis con apoyos de sobra.

—Ya veo —Jezal soltó un resoplido. Estaba visto que lo de ser rey no consistía sólo en llevar hermosos ropajes, adoptar una actitud altanera y obtener siempre el mejor asiento en todas partes.

—Es por aquí —salieron del jardín y accedieron a un sombrío vestíbulo de paneles de madera oscura cuyas paredes estaban decoradas con un abrumador despliegue de armas antiguas. Un variado conjunto de relucientes armaduras de cuerpo entero hacían guardia en posición de firmes: cotas de malla de láminas y cadenillas, lorigas y corazas, todas ellas blasonadas con el sol dorado de la Unión. Fijadas a la pared, formando un intrincado desfile, había gran cantidad de espadas ceremoniales, altas como un hombre, y alabardas, más altas aún. Bajo ellas había montado todo un ejército de hachas, mazas, ferradas de pinchos y aceros con todo género de hojas: rectas y curvas, largas y cortas, gruesas y finas. Armas forjadas en la Unión, armas capturadas a los gurkos, armas sustraídas a cadáveres estirios en sangrientos campos de batalla. Victorias y derrotas conmemoradas en acero. Arriba del todo, hechos jirones y colgando de astas chamuscadas, se distribuían los estandartes de regimientos ya olvidados que sin duda habían sido masacrados gloriosamente hasta el último hombre en las guerras de antaño.

Al fondo de aquella colección se alzaban unas imponentes puertas de doble hoja, negras y sin adornos, cuyo aspecto resultaba tan acogedor como el de un cadalso. A cada lado, tan solemnes como un par de verdugos, se erguían dos Mensajeros Reales, con sus relucientes cascos alados. Unos hombres sobre cuyas espaldas recaía no sólo la misión de custodiar la sede central del gobierno sino también la de llevar las órdenes del Rey a todos los rincones de la Unión. Sus propias órdenes, recordó Jezal, acometido de un nuevo ataque de nervios.

—Su Majestad desea tener una audiencia con el Consejo Cerrado —peroró Bayaz. Los dos hombres alargaron los brazos y abrieron las puertas. Una voz iracunda inundó el pasillo.

—¡Si no se hacen nuevas concesiones lo único que se conseguirá es que se produzcan nuevos disturbios! No podemos limitarnos a...

—Juez Marovia, me parece que tenemos visita.

La Cámara Blanca resultaba un tanto decepcionante después de la magnificencia del resto del palacio. No era demasiado grande. Las sencillas paredes blancas carecían de decoración, Las ventanas eran estrechas, casi como las de una celda, por lo que el lugar resultaba sombrío aún a plena luz del día. No había corrientes de aire y se respiraba una atmósfera cargada. Por todo mobiliario disponía de una mesa larga de madera oscura, sobre la que se amontonaban gran cantidad de papeles, con seis modestas sillas de aspecto incómodo a ambos lados, otra a los pies y una más, considerablemente más alta, en la presidencia. Su silla, supuso Jezal.

El Consejo Cerrado en pleno se puso de pie cuando entró en la sala con paso vacilante. Difícilmente cabría imaginar que se pudiera reunir a un grupo de ancianos más amedrentador en un mismo lugar y, por si fuera poco, todos miraban fijamente a Jezal mientras se mantenían en un silencio expectante. Jezal pegó un bote cuando se cerraron a su espalda las gruesas puertas y el pestillo cayó con una irrevocabilidad enervante.

—Majestad —dijo Lord Hoff, que acto seguido hizo una pronunciada reverencia—, mis colegas y yo quisiéramos ser los primeros en felicitaros por vuestra muy merecida elevación al trono. Todos vemos en vos a un digno sucesor del Rey Guslav y estamos deseando prestaros consejo y llevar a cabo vuestras órdenes en los meses y años venideros —volvió a hacer una reverencia y el grupo de imponentes ancianos prorrumpió en un aplauso de cortesía.

—Pues muchas gracias a todos —dijo Jezal, gratamente sorprendido pese a no sentirse digno de sucesor de nadie. Tal vez la cosa no fuera tan terrible como se había temido. Los viejos lobos le parecían bastante mansos.

—Permitidme, Majestad, que haga las presentaciones —le susurró Hoff—. El Archilector Sult, jefe de vuestra Inquisición.

—Es un honor serviros, Majestad.

—El Juez Marovia, Lord Mayor de la Justicia.

—Lo mismo digo, Majestad, todo un honor.

—Al Lord Mariscal Varuz tengo entendido que ya lo conocéis.

El viejo soldado le saludó con una sonrisa radiante.

—Fue un privilegio entrenaros en el pasado, Majestad, y será un privilegio aconsejaros ahora.

Jezal siguió saludando con un asentimiento de cabeza y una sonrisa a cada uno de los miembros que le fueron presentando. El Lord Canciller Halleck, el Cónsul General Torlichorm, el Lord Almirante de la Flota Reutzer, y así sucesivamente. Finalmente, Hoff le condujo al sitial que había en la presidencia de la mesa y Jezal se entronizó mientras los miembros del Consejo Cerrado le contemplaban con gesto sonriente. Se quedó un instante mirándolos con una sonrisa bobalicona hasta que de pronto cayó en la cuenta.

—Oh, por favor, tomen asiento.

Los ancianos se sentaron, algunos de ellos con evidentes muestras de dolor, en medio del crujir de viejas rodillas y el chasquido de viejas espaldas. Bayaz se dejó caer con descuido en la silla que había a los pies de la mesa, justo enfrente de Jezal, como si llevara ocupándola toda la vida. La sala se llenó con el frufrú de las togas de los miembros del Consejo, que acomodaban sus viejos traseros sobre la madera pulida, y luego se fue sumiendo poco a poco en un

silencio sepulcral. A uno de los lados de Varuz había una silla vacía. La silla en la que debería haberse sentado el Lord Mariscal Burr de no haberle sido asignada una misión en el Norte. Y de no haber muerto, claro está. Doce ancianos imponentes aguardaban cortésmente a que Jezal tomara la palabra. Doce ancianos que hasta hace no mucho representaban para él la cúspide del poder y que ahora tenían que rendirle cuentas. Una situación que no hubiera sido capaz de imaginar ni en sus sueños más descabellados. Jezal se aclaró la garganta.

—Prosigan, señores, se lo ruego. Ya iré cogiendo el hilo.

Una sonrisa de humildad asomó fugazmente al rostro de Hoff.

—Por supuesto, Majestad. Si en algún momento requerís una explicación, sólo tenéis que pedirla.

—Muchas gracias —dijo Jezal—. Gracias...

La chirriante voz de Halleck se superpuso a la suya.

—En tal caso, volvamos a la cuestión del mantenimiento del orden entre el campesinado.

—¡Ya hemos hecho concesiones! —espetó Sult—. ¡Unas concesiones que han sido recibidas con gran satisfacción por los campesinos!

—¡Un simple trapo para vendar una herida supurante! —le replicó Marovia—. Es sólo cuestión de tiempo que vuelva a prender el fuego de la revuelta. La única manera de impedirla es dándole a los plebeyos lo que requieren. ¡Lo que les corresponde en justicia! Debemos hacerles partícipes del gobierno de la nación.

—¡Hacerles partícipes! —resopló burlonamente Sult.

—¡Debemos hacer recaer en los terratenientes el principal peso de la tributación!

Halleck alzó la vista al techo.

—No nos venga otra vez con esa tontería.

—Nuestro sistema actual está vigente desde hace siglos —ladró Sult.

—¡Lleva fallando desde hace siglos! —exclamó Marovia.

Jezal carraspeó y las cabezas de los ancianos se giraron de golpe hacia él.

—No sería posible, simplemente, gravar a cada hombre de forma proporcional a sus ingresos, sin tener en cuenta si es campesino o noble... de esa forma tal vez... —su voz se fue debilitando hasta que finalmente enmudeció. Le había parecido una idea bastante obvia, pero los once burócratas le miraban horrorizados como si alguien hubiera tenido la desacertada idea de dejar entrar

en la sala a un animal doméstico y a éste se le hubiera ocurrido de pronto ponerse a hablar de impuestos. Al otro extremo de la mesa, Bayaz se miraba las uñas en silencio. Ahí no iba a encontrar ayuda.

—Ah, Majestad —se aventuró a decir Torlichorm con voz acariciante—, un sistema como ese sería prácticamente imposible de gestionar —y parpadeó, como queriendo decir: «Dada su supina ignorancia, no sé cómo se las arregla para vestirse».

Jezal se puso rojo hasta la punta de las orejas.

—Entiendo.

—El régimen tributario es un tema de una extraordinaria complejidad —señaló Halleck con voz monocorde. Y dirigió a Jezal una mirada, que parecía decir: «Un tema demasiado complejo para que pueda caber en una mente de proporciones tan minúsculas como la vuestra».

—Tal vez sería mejor, Majestad, que dejarais tan tediosas minucias a vuestros humildes servidores —Marovia lucía una sonrisa comprensiva, que parecía decir: «Tal vez sería mejor que mantuvierais la boca cerrada y dejarais de abochornar a los adultos».

—Claro —Jezal, avergonzado, se retrepó en su silla—. Claro.

Y así siguieron las cosas, mientras la mañana avanzaba a paso de tortuga y las franjas de luz de las ventanas iban recorriendo con parsimonia los montones de papeles que ocupaban toda la amplitud de la mesa. Poco a poco, Jezal fue comprendiendo las reglas de aquel juego horriblemente complejo y horriblemente simple a la vez. Los avejentados jugadores se dividían poco más o menos en dos equipos. El Archilector Sult y el Juez Marovia eran los capitanes que se enfrentaban con saña al tratar cualquier tema, por más insignificante que fuera, y cada uno de ellos contaba con tres aliados que se mostraban de acuerdo con todo lo que decían. Lord Hoff, entretanto, con la inepta colaboración del Lord Mariscal Varuz, desempeñaba el papel de árbitro y se esforzaba por tender puentes que franquearan el insalvable abismo que separaba a aquellas dos facciones irreconciliables.

El error de Jezal no había sido pensar que no sabría qué decir, aunque desde luego no lo sabía. Su error había sido pensar que habría alguien que tuviera el más mínimo interés en oírle. Lo único que les interesaba era proseguir con sus estériles disputas. Tal vez se habían acostumbrado a despachar los asuntos de estado con un imbécil babeante presidiendo la mesa. Jezal se daba cuenta ahora de que le veían como el recambio perfecto. Y empezaba a preguntarse si no estarían en lo cierto.

—Si Vuestra Majestad quisiera hacer el favor de firmar aquí...y aquí... y aquí... y allá.

La pluma rascaba un papel tras otro, las ancianas voces proseguían monótonas con su perorata y se enzarzaban en absurdas polémicas. Los hombres de cabellos grises sonreían, suspiraban y sacudían la cabeza con indulgencia cada vez que él abría la boca, consiguiendo de esa forma que cada vez la abriera menos. Le intimidaban con elogios, le cegaban con explicaciones. Le embrollaban debatiendo durante horas sobre incomprensibles cuestiones legales, tradiciones y formalismos. Poco a poco se fue hundiendo más y más en su incómoda silla. Un sirviente trajo vino, y bebió, y se emborrachó, y como se aburría, se emborrachó aún más y se siguió aburriendo. Los minutos se sucedían interminables. Jezal comenzaba a darse cuenta de que, una vez que se llegaba a su núcleo básico, no había nada más aburrido que las más altas instancias del poder.

—Pasemos ahora a un asunto bien triste —señaló Hoff una vez que la última discusión se resolvió con un precario compromiso—. Nuestro colega, el Lord Mariscal Burr, ha muerto. Su cuerpo ya está de camino desde el Norte y a su llegada será enterrado con todos los honores. Entretanto, no obstante, es nuestro deber proponer un sustituto. Será el primer asiento vacante desde el fallecimiento del llorado Canciller Feekt. ¿Lord Mariscal Varuz?

El viejo soldado se aclaró la garganta e hizo una mueca de dolor, como si supiera que iba a abrir una compuerta que podía dar lugar a una inundación que los ahogara a todos.

—Son dos los candidatos al puesto. Ambos, hombres de un valor y una experiencia fuera de toda duda, cuyos méritos son bien conocidos por los miembros de este Consejo. Estoy convencido de que tanto el General Poulder como el General Kroy serían...

—¡No puede haber la más mínima duda de que de que Poulder es el mejor de los dos! —gruñó Sult, secundado de inmediato por Halleck.

—¡Todo lo contrario! —bufó Marovia, acompañado de los murmullos de indignación de sus partidarios—. ¡Está claro como el agua que Kroy es la mejor opción!

Se trataba de un campo en el que, en su condición de oficial del ejército dotado de cierta experiencia, Jezal se creía capaz de realizar alguna aportación, por minúscula que fuera, pero no parecía que ninguno de los miembros del Consejo Cerrado tuviera la intención de consultarle. Se arrellanó enfurruñado en su silla y se echó al gaznate otra copa de vino mientras los viejos lobos se lanzaban dentelladas unos a otros.

—¡Tal vez podríamos debatir el asunto a fondo más adelante! —intervino Lord Hoff zanjando una discusión que crecía en acritud por momentos—. ¡A Su Majestad empiezan a fatigarle las sutilezas del debate y tampoco es una cuestión que haya que resolver de manera urgente! —Sult y

Marovia intercambiaron una mirada iracunda, pero permanecieron callados. Hoff exhaló un suspiro de alivio—. Muy bien. El siguiente punto del orden del día hace referencia a los suministros para el ejército de Angland. Según nos comunica el coronel West en uno de sus despachos...

—¿West? —soltó Jezal con la voz ronca por el vino mientras se incorporaba bruscamente en su asiento. Aquel nombre tuvo el mismo efecto que dar a oler unas sales a una jovencita desvanecida; era como una roca firme y sólida en la que apoyarse en medio de aquel caos. Ojalá hubiera estado allí con él para ayudarle a salir con bien de aquel embrollo, seguro que todo hubiera tenido más sentido y... miró parpadeando la silla vacía que había al lado de Varuz. Es posible que Jezal estuviera borracho, pero aun así era el rey. Se aclaró la garganta y proclamó:

—¡El coronel West será mi nuevo Lord Mariscal!

La sala se sumió en un silencio estupefacto. Los doce hombres le miraron fijamente. Torlichorm dejó escapar una risita indulgente, que venía a decir: «¿Cuándo aprenderá a mantener la boca cerrada?

—Su Majestad, todos sabemos que conocéis personalmente al coronel West y no ignoramos que es un hombre valiente...

Por una vez, parecía que el Consejo Cerrado había encontrado un punto en el que todos estaban de acuerdo.

—El primero en penetrar en la brecha de Ulrioch y todo eso —masculló Varuz mientras sacudía la cabeza—, pero la verdad es que...

—... es muy joven, carece de experiencia y...

—Es un plebeyo —dijo Hoff alzando las cejas.

—Una ruptura con la tradición de lo más inconveniente —se lamentó Halleck.

—¡Poulder sería mucho mejor! —gruñó Sult mirando a Marovia.

—¡Kroy es nuestro hombre! —le replicó Marovia con un ladrido.

Torlichorm miró a Jezal con la misma sonrisa acaramelada con que una nodriza trataría de calmar a un bebé díscolo.

—Ya ve, Majestad, que ni siquiera podemos plantearnos la posibilidad de que el coronel West sea...

La copa vacía de Jezal se estrelló con un sonoro crujido contra la frente despejada de Torlichorm y de rebote fue a parar traqueteando a uno de los rincones de la sala.

—¿Cómo osa a venirme con esa mierda de que «no podemos», maldito imbécil? ¡Usted me pertenece, todos ustedes me pertenecen! —Hecho una furia,

se puso a dar puñaladas al aire con un dedo—. ¡Su misión es aconsejarme, no darme órdenes! ¡Aquí mando yo! ¡Yo! —agarró de golpe un tintero y lo arrojó al otro extremo de la sala. Al impactar contra la pared se rompió, dejó un gran borrón en el yeso y salpicó de motas negras el blanco inmaculado de la manga del Archilector Sult—. ¡Yo! ¡Yo! ¡La única maldita tradición que hace falta aquí es la obediencia! —arrambló con un manojo de documentos, se los tiró a Marovia y el aire se lleno de papeles—. ¡Nunca más vuelvan a decirme «no podemos»! ¡Nunca más!

Once pares de ojos contemplaban a Jezal anonadados. El otro par sonreía desde el extremo opuesto de la mesa, lo cual contribuyó a que su furia alcanzara cotas aún más altas.

—¡Collem West es mi nuevo Lord Mariscal! —chilló, y acto seguido propinó una patada a su propia silla—. ¡Si la próxima vez que nos reunamos no se me trata con el debido respeto, haré que los saquen a todos de aquí con cadenas! ¡Con malditas cadenas... y... y...! —empezaba a dolerle mucho la cabeza. Ya había tirado todo lo que tenía al alcance de la mano y le estaba invadiendo una desesperante sensación de incertidumbre con respecto a lo que debía hacer a continuación.

Con gesto severo, Bayaz se levantó de su asiento.

—Señores, eso es todo por hoy.

Los miembros del Consejo Cerrado no necesitaron que se lo dijeran dos veces. Aleteaban los papeles, crujían las túnicas y chirriaban las sillas mientras se apresuraban a abandonar la sala. Hoff fue el primero en alcanzar el pasillo. Marovia le siguió de cerca y tras él se escabulló Sult. Varuz ayudó a Torlichorm a levantarse del suelo y luego se lo llevó agarrado del codo.

—Os pido disculpas, Majestad —resollaba con la cara ensangrentada mientras el mariscal lo sacaba precipitadamente por la puerta—, os pido mil disculpas...

Bayaz, de pie en un extremo de la mesa, observaba con gesto severo la atropellada salida de los consejeros. Jezal, entre tanto, se agazapaba en el extremo opuesto, paralizado entre la alternativa de seguir con su ataque de furia o morirse literalmente de vergüenza, aunque cada vez se inclinaba más por la segunda opción. Pareció transcurrir un siglo antes de que el último de los miembros del Consejo Cerrado huyera de la sala y las monumentales puertas negras se cerraran al fin.

El Primero de los Magos se volvió hacia Jezal y al instante su cara se rasgó con una amplia sonrisa.

—Habéis estado admirable, Majestad, admirable.

—¿Cómo? —Jezal estaba convencido de haber quedado como un imbécil

hasta un punto del que difícilmente volvería a recuperarse.

—Creo que a partir de ahora vuestros consejeros se lo pensarán dos veces antes de volver a tomaros a la ligera. No es una estrategia nueva, pero no por eso deja de ser de lo más eficaz. El propio Harod el Grande tenía un humor de perros al que sabía sacar mucho partido. Después de uno de sus berrinches, nadie se atrevía a cuestionar sus decisiones durante varias semanas —Bayaz soltó una risita—. Aunque sospecho que el propio Harod se lo habría pensado dos veces antes de infligir una herida a su propio Cónsul General.

—¡No ha sido un berrinche! —le gruñó Jezal, encendiéndose de nuevo. Estaba rodeado de viejos insufribles, pero Bayaz era de largo el peor de todos—. ¡Si soy el rey quiero que se me trate como tal! ¡No acepto que nadie me de órdenes en mi propio palacio! Nadie... ni siquiera... bueno, esto, quiero decir que...

Los ojos verdes de Bayaz le dirigieron una mirada de una dureza aterradora y luego le habló con gélida calma.

—Si Vuestra Majestad tiene la intención de perder los nervios conmigo, me permito aconsejarle que se abstenga de hacerlo.

El furor de Jezal ya había estado a punto de extinguirse hacía un momento, y ahora, bajo la mirada heladora de Bayaz, se esfumó por completo.

—Desde luego... esto... lo siento... lo siento mucho —cerró los ojos y los bajó aturdido hacia el pulido tablero de la mesa. Nunca había tenido por costumbre disculparse por nada. Pero, curiosamente, ahora que era rey y que no tenía que disculparse ante nadie, le costaba mucho trabajo dejar de hacerlo.

—Yo no quise esto —dijo con un hilo de voz mientras se dejaba caer en la silla—. No entiendo cómo ha ocurrido. No he hecho nada para merecérmelo.

—Por supuesto que no —Bayaz se le acercó rodeando despacio la mesa—. Ningún hombre se merece jamás un trono. Por eso lo que tiene que hacer ahora es esforzarse para ser digno de él. Todos los días. Igual que hicieron sus ilustres predecesores. Casamir, Arnault, el propio Harod.

Jezal respiró hondo y arrojó una bocanada de aire.

—Tiene razón, por supuesto. ¿Cómo es que siempre tiene razón?

Bayaz alzó la mano haciendo un gesto de humildad.

—¿Que siempre tengo razón? Ni mucho menos. Pero cuento con la ventaja de tener una dilatada experiencia a mis espaldas y estoy aquí para orientaros lo mejor que pueda. Habéis iniciado un duro camino de una manera muy brillante y deberíais sentiros tan orgulloso de vos como lo estoy yo. No obstante, hay ciertos pasos que no admiten más demora. Y el principal de ellos es la cuestión de vuestro matrimonio.

Jezal se quedó boquiabierto.

—¿Mi matrimonio?

—Un rey soltero es como una silla con tres patas, Majestad. Tiene una alarmante propensión a caerse. Acabáis de plantar vuestras posaderas en el torno y aún no están bien asentadas. Necesitáis una esposa que os pueda brindar su apoyo y necesitáis herederos para que vuestros súbditos se sientan seguros. Cualquier demora sólo servirá para que vuestros enemigos se pongan a trabajar en vuestra contra.

El impacto fue tan súbito que Jezal tuvo que agarrarse la cabeza para impedir que le estallara.

—¿Mis enemigos? —¿Acaso no había tratado siempre de llevarse bien con todo el mundo?

—¿Cómo podéis ser tan ingenuo? No me cabe ninguna duda de que Lord Brock ya ha empezado a conspirar contra vuestra persona. Tampoco será posible mantener tranquilo a Lord Isher de forma indefinida. Y son muchos los consejeros que os votaron por miedo o por haber sido comprados para que lo hicieran.

—¿Comprados? —exhaló Jezal.

—Los apoyos de ese tipo no duran eternamente. Debéis casaros con una esposa que pueda proporcionaros poderosos aliados.

—Pero es que tengo... —Jezal se chupó los labios intentando encontrar la mejor forma de plantear la cuestión—... ciertos compromisos... a ese respecto.

—Ardee West —Jezal abrió la boca para preguntarle a Bayaz cómo era posible que estuviera al tanto de sus enredos amorosos, pero rápidamente se lo pensó mejor. A fin de cuentas, aquel viejo parecía saber más cosas sobre su vida que él mismo—. Sé cómo es eso, Jezal. He vivido mucho. Como es natural, estáis enamorado de ella. Como es natural, renunciaríais a cualquier cosa por ella. Pero, creedme, ese sentimiento se pasa.

Jezal, nervioso, reacomodó su peso. Trató de imaginarse la sonrisa ladeada de Ardee, la suavidad de su cabello, el sonido de su risa. Lo reconfortante que había sido pensar en ella cuando estaba en la gran llanura. Pero le costaba trabajo hacerlo sin que le viniera a la mente la imagen de sus dientes clavándosele en los labios, el hormigueo que le dejó en la cara su bofetón, el crujir de la mesa mientras se movía de atrás adelante por debajo de ellos. La vergüenza, y la culpa, y la complejidad. Bayaz seguía hablando, con despiadada calma, con brutal realismo, con implacable lógica.

—Es perfectamente natural que tengáis ciertos compromisos, pero vuestra vida anterior ha terminado. Ahora sois el rey y vuestro pueblo os exige

que os comportéis como tal. Necesitan algo que despierte su admiración. Algo que, sin tener que realizar ningún esfuerzo, puedan considerar que está muy por encima de ellos. Es de la Reina de la Unión de lo que estamos hablando, de una madre de reyes. ¿La hija de un modesto hacendado con cierta propensión a comportarse de forma imprevisible y una marcada afición por el alcohol? No lo veo —Jezal se estremeció al oír semejante descripción de Ardee, pero carecía de elementos para discutirla—. Sois un hijo natural. Una esposa de una alcurnia intachable daría mucha mayor enjundia a vuestro linaje. Mucha más respetabilidad. Hay infinitas candidatas, Majestad, y todas ellas de muy buena cuna. Hijas de duques, hermanas de reyes, unas mujeres hermosas y refinadas. Todo un mundo de princesas en donde escoger.

Jezal sintió que se le elevaban las cejas. Amaba a Ardee, por supuesto, pero los argumentos de Bayaz eran irrefutables. Ahora tenía que pensar en muchas otras cosas aparte de en sus necesidades personales. Si la idea de que él mismo fuera un rey resultaba absurda, la de que Ardee pudiera ser una reina lo era por triplicado. La amaba, claro que sí. A su manera. Pero... ¿todo un mundo de princesas en donde elegir? Esa era una frase a la que costaba mucho ponerle reparo alguno.

—¡Veo que lo entiende! —el Primero de los Magos chasqueó los dedos en señal de triunfo—. Enviaré un mensaje al Duque Orso de Talins comunicándole que deseáis que os sea presentada su hija Terez —alzó un brazo reclamando calma —. Debéis entender que no es más que una forma de empezar. Ahora bien, Talins sería un aliado muy poderoso —sonrió y pegó sus labios al oído de Jezal—. Pero si realmente os sentís muy apegado a esa muchacha, tampoco es necesario que renunciéis a ella. Ya sabéis que los Reyes suelen tener amantes.

Y eso, por supuesto, zanjó la cuestión.

Preparados para lo peor

Glokta estaba sentado en el comedor mirando fijamente la mesa mientras se masajeaba su dolorido muslo con una mano. Con la otra revolvía distraídamente la fortuna en joyas que había esparcida sobre un estuche de cuero negro.

¿Por qué lo hago? ¿Por qué sigo aquí haciendo preguntas? ¿Qué habría de malo en partir con la próxima marea? ¿Un recorrido turístico por las hermosas ciudades estirias, tal vez? ¿Un crucero por las Mil Islas? ¿Con la recóndita Thond o el lejano Suljuk como destino final para vivir en paz el resto de mi contrahecha existencia entre unas gentes que no comprenden ni una palabra de lo que les digo? ¿Sin hacer daño a nadie? ¿Sin tener que guardar secretos? Tan indiferente a la inocencia o la culpabilidad, a la verdad o la mentira, como estos pequeños trozos de roca.

Las gemas titilaban a la luz de las velas, tintineaban al chocar unas con otras y le producían un cosquilleo en los dedos cuando las empujaba primero a un lado y luego al contrario. *Pero mi súbita desaparición haría llorar y llorar a Su Eminencia. Y también, me imagino, a la banca Valint y Balk. ¿En qué lugar de todo el amplio Círculo del Mundo me encontraría a salvo de las lágrimas de tan poderosos señores? ¿Y para qué? ¿Para poder pasarme todo el día sentado sobre mi deforme trasero esperando la llegada de mi asesino? ¿Para poder estar tumbado en la cama suspirando por todo lo que he perdido?*

Bajó la vista hacia las joyas; limpias, duras, hermosas. *Hace mucho que decidí mi camino. Cuando acepté el dinero de Valint y Balk.*

Cuando besé el anillo del cargo. Antes incluso de pasar por las prisiones del Emperador, cuando cabalgué por aquel puente, convencido de que sólo el magnífico Sand dan Glokta podría salvar al mundo...

Un golpetazo resonó por toda la habitación y la desdentada boca de Glokta se abrió al alzar bruscamente la cabeza. *Mientras no sea el Archilector...*

—¡Abran en nombre de Su Eminencia!

El espasmo que le recorrió la espalda al arrastrarse fuera de la silla le hizo contraer el rostro mientras se apresuraba a amontonar a manotazos las piedras preciosas. Relucientes manojos de un valor inestimable. La frente se le

había llenado de sudor.

¿Y si el Archilector descubriera mi pequeño tesoro escondido? Se rió para sus adentros mientras agarraba el estuche de cuero. *Pensaba hablarle de ello, se lo aseguro, pero por alguna razón nunca encontraba el momento adecuado. Al fin y al cabo, la cosa tampoco tiene mayor importancia: no es más que el rescate de un rey.* En su apresuramiento, dio un papirotazo a una de las joyas, que cayó centelleando al suelo con un agudo clic clic.

Sonó otro golpe, esta vez tan fuerte que hizo vibrar el grueso cerrojo.

—¡Abran!

—¡Ya va! —soltando un gemido, se puso a cuatro patas y, con el cuello en un grito, comenzó a buscar por el suelo. Ahí estaba: encajada entre dos listones había una piedra verde plana que relucía a la luz de la chimenea.

¡Ya eres mía! La cogió de un manotazo, se levantó apoyándose en el borde de la mesa y dobló el estuche con dos pliegues. *No hay tiempo de devolverlo a su escondrijo.* Se lo metió por dentro de la camisa, empujándolo hacia abajo para que quedara detrás del cinturón, y luego agarró el bastón y cojeó hacia la puerta, limpiándose el sudor de la frente y arreglándose la ropa para estar lo más presentable posible.

—¡Ya va! No hace falta...

Cuatro Practicantes descomunales irrumpieron en sus aposentos y la apartaron de un empujón que estuvo a punto de derribarle. Detrás de ellos, en el pasillo, estaba Su Eminencia el Archilector, con una expresión torva, y otros dos Practicantes a su espalda. *Extraña hora para recibir tan gratificante visita.* Glokta oía tras de sí a los Practicantes andando a pisotones por sus aposentos, abriendo de golpe puertas y cajones. *No se preocupen, caballeros, como si estuvieran en su casa.* Al cabo de un rato, volvieron a aparecer en la sala.

—No hay nada —gruñó uno de ellos desde detrás de la máscara.

—Hummm —soltó con sorna Sult, y acto seguido franqueó el umbral y echó un vistazo a la sala con marcado desdén. *Al parecer, mis nuevos aposentos apenas son más imponentes que los antiguos.* Los seis Practicantes tomaron posiciones a lo largo de las paredes del comedor de Glokta y se quedaron cruzados de brazos en actitud vigilante. *¿Hace falta semejante montonera de gigantes para echarle un ojo a un pobre tullido como yo?*

Los zapatos de Sult se clavaban como puñales en el suelo mientras daba vueltas de un lado para otro con sus ojos azules desorbitados y la cara contraída en un gesto de furia. *No hace falta ser muy sagaz a la hora de juzgar a las personas para darse cuenta de que este hombre no anda muy contento que digamos. ¿Se habrá enterado de alguno de mis feos secretos? ¿De alguna de mis pequeñas desobediencias?* Glokta sintió el estremecimiento de un sudor frío que le subía por su columna

contrahecha. *¿Será quizá la falsa ejecución de la Maestre Eider? ¿El acuerdo alcanzado con la Practicante Vitari para contar siempre algo menos que toda la verdad?* Una de las puntas del estuche de cuero se le clavó un poco en las costillas al tratar de reacomodar las caderas. *¿O se tratará simplemente de algo tan insignificante como la inmensa fortuna con la que fui comprado por una banca de muy dudosa reputación?*

Una imagen se presentó de golpe en la mente de Glokta: el estuche de las joyas se abría detrás de su cinturón y un reguero de piedras preciosas de incalculable valor comenzaba a caer por las perneras de sus pantalones ante la mirada atónita del Archilector y sus Practicantes. *Me pregunto qué explicación daría a eso.* La idea le hizo tanta gracia que tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa.

—¡Ese cabrón de Bayaz! —gruñó Sult formando dos puños con sus guantes blancos.

Glokta sintió que se relajaba mínimamente. *Parece que la cosa no va conmigo. Por ahora, al menos.*

—¿Bayaz?

—¡Ese calvo embustero, ese maldito impostor con su sonrisa de suficiencia, ese viejo charlatán... se ha adueñado del Consejo Cerrado! *¡Al ladrón! ¡Ha* puesto al gusano de Luthar a darnos órdenes! ¡Y eso que usted me dijo que era un patán sin carácter! *Le dije que antes era un patán sin carácter, pero usted no me hizo ni caso.* ¡Resulta que ese maldito cachorrillo no sólo tiene dientes, sino que además no tiene miedo de usarlos, y es el cabrón del Primero de los Magos quien le lleva de la correa! ¡Se está riendo de nosotros! ¡Se está riendo de mí! ¡De mí! —chilló Sult clavándose un dedo en el pecho.

—Esto, yo...

—¡No me venga otra vez con sus malditas excusas, Glokta! ¡Me estoy hundiendo en un mar de excusas, cuando lo que quiero que se me den son respuestas! ¡Respuestas y soluciones! ¡Quiero saber más sobre ese maldito embustero!

En tal caso puede que esto le impresione.

—Lo cierto es que ya me había tomado la libertad de dar algunos pasos en esa dirección.

—¿Qué pasos?

—He conseguido arrestar al Navegante —dijo Glokta permitiéndose esbozar una leve sonrisa.

—¿Al Navegante? —Sult no dio ninguna muestra de estar impresionado—. ¿Y qué le ha contado ese imbécil contemplador de estrellas?

Glokta hizo una pequeña pausa.

—Que atravesó el Viejo Imperio hasta llegar a los Confines del Mundo en compañía de Bayaz y de nuestro nuevo monarca, antes de que ascendiera al trono —se esforzó por dar con unas palabras que encajaran en el universo de lógica, razones y explicaciones claras que habitaba Sult—. Y que habían ido allí a buscar... una reliquia... de los Viejos Tiempos...

—¿Reliquias? —inquirió Sult acentuando aún más su ceño—. ¿Viejos Tiempos?

Glokta tragó saliva.

—Así es. Pero el caso es que no la encontraron...

—¿Quiere decir que lo que sabemos es una de las miles de cosas que Bayaz *no* ha hecho. ¡Bah! —Sult barrió con furia el aire con una mano—. ¡Ese tipo es un don nadie y lo que le ha contado no tiene ningún valor! ¡Déjese ya de leyendas y de sandeces!

—Por supuesto, Su Eminencia —masculló Glokta. *A algunas personas no hay manera de contentarlas.*

Sult contempló con gesto ceñudo el tablero del juego de los cuadros que había debajo de la ventana y dejó suspendida sobre las piezas una de sus manos, como si se dispusiera a hacer un movimiento.

—Ya he perdido la cuenta de todas las veces que me ha fallado, pero le voy a dar una última oportunidad de reparar sus errores. Vuelva a investigar al Primero de los Magos. Encuentre algún arma, algún punto flaco que podamos usar en su contra. Ese hombre es como una enfermedad y tenemos que erradicarla —y empujó con saña una de las piezas blancas—. ¡Quiero verle destruido! ¡Quiero verle acabado! ¡Quiero verle en el Pabellón de los Interrogatorios, cargado de cadenas!

Glokta tragó saliva.

—Eminencia, Bayaz está cómodamente instalado en palacio y eso le sitúa fuera de mi alcance... su protegido es ahora nuestro Rey... *En parte gracias a nuestros ímprobos esfuerzos* —Glokta estuvo a punto de hacer una mueca de dolor pero no consiguió abstenerse de hacer la pregunta—. ¿Cómo voy a hacerlo?

—¿Cómo? —aulló Sult—. ¿Cómo, maldito gusano tullido? —hecho una furia, barrió el tablero de un manotazo y todas las piezas salieron rodando por el suelo. *¿Hace falta que me pregunte a quién le va a tocar agacharse para recogerlas?* Los seis Practicantes, como guiados por el tono de voz del Archilector, se separaron de la pared y se cernieron amenazadores sobre la habitación—. ¡Si deseara ocuparme de todos los detalles en persona, no tendría necesidad de los servicios de un inútil como usted! ¡Salga de aquí y haga lo que le he dicho,

maldito perro deforme!

—Su Eminencia es muy generoso conmigo —farfulló Glokta, volviendo a inclinar humildemente la cabeza. *Pero hasta al más mísero de los perros hay que rascarle de vez en cuando detrás de la oreja, porque si no puede acabar lanzándose a la garganta de su amo...*

—Y ya de paso investigue el cuento ese que nos ha soltado.

—¿Qué cuento, Archilector?

—¡El cuento de hadas sobre Carmee dan Roth! —los ojos de Sult se entornaron aún más hasta quedar reducidos a dos ínfimas ranuras junto al caballete de la nariz —. Ya que no podemos hacernos con la correa del perro, habrá que sacrificarlo, ¿entendido?

A pesar de todos los esfuerzos de Glokta por que se estuviera quieto, su ojo no paraba de palpitar. *Buscar una manera para hacer que el reinado del Rey Jezal acabe de forma abrupta. Peligroso. Si la Unión fuera un barco, acabaría de pasar por una tormenta y estaría profundamente escorado. Hemos perdido al capitán. Si ahora sustituimos al nuevo, es posible que el barco se parta en dos. Entonces nos encontraremos todos nadando en unas aguas frías, profundas y desconocidas. ¿Algún voluntario para una guerra civil?* Bajó la vista y contempló con el ceño fruncido las piezas que había caídas por el suelo. *Pero Su Eminencia ha hablado. ¿Qué fue lo que dijo Shickel? Cuando tu señor te encomienda una tarea, haces todo lo que puedas para llevarla a cabo. Por siniestra que sea. Y parece que algunos de nosotros sólo servimos para ese tipo de tareas...*

—Carmee dan Roth y su hijo bastardo. Descubriré qué hay de verdad en ello, puede confiar en mí, Eminencia.

La mueca de Sult alcanzó las máximas cotas de desprecio.

—¡Qué más quisiera!

Había bastante ajetreo en el Pabellón de los Interrogatorios para ser de noche. Mientras avanzaba renqueando por los pasillos, con su caricatura de dientes clavados en el labio y aferrando con fuerza el puño sudado del bastón para que no se le resbalara de la mano, Glokta no veía a nadie. No veía a nadie, pero los oía.

Las voces bullían tras las puertas reforzadas con hierro. Graves e insistentes. *Las de los que hacen preguntas.* Agudas y desesperadas. *Las de los que vierten respuestas.* De vez en cuando, un chillido, un rugido, o un alarido de dolor rasgaban el espeso silencio. *Eso poca explicación requiere.* Glokta se acercó renqueando a Severard, que estaba apoyado en la sucia pared, con un pie

posado sobre el enlucido, silbando desatinadamente por detrás de su máscara.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

—Algunos de los partidarios de Lord Brock se emborracharon y se pusieron a alborotar un poco. Cincuenta de ellos montaron un buen follón cerca de las Cuatro Esquinas. Reclamaban no se qué derechos, lloriqueaban porque se les había engañado y se quejaban de que no se hubiera elegido rey a Brock. Ellos lo llaman manifestación. Nosotros alta traición.

—Alta traición, ¿eh? *Un término con una definición notablemente flexible.* Escoged a unos cuantos cabecillas y que firmen los pliegos de confesión. Angland vuelve a estar en manos de la Unión. Ya va siendo hora de que volvamos a llenarlo de traidores.

—Ya están en ello. ¿Algo más?

—Oh, por supuesto. *Unos juegos malabares con cuchillos. Cuando uno baja, los otros dos suben. Cada vez hay más aceros dando vueltas en el aire y todos ellos con un filo letal.* Hoy a primera hora de la mañana he recibido una visita de Su Eminencia. Una visita bastante breve, pero que a mí se me ha hecho muy larga.

—¿Tiene trabajo para nosotros?

—Nada que vaya a hacerte rico, si es eso en lo que estás pensando.

—Nunca pierdo la esperanza. Soy lo que se suele llamar un optimista empedernido.

—Mejor para ti. *Yo soy más bien todo lo contrario* —Glokta respiró hondo y dejó escapar un prolongado suspiro—. Se trata del Primero de los Magos y sus audaces compañeros.

—¿Otra vez?

—Su Eminencia quiere obtener información sobre ellos.

—¿Pero ese Bayaz, no está muy unido a nuestro nuevo rey?

Glokta enarcó una ceja. *¿Unido? Es casi como si lo hubiera fabricado con sus propias manos.*

—Por eso mismo debemos vigilarlo, Practicante Severard. Para proteger al Rey. Los hombres poderosos no sólo tienen poderosos amigos, sino también poderosos enemigos.

—¿Cree que el Navegante ese sabe algo más?

—Nada que nos sirva de mucho.

—Qué pena. Me estaba acostumbrando a su compañía. Cuenta maravillosamente una historia sobre un pez enorme.

Glokta se relamió sus encías desnudas.

—De momento déjale que siga ahí. Puede que el Practicante Frost aprecie sus disparatadas historias. *Tiene un fino sentido del humor.*

—Pero si el Navegante no nos sirve, ¿a quién vamos a exprimir?

Eso, ¿a quién? Nuevededos ha volado. Bayaz está bien arropado en palacio y su aprendiz va siempre pegado a él. Y el que otrora fuera simplemente Jezal dan Luthar, admitámoslo, no está a nuestro alcance...

—¿Qué hay de la mujer?

Severard alzó la vista.

—¿Quién, esa zorra morena?

—Sigue en la ciudad, ¿no?

—Que yo sepa sí.

—Síguela y averigua de qué va.

El Practicante se interrumpió un instante.

—¿Tengo que ser yo?

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo?

Severard se levantó un poco la máscara y se rascó por debajo.

—Se me ocurren muchas otras personas a las que preferiría seguir antes que a ella.

—La vida es una sucesión de cosas que preferiríamos no hacer —Glokta miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que estaban solos—. También tenemos que hacer algunas preguntas sobre Carmee dan Roth, la supuesta madre de nuestro actual monarca.

—¿Qué tipo de preguntas?

Se pegó a Severard y le susurró al oído.

—Preguntas como: ¿Es cierto que dio a luz a un hijo antes de morir? ¿Es verdad que el hijo en cuestión era el fruto de la entrepierna hiperactiva del Rey Guslav? ¿Es cierto que ese niño es la misma persona que el hombre que tenemos ahora en el trono? *Unas preguntas que podrían meternos en un serio aprieto. Unas preguntas que algunas personas considerarían un acto de alta traición. Pero ya se sabe que ese término tiene una definición notablemente flexible.*

La máscara de Severard tenía el mismo aspecto de siempre, pero las partes visibles de su rostro denotaban una gran preocupación.

—¿Está seguro de querer escarbar en eso?

—¿Por qué no vas a preguntarle al Archilector si está él seguro? A mí, desde luego, me pareció que lo estaba, y mucho. Si ves que tienes problemas,

coge a Frost para que te ayude.

—Pero... ¿qué es lo que buscamos? ¿Cómo vamos a...?

—¿Cómo? —bufó Glokta—. Si deseara ocuparme en persona de todos los detalles no requeriría de vuestros servicios. ¡Largo de aquí y haz lo que te he dicho!

En los tiempos en que Glokta era un joven apuesto, vivaz y prometedor al que todos admiraban y envidiaban, había sido un cliente asiduo de las tabernas de Adua. *Aunque ni siquiera en mis estados más crepusculares recuerdo haber ido a parar nunca a un antro como este.*

Mientras renqueaba entre la clientela, apenas si se sentía fuera de lugar. En aquel local estar lisiado parecía ser la norma, y, de hecho, tenía más dientes que la mayoría de los allí presentes. Pocos eran los que no exhibían repulsivas cicatrices, repugnantes heridas o ulceras y verrugas capaces de sonrojar a un sapo. Había hombres que temblaban más que una hoja en una galerna y apestaban a orina rancia. Otros parecían haberle rebanado el pescuezo a un niño sólo para comprobar que tenían el cuchillo bien afilado. Apoyada en una pared había una puta borracha con una pose que no hubiera conseguido excitar ni al más desesperado de los marineros. *La misma peste a cerveza agriada, a desesperanza, a sudor reseco y a muerte temprana que recuerdo de los días de mis mayores excesos. Sólo que peor.*

Al fondo de la apestosa sala común, en una arcada abovedada, había una especie de cubículos poblados de míseras sombras y de aún más míseros borrachos. *¿Dónde si no aquí iba a encontrar a semejante personaje?* Glokta se acercó arrastrando los pies hasta el último de ellos.

—Vaya, vaya, vaya. Jamás pensé que volvería a verle con vida.

El aspecto de Nicomo Cosca era incluso peor que el que tenía la primera vez que se vieron, de ser eso posible. Se encontraba medio derrumbado contra la viscosa superficie de la pared, con las manos colgando a los costados y la cabeza ladeada, observando a Glokta con los ojos apenas entreabiertos mientras éste se abría paso dolorosamente hasta la silla que tenía enfrente. La luz parpadeante de una solitaria vela permitía distinguir una tez de una palidez jabonosa, grandes bolsas negras debajo de los ojos y una cara chupada y afilada surcada de oscilantes sombras. El sarpullido del cuello parecía estar más irritado de lo habitual y trepaba por un lado de las mandíbulas como la hiedra sobre unas ruinas. *Un pequeño esfuerzo más y conseguiría tener un aspecto tan enfermizo como el mío.*

—Superior Glokta —resolló con una voz tan áspera como la corteza de

un árbol—. Cuánto me alegro de que recibiera mi mensaje. Es todo un honor poder reanudar el trato con usted contra todo pronóstico. Así que sus jefes no recompensaron sus desvelos en el Sur rebanándole el pescuezo, ¿eh?

—Mi sorpresa no fue menor que la suya, pero, así fue en efecto. *Aunque todavía hay tiempo de sobra para eso.* ¿Qué tal fueron las cosas por Dagoska después de que yo me fuera?

El estirio hinchó los carrillos y los vació de golpe.

—Ya que lo pregunta, le diré que lo de Dagoska fue un desastre. Muchos hombres murieron. Y muchos otros acabaron convertidos en esclavos. En fin, lo normal cuando los invitados a cenar son los gurkos. Muchos hombres buenos que acabaron mal y muchos hombres malos que tampoco salieron mucho mejor parados. En realidad todo acabó mal para todos. Su amigo el general Vissbruck fue uno de ellos.

—Según he oído se cortó el cuello. *Un acto que le ha granjeado el aplauso unánime de la opinión pública.* ¿Y cómo logró escapar usted?

La comisura de la boca de Cosca se curvó un poco hacia arriba, como si quisiera sonreír pero no tuviera fuerzas para ello.

—Me disfracé de sirvienta y salí huyendo.

—Ingenioso. *Aunque me parece bastante más probable que fueras tú quien abrió las puertas a los gurkos a cambio de la libertad. Me pregunto si yo no hubiera hecho lo mismo en una situación como esa. Seguramente sí. Y una suerte para los dos.*

—Dicen que la suerte es mujer. Y que se siente atraída por quienes menos la merecen.

—Puede ser. *Aunque en mi caso ni la merezco ni la tengo.* Desde luego es una circunstancia muy afortunada que haya aparecido por Adua en un momento como este. Las cosas andan... un poco revueltas.

Glokta oyó una especie de chillido, acompañado de un leve runrún, y de pronto una rata salió disparada de debajo de su silla y se detuvo un momento a plena vista. Con un gesto torpe, Cosca hurgó en su desastrada casaca y luego sacó la mano a toda velocidad. Con ella salió un puñal, que surcó el aire como una exhalación, se clavó en los tablones del suelo y se quedó vibrando a más de dos zancadas de su blanco. La rata permaneció quieta unos instantes, como para dejar bien claro su desprecio, y luego se escabulló entre las patas de las mesas y las sillas, esquivando las desgastadas botas de los parroquianos.

Cosca se repasó con la lengua sus dientes verdosos y salió del cubículo para ir a recoger su puñal.

—Antes era rápido como una centella con el puñal, ¿sabe?

—Antes las más hermosas mujeres estaban pendientes de cada una de mis palabras —Glokta se lamió sus encías desnudas—. Los tiempos cambian.

—Eso he oído. Y no han sido pocos los cambios que ha habido. Nuevos gobernantes significan nuevas preocupaciones. Y para la gente de mi oficio, las preocupaciones significan negocio.

—Es posible que dentro de no mucho pueda serme de utilidad un hombre dotado de un talento tan particular como el suyo.

—Faltaría a la verdad si le dijese que no estaría en condiciones de aceptar la oferta que me hiciera —Cosca levantó una botella, la inclinó e introdujo la lengua en el cuello para rebañar las últimas gotas—. Mis faltriqueras andan tan vacías como un pozo seco. Tan vacías que, de hecho, ni siquiera tengo faltriqueras.

En eso, al menos, puedo serle de ayuda. Glokta se aseguró de que nadie los estaba mirando y luego arrojó un objeto sobre la rugosa superficie de la mesa y se quedó mirando cómo se deslizaba dando giros hasta quedar detenido justo delante de Cosca. El mercenario lo cogió entre el pulgar y el índice, lo acercó a la llama de la vela y lo observó con uno de sus ojos sanguinolentos.

—Yo diría que esto es un diamante.

—Considérelo un adelanto por sus servicios. Me imagino que podrá encontrar unos cuantos hombres de un talento afín al suyo para que le ayuden. Hombres fiables, de esos que no hacen preguntas ni se van de la lengua. Buenos hombres que puedan echarle una mano.

—Querrá decir malos hombres, ¿no?

Glokta sonrió, dejando al descubierto los huecos de su dentadura.

—Bueno, supongo que todo dependerá de si uno es su patrón o del trabajo que tienen que realizar.

—Eso mismo supongo yo —Cosca dejó caer la botella sobre los desnivelados tablones del suelo—. *¿Y* en qué consiste ese trabajo, Superior?

—De momento, lo único que hay que hacer es esperar y dejarse ver lo menos posible —acto seguido, sacó la cabeza del cubículo y llamó a una malcarada sirvienta chasqueando los dedos—. ¡Traiga a mi amigo otra botella de lo mismo!

—¿Y luego?

—Estoy seguro de que encontraré algo para usted —haciendo un gesto de dolor, se corrió un poco hacia delante en la silla y susurró:

—Entre usted y yo. He oído rumores de que los gurkos están en camino.

—¿Otra vez ellos? ¿Y otra vez nosotros? Esos cabrones no respetan nada.

Ni dioses, ni justicia, ni credos —se estremeció—. Me ponen de los nervios.

—Bueno, sean quienes sean los que al final llamen a nuestra puerta, estoy seguro de que a pesar de tenerlo todo en contra conseguiré arreglármelas para montar una de esas resistencias heroicas en las que no existe ninguna posibilidad de recibir auxilio. *Al fin y al cabo, enemigos no me faltan.*

Los ojos del mercenario se iluminaron cuando la sirvienta plantó una botella llena en la superficie alabeada de la mesa.

—Ah, las causas perdidas. Son mis favoritas.

El hábito de mandar

West estaba sentado en la tienda del Lord Mariscal mirando al infinito con gesto pesaroso. A lo largo de aquel último año apenas si había estado ocioso un solo instante. Y ahora, sin embargo, lo único que podía hacer era aguardar. A cada momento esperaba ver a Burr apartar la solapa de la tienda y encaminarse hacia los mapas con las manos enlazadas a la espalda. Seguía esperando sentir en el campamento su tranquilizadora presencia, oír su voz atronadora llamando al orden a algún oficial indisciplinado. Pero también sabía, por supuesto, que eso no iba pasar. Ni ahora ni nunca.

A su izquierda se sentaban los miembros del Estado Mayor de Kroy, lúgubres y solemnes en sus negros uniformes, que, para no perder la costumbre, estaban perfectamente planchados. A su derecha, hinchados de orgullo como pavos reales desplegando sus colas, se repantigaban los hombres de Poulder, con el botón de arriba de las guerreras desabrochado en patente desafío a sus colegas de enfrente. Por su parte, los dos grandes generales se observaban el uno al otro con la misma desconfianza que dos ejércitos enemigos en el campo de batalla, mientras aguardaban la llegada del edicto que elevaría a uno de ellos al Consejo Cerrado y a las cumbres del poder y truncaría las esperanzas del otro para siempre. El edicto que certificaría la proclamación del nuevo Rey de la Unión y el nombramiento de su nuevo Lord Mariscal.

La cosa estaba entre Poulder y Kroy, y ambos saboreaban ya por anticipado su gloriosa victoria final sobre el otro. Entretanto, el ejército, y West en concreto, permanecía parado sin hacer nada, en la más absoluta impotencia. Más al norte, el Sabueso y sus compañeros, que habían salvado la vida a West en su larga marcha por la intemperie más veces de las que fuera capaz de recordar, luchaban por su supervivencia y oteaban el horizonte con desesperación aguardando una ayuda que no llegaría nunca.

West se sentía como una persona que estuviera asistiendo a su propio funeral, un funeral cuya concurrencia estaba compuesta en su mayoría por enemigos sonrientes y desdeñosos que habían acudido sólo para figurar. La cosa estaba entre Poulder y Kroy, y fuera quien fuera el elegido, supondría su perdición. Poulder le odiaba con ardiente pasión, Kroy le aborrecía con gélido

desprecio. La única caída más fulminante y definitiva que la suya sería la de aquel de los otros dos al que pasara por encima el Consejo Cerrado.

De fuera llegó un leve revuelo, y todas las cabezas se giraron con avidez para ver qué pasaba. Luego se oyeron unos pasos apresurados que se acercaban a la tienda, y varios oficiales se levantaron ansiosos de sus sillas. Se abrió de golpe la solapa, y acompañado del tintinear de sus espuelas irrumpió la figura de un Mensajero. Era un tipo tan alto que, al erguirse, las alas de su casco casi hacen un agujero en el techo de la tienda. Colgada en bandolera del hombro de su coraza llevaba una cartera de cuero que tenía impreso el sol dorado de la Unión. West lo miró fijamente, conteniendo la respiración.

—Entrégueme su mensaje —le apremió Kroy, alargando una mano.

—¡Entréguemelo a mí! —le espetó Poulder.

Los dos hombres se zarandearon el uno al otro con escasa dignidad mientras el Mensajero los contemplaba impasible con el ceño fruncido.

—¿Se encuentra el coronel West entre los presentes? —inquirió con una resonante voz de bajo. Todas las cabezas, y de manera muy particular, las de Poulder y Kroy, se volvieron hacia atrás.

Vacilando un poco, West se levantó de la silla.

—Mmm... yo soy West.

El Mensajero rodeó a Poulder y Kroy, sin ninguna ceremonia, y acompañado del cascabeleo de sus espuelas, avanzó hacia West. Abrió la cartera, sacó un rollo de pergamino y lo alzó.

—Las órdenes del Rey.

Para rematar la imprevisible carrera de West con una última ironía, al parecer iba a tener que ser él quien anunciara el nombre de la persona que unos pocos minutos después le destituiría de la forma más deshonrosa posible. Pero si había llegado la hora de arrojarse sobre su espada, demorarlo no haría si no aumentar el dolor. Cogió el rollo que le tendía el guantelete del Mensajero y rompió el grueso sello. Lo fue desenrollando y se detuvo a la mitad, cuando ya quedaba a la vista una parte del texto. Todos los presentes contuvieron la respiración cuando se dispuso a empezar a leer.

A West se le escapó una risa de incredulidad. A pesar de que la atmósfera que reinaba en la tienda era tan tensa como la de la sala de un tribunal donde se aguardara la lectura del veredicto, no pudo contenerse. Tuvo que releer dos veces la primera parte del mensaje y ni siquiera así llegó a asimilarlo del todo.

—¿Qué es lo que le divierte tanto? —inquirió Kroy.

—El Consejo Abierto ha elegido como nuevo Rey de la Unión a Jezal dan Luthar, que a partir de ahora pasará a llamarse Jezal Primero —West tuvo que volver a reprimir una carcajada, aunque, a decir verdad, si aquello era una broma no tenía la más mínima gracia.

—¿Luthar? —preguntó alguien—. ¿Quién demonios es el tal Luthar?

—¿No es el muchacho ese que ganó el último Certamen?

En cierto modo todo aquello resultaba de lo más apropiado. Jezal siempre se había comportado como si valiera mucho más que el resto de la humanidad. Y, al parecer, no se equivocaba. Pero ahora eso, por muy trascendental que fuera, era un asunto secundario.

—¿Quién es el nuevo Lord Mariscal? —gruño Kroy, y los miembros de ambos Estados Mayores, que ahora ya estaban todos de pie, se adelantaron y formaron un semicírculo de rostros expectantes.

West respiró hondo y se preparó para lo peor, como un niño que estuviera a punto de zambullirse en un estanque helado. Abrió del todo el rollo y sus ojos recorrieron la última parte del texto. Frunció el ceño. Ni el nombre de Poulder ni el de Kroy aparecían por ninguna parte. Volvió a leerlo, esta vez con más cuidado. De pronto sintió que las rodillas le flojeaban.

—¿A quién se nombra? —soltó Poulder casi chillando. West abrió la boca, pero no le salían las palabras. Le tendió el rollo y Poulder se lo arrancó de la mano mientras Kroy se esforzaba inútilmente por echar un vistazo por encima del hombro.

—No —exhaló Poulder al acabar de leer.

Kroy se apoderó del despacho y sus ojos lo recorrieron a toda velocidad.

—¡Tiene que ser un error!

Pero el Mensajero no era de la misma opinión.

—El Consejo Cerrado no acostumbra a cometer errores. ¡Son las órdenes del Rey! —y acto seguido se volvió hacia West y le saludo con una inclinación—. Mi Lord Mariscal, me despido de usted.

La crema y nata de la oficialidad del ejército miraba a West con la boca abierta.

—Ejem... sí —alcanzó a tartamudear—. Sí, claro.

Una hora más tarde la tienda estaba vacía. West estaba sentado a solas ante el escritorio de Burr, colocando y recolocando una y otra vez el bolígrafo, el

tintero, los papeles y, sobre todo, la voluminosa carta, que acababa de sellar con un goterón de cera roja. Bajó la vista y la contempló con gesto ceñudo, luego la alzó para mirar con idéntico gesto los mapas desplegados en los tableros, volvió a bajarla hacia sus manos, que descansaban ociosas sobre el cuero rayado, y trató de comprender qué demonios había pasado. Lo único que tenía claro era que de pronto se había visto encumbrado a uno de los cargos más importantes de la Unión. El Lord Mariscal West. Exceptuando tal vez a Bethod, era el hombre más poderoso a este lado del Mar Circular. Poulder y Kroy estaban obligados a llamarle «señor». Y ocupaba una silla en el Consejo Cerrado. ¡Él! ¡Collem West! Un plebeyo que durante toda su vida había tenido que aguantar que le despreciaran, le avasallaran y le trataran con condescendencia. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido aquello? No por sus propios méritos, desde luego. Ni por ninguna cosa que él hubiera hecho o dejado de hacer. Por una pura cuestión de suerte. Por una amistad casual con un hombre que en muchos aspectos no le caía demasiado bien y del que sin duda jamás había esperado que le hiciera ningún tipo de favor. Un hombre que, por un golpe de fortuna al que sólo cabía calificar de auténtico milagro, había ascendido al trono de la Unión.

Su carcajada de incredulidad fue de corta duración. Una imagen extremadamente desagradable se estaba formando en su mente. El Príncipe Ladisla, tirado a la intemperie con la cabeza abierta, medio desnudo y sin enterrar. West tragó saliva. De no haber sido por él, ahora Ladisla sería rey, y él estaría limpiando letrinas en lugar de preparándose para asumir el mando del ejército. Empezaba a dolerle la cabeza y se frotó las sienes. Al final iba a resultar que sí que había desempeñado un papel crucial en su propio ascenso.

La solapa de la tienda aleteó y apareció Pike con una caricatura de sonrisa en su rostro abrasado.

—El general Kroy está aquí.

—Déjele sudar un rato —pero quien estaba sudando en realidad era el propio West. Se frotó sus manos humedecidas y se alisó el uniforme, al que hacía muy poco habían cortado los galones de coronel. Tenía que aparentar que dominaba la situación perfectamente y sin ningún esfuerzo, igual que habría hecho siempre el Mariscal Burr. Igual que en sus tiempos hiciera el Mariscal Varuz en las áridas estepas de Gurkhul. Tenía que bajarles los humos a Poulder y a Kroy cuanto antes. Si no lo hacía ahora, quedaría a su merced para siempre. Un pedazo de carne desgarrado por las dentelladas de dos perros rabiosos. Aunque no sin cierta reticencia, cogió la carta y se la tendió a Pike.

—¿No podríamos liquidar el asunto, ahorcando a esos dos sin más, señor? —preguntó el recluso mientras la cogía.

—Qué más quisiera. Pero, por muy problemáticos que sean, no podemos

pasarnos sin ellos. Nuevo Rey, nuevo Lord Mariscal, y ambos hombres de los que la mayor parte de la gente no ha oído hablar en su vida. Los soldados necesitan conocer a sus jefes —aspiró hondo por la nariz e hinchó el pecho. Todo el mundo tenía que cumplir con su obligación, y no había más que hablar. Soltó el aire de golpe—. Haga pasar al general Kroy, por favor.

—Sí, señor —Pile levantó la solapa de la tienda y rugió—. ¡General Kroy!

El uniforme negro de Kroy, con su cuello bordado de hojas doradas, estaba tan almidonado que resultaba sorprendente que pudiera moverse con él puesto. Se acercó a West y se puso firme con vibrante energía mientras clavaba la vista en un punto situado a media distancia. El saludo era impecable, no había ni una sola parte de su cuerpo que no estuviera en la posición reglamentaria, y sin embargo, de algún modo se las arreglaba para hacer patente su desprecio y su decepción.

—Ante todo, permítame que le felicite —dijo con voz chirriante—, Lord Mariscal.

—Gracias, general. Se ha expresado usted con mucha gentileza.

—Es un ascenso muy considerable, para una persona tan joven, con tan poco experiencia...

—Hace unos doce años que profeso la milicia y durante ese tiempo he tomado parte en dos guerras y en varias batallas. Da la impresión de que Su Majestad el Rey me considera lo bastante experimentado para el cargo.

Kroy carraspeó.

—Por supuesto, Lord Mariscal. Pero es usted nuevo en el desempeño del alto mando. En mi opinión haría usted bien en buscar el asesoramiento de un hombre de mayor experiencia.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Kroy alzó mínimamente una ceja.

—Me alegra saberlo, señor.

—Y ese hombre, sin ningún género de dudas, tiene que ser el general Poulder —dicho sea en su honor, Kroy permaneció impasible. Simplemente soltó un leve pitido por la nariz. No hubo otra señal de lo que, a West no le cabía ninguna duda, era una consternación ilimitada. Cuando llegó estaba abatido. Ahora estaba tambaleante. No habría mejor momento para hundir la espada hasta la empuñadura—. Siempre he admirado la forma de entender la milicia que tiene el general Poulder. Su brío. Su vigor. Representa, en mi opinión, la definición perfecta de lo que ha de ser un oficial.

—Sin duda —bufó entre dientes Kroy.

—Ya he empezado a seguir sus consejos en una serie de cuestiones. Sólo hay un asunto sobre el que nuestras opiniones difieren.

—¿Ah, sí?

—Ese asunto es usted, general Kroy —la tez de Kroy había adquirido la coloración de un pollo desplumado y el velado desdén había sido reemplazado de inmediato por una manifiesta expresión de espanto—. Poulder opinaba que debía de ser usted destituido de inmediato. Yo, en cambio, me inclino por darle una última oportunidad. ¿Sargento Pike?

—Señor —el ex presidiario se apresuró a dar un paso adelante y le tendió la carta. West la cogió y se la mostró al general.

—Es una carta dirigida al rey. Comienzo recordándole los gratos días que compartimos cuando servimos juntos en Adua. A continuación, expongo de forma pormenorizada las razones que me han llevado a ordenar su inmediata y deshonrosa destitución. Su incorregible terquedad, general Kroy. Su propensión a atribuirse los méritos de otros. Su inicua inflexibilidad. Su indisciplinada renuencia a cooperar con otros oficiales —si fuera posible que la cara de Kroy se demudara y empalideciera más de lo que ya estaba, eso fue lo que sucedió poco a poco mientras permanecía con la vista clavada en el documento—. Espero de todo corazón no tener que mandarla nunca. Pero al más mínimo desafío contra mi autoridad o la del general Poulder, lo haré. ¿Entendido?

A Kroy pareció costarle dar con las palabras adecuadas.

—Perfectamente, mi Lord Mariscal —graznó por fin.

—Estupendo. Hemos demorado muchísimo nuestra partida para ir al encuentro de nuestros aliados norteños y odio llegar tarde a las reuniones. Asumiré de momento el mando de su caballería y marcharé al norte con el general Poulder en persecución de Bethod.

—¿Y yo, señor?

—Todavía quedan algunos norteños en los montes que tenemos por encima de nuestras posiciones. Se ocupará de barrerlos de allí y despejar la ruta de Carleon para que el enemigo crea que el cuerpo principal de nuestro ejército no se ha desplazado hacia el norte. Si tiene éxito en su misión, es posible que me sienta inclinado a confiarle otras. Lo tendrá todo preparado antes de que despunte el día —Kroy abrió la boca, como si estuviera a punto de quejarse de la imposibilidad de atender a semejante petición—. ¿Tiene algo que añadir?

El general se apresuró a pensárselo mejor.

—No, señor. Antes de que despunte el día, por supuesto —incluso logró obligar a su semblante a que esbozara un gesto con un vago parecido a una

sonrisa.

West, en cambio, no tuvo que esforzarse demasiado para responderle con otra sonrisa.

—Me alegro de que aproveche esta oportunidad de rehabilitarse, general. Puede retirarse —Kroy volvió a ponerse firme de golpe, luego se giró sobre sus talones, se enredó el sable entre las piernas y salió de la tienda dando trompicones.

West respiró hondo. La cabeza le retumbaba. Nada hubiera deseado más que poderse echar un rato, pero no había tiempo para eso. Dio unos tirones al uniforme para volver a alisarlo. Si había sobrevivido al infernal viaje hacia el Norte en medio de la nieve, también podría sobrevivir a aquello.

—Mande venir al general Poulder.

Poulder entró en la tienda muy erguido, como si el lugar le perteneciera, adoptó una descuidada posición de firmes y realizó un saludo tan aparatoso como rígido había sido el de Kroy.

—Lord Mariscal West, quisiera hacerle llegar mis más sinceras felicitaciones por su inesperado ascenso —y su rostro dibujó una sonrisa bastante poco convincente. West, sin embargo, no se la devolvió. Se quedó sentado mirando a Poulder con gesto ceñudo como si se tratara de un problema para el que se estaba planteando una solución drástica. Durante un rato siguió ahí sentado sin decir nada. Los ojos del general no tardaron en ponerse a echar miradas nerviosas a uno y otro lado de la tienda. Finalmente, soltó una tosecilla.

—¿Podría preguntarle, Lord Mariscal, de qué ha tratado con el General Kroy?

—Oh, de todo tipo de cosas —el semblante de West se mantuvo duro como la piedra—. Siento un inmenso respeto por la opinión del general Kroy en cualquier tema relacionado con la milicia. Él y yo nos parecemos mucho. Su precisión. La atención que presta a los detalles. A mi parecer, encarna todas las virtudes que debe tener el buen militar.

—Es un oficial muy capacitado —alcanzó a sisear Poulder.

—Sin duda. El ascenso a mi actual cargo se ha producido de una forma bastante apresurada y siento la necesidad de tener a mi lado a un hombre de mayor edad, a un hombre de gran experiencia que, ahora que ya no está con nosotros el Mariscal Burr, pueda ser para mí una especie de... mentor. El general Kroy ha tenido la gentileza de acceder a cumplir esa función.

—¿Eso ha hecho? —una película de sudor comenzaba a perlar la frente de Poulder.

—Me ha hecho una serie de sugerencias de gran utilidad, que ya he

empezado a poner en práctica. Sólo ha habido una cuestión sobre la que no hemos conseguido ponernos de acuerdo —juntó las palmas de las manos sobre la mesa y, alzando la vista por encima de ellas, miró a Poulder con severidad—. Usted es esa cuestión, general Poulder. Usted.

—¿Yo, Lord Mariscal?

—Kroy insistió en que debía ser usted destituido de inmediato —el mofletudo rostro de Poulder estaba adquiriendo a pasos agigantados una tonalidad rosácea—. Pero he decido darle una última oportunidad.

West cogió el mismo documento que le había mostrado a Kroy.

—Esto es una carta para el rey. Empiezo dándole las gracias por mi ascenso, deseándole buena salud y rememorando nuestra estrecha amistad. Luego le expongo de forma pormenorizada las razones por las que ha de ser usted separado del servicio de forma deshonrosa. Su intolerable arrogancia, general Poulder. Su propensión a atribuirse el mérito de otros. Su renuencia a obedecer las órdenes que se le dan. Su obstinada incapacidad para cooperar con otros oficiales. Espero de todo corazón no verme obligado a enviarla nunca. Pero al más mínimo acto de insubordinación, lo haré. Al más mínimo desafío a mi autoridad o a la del general Kroy. ¿Entendido?

Poulder, cuyo rubicundo rostro refulgía de sudor, tragó saliva.

—Perfectamente, mi Lord Mariscal.

—Bien. He encomendado a Kroy la misión de hacerse con el control de los montes que se extienden entre nuestra posición y Carleon. Hasta que demuestre usted estar capacitado para asumir un mando independiente, permanecerá a mi lado. Su división estará lista para partir hacia el norte antes de que despunte el día, encabezada por las unidades con una capacidad de avance más rápida. Nuestros aliados norteños confían en nosotros y no estoy dispuesto a defraudarlos. Antes de que despunte el día, general, y con la máxima celeridad.

—La máxima celeridad, por supuesto. Puede confiar en mí... señor.

—Eso espero, a pesar de las reservas que aún tengo. Todos los hombres tienen que cumplir con su obligación, general. Todos y cada uno de los hombres.

Poulder parpadeó, removió un poco la boca, se dio media vuelta para irse, se acordó en el último momento de saludar y luego salió a grandes zancadas de la tienda. West se quedó mirando cómo la solapa oscilaba levemente movida por el viento y luego exhaló un suspiro, arrugó la carta y la arrojó a un rincón. Al fin y al cabo dentro del sobre lo único que había era un trozo de papel en blanco.

Pike alzó una de sus cejas, o mejor dicho, una masa rosácea casi sin pelo.

—Lo ha hecho usted de maravilla, señor, permítame que se lo diga. Ni siquiera en los campos de prisioneros he visto a nadie mentir así de bien.

—Gracias, sargento. Acabo de empezar y ya le voy cogiendo gusto al asunto. Mi padre siempre me previno contra la falsedad, pero, entre usted y yo, ese hombre era una basura, un cobarde, un fracasado. Si lo tuviera ahora delante, le escupiría a la cara.

West se levantó, se dirigió al mapa más grande y se detuvo frente a él con las manos enlazadas a la espalda. El mismo gesto del Mariscal Burr, se dio cuenta de pronto. Estudió el lugar donde la mancha dejada por el dedo de Crummock-i-Phail indicaba la posición de su fortaleza. Luego examinó la ruta que conducía a la posición, bastante más al sur, que ocupaba el ejército de la Unión y frunció el ceño. Costaba trabajo creer que algún cartógrafo de la Unión hubiera realizado alguna vez un reconocimiento del terreno en persona. Las extravagantes formas de los montes y los ríos tenían el inequívoco sabor de lo fantástico.

—¿Cuánto cree que tardaremos en llegar allí, señor? —preguntó Pike.

—Imposible saberlo —ni aunque partieran de inmediato, lo cual no era muy probable. Ni aunque Poulder hiciera lo que le había dicho, lo cual era más que dudoso. Ni aunque el mapa fuera más o menos fiel a la realidad, lo cual sabía que no era cierto. Sacudió la cabeza con gesto pesaroso—. Imposible saberlo.

El primer día

El horizonte oriental parecía un incendio. Largos jirones de nubes rosáceas y negras se extendían sobre el cielo azul pálido por encima del difuso perfil gris de las montañas, tan lleno de picos y escotaduras como un cuchillo de carnicero. El horizonte occidental era una masa inmóvil de hierro oscuro, frío y desapacible.

—Buen día para lo nuestro —dijo Crummock.

—Cierto. —Aunque, a decir verdad, Logen tenía serias dudas de que existiera semejante cosa.

—En fin, si Bethod no se presenta y nos quedamos sin matar a nadie, al menos tus muchachos habrán hecho maravillas con mi muralla, ¿eh?

Resultaba asombroso comprobar lo rápido y lo bien que se podía reparar una muralla cuando era la propia vida la que dependía de ese montón de piedras. Sólo llevaban allí unos pocos días y ya la tenían reforzada, compactada y prácticamente libre de hiedra en toda su extensión. Desde el interior de la fortaleza, donde el terreno era bastante más elevado, no imponía demasiado. Pero desde el otro lado tenía tres veces la estatura de un hombre alto de la base al adarve. Habían construido un nuevo parapeto, que llegaba a la altura del cuello, y habían realizado en él abundantes aberturas desde las que disparar flechas o arrojar rocas. Finalmente, habían excavado un foso medianamente decente y lo habían sembrado de estacas bien afiladas.

Aún seguían excavando en el lado izquierdo, el punto en donde la muralla se juntaba con el barranco y desde donde era más fácil de escalar. Era el sector del que se ocupaba Dow, y Logen oía perfectamente los gritos que lanzaba a sus muchachos destacándose por encima del ruido de las palas.

—¡Seguid cavando, vagos de mierda! ¡No estoy dispuesto a que me maten por vuestra pereza! ¡Arrimad el hombro, bastardos! —y así sucesivamente, a lo largo de todo el día. Una forma como otra cualquiera de hacer trabajar a un hombre, supuso Logen.

Habían hecho el foso más profundo justo delante de la vieja puerta. Un sutil recordatorio para todos de que la opción de huir no se había contemplado.

Pero de todos modos seguía siendo el punto más débil, y todos eran conscientes de ello. Ahí era donde estaría Logen, si se presentaba Bethod. Justo en medio del sector de la muralla que le había correspondido a Escalofríos. En ese momento se encontraba sobre el arco de entrada, no muy lejos de Logen y Crummock, señalando unas grietas a las que aún había que echar mortero y con su larga melena ondeando al viento.

—¡Está quedando bien la muralla! —le gritó Logen.

Escalofríos se volvió, salivó un poco y lanzó un escupitajo por encima del hombro.

—Sí —gruñó, y acto seguido volvió a darse la vuelta.

Crummock se inclinó sobre Logen.

—Si hay batalla, tendrás que guardarte las espaldas con ese, Sanguinario.

—Me imagino que sí —el fragor de una batalla era una ocasión estupenda para saldar cuentas con alguien del propio bando. Una vez concluido el combate, nadie ponía demasiado cuidado en comprobar si los cadáveres habían recibido las heridas de frente o por la espalda. Todo el mundo estaba demasiado ocupado quejándose de sus propios cortes, o excavando, o huyendo. Logen miró fijamente al enorme montañés—. Serán muchos los hombres a los que tendré que vigilar cuando llegue la batalla. Y tampoco somos tú y yo tan amigos como para que no seas uno de ellos, —Lo mismo digo —repuso Crummock, abriendo una amplia sonrisa en su rostro barbado—. Los dos tenemos fama de no ser demasiado quisquillosos a la hora de escoger nuestras víctimas cuando empieza la carnicería. Pero eso no es malo. El exceso de confianza vuelve a los hombres blandos.

—¿Exceso de confianza? —hacía mucho que lo único que Logen tenía en exceso eran enemigos. Señaló bruscamente la torre con el pulgar—. Voy a subir, a ver si han visto algo.

—Ojalá sea así —dijo Crummock, frotándose sus manazas—. ¡Espero que ese maldito cabrón venga hoy!

Logen bajó de la muralla dando pequeños saltos y se puso a atravesar la fortaleza, por así llamarla, pasando al lado de varios grupos de Caris y montañeses que estaban sentados comiendo, charlando o limpiando las armas. Los que habían hecho guardia durante la noche dormían envueltos en mantas. Pasó junto al corral donde se apretujaban las ovejas, bastante menos numerosas que al principio. Pasó junto a la improvisada forja que habían montado cerca de un cobertizo de piedra, en donde dos hombres cubiertos de ceniza manejaban el fuelle mientras otro iba vertiendo metal en los moldes para fabricar puntas de flecha. Iban a necesitar cantidad de flechas si recibían la visita de Bethod. Llegó por fin a los estrechos peldaños que había labrados en la pared de roca y los fue

subiendo de dos en dos hasta llegar a lo alto de la torre que se alzaba sobre la fortaleza.

En aquella especie de repisa que sobresalía de la ladera de la montaña había gran cantidad de piedras, listas para ser arrojadas, y también seis grandes toneles repletos de flechas. Tras un parapeto que habían reforzado con mortero, se desplegaba un grupo de arqueros escogidos, unos hombres provistos de los mejores ojos y oídos que oteaban el horizonte para ver venir a Bethod. Entre los demás hombres, Logen vio al Sabueso, con Hosco a un lado y Tul al otro.

—¡Jefe! —aún le hacía sonreír que le llamaran de esa manera. Hace mucho tiempo, las cosas eran justo al revés, pero le parecía que era mucho mejor así. De esa forma no había nadie que estuviera muerto de miedo todo el tiempo. No de su propio jefe, al menos—. ¿Se ve algo?

El Sabueso se volvió con una sonrisa y le tendió una cantimplora.

—Un montón de cosas, la verdad.

—Ajá —dijo Hosco.

El sol remontaba ya las montañas, rajando las nubes con brillantes haces de luz, devorando las sombras de la dura tierra, consumiendo la neblina del alba. A ambos lados, con desafiante despreocupación, se alzaban los altos páramos, con sus laderas sembradas de hierba verde amarillenta y salpicadas de helechos y afloraciones de roca viva que trepaban hacia las pardas cumbres. Abajo, en el valle pelado, reinaba la calma. Pequeñas matas de zarzas y grupos de árboles raquíticos lo punteaban y su superficie estaba sembrada de las arrugas dejadas por cursos de agua secos. Estaba igual de vacío que el día anterior, y que el día anterior a aquel, como lo había estado desde el momento en que llegaron.

A Logen le recordaba a su juventud, a cuando subía solo a las tierras altas. A días enteros poniéndose a prueba en las montañas. Antes de que nadie hubiera oído hablar de él. Antes de casarse y de tener hijos, y antes de que su esposa y sus hijos regresaran al barro. Los felices valles del pasado. Tomó una profunda inspiración del frío aire de las alturas y luego la expulsó.

—Sí, la vista desde aquí es estupenda, pero me refería a si se veía alguna señal de nuestro viejo amigo.

—¿Te refieres a Bethod, el muy justo y muy regio Rey de los Hombres del Norte? Pues no, no hay ni rastro de él. Nada.

Tul sacudió su cabezota.

—A estas alturas, si viene para acá, lo normal hubiera sido tener ya alguna señal de su presencia.

Logen se enjuagó un poco la boca y luego escupió el agua por un costado

de la torre y se quedó mirando cómo se desparramaba por las rocas de abajo.

—A lo mejor no ha mordido el anzuelo —que al final Bethod no se presentara no dejaba de tener su lado bueno. La venganza resulta muy atractiva en la distancia, pero a medida que se va acercando pierde buena parte de su encanto. Sobre todo cuando se está en una desventaja numérica de diez a uno y no se tiene ningún lugar adonde huir.

—Tampoco me extrañaría —dijo el Sabueso, melancólico—. ¿Qué tal está la muralla?

—Bien, siempre y cuando no se les ocurra traer escalas y ese tipo de cosas. ¿Cuánto tiempo crees que debemos esperar antes de...?

—Hummm —gruñó Hosco señalando el valle con uno de sus alargados dedos.

Logen advirtió a lo lejos una especie de oscilación. Y luego otra. Tragó saliva. Un par de hombres, tal vez, arrastrándose entre las rocas como escarabajos entre la grava. Al instante sintió que los hombres que tenía a su alrededor se ponían tensos y empezaban a murmurar.

—Mierda —bufó.

Volvió la cabeza hacia el Sabueso, y éste le devolvió la mirada.

—En fin, parece que el plan de Crummock ha funcionado.

—Eso parece. Al menos la parte que consistía en hacer que Bethod viniera a por nosotros.

—Ya. El resto es un poco más peliagudo —ésa era la parte que con mucha probabilidad los conduciría a todos a la muerte, pero Logen sabía que todos pensaban lo mismo, así que no hacía falta decirlo.

—Bueno, confiemos en que la Unión cumpla con su parte del trato —dijo el Sabueso.

—Confiemos —Logen trató de sonreír, pero no le salió gran cosa. Lo de confiar nunca le había ido demasiado bien.

Una vez que empezaron a llegar, el valle no tardó en llenarse ante los ojos del Sabueso. Toda la operación se realizó en perfecto orden, como ocurría siempre con Bethod. Los estandartes se desplegaron entre las dos paredes de roca, a una distancia tres veces superior al alcance de un buen tiro de ballesta, y detrás de ellos se apelotonaron los Caris y los Siervos, unos y otros con la vista alzada hacia la muralla. El sol se encontraba ya bastante alto en un cielo azul donde aún quedaba algún que otro jirón de nube que proyectaba su sombra sobre el suelo, y la inmensa masa de acero refulgía y centelleaba como el mar iluminado por la luna.

Ahí estaban todas sus enseñas, las de los mejores hombres que había tenido Bethod desde los primeros tiempos: Costado Blanco, Goring, Pálido como la Nieve, Huesecillos. Y luego había otras, las bastas y andrajosas insignias de las gentes llegadas de la otra orilla del Crinna. Salvajes que habían sellado oscuros y sangrientos pactos con Bethod. El Sabueso los oía aullar y llamarse unos a otros emitiendo unos sonidos parecidos a los de las fieras del bosque.

La concurrencia no podía ser más nutrida, y el Sabueso olía ya el miedo y la duda que se iban espesando en lo alto de la muralla. Los dedos toqueteaban las armas, los labios mascaban. Hizo todo lo posible por mantener una expresión dura y despreocupada, como sin duda habría hecho Tresárboles. Como tenía que hacer un jefe. Pero sus rodillas estaban deseando ponerse a temblar.

—¿Cuántos calculas que son? —preguntó Logen.

El Sabueso dejó que su vista vagara sobre la multitud mientras se lo pensaba.

—¿Ocho o diez mil, quizá?

Se produjo un silencio.

—Más o menos lo que yo pensaba.

—En todo caso, muchos más que nosotros —dijo el Sabueso en voz baja.

—Cierto. Pero las batallas no siempre las ganan los ejércitos más numerosos.

—Claro que no —el Sabueso se mordió los labios mientras contemplaba aquella masa humana—. Sólo casi siempre —andaban muy atareados allá abajo, por la primera línea: brillaban las palas y un foso y un terraplén de tierra iban cobrando forma de un lado a otro del valle.

—Parece que a ellos también les ha dado por ponerse a excavar —refunfuñó Dow.

—Un tipo meticuloso Bethod, siempre lo ha sido —dijo el Sabueso—. Le gusta tomarse su tiempo. Hacer bien las cosas.

Logen asintió.

—Para asegurarse de que ninguno salgamos de aquí.

El Sabueso oyó a sus espaldas el sonido de la risa de Crummock.

—Salir de aquí, que yo sepa, nunca formó parte del plan, ¿no?

El propio estandarte de Bethod comenzaba a alzarse ahora al fondo, aunque eso no le impedía descollar por encima de todos los demás. Un

armatoste gigantesco, con un círculo rojo destacado sobre un fondo negro. El Sabueso lo miraba ondear al viento con el ceño fruncido. Se acordó de la última vez que lo vio, allá en Angland. Tresárboles aún seguía con vida entonces, y Cathill también. Se repasó la boca con la lengua y sintió un regusto amargo.

—El maldito Rey de los norteños —mascculló.

Un grupo de hombres salió de la primera línea, atravesó el lugar en donde estaban excavando y se encaminó hacia la muralla. Eran cinco, todos ellos enfundados en sendas armaduras, y el de delante llevaba los brazos en cruz.

—Hora de darle a la húmeda —masculló Dow, y acto seguido lanzó un escupitajo al foso. Al llegar frente al parcheado portalón de la fortaleza, los cinco, con sus armaduras mate reluciendo al sol, se detuvieron. El primero de ellos, un tipo con una larga cabellera blanca y un ojo ciego, era muy fácil de reconocer. Hansul Ojo Blanco. Parecía envejecido, ¿pero acaso no lo estaban todos? Fue él quien exigió la rendición de Tresárboles en Uffrith, obteniendo por respuesta una invitación a irse al carajo. En Heonam le habían arrojado una lluvia de boñigas frescas. También fue él quien retó a Dow el Negro, y a Tul Duru, y a Hosco Harding. Quien los retó a un duelo con el Sanguinario. Había hablado mucho en nombre de Bethod y había contado muchas mentiras.

—¿Eres tú, Hansul Ojo de Mierda? —se burló Dow el Negro—. ¿Qué, todavía sigues chupándole la polla a Bethod?

El viejo guerrero le miró con gesto sonriente.

—¡Un hombre tiene que alimentar a su familia, creo yo, y si quieres saber mi opinión, te diré que todas las pollas saben más o menos igual! ¡No finjáis ahora que no habéis saboreado con creces ese gusto salado!

El Sabueso hubo de reconocer que tenía su parte de razón. A fin de cuentas, todos ellos habían luchado para Bethod.

—¿A qué vienes, Hansul? —gritó—. ¿A decirnos que Bethod se rinde?

—Eso pensabais, ¿no? Hubiera sido lo normal, estando en desventaja numérica, pero la verdad es que no he venido para eso. Está listo para combatir, como siempre, pero a mí se me da mejor hablar que luchar y he logrado convencerle de que os dé una última oportunidad. Tengo dos hijos ahí atrás, y, llamadme egoísta si queréis, pero preferiría que no les pasara nada. Tengo la esperanza de que podamos solucionar este asunto hablando.

—¡No es muy probable —gritó el Sabueso—, pero inténtalo si quieres, ahora mismo no tengo nada más importante que hacer!

—¡Bien, esto es lo que hay! Bethod no tiene particular interés en gastar tiempo, sudor y sangre escalando esa mierdecilla de muralla que tenéis. Tiene

cuentas pendientes con los sureños y quiere saldarlas de una vez por todas. No voy a malgastar el aliento haciéndoos ver el aprieto en que estáis metidos. Os superamos en una proporción de diez a uno, poco más o menos. Más seguramente, y no tenéis escapatoria posible. Bethod dice que todo aquel que se rinda ahora puede irse en paz. Lo único que tiene que hacer es entregar las armas.

—Y un instante después la cabeza, ¿eh? —ladró Dow.

Hansul respiró hondo, como dando a entender que tampoco esperaba que fueran a creerle.

—Bethod dice que todo aquel que quiera podrá irse en paz. Ha dado su palabra.

—¡Que se la meta por el culo! —soltó Dow con sorna, y los hombres repartidos a lo largo de la muralla expresaron su aprobación con insultos y abucheos—. ¿Acaso crees que todos los que estamos aquí no le hemos visto faltar a su palabra miles de veces? ¡He cagado zurullos que valían más que su palabra!

—Mentiras, por supuesto— dijo entre risas Crummock—, pero, bueno, es la costumbre, ¿no? Viene bien mentir un poco antes de meterse en faena. Os sentiríais ofendidos si no lo intentara al menos. ¿Has dicho que todo aquel que quiera puede irse en paz? —gritó hacia abajo—. ¿Y qué me dices de Crummock-i-Phail? ¿Y del Sanguinario?

Al oír ese nombre, a Hansul se le demudó el semblante.

—¿Entonces es cierto? ¿Es verdad que Nuevededos está con vosotros?

El Sabueso notó que Logen se ponía a su lado y se asomaba por la muralla. Ojo Blanco palideció y los hombros se le vinieron abajo.

—Bien —le oyó decir el Sabueso por lo bajo—. En tal caso habrá sangre.

Logen se apoyó con desgana en el parapeto y echó una mirada a Hansul y a sus Caris. Una mirada gélida y vacua, como si estuviera escogiendo a la primera oveja del rebaño a la que iba a matar.

—Está bien. Puedes decirle a Bethod que nos iremos —hizo una pausa—. Una vez que hayamos acabado con todos vosotros, malditos cabrones.

Una sarta de carcajadas estalló a lo largo de la muralla, y acto seguido todos los hombres se pusieron a lanzar insultos mientras agitaban sus armas en el aire. No habían sido unas palabras graciosas, sino duras, y eso, supuso el Sabueso, era exactamente lo que los hombres necesitaban oír. Era una buena forma de ahuyentar el miedo, de momento. Incluso él mismo consiguió esbozar una sonrisa.

Ojo Blanco seguía quieto delante de la destartalada puerta, esperando a que los muchachos se callaran.

—He oído decir que ahora tú eres el jefe, Sabueso. Así que no tienes por qué aceptar órdenes de esa bestia sedienta de sangre. ¿Es esa también tu respuesta? ¿Es así como van a quedar las cosas?

El Sabueso se encogió de hombros.

—¿Y cómo pensabas que iban a quedar si no? No hemos venido hasta aquí para charlar un rato. Así que lárgate ya de una maldita vez.

Se oyeron unas cuantas risas y burlas más, y uno de los muchachos del sector de la muralla de Escalofríos se bajó los pantalones y asomó el culo por encima del parapeto. De esa forma, concluyeron las negociaciones.

Ojo Blanco sacudió la cabeza.

—Está bien. Se lo diré. Vais a iros todos de vuelta al barro, os lo habéis ganado a pulso. ¡Cuando os encontréis con los muertos decidles que yo al menos lo intenté! —y emprendió el camino de regreso por el valle, seguido de los cuatro Caris.

Entonces Logen se inclinó hacia delante.

—¡Buscaré a tus hijos, Hansul! —gritó, enseñando los dientes y arrojando espumarajos al viento—. ¡En cuanto empiece la faena! ¡Puedes decirle a Bethod que le estaré esperando! ¡Diles a todos que les estaré esperando!

Una extraña calma se abatió sobre los hombres que había en la muralla y los hombres que ocupaban el valle. Ese tipo de calma que a veces precede a las batallas cuando ambos bandos saben lo que les espera. La misma calma que Logen sintió en Carleon antes de desenvainar y lanzarse a la carga soltando un rugido. Antes de que perdiera el dedo. Antes de que fuera el Sanguinario. Hace mucho tiempo, cuando todo era más sencillo.

Bethod debía de estar ya satisfecho con la profundidad del foso, porque los Siervos habían dejado las palas y se habían colocado detrás de él. El Sabueso había vuelto a subir los escalones que conducían a la torre para colocarse con su arco junto a Hosco y Tul, y ahora aguardaba. Crummock estaba detrás de la muralla con sus fieros montañeses formando una línea. Dow, con sus muchachos, estaba a la izquierda. Sombrero Rojo y los suyos a la derecha. Escalofríos se encontraba sobre la puerta, no muy lejos de Logen, y ambos esperaban.

En el valle, los estandartes ondeaban al viento emitiendo un sordo

rumor. Un martillo retumbó una, dos, tres veces desde la parte de atrás de la fortaleza. En el cielo se oyó el reclamo de un pájaro. Un hombre susurró algo y luego se calló. Logen cerró los ojos, echó la cara hacia atrás y sintió en la piel el calor del sol y el frescor de la brisa de las Altiplanicies. Todo tan en silencio como si estuviera solo y no hubiera diez mil hombres ansiosos por matarse mutuamente. Había tanto silencio, tanta calma que casi le hizo sonreír. ¿Era así como hubiera sido la vida si nunca hubiera empuñado un acero?

Durante un espacio de unas tres respiraciones, Logen Nuevededos fue un hombre de paz.

Luego oyó un ruido de hombres en movimiento y abrió los ojos. Con un estrépito de pisadas y traqueteos metálicos, los Caris de Bethod se desplazaban, fila a fila, hacia los lados del valle, abriendo un pasillo sobre el suelo pedregoso. Una muchedumbre de figuras oscuras apareció por esa abertura, cruzó el foso como si fueran una multitud de hormigas furiosas por la destrucción de su hormiguero y ascendió en tropel por la ladera que conducía a la muralla formando una masa informe de miembros retorcidos, bocas babeantes y zarpas.

Shanka, y en un número que ni siquiera Logen había visto jamás reunido en un mismo lugar. Infestaban el valle como una plaga estrepitosa y aullante.

—¡Por todos los muertos! —susurró alguien.

Logen se preguntó si no sería conveniente que soltara un grito a los hombres que tenía a su alrededor. Si no debería gritar algo así como, «¡En vuestros puestos!» o «¡Manteneos firmes!». Algo que sirviera para animar un poco a los muchachos, como solía esperarse que hiciera un jefe. ¿Pero qué sentido hubiera tenido? Todos ellos habían combatido muchas veces antes y sabían de qué iba el asunto. Todos ellos sabían que se trataba de luchar o morir, y para infundir valor a un hombre no hay mejor acicate que ese.

En vista de ello, Logen apretó los dientes, enroscó con fuerza los dedos en torno a la fría empuñadura de la espada del Creador y sacó la hoja de metal mate de su desgastada vaina mientras veía acercarse a los Cabezas Planas. Los que iban en cabeza debían de encontrarse ya a unas cien zancadas y cada vez corrían más deprisa.

—¡Preparad los arcos! —rugió Logen.

—¡Arcos! —repitió Escalofríos.

—¡Flechas! —llegó el áspero grito de Dow desde un lado de la muralla, y, luego, un poco más abajo, el de Sombrero Rojo. Alrededor de Logen se oyó el crujir de los arcos al tensarse. Los hombres, con un gesto grave en sus rostros sucios, apretaron las mandíbulas y apuntaron. Los Cabezas Planas, haciendo caso omiso del peligro, avanzaban enseñando los dientes, con la lengua colgando y los ojos inyectados de un odio feroz. Ya faltaba poco, muy poco.

Logen dio un giro a la empuñadura de su espada.

—Muy poco —susurró.

—¡Disparad las flechas! —y la saeta del Sabueso salió lanzada contra la muchedumbre de Shanka. Tañeron las cuerdas a su alrededor y la primera andanada se elevó con un zumbido. Las flechas que no daban en el blanco, chocaban contra las rocas y salían rebotadas; las que acertaban, arrancaban un grito a los Cabezas Planas, que acto seguido caían a tierra agitando sus negros miembros. Los hombres, con calma y firmeza, echaron las manos atrás para coger más flechas: eran los mejores arqueros de todo el grupo y lo sabían.

Repicaban los arcos, gorjeaban las flechas y los Shanka morían en el valle. Los arqueros volvían a apuntar sin prisas, soltaban las cuerdas y preparaban la siguiente lluvia de flechas. El Sabueso oyó las órdenes que venían de abajo y luego vio la vibración luminosa de las flechas que salían lanzadas desde la muralla. Más Cabezas Planas cayeron a tierra revolviéndose.

—¡Es tan fácil como triturar hormigas en un mortero! —gritó alguien.

—¡Ya, sólo que las hormigas no pueden trepar por las paredes del mortero y cortarte la cabeza! —gruñó Dow—. ¡Menos charla y más flechas! —vio cómo el primer Shanka irrumpía tambaleándose en el foso que habían excavado, trataba de tumbar las estacas y empezaba a gatear hacia la base de la muralla.

Tul alzó una roca enorme por encima de su cabeza, se inclinó hacia delante y la arrojó soltando un rugido. El Sabueso vio cómo se estrellaba contra la cabeza del Shanka del foso y le arrancaba los sesos, que quedaron aplastados sobre una roca convertidos en una papilla roja. Luego la vio salir rodando y golpear a varios más, mandando a dos de ellos al suelo. Muchos otros caían chillando al recibir el impacto de las flechas que llovían del cielo, pero detrás venían muchos más que se deslizaban apelotonados por las paredes del foso. Se apretujaban contra la muralla, desplegándose a lo largo de toda su extensión, y algunos de ellos arrojaban sus lanzas hacia los hombres de arriba o disparaban torpemente algunas flechas.

Ya empezaban a trepar, hundiendo sus garras en las piedras agujereadas, impulsándose más y más arriba. Lentos en la mayor parte de la muralla, al verse constantemente arrancados de la pared por las flechas y las piedras. Más rápido en el sector izquierdo, el extremo más alejado de la posición del Sabueso y sus muchachos, a cuyo frente se encontraba Dow el Negro. Y mucho más rápido aún en el entorno de la puerta, en donde aun quedaban algunas hiedras agarradas a la piedra.

—¡Maldita sea, esos cabrones saben escalar! —bufó el Sabueso mientras buscaba a tientas su siguiente flecha.

—Ajá —gruñó Hosco.

La palma de la mano del Shanka golpeó sobre lo alto del parapeto y su garra retorcida arañó las piedras. Logen vio cómo aparecía luego un repulsivo brazo doblado cubierto a trechos de un grueso vello y surcado de palpitantes tendones. Después apareció el cráneo, plano y pelado, la frente, deforme y bestial, las fauces, mostrando unos colmillos afilados y chorreantes de saliva reluciente. Sus ojos rehundidos se encontraron con los suyos. La espada de Logen se le hundió en el cráneo hasta el bulto plano que tenía por nariz y le saltó un ojo.

Los hombres disparaban las flechas y se agachaban de inmediato para que no les dieran las que rebotaban contra las piedras. Una lanza pasó zumbando por encima de la cabeza de Logen. Abajo oía a los Shanka lanzando zarpazos contra las puertas, aporreándolas con mazas y martillos, los oía aullar de rabia. Los Shanka bufaban y graznaban mientras intentaban auparse al parapeto, y los hombres los segaban con hachas y espadas o los arrojaban al vacío pinchándolos con lanzas.

También oía a Escalofríos rugir:

—¡Echadlos de las puertas! ¡De las puertas!

Los hombres vociferaban maldiciones. Un Carl que estaba asomado al parapeto retrocedió tosiendo. La lanza de un Shanka le había entrado por debajo del hombro y su punta sobresalía por detrás levantándole la camisa. Miró parpadeando el asta alabeada y abrió la boca como si fuera a decir algo. Luego exhaló un gemido, dio un par de pasos tambaleantes y detrás de él un Cabeza Plana enorme empezó a auparse al parapeto extendiendo un brazo sobre la piedra.

La espada del Creador le abrió un profundo corte debajo del codo y una salpicadura pegajosa se vertió sobre la cara de Logen. La hoja golpeó la piedra, le dejó la mano vibrando y la fuerza del impacto le apartó lo bastante para que el Shanka consiguiera impulsarse hacia arriba, con el brazo colgando de una membrana de piel y tendones por la que manaban chorros de sangre oscura.

Trató de acometer a Logen con la otra zarpa, pero éste le agarró de la muñeca, le dobló una rodilla de una patada y lo derribó. Antes de que pudiera levantarse le había abierto un profundo corte en la espalda por el que asomaba un trozo de hueso astillado. El bicho se revolvía y forcejeaba esparciendo sangre a su alrededor. Logen le aferró del cuello, lo alzó por encima de la muralla y lo arrojó al vacío. Al caer, se chocó contra otro que acababa de empezar a subir. Los dos se precipitaron desmadejados al foso y a uno de ellos se le ensartó una

estaca rota en la garganta.

Logen vio en el adarve a un chico joven que contemplaba boquiabierto la escena con el arco colgando de una mano.

—¡Quién te ha dicho que dejes de disparar! —le rugió.

El muchacho pestañeó y, con un temblor en las manos, encajó una flecha en el arco y se apresuró a volver al parapeto. Por todas partes había hombres luchando y gritando, disparando flechas o repartiendo mandobles con sus aceros. Vio a tres Caris que acribillaban a lanzadas a un Cabeza Plana. Vio a Escalofríos asestarle a otro un golpe en la base de la columna que hizo que un surtidor de sangre se elevara en el aire. Vio a un hombre estampar su escudo contra un Cabeza Plana que acababa de llegar a lo alto de la muralla y lanzarle al vacío. Logen dio un tajo en la mano de un Shanka, resbaló en un charco de sangre y cayó de costado, librándose por poco de ensartarse a sí mismo con su espada. Se arrastró a cuatro patas un par de zancadas y luego se puso de pie a tientas. Cortó el brazo de un Shanka que pataleaba ensartado en la lanza de un Carl y a otro que acababa de asomarse por el parapeto le rebanó medio cuello. Lo siguió tambaleándose y miró hacia abajo.

Aún quedaba un Shanka en la muralla, y Logen no había hecho más que enfilarse hacia él cuando una flecha lanzada desde la torre le acertó en la espalda. El bicho cayó al foso y quedó clavado en una de las estacas. Los que había alrededor de la puerta estaban todos liquidados: aplastados bajo grandes rocas o acribillados a flechazos. Asunto resuelto, pues, en el tramo del centro, y el lado de Sombrero Rojo también parecía despejado. Más a la izquierda, aún quedaban unos cuantos en la muralla, pero los muchachos de Dow estaban ya a punto de dominar la situación. Justo en el momento en que Logen miró hacia allá, dos de ellos salían volando hacia el foso cubiertos de sangre.

Los del valle comenzaban ya a flaquear e iban retrocediendo poco a poco, aullando y gritando bajo las flechas que seguían lanzando sobre ellos los arqueros del Sabueso. Al parecer, llegado un momento, hasta los Shanka consideraban que ya habían tenido suficiente. Empezaron a darse la vuelta y a escabullirse hacia el foso de Bethod.

—¡Hemos acabado con ellos! —bramó alguien, y al instante todos se pusieron a lanzar gritos y vítores. El muchacho del arco lo blandía por encima de la cabeza, sonriendo como si él solo hubiera derrotado a Bethod.

Logen no estaba para celebraciones. Contempló con gesto ceñudo la gran masa de Caris que estaban formados detrás del foso, con los estandartes de las huestes de Bethod ondeando al viento por encima de ellos. Es posible que aquel combate hubiera sido breve y sangriento, pero el siguiente, con toda probabilidad, sería mucho menos breve y mucho más sangriento. Desenroscó su puño dolorido de la empuñadura de la espada del Creador, la apoyó en el

parapeto y apretó una mano contra la otra para que dejaran de temblar. Luego respiró hondo.

—Sigo vivo —susurró.

Logen estaba sentado afilando sus cuchillos. Las hojas refulgían a la luz de la hoguera al volverlas a uno y otro lado para acariciarlas con la piedra de afilar y de vez en cuando se chupaba la punta de un dedo para frotar alguna manchita para que quedaran limpios y relucientes. Nunca se tienen suficientes, de eso no había duda. Sonrió al recordar el comentario que había hecho Ferro cuando se lo dijo. A no ser que te caigas a un río y con el peso de tanto metal te ahogues. Por un instante se planteó la ociosa pregunta de si volvería a verla, pero la verdad es que no parecía demasiado probable. Al fin y al cabo, hay que ser realista, y en ese momento su máxima ambición era sobrevivir al día siguiente.

Hosco estaba sentado enfrente de él, recortando unas ramas para usarlas como astas de flecha. Cuando se sentaron allí aún había un atisbo de claridad en el cielo. Ahora, exceptuando el brillo grisáceo de las estrellas, estaba oscuro como boca de lobo, y ninguno de los dos había pronunciado ni una sola palabra durante todo ese tiempo. Con Hosco Harding siempre era así, y Logen se sentía a gusto con esa situación. Prefería mil veces un cómodo silencio a una conversación preñada de inquietudes. Pero nada dura eternamente.

Surgió de la oscuridad el ruido de unos pisotones y Dow el Negro apareció junto a la hoguera, seguido de Tul y Crummock. La expresión que traía era tan negra que por sí sola le hubiera bastado para ganarse su apodo y llevaba en el antebrazo una venda sucia con una larga veta de sangre seca.

—Has pillado un corte, ¿eh? —dijo Logen.

—¡Bah! —Dow se dejó caer junto al fuego—. No es más que un rasguño. ¡Malditos Cabezas Planas! ¡Los voy a quemar a todos!

—¿Cómo estáis los demás?

Tul sonrió.

—Tengo las manos llenas de callos de tanto levantar piedras, pero soy un tipo duro. Sobreviviré.

—Pues yo estoy aburrido de no hacer nada —terció Crummock—. Les he dicho a mis hijos que mientras cuidan de mis armas vayan arrancando flechas a los muertos. Es un buen trabajo para ellos; hace que se acostumbren a estar rodeados de cadáveres. Pero la luna está deseando verme luchar y yo también.

Logen se repasó los dientes con la lengua.

—Ya tendrás ocasión, Crummock. Yo que tú no me preocuparía por eso. Seguro que Bethod tiene de sobras para todos.

—Nunca había visto a los Cabezas Planas luchar así —cavilaba Dow en voz alta—. Cargando de frente contra una muralla bien defendida sin escalas ni herramientas. Los Cabezas Planas no son demasiado listos, pero tampoco son estúpidos. Les gustan las emboscadas. Les gusta acechar, esconderse, acercarse sin hacer ruido. A veces pueden tener una audacia suicida, pero, ¿lanzarse al ataque así por propia voluntad? No es natural.

Crummock soltó una carcajada tan retumbante como un trueno.

—Tampoco es natural que los Shanka luchen para unos hombres que se enfrentan a otros hombres. No hay nada natural en estos tiempos que corren. Puede que la bruja de Bethod haya hecho un encantamiento para incitarlos a que luchen. A lo mejor ha preparado un cántico y un ritual para inculcarles a esos bichos un odio mortal hacia nosotros.

—Bailando desnuda alrededor de un fuego verde y eso, como si lo viera —dijo Tul.

—¡La luna velará por nosotros, amigos míos, no tenéis de qué preocuparos! —Crummock sacudió los huesos que tenía alrededor del cuello—. La luna nos ama a todos, y no podemos morir mientras...

—Eso díselo a los que han vuelto hoy al barro —Logen hizo un gesto brusco con la cabeza señalando las tumbas recién excavadas que había en la parte trasera de la fortaleza. No se las podía ver en la oscuridad, pero ahí estaban. Unos veinte montones alargados de tierra apisonada.

Pero el enorme montañés se limitó a sonreír.

—Yo diría que son afortunados, ¿no creéis? Al menos cada uno tiene su propio lecho, ¿no? Cuando las cosas se pongan calientes bastante suerte tendremos si acabamos en un hoyo con otros doce. De otra forma no habría espacio para que pudieran dormir los vivos. ¡Hoyos de veinte! ¿No me digas que no has visto eso antes, o que no los has excavado tú mismo con tus preciosas manos?

Logen se levantó.

—Puede que lo haya hecho, pero no me gustó nada.

—¡Claro que te gustó! —rugió Crummock a sus espaldas—. ¡No me cuentes historias, Sanguinario!

Logen no echó la vista atrás. Se habían colocado antorchas a lo largo de la muralla, a unos diez pasos una de otra, y sus brillantes llamas, rodeadas de

nubes de insectos, rasgaban la oscuridad. En las zonas iluminadas se veían hombres apoyados en lanzas, aferrando arcos o con las espadas desenvainadas, que escrutaban la noche para que nadie les diera una sorpresa. A Bethod siempre le habían encantado las sorpresas, y Logen suponía que, de una u otra forma, acabarían llevándose alguna antes de que todo acabara.

Se arrimó al parapeto, posó las manos en la húmeda superficie de la piedra y contempló con gesto ceñudo las hogueras que ardían en la negrura del valle. Las de Bethod, a lo lejos en la oscuridad, y las suyas, unos fuegos que habían encendido bajo la muralla para intentar pillar a cualquier cabrón astuto que quisiera aproximarse sin ser visto. Proyectaban parpadeantes círculos sobre las oscuras rocas del terreno e iluminaban acá y allá el cadáver retorcido de algún Cabeza Plana, hecho trizas tras haber sido arrojado desde la muralla o acribillado a flechazos.

Al notar un movimiento detrás de él, un hormigueo recorrió la espalda de Logen y sus ojos se movieron oblicuamente. Tal vez fuera Escalofríos, dispuesto a saldar cuentas arrojándole desde lo alto de la muralla. Escalofríos u otro de esos cientos de hombres que se la tenían jurada por algo que Logen ya no recordaba pero que ellos no olvidarían jamás Se aseguró de que tenía la mano lo bastante cerca de un acero, enseñó los dientes y se preparó para volverse en redondo y soltar su golpe.

—No nos ha ido del todo mal hoy, ¿eh?— dijo el Sabueso—. No hemos tenido ni veinte bajas.

Logen volvió a respirar con calma y dejó caer la mano.

—Nos ha ido bien. Pero Bethod no ha hecho más que empezar. Nos está pinchando un poco para ver en donde somos más débiles, para ver si nos puede ir desgastando. Sabe que el tiempo es la clave. En una guerra no hay nada más importante que el tiempo. Un día o dos son mucho más valiosos para él que una montonera de Cabeza Planas. Si puede dar cuenta de nosotros rápidamente le dan igual las bajas.

—De modo que lo mejor será resistir lo más posible, ¿no?

En medio de la oscuridad, lejano y resonante, Logen oía el ruido de los herreros y los carpinteros trabajando.

—Ahí abajo andan fabricando cosas. Todo lo necesario para escalar nuestra muralla y rellenarnos el foso. Escalas a montones. Si puede, Bethod nos cogerá rápido, pero si no le queda más remedio, se lo tomará con calma.

El Sabueso asintió con la cabeza.

—Bueno, lo que decía. Lo mejor será resistir lo más posible. Si todo sale según lo planeado, dentro de poco tendremos aquí a la Unión.

—Más vale que sea así. Los planes tienen la maldita manía de hacerse pedazos cuando te apoyas mucho en ellos.

Esa dulce tristeza

—Su Resplandescencia, el Gran Duque de Ospria, únicamente desea mantener unas óptimas relaciones...

Jezal no podía hacer otra cosa que seguir sentado y sonreír; de hecho, se había pasado todo el santo e interminable día sentado y sonriendo. La cara y el trasero le escocían. El parloteo del embajador continuaba implacable, acompañado de un florido aleteo de las manos. De vez en cuando contenía por un momento la catarata de su charlatanería para que el traductor pudiera expresarla en la lengua común. Casi que podría haberse ahorrado la molestia.

—... la gran ciudad de Ospria siempre se ha sentido honrada de contarse entre los más íntimos amigos de vuestro ilustre padre el Rey Guslav y ahora no ansia otra cosa que perpetuar su amistad con el gobierno y el pueblo de la Unión...

Jezal se había pasado toda la mañana sentado y sonriendo en su trono enjoyado, sobre su estrado de mármol, mientras los embajadores del Mundo entero acudían a presentarle sus respetos. Llevaba sentado desde que el sol hizo su aparición en el cielo y se derramó inmisericorde a través de los grandes ventanales, reflejándose en las molduras de oro incrustadas en cada centímetro de las paredes y del techo, centelleando en los grandes espejos, los candelabros de plata y las enormes vasijas, arrancando destellos multicolores a las tintineantes gotas de cristal que adornaban las monstruosas arañas del techo.

—... el Gran Duque desea una vez más expresar su fraternal disgusto por el pequeño incidente que tuvo lugar la última primavera y os asegura que nada semejante volverá a suceder, siempre que los soldados de Westport permanezcan del lado de la frontera que les corresponde...

Había seguido sentado durante toda la inacabable tarde, a medida que el calor se iba haciendo cada vez más agobiante en el salón, retorciéndose de incomodidad mientras los representantes de los grandes mandatarios del Mundo se inclinaban hasta casi rozar el suelo y pronunciaban las mismas felicitaciones insulsas en una docena de lenguas diferentes. Siguió sentado cuando el sol comenzó a ponerse y se encendieron y alzaron centenares de velas que le hacían guiños desde los espejos, los ventanales oscurecidos y la

pulimentada superficie del suelo. Y ahí seguía, sentado, sonriendo y recibiendo los halagos de personas procedentes de unos países de los que ni siquiera había oído hablar antes de que empezara aquel día eterno.

—... Su Resplandescencia, asimismo, espera y confía que las hostilidades entre vuestra gran nación y el Imperio de los Gurkos toquen prontamente a su fin, para que el comercio pueda fluir con libertad por el Mar Circular.

El embajador y el traductor hicieron una pausa de cortesía y Jezal consiguió desperezarse lo bastante para pronunciar unas cuantas palabras desganadas.

—Por nuestra parte deseamos lo mismo. Os ruego agradezcáis de mi parte al Gran Duque su magnífico obsequio.

Dos lacayos alzaron el enorme cofre y lo depositaron junto al resto de trastos de vivos colores que Jezal había acumulado aquel día.

El parloteo en estirio volvió a inundar la habitación.

—Su Resplandescencia desea expresar su más sentida felicitación a Vuestra Augusta Majestad por su próximo matrimonio con la Princesa Terez, la Joya de Talins, sin duda alguna la mujer más bella de cuantas pueblan el Círculo del Mundo.

Jezal intentó que la sonrisa forzada no se le borrara del rostro. Había oído mencionar tantas veces su boda como un hecho establecido, que ya ni tenía ganas de corregir el error, es más, casi había empezado a considerarse comprometido. En aquel momento lo único que le importaba era que acabaran las audiencias de una vez para poder escabullirse un rato y descansar en paz.

—Su Resplandescencia nos ha pedido asimismo que deseemos a Vuestra Augusta Majestad un largo y feliz reinado —explicó el traductor—, así como muchos herederos, a fin de que vuestro linaje se prolongue con gloria inextinguible durante muchos años —Jezal hizo un diente más amplia su sonrisa e inclinó la cabeza—. Os deseo que tengáis una buena noche.

El embajador de Ospria hizo una florida reverencia, quitándose su enorme sombrero, cuyas plumas multicolores bailotearon con entusiasmo. Después comenzó a retirarse de espaldas por el resplandeciente suelo sin enderezarse. Consiguió como pudo llegar hasta el corredor sin caerse de bruces, y los portalones, festoneados con hojas de oro, se cerraron silenciosamente a su salida.

Jezal se arrancó la corona de la cabeza, la lanzó sobre un cojín que había junto al trono y se puso a rascarse con una mano las huellas que le había dejado en el cráneo mientras con la otra se desabrochaba el collar bordado. No le sirvió de nada. Seguía mareado, débil y con un calor sofocante.

Hoff ya se estaba acercando al lado izquierdo de Jezal con un gesto halagador.

—Este era el último de los embajadores, Majestad. Por la mañana acudirá toda la nobleza de Midderland. Están ansiosos de rendir homenaje...

—Mucho homenaje y poca ayuda, como si lo viera.

Hoff se las apañó para proferir una risita ahogada.

—Ja, ja, ja, Majestad. Llevan solicitando audiencia desde el amanecer y no vamos a ofenderles con un...

—¡Maldita sea! —Jezal se puso en pie de un salto e hizo un vano intento de despegar los pantalones de su sudoroso trasero. Se arrancó la banda carmesí de la cabeza y la tiró lejos, se despojó de la túnica dorada intentando rasgarla pero acabó enredándosele una manga y tuvo que sacársela del revés para lograr librarse de ella—. ¡Maldita sea! —la lanzó sobre la escalinata y por un momento se le pasó por la cabeza destrozarla a pisotones, pero, entonces, se acordó de quién era. Hoff había dado un cauteloso paso atrás como si hubiera descubierto que una espléndida mansión que acababa de comprar estuviera afectada por la carcoma. Los diversos lacayos, pajes y caballeros, tanto del cuerpo de Mensajeros como de la Escolta Regia, clavaban la vista al frente y se esforzaban por parecer estatuas. Bayaz permanecía de pie en un rincón oscuro de la estancia. Sus ojos estaban en sombra, pero su rostro tenía la dureza de la piedra.

Jezal se ruborizó como un colegial travieso al que el profesor ha llamado para rendir cuentas y se tapó el rostro con una mano.

—Ha sido un día terrible... —bajó apresuradamente los escalones del estrado y salió de la sala de audiencias con la cabeza gacha. El ruido de una tardía fanfarria desafinada le persiguió por el vestíbulo. Desgraciadamente, lo mismo hizo el Primero de los Magos.

—Un comportamiento muy poco gentil —dijo—. Un ataque de ira ocasional hace que un hombre infunda miedo. Si son frecuentes, le ponen en ridículo.

—Lo siento. La corona es una pesada carga —gruñó Jezal apretando los dientes.

—Una pesada carga y un alto honor. Ambas cosas. Si no recuerdo mal, habíamos quedado en que os esforzaríais por ser digno de ella —el Mago hizo una pausa significativa—. Quizá debáis esforzaros un poco más.

Jezal se frotó las sienes.

—Me hace falta estar un momento a solas. Un momento nada más.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Pero por la mañana tenemos

trabajo, Majestad, un trabajo que no podemos eludir. La nobleza de Midderland no esperará para felicitaros. Estoy seguro de que os veré al amanecer rebosante de energía y de entusiasmo.

—¡Sí, sí! —contestó Jezal con irritación—. ¡Rebosante!

Salió de golpe a un pequeño patio, rodeado en tres de sus lados por una columnata en penumbra, y se quedó parado al frescor del atardecer. Se sacudió, apretó los ojos, echó hacia atrás la cabeza y respiró hondo. Un minuto a solas. Se preguntó si, aparte de los momentos dedicados a mear y a dormir, no sería el primero que se le permitía desde aquel día de locura en la Rotonda de los Lores.

Había sido la víctima, o quizá el beneficiario, del más craso, del más monumental de los errores. De alguna manera todos le habían tomado por un rey, cuando en realidad era evidente que no era más que un idiota ignorante y egoísta que en su vida había planeado nada ni con un día de antelación. Cada vez que alguien le llamaba Majestad, se sentía más un impostor, y a cada momento que pasaba, se sentía más culpable y más sorprendido de que nadie le hubiera desenmascarado aún.

Caminó sobre el cuidado césped y dio rienda suelta a su autocompasión exhalando un prolongado suspiro... que se le quedó atorado en la garganta. Junto a uno de los arcos se hallaba un Caballero de la Escolta Regia en una posición de firmes tan rígida que apenas había advertido su presencia. Lanzó una maldición para sus adentros. ¿Es que no podían dejarle solo cinco minutos seguidos? Arrugó el entrecejo al acercarse. El hombre empezó a resultarle familiar. Un hombre corpulento, con la cabeza afeitada y una notable ausencia de cuello...

—¡Bremer dan Gorst!

—Majestad —dijo Gorst, haciendo resonar su armadura al golpear su grueso puño contra el pulido metal de la coraza.

—¡Cuánto me alegro de verte!

A Jezal no le había gustado aquel hombre desde el momento en que le puso los ojos encima, y, por mucho que al final hubiera logrado ganarle, el hecho de que durante un buen rato le hubiera estado breando a porrazos en un círculo de esgrima no había mejorado su opinión sobre aquel bruto sin cuello. Pero ahora, encontrar una cara familiar, era como hallar un vaso de agua en el desierto. Es más, se sorprendió al verse estrechando su manaza como si fueran viejos amigos y teniendo que hacer un esfuerzo para soltársela.

—Vuestra Majestad me hace demasiado honor.

—¡Por favor, tú no necesitas llamarme así! ¿Cómo es que ahora perteneces al personal de la Casa Real? Creí que servías en la guardia de Lord Brock.

—Ese puesto no me venía bien —repuso Gorst con su extraña voz aflautada—. Hace unos meses tuve la suerte de obtener un puesto entre los Caballeros de la Escolta, Maj...

Inmediatamente se interrumpió.

A Jezal se le ocurrió una idea. Miró a su alrededor por encima de ambos hombros, pero no descubrió a nadie cerca de ellos. En el jardín reinaba un silencio sepulcral y los sombreados arcos estaban tan mudos como si fueran criptas.

—Bremer... Te puedo llamar Bremer, ¿verdad?

—Supongo que mi Rey puede llamarme como guste.

—Óyeme... ¿puedo pedirte un favor?

Gorst pestañeó.

—Vuestra Majestad sólo tiene que pedírmelo.

Jezal se dio la vuelta al oír que la puerta se abría. Gorst entró en la columnata acompañado del leve tintineo de su armadura. Le seguía una persona envuelta en una capa con la capucha echada. Volvió a sentir la vieja excitación de siempre cuando ella echó para atrás la capucha y un rayo de luz que se colaba por la rendija de un ventanal iluminó la parte inferior de su cara. Distinguía la curva reluciente de su mejilla, un lado de la boca, el perfil de su nariz, el brillo de sus ojos en penumbra y nada más.

—Gracias, Gorst —dijo Jezal—. Puedes retirarte.

El hombretón atravesó de espaldas una de las arcadas y cerró la puerta tras él. Por supuesto, no era la primera vez que se veían en secreto, pero ahora las cosas eran distintas. Se preguntó si terminarían con besos y palabras dulces, o si simplemente terminarían sin más. El comienzo no fue nada prometedor.

—Augusta Majestad —dijo Ardee con la mayor de las ironías—. Qué grandísimo honor. ¿Debo inclinarme hasta besar el suelo? ¿O basta con una simple reverencia?

Por muy duras que fueran sus palabras, el sonido de su voz le seguía cortando la respiración.

—¿Una reverencia? —alcanzó a decir—. ¿Sabes siquiera cómo hacerla?

—En realidad, no. No he sido educada en la alta sociedad y esa carencia hace que en un momento como éste me sienta abrumada —dio un paso hacia delante y miró con cara muy seria el sombrío jardín—. Cuando yo era niña, en

mis más disparatadas fantasías, soñaba que un día el Rey en persona me invitaba a palacio. Comíamos estupendos manjares, bebíamos los mejores vinos y hablábamos de cosas importantes hasta bien entrada la noche —Ardee se llevó las manos al pecho y pestañeó con coquetería—. Gracias por hacer que los sueños de una pobre desgraciada se hayan hecho realidad, aunque sea por breves minutos. ¡Los demás mendigos no lo van a creer cuando se lo cuente!

—A todos nos ha sorprendido en gran manera el curso de los acontecimientos.

—Y que lo digáis, Majestad.

Jezal hizo una mueca de dolor.

—No me llames así. Tú no.

—¿Cómo debo llamaros?

—Por mi nombre. Jezal. Como me llamabas... por favor.

—Está bien. Me lo prometiste, Jezal. Me prometiste que no me fallarías.

—Ya lo sé, y pensaba cumplir mi promesa... pero lo cierto es que... —por muy rey que fuera seguía costándole un mundo dar con las palabras adecuadas y lo que le salió fue un torrente atropellado—. ¡No me puedo casar contigo! Lo habría hecho si no llega a ser por...—levantó los brazos y los dejó caer con abatimiento—. Si no hubiera pasado todo esto. Pero el caso es que ha pasado y yo no puedo hacer nada. No me puedo casar contigo.

—Claro que no —los labios de Ardee se curvaron con amargura—. Las promesas se quedan para los niños. Nunca me pareció muy probable, ni siquiera antes. Ni en mis momentos menos realistas. Ahora la idea me parece ridícula. El Rey y la campesina. Absurdo. Ni el más disparatado de los cuentos de hadas se atrevería a proponerlo.

—Eso no tiene por qué significar que no vayamos a vernos más —dio un paso vacilante hacia ella—. Todo será distinto, por supuesto, pero aun así podremos encontrar momentos... —muy lentamente, con torpeza, la tendió una mano—. Momentos en que podamos estar juntos —la acarició la cara con suavidad y sintió lo que siempre había sentido cuando estaba a su lado—. Podemos volver a ser lo que fuimos el uno para el otro. Tú no tendrías que preocuparte de nada. Todo se podría arreglar...

Ardee le miró directamente a los ojos.

—Así que... ¿te gustaría que fuera tu prostituta?

Jezal retiró la mano.

—¡No! ¡Claro que no! Quiero decir... Me gustaría que fueras... —¿Qué era lo que quería decir? Buscó desesperadamente una palabra mejor—. ¿Mi

amante?

—Ah. Ya. Y cuando tomes esposa, ¿qué seré yo entonces? ¿Qué palabra crees que usará tu mujer para describirme? —Jezal tragó saliva y clavó la vista en sus zapatos—. Una puta sigue siendo una puta, uses la palabra que uses. Se cansa uno de ella con facilidad y con más facilidad se la sustituye. ¿Y cuando te canses de mí y busques otras amantes? ¿Cómo crees que me llamarán entonces? Yo soy una basura, ya lo sé. Pero el concepto que tienes tú de mí debe de ser aún más bajo que el que yo misma tengo.

—No es culpa mía —sintió lágrimas en los ojos. No sabía muy bien si de pena o de alivio. Quizá fuera una mezcla de ambas cosas—. No es culpa mía.

—Claro que no. Ni yo te la echo. Me la echo a mí misma. Siempre he pensado que tengo mala suerte, pero mi hermano tenía razón. Lo que ocurre es que elijo mal —sus ojos oscuros le miraban con la misma expresión de juez que tenían cuando se conocieron—. Podía haber encontrado un hombre bueno, pero te elegí a ti. No debí ser tan inconsciente. —Le rozó la cara con los dedos y le secó una lágrima que le corría por la mejilla con el pulgar. Igual que la última vez que se separaron, en el parque, bajo la lluvia. Pero entonces tenían la esperanza de volver a verse. Ahora no había ninguna. Ardee soltó un suspiro, dejó caer la mano y contempló con amargura el jardín.

Jezal pestañeó. ¿Era posible que eso fuera todo? Anhelaba poder pronunciar al menos una última palabra tierna, un adiós agridulce, pero su mente estaba vacía. ¿Qué palabras podrían cambiar algo? Habían terminado. Y seguir hablando sólo serviría para echar sal en la herida. Aliento malgastado. Apretó las mandíbulas y se limpió la cara borrando la huella de su llanto. Ella tenía razón. El Rey y la campesina. ¿Qué podía ser más ridículo?

—¡Gorst! —ladró.

Se abrió la puerta con un chirrido y el musculoso escolta surgió de las sombras con la cabeza humildemente inclinada.

—Acompaña a la señora a su casa.

Gorst asintió con la cabeza y se apartó de la arcada. Ardee se dio la vuelta y caminó hacia ella poniéndose la capucha mientras Jezal la veía alejarse. Se preguntó si haría una pausa en el umbral, si volvería la cabeza y sus ojos se encontrarían de nuevo y habría un último instante para los dos. Una última supresión del aliento. Un último vuelco del corazón.

Pero ella no miró para atrás. Sin detenerse un instante, se dirigió a la puerta y desapareció seguida de Gorst, mientras Jezal permanecía en el jardín a la luz de la luna. Solo.

Pescar una sombra

Ferro estaba sentada en el tejado del almacén con las piernas cruzadas y los ojos entrecerrados para protegerse del sol. Contemplaba las embarcaciones y a la gente que se bajaba de ellas. Buscaba a Yulwei. Por eso iba allí todos los días.

La Unión y Gurkhul estaban en guerra, una guerra sin sentido en la que se hablaba mucho y no se luchaba, y de ahí que no partieran barcos para Kanta. Pero Yulwei iba adonde quisiera. Él podía llevarla de nuevo al Sur para que pudiera vengarse de los gurkos. Hasta que volviera, estaba atrapada con los pálidos. Apretó los dientes y los puños y contrajo el semblante exasperada por su impotencia. Por su aburrimiento. Por aquella pérdida de tiempo. Hubiera rezado pidiendo a Dios que volviera Yulwei.

Pero Dios nunca escuchaba.

Jezal dan Luthar, pese a ser un perfecto imbécil, había sido coronado Rey, por razones que ella no alcanzaba a comprender. Bayaz, no le cabía ninguna duda, estaba detrás de todo el asunto, y ahora pasaba con él las veinticuatro horas del día. Intentando convertirle en un verdadero jefe, seguro. Como ya había hecho durante todo el viaje de ida y vuelta a la gran llanura, con escaso éxito.

Jezal dan Luthar, rey de la Unión. Nuevededos se hubiera reído a carcajadas si se hubiera enterado. Ferro sonrió al imaginárselo riéndose. Luego se dio cuenta de que estaba sonriendo y dejó de hacerlo de inmediato. Bayaz le había prometido venganza y no se la había dado. La había dejado ahí empantanada, sin poder hacer nada. No había ningún motivo para sonreír.

Ahí seguía sentada, vigilando los barcos, esperando ver a Yulwei.

A Nuevededos no esperaba verlo. No esperaba verlo desembarcar en los muelles con paso tambaleante. Eso hubiera sido una esperanza infantil y tonta, propia de la estúpida criatura que había sido cuando los gurkos se la llevaron como esclava. Él no cambiaría de opinión y volvería. Ya se había ocupado ella de que fuera así. Pero qué raro que ahora muchas veces creyera verle entre la gente.

Los estibadores habían acabado por reconocerla. Al principio la

llamaban. «¡Baja, bonita y dame un beso!», le había gritado uno en cierta ocasión. Y sus amigos se habían reído. Ferro le había tirado a la cabeza medio ladrillo y el impacto le había arrojado al mar. Después de que le sacaran del agua, ya no la habló. Ni los demás tampoco. Tanto mejor para ella.

Ahí seguía sentada vigilando los barcos.

Y siguió sentada hasta que el sol descendió por el horizonte tiñendo de luz los bordes de las nubes y arrancando un centelleo a las incesantes olas. Hasta que las multitudes se redujeron, las carretas dejaron de moverse y las voces y el ajetreo de los muelles se convirtieron en un polvoriento silencio. Hasta que la brisa se convirtió en aire frío sobre su piel.

Hoy no vendría Yulwei.

Bajó del tejado del almacén y se abrió paso por las callejas en dirección a la Vía Media. Y cuando caminaba por aquella calle ancha, mirando mal a las personas con las que se cruzaba, se dio cuenta. Alguien la iba siguiendo.

Lo hacía bien, con mucha cautela. Unas veces de cerca, otras de más lejos. Manteniéndose fuera de su vista, pero sin llegar a esconderse nunca. Dio unas cuantas vueltas para asegurarse, y ahí seguía el tipo aquel. Iba vestido todo de negro, tenía el pelo largo y lacio y llevaba una máscara que le cubría media cara. Como los hombres que les habían perseguido a ella y a Nuevededos antes de partir hacia el Viejo Imperio. Le escudriñó por el rabillo del ojo, sin mirarle nunca directamente, sin permitirle saber que se había percatado de su presencia.

Lo descubriría muy pronto.

Dobló por un lúgubre callejón, se paró y esperó a la vuelta de una esquina; pegada contra un muro mugriento, conteniendo la respiración. Su arco y su espada estaban muy lejos, pero la sorpresa era la única arma que necesitaba. Eso, y sus manos, sus pies, sus dientes.

Oyó cómo se acercaban los pasos. Pasos cautelosos que avanzaban por el callejón, haciendo tan poco ruido que apenas si se oían. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. Estaba bien tener un enemigo, un objetivo. Estaba muy bien, después de tanto tiempo sin tenerlo. Servía para rellenar el hueco que tenía dentro, aunque sólo fuera por un momento. Apretó los dientes y sintió que la furia se hinchaba dentro de su pecho. Era una sensación caliente y excitante. Tranquilizadora y conocida. Como el beso de un antiguo amante muy añorado.

Cuando el tipo dio la vuelta a la esquina el puño de Ferro ya había salido disparado hacia delante. Se estrelló contra la máscara y le mandó tambaleándose hacia atrás. Entonces se echó sobre él y le abofeteó con las dos manos sacudiéndole la cabeza a izquierda y derecha. El enmascarado buscó torpemente su cuchillo, pero estaba tan aturdido que no fue lo bastante rápido y

antes de que consiguiera sacar el arma de su vaina ella ya le había atrapado la muñeca. Le echó la cabeza hacia atrás con el codo y luego se lo clavó en la garganta y le dejó gorgoteando. Arrancó de su mano inerte el cuchillo, se giró y le dio una patada en la tripa que hizo que se doblara. Luego le propinó un rodillazo en la máscara que le arrojó de espaldas sobre la mugre del suelo. Acto seguido se echó sobre él, le rodeó la cintura con las piernas, le cruzó un brazo sobre el pecho y le puso su propio cuchillo en la garganta.

—Será posible —le susurró a la cara—. He pescado una sombra.

—Gurgh —surgió de la máscara por la que asomaban unos ojos que seguían estando en blanco.

—Es difícil hablar con eso puesto, ¿eh?

Y acto seguido le cortó las tiras de la máscara con un golpe de cuchillo que le hizo un alargado corte en la mejilla. Sin la máscara no parecía tan peligroso. El tipo era mucho más joven de lo que se había esperado, tenía un sarpullido en la barbilla y una pelusilla aterciopelada encima de los labios. Nada más quedarse sin la máscara, sacudió la cabeza y sus ojos volvieron a enfocar. Luego soltó un gruñido y se revolvió, pero Ferro le tenía bien sujeto y un leve toque con el cuchillo en el cuello bastó para tranquilizarle.

—¿Por qué me sigues?

—Qué mierda dices, yo no...

Ferro nunca había tenido mucha paciencia. Sentada a horcajadas encima de él, como estaba, le era fácil incorporarse un poco y darle un codazo en plena cara. Él hizo lo posible por parar el golpe, pero, con todo el peso de Ferro oprimiéndole las caderas, estaba indefenso. El brazo cruzó entre sus manos y se le estrelló en la boca, en la nariz y en la mejilla, golpeándole una y otra vez la cabeza contra los adoquines grasientos del suelo. Cuatro golpes más bastaron para quitarle las ganas de seguir defendiéndose. Su cabeza cayó hacia atrás y ella se agachó otra vez sobre él y le deslizó el cuchillo por debajo del gaznate. Hilos de sangre oscura brotaban de la nariz y la boca del tipo y le resbalaban por la cara.

—¿Y ahora vas a decirme por qué me sigues?

—Yo sólo te vigilo... —la sangre que tenía en la boca confería un tono pastoso a su voz—. Te vigilo nada más. No doy las órdenes.

Los soldados gurkos tampoco dieron la orden de matar a la gente de Ferro y de hacerla su esclava. Pero eso no quería decir que fueran inocentes. Ni sirvió para ponerles a salvo de ella.

—¿Quién las da?

El tipo tosió, contorsionó el rostro y unas burbujas de sangre brotaron de

los hinchados agujeros de su nariz. Nada más. Ferro torció el gesto.

—¿Qué pasa? —movió el cuchillo hacia abajo y le pinchó en el muslo con la punta—. ¿Acaso crees que yo nunca he cortado una polla?

—Glokta —murmuró él cerrando los ojos—. Trabajo... para Glokta.

Glokta. El nombre no la decía nada, pero era una pista que se podía seguir.

Volvió a ponerle el cuchillo en el gaznate. La nuez subió y bajó rozando la hoja. Ferro apretó las mandíbulas, cerró los dedos alrededor de la empuñadura y le miró con gesto ceñudo. Unas lágrimas comenzaban a asomar por las comisuras de los ojos del tipo. Más valía acabar con esto y largarse. Era lo más seguro. Pero su mano no quería moverse.

—Dame una razón para que no te la corte.

Las lágrimas corrían ya libremente por los lados de su cara ensangrentada.

—Mis pájaros —susurró.

—¿Pájaros?

—No habrá nadie que les dé de comer y beber. Yo me lo merezco, ya lo sé, pero mis pájaros... no han hecho nada.

Ferro le miró con los ojos entornados. Pájaros. Por qué cosas más raras vive la gente.

Su padre tenía un pájaro. Se acordó de él metido en una jaula que colgaba de un palo. Era un ser inútil, que ni siquiera sabía volar. Lo único que hacía era estarse ahí quieto agarrado a su palito. Su padre le había enseñado a decir algunas palabras. Le recordó dándole de comer, cuando ella era una niña. Había sido hace mucho tiempo, antes de que llegaran los gurkos.

—Chisss —le chistó a la cara, y acto seguido apretó el cuchillo contra el cuello, y el tipo se encogió. Luego apartó el cuchillo, se puso de pie y le miró—. El día en que vuelva a verte será el último de tu vida. Vete con tus pájaros, sombra.

Él asintió con los ojos muy abiertos y Ferro se dio la vuelta y echó a andar por el callejón bajo las luces del crepúsculo. Cuando pasó por un puente, tiró el cuchillo al agua. Desapareció enseguida y en el agua viscosa se dibujaron varios círculos concéntricos. Probablemente se había equivocado al dejar con vida a ese hombre. Sabía por propia experiencia que la compasión era un error.

Pero, al parecer, aquel día le había dado por sentirse compasiva.

Preguntas

El Coronel Glokta, por supuesto, era un magnífico bailarín, pero se le había quedado tan tiesa la pierna que no le resultaba nada fácil lucirse. El constante zumbido de las moscas era una distracción añadida, y su pareja tampoco le estaba ayudando mucho. Ardee West estaba muy guapa, pero sus constantes risitas le ponían nervioso.

—¡Deja de reírte! —le gritó haciéndola girar por el laboratorio del Adepto Físico, mientras los especímenes de los frascos palpitaban y se bamboleaban al compás de la música.

—Parcialmente devorado —dijo Kandelau, mirando a través de su monóculo con un ojo monstruosamente aumentado. Luego señaló hacia abajo con sus pinzas—. Esto de aquí es un pie.

Glokta apartó los arbustos y se tapó la cara con una mano. Ahí seguía el cadáver descuartizado, un amasijo de carne de un rojo reluciente al que costaba identificar como un ser humano. Ardee se rió a carcajadas al verlo.

—¡Parcialmente devorado! —exclamó sofocando otra risita.

El Coronel Glokta no le veía la gracia al asunto. El zumbido de las moscas no paraba de aumentar y amenazaba con ahogar la música del todo. Peor aún, empezaba a hacer un frío terrible en el parque.

—Fue un descuido —dijo una voz a su espalda.

—¿A qué te refieres?

—A haberlo dejado ahí. Pero a veces es mejor moverse deprisa que con cuidado, ¿eh, tullido?

—Me acuerdo de esto —murmuró Glokta. El frío seguía aumentando y él ya estaba tiritando como una hoja. —¡Me acuerdo de esto!

—Claro que te acuerdas —dijo una voz de mujer, que no era la de Ardee. Era una voz grave y sibilante, y al oírla, el ojo de Glokta empezó a palpitar.

—¿Qué puedo hacer? —el Coronel sintió una nausea. Las heridas del cadáver parecían abrirse como si fueran bocas y el zumbido de las moscas era

ya tan alto que apenas si oyó la respuesta.

—Podías ir a la Universidad y pedir consejo —una respiración helada le rozó el cuello y sintió un escalofrío en la espalda—. Y ya que estás... podrías preguntarles por la Semilla.

Glokta llegó dando tumbos al final de la escalera, se bamboleó de lado y se fue de espaldas contra el muro, lanzando resoplidos por encima de su lengua babeante. Le temblaba la pierna izquierda, el ojo izquierdo le palpitaba, como si un cordón de dolor que recorría las entrañas, el culo, la espalda, el hombro, el cuello y la cara se le tensara con cada movimiento, por más pequeño que fuera.

Se forzó a mantenerse lo más quieto posible. A respirar hondo y despacio. Y obligó a su mente a olvidarse del dolor y a centrarse en otras cosas. *Por ejemplo, en Bayaz y su fracasada búsqueda de la Semilla. Al fin y al cabo, Su Eminencia está esperando y no puede decirse que la paciencia se cuente entre sus virtudes.* Estiró los músculos del cuello, moviendo la cabeza de un lado a otro, y sintió el crujir de sus huesos entre los omóplatos. Apretó la lengua contra las encías y se apartó renqueando de los escalones para entrar en la fresca oscuridad de la biblioteca.

No había cambiado mucho de un año a esta parte. *Ni probablemente en los últimos doscientos años.* El espacio abovedado olía a viejo y a rancio, y su única iluminación se la proporcionaban un par de lámparas roñosas y titilantes que poblaban de oscilantes sombras las interminables filas de estanterías combadas. *Ya es hora de volver a hundirse en los polvorientos desechos de la historia.* El Adepto Histórico tampoco parecía haber cambiado mucho. Se hallaba sentado ante una mesa llena de manchas, enfrascado en el estudio de una enmohecida pila de papeles a la luz de un solitario candil. Cuando Glokta se le acercó cojeando, se puso de pie.

—¿Quién anda ahí?

—Glokta —y acto seguido miró con recelo las sombras del techo—. ¿Qué ha sido de su cuervo?

—Ha muerto —repuso con pesar el anciano bibliotecario.

—O sea, que se podría decir que ha pasado a la historia, ¿eh? —el viejo no le rió la gracia—. En fin, qué se le va a hacer. Eso nos pasa a todos. *Aunque a algunos bastante antes que a otros.* Tengo que hacerle unas preguntas.

El bibliotecario se inclinó hacia delante escudriñando a Glokta con sus ojos húmedos como si fuera el primer ser humano que veía.

—Me acuerdo de usted. *Así que los milagros existen.* Me preguntó por

Bayaz, el primer aprendiz del gran Juvens, la primera letra del alfabeto de...

—Sí, sí. Eso ya lo hemos hablado.

El viejo frunció el ceño.

—¿Viene a devolverme el pergamino?

—¿El del Creador que cayó envuelto en llamas y todo eso? Me temo que no. Lo tiene el Archilector.

—Ya. Últimamente se oye hablar demasiado de ese hombre. Los de arriba siempre le están criticando. Que si Su Eminencia esto, que si Su Eminencia lo otro. Me tienen harto. *No sabe cómo le comprendo.* Parece que hoy en día todo el mundo anda muy confuso. Muy confuso y muy alborotado.

—Fuera se han producido muchos cambios. Tenemos un nuevo rey.

—Eso ya lo sé. Un tal Guslav, ¿no?

Glokta suspiró mientras se instalaba trabajosamente en la silla que había al otro lado de la mesa.

—Sí, sí. Ese mismo. *Bueno, sólo ha fallado por unos treinta años. Yo me esperaba que creyera que Harod el Grande seguía aún en el trono* —¿Qué quiere usted esta vez?

Buscar a tientas en la oscuridad unas respuestas que siempre están fuera de mi alcance.

—Quiero saber algo sobre la Semilla.

La cara arrugada del Adepto ni se inmutó.

—¿Sobre la qué?

—Hablaban de ella en su inapreciable pergamino. Eso que Bayaz y sus amigos los Magos buscaron en la Casa del Creador a la muerte de Kanedias. A la muerte de Juvens.

—¡Bah! —el Adepto sacudió una mano y los pellejos que colgaban de su muñeca temblequearon—. Secretos. Poder. No es más que una metáfora.

—Bayaz no parece opinar lo mismo —Glokta acercó más la silla y bajó la voz. *Aunque no puede haber nadie que nos oiga ni al que le importe lo que oiga*—. Según tengo entendido se trata de un objeto procedente del Otro Lado, un vestigio de los Viejos Tiempos, de cuando los demonios hollaban la tierra. La propia sustancia de la magia convertida en un objeto sólido.

El viejo soltó una risa seca y delgada, exhibiendo la pútrida caverna que tenía por boca, en la que había menos dientes incluso que en la de Glokta —Nunca pensé que fuera usted supersticioso, Superior. *No lo era la última vez que vine aquí a hacer preguntas. Antes de mi visita a la Casa del Creador, antes de mi*

reunión con Yulwei, antes de ver a Shickel sonriendo mientras la quemaban. Felices tiempos aquellos cuando aún no conocía a Bayaz, cuando las cosas todavía tenían lógica. —El bibliotecario se limpió los ojos pitañosos con su caricatura de mano—. ¿Cómo se enteró de eso?

Por un navegante que tenía un pie en un yunque.

—Eso no es cosa suya.

—Bueno, usted sabe de esto más que yo. He leído en algún sitio que a veces caen rocas del cielo. Unos dicen que son fragmentos de estrellas. Otros que son esquirlas que han salido despedidas del caos del infierno. Tocarlas es peligroso. Y son tremendamente frías.

¿Frías? Glokta casi volvió a sentir aquella respiración helada en el cuello. Se sacudió los hombros y se obligó a no mirar para atrás.

—Hábleme del infierno. *Aunque creo que yo ya sé más de ese tema que la mayoría de la gente.*

—¿Eh?

—Del infierno, viejo. Del Otro Lado.

—Dicen que es de ahí de donde viene la magia, si uno cree en esas cosas.

—He aprendido a tener una mentalidad abierta con respecto a ese tema.

—Una mentalidad abierta es como una herida abierta ...

—Eso dicen, pero estamos hablando del infierno.

El bibliotecario se humedeció sus fláccidos labios.

—Según la leyenda, hubo un tiempo en que nuestro Mundo y el Mundo Inferior eran una sola cosa y los demonios andaban sueltos por la tierra. El Gran Euz los expulsó y promulgó la Primera Ley, que prohibía a todos tocar el Otro Lado, hablar con los demonios y forzar las puertas que separan ambos mundos.

—La Primera Ley, eh?

—Su hijo Glustrod, ávido de poder, no hizo caso de las advertencias de su padre, y buscó secretos, convocó a los demonios y los mandó contra sus enemigos. Dicen que su locura llevó a la destrucción de Aulcus y a la caída del Viejo Imperio, y que cuando se destruyó a si mismo, dejó las puertas entreabiertas... Pero yo no soy un especialista en este tipo de cuestiones.

—¿Y quién lo es?

El viejo torció el gesto.

—Aquí había unos libros. Muy antiguos. Unos libros hermosísimos de los tiempos del Maestro Creador. Libros dedicados al tema del Otro Lado. A la división entre ambos mundos. A las puertas y los cerrojos. Libros sobre los

Desveladores de Secretos, sobre la forma de convocarlos y enviarlos. En mi opinión, puras invenciones. Mitos y fantasías.

—*¿Había* libros?

—Faltan de mis estanterías desde hace algunos años.

—¿Faltan? ¿Dónde están?

El viejo hizo un gesto de incredulidad.

—Es curioso que usted precisamente me pregunte eso...

—¡Basta! —Glokta se volvió tan deprisa como pudo para mirar a su espalda. Silber, el Administrador de la Universidad, estaba al pie de la escalera con una expresión de horror y sorpresa en su rígido rostro. *Como si hubiera visto un fantasma. O incluso un demonio*—. Basta ya, Superior. Le agradecemos su visita.

—¿Basta? —Glokta le lanzó a su vez una mirada gélida—. A Su Eminencia no le va a gustar que...

—Sé muy bien lo que le gusta o le deja de gustar a Su Eminencia... *Una voz desagradablemente* familiar —el Superior Goyle bajaba lentamente las escaleras. Rodeó a Silber y avanzó entre las estanterías por el oscuro suelo de la biblioteca—. Y le digo que basta. Le damos las gracias de todo corazón por su visita —y se inclinó hacia delante con los ojos desorbitados.—. ¡Y que sea la última!

En el comedor se habían producido inquietantes cambios desde que Glokta bajó. La tarde se había oscurecido detrás de las sucias ventanas y las velas lucían en sus deslustrados apliques. *Sin olvidar, por supuesto, la presencia de dos docenas de Practicantes de la Inquisición distribuidos por la estancia.*

Dos nativos de Suljuk de ojos oblicuos, tan parecidos entre sí como si fueran hermanos gemelos, miraban a Glokta a través de sus máscaras. Estaban sentados con sus botas negras apoyadas en la vetusta mesa del comedor, en la que reposaban cuatro alfanjes enfundados. De pie junto a una ventana oscura, había tres hombres de piel morena, con las cabezas rapadas, cada uno con un hacha a la cintura y un escudo a la espalda. Junto a la chimenea se hallaba un practicante alto y delgado como un abedul, con una melena rubia que le caía sobre la cara enmascarada. A su lado había otro muy bajo, casi un enano, con el cinturón abarrotado de cuchillos.

Glokta reconoció al enorme norteño llamado el Quebrantapiedras de su anterior visita a la Universidad. *Pero parece como si alguien hubiera intentado romper piedras con su cara desde la última vez que nos vimos, y con gran persistencia.* Tenía las mejillas desiguales, las cejas torcidas y el puente de la nariz apuntaba directamente a la izquierda. Su cara arruinada resultaba casi tan amenazadora

como el enorme martillo que llevaba en sus gigantescos puños. *Pero sólo casi.*

En conjunto formaban la más extraña e inquietante colección de asesinos que pudiera reunirse en un mismo lugar, y, encima, todos iban armados hasta los dientes. *Parece que el Superior Goyle ha renovado su colección de monstruos.* En el centro, con pinta de sentirse como en su casa, estaba la Practicante Vitari, dando órdenes mientras señalaba aquí y allá. *Quién, si la viera ahora, iba a pensar que es una mujer llena de instinto maternal. Pero supongo que todos tenemos nuestros talentos ocultos.*

Glokta levantó una mano.

—¿A quién tenemos que matar?

Todas las miradas se volvieron hacia él. Vitari se le acercó, arrugando su nariz pecosa.

—¿Qué demonios hace usted aquí?

—Lo mismo le pregunto yo.

—Si sabe lo que le conviene, no hará ni una sola pregunta.

Glokta le dedicó una sonrisa socarrona.

—Si supiera lo que me conviene, no habría perdido todos los dientes. Lo único que me queda ya son preguntas. ¿Qué hay en esta vieja montaña de polvo que pueda ser de interés?

—Eso no es asunto mío, y menos suyo. Si está buscando traidores, ¿por qué no empieza por mirar en su propia casa?

—¿Qué está insinuando con eso?

Vitari se acercó más a él y le habló en voz baja a través de la máscara.

—Un día me salvó la vida, así que permítame devolverle el favor. Lárguese de aquí. Lárguese y no vuelva nunca.

Glokta renqueó por el corredor y llegó a la gruesa puerta de su casa. *En lo que respecta a Bayaz, no hay nada nuevo. Nada que vaya a dibujar en la cara de Su Eminencia una de sus excepcionales sonrisas. Llamadas y envíos. Dioses y demonios. Siempre más preguntas.* Dio con impaciencia dos vueltas a la llave en la cerradura, desesperado por sentarse y liberar de su peso a su temblorosa pierna, *¿Qué estaba haciendo Goyle en la Universidad? ¿Goyle y Vitari y dos docenas de practicantes armados como si fueran a ir a la guerra?* Haciendo una mueca de dolor traspasó el umbral. *Tiene que haber algún...*

—¡Ah!

Sintió que le arrebataban el bastón y cayó de lado moviendo los brazos en el aire. Algo chocó contra su cara y le llenó la cabeza de un terrible dolor. Al instante el suelo le golpeó en la espalda y le cortó la respiración con un largo suspiro. Parpadeó y baboseó, con la boca llena del regusto salado de la sangre, mientras la habitación a oscuras daba alocadas vueltas a su alrededor. *Ay. Ay. Un puño en la cara, si no me equivoco. Eso nunca pierde su impacto.*

Una mano le agarró del cuello del abrigo, y el tejido se le clavó en la garganta haciéndole chillar como una gallina estrangulada. Otra le cogió del cinturón, y al instante Glokta se vio arrastrado con las rodillas y las puntas de sus botas raspando la madera del suelo. Por puro instinto, hizo un débil intento de defenderse, y lo único que consiguió fue provocarse una punzada de dolor en la espalda.

La puerta del cuarto de baño le golpeó la cabeza y se abrió estrellándose contra la pared. Sin que pudiera oponer ninguna resistencia, le arrastraron hacia la bañera, que seguía llena del agua sucia de la mañana.

—¡Espere! —gritó cuando le deslizaron por el borde hasta el agua—. ¿Quién es us...? Gluglú.

El agua fría se cerró sobre su cabeza y las burbujas corrieron por su cara. La mano que le tenía agarrado le sujetaba con firmeza mientras él forcejeaba con los ojos desorbitados por la sensación de sorpresa y el pánico. Cuando ya creía que le iban a reventar los pulmones, sintió un tirón en el pelo y su cara salió de la bañera chorreando agua. *Una técnica sencilla, pero sin duda muy eficaz. Una situación francamente turbadora.* Intentó tomar aire.

—¿Qué es lo que...? Gluglú...

De nuevo se encontró en la oscuridad, arrojando a borbotones en el agua sucia el poco aire que había conseguido aspirar. *Pero sea quien sea, me ha permitido respirar. No me están asesinando. Están ablandándome. Ablandándome para luego interrogarme. Me echaría a reír por la ironía... si me quedara un poco de... aire... en el... cuerpo.* Se revolvía para intentar separarse de la bañera, sus manos chapoteaban en el agua y sus piernas pataleaban, pero todo era inútil; la mano que le tenía cogido por el cuello estaba hecha de acero. Su estómago se contrajo y las costillas se hincharon en un intento desesperado de coger un poco de aire. *No respires... no respires... no respires...* Le estaba entrando lo que le pareció un litro de agua sucia, cuando de pronto le sacaron del baño y le tiraron al suelo tosiendo, jadeando y vomitando, todo a la vez.

—¿Eres Glokta?

Era una voz de mujer, áspera, dura y con marcado acento kantic. Estaba agachada frente a él, guardando el equilibrio sobre los dedos de sus pies, con las muñecas descansando sobre las rodillas y las manos, largas y marrones,

colgando en el aire. Llevaba una camisa de hombre que caía muy suelta sobre unos hombros escuálidos, y las mangas empapadas estaban enrolladas en sus huesudas muñecas. Tenía el pelo negro, muy corto, con trasquilones grasientos que sobresalían del cráneo. Su cara, de expresión endurecida, exhibía una cicatriz pálida, y en sus finos labios se dibujaba una mueca desdeñosa; sin embargo, eran sus ojos lo que resultaba más repelente de su aspecto: eran amarillos y brillaban con el tenue reflejo de la luz que llegaba del pasillo. *No me extraña que Severard se resistiera a seguirla. Debí hacerle caso.*

—¿Eres Glokta?

Era inútil negarlo. Se limpió la baba que le caía por la barbilla con mano temblorosa.

—Sí, soy Glokta.

—¿Por qué me estás vigilando?

Glokta se incorporó penosamente y se sentó.

—¿Qué te hace pensar que...?

El puñetazo le golpeó en el mentón, le echó hacia atrás la cabeza y le arrancó un grito ahogado. Sus mandíbulas se juntaron y un diente le abrió un agujero en la lengua. Se derrumbó sobre la pared con los ojos llenos de lágrimas mientras la habitación oscura daba vueltas a su alrededor. Cuando logró volver a enfocar la vista, vio a la mujer mirándole con sus ojos amarillos entrecerrados.

—Voy a seguir pegándote hasta que me des respuestas o te mueras.

—Muchas gracias.

—¿Gracias?

—Me parece que tu golpe ha conseguido desentumecerme un poquito el cuello —Glokta sonrió, mostrando sus escasos dientes llenos de sangre—. Estuve dos años cautivo de los gurkos. Dos años en las prisiones oscuras de su Emperador. Dos años de cortes y cincelados, y quemaduras. ¿Crees que me van a asustar un par de bofetadas? —Se le río a la cara echando sangre por la boca—. ¡Me duele más mear! —se inclinó hacia ella y contrajo el rostro al sentir una punzada en la columna—. Todas las mañanas... cuando me despierto y veo que sigo vivo... sufro una gran decepción. Si quieres que te dé respuestas, tú tendrás que darme respuestas también. Una por cada una.

La mujer le miró fijamente durante unos instantes, sin pestañear.

—¿Fuiste prisionero de los gurkos?

Glokta recorrió con la mano su cuerpo contrahecho.

—Ellos me dejaron así.

—Hummm. Entonces a los dos los gurkos nos han robado algo —se sentó con las piernas cruzadas—. Preguntas. Una por cada una. Pero si intentas mentirme...

—Preguntas, pues. Estaría incumpliendo mis deberes de anfitrión si no te dejara empezar.

Ella no sonrió. *No parece que tenga mucho sentido del humor.*

—¿Por qué me vigilas?

Podría mentir, ¿pero para qué? Lo mismo da morir diciendo la verdad.

—Estoy vigilando a Bayaz. Parece que los dos sois amigos, pero como hoy en día es difícil vigilar a Bayaz, te vigilo a ti.

La mujer frunció el ceño.

—No es amigo mío. Me prometió venganza, eso es todo. Y todavía no ha cumplido su promesa.

—La vida está llena de desilusiones.

—La vida está hecha de desilusiones. Haz tu pregunta, tullido.

¿Cuando haya obtenido sus respuestas, volverá a ser para mí la hora del baño? ¿Del último baño? Aquellos ojos amarillos eran inescrutables. Eran unos ojos vacíos, como los de un animal. *¿Pero acaso tengo elección?* Se lamió la sangre de los labios y se recostó en la pared. *Preferiría morir sabiendo algo más.*

—¿Qué es la Semilla?

El ceño de la mujer se hizo más pronunciado.

—Bayaz dice que es un arma. Un arma con un enorme poder. Tan enorme que puede convertir Shaffa en polvo. Él creía que estaba oculta en los confines del Mundo, pero se equivocaba. Y eso no le hizo ninguna gracia.

Se quedó en silencio y le miró con gesto torvo durante un instante.

—¿Por qué estás vigilando a Bayaz?

—Porque robó la corona y se la puso a un gusano invertebrado.

La mujer soltó un resoplido.

—En eso al menos estamos de acuerdo.

—Algunos miembros de mi gobierno están preocupados por la dirección en que pueda llevarnos. Seriamente preocupados —Glokta se lamió uno de sus dientes ensangrentados—. ¿Adónde nos está llevando?

—A mí no me dice nada. Yo no me fío de él ni él se fía de mí.

—En eso también estamos de acuerdo.

—Había planeado utilizar la Semilla como arma. Y como no la encontró, tiene que buscar otras armas. Yo creo que os está llevando a la guerra. A una guerra contra Khalul y sus Devoradores.

Glokta sintió que una serie de palpitaciones recorrían un lado de su cara y obligaban a sus ojos a pestañear. *¡Puta gelatina traidora!* La mujer ladeó la cabeza.

—¿Los conoces?

—Un poco, *¿Qué daño hago a nadie?* Cogí a uno, en Dagoska. Estuve haciéndole preguntas.

—¿Y qué te dijo?

—Me habló de causas sagradas y de justicia. *Dos cosas que yo nunca he visto.* Me habló de guerra y de sacrificio. *Dos cosas de las que he visto demasiado.* Me dijo que tu amigo Bayaz mató a su propio maestro —la mujer ni pestañeó—. Me dijo que su padre, el Profeta Khalul, sigue buscando venganza.

—Venganza —bufó ella apretando los puños—. Yo les enseñaré lo que es la venganza.

—¿Qué te han hecho a ti?

—Mataron a mi pueblo —descruzó las piernas—. Me hicieron su esclava —se puso en pie y miró a Glokta—. Me robaron la vida.

Glokta sintió que le temblaban las comisuras de los labios.

—Una cosa más que tenemos en común. *Intuyo que se me acaba el tiempo que me había prestado.*

La mujer se agachó, cogió dos chorreantes puñados de abrigo y lo levanto del suelo con una fuerza enorme, arrastrándole la espalda por la pared. *¿Hallado un cadáver flotando en una bañera?* Las ventanillas de la nariz de Glokta se abrieron al máximo, el aire silbaba dentro de su nariz ensangrentada y el corazón le latía acelerado anticipando lo que iba a pasar. *Supongo que mi cuerpo destrozado se defenderá como pueda. Una irresistible reacción a la falta de aire. El inconquistable instinto de respirar. Seguro que me retuerzo y manoteo, como Tulkis, el embajador gurko, se retorció y manoteó cuando le ahorcaron y le arrancaron las entrañas por nada.*

Se esforzó por mantenerse en pie sin ayuda tratando de permanecer lo más derecho que le fuera posible. *Al fin y al cabo hubo un tiempo en que yo era un hombre orgulloso, aunque todo eso ya haya quedado muy atrás. No es el fin glorioso que el Coronel Glokta hubiera deseado para sí. Ahogado en una bañera por una mujer con una camisa sucia. ¿Me encontrarán tirado sobre el borde con el culo al aire? ¿Pero eso qué importa? Lo que cuenta no es cómo mueres, sino cómo has vivido.*

La mujer le soltó el abrigo y lo alisó por delante dándole unas palmaditas. *¿Y qué ha sido mi vida estos últimos años? ¿Qué he tenido que de verdad pueda echar de menos? ¿Escaleras? ¿Sopa? ¿Dolor? ¿Estar tumbado en la oscuridad dando vueltas a las cosas que he hecho? ¿Despertarme por la mañana atufado por el pestífero olor de mi propia mierda? ¿Echaré de menos tomar el té con Ardee West? Un poco, a lo mejor. ¿Pero echaré de menos tomar el té con el Archilector? Es como para preguntarse por qué no lo hice yo mismo mucho antes.* Miró fijamente a los ojos de su asesina, tan duros y brillantes como el cristal amarillo, y sonrió. Con una sonrisa de puro alivio.

—Estoy preparado —dijo.

—¿Para qué?

La mujer le introdujo un objeto en la mano. El mango de su bastón.

—Si vuelves a tener algún asunto con Bayaz, a mí déjame al margen. No seré tan amable la próxima vez —y acto seguido retrocedió despacio hasta la puerta, un rectángulo brillante que se recortaba sobre la pared en sombra. Se dio la vuelta y el eco de sus botas resonó por el pasillo. Aparte del leve plip plop de las gotas que caían del abrigo de Glokta, todo quedó en silencio.

De modo que, al parecer, sobrevivo. Una vez más. Enarcó las cejas. *A lo mejor el truco está en no desearlo.*

El cuarto día

El oriental era feísimo. Un tipo enorme, envuelto en pestilentes pieles sin curtir y con una oxidada cota de malla, que tenía más de adorno que de protección. Su pelo negro y grasiento, sujeto aquí y allá por bastos anillos de plata, estaba empapado por la lluvia. Tenía una gran cicatriz a lo largo de una mejilla, otra vertical en la frente, incontables tajos y picaduras, restos de antiguas heridas, varios forúnculos como los de un adolescente y una nariz aplastada y torcida como una cuchara abollada. Apretaba los ojos por el esfuerzo que estaba haciendo, enseñaba una dentadura amarillenta a la que le faltaban las dos piezas centrales y, por esa abertura, sacaba una lengua grisácea. Una cara que había visto la guerra todos los días. Una cara que había vivido por la espada, el hacha y la lanza y para la que un día más de vida era una propina.

Para Logen, era como mirarse en un espejo.

Estaban tan juntos como un par de amantes, ciegos a todo lo que les rodeaba. Se movían pesadamente de atrás adelante como luchadores borrachos. Se zarandeaban, se mordían, trataban de sacarse mutuamente los ojos, forcejeaban con helada furia, echándose el uno al otro hediondas bocanadas de aliento. Un baile horrible, fatigoso y fatal. Y, entretanto, la lluvia seguía cayendo.

Logen recibió un doloroso puñetazo en el estómago y tuvo que revolverse y retorcerse para amortiguar otro. Lanzó sin mucho convencimiento un cabezazo y no consiguió más que rozar con la frente la cara del feo. Estuvo a punto de tropezar y vio que el oriental descargaba su peso al otro lado del cuerpo, intentando encontrar una postura que le permitiera derribarle. Antes de que pudiera hacerlo, Logen consiguió clavarle un muslo en los huevos. Eso bastó para que el tipo aflojara por un instante los brazos y para que él pudiera ir deslizando una mano hacia el cuello del feo.

Forzó a su mano a seguir subiendo, dolorosamente, centímetro a centímetro, hasta que el dedo índice trepó por la agujereada cara del oriental, que lo miró bizqueando y trató de librarse de él inclinando la cabeza. Agarró con fuerza la muñeca de Logen para intentar apartar su mano, pero Logen tenía el hombro agachado y el peso perfectamente distribuido. El dedo bordeó la

boca de su adversario por encima del labio superior, se introdujo en la nariz torcida del feo y Logen sintió que su uña rota se hundía en la carne de la fosa nasal. Dobló el dedo, apretó los dientes y se puso a retorcerlo lo mejor que pudo.

El oriental bufó y manoteó, pero estaba atrapado. No pudo hacer otra cosa que agarrar la muñeca de Logen con la otra mano y tratar de sacar ese dedo del interior de su nariz. Pero eso dejaba a Logen una mano libre.

Sacó un cuchillo, soltó un gruñido y le apuñaló una y otra vez. Eran golpes rápidos y cortos, pero terminados en acero. La hoja penetró al oriental en el vientre, en los muslos, en un brazo, en el pecho. La sangre brotó a chorros, los salpicó a los dos y goteó sobre los charcos que había debajo de sus botas. Cuando lo tuvo bien apuñalado, le agarró de las pieles, apretó las mandíbulas y, soltando un rugido, lo arrojó por encima de la muralla. Cayó a plomo, tan desmadejado como el cadáver en que estaba a punto de convertirse, y se estrelló contra el suelo en medio de sus compañeros.

Logen se asomó por el parapeto, echando el aliento al aire húmedo y rodeado de gotas de lluvia que pasaban fugazmente junto a su cara. Parecía haber centenares de ellos arremolinados en el mar de fango que se extendía junto a la base de la muralla. Hombres bárbaros, procedentes de más allá del Crinna, que apenas sabían hablar y a los que no les importaban nada los muertos. Empapados de agua y salpicados de mugre, se protegían detrás de unos toscos escudos y blandían brutales mazas de pinchos. A su espalda, los estandartes tremolaban bajo la lluvia; huesos y cueros raídos, sombras fantasmales bajo un diluvio.

Unos empujaban hacia delante desvencijadas escalas, o alzaban las que ya habían sido derribadas para intentar hincarlas junto a la muralla y levantarlas mientras a su alrededor rocas, lanzas y flechas mojadas se hundían ruidosamente en el fango. Otros escalaban ya, protegiéndose la cabeza con los escudos. En el lado de Dow había dos escalas, en el de Sombrero Rojo una, y otra más a la izquierda de Logen. Un par de gigantescos salvajes descargaban hachazos contra las maltrechas puertas, produciendo nubes de astillas con cada golpe. Logen los señaló y gritó inútilmente bajo el aguacero. Nadie le oyó, ni podía oírle en medio del estruendo de la lluvia, del estrépito de los aceros que golpeaban o raspaban los escudos, del ruido sordo de las flechas que se clavaban en la carne, de los gritos de batalla y los aullidos de dolor.

Recogió de entre los charcos del adarve su espada, cuya hoja mate relucía llena de gotas de agua. Muy cerca de él uno de los Caris de Escalofríos trataba de deshacerse de un oriental que había saltado desde lo alto de una escala. Intercambiaron un par de golpes, hacha contra escudo, y luego un fallido tajo de espada que barrió el aire. El brazo con el que el oriental blandía el

hacha volvió a alzarse y Logen se lo cortó por el codo, se tiró sobre él y le derribó. El Carl le remató soltándole un tajo en el cráneo y luego señaló con la punta ensangrentada de su espada por encima del hombro de Logen.

—¡Allí!

Un oriental con una enorme nariz aguileña acababa de llegar a lo alto de la escala y se encontraba inclinado sobre las almenas con el brazo derecho echado hacia atrás para arrojar una lanza. Con un rugido, Logen se abalanzó sobre él.

Abrió mucho los ojos y la lanza tembló en su mano: ya era demasiado tarde para lanzarla. Intentó quitarse de en medio agarrándose a la madera mojada con su mano libre, pero sólo consiguió arrastrar la escala hacia un lado raspando las almenas. La espada de Logen se le clavó bajo el brazo y el oriental se fue hacia atrás con un gruñido y dejó caer su lanza. Logen volvió a acometerle, resbaló, la estocada le quedó demasiado larga y le faltó poco para caer en sus brazos. El narigudo le agarró y trató de arrojarle por encima del parapeto. Logen le atizó en plena cara con el mango de la espada y la cabeza del oriental salió rebotada hacia atrás, luego, le asestó un segundo golpe que le rompió varios dientes. El tercero le dejó sin sentido y el narigudo cayó a plomo desde la escala llevándose consigo al fango a un compañero que venía detrás.

—¡Venga ese palo! —gritó Logen al Carl de la espada.

—¿Qué?

—¡Ese palo, maldito imbécil!

El Carl agarró un palo empapado y se lo tiró entre la lluvia. Logen dejó caer la espada, encajó el extremo ahorquillado del madero en un travesaño de la escala y empujó con todas sus fuerzas. El Carl se acercó, añadió su peso al de él y la escala crujió, se bamboleó y empezó a irse hacia atrás. Por encima de las almenas apareció la cara sorprendida de un oriental. Vio el palo. Vio a Logen y al Carl jadeando. Y al apartarse la escala de la muralla, cayó de espaldas sobre las cabezas de los que esperaban abajo.

En otro punto de la muralla habían fijado otra escala y los orientales empezaban a trepar por ella con los escudos sobre sus cabezas mientras Sombrero Rojo y sus muchachos les arrojaban piedras. En el tramo de la muralla de Dow algunos habían llegado ya arriba, y desde allí le llegaban los gritos del combate, los ruidos de la matanza. Logen se mordió el labio herido mientras se preguntaba si no debería acudir en su ayuda. Decidió no hacerlo. Dentro de nada le iban a necesitar donde estaba.

Cogió la espada del Creador, hizo una seña al Carl que le había ayudado, se irguió y contuvo la respiración. Esperó a que los orientales reanudaran el ataque, mientras a su alrededor los hombres luchaban y mataban y morían.

Demonios en un infierno frío, lluvioso y sangriento. Sólo llevaba allí cuatro días y le parecía que había estado toda la vida. Como si nunca se hubiera marchado. Y es que quizá no se había marchado nunca.

Como si la vida del Sabueso no fuera ya bastante complicada, encima tenía que llover.

La lluvia era el peor enemigo de un arquero. Después de ser derribado por hombres a caballo, quizá. Pero no era probable que los hubiera encima de una torre. Los arcos estaban resbaladizos, las cuerdas mojadas y las plumas saturadas de agua, todo lo cual hacía que los disparos fueran casi ineficaces. La lluvia les estaba costando su ventaja, y eso era para preocuparse, pero les podía llegar a costar mucho más que eso antes de que acabara el día. Había tres gigantescos bastardos junto a las puertas, dos de ellos descargando unas pesadas hachas contra la madera reblandecida y el tercero intentando introducir una palanca en los agujeros que habían abierto en el maderámen.

—¡Como no acabemos con ellos, las puertas se van a venir abajo! —gritó el Sabueso.

—Hummm —dijo Hosco sacudiendo la cabeza y logrando con ese movimiento que su mata de pelo se convirtiera en un escobón que escupía lluvia.

Costó bastante que él y Tul se entendieran con un intercambio de gestos y gritos, pero al final el Sabueso consiguió que un montón de muchachos se alinearan junto al parapeto. Tres veintenas de arcos empapados bajados al mismo tiempo, todos echados hacia atrás con un crujido, todos apuntando a ese portón. Tres veintenas de hombres concentrados, apuntando a un mismo blanco, todos ellos chorreando agua y mojándose más y más a cada minuto.

—¿Listos? ¡Disparad!

Todos los arcos dispararon más o menos a la vez, produciendo un ruido sordo. Las flechas volaron hacia abajo, rebotaron en el muro húmedo, se alojaron en la madera rugosa de las puertas y agujerearon el lugar donde estuvo el foso antes de convertirse en una masa de fango. Desde luego no podía decirse que los disparos hubieran sido muy precisos, pero eran muchas flechas y, a falta de precisión, hay que contentarse con el número. El oriental de la derecha dejó caer el hacha con tres flechas clavadas en el pecho y una atravesándole una pierna. El de la derecha resbaló, se cayó de costado y se arrastró para ponerse a cubierto, con una flecha alojada en el hombro. El de la palanca cayó de rodillas manoteando y luego se echó un brazo atrás para tratar de arrancar la flecha que tenía clavada en la parte baja de la espalda.

—¡Muy bien, perfecto! —gritó el Sabueso.

Nadie más intentó atacar el portón, lo cual era muy de agradecer. Quedaban todavía muchas escalas, pero eso ya era más difícil desde el lugar en que estaban. Con el tiempo infernal que hacía, lo mismo podían acabar con los suyos que con el enemigo. El Sabueso apretó los dientes y lanzó una inofensiva flecha húmeda hacia la multitud de abajo. La muralla era cosa de Escalofríos, y de Dow, y de Sombrero Rojo. La muralla era cosa de Logen.

Se oyó un crujido tremendo, como si el cielo acabara de derrumbarse. El mundo se convirtió en un torbellino brillante que se movía con gran lentitud y todo se llenó de ecos. Logen avanzaba dando tumbos por aquel espacio onírico, con la espada colgando de sus dedos inertes. Se chocó con la muralla y forcejeó con ella para que dejara de moverse mientras intentaba comprender lo que había pasado sin conseguirlo.

Dos hombres se peleaban por una lanza, dando vueltas y vueltas, y Logen no conseguía recordar por qué. Un hombre de pelo largo recibió al ralentí un mazazo en el escudo, del que saltaron un par de astillas, y luego se puso a hacer molinetes con un hacha, enseñando unos dientes brillantes, y le barrió las piernas a un hombre de aspecto brutal. Había hombres por todas partes, mojados y furiosos, sucios y manchados de sangre. ¿Una batalla, quizá? ¿Y de qué lado estaba él?

Sintió una especie de picor caliente en un ojo y se lo tocó con la mano. Contempló las yemas de los dedos, que se volvían de color rosa bajo la lluvia. Sangre. ¿Es que alguien le había dado un golpe en la cabeza? ¿O era un sueño? Un recuerdo de hace mucho tiempo.

Se dio vuelta antes de que la maza cayera y le cascara el cerebro como un huevo y agarró con las dos manos las muñecas de un peludo hijo de mala madre. El mundo se aceleró de pronto, se llenó de ruidos y la cabeza de Logen palpitó de dolor. Se lanzó contra el parapeto y se encontró con una cara sucia, barbuda e iracunda, pegada a la suya.

Soltó una mano de la maza y buscó un cuchillo en su cinturón. No encontraba ninguno. La de tiempo que se había pasado afilando todos esos cuchillos, y ahora que necesitaba uno, no daba con él. Entonces se dio cuenta. La hoja afilada que buscaba estaba clavada en el cabrón feo aquel que estaba caído en el barro al pie de la muralla. Rebuscó al otro lado del cinturón, sin soltar la maza, pero ahora perdiendo la batalla al no poder usar más que una mano. Poco a poco, Logen se iba encontrando cada vez más doblado sobre el parapeto. Por fin, sus dedos encontraron un cuchillo. El oriental melenudo

liberó su maza y la blandió abriendo la boca de par en par y soltando un alarido.

Logen le apuñaló en plena cara y la hoja le entró por una mejilla y le salió por la otra, llevándose por delante un par de dientes. El bramido del melenudo se convirtió en un estridente alarido. Soltó la maza y se apartó tambaleándose con los ojos fuera de las órbitas. Logen se agachó, sacó su espada de entre los pies de los dos que luchaban por una lanza, esperó un momento a que el oriental volviera a pasar a su lado, y le dio un tajo en el muslo que le hizo caer al suelo gritando en un lugar donde el Carl podría dar buena cuenta de él.

El peludo sangraba profusamente y estaba tirando del mango del cuchillo que le atravesaba la cara para intentar arrancárselo. La espada de Logen le abrió una raja roja en las pieles que le cubrían el costado, y el oriental cayó de rodillas. El siguiente golpe le partió la cabeza en dos.

A menos de diez zancadas, Escalofríos pasaba por una situación muy apurada: tres orientales le tenían acorralado, otro empezaba a asomar ya en lo alto de una escala y sus muchachos estaban demasiado ocupados para acudir en su auxilio. Recibió un mazazo en el escudo, cayó hacia atrás y el hacha se le escapó de la mano y resonó contra las piedras. Por la mente de Logen cruzó el pensamiento de que él estaría más cómodo si a Escalofríos le aplastaban la cabeza. Pero todo apuntaba a que la suya sería la siguiente.

Así que respiró hondo, soltó un bramido y se lanzó al ataque.

El primero se volvió justo a tiempo de que le abriera la cara en vez del cráneo. El segundo levantó el escudo, pero Logen se agachó, le rebanó la espinilla y le envío al suelo chorreando sangre sobre los charcos de agua que cubrían el adarve. El tercero era un gigante con una cabeza llena de pelos rojos que apuntaban en todas direcciones. Tenía a Escalofríos atontado y de rodillas junto al parapeto, con el escudo colgando y la sangre manando de un tajo que cruzaba su frente. El pelirrojo alzó su maza para rematar la faena. Pero Logen se le adelantó y le hundió la espada en la espalda hasta la empuñadura. Nunca mates a un hombre cara a cara si puedes matarle por la espalda, le decía su padre. Y aquel era un buen consejo que Logen siempre había procurado seguir. El del pelo rojo se retorció y chilló mientras exhalaba su último aliento, arrastrando tras de sí a Logen por el mango de la espada. Pero no tardó mucho en caer.

Logen agarró a Escalofríos por los sobacos y le puso en pie. Cuando los ojos del muchacho lograron enfocar, se dio cuenta de quién le estaba ayudando. Se inclinó y recogió rápidamente su hacha. Logen se preguntó por un momento si no iría a clavársela a él en el cráneo, pero Escalofríos se limitó a quedarse quieto de pie mientras la sangre de la herida que tenía en la frente corría por su cara empapada.

—Espalda con espalda —le dijo Logen por encima del hombro. Escalofríos se volvió, Logen hizo lo mismo y se pusieron de espaldas el uno al otro. Quedaban aún tres o cuatro escalas alrededor del portón y la batalla en las murallas se había disgregado en una serie de pequeños y sangrientos combates cuerpo a cuerpo. Varios orientales, con los rostros y las armas brillantes debido a la humedad, se encaramaron al parapeto, gritando en su jerga ininteligible, y corrieron hacia él mientras detrás de ellos comenzaban a auparse varios más. A su espalda oía el ruido que hacía Escalofríos al pelear, pero no le prestó atención. En ese momento sólo se podía ocupar de lo que tenía delante. En estos casos hay que ser realista.

Retrocedió unos pasos, mostrando un cansancio que sólo era fingido a medias, y, luego, cuando llegó el primero, apretó los dientes, pegó un salto hacia delante y le soltó un mandoble en la cara que le envío al suelo dando gritos y llevándose las manos a los ojos. Logen chocó con otro y el borde del escudo del oriental le impactó debajo de la barbilla e hizo que se mordiera la lengua.

Estuvo a punto de caerse al tropezar con el cadáver despatarrado de un Carl que había en el suelo, consiguió enderezarse, lanzó un tajo con la espada, no acertó a nadie, salió girando del impulso y de pronto sintió que algo se le clavaba en la pierna. Soltó un grito ahogado, pegó unos botes a la pata coja y se puso a lanzar tajos a diestro y siniestro completamente desequilibrado. Arremetió contra un montón de pieles en movimiento, su pierna cedió y se derrumbó encima de alguien. Cayeron juntos y la cabeza de Logen rebotó contra la piedra. Rodaron unos instantes por el suelo hasta que por fin Logen, gritando y echando espumarajos, consiguió quedarse arriba. Entonces enroscó los dedos en la grasienta melena del oriental y le machacó la cabeza una y otra vez hasta que el cráneo se partió. Luego se alejó a rastras, oyó el ruido de un acero al chocar contra la pared donde había estado unos segundos antes y logró ponerse de rodillas con la espada colgando de su mano pegajosa.

Se quedó arrodillado, respirando hondo, mientras la lluvia le chorreaba por la cara. Más orientales se le venían encima y no tenía adonde ir. Le dolía la pierna y sus brazos se habían quedado casi sin fuerzas. Sentía la cabeza ligera, como si fuera a flotar. Ya apenas tenía fuerzas para seguir luchando. Aparecieron más y más, acaudillados por un tipo que llevaba unos gruesos guantes de cuero y una porra tachonada de clavos ensangrentados, como si acabara de romper un cráneo con ella y el de Logen fuera a ser el siguiente. Entonces, por fin, habría ganado Bethod.

Sintió un pinchazo helado en las tripas. Y una sensación de vacío. Sus nudillos crujieron doloridos cuando apretó con fuerza la espada.

—¡No! —siseó—. ¡No, no, no!

Pero fue como si le dijera no a la lluvia. La sensación de frío se extendió por la cara de Logen y dibujó en sus labios una sonrisa sangrienta. Los guantes se acercaron y la porra raspó las piedras. De pronto, el oriental miró hacia atrás.

Y su cabeza se separó del tronco, lanzando al aire un surtidor de sangre. Crummock-i-Phail rugió como un oso enfurecido, y las falanges de su collar se pusieron a bailotear alrededor de su cuello mientras su colosal maza trazaba amplios círculos sobre su cabeza. El siguiente intentó retroceder levantando el escudo. Crummock blandió la maza con ambas manos, le barrió las piernas del suelo y el oriental salió dando volteretas hasta que se quedó parado con la cara contra las piedras. A pesar de su corpulencia, el montañés se plantó de un salto en el adarve con la agilidad de un bailarín, y propinó a otro oriental un mazazo en el estómago que le lanzó por los aires y lo estrelló contra las almenas.

Jadeando sin parar, Logen se quedó contemplando cómo los dos grupos de salvajes se mataban entre sí. Los muchachos de Crummock, con la pintura de sus caras corrida por la lluvia, aullaban y chillaban mientras accedían en tropel a la muralla y acometían a los orientales con sus toscas espadas y sus relucientes hachas, obligándoles a retroceder, empujando sus escalas y arrojándolos por encima del parapeto al barrizal de abajo.

Y allí siguió, arrodillado sobre un charco, apoyado en la fría empuñadura de la espada de Kanedias, con la punta hincada en la piedra. Se inclinó y respiró hondo; su vientre helado se hinchaba y deshinchaba, tenía la boca en carne viva y con un regusto salado y la nariz llena del fétido olor de la sangre. Casi no se atrevía a levantar la mirada. Apretó los dientes, cerró los ojos y escupió sobre las piedras. Hizo un esfuerzo para desprenderse de la gélida sensación que tenía en el vientre y logró que de momento al menos desapareciera, lo que le dejó tan sólo con la preocupación del dolor y el cansancio.

—Parece que esos bastardos ya han tenido suficiente —la carcajeante voz de Crummock surgió de la lluvia. El montañés echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca, sacó la lengua para que se le mojara y se lamió los labios—. Hoy has hecho un buen trabajo, Nuevededos. No es que no me produzca un extraordinario placer verte en faena, pero también me gusta participar —alzó su larga maza con una mano y la puso a girar como si fuera la rama de un sauce. Al escudriñar su cabeza, descubrió una gran mancha de sangre con un pegote de pelo y sonrió de oreja a oreja.

Aunque casi ni tenía fuerzas para levantar la cabeza, Logen alzó la vista para mirarle.

—Sí, sí. Buen trabajo. Pero ya que tanto te divierte, mañana seremos nosotros los que se queden detrás. Ocúpate tú de la maldita muralla.

La lluvia fue amainando y acabó convertida en una simple llovizna. Por entre las nubes bajas apareció un débil resplandor que dejó de nuevo al descubierto el campamento de Bethod, con su fangosa trinchera y sus pendones y sus tiendas que se extendían por todo el valle. El Sabueso le echó una mirada y le pareció ver delante a unos cuantos hombres que observaban la precipitada huida de los orientales. También advirtió una especie de destello metálico. Tal vez fuera uno de esos catalejos que usaban los de la Unión, por lo general para mirar por el lado equivocado. El Sabueso se preguntó si sería Bethod, contemplando lo que pasaba. Era muy propio de él haberse agenciado un cachivache de esos.

Una manaza le palmoteó el hombro.

—Les hemos dado una buena tunda, ¿eh, jefe? —dijo Tul.

De eso no quedaba la menor duda. Había muchos orientales muertos desperdigados por el barro en la base de la muralla, muchos heridos que eran transportados por sus compañeros o se arrastraban lenta y dolorosamente hacia sus líneas. Pero en su lado de la muralla también había muchos muertos. El Sabueso podía ver una pila de cuerpos embarrados en la parte de atrás de la fortaleza, que era donde los estaban enterrando. Y también oía a alguien gritando. Unos gritos terribles, desgarradores, como los de un hombre al que van a cortar un brazo o una pierna, o al que ya se la han cortado.

—Les hemos dado una buena tunda, sí —repuso el Sabueso—. Pero ellos también a nosotros. No sé cuánto vamos a poder aguantar. —En los toneles, las flechas se habían reducido a la mitad, y las rocas estaban a punto de acabarse—. ¡Que vaya gente a recoger las armas de los muertos! —gritó por encima del hombro—. ¡Y que cojan todas las que puedan, mientras puedan!

—En una situación como ésta nunca sobran flechas —dijo Tul—. Con la cantidad de bastardos del Crinna que hemos matado hoy, seguro que esta noche tenemos más lanzas que esta mañana.

El Sabueso consiguió sonreír.

—Ha sido un detalle traernos algo con lo que luchar.

—Sí. Supongo que se aburrirían enseguida si nos quedásemos sin flechas —Tul se echó a reír y dio al Sabueso una palmada en la espalda tan fuerte que hizo que le castañearan los dientes—. ¡Estuvimos bien! ¡Estuviste bien! Y seguimos vivos, ¿no?

—Algunos —el Sabueso contempló el cuerpo del único de los suyos que había muerto en la torre. Un hombre mayor, con el pelo casi gris, que tenía una flecha clavada en el cuello. Ya era mala suerte que en un día tan lluvioso como aquel le hubiera matado una saeta, pero la suerte siempre está presente en un

combate, sólo que unas veces es buena y otras mala. Miró con gesto ceñudo el valle, que ya había empezado a oscurecerse.

—¿Dónde rayos se han metido los de la Unión?

Por lo menos había dejado de llover. Hay que estar agradecido por las pequeñas cosas buenas de la vida, como estar cerca de una hoguera cuando hace mal tiempo. Hay que estar agradecido por esas pequeñas cosas, porque cualquier minuto puede ser el último de tu vida.

Logen estaba sentado solo junto a una llama diminuta, acariciándose muy despacio la palma de la mano derecha. Estaba dolorida, de color rosa, entumecida por haberse pasado todo el día agarrando la áspera empuñadura de la espada del Creador y con las articulaciones de los dedos llenas de ampollas. La cabeza la tenía cubierta de moratones. La herida de la pierna le seguía doliendo un poco, pero podía andar relativamente bien. Hubiera podido salir peor librado. Ya habían enterrado a más de sesenta; de doce en doce, como había vaticinado Crummock. Más de sesenta que habían vuelto al barro y por lo menos el doble de heridos, algunos de ellos graves.

Por encima de la hoguera oyó a Dow describiendo con voz ronca cómo había apuñalado a un oriental en los huevos. También oyó la atronadora risa de Tul. Pero Logen ya no se sentía parte de todo ello. Tal vez nunca había sido así. Un grupo de hombres con los que había luchado y a los que había vencido. Unos hombres a los que había perdonado la vida sin ninguna razón lógica. Unos hombres que le habían odiado más que a la muerte, pero que se habían visto obligados a seguirle. Seguramente no eran más amigos suyos de lo que pudiera serlo Escalofríos. Puede que el Sabueso fuera el único amigo que tenía en todo el Círculo del Mundo y, aun así, de vez en cuando, a Logen le parecía advertir en sus ojos una huella de duda, una huella de miedo. Vio al Sabueso surgir de la oscuridad y se preguntó si podría advertirla ahora.

—¿Crees que vendrán esta noche? —preguntó.

—Antes o después lo intentarán en la oscuridad —respondió Logen—, pero pienso que lo dejarán para cuando estemos un poco más agotados.

—¿Se puede estar más agotado?

—Ya lo descubriremos —hizo una mueca de dolor al estirar las piernas—. ¡Uf!, creía recordar que hacer esta mierda era más fácil.

El Sabueso soltó una especie de resoplido. No fue exactamente una risa. Más bien una forma de hacer saber a Logen que le había oído.

—La memoria a veces hace prodigios. ¿Te acuerdas de Carleon?

—Claro que me acuerdo —Logen contempló el muñón de su mano y juntó los dedos, comprobando que tenía el mismo aspecto de siempre—. Es curioso que en aquellos tiempos todo resultara tan fácil de entender. Para quién luchabas, por qué. Aunque creo que a mí siempre me dio igual.

—Pues a mí no —dijo el Sabueso.

—¿Ah no? Debiste decirme algo.

—¿Me hubieras hecho caso?

—No. Supongo que no.

Permanecieron en silencio un minuto.

—¿Tú crees que saldremos de esta? —preguntó el Sabueso.

—Puede ser. Si la Unión aparece mañana o pasado.

—¿Y crees que aparecerá?

—Puede ser. Esperemos que sí.

—Esperar que pase una cosa no significa que vaya a pasar —No, más bien suele ser lo contrario. Pero cada día que sigamos vivos tenemos una posibilidad más. Puede que esta vez las cosas salgan bien.

El Sabueso contempló el movimiento de las llamas.

—Eso son muchos «puede que».

—Así es la guerra.

—¿Quién iba a pensar que íbamos a tener que contar con una panda de sureños para que nos sacaran las castañas del fuego, eh?

—Cada uno resuelve los problemas como puede. Hay que ser realista.

—Pues seamos realistas. ¿Crees que vamos a salir de esta?

Logen se lo pensó un momento.

—Puede.

Se oyó el chapoteo de unas botas en el lodo y apareció Escalofríos acercándose en silencio al fuego. Tenía vendado el tajo que le habían dado en la cabeza y por debajo del vendaje le colgaba el pelo, húmedo y grasiento.

—Jefe —dijo.

El Sabueso se puso de pie sonriendo y le palmoteó en el hombro.

—Muy bien, Escalofríos. Hoy has hecho un buen trabajo. Me alegra que te pasaras a nuestro bando, muchacho. Todos nos alegramos —posó una larga mirada sobre Logen—. Todos. Bueno, me parece que me voy a ir a descansar un rato. Nos vemos cuando vuelvan esos otra vez. Que probablemente será pronto.

Se internó despacio en la noche y dejó a Escalofríos y a Logen mirándose de hito en hito.

Logen debería haber tenido a mano un cuchillo, haberse mantenido atento a cualquier movimiento brusco y todas esas cosas. Pero estaba demasiado cansado y dolorido para hacerlo. Así que se quedó allí sentado, mirando. Escalofríos apretó los labios y se puso en cuclillas al otro lado del fuego, lentamente y de mala gana, como si supiera que estaba a punto de comer un alimento que estaba podrido pero no le quedara más remedio que hacerlo.

—Si yo hubiera estado en tu lugar —dijo al cabo de unos instantes—, habría dejado que esos malditos bastardos me mataran hoy.

—Hace unos años seguro que los hubiera dejado.

—¿Qué ha cambiado?

Logen se lo pensó. Y luego se encogió de hombros.

—Estoy intentando ser mejor de lo que era.

—¿Crees que eso es suficiente?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Escalofríos contempló el fuego con gesto ceñudo.

—Lo que quiero decirte es... —dio vueltas a las palabras en la boca y al fin las escupió— ...que te estoy agradecido, supongo.

Hoy me has salvado la vida, lo sé —se sentía incómodo al decirlo y Logen sabía por qué. Es duro que te haga un favor un hombre a quien odias. Es duro seguir odiándole después de eso. Perder a un enemigo puede ser peor que perder a un amigo, si lo tienes desde hace mucho tiempo.

Así que Logen volvió a encogerse de hombros.

—No hay de qué. Es lo que un hombre tiene que hacer por los suyos, eso es todo. A ti te debo mucho más, lo sé. Nunca podré pagarte lo que te debo.

—No, pero por algo se empieza, digo yo —Escalofríos se levantó y dio un paso para alejarse. Pero se detuvo y se volvió. La luz de la hoguera iluminaba un lado de su cara enfurecida—. No es nada fácil saber si un hombre es bueno o malo, ¿verdad? Ni tú. Ni Bethod. Ni nadie.

—No. —Logen siguió sentado contemplando las llamas—. No, no es nada fácil. Todos tenemos nuestras razones. Los buenos y los malos. Todo depende de cómo se mire.

La pareja perfecta

Uno de los innumerables lacayos de Jezal se subió a la escalera de mano y, con ceñuda precisión, le colocó en la cabeza la corona, cuyo enorme y solitario diamante lanzaba destellos de incalculable valor. La giró mínimamente a un lado y a otro, para que el remate de piel quedara bien encajado en el cráneo de Jezal. Luego se bajó, apartó la escalera y contempló el resultado. Lo mismo hicieron una docena de sus compañeros. Uno de ellos se adelantó para darle un pellizco a la manga bordada en oro de Jezal para colocarla en su posición correcta. Otro contrajo la cara y propinó un delicado papirotazo a una motita de polvo que afeaba su impoluto cuello blanco.

—Muy bien —dijo Bayaz asintiendo pensativamente con la cabeza—. Creo que estáis preparado para la boda.

Lo más curioso de todo era que, ahora que Jezal tenía un momento para pensarlo, no era consciente de haber dicho nunca que accedía a casarse. No había hecho ninguna propuesta de matrimonio ni tampoco la había recibido. No había dicho que «sí» a nada. Y, sin embargo, ahí estaba, disponiéndose a unirse en matrimonio dentro de unas horas con una mujer a la que apenas conocía. No se le había pasado por alto que para que todo sucediera tan deprisa, los preparativos tenían que haberse hecho con mucha antelación, seguramente antes de que Bayaz le hubiera insinuado la posibilidad. Quién sabe si incluso antes de la coronación de Jezal... claro que, en realidad, tampoco es que le sorprendiera demasiado. Desde su coronación se había dejado arrastrar de un acontecimiento incomprensible a otro, como un hombre que hubiera naufragado muy lejos de tierra y luchara por mantener la cabeza fuera del agua mientras unas corrientes invisibles e irresistibles le conducían a saber dónde. La única diferencia era que él estaba bastante mejor vestido.

Empezaba a advertir que cuanto más poderoso era un hombre, menor era su capacidad de decisión. El Capitán Jezal dan Luthar había podido comer lo que quería, dormir donde quería y ver a quien quería. En cambio, Su Augusta Majestad el Rey Jezal I estaba atado por las invisibles cadenas de la tradición, las expectativas y las responsabilidades, que regulaban todos los aspectos de su existencia por muy nimios que fueran.

Bayaz dio un paso hacia delante.

—A lo mejor con el botón de arriba desabrochado...

Jezal se apartó malhumorado. La atención que prestaba el Primero de los Magos al más mínimo detalle de su vida empezaba a superar los límites de lo simplemente pesado. Parecía como si no pudiera usar la letrina sin que aquel maldito inspeccionara los resultados.

—¡Sé abrocharme un botón! —dijo cortante—. ¿Va a presentarse esta noche en mi dormitorio para darme instrucciones sobre cómo utilizar la polla?

El lacayo carraspeó, apartó la mirada y se escondió en uno de los rincones de la sala. Bayaz, por su parte, ni sonrió ni frunció las cejas.

—Estoy dispuesto en todo momento a aconsejar a Vuestra Majestad, pero esperaba que ese fuera un asunto en el que podríais arreglároslas solo.

—Espero que esté listo para nuestra pequeña excursión. Me he pasado toda la mañana prepar... —Ardee se quedó de piedra cuando levantó la mirada y vio la cara de Glokta.

—¿Qué le ha pasado?

—¿Qué? ¿Esto? —señaló con una mano la abigarrada colección de moratones que decoraban su rostro—. Una mujer kantic entró en mi casa por la noche, me molió a palos y estuvo a punto de ahogarme en el baño. *Una experiencia que no recomiendo a nadie.*

Evidentemente ella no le creyó.

—¿Qué pasó de verdad?

—Me caí por las escaleras.

—Ah. Las escaleras. Pueden ser muy traidoras cuando uno no tiene los pies muy firmes —sus ojos, que estaban un poco empañados, contemplaron la copa medio llena que tenía en la mano.

—¿Está borracha?

—Ya es por la tarde, ¿no? Todos los días intento llegar borracha a estas horas. Una vez que has empezado algo, hay que rematarlo a lo grande. Eso, al menos, solía decir mi padre.

Glokta la miró entornando los ojos y ella le devolvió la mirada por encima de su copa. *Ni un labio tembloroso, ni una expresión trágica, ninguna amarga lágrima cayendo por la mejilla.* No parecía menos contenta de lo habitual. *O, por lo menos, no más desgraciada. Pero el día de la boda de Jezal dan Luthar no puede ser ocasión de gozo para ella. A nadie le gusta que le dejen plantado, sean cuales sean las circunstancias. A nadie le gusta que le abandonen. .*

—Ya sabe que no hace falta que asistamos —hizo una mueca de dolor al intentar, sin éxito, forzar a moverse a su pierna atrofiada, y la propia mueca le produjo un latigazo de dolor en sus labios partidos y en su cara magullada—. Yo, desde luego, no pienso quejarme si no tengo que dar ni un paso más hoy. Podemos quedarnos aquí y charlar de tonterías y de política.

—¿Y perdernos la boda del rey? —repuso Ardee llevándose una mano al pecho con fingido espanto—. ¡Yo tengo que ver el traje de la Princesa Terez! Dicen que es la mujer más hermosa del mundo y hasta una basura como yo necesita tener a alguien a quien admirar —echó la cabeza hacia atrás y tragó el último culín de vino—. Haberse follado al novio no es excusa para perderse una boda.

El buque insignia del Gran Duque Orso de Talins, con sólo una cuarta parte de su velamen desplegado, surcaba las aguas con majestuosa parsimonia mientras en el brillante cielo azul revoloteaban y gritaban infinidad de aves marinas. Era, de largo, el mayor navío que Jezal, o cualquiera de las personas que se amontonaban en los muelles y abarrotaban los tejados y las ventanas de los edificios que rodeaban el puerto, había visto en su vida.

Estaba adornado con sus mejores galas. Sus banderas ondeaban desde el aparejo y sus tres mástiles alojaban el escudo de los Talins y el sol dorado de la Unión, juntos en honor de tan feliz ocasión. Pero no por eso resultaba menos amenazador. Era como Logen Nuevededos con la chaqueta de un dandy. A pesar de sus vistosos ropajes, seguía siendo, inconfundiblemente, un buque de guerra, y aquellas galas, en las que sin duda se sentía muy incómodo, sólo servían para hacer que pareciera aún más fiero. Como medio de transportar a Adua a una sola mujer, una mujer que iba a ser la futura esposa de Jezal, la poderosa nave resultaba muy poco tranquilizadora. Parecía indicar que, como suegro, el Gran Duque Orso podía resultar una presencia un tanto intimidante.

Jezal distinguía ya a los marineros, que pululaban por los aparejos como hormigas en un arbusto, recogiendo con rapidez y eficacia metros y metros de velamen. Dejaron que la poderosa nave avanzara con orgullo impulsada por su propia inercia, mientras su enorme sombra se proyectaba sobre el embarcadero sumergiendo en la oscuridad a la mitad de las personas que habían acudido a darles la bienvenida. Redujo la velocidad y el aire se llenó con los crujidos del maderámen y de las guindalezas. Al fin se detuvo en seco, y su imponente presencia hizo que todos los barcos que permanecían dócilmente amarrados al muelle parecieran en comparación tan minúsculos como un gatito puesto al lado de un tigre. El dorado mascarón de proa, que representaba la figura de una mujer del tamaño de dos mujeres normales con una lanza apuntando al cielo, se

irguió amenazador por encima de la cabeza de Jezal.

En el centro del puerto, donde el calado era más hondo, se había levantado para la ocasión un gran embarcadero. Por una pasarela levemente inclinada descendió a Adua el cortejo regio de Talins, como visitantes llegados de una estrella lejana donde todo el mundo era rico, bello y despreocupadamente feliz.

A cada lado desfilaba una fila de barbudos escoltas, ataviados con el mismo uniforme negro y con los cascos pulidos hasta alcanzar un brillo de espejo que resultaba casi doloroso. Entre ellos, en dos filas de a seis, caminaba una docena de damas de honor vestidas con sedas de diversos colores, rojo, rosa y púrpura, cada una de ellas tan esplendorosa como una reina.

Pero nadie de entre la atónita multitud congregada en el puerto pudo abrigar la menor duda sobre quién era el centro de atención cuando la Princesa Terez descendió por la proa. Alta, esbelta, regia, tan grácil como una bailarina circense y tan majestuosa como una legendaria emperatriz. Su vestido, blanco como la nieve, estaba bordado con hilo de oro, su cabello era del color del cobre bruñido y un collar de innumerables diamantes refulgía y titilaba sobre su pecho a la luz del sol. En se momento, la Joya de Talins, el apelativo con que se la conocía, resultaba muy adecuado. Terez parecía tan pura y deslumbrante, tan dura y tan hermosa como una gema sin tacha.

Cuando sus pies tocaron las piedras del suelo la multitud prorrumpió en una salva de aplausos y de los edificios que rodeaban el puerto cayeron cascadas de pétalos y flores. Así caminó hacia Jezal, con magnifica dignidad, la cabeza imperiosa en alto y las manos entrelazadas con orgullo por delante, atravesando una perfumada neblina donde se alternaban el violeta y el rosa.

Calificar su entrada de grandiosa sería quedarse extremadamente corto.

—Augusta Majestad —murmuró con un tono que hizo que Jezal se sintiera un ser inferior mientras hacía una reverencia. A su espalda, las damas de honor la imitaron y los guardaespaldas se inclinaron con impecable coordinación—. Mi padre, el Gran Duque Orso de Talins, os envía sus más sentidas disculpas, pero una misión urgente en Estiria le impide asistir a nuestra boda —y acto seguido se alzó de nuevo, perfectamente erguida, como movida por unas cuerdas invisibles.

—Eres todo lo que necesitamos —dijo Jezal, maldiciéndose interiormente un instante después al darse cuenta de que no se había dirigido a ella con el tratamiento adecuado. Le resultaba un poco difícil pensar con claridad en esas circunstancias. Terez estaba ahora más hermosa que la última vez que la había visto, hacía más o menos un año, cuando se puso a discutir como una salvaje con el Príncipe Ladisla en la fiesta que dieron en su honor. El recuerdo de sus gritos desaforados no decía mucho en favor de ella, pero, a fin de cuentas, a

Jezal tampoco le hubiera hecho ninguna gracia tener que casarse con alguien como Ladisla. Aquel tipo había sido un perfecto imbécil. Jezal era una persona completamente distinta y sin duda podía esperar una reacción distinta. O eso esperaba.

—Por favor, Alteza —le tendió la mano y ella descansó sobre ella la suya, que pesaba menos que una pluma.

—Vuestra Majestad me honra en exceso.

Los cascos de los caballos retumbaron sobre el pavimento y las ruedas del carruaje chirriaron suavemente. Flanqueados por una compañía montada de Caballeros de la Escolta en perfecta formación, con sus armas y corazas relucientes, marcharon por la Vía Regia. Cada zancada de la gran avenida estaba ocupada por multitud de plebeyos que los miraban con admiración, y no había ni una sola puerta o ventana que no estuviera llena de sonrientes súbditos. Todos estaban allí para vitorear a su nuevo rey y a la mujer que pronto sería su reina.

Jezal estaba seguro de que al lado de esa mujer debía parecer un perfecto idiota. Un patán torpe, de baja estofa, que no tenía el menor derecho a compartir su carruaje, a no ser, quizá, para servirle de reposapiés. Nunca en su vida se había sentido tan inferior. Casi no podía creer que iba a casarse con esa mujer. Ese mismo día. Le temblaban las manos. Le temblaban a base de bien. Tal vez unas palabras dichas con el corazón les ayudaran a los dos a relajarse.

—Terez... —ella siguió saludando imperiosamente con la mano a la muchedumbre—. Ya sé... que no nos conocemos en absoluto el uno al otro...—un ligero movimiento de los labios fue la única señal de que le había oído—. Sé que esto ha sido un golpe para vos, igual que para mí. Si puedo hacer algo para facilitar las cosas... espero ser...

—Mi padre piensa que este matrimonio es lo mejor para los intereses del país y el deber de una hija es obedecer. Los que hemos nacido para ocupar una alta posición, hace tiempo que estamos preparados para hacer sacrificios.

Su cabeza perfecta giró suavemente sobre su cuello perfecto y le sonrió. Quizá la sonrisa fuera algo forzada, pero no por eso fue menos radiante. Costaba creer que un rostro tan inmaculado estuviera hecho de carne, como el de los demás mortales. Parecía de porcelana, o de piedra pulimentada. Verlo en movimiento era una mágica e inagotable fuente de placer. Jezal se preguntó si sus labios estarían fríos o cálidos. Le habría gustado mucho comprobarlo. Ella se aproximó y descansó gentilmente su mano sobre la de él. Cálida, indudablemente cálida, y suave. E indudablemente, de carne.

—Deberíais saludar —le susurró con su cantarín acento estirio.

—Ah, sí —dijo Jezal con la boca seca—. Sí, claro.

Glokta, de pie junto a Ardee, contemplaba con gesto ceñudo las puertas de la Rotonda de los Lores. Detrás de aquellos enormes portones, en el gran salón circular, estaba teniendo lugar la ceremonia. *¡Oh glorioso, glorioso día!* Las sabias exhortaciones del Juez Marovia aún resonarían en la cúpula dorada y la feliz pareja estaría pronunciando sus promesas con el ánimo alegre. Sólo unos pocos afortunados habían sido invitados a ser testigos de los esponsales. *Los demás tenemos que conformarnos con adorarlos de lejos.* Y para hacer exactamente eso se había congregado aquella multitud. La Gran Plaza de los Mariscales rebosaba de gente. Los oídos de Glokta estaban casi ensordecidos por su alborotado murmullo. *Un gentío servil, ansioso de que aparezcan sus Divinas Majestades.*

Se columpió suavemente de atrás a adelante y de lado a lado, haciendo muecas y resoplando para ver si así conseguía que la sangre fluyera por sus doloridas piernas y que cesaran sus calambres. *Pero estar de pie tanto tiempo en un mismo sitio es, por decirlo con pocas palabras, una tortura.*

—¿Cuánto puede durar una boda?

Ardee enarcó una de sus cejas oscuras.

—A lo mejor es que estaban impacientes por ponerse mutuamente las manos encima y están consumando su matrimonio en el suelo de la Rotonda de los Lores.

—Bien, ¿y cuánto puede durar una maldita consumación?

—Apóyese en mí, si le hace falta —dijo ofreciéndole un codo.

—¿El tullido buscando apoyo en la borracha? —Glokta torció el gesto—. Vaya pareja.

—Pues cáigase si lo prefiere y rómpase los dientes que le quedan. Yo por eso no voy a perder el sueño.

Quizá deba aceptar su ofrecimiento, aunque sólo sea por un momento. Después de todo, ¿qué importaría? Pero entonces las primeras aclamaciones comenzaron a alzarse y a ellas se fueron uniendo más y más hasta que un jubiloso rugido hizo que el aire vibrara. Por fin se abrieron las puertas de la Rotonda y los Augustos Reyes de la Unión salieron a la luz del día con las manos enlazadas.

Hasta Glokta tenía que reconocer que era una pareja deslumbrante. Ahí estaban, como unos auténticos monarcas de leyenda, vestidos de un blanco resplandeciente ribeteado de centelleante encaje y con dos soles gemelos bordados en la parte de atrás del largo vestido nupcial de ella y de la larga toga de él, que brillaron cuando se volvieron hacia la multitud. Los dos altos y

esbeltos con sus coronas de oro, cada una adornada con un único y refulgente diamante. *Los dos tan jóvenes y tan bellos, con toda una vida feliz, rica y poderosa por delante. ¡Viva! ¡Vivan los novios! ¡Esa marchita boñiga que tengo por corazón se consume de gozo!*

Glokta apoyó una mano en el codo de Ardee, se inclinó hacia ella y la obsequió con su sonrisa más retorcida, desdentada y grotesca.

—¿De verdad que nuestro Rey es más guapo que yo?

—¡Qué tontería, ni mucho menos! —hinchó el pecho, sacudió la cabeza y le miró con desdeñosa sorna—. ¡Y yo resplandezco mil veces más que la Joya de Talins!

—Claro que sí, querida mía, claro que sí. ¡Comparados con nosotros son unos mendigos!

—¡Escoria!

—¡Tullidos!

Los dos rieron juntos mientras la pareja real cruzaba majestuosamente la Plaza, vigilados por una veintena de Caballeros de la Escolta. El Consejo Cerrado en pleno los seguía a respetuosa distancia, once augustos vejestorios, uno de ellos Bayaz, que iba ataviado con su arcana vestimenta y sonreía casi tanto como la esplendorosa pareja.

—A mí en realidad no me gustaba —dijo Ardee en voz baja—. De verdad. *Pues ya somos dos.*

—No se merece que llore por él. Es usted demasiado lista para conformarse con un zopenco como ése.

Ardee respiró hondo.

—Seguramente tiene razón. Pero estaba tan aburrida, tan sola, tan cansada... *Y seguro que tan borracha.* —Ardee se encogió de hombros con resignación—. Hacía que no me sintiera una carga. Hacía que me sintiera... deseada.

¿Y qué te hace pensar que eso me interesa?

—¿Deseada, dice? Eso es maravilloso. ¿Y ahora?

Ardee miró al suelo con tristeza y Glokta sintió un levísimo atisbo de culpa. *Pero la culpa sólo hace verdadero daño cuando no se tiene ninguna otra preocupación.*

—No creo que fuera verdadero amor —Glokta vio que los tendones del cuello de Ardee se movían al tragar—. Pero de alguna manera siempre pensé que sería yo quien le haría quedar como un tonto.

—Hummm. *Qué pocas veces conseguimos lo que esperamos.*

El cortejo real se fue perdiendo de vista poco a poco, seguido por los espléndidos cortesanos y las relucientes figuras de los escoltas. El eco de los aplausos extasiados se fue desplazando hacia la zona de palacio. *Hacia su esplendoroso futuro, y nosotros, secretos culpables, no hemos sido invitados.*

—Bueno, aquí estamos los que sobran —dijo Ardee.

—Los repulsivos residuos.

—Los tallos podridos.

—Yo que usted no me preocuparía demasiado —Glokta suspiró—. Sigue siendo usted una mujer joven, inteligente y pasablemente guapa.

—Gracias por tan colosal cumplido.

—Bueno, al menos conserva los dientes y las dos piernas. Eso ya supone una notable ventaja sobre algunos de nosotros. Pronto encontrará a algún otro idiota de alta cuna al que atrapar, y aquí no ha pasado nada.

Ardee se apartó de él con un encogimiento de hombros y Glokta adivinó que se estaba mordiendo los labios. Hizo una mueca de dolor y levantó una mano para ponérsela en un hombro. *La misma mano que cortó en rodajas los dedos de Sepp dan Teufel, que arrancó los pezones al Inquisidor Harker, que hizo pedazos a un emisario de los gurkos y quemó vivo a otro, que mandó a hombres inocentes a pudrirse en Angland y etcétera, etcétera, etcétera...* Apartó la mano y la dejó caer. *Mejor llorar todas las lágrimas del mundo que ser tocada por esa mano. El consuelo se encuentra en otras fuentes y fluye hacia otros destinos.* Se quedó contemplando la plaza con el ceño fruncido y dejó a Ardee a solas con su tristeza.

La multitud seguía aplaudiendo.

El evento, desde luego, era magnífico. No se había escatimado esfuerzo ni dispendio. A Jezal no le hubiera sorprendido en absoluto que sus invitados fueran quinientos y que entre ellos hubiera menos de una docena a los que conociera en cierto grado. Ahí estaban los Lores y las Damas de La Unión. Los grandes hombres del Consejo Cerrado y del Abierto. Los más ricos y los más poderosos, luciendo sus mejores galas y comportándose según la más refinada de las etiquetas.

La Cámara de los Espejos constituía sin duda un espacio perfecto para la celebración. Era la estancia más espectacular de todo el palacio, una sala grande como un campo de batalla cuyo tamaño parecía aun mayor debido a los enormes espejos que cubrían todas sus paredes, creando la desconcertante

impresión de que otra docena de magníficas bodas se estaban celebrando en los salones de baile adyacentes. Innumerables velas parpadeaban y temblaban en las mesas, en los apliques de los muros, en las arañas de cristal que colgaban del techo. Su suave luz relucía sobre la plata y las joyas de los invitados y se reflejaba en los muros hasta el infinito; un millón de puntos luminosos que parecían estrellas en una noche oscura. Doce de los mejores músicos de la Unión tocaban sutiles y encantadoras melodías que se mezclaban con el ruido de las cháchara satisfechas y el tintineo de rancias fortunas y nuevas cuberterías.

Era una gozosa celebración. Una velada inolvidable. Para los invitados.

Para Jezal era otra cosa y no sabía muy bien el qué. Presidía una mesa dorada, con la reina sentada a su lado, superados ambos en numero en una proporción de diez a uno por una legión de criados serviles que pululaban a su alrededor y expuestos a la vista de todo el mundo como si fueran un par de animales exóticos en un zoológico. Jezal permanecía encerrado en una burbuja de azoro y sumido en un silencio extraño; bastaba que un sirviente se le acercara de improviso y le ofreciera unas verduras para que se sobresaltara como un conejo enfermo. A su derecha, Terez elegía de vez en cuando un minúsculo bocado para pincharlo con el tenedor y luego se lo llevaba a la boca, lo masticaba y se lo tragaba con elegante precisión. Jezal no sabía que fuera posible comer de una manera que resultara bonita. Ahora comprendía su equivocación.

Apenas recordaba las altisonantes palabras con las que el Juez, suponía, les había unido de forma irrevocable. Recordaba vagamente algo sobre el amor y el bien de la nación. Pero ahí estaba el anillo que había tendido a Terez como un autómata en la Rotonda de los Lores, con la enorme piedra preciosa, de color rojo sangre, refulgiendo en el dedo anular. Se llevó a la boca un trozo de la más exquisita de las carnes y le supo a barro. Eran marido y mujer.

Ahora veía que Bayaz había tenido razón, como siempre. La gente anhelaba algo que estuviera muy por encima de ellos para poder admirarlo sin reservas. Es posible que él no fuera el rey que hubieran deseado, pero no cabía la menor duda de que Terez era todo lo que debía ser una reina y mucho más. La simple idea de que Ardee pudiera estar sentada en esa silla de oro era absurda. Y sin embargo, al pensar en ello, Jezal sintió una punzada de culpabilidad, seguida de inmediato por otra aún más intensa de tristeza. Habría sido un consuelo para él tener alguien con quien hablar. Suspiró profundamente. Si se iba a pasar el resto de la vida con esa mujer, iban a tener que hablarse. Suponía que cuanto antes empezaran, mejor.

—Dicen que Talins... es una ciudad preciosa.

—Lo es —repuso ella con una formalidad muy medida—. Pero Adua

también tiene sus encantos —hizo una pausa y, cosa nada prometedora, volvió a mirar al plato.

Jezal se aclaró la garganta.

—Puede que... nos cueste adaptarnos, al principio —se aventuró a esbozar una sonrisa.

Ella parpadeó y contempló la estancia.

—Sí.

—¿Bailáis?

Terez volvió ligeramente la cabeza para responderle sin mover para nada los hombros.

—Un poco.

Jezal echó para atrás la silla y se puso de pie.

—Entonces, ¿bailamos, Majestad?

—Como deseéis, Majestad.

Mientras se dirigían al amplio espacio central, el parloteo fue descendiendo de volumen. La Cámara de los Espejos quedó finalmente sumida en un silencio sepulcral, roto tan sólo por el ruido que hacían las pulidas botas del rey y los pulidos zapatos de la reina sobre las relucientes baldosas. Cuando tomaron posiciones, Jezal tragó saliva al verse rodeado en tres de sus lados por las largas mesas y las legiones de invitados que no les quitaban los ojos de encima. Tuvo en cierto modo la misma sensación de ansiosa expectación, temor y emoción que le producía salir al círculo de esgrima contra un oponente desconocido delante de un público enardecido.

Permanecieron un instante inmóviles como estatuas, mirándose a los ojos. Él la tendió la mano con la palma hacia arriba. Ella, a su vez, le tendió la suya, pero en lugar de tomar la de él, presionó firmemente el dorso de su mano contra el de la suya, y se la empujó hacia arriba para que los dedos de ambos estuvieran al mismo nivel. Terez arqueó levemente una ceja. Fue un silencioso desafío en el que nadie en el salón pudo reparar.

Las primeras notas surgieron como un llanto desde los instrumentos de cuerda y resonaron por toda la cámara. Abrieron el baile trazando círculos con exagerada lentitud. El borde dorado del vestido de Terez emitía un leve frufrú al rozar con el suelo y ocultaba por completo sus zapatos, de tal forma que, en lugar de dar pasos, parecía deslizarse por la pista, manteniendo en todo momento la barbilla alzada en una postura que producía dolor sólo de mirarla. Se movieron primero hacia un lado y luego hacia el otro, mientras en los espejos que cubrían las paredes, otras mil parejas, coronadas y vestidas de un blanco

inmaculado con bordados de oro, se movían al mismo ritmo hasta perderse en las lejanas sombras.

Cuando sonó el siguiente compás y se unieron otros instrumentos, Jezal empezó a asimilar su total inferioridad; mayor aún que la que le había hecho sentir en su momento Bremer dan Gorst. Terez se movía con tanta elegancia que estaba seguro de que podría sostener una copa de vino en la cabeza sin derramar una sola gota. La música subió de volumen y se volvió más rápida y atrevida, y, al instante, los movimientos de Terez se hicieron también más rápidos y atrevidos. La coordinación con que movía sus manos estiradas era tan perfecta que parecía que fuera ella la que controlara a los músicos. Él intentó dirigirla y ella le rodeó sin ningún esfuerzo. Luego amagó con irse hacia un lado, salió después hacia el otro y Jezal estuvo a punto de caerse de culo. Ella lo esquivó, giró con magnífico empaque y le dejó tratando de agarrar el aire.

El ritmo de la música se aceleró aún más; los músicos rasgaban y tañían sus instrumentos con furiosa concentración. Jezal volvió a hacer un vano intento de cazar a su pareja de baile, pero Terez se apartó con un serpenteo y le deslumbró con un revuelo de faldas que fue incapaz de seguir. Luego casi le da un pisotón con un pie que antes de que él se diera cuenta había vuelto a desaparecer. Después dio una sacudida con la cabeza y faltó poco para que le clavara la corona en un ojo. Los grandes y los poderosos de la Unión la contemplaban en embrujado silencio. Incluso Jezal había quedado reducido a la condición de estupefacto espectador. Poco más podía hacer si no quería caer en el mayor de los ridículos.

No sabía si se sintió aliviado o decepcionado cuando la música empezó a hacerse más lenta y ella le ofreció la palma de la mano como si fuera un precioso tesoro. La presionó con el dorso de la suya y se pusieron a dar vueltas acercándose cada vez más el uno al otro. Cuando los instrumentos atacaron por última vez el estribillo, Terez le apretó la espalda contra su pecho. Acto seguido se pusieron a girar cada vez con más lentitud, y la nariz de Jezal se impregnó con el aroma de su cabellera. Cuando sonó la última y prolongada nota, ella se echó hacia atrás, él la dejo ir con suavidad y luego Terez estiró el cuello y agachó la cabeza hasta casi rozar el suelo con su primorosa corona. Luego se hizo el silencio.

La cámara entera prorrumpió en un clamoroso aplauso, pero Jezal apenas lo oyó. Estaba demasiado ocupado mirando a su esposa. Sus mejillas estaban teñidas de rosa, los labios medio abiertos dejaban parcialmente al descubierto unos dientes perfectos, y las líneas de su mandíbula y de su esbelto cuello estaban grabadas con sombras y sembradas de centelleantes joyas. Un poco más abajo, sus senos, encerrados en su corpiño, subían y bajaban imperiosamente, impulsados por su agitada respiración, y en la hendidura que se abría entre ambos se recostaba una levísima capa de sudor. A Jezal le hubiera

encantado recostarse allí también. Parpadeó y se dio cuenta de que estaba casi sin aliento.

—Si complace a Vuestra Majestad... —murmuró Terez.

—¿Eh? Ah... Claro, claro —la ayudó a enderezarse mientras continuaban los aplausos—. Bailáis... maravillosamente.

—Vuestra Majestad es demasiado amable —replicó ella, y sus labios dibujaron una sonrisa absolutamente mínima, pero sonrisa al fin y al cabo.

Jezal, en cualquier caso, respondió con una sonrisa tan radiante como bobalicona. En el espacio de un solo baile, su miedo y su confusión se habían transformado en una excitación muy placentera. Había vislumbrado por un instante lo que había bajo su helado caparazón y había descubierto que su reina era una mujer excepcionalmente apasionada. Un lado de ella que hasta ahora había permanecido oculto y que estaba ansioso de seguir explorando. Tan ansioso, que tuvo que desviar la mirada hacia un rincón alejado e intentar pensar en otras cosas, no fuera a ser que el bulto que tenía en el pantalón le pusiera en evidencia ante los invitados.

La visión del rostro sonriente de Bayaz en el rincón fue, por una vez, justo lo que necesitaba ver: su gélida sonrisa consiguió que su ardor se enfriara tan de inmediato como si le hubieran echado encima un cubo de agua helada.

Glokta había dejado a Ardee en su recargado salón, haciendo todo lo posible para emborracharse aún más, y desde entonces su humor se había ido volviendo cada vez más negro. *Incluso más de lo habitual. No hay nada como la compañía de alguien más desgraciado que tú para hacer que te sientas mejor. Lo malo es que, cuando te quitas de encima la desdicha del otro, la tuya vuelve a la carga el doble de fría y angustiosa.* Sorbió otra cucharada de su inmunda sopa y obligó a su gaznate a tragar aquella bazofia con exceso de sal. *¿De qué maravilloso momento estará disfrutando ahora el Rey Jezal? Loado y admirado por todos, hartándose de la mejor comida y de la mejor compañía del mundo.* Dejó caer la cuchara en el tazón, el ojo izquierdo le empezó a palpitar e hizo una mueca de dolor al sentir una punzada que le recorrió la espalda y le bajó hasta la pierna. *Ocho años hace que los gurkos me soltaron, y sigo siendo su prisionero. Siempre lo seré. Vivo atrapado en una celda cuyo tamaño es el de mi propio cuerpo.* La puerta se abrió y Barnam entró a recoger el tazón. La mirada de Glokta pasó de la moribunda sopa al moribundo anciano. *La mejor comida y la mejor compañía.* Si su labio partido se lo hubiera permitido, se habría echado a reír.

—¿Ha terminado, señor? —preguntó el criado.

—Eso parece. *He sido incapaz de encontrar un medio para destruir a Bayaz y*

eso, por supuesto, no le va a gustar a Su Eminencia, ¿Cuánto tiene que enfadarse?, ¿hasta que pierda del todo la paciencia? ¿Pero que más se puede hacer?

Barnam recogió el tazón, cerró la puerta a su espalda y dejó a Glokta a solas con su dolor. *¿Qué he hecho yo de malo para merecer esto? ¿Y qué ha hecho Luthar? ¿Acaso no es él como era yo? ¿Arrogante, vanidoso, egoísta? ¿Es él mejor persona? ¿Entonces por qué la vida me ha castigado a mí con tanta dureza y a él le ha premiado con tanta generosidad?*

Pero Glokta conocía la respuesta. *La misma razón por la que Sepp dan Teufel languidece en Angland con los dedos más cortos. La misma razón por la que el fiel General Vissbruck murió en Dagoska mientras a la traidora Eider se le permitió vivir. La misma razón por la que Tulkis, el embajador gurko, fue despedazado delante de una masa vociferante por un crimen que no había cometido.*

Se lamió uno de los pocos dientes que le quedaban. *La vida es injusta.*

Jezal abandonó la Cámara de los Espejos como en un sueño que nada tenía ya que ver con aquella aterradora pesadilla de la mañana. Había recibido tal cantidad de elogios, de vítores y de aplausos que la cabeza le daba vueltas. Todo su cuerpo resplandecía de tanto baile, de tanto vino y, por supuesto, de un deseo que crecía por momentos. Con Terez a su lado, por primera vez en su breve reinado se sentía un verdadero rey. Gemas y metales, sedas y bordados, una piel blanca y suave, todo ello refulgía a la tenue luz de las velas. La ceremonia había resultado maravillosa y la noche prometía ser todavía mejor. De lejos, Terez podría parecer más dura que una piedra, pero él la había tenido en sus brazos y sabía que no lo era.

Dos acogotados lacayos abrieron las grandes puertas del dormitorio real y las cerraron silenciosamente una vez que el Rey y la Reina de la Unión las atravesaron. El magnífico lecho, cuyo dosel estaba decorado en las esquinas con ramilletes de altas plumas que proyectaban sus sombras sobre el techo dorado, dominaba el extremo más alejado de la habitación. Sus lujosas cortinas verdes estaban descorridas, como invitándole a pasar, y por detrás de ella asomaba un ámbito blando y sedoso poblado de incitantes sombras.

Terez avanzó lentamente por la cámara nupcial con la cabeza agachada mientras él metía la llave en la cerradura y la hacía girar produciendo un leve traqueteo de las guardas. Luego, se acercó a su esposa, con la respiración acelerada, levantó una mano y la posó en su hombro desnudo. Notó que sus músculos se tensaban al sentir su tacto, y sonrió para sus adentros diciéndose que era lógico que ella estuviera tan nerviosa como él. Se preguntó si debería decir algo para tranquilizarla. ¿Pero para qué? Los dos sabían lo que tenía que

venir a continuación y a Jezal le devoraba la impaciencia.

Se acercó más a ella, le rodeó la cintura con el brazo que tenía libre y la palma de su mano resbaló sibilante sobre la seda cruda del vestido. Rozó su nuca con los labios, una, dos, tres veces. Apoyó la nariz en sus cabellos, aspiró su fragancia y luego la exhaló sobre una de sus mejillas. Notó que ella temblaba al sentir su respiración sobre la piel, pero aquello sólo sirvió para excitarle aún más. Deslizó los dedos sobre su hombro, accedió a sus pechos y el collar de brillantes le resbaló por el dorso de la mano mientras la hundía en el corpiño. Se pegó a ella por detrás, expresando su satisfacción con un ruido gutural, y empezó a frotar el pene contra sus nalgas a través del vestido...

Un segundo después ella se había apartado de él lanzando un grito ahogado y le había cruzado la cara de un bofetón que le dejó medio aturdido.

—¡Bastardo de mierda! ¡Maldito hijo de puta! —le gritó a la cara escupiendo saliva por su boca retorcida—. ¿Cómo te atreves a tocarme? ¡Ladisla sería un cretino, pero en sus venas al menos corría sangre limpia!

Jezal se había quedado boquiabierto del asombro y todo el cuerpo se le había puesto rígido. Se llevó una mano a su dolorida mejilla y adelantó débilmente la otra.

—Pero si yo... ¡Aaah!

El pie de Terez le alcanzó en la entrepierna con inmisericorde puntería. Se le cortó la respiración, se tambaleó durante unos instantes y luego se derrumbó como un castillo de naipes bajo el golpe de un martillo. Cuando cayó sobre la alfombra con ese dolor agónico que sólo puede producir una patada en los testículos, le sirvió de poco consuelo comprender que no se había equivocado.

Su Reina era evidentemente una mujer pasional. Las lágrimas que brotaron a raudales de los ojos de Jezal no fueron sólo fruto del dolor, de la tremenda sorpresa y de la momentánea decepción, sino de un horror cada vez más profundo. Al parecer, se había equivocado seriamente con respecto a los sentimientos de Terez. Había sonreído delante de las multitudes, pero ahora, en privado, todo indicaba que sentía un inmenso despreció por él y por todo lo que él representaba. El hecho de haber nacido bastardo era algo que difícilmente iba a poder cambiar. Así que sospechó que iba a pasar su noche de bodas tirado sobre el real pavimento. La Reina había cruzado ya a toda prisa la cámara nupcial y había echado las cortinas del lecho real dejándolo a él fuera.

El séptimo día

La noche anterior habían vuelto a atacar los orientales. Se habían aproximado furtivamente al amparo de la oscuridad, habían localizado un lugar por donde escalar y habían matado al centinela. Luego habían colocado una escala y, cuando los descubrieron, ya habían conseguido colarse dentro. Los gritos habían despertado al Sabueso, aunque en realidad sólo estaba adormilado, y se había levantado a toda prisa enredándose con la manta. Enemigos dentro de la fortaleza, hombres corriendo y gritando, sombras en la oscuridad, y por todas partes un hedor a pánico y a caos. Hombres luchando a la luz de las estrellas, o de las antorchas, o sin la más mínima luz; aceros que barrían el aire sin saber cuál era su blanco, botas tropezando con las parpadeantes hogueras y arrancándoles lloviznas de chispas con sus patadas.

Al final habían conseguido hacerles retroceder. Los acorralaron contra la muralla, abatieron a gran número de ellos y sólo quedaron tres, que depusieron las armas y se rindieron. Un grave error por su parte, como no tardaron en comprobar. Muchos hombres habían muerto durante aquellos siete días. Cada vez que se ponía el sol, surgían nuevas tumbas. Nadie estaba con un ánimo demasiado compasivo, suponiendo que alguno de ellos hubiera tenido semejante predisposición, lo cual no era el caso. Por eso, cuando capturaron a aquellos tres, Dow el Negro los agarrotó en lo alto de la muralla, en un lugar donde Bethod y los suyos pudieran verlos bien. Los agarrotó bajo el frío azul del amanecer, cuando los primeros rayos de luz rasgaban la oscuridad, y luego los roció con queroseno y los prendió fuego. Uno a uno, para que los otros pudieran ver lo que les esperaba y se pusieran a pegar alaridos mientras les llegaba su turno.

El Sabueso no era muy aficionado a ver cómo se prendía fuego a un hombre. No le gustaba oír sus gritos ni el chisporroteo de la grasa al quemarse. No le provocaba ninguna sonrisa llenarse la nariz con el apestoso olor dulzón de la carne quemada. Pero tampoco se le pasó por la cabeza la posibilidad de impedirlo. La moderación tenía su momento, pero aquel no era uno de ellos. La compasión y la debilidad son la misma cosa en una guerra, y no hay premios al buen comportamiento. Lo había aprendido de Bethod hacía mucho tiempo. Es posible que la próxima vez los orientales se lo pensaran dos veces antes de

presentarse de noche a frustarles a todos el desayuno.

Y de paso puede que también sirviera para templar un poco los nervios a la propia gente del Sabueso, porque bastantes de ellos andaban ya un poco inquietos. Dos noches antes unos cuantos de sus muchachos habían intentado largarse. Habían abandonado sus posiciones y habían trepado por la muralla en la oscuridad para intentar bajar al valle. Bethod había mandado que colocaran delante del foso sus cabezas ensartadas en lanzas. Doce bultos desfigurados con los cabellos ondeando al viento. Desde la muralla apenas se distinguían sus caras, pero, por alguna razón, daban la impresión de tener un gesto airado y ofendido. Como si fuera culpa del Sabueso el que hubieran acabado así. Maldita sea, bastante tenía ya con los reproches de los vivos.

Contempló con gesto ceñudo el campamento de Bethod, en el que ya empezaban a destacarse de la niebla y la oscuridad las siluetas negras de las tiendas y los estandartes, y se preguntó qué otra cosa podía hacer aparte de seguir esperando. Todos los muchachos parecían pensar que en algún momento se le ocurriría un truco de magia que los sacaría vivos de allí. Pero el Sabueso no tenía ni idea de magia. Un valle, una muralla y ninguna escapatoria. Y que no hubiera escapatoria era precisamente la clave del plan. Se preguntó si serían capaces de resistir un día más. Aunque, bien pensado, esa misma pregunta ya se la había hecho el día anterior.

—¿Qué tendrá Bethod planeado para hoy? —se preguntó en un murmullo—. ¿Qué demonios estará tramando?

—¿Una carnicería? —gruñó Hosco.

El Sabueso le miró con severidad.

—Yo hubiera escogido la palabra «ataque», pero no me extrañaría nada que al final del día seas tú quien tenga razón —entornó los ojos e inspeccionó el valle en sombras con la esperanza de ver lo que llevaban esperando desde hacía siete días: una señal de que venían las tropas de la Unión. Pero no había nada. Por detrás del extenso campamento de Bethod, de sus tiendas, sus estandartes y su enorme contingente de hombres, lo único que se veía era la tierra pelada y vacía, con algunos jirones de niebla aferrados a las hondonadas.

Tul le propinó un leve golpe con su gigantesco codo y se las arregló para esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Yo no sé cuál será su plan, pero te diré que el nuestro, eso de esperar a que lleguen las tropas de la Unión, me suena un poco arriesgado. ¿Tengo alguna posibilidad de cambiar de idea ahora?

El Sabueso no se rió. No le quedaba ninguna capacidad de reírse.

—No muchas.

—No, claro —el gigantón exhaló un profundo suspiro—. Ya me lo olía.

Siete días desde que los Shanka atacaron las murallas por primera vez. Siete días que parecían siete meses. A Logen le dolían casi todos los músculos debido al duro esfuerzo al que los había sometido. Tenía el cuerpo cubierto de una legión de moratones, una hueste de arañazos y un ejército de rasguños, golpes y quemaduras. Un largo corte vendado a lo largo de su pierna, las costillas encorsetadas con vendajes para paliar el efecto de las múltiples patadas recibidas, un par de costras de buen tamaño bajo el cabello, los hombros tiesos como la madera por los golpes que le habían propinado con un escudo y los nudillos desgarrados e hinchados por un puñetazo que no dio al oriental al que estaba dirigido sino a una roca. Todo él era una inmensa herida.

Tampoco podía decirse que los demás estuvieran mucho mejor. Prácticamente no había ningún hombre en la fortaleza que no tuviera algún tipo de herida. Incluso la hija de Crummock se había hecho un arañazo en algún sitio. Uno de los muchachos de Escalofríos había perdido un dedo anteayer: el meñique de la mano izquierda. Lo tenía envuelto con un trozo de tela mugriento y ensangrentado y lo miraba con una mueca de dolor.

—Quema, ¿verdad? —dijo alzando la vista hacia Logen mientras cerraba los demás dedos y luego los volvía a abrir.

Seguramente Logen debería haber sentido lastima de él. Recordaba muy bien ese dolor, y también el abatimiento, que era aún peor. Costaba trabajo hacerse a la idea de que te ibas a pasar el resto de la vida sin un dedo. Pero no le quedaba compasión para nadie que no fuera él mismo.

—Por supuesto —refunfuñó.

—Siento como si siguiera ahí.

—Ya.

—¿Desaparece esa sensación?

—Con el tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Más del que tenemos, seguramente.

Siete días, y hasta la fría piedra y la madera húmeda de la fortaleza parecían haber tenido ya suficiente. Los nuevos parapetos se vencían y se desmoronaban; los volvían a recomponer lo mejor que podían, y luego se volvían a desmoronar. Las puertas, picadas como leña podrida y llenas de agujeros por los que se colaba la luz del día, se mantenían en precario equilibrio

gracias a las piedras que habían amontonado al otro lado. Un golpe un poco fuerte habría bastado para derrumbarlas. Aunque, dado como se sentía en aquel momento, un golpe un poco fuerte también hubiera bastado para derribar a Logen.

Tomó un trago de agua amarga de su petaca. Ya estaban cogiendo las porciones rancias del fondo de los toneles. También estaban mal de alimentos, y de todo lo demás. De esperanza, en concreto, andaban muy escasos.

—Sigo vivo —se dijo para sus adentros, pero no se apreciaba excesiva satisfacción en su tono de voz.

Es posible que la civilización no hubiera sido muy de su agrado, pero en ese momento un lecho blando, un extraño lugar en donde orinar y un poco de desdén por parte de unos imbéciles flacuchos no le parecía una opción tan mala. Andaba preguntándose por enésima vez por qué había regresado, cuando oyó la voz de Crummock-i-Phail a su espalda.

—Pero, hombre, Sanguinario, ¿qué te pasa?

Logen alzó la vista y le miró con gesto ceñudo. La verborrea de aquel montañés chiflado comenzaba a crisparle los nervios.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero el trabajo de estos últimos días ha sido bastante duro.

—Claro que sí, y también yo he recibido lo mío. ¿No es así, preciosidades?

Los tres niños se miraron.

Crummock bajó la vista y los miró frunciendo las cejas.

—Ya no os hace tanta gracia el juego este, ¿eh? ¿Y tú que me dices, Sanguinario? ¿Te parece que la luna ha dejado de sonreírnos? Tienes miedo, ¿eh?

Logen dirigió a aquel gordo bastardo una mirada asesina.

—Lo que estoy es cansado, Crummock. Cansado de tu fortaleza, de tu comida y, por encima de todo, cansado de tu puta cháchara. No a todo el mundo le encanta tanto como a ti el ruido que hacen tus gruesos labios al abrirse y cerrarse. ¿Por qué no te vas al carajo y miras a ver si te puedes meter la luna por el culo?

Una sonrisa rasgó el rostro de Crummock y una hilera curva de dientes amarillentos se destacó sobre su barba castaña.

—Este de aquí es el hombre al que amo —uno de sus hijos, el que llevaba la lanza, le estaba tirando de la camisa—. ¿Qué quieres, niño?

—¿Qué pasa si perdemos, papá?

—¿Si qué? —gruñó Crummock, y acto seguido le dio al chico un cachete que le tiró de bruces al suelo—. ¡De pie! ¡Aquí nadie va a perder, muchacho!

—No mientras gocemos del favor de la luna —dijo su hermana, aunque no muy alto.

Logen observó cómo el chico se levantaba con dificultad, tapándose la boca ensangrentada con una mano y con evidentes ganas de ponerse a llorar. Entendía cómo se sentía. Tal vez no hubiera estado de más decir algo sobre esa forma de tratar a los niños. Y quizá lo hubiera hecho el primer día, o el segundo. Pero ya no. Estaba demasiado cansado, demasiado dolorido y demasiado asustado para preocuparse por cosas como esa.

Dow el Negro se aproximaba a ellos con algo bastante parecido a una sonrisa en la cara. Era el único hombre en todo el campamento del que se podía decir que estaba de mejor humor que de costumbre, y que a Dow le diera por sonreír era una señal de que las cosas andaban francamente mal.

—Nuevevededos —gruñó.

—¿Qué pasa, Dow, es que ya te has quedado sin gente para quemar?

—Supongo que Bethod no tardará mucho en mandarme más —y señaló la muralla con la cabeza—. ¿Qué crees que nos enviará hoy?

—Después de la que se llevaron anoche, no creo que a esos cabrones del Crinna les queden muchas ganas de repetir.

—Malditos salvajes. No, tampoco yo lo creo.

—Y hace algún tiempo que no hay noticias de los Shanka.

—Cuatro días han pasado desde la última vez que nos mandaron a los Cabezas Planas.

Logen entrecerró los ojos y miró al cielo, que comenzaba a clarear.

—Parece que hoy hará buen tiempo. Buen tiempo para las armaduras y las espadas, para los hombres que marchan hombro con hombro. Buen tiempo para tratar de acabar con nosotros de una vez por todas. No me sorprendería que hoy nos enviara a los Caris.

—Ni a mí.

—Sus mejores hombres —dijo Logen—. Los que están con él desde el principio. No me sorprendería ver a Costado Blanco, a Goring, a Pálido como la Nieve, al maldito Huesecillos y a todos los demás dando un paseo hasta las puertas después del desayuno.

Dow resopló con desdén.

—¿Sus mejores hombres? Lo que esos son es un hatajo de imbéciles —

giró la cabeza y escupió un gargajo al barro.

—No te lo discutiré.

—¿Ah, no? ¿Acaso no luchaste a su lado durante un montón de años manchados de sangre?

—Lo hice. Pero nunca me cayeron demasiado bien.

—Bueno, si te sirve de consuelo, dudo mucho que ellos tengan muy buena opinión de ti ahora —Dow le miró fijamente a los ojos—. ¿Cuándo dejó de ser de tu agrado Bethod, eh, Nuevededos?

Logen le sostuvo la mirada.

—No estoy muy seguro. Supongo que ocurrió poco a poco. Puede que con el tiempo él se fuera volviendo cada vez más hijo de puta. Y yo cada vez menos.

—O puede que no haya lugar en un mismo bando para dos hijos de puta tan grandes como vosotros dos.

—Pues yo no lo tengo tan claro —Logen se levantó—. A ti y a mí nos va muy bien juntos —y se alejó de Dow, pensando en lo fácil que había sido en comparación el trato con Malacus Quai y con Ferro Maljinn, e incluso con Jezal dan Luthar Siete días, y ya andaban tirándose a la yugular. Todos irritados, todos cansados. Siete días. El único consuelo era que ya no podían quedar muchos más.

—Ahí vienen.

Los ojos del Sabueso giraron hacia un lado. Como solía ocurrir con la mayoría de los escasos comentarios que hacía Hosco, hubiera dado lo mismo si se lo hubiera ahorrado. Todos podían verlo con la misma claridad con que veían salir el sol. Los Caris de Bethod se habían puesto en marcha.

No tenían prisa. Avanzaban muy firmes y con paso regular, con los escudos pintados alzados por delante y los ojos clavados en las puertas de la fortaleza. Por encima de sus cabezas, ondeaban los estandartes. Unas enseñas que el Sabueso reconocía de otros tiempos. Se preguntó con cuántos de los hombres que había allá abajo habría luchado codo con codo. A cuántas de esas caras podía ponerles un nombre. A cuántos hombres con los que había compartido bebida, comida y risas iba a tener que hacer todo lo posible para mandarlos de vuelta al barro. Respiró hondo. No hay lugar para el sentimentalismo en los campos de batalla. Se lo había dicho una vez Tresárboles, y se lo había tomado muy en serio.

—¡Atención! —alzó una mano, y los hombres que tenía a su alrededor en la torre prepararon sus arcos—. ¡Esperad aún un minuto!

Los Caris marchaban pesadamente sobre el barro y las rocas quebradas del estrechamiento del valle, entre cadáveres de orientales y Shanka que yacían retorcidos en el suelo: despedazados, aplastados o cubiertos de flechas rotas. En ningún momento se los veía vacilar o perder el paso; el muro de escudos oscilaba un poco al avanzar, pero no llegaba a romperse nunca. No dejaban ni un solo hueco.

—Bien prietos marchan —masculló Tul.

—Sí. Demasiado prietos. Los muy desgraciados.

Ya estaban bastante cerca. Lo bastante como para que el Sabueso probara a lanzarles unas flechas.

—¡Bien, muchachos! ¡Apuntad alto para que caigan de arriba!

La primera andanada surcó el aire con un zumbido, trazó una parábola y empezó a caer sobre la compacta columna de los Caris, que, al verlas venir, cambiaron la posición de sus escudos. Las flechas se hundían con un ruido sordo en la madera pintada, salían dando vueltas tras impactar en los cascos o rebotaban en las cotas de malla. Unas cuantas dieron en el blanco y se oyeron algunos gritos. Acá y allá surgieron unos pocos huecos, pero los demás pasaron sobre ellos y prosiguieron su pesado avance hacia la muralla.

El Sabueso miró ceñudo los toneles donde se guardaban las flechas. Estaban llenos sólo hasta una cuarta parte y la mayoría de las flechas que quedaban eran de las que habían arrancado a los muertos.

—¡Con cuidado ahora! ¡Elegid bien vuestros blancos, muchachos!

—Ajá —soltó Hosco mientras apuntaba hacia abajo. Un nutrido grupo de hombres, ataviados con corazas de cuero rígido y cascos de acero, salió correteando del foso. Formaron unas cuantas filas regulares, se arrodillaron y prepararon sus armas. Ballestas, como las que usaba la Unión.

—¡A cubierto! —gritó el Sabueso.

Las malditas ballestas repiquetearon y escupieron su carga. Para entonces, la mayoría de los muchachos de la torre se encontraban ya protegidos debajo del parapeto, pero a un optimista que se había quedado asomado le entró una saeta por la boca y, tras tambalearse, se desplomó hacia delante y cayó en silencio desde la torre.

Otro recibió una en el pecho y soltó un gemido ahogado que recordaba al sonido del viento al atravesar un pino agrietado.

—¡Muy bien! ¡Vamos a devolvérsela!

Se levantaron todos a una. Las cuerdas zumbaron y acribillaron a aquellos malditos con un diluvio de flechas. Es posible que sus arcos no tuvieran tanto mordiente, pero la altura hacía que las flechas cayeran con mucha fuerza y los ballesteros de Bethod no tenían ningún sitio donde resguardarse. Varios cayeron de espaldas o empezaron a alejarse a rastras, soltando gritos y aullidos; pero la fila de atrás se adelantó con paso firme, se puso de rodillas y apuntó sus ballestas.

Otra bandada de saetas emprendió el vuelo. Los hombres de la torre se agacharon o se tiraron al suelo. Una pasó rozando la cabeza del Sabueso e impacto con un chasquido en la pared de roca que tenía detrás. Por pura suerte no le acertó. Dos de sus compañeros no tuvieron tanta suerte. Un muchacho yacía sobre su espalda, contemplando dos saetas que tenía clavadas en el pecho mientras mascullaba una y otra vez la palabra, «mierda».

—¡Cabrones!

—¡Devolvédsela!

Las saetas y las flechas volaban de un campo a otro y los hombres gritaban, apretaban los dientes y tensaban sus arcos.

—¡Apuntad con cuidado! —gritaba el Sabueso—. ¡Con cuidado! —pero casi nadie le oía ya. Contando con el impulso extra que les daba la altura y con la protección del parapeto, los muchachos del Sabueso no tardaron en llevarse el gato al agua. Los ballesteros de Bethod empezaron a retroceder en desorden. Un par de ellos tiraron sus ballestas para salir corriendo y uno recibió un flechazo en la espalda. Por fin, los demás rompieron a correr hacia el foso, dejando a sus heridos arrastrándose por el barro.

—Ajá —soltó de nuevo Hosco.

Mientras ellos estaban ocupados con aquel intercambio de saetas, los Caris habían conseguido alcanzar la puerta, protegiéndose con los escudos de las flechas y las rocas que les lanzaban los montañeses. Uno o dos días antes ya habían rellenado el foso, y en ese momento la columna se estaba abriendo por el centro para dejar pasar a unos hombres con cotas de malla que parecían cargar con algo. El Sabueso alcanzó a ver lo que era. Un tronco de árbol, fino y alargado, que habían talado para usarlo de ariete, dejando algunas de las ramas cortas para que los hombres pudieran balancearlo con fuerza. El Sabueso oyó el primer estampido que produjo al estrellarse contra su lamentable remedo de puerta.

—Mierda —masculló.

Varios grupos de Siervos, provistos de armas y corazas ligeras, se lanzaron al ataque cargados con escalas, confiando en que su velocidad les permitiría alcanzar las murallas. Muchos cayeron, ensartados por numerosas

flechas y lanzas o aplastados por las rocas, y algunas de las escalas fueron echadas hacia atrás a empujones. Pero eran rápidos y tenían agallas, así que no cejaron en su empeño. Pronto hubo unos cuantos grupos en lo alto de la muralla, mientras muchos más presionaban por detrás en las escalas, combatiendo con los hombres de Crummock y llevándose la mejor parte por hallarse más frescos y contar con una clara superioridad numérica.

De pronto se oyó un enorme crujido: las puertas empezaban a ceder. El Sabueso vio balancearse el tronco una última vez y un instante después una de las hojas se hundió hacia dentro. Mientras alguna que otra piedra caía sobre sus escudos y salía rebotada, los Caris arremetieron contra la otra hoja y consiguieron abrirla arrancándola de su sitio. Los que iban al frente empezaron a franquearla.

—Mierda— soltó Hosco.

—Ya están dentro —exhaló el Sabueso mientras veía cómo la marea de cotas de malla de los Caris de Bethod irrumpía por el estrecho hueco, aplastando las puertas destrozadas con sus pesadas botas y apartando de su camino las rocas que se apilaban por detrás, mientras sostenían en alto sus escudos de colores chillones y blandían sus armas. A ambos lados, los Siervos ascendían en masa por las escalas y desembocaban en la muralla, obligando a los montañeses de Crummock a recular por el adarve. Como un río crecido que revienta una presa, la hueste de Bethod fluía hacia el interior de la fortaleza, primero como un goteo y luego como una auténtica inundación.

—¡Me voy para abajo! —dijo Tul entre dientes mientras desenvainaba su interminable espada.

Por un momento, el Sabueso pensó en detenerle, pero luego se limitó a asentir con gesto fatigado y se quedó mirando mientras Cabeza de Trueno bajaba corriendo los escalones, seguido de unos cuantos hombres. De nada servía interponerse en su camino. Todo indicaba que había llegado el momento.

El momento de elegir dónde se quería morir.

Logen los vio cruzar la puerta, subir la rampa y acceder a la fortaleza. El tiempo parecía moverse con extrema lentitud. Vio el dibujo de cada uno de los escudos resaltado con nitidez bajo la intensa luz matinal: un árbol negro, un puente rojo, dos lobos sobre un campo verde, tres caballos sobre otro amarillo. Las piezas metálicas refulgían: los bordes de los escudos, las anillas de las cotas de mallas, las puntas de las lanzas, las hojas de las espadas. Ahí venían, profiriendo agudos gritos de guerra, como llevaban haciendo desde hacía tantísimos años. El aire entraba y salía lentamente por la nariz de Logen. Los

ruidos de la lucha que sostenían los Siervos y los montañeses en la muralla sonaban apagados y amortiguados, como si el combate estuviera teniendo lugar por debajo del agua. Mientras observaba la irrupción de los Caris, las palmas de las manos le sudaban, le hormigueaban, le picaban. Casi no podía creerse que tuviera que abalanzarse sobre esos desgraciados y matar a todos los que pudiera. Qué idea más absurda.

Como solía ocurrirle en esas ocasiones, sintió una apremiante necesidad de darse la vuelta y salir corriendo. A su alrededor sentía el miedo de los demás, sus pasos vacilantes que retrocedían poco a poco. Un instinto muy razonable, si no fuera porque no había ningún sitio adónde huir. Ningún sitio que no fuera hacia adelante, hacia el grueso de las filas enemigas, con la esperanza de poder echarlos fuera antes de que consiguieran afianzarse en el interior de la fortaleza. No había nada que pensar. Era su única oportunidad.

Así pues, Logen alzó la espada del Creador, chilló algo incomprensible y se puso a correr. Oyó gritos a su alrededor, sintió el movimiento de los hombres que le seguían, el ruidoso zarandeo de las armas. El terreno, la muralla y los Caris hacia los que corría daban botes y se bamboleaban. Sus botas aporreaban el suelo, su aliento acelerado bufaba y resoplaba contra el viento.

Vio cómo los Caris se apresuraban a formar una pared con sus escudos, cómo preparaban sus lanzas y sus demás armas. Pero se habían desorganizado bastante al atravesar la estrecha abertura y la masa de hombres vociferantes que se les venía encima no hacía sino contribuir más aún a su confusión. Los gritos de guerra se les helaron en la garganta y la expresión de sus caras pasó de la euforia al terror. Dos que estaban en los extremos comenzaron a tener sus dudas, titubearon, retrocedieron unos pasos, y en ese momento Logen y los demás cayeron sobre ellos.

Consiguió esquivar la punta oscilante de una lanza y aprovechar el impulso de su carga para soltarle un buen golpe a un escudo, cuyo dueño cayó despatarrado al barro. Mientras trataba de levantarse, Logen le lanzó un tajo a la pierna; la hoja atravesó la cota de mallas, abriendo una profunda herida en la carne, y el hombre volvió a caer soltando un berrido. Logen lanzó un mandoble contra otro Carl, oyó el chirrido de la espada del Creador al rozar el borde de metal del escudo y luego sintió cómo se hundía en la carne. El tipo soltó un borboteó y acto seguido vomitó sangre sobre la pechera de la cota de mallas.

Logen vio un hacha golpear un casco y dejarle una abolladura del tamaño de un puño. Esquivo de un giro la trayectoria de una lanza que luego se clavó en las costillas de un hombre que tenía a su lado. Una espada se clavó en un escudo y una lluvia de astillas saltó a los ojos de Logen. Parpadeó, se echó deprisa a un lado, resbaló en el barro, lanzó un tajo a una mano que le tiraba de la zamarra, sintió cómo se partía y luego la vio colgando de la manga de la cota

de mallas. Unos ojos se pusieron en blanco en un rostro ensangrentado. Recibió un empujón por la espalda y estuvo a punto de caerse sobre una espada.

Cada vez había menos espacio para blandir la espada y pronto ya no lo hubo en absoluto. La fuerza ciega con que empujaban por detrás los hombres que intentaban traspasar las puertas no hacía sino contribuir aún más al apelotonamiento que se había formado en el centro. Logen estaba completamente apretujado. Los hombres jadeaban y gruñían, se daban codazos, se lanzaban puñaladas, trataban de arrancarse los ojos unos a otros. Le pareció ver a Huesecillos en medio del apelotonamiento: enseñaba los dientes, sus largos cabellos grises sobresalían desordenados por debajo de un casco decorado con volutas de oro teñidas de sangre y gritaba hasta quedarse ronco. Logen trató de abrirse paso hasta él, pero las ciegas corrientes de la batalla le arrastraron en otra dirección.

Apuñaló a alguien por debajo del borde del escudo y de pronto torció el gesto al sentir que algo se le estaba hundiendo en la cadera. Era como una quemazón lenta y prolongada que cada vez iba a peor. No le estaban clavando una espada ni lanzándole un tajo, la hoja le estaba cortando por el simple hecho de estar apretujado contra ella. Se revolvió con los codos y con la cabeza, consiguió sacudirse de encima el dolor y sintió la humedad de la sangre que corría por su pierna. De pronto se encontró con espacio suficiente para mover la mano de la espada. Lanzó un golpe contra un escudo, abrió una cabeza con el movimiento de retroceso y luego se vio arrojado contra ella y sintió en la cara el tacto cálido de unos sesos.

Por el rabillo del ojo vio un escudo que salía lanzado hacia él. El borde se le clavó en la garganta, justo por debajo del mentón, le echó la cabeza hacia atrás y su cráneo se llenó de una luz cegadora. Casi sin darse cuenta, se encontró tosiendo y rodando por la inmundicia bajo un mar de botas.

Se arrastró hacia ninguna parte, aferrándose a la mugre y escupiendo sangre, mientras las botas chapoteaban y pateaban en el barro a su alrededor. Reptó por entre aquel oscuro y terrorífico bosque de botas en constante movimiento, oyendo los gritos de dolor y de rabia que se filtraban desde arriba entre haces de luz parpadeante. Los pies le pateaban, le pisoteaban, le machacaban todas las partes del cuerpo. Hizo un esfuerzo por levantarse y una bota se le metió en la boca y le volvió a aplastar contra el suelo. Rodó sobre sí, jadeando, y vio a un Carl que se encontraba en su misma situación y trataba de levantarse del barro. Imposible saber si pertenecía o no a su bando. Sus miradas se cruzaron durante un instante, pero, de pronto, surgió un destello y una lanza se abatió sobre él desde arriba y se clavó en su cuerpo una, dos, tres veces. El Carl quedó inerte y un chorro de sangre corrió por su barba. Había cuerpos por todas partes; de cara y de lado, caídos entre pertrechos rotos, zarandeados como muñecos por una lluvia constante de patadas y pisotones. Algunos de

ellos aún se movían y gruñían.

Logen pegó un chillido. Una bota le había aplastado la mano, estrujándole los dedos contra el lodo. Buscó a ciegas el puñal que llevaba en la parte delantera del cinto y, apretando sus dientes ensangrentados, se puso a lanzar débiles cuchilladas contra la pierna a la que pertenecía la bota. Entonces, algo le golpeó en la cabeza y volvió a arrojarle de bruces contra el barro.

El mundo entero era un torbellino de ruidos, una mancha dolorosa, una masa de pies y de furia. No sabía en qué dirección estaba mirando, qué era arriba y qué era abajo. Su boca sedienta tenía un regusto a metal. Sus ojos estaban manchados de barro y de sangre, la cabeza le retumbaba, tenía ganas de vomitar.

De vuelta al Norte para cobrarse venganza. ¿En qué demonios estaría pensando?

A uno de los muchachos acababa de clavársele la saeta de una ballesta y había pegado un grito, pero el Sabueso no tenía tiempo para ocuparse de él.

Los Siervos de Costado Blanco estaban ya en el tramo de la muralla que había en la base de la torre y algunos de ellos habían conseguido llegar a la escalera. Ahora subían a la carga, en la medida en que era posible lanzar una carga en un espacio tan reducido como aquel. El Sabueso dejó caer el arco, desenvainó la espada y sacó un cuchillo con la otra mano. Algunos de sus compañeros echaron mano de unas cuantas lanzas y se dispusieron en lo alto de las escaleras para aguardar la llegada de los Siervos. El Sabueso tragó saliva. Combatir al enemigo cuerpo a cuerpo, separado por una distancia apenas superior a la longitud de un hacha, no era lo suyo. Hubiera preferido mantener una distancia prudencial, pero no parecía que esos bastardos estuvieran por la labor.

El combate que se entabló en lo alto de las escaleras era bastante singular: los defensores trataban de hacer retroceder a los Siervos, atizándolos con las lanzas, mientras éstos trataban de hacer pie en la plataforma, empujando con sus escudos, pero todos, a su vez, ponían mucho cuidado de no dar un mal paso que los lanzara al precipicio y los mandara de vuelta al barro.

Un Siervo embistió hacia delante con una lanza, gritando a todo pulmón, y Hosco, sin inmutarse, le disparó a la cara a no más de una zancada de distancia. Con las plumas de la flecha asomando por la boca y la punta sobresaliendo por detrás del cuello, el tipo se dobló y alcanzó a dar un par de pasos tambaleantes antes de que el Sabueso le rebanara la coronilla con su espada, arrojándolo desmadejado al suelo convertido en un cadáver.

Un Siervo gigantesco, con una alborotada melena pelirroja, irrumpió en lo alto de las escaleras, blandiendo un hacha enorme y rugiendo como un loco. Esquivó una lanza, derribó a un arquero con un golpe que salpicó de sangre la pared de roca y se lanzó a la carga, provocando una desbandada general.

El Sabueso puso cara de idiota y se quedó quieto, como vacilando. Luego, cuando el hacha se abatió sobre él, se echó rápidamente a la izquierda y consiguió esquivar la hoja por un pelo. El Siervo pelirrojo se desequilibró, seguramente cansado después de haber tenido que trepar la muralla y subir toda esa caterva de escalones. Una ascensión muy fatigosa, sin duda. Especialmente cuando lo único que aguarda al final es tu propia muerte. El Sabueso le propinó una fuerte patada en la articulación de la rodilla que hizo que se le doblaran las piernas, y le mandó dando bandazos y chillando hacia las escaleras. Luego se abalanzó sobre él y le dio un tajo en la espalda que bastó para lanzarle por el borde de la torre. El Siervo soltó el hacha y se precipitó al vacío gritando.

El Sabueso percibió un leve movimiento y se dio la vuelta justo a tiempo de ver a otro Siervo que venía hacia él por un lado. Se revolvió y consiguió parar el primer golpe de la espada. Luego exhaló un gemido al sentir un segundo golpe, seco y frío, que le alcanzó el brazo, y oyó el ruido de su propia espada, que acababa de caer de su mano inerte. Se apartó de un salto para esquivar el siguiente golpe, tropezó y cayó al suelo sobre su espalda. El Siervo venía hacia él con la espada en alto dispuesto a finalizar la faena, pero apenas había dado una zancada, cuando la figura de Hosco surgió a su lado, le agarró el brazo de la espada y se lo retorció hacia atrás. El Sabueso se levantó a toda prisa, aferró el puñal con la mano buena y se lo clavó al Siervo en pleno pecho. Se quedaron allí los tres, enredados e inmóviles en medio de toda aquella locura, durante el tiempo que tardó en morir aquel hombre. Luego el Sabueso sacó de un tirón el puñal y Hosco soltó al tipo y lo dejó caer.

Al parecer, habían llevado la mejor parte en el combate de la torre, al menos de momento. Sólo quedaba un Siervo en pie, y ante la mirada del Sabueso, dos de sus muchachos lo acorralaron al borde del parapeto y lo arrojaron al vacío azuzándole con sus lanzas. Había cadáveres esparcidos por todas partes. Unas dos docenas de Siervos y poco más o menos la mitad de los muchachos del Sabueso. Uno de ellos estaba apoyado en la pared de roca, con la cara de una palidez pastosa, respirando agitadamente y sujetándose las entrañas con las manos manchadas de sangre.

El Sabueso se dio cuenta de que una de sus manos no estaba bien; no podía mover los dedos. Se arremangó y vio una herida sangrante que arrancaba en el codo y le llegaba casi hasta la muñeca. El estómago le dio un vuelco, soltó una arcada y vomitó. A las heridas de los demás uno acaba por acostumbrarse, pero las propias nunca dejan de horrorizarnos.

Abajo, en el interior de la fortaleza, la lucha era enconada y los hombres formaban una masa compacta que parecía haber entrado en ebullición. El Sabueso casi no distinguía a los de un bando de los del otro. Permanecía inmóvil, con el puñal ensangrentado sujeto en su mano ensangrentada. Ya no había respuestas ni planes. Cada cual actuaba por su propia cuenta. Si salían con vida de aquella jornada sería por pura suerte, y empezaba a dudar de que a él le quedara mucha. Sintió un tirón en la manga. Hosco. Vio que estaba señalando algo y siguió con la mirada la dirección que le indicaba con el dedo.

Más allá del campamento de Bethod, al fondo del valle, se alzaba una gran nube de polvo, una especie de neblina parduzca. Bajo ella, iluminadas por el sol matinal, refulgían las armaduras de cientos de jinetes. Imbuido de un hálito de esperanza, apretó la muñeca de Hosco.

—¡Por todos los muertos, es la Unión! —exhaló sin atreverse casi a creérselo.

West escudriñó por el catalejo, lo bajó, alzó la vista hacia el valle y luego volvió a llevárselo a los ojos.

—¿Estás seguro?

—Sí —el rostro ancho y honrado de Jalenhorm estaba surcado de manchas tras ocho días de dura marcha a caballo—. Y parece que aún resisten, aunque por los pelos.

—¡General Poulder! —espetó West.

—¿Mi Lord Mariscal? —murmuró Poulder con su recién adquirido barniz de servilismo.

—¿Está la caballería lista para cargar?

El general pestañeó.

—No se encuentran desplegados de forma adecuada, llevan encima varios días de dura marcha y tendrían que cargar cuesta arriba sobre un terreno quebrado contra un enemigo fuerte y decidido. Se hará lo que usted ordene, por supuesto, pero quizá fuera más prudente esperar a que la infantería...

—La prudencia es un lujo —West alzó la vista y contempló con gesto ceñudo el insignificante espacio que se abría entre las dos vertientes. ¿Atacar de inmediato aprovechando que el Sabueso y los suyos aún resistían? Es posible que el factor sorpresa les otorgara cierta ventaja y que pudieran aplastar a Bethod entre los dos, pero eso supondría lanzar a la carga a una caballería cuyos hombres y monturas estaban desorganizados y fatigados tras una larga

marcha. ¿O esperar a la infantería, que aún tardaría unas cuantas horas en llegar, y organizar un ataque coordinado? ¿Pero no cabía la posibilidad de que para entonces el Sabueso y sus compañeros hubieran sido masacrados y Bethod hubiera tomado la fortaleza y estuviera perfectamente preparado para recibir un ataque por un solo frente?

West se mordisqueó el labio e intentó borrar de su mente la idea de que la vida de miles de personas dependía de una decisión suya. Atacar de inmediato era la opción más arriesgada, pero también la que podía reportar mayores beneficios. Una oportunidad de acabar con la guerra tras una hora de sangriento combate. Puede que nunca más se les presentara la oportunidad de coger desprevenido al Rey de los Hombres del Norte. ¿Qué fue lo que le dijo Burr la noche antes de morir? No se puede ser un jefe sin una cierta dosis... de crueldad.

—Prepárese para cargar y ordene que nada más llegar la infantería se despliegue a lo largo de toda la boca del valle. Hay que impedir a toda costa que Bethod y cualquier parte de sus tropas puedan escapar. Ya que hay que hacer sacrificios, pretendo que al menos tengan un sentido —Poulder no parecía nada convencido—. ¿Quiere obligarme a compartir la valoración del general Kroy sobre sus cualidades como soldado, general Poulder? ¿O prefiere demostrarnos a ambos que estamos equivocados?

El general se cuadró y sus mostachos vibraron con renovada energía.

—¡Demostrarles que se equivocan, señor, con todos mis respetos! ¡Ordenaré a la caballería que cargue de inmediato!

Espoleó su corcel negro y, seguido de varios miembros de su Estado Mayor, salió disparado valle arriba hacia el lugar donde se agrupaban las polvorientas masas de la caballería. West se movió incómodo en la silla de montar y volvió a mordisquearse el labio. Otra vez le dolía la cabeza. Una carga cuesta arriba contra un enemigo decidido.

Tan mortífero envite sin duda habría arrancado una sonrisa al Coronel Glokta. El Príncipe Ladisla habría dado su aprobación a tan galante muestra de despreocupación por la vida de los demás. Lord Smund se habría puesto a palmear espaldas, habría hablado del brío y del vigor y luego habría pedido que trajeran vino.

Y sólo había que ver cómo habían acabado aquellos tres héroes.

Logen oyó un gran rugido, vago y lejano. La luz irrumpió en sus ojos entrecerrados como si de pronto se hubiera despejado un claro en medio de la batalla. Unas sombras oscilaron. Una bota enorme se estrelló contra la mugre justo delante de su cara. Unas voces bramaron desde arriba. Sintió que le agarraban de la camisa, que le arrastraban por el barro entre piernas y pies que

se agitaban a su alrededor. Vio el cielo, de un azul doloroso, y parpadeó y babeó al mirarlo. Luego le soltaron y se quedó tirado en el suelo como un guiñapo.

—Logen. ¿Te encuentras bien? ¿Estás herido?

—Yo... —soltó con voz ronca, y se puso a toser.

—¿Me reconoces?

Le dieron un bofetón en la cara que desperezó un poco su mente. Por encima de él, oscura sobre el fondo brillante del cielo, se cernió una figura de cabellos enmarañados. Logen trató de identificarla. Tul Duru, Cabeza de Trueno, si no se equivocaba. ¿Qué demonios hacía allí? Pensar le hacía daño. Cuanto más pensaba, mayor era el dolor que sentía. La mandíbula le ardía, y le parecía que su tamaño era el doble del normal. Cada vez que respiraba soltaba un resuello mortificante y estremecido.

Por encima de él, el grandullón movía los labios y sus palabras retumbaban atronadoras en los oídos de Logen, pero para él no eran más que ruido. Tenía un desagradable picor en la pierna y en su cabeza resonaban las sacudidas y las convulsiones de los latidos de su propio corazón. Oía estrépitos y traqueteos que le llegaban de todas partes, y esos mismos ruidos hacían más doloroso el ardor de su mandíbula hasta volverlo casi insoportable.

—Vete...—sentía la vibración y el roce del aire en su garganta, pero no conseguía producir ningún sonido. Además, aquella ya no era su voz. Con las últimas fuerzas que le quedaban, alargó un brazo, posó la palma de la mano en el pecho de Tul y trató de apartarle, pero lo único que consiguió fue que el gigantón se la cogiera y la estrechara con fuerza.

—Tranquilo —gruñó—. Ya te tengo.

—Sí —susurró Logen, y una sonrisa se extendió por su boca ensangrentada. De pronto, apretó la manaza con una fuerza brutal y con la otra encontró la empuñadura de un puñal que le aguardaba bien arropado sobre su piel. La hoja salió disparada con la rapidez letal de una serpiente y se hundió hasta la empuñadura en el grueso cuello del gigantón. Su semblante se quedó congelado en una expresión de sorpresa mientras la cálida sangre brotaba a chorros de su garganta, le caía por la boca, empapaba su poblada barba, le goteaba por la nariz y resbalaba por su pecho. Pero no había de qué sorprenderse.

Tocar al Sanguinario era como tocar a la muerte, y la muerte no tiene favoritos ni hace distingos.

El Sanguinario se puso en pie, apartando de un golpe el corpulento cadáver, y su puño rojo se cerró con fuerza sobre la espada del gigantón, una alargada pieza de un metal oscuro y hermoso que brillaba como las estrellas;

una herramienta apropiada para el trabajo que le aguardaba. Siempre había trabajo pendiente.

Pero tener un buen trabajo es una bendición. El Sanguinario abrió la boca y con un único aullido proclamó todo su infinito amor y todo su inagotable odio. La tierra corrió bajo sus pies y la convulsiva y hermosa batalla le acogió con un dulce abrazo. Y, entonces, al fin, se sintió en casa.

Los rostros de los muertos cambiaban, se difuminaban en torno a él, profiriendo maldiciones, voceando su rabia. Pero su odio le hacía a él más fuerte. La alargada espada apartaba a los hombres de su camino, dejándolos retorcidos y mutilados, destrozados y babeantes, expresando con aullidos su felicidad. Quién luchaba contra quién no era de su incumbencia. Los vivos estaban en un bando, él en el otro, y su misión era hacer justicia abriendo una senda roja entre sus filas.

Un hacha centelleó al sol, una hoja curva que brillaba como la luna menguante. El Sanguinario se deslizó bajo ella y apartó al hombre propinándole una patada con su gruesa bota. El tipo alzó un escudo, pero la gigantesca espada partió en dos el árbol que tenía pintado, y la madera de debajo, y el brazo que había debajo de aquella, y desgarró la cota de malla que había detrás como si fuera una simple tela de araña hasta llegar al vientre, que se abrió como si fuera un saco lleno de serpientes furiosas.

Un niño que aferraba un gran escudo y un hacha tan grande que apenas si podía cargar con ella se encogió aterrorizado a su espalda y trató de escabullirse. Su miedo arrancó una carcajada al Sanguinario, que enseñó los dientes con una luminosa sonrisa. El brutal mandoble de la espada partió en dos el escudo y el pequeño cuerpo del niño, salpicando de sangre el suelo, las rocas y los rostros de los hombres que le miraban espantados.

—Bien —dijo, y mostró a todos su sangrienta sonrisa. Él era igual que la Gran Niveladora. A todos daba el mismo trato: hombres y mujeres, jóvenes y viejos. En eso residía la brutal belleza de su trabajo, su espantosa simetría, su suprema equidad. No había escapatoria ni excusas. Él avanzaba, más alto que las montañas, y los hombres retrocedían, murmuraban y se hacían a un lado formando un círculo de escudos pintados: frondosos árboles, ondulantes aguas, rostros gruñidores.

Sus palabras eran música para sus oídos.

—Es él.

—Nuevededos.

—El Sanguinario.

Un círculo de terror. Hacían bien en tenerle miedo.

Su muerte estaba escrita en las formas que trazaba la dulce sangre en el crudo suelo. Su muerte se susurraba en el zumbido de las moscas que infestaban los cadáveres que había al otro lado de la muralla. Su muerte estaba impresa en sus propios rostros, la transportaba el viento, se dibujaba en la sinuosa línea que separaba las montañas del cielo. Todos ellos eran hombres muertos.

—¿Quién quiere ser el siguiente en volver al barro? —susurró.

Un osado Carl con un escudo que llevaba pintada una serpiente enroscada dio un paso adelante. Antes de que tuviera tiempo de alzar su lanza, la espada del Sanguinario había trazado un amplio círculo por encima de la parte superior del escudo y por debajo de la parte inferior de su casco. La punta de la hoja le separó la mandíbula de la cabeza, se clavó en el hombro del tipo que tenía detrás, se le hundió en el pecho y lo arrojó al suelo echando sangre por su boca enmudecida. Surgió otro hombre y la espada se precipitó sobre él como una estrella fugaz y le aplastó el casco y el cráneo hasta la altura de la boca. El cuerpo cayó de espaldas y se arrancó a bailar alegremente en el suelo.

—¡Baila! —se carcajeó el Sanguinario, poniéndose a revolear la espada. El aire se llenó de sangre, de armas rotas, de trozos de carne. Y todas esas cosas buenas escribían palabras en un alfabeto secreto y trazaban unos motivos sagrados que sólo él podía ver y descifrar. Los aceros le pinchaban, le hacían muescas, se le clavaban, pero aquello no era nada. Cada marca que le hacían la devolvía multiplicada por cien. Y el Sanguinario seguía riéndose, y el viento, y el fuego, y las caras pintadas en los escudos reían con él y no podían parar.

Era como una tormenta en las cumbres, su voz era tan terrible como el trueno, su brazo tan rápido, tan letal y tan implacable como el rayo. Le hincó a un tipo la espada en las entrañas, se la arrancó de golpe, le rompió la boca a otro con el pomo, le arrebató la lanza con la mano que tenía libre, la arrojó contra un tercero, al que atravesó el cuello, y al salir por el otro lado le abrió un buen agujero en el costado a un Carl. Poseído de un vértigo ebrio, el Sanguinario daba tumbos, giraba sobre sí y rodaba por el suelo, escupiendo fuego y risas. Forjó un nuevo círculo a su alrededor. Un círculo tan amplio como la espada del gigante. Un círculo en el interior del cual todo le pertenecía a él.

Sus enemigos le acechaban fuera de ese perímetro y reculaban ante él muertos de miedo. Sabían quién era, lo leía en sus caras. Habían oído rumores sobre su trabajo, y ahora que les estaba impartiendo una sangrienta lección ya sabían en qué consistía, y él se congratulaba de haberlos ilustrado. El que estaba más adelantado de todos, le mostró la palma de la mano y dejó su hacha en tierra.

—Estás perdonado —susurró el Sanguinario, y dejó que su espada

cayera al suelo. Luego se lanzó hacia delante como una centella, agarró al hombre de la garganta y lo alzó en vilo con ambas manos. El tipo forcejaba, sacudía los brazos y las piernas, pero los puños rojos del Sanguinario eran como el hielo, que es capaz de reventarle los huesos a la tierra.

—¡Estás perdonado! —sus manos eran de hierro, y los pulgares se fueron hundiendo más y más en el cuello del hombre hasta que la sangre comenzó a brotar por debajo de ellos. Entonces alzó aquel cadáver pataleante toda la longitud de su brazo y lo sostuvo en alto hasta que dejó de moverse. Luego lo arrojó por el aire y el cuerpo cayó a tierra y rodó desmadejado por el barro de una forma que causó al Sanguinario un inmenso placer.

—Perdonado... —se encaminó hacia el resplandeciente arco mientras la atemorizada muchedumbre se apartaba a su paso, abriendo una senda de barro por la que se esparcían las armas y escudos que habían tirado. Más allá, a pleno sol, relucían las armaduras de unos jinetes que cabalgaban por el polvoriento valle entre los altos estandartes que flameaban al viento y cuyas espadas centelleaban al subir y bajar mientras perseguían a unos hombres que corrían en todas direcciones. Se detuvo en el desvencijado umbral de la portada, con las botas plantadas sobre los restos astillados de las puertas y rodeado de los cadáveres de amigos y enemigos, y oyó innumerables voces que cantaban victoria.

Entonces Logen cerró los ojos, y respiró.

Demasiados amos

A pesar del caluroso día de verano que hacía en el exterior, el vestíbulo del banco era un lugar fresco, oscuro y umbrío. Un lugar lleno de susurros y de ecos apagados, construido en mármol negro como una tumba nueva. Los finos rayos de sol que entraban por las estrechas ventanas estaban llenos de motas de polvo en suspensión. No se percibía ningún olor digno de mención. *Salvo el hedor del fraude, que incluso a mí me resulta opresivo. Puede que el entorno sea más limpio que el del Pabellón de Interrogatorios, pero sospecho que se cuentan más verdades entre los criminales.*

No había montones de lingotes de oro a la vista. No se veía ni una simple moneda. Sólo plumas para escribir, tinteros y montones de papel mate. Los empleados de Valint y Balk no vestían fastuosos ropajes como los que había usado el Maestre Kault, del Gremio de los Sederos. Ni exhibían joyas deslumbrantes como las de la Maestre Eider, del Gremio de los Especieros. Eran hombres de poca estatura y rostros serios, vestidos de gris. Los únicos destellos eran los que lanzaban los anteojos de algún que otro oficinista afectado.

¿Así que éste es el rostro de la verdadera riqueza? ¿Así que ésta es la manera en que se manifiesta el auténtico poder? El austero templo de la diosa del oro. Contempló a los empleados que trabajaban con pilas de documentos, sentados a sus ordenadas mesas en ordenadas filas. *Ahí están los acólitos, a los que sólo se ha introducido en los más bajos misterios de la iglesia.* Sus ojos se desviaron hacia los que estaban esperando. Mercaderes y prestamistas, tenderos y picapleitos, comerciantes y fulleros, que formaban largas colas o esperaban nerviosos junto a las paredes, sentados en incómodas sillas. Bien vestidos, quizá, pero preocupados. *La medrosa congregación, siempre presta a acobardarse si a la diosa del comercio le da por mostrar su lado vengativo.*

Pero yo no soy una de sus criaturas. Glokta se dirigió a la cola más larga y se abrió paso, golpeando los baldosines con la punta del bastón y gruñendo «¡Estoy lisiado!», si uno de los comerciantes osaba mirarle.

El empleado parpadeó cuando alcanzó el primer puesto.

—¿En qué puedo...?

—¡Mauthis! —dijo.

—¿A quién debo...?

—Al tullido. *Condúceme al Sumo Sacerdote para que pueda expiar mis crímenes con billetes de banco.*

—Pero no voy a...

—¡Le están esperando!

Un empleado que estaba sentado a una mesa unas filas más atrás se había puesto de pie.

Glokta dedicó a los desdichados de la cola una desdentada y lasciva sonrisa mientras caminaba renqueante entre las mesas en dirección a una puerta que se veía en la pared. Pero su sonrisa no duró mucho. Detrás de ella se alzaba una serie de escalones iluminados en lo alto por una estrecha ventana.

¿Por qué el poder tiene que estar siempre más alto que los demás mortales? ¿Es que no se puede ser poderoso a ras de suelo? Soltó una maldición, subió trabajosamente detrás de su impaciente guía y acabó arrastrando su pierna inútil a lo largo de un vestíbulo con muchas puertas a ambos lados. El empleado se inclinó, llamó humildemente a una de ellas, esperó hasta oír un «¿Sí?» y luego la abrió.

Mauthis vio a Glokta traspasar renqueando el umbral desde detrás de una mesa descomunal. Le miraba sin el menor gesto de simpatía o de bienvenida, con una cara que bien podría haber estado tallada en madera. Por la amplia superficie de cuero color rojo sangre, unas plumas, un tintero y varios montones de papeles se distribuían con la misma despiadada precisión que unos reclutas a los que se hubiera llamado para pasar revista.

—La visita que esperabais, señor —el empleado se adelantó con unos papeles en la mano—. Y también estos documentos para vuestra consideración.

Mauthis volvió hacia ellos sus ojos inexpresivos.

—Sí... sí... sí... sí... Todos éstos a Talins.

Glokta no esperó a que se lo indicaran. *Llevo demasiado tiempo dolorido como para fingir que no lo estoy.* Dio un paso tambaleante y se dejó caer sobre la silla más cercana. El cuero rígido del incómodo asiento crujió bajo su trasero dolorido. *Pero servirá.*

Los papeles crepitaban mientras Mauthis iba hojeándolos y estampando su firma en la parte de abajo de cada uno de ellos. Al llegar al último, se detuvo.

—Ah, no. A éste hay que exigirle una devolución inmediata —alargó un brazo, cogió un tampón que tenía el mango muy desgastado por el uso y lo balanceó con sumo cuidado sobre una bandejita impregnada de tinta roja. Acto

seguido, marcó el sello en el papel con perturbadora rotundidad. *¿Habrá aplastado ese sello la vida de algún mercader? ¿Se puede administrar con semejante descuido la ruina y la desesperación de una persona? ¿Enviar a mujeres y niños a la calle? Aquí no hay sangre, aquí no hay gritos, y sin embargo, se destruye a tanta gente como en el Pabellón de los Interrogatorios. Y con mucho menos esfuerzo.*

Los ojos de Glokta siguieron al empleado que se apresuraba a salir con los documentos. *¿O se trata simplemente de un recibo por diez centavos que no ha sido aceptado? ¿Quién sabe?* La puerta se cerró con un levísimo clic.

Mauthis hizo una breve pausa para alinear la pluma con el borde de su mesa y luego alzó la mirada hacia Glokta.

—Le agradezco que haya respondido con tanta prontitud.

Glokta resopló.

—El tono de su nota no parecía admitir demoras —hizo una mueca al levantar su doliente pierna con ambas manos y aupó su sucia bota a la silla que tenía a su lado—. Espero que me devuelva el favor y vaya rápidamente al grano. Soy un hombre muy ocupado. *Tengo que destruir magos, destronar reyes, y si no consigo hacer ni una cosa ni otra, tengo una cita urgente para que me corten el cuello y me tiren al mar.*

Mauthis no movió ni un músculo de la cara.

—De nuevo descubro que mis superiores no están del todo complacidos con la dirección de sus investigaciones.

¿Sí, eh?

—Sus superiores son gentes de bolsillos amplios y paciencia escasa. ¿Qué ofende ahora sus delicadas sensibilidades?

—Su investigación sobre el linaje de nuestro nuevo Rey, Su Augusta Majestad Jezal Primero —Glokta sintió que su ojo empezaba a palpitar y lo presionó con una mano mientras se pasaba la lengua por las encías—. En concreto, sus investigaciones sobre la persona de Carmee dan Roth, las circunstancias de su prematura defunción y el grado de intimidad de su amistad con nuestro anterior Rey, Guslav Quinto. ¿Me acerco lo suficiente al grano para su gusto?

Me gustaría que se acercara un poquito menos.

—Esas investigaciones acaban de iniciarse. Me sorprende que sus superiores estén tan bien informados. ¿De dónde obtienen la información, de una bola de cristal o de un espejo mágico? *¿O de algún miembro del Pabellón de Interrogatorios al que le gusta hablar? ¿O tal vez de alguien todavía más próximo a mí?*

Mauthis suspiró, o al menos permitió que un poco de aire le saliera de la

boca.

—Ya le dije que diera por sentado que lo saben todo. Descubrirá que no es una exageración, sobre todo si pretende engañarles. Yo le aconsejaría sinceramente no seguir por ese camino.

—Le puedo asegurar que no me interesa en absoluto el linaje del Rey —Glokta hablaba apretando los labios—, pero Su Eminencia lo ha pedido y espera impaciente que le informe de los progresos que vaya haciendo. ¿Qué debo decirle?

Mauthis le miró con una expresión muy comprensiva. *La misma comprensión que una piedra puede sentir por otra piedra.*

—A mis jefes no les importa lo que le diga, siempre y cuando les obedezca. Comprendo que está usted en una posición difícil, pero, francamente, Superior, no creo que pueda usted elegir. Supongo que podría acudir al Archilector y exponerle la historia de la relación que tiene con nosotros. El regalo que aceptó de mis jefes, las condiciones bajo las cuales se le hizo y la consideración que ya ha mostrado hacia nosotros. Tal vez Su Eminencia sea más comprensivo con las lealtades divididas de lo que parece.

—Hummm —repuso Glokta. *Si no supiera que no puede serlo, tomaría eso por una broma. Su Eminencia es sólo un poquito menos comprensivo que un escorpión, y los dos lo sabemos.*

—O podría cumplir su compromiso con mis jefes y hacer lo que le exigen.

—Cuando firmé el maldito recibo me pidieron favores. ¿Y ahora me vienen con exigencias? ¿Cuánto va a durar esto?

—Eso no es algo que yo pueda decir, Superior. Ni usted preguntar.

Los ojos de Mauthis se volvieron un instante hacia la puerta. Luego se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja y suave.

—Pero si mi propia experiencia puede servirle de orientación le diré que esto no acabará... nunca. Mis jefes han pagado. Y siempre consiguen aquello por lo que han pagado. Siempre.

Glokta tragó saliva. *Al parecer, en este caso lo que han pagado ha sido mi abyecta obediencia. Normalmente no habría dificultad, claro. Yo soy tan abyecto como cualquiera, si no más. Pero el Archilector exige lo mismo. Cuando se tienen dos amos bien informados e implacables en abierta oposición, empieza a sobrar uno. Aunque también hay quienes dirían que sobran los dos. Pero como me explica tan amablemente Mauthis, no tengo elección.* Bajó la bota de la silla, dejando el cuero cubierto de polvo y distribuyó cuidadosamente su peso, antes de iniciar el largo proceso de ponerse en pie.

—¿Alguna cosa más, o sus jefes simplemente quieren que desafíe al hombre más poderoso de la Unión?

—También quieren que le vigile.

Glokta se quedó helado.

—¿Quieren que yo qué?

—Últimamente las cosas han cambiado mucho, Superior. Los cambios significan nuevas oportunidades, pero demasiados cambios son malos para los negocios. Mis jefes piensan que un periodo de estabilidad es beneficioso para todos. Están satisfechos con la situación actual —Mauthis juntó las manos sobre el cuero de su mesa—. Les preocupa que algunos de los miembros del gobierno puedan no sentirse satisfechos. Que deseen que se produzcan más cambios. Que sus actos irreflexivos puedan conducir al caos. Y el que más les preocupa de todos es Su Eminencia. Quieren saber lo que hace. Lo que tiene pensado hacer. Y, muy especialmente, lo que está haciendo en la Universidad.

Glokta se echó a reír con incredulidad.

—¿Eso es todo?

Mauthis no captó la ironía.

—Por ahora. Es preferible que salga usted por la puerta de atrás. Mis jefes esperan recibir noticias suyas antes de que termine la semana.

Glokta bajaba por la estrecha escalera de la parte de atrás del edificio, andando de lado como un cangrejo y con la frente empapada de sudor, un sudor que no se debía tan sólo al esfuerzo que estaba haciendo. *¿Cómo pudieron saberlo? Primero, que estaba investigando la muerte del Príncipe Raynault, desobedeciendo las órdenes del Archilector, y ahora, que estoy investigando sobre la madre de Su Majestad, por encargo del Archilector. ¿Que dé por sentado que lo saben todo? Pues claro, pero nadie sabe nada si no hay alguien que se lo diga.*

¿Quién... se lo ha dicho?

¿Quién estuvo haciendo preguntas sobre el Príncipe y sobre el Rey? ¿Quién tiene por máxima prioridad el dinero? ¿Quién me delató una vez para salvar el pellejo? Glokta se detuvo un momento en medio de la escalera y frunció el ceño. *Ayayay. ¿Va a ser esto un «sálvese quién pueda»? ¿Lo ha sido siempre?*

La única respuesta que obtuvo fue una punzada de dolor que le subió por su pierna inútil.

Dulce victoria

West estaba sentado con los brazos cruzados sobre el arzón delantero de la silla de montar, contemplando aturdido el polvoriento valle.

—Hemos ganado —dijo Pike sin ninguna emoción. Con la misma voz con que podía haber dicho «hemos perdido».

Un par de estandartes todavía colgaban sin vida de los mástiles. La gran enseña de Bethod había sido desgarrada y puesta a los pies de los caballos, y ahora, su armazón deshilachado se alzaba retorcido por encima del polvo que comenzaba a asentarse como un esqueleto mondo. Un símbolo adecuado de la súbita caída del Rey de los Hombres del Norte.

Poulder detuvo su caballo junto a West y contempló la carnicería con la misma sonrisa mojigata con la que un maestro de escuela miraría una clase en perfecto orden.

—¿Cómo nos ha ido, general?

—Parece que hemos tenido muchas bajas, señor, sobre todo entre las primeras filas, aun así, en gran medida cogimos al enemigo por sorpresa. Sus mejores tropas estaban comprometidas en el asalto a la fortaleza. ¡Una vez que nuestra caballería los puso en desbandada, los condujimos directamente a las murallas! Arrasamos su campamento —Poulder arrugó la nariz y sus bigotes temblaron de asco—. Pasamos por la espada a varios centenares de esos diabólicos Shanka y a un número aún mayor los obligamos a huir a las montañas del norte, y no creo que les hayan quedado muchas ganas de volver. Hemos hecho una carnicería entre los norteños de la que se hubiera sentido orgulloso hasta el mismísimo Rey Casimir, y los que han quedado han depuesto las armas. Calculamos que debemos haber hecho unos cinco mil prisioneros, señor. El ejército de Bethod ha sido absolutamente aplastado. ¡Aplastado! —se echó a reír—. ¡Nadie pondrá en duda que hoy habéis vengado debidamente la muerte del Príncipe Heredero Ladisla, Lord Mariscal!

West tragó saliva.

—Por supuesto. Debida y verdaderamente vengado.

—La idea de usar a nuestros norteños como cebo fue un golpe maestro. Una maniobra osada y decisiva. ¡Me siento y me sentiré siempre muy honrado de haber tenido la oportunidad de poner mi granito de arena! ¡Un día inolvidable para el ejército de la Unión! ¡El Mariscal Burr se habría sentido orgulloso!

Jamás en su vida West hubiera pensado que un día recibiría una alabanza por parte del General Poulder, pero ahora que había llegado el gran momento, descubrió que no le producía ningún placer. No había realizado ningún acto de valor. No había puesto en peligro su propia vida. No había hecho otra cosa que gritar, «¡A la carga!». La silla de montar le había dejado el trasero irritado, le dolían todos los huesos y las mandíbulas le estaban martirizando por haber estado todo el tiempo con los dientes apretados de la preocupación. Hasta hablar le costaba un esfuerzo.

—¿Está Bethod entre los muertos o los prisioneros?

—No podría decirle si entre los prisioneros hay alguno específico. Pero puede que lo tengan nuestros aliados norteños. En cuyo caso, dudo que vaya a estar mucho tiempo entre nosotros, ¿eh, Mariscal? ¿Eh, sargento Pike? —se rió, trazó dos líneas sobre su tripa y chasqueó la lengua.—. Seguro que le espera la cruz de sangre. ¿No es eso lo que hacen esos salvajes? La cruz de sangre, ¿no?

West no le veía la gracia.

—Asegúrese de que nuestros prisioneros reciban comida y agua, así como cualquier tipo de ayuda que estemos en condiciones de proporcionar a sus heridos. En la victoria debemos ser generosos —eran las palabras que se suponía debía pronunciar un líder después de una batalla.

—Desde luego, Lord Mariscal.

Como paradigma de un obediente subalterno, Poulder saludó, dirigió a su caballo hacia un lado y se alejó hincando en él las espuelas.

West se bajó de su caballo, se quedó quieto un momento para hacer acopio de fuerzas y luego comenzó a marchar hacia lo alto del valle. Pike le siguió con la espada desenvainada.

—Toda precaución es poca, señor —dijo.

—Sí —murmuró West—. Supongo que sí.

Había muchos hombres desperdigados por la larga cuesta, unos vivos y otros muertos. Los cadáveres de los jinetes de la Unión estaban en donde habían caído. Los médicos atendían a los heridos con las manos cubiertas de sangre y rostro serio. Había hombres sentados llorando, quizá por un amigo muerto. Otros contemplaban aturdidos sus heridas. Otros gorgoteaban y aullaban y pedían a gritos ayuda o agua. Y otros acudían corriendo para darles

ambas cosas. Un último acto compasivo hacia los moribundos. Junto a la pared de roca descendía serpenteando por el valle una procesión de entristecidos prisioneros, estrechamente vigilados por varios jinetes de la Unión. Muy cerca se amontonaban las armas que habían entregado, las cotas de malla, los escudos pintados.

West se internó lentamente en lo que había sido el campamento de Bethod, que, tras media hora de furia, había quedado convertido en una enorme extensión de desechos dispersos sobre la piedra desnuda y la tierra endurecida. Los cuerpos retorcidos de hombres y caballos se mezclaban con pisoteados armazones de tiendas de campaña, lonas rajadas, toneles destripados, cajas rotas y pertrechos de cocina, de costura y de batalla. Todo ello medio hundido en el barro y coronado por las huellas de botas y cascos de caballos.

En medio de aquel caos había extraños islotes de calma, donde todo parecía tranquilo, como debió de estar antes de que West diera la orden de ataque. Un puchero seguía colgado sobre los restos de una fogata con algún potaje que todavía hervía en su interior. Hileras de lanzas perfectamente ordenadas, con una banqueta y una piedra de afilar a su lado, aguardaban para ser utilizadas. Tres esteras, con sus mantas bien dobladas a la cabeza de cada una de ellas, formaban un triángulo perfecto, Un orden exquisito, si no fuera porque encima yacía despatarrado un hombre con el contenido de su cráneo roto vertido sobre la pálida lana.

No muy lejos, un oficial de la Unión estaba arrodillado en el barro, acunando a otro. West sintió un escalofrío al reconocerlos. El que estaba arrodillado era su viejo amigo el teniente Brint. El que yacía inerte, su viejo amigo el teniente Kaspa. Por alguna razón, West sintió una abrumadora necesidad de alejarse de allí sin detenerse y hacer como si no los hubiera visto. Mientras se forzaba a sí mismo a acercarse a ellos la boca se le fue llenando de saliva amarga.

Brint levantó la mirada con la cara llena de lágrimas.

—Una flecha perdida —susurró—. Ni siquiera había sacado la espada.

—Mala suerte —gruñó Pike—. Mala suerte.

West bajó la mirada. Mala suerte, en efecto. Consiguió atisbar el asta rota de una flecha clavada bajo la barba, pero lo más sorprendente era que apenas había sangre. De hecho, casi no había ninguna mancha de nada. Un resto de barro en una de las mangas del uniforme, eso era todo. Aunque estaban bizqueando y no miraban a ninguna parte en concreto, West no pudo evitar sentir que los ojos de Kaspa miraban directamente a los suyos. Que sus labios dibujaban un gesto de rencor, que sus cejas estaban fruncidas en una expresión acusadora. West casi tuvo ganas de pedirle una explicación, de exigirle que le dijera a qué venía eso. Pero luego se recordó a sí mismo que aquel hombre

estaba muerto.

—Una carta —murmuró West entrelazando los dedos—. A su familia.

Brint, apenado, dio un sorbetón por la nariz, cosa que a West, por la razón que fuera, le resultó bastante irritante.

—Sí, una carta.

—Eso es. Sargento Pike, sigamos.

West no aguantaba allí un minuto más. Se apartó de sus amigos, el vivo y el muerto, y siguió subiendo por el valle. Hizo lo posible por no seguir pensando que si él no hubiera dado la orden de ataque uno de los hombres más agradables e inofensivos que jamás había conocido seguiría con vida. Quizá no se puede ser un jefe sin un cierto grado de crueldad. Pero ser cruel no siempre es fácil.

Pike y él superaron un talud de piedra derruido y luego una zanja muy pisoteada. El valle se iba estrechando cada vez más, ceñido por los altos farallones de roca que lo bordeaban. Allí había más cadáveres. Desperdigados abundantemente por el suelo se veían norteños, salvajes como los que habían encontrado en Dunbrec, y también Shanka. West veía ya la muralla de la fortaleza, poco más que un montículo de piedras mohosas en el paisaje, con más muerte desparramada a sus pies.

—¿Resistieron ahí siete días? —musitó Pike.

—Eso parece.

La única entrada era una tosca arcada que se abría en el centro, con las puertas arrancadas y destrozadas a sus pies. En su interior le pareció distinguir tres formas extrañas. Cuando se acercó, West descubrió con desagrado lo que eran. Tres hombres colgados de unas sogas que caían desde lo alto de la muralla y cuyas botas se mecían suavemente más o menos a la altura de su pecho. A su alrededor se habían reunido numerosos norteños que contemplaban los cadáveres colgantes con una cierta satisfacción. Uno en concreto dirigió a West y a Pike una cruel sonrisa cuando se acercaron.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es mi viejo amigo Furioso —dijo Dow—. Llegas tarde a la cita, ¿eh? Siempre fuiste muy lento, muchacho.

—Ha habido algunos problemas. El Mariscal Burr ha muerto.

—De vuelta al barro, ¿eh? Ahora al menos está en buena compañía. Muchos hombres buenos han hecho lo mismo estos últimos días. ¿Quién es ahora tu jefe?

West respiró hondo.

—Mi jefe soy yo.

Dow se echó a reír, y West, mientras le veía reír, sentía ganas de vomitar.

—El gran jefe Furioso, ¿qué te parece? —se puso de pie en posición de firmes, haciendo mofa del saludo de la Unión, mientras los cadáveres se columpiaban a sus espaldas—. Te presentaré a mis amigos. Estos tres también son grandes hombres, no te creas. Éste de aquí es Grendel Goring, que llevaba luchando para Bethod desde hacía un montón de tiempo —levantó una mano, empujó uno de los cuerpos y se quedó mirando cómo se balanceaba—. Éste es Costado Blanco. Y en ninguna parte se encontraría un hombre al que se le diera mejor asesinar personas y robarles sus tierras —dio al siguiente ahorcado otro empellón y le dejó dando vueltas a un lado y a otro, con las piernas y los brazos colgando fláccidos—. Y éste es Huesecillos. Un cabrón cómo no he ahorcado a ningún otro —el último había sido reducido casi a carnaza; su dorada armadura estaba hecha pedazos, tenía una enorme herida en el pecho y su larga melena gris estaba empapada de sangre. Le habían cortado una pierna a la altura de la rodilla y un charco de sangre seca manchaba la tierra a sus pies.

—¿Qué le pasó? —preguntó West.

—¿A Huesecillos? —el grueso montañés, Crummock-i-Phail, era uno de los del grupo—. Lo liquidaron durante la batalla. Más o menos por ahí. Luchó hasta la muerte.

—Pues sí —dijo Dow, dedicando a West una sonrisa más grande incluso de lo habitual en él—. Pero supongo que ese no es motivo para no colgarle.

Crummock-i-Phail se echó a reír.

—¡Qué va a ser motivo! —y volvió a sonreír mirando a los tres cuerpos que daban vueltas y vueltas haciendo que crujieran las sogas—. Bonita estampa, ¿verdad?, ahí colgados. Dicen que se puede descubrir toda la belleza que hay en el mundo mirando la forma en que se columpia un ahorcado.

—¿Quién lo dice? —preguntó West.

Crummock encogió sus grandes hombros.

—Ellos.

—¿Ellos, eh? —West se tragó sus nauseas y se abrió paso entre los cadáveres para acceder al interior de la fortaleza—. Esta gente son unos verdaderos carniceros.

El Sabueso bebió otro trago de la botella. Se estaba emborrachando a conciencia.

—Bueno. Vamos a ello.

Cuando Hosco le clavó la aguja, hizo una mueca de dolor, apretó los labios y bufó entre dientes. Nada como un buen pinchazo para acompañar el

lacerante dolor que ya sentía. La aguja le atravesó la piel, llevándose el hilo tras de sí, y el brazo del Sabueso empezó a arder más y más.

Se echó otro trago y se balanceó de atrás adelante. No sirvió de nada.

—Mierda —dijo—. ¡Mierda, mierda!

Hosco levantó la vista.

—Mejor no mires.

El Sabueso volvió la cabeza, y el uniforme de la Unión se le metió por los ojos. Un tejido rojo, de pronto, en medio de tanta mugre parda.

—¡Furioso! —gritó, notando que su boca conseguía dibujar una sonrisa a pesar del dolor—. ¡Me alegro mucho de que llegara a tiempo! ¡Me alegro muchísimo!

—Más vale llegar tarde que nunca.

—Eso ni se lo discuto. Se lo aseguro.

Al ver a Hosco cosiéndole el brazo, West frunció el ceño.

—¿Está bien?

—Bueno, verá... Tul ha muerto.

—¿Muerto? —West se le quedó mirando—. ¿Cómo?

—Fue una batalla, ¿no? Que haya muertos es la razón de que se practique este maldito juego —el Sabueso señaló a su alrededor con la botella—. Llevo un buen rato aquí sentado pensando si no podría haber hecho algo que cambiara las cosas. No haberle dejado que bajara esos escalones, o haber bajado con él para ayudarle, o haber hecho que el cielo se nos cayera encima, y no sé cuántas tonterías más, ninguna de las cuales puede servir de ayuda ni a los vivos ni a los muertos. Pero el caso es que no puedo dejar de pensar.

West clavó la vista en los surcos del suelo.

—Puede que éste sea un juego sin ganadores.

—¡Aaag...! —gruñó el Sabueso al clavársele de nuevo la aguja en el brazo. Acto seguido, tiró la botella vacía—. ¡Cómo va a haber ganadores en una mierda como ésta! ¡Al carajo con todo!

Hosco sacó su navaja y cortó el hilo.

—Mueve los dedos —dijo. El brazo le dolía una barbaridad al cerrar el puño, pero el Sabueso se obligó a hacerlo y soltó un gruñido cuando apretó con fuerza los dedos.

—Tiene buen aspecto —dijo Hosco—. Has tenido suerte.

El Sabueso miró apesadumbrado la carnicería que tenía a su alrededor.

—Así que éste es el aspecto que tiene la suerte. Con la de veces que me lo había preguntado. —Hosco se encogió de hombros y rasgó un trozo de tela para hacer un vendaje.

—¿Tienen a Bethod?

El Sabueso miró a West, con la boca abierta.

—¿No le tienen ustedes?

—Hay muchos prisioneros, pero él no está entre ellos.

El Sabueso volvió la cabeza y, asqueado, escupió al barro.

—Y supongo que tampoco a su bruja, ni al Temible, ni a ninguno de sus hinchados hijos.

—Deben haber salido a uña de caballo para Carleon.

—Probablemente.

—Supongo que intentará incrementar sus fuerzas y buscar nuevos aliados para prepararse para un asedio.

—No me extrañaría.

—Tendríamos que seguirles en cuanto hayamos puesto a buen recaudo a los prisioneros.

El Sabueso se sintió invadido por una sensación de desesperanza tan intensa que estuvo a punto de caerse al suelo.

—Por los muertos. Bethod ha escapado —se echó a reír, y al instante sintió que las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos—. ¿Terminará alguna vez todo esto?

Hosco acabó de vendarle y ató con firmeza los extremos de la venda.

—Ya está.

El Sabueso le miró.

—¿Ya está? Empiezo a creer que esto no va a estar nunca —extendió una mano—. Ayúdeme a levantarme, Furioso. Tengo que enterrar a un amigo.

Cuando dieron tierra a Tul, el sol comenzaba a ponerse en lo alto de las montañas, tiñendo de oro el borde de las nubes. Un buen momento para enterrar a un hombre bueno. Estaban todos apiñados alrededor de la tumba. Había muchos más entierros, y por todas partes se oían los gimoteos y los susurros de las palabras de consternación, pero Tul había sido muy querido, más que nadie, de modo que se había congregado una gran cantidad de gente.

Pero aún así, alrededor de Logen había un hueco. Un hueco del tamaño de un hombre. Un hueco que siempre había tenido a su alrededor en los viejos tiempos y que nunca nadie se atrevía a ocupar. Logen no se sentía capaz de reprochárselo a ninguno de los presentes. De hecho, si hubiera podido, habría salido corriendo de allí.

—¿Quién quiere decir algo? —preguntó el Sabueso mirándoles de uno en uno.

Logen bajó la vista. Se sentía incapaz de mirarle a los ojos, y más aún, de decir una sola palabra. No estaba seguro de lo que había pasado en la batalla, pero podía imaginárselo. Podía imaginárselo perfectamente, por lo poco que recordaba. Miró alrededor mientras se humedecía su labio partido. Si había alguien más que se lo imaginaba, había decidido guardárselo para sí.

—¿Nadie va a decir una palabra? —preguntó de nuevo el Sabueso con voz quebrada.

—Está bien, lo haré yo —Dow el Negro dio un paso al frente. Se quedó muy quieto y fue recorriendo con la vista los rostros de la primera fila. Logen tuvo la impresión de que al llegar a su altura se detuvo un poco más, pero seguramente era su propia inquietud, que le estaba jugando una mala pasada.

—Tul Duru, Cabeza de Trueno. De vuelta al barro —dijo—. Bien saben los muertos que él y yo no siempre veíamos las cosas igual. Que casi nunca estábamos de acuerdo en nada. Pero quizá yo tuviera la culpa, porque siempre he sido un bastardo al que le gusta llevarle la contraria a todo el mundo. Ahora lo lamento. Ahora que ya es demasiado tarde —hizo una pausa y respiró entrecortadamente—. Tul Duru. Todo el mundo en el Norte conocía su nombre y todo el mundo lo pronunciaba con respeto, hasta sus enemigos. Era de esa clase de hombres que... te hacía sentir esperanza. Que te daba esperanza. ¿Queréis fuerza, eh? ¿Queréis valor? ¿Queréis que las cosas se hagan bien, como en los viejos tiempos? —y señaló con la cabeza la tierra recién removida—. No busquéis más, porque ahí lo tenéis. Tul Duru, Cabeza de Trueno. Ahora que él ya no está, yo soy menos de lo que era. Todos lo somos —Dow se dio la vuelta y se alejó con la cabeza gacha hasta perderse en la oscuridad.

—Todos lo somos, cierto —musitó el Sabueso mirando a la tumba con los ojos vidriosos—. Bonitas palabras. —Todos los que rodeaban la tumba estaban consternados: West, su hombre, Pike, Escalofríos, incluso Hosco. Todos hundidos.

A Logen le hubiera gustado sentir lo que ellos sentían. Le hubiera gustado llorar la muerte de un hombre bueno. Llorar por el hecho de que tal vez hubiera sido él quien la causó. Pero las lágrimas no llegaban. Mientras contemplaba la tierra recién removida el sol desaparecía detrás de las montañas y la fortaleza de las Altiplanicies se oscurecía. Y él seguía sin sentir nada.

Si quieres ser un hombre nuevo, tienes que estar en sitios nuevos y hacer cosas nuevas con gente que no te conoce de nada. Si vuelves a los viejos usos de siempre, ¿qué otra cosa vas a ser sino el mismo hombre de siempre? Hay que ser realista. Había jugado a ser un hombre distinto, pero todo habían sido mentiras. De esas que son tan difíciles de desenmascarar. De esas que uno se cuenta a sí mismo. Él era el Sanguinario. Esa era la verdad, y por mucho que se revolviera contra ello, por mucho que deseara ser otra persona, no había forma de escapar. Logen quería que algo le conmoviera.

Pero al Sanguinario no le conmovía nada.

Bruscos despertares

Cuando empezó a despertarse, Jezal sonreía. Ya habían acabado aquella misión de locos y pronto volvería a Adua. Volvería a estar entre los brazos de Ardee. Cálido y seguro. El simple hecho de pensar en ello hizo que se acurrucara bajo las sábanas. Abrió los ojos una rendija. Alguien le soltó un bufido desde el otro extremo de la sala y volvió la cabeza hacia allí.

En medio de la oscuridad, vio el pálido rostro de Terez mirándole con gesto iracundo entre los cortinajes de la cama y de golpe le vino el recuerdo de cómo habían sido las últimas semanas. Su mujer, sin duda, tenía el mismo aspecto que el día en que se casó con ella, y sin embargo, ahora la cara perfecta de la Reina le resultaba fea y extremadamente antipática.

La cámara regia se había convertido en un campo de batalla. La frontera la formaba una línea invisible que iba de la puerta a la chimenea, vigilada siempre con voluntad de hierro, y que Jezal no podía cruzar a no ser que estuviera dispuesto a arriesgarse a lo peor. El extremo opuesto de la sala era territorio estirio y el monumental lecho constituía el más fuerte bastión de Terez, una fortaleza cuyas defensas parecían ser inexpugnables. La segunda noche de su matrimonio, confiando en que lo sucedido la primera noche hubiera sido fruto de algún tipo de malentendido, había lanzado un ataque, no excesivamente fogoso, del que había salido sangrando por la nariz. Desde entonces, perdidas las esperanzas, se había tenido que conformar con montar un prolongado e infructuoso asedio.

Terez era una consumada maestra del disimulo. Llegada la noche, a él le tocaba dormir en el suelo, o en alguna pieza del mobiliario, que casi nunca resultaba lo bastante larga, o en donde le placiera siempre y cuando no fuera en la cama. Pero, luego, a la hora del desayuno, le sonreía, hablaba con él de cualquier tontería e incluso posaba cariñosamente su mano sobre la suya siempre que sabía que alguien los estaba mirando. En ocasiones llegaba hasta el punto de hacerle creer, *a él,* que las cosas ya estaban bien, pero tan pronto como volvían a quedarse a solas le daba la espalda, le aporreaba con su silencio y le apuñalaba con unas miradas que expresaban una repulsión y un desdén tan intenso que hacían que a él mismo le entraran ganas de vomitar.

El desprecio que le demostraban las damas de compañía de la Reina, cada vez que tenía la mala suerte de encontrarse en su cuchicheante compañía, no era mucho menor. Una en concreto, la condesa Shalere, que al parecer había sido la mejor amiga de Terez desde la más tierna infancia, le miraba siempre con un odio mortal. En cierta ocasión había irrumpido sin querer en un salón y se había encontrado a las doces damas sentadas alrededor de Terez cuchicheando en estirio. Se había sentido como un muchacho campesino que se hubiera tropezado con un conciliábulo de brujas muy arregladas que entonaban un conjuro, probablemente dirigido contra su persona. Hacían que se sintiera el más insignificante y repulsivo de los seres vivos. A él, que era el Rey y estaba en su palacio.

Por la razón que fuera, vivía atenazado por un miedo inexplicable a que alguien se enterara de la verdad. Pero, por fortuna, si alguno de los sirvientes estaba al tanto, parecía haber optado por guardárselo para sí. A veces se preguntaba si no debería decírselo a alguien. ¿Pero a quién? ¿Y qué? «Buenos días, Lord Chambelán. Mi esposa no quiere follar conmigo». «Bien hallado, Eminencia. Mi esposa no quiere ni verme». «¿Qué tal, Juez Supremo? Ah, por cierto, mi esposa me desprecia». Pero a quién más temía decírselo era a Bayaz. Había advertido de forma tajante al Mago que no quería que se inmiscuyera en su vida privada y ahora no podía acudir arrastrándose a él para pedir ayuda.

Abatido y confundido a partes iguales, seguía con aquella farsa, y a medida que iban pasando los días de simulada felicidad conyugal, le parecía más imposible encontrar alguna manera de salir de aquello. Ante él se extendía una vida entera sin amor, sin amistad y de noches durmiendo en el suelo.

—¿Y bien? —bufó Terez.

—¿Y bien, qué? —repuso con un gruñido.

—¡La puerta!

Como si lo tuviera preparado, llamaron a la puerta con un golpe brutal que hizo que la hoja vibrara en el marco.

—De Talins nunca viene nada bueno —dijo Jezal entre dientes mientras apartaba de un tirón las mantas. Se levantó trabajosamente del suelo, cruzó enfurruñado la sala con paso tambaleante y abrió la llave.

Gorst apareció en el umbral. Llevaba la armadura al completo, tenía la espada sacada y sostenía en alto un farol cuya cruda luz iluminaba la mitad de su rostro en el que se advertían claros signos de inquietud. Desde el fondo del vestíbulo llegaban ecos de pasos, gritos confusos y el parpadear de faroles lejanos. Jezal, ya plenamente despierto, frunció el ceño. Aquello le daba mala espina.

—Majestad —dijo Gorst.

—¿Qué demonios pasa?

—Los gurkos han invadido Midderland.

Los ojos de Ferro se abrieron de golpe. Se levantó del banco de un salto, se plantó en el suelo separando los pies para adoptar una posición de combate y blandió la pata rota de la mesa. Maldijo entre dientes. Se había quedado dormida y eso nunca traía nada bueno. Pero no había nadie más en la habitación.

Todo estaba oscuro y en silencio.

Ni rastro del tullido y de sus servidores enmascarados. Ni rastro tampoco de esos guardias con armadura que la miraban con recelo cada vez que se la ocurría dar un paso por los suelos embaldosados de los salones de aquel maldito palacio. Pero por debajo de la puerta que comunicaba con la habitación de Bayaz se veía una rendija de luz. Y del otro lado llegaba el murmullo de unas voces.

Frunció el ceño, se acercó de puntillas y se puso de rodillas al lado de la cerradura.

—¿Dónde han desembarcado? —le llegó amortiguada por la madera la voz de Bayaz.

—Las primeras naves llegaron al anochecer a las playas desiertas que se extienden a lo largo del extremo suroeste de Midderland, en las proximidades de Keln —Yulwei. Ferro sintió un cosquilleo de emoción y el aire frío comenzó a entrar y salir aceleradamente por su nariz—. ¿Estás preparado?

Bayaz resopló.

—No podíamos estarlo menos. No esperaba que Khalul se pusiera en marcha tan pronto y de una forma tan repentina. ¿Así que desembarcaron de noche sin que nadie se diera cuenta, eh? ¿Cómo es que Lord Brock no los vio venir?

—Mi suposición es que los vio venir perfectamente y los recibió con los brazos abiertos porque previamente había alcanzado un acuerdo con ellos. Seguro que le han prometido el trono de la Unión una vez que hayan aplastado toda resistencia y tengan ya ahorcado a tu bastardo de las puertas del Agriont. Será rey, aunque, por supuesto, bajo la férula de Uthman-ul-Dosht.

—Traición.

—De una variedad bastante vulgar. Nada que pueda causar asombro a gentes como nosotros, ¿no hermano? Hemos visto cosas mucho peores e incluso

hemos hecho cosas mucho peores.

—A veces no hay más remedio que hacer ciertas cosas.

Ferro oyó que Yulwei suspiraba.

—Nunca he dicho que no.

—¿Cuántos son los gurkos?

—Unas cinco legiones, de momento. Pero esto es sólo la vanguardia. Hay muchos más en camino. Muchos millares más. Todo el Sur ha sido movilizado.

—¿Está Khalul con ellos?

—¿Para qué? Permanece en Sarkant, en sus soleados jardines de los bancales de las montañas, aguardando a que le llegue la noticia de tu aniquilación. Es Manum quien está al mando. El Fruto del Desierto, el tres veces bendito y tres....

—¡Ya me sé cómo se hace llamar ese gusano arrogante!

—Cómo se haga llamar es lo de menos. Lo que importa es que se ha vuelto muy poderoso y que le acompañan las Cien Palabras. Vienen a por ti, hermano. Ya han llegado. Si yo estuviera en tu lugar, me iría. Me iría al frío Norte mientras aún estuviera a tiempo.

—¿Y luego qué? ¿Acaso crees que no me seguirían? ¿Tendré que huir a los confines del Mundo? Hace no mucho estuve ahí y no me pareció un lugar muy atractivo. Todavía me quedan unas cuantas cartas en la manga.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Encontraste la Semilla?

—No.

Hubo otra pausa.

—No lo lamento. Andar jugando con unas fuerzas como esas... retorcer la Primera Ley, e incluso quebrantarla... La última vez que se uso esa cosa dejó Aulcus convertida en un montón de ruinas y estuvo a punto de hacer lo mismo con el Mundo entero. Está mejor bajo tierra.

—¿Aunque eso suponga sepultar con ella todas nuestras esperanzas?

—Hay cosas más importantes en juego que tus esperanzas o las mías.

A Ferro, las esperanzas de Bayaz, e incluso las de Yulwei, le importaban un carajo. Los dos la habían engañado. Estaba hasta la coronilla de sus mentiras, de sus secretos, de sus promesas. Lo único que hacían era hablar, esperar y volver a hablar, mucho más de lo que ella desearía. Se levantó, alzó una pierna y soltó un grito de guerra. Propinó a la cerradura un golpe con el talón que la arrancó de cuajo y la puerta pegó una sacudida y se abrió. Los dos

ancianos estaban ahí cerca, sentados a una mesa, con una sola lámpara que iluminaba la cara pálida y la cara morena. En las sombras del rincón más alejado del cuarto había una tercera persona: Quai, que permanecía sentado en silencio rodeado de oscuridad.

—¿No podías llamar? —inquirió Bayaz.

La sonrisa de Yulwei trazaba una amplia curva sobre su semblante moreno.

—¡Ferro! Me alegra ver que todavía...

—¿Cuándo vienen los gurkos?

La sonrisa se borró de su cara y luego exhaló un prolongado suspiro.

—Ya veo que no has aprendido a ser más paciente.

—Lo aprendí, pero luego se me olvidó. ¿Cuándo vienen?

—Pronto. Sus exploradores recorren ya los campos de Midderland tomando aldeas y cercando fortalezas para ir despejando el camino a los que vienen detrás.

—Alguien tendría que pararles los pies —masculló Ferro mientras las uñas se le clavaban en la palma de las manos.

Bayaz se recostó en su silla y sus angulosas facciones quedaron en sombra.

—Me has leído el pensamiento. Tú suerte ha cambiado, ¿eh Ferro? Te prometí venganza y ahí la tienes, cayendo en tu regazo como una fruta madura y sangrienta. El ejército de Uthman ha desembarcado. Millares de gurkos, listos para la guerra. Seguramente los tendremos a las puertas de la ciudad en menos de dos semanas.

—Dos semanas —susurró Ferro.

—Pero estoy seguro de que algunas tropas de la Unión se adelantarán para darles la bienvenida. Si no puedes esperar, puedo encontrarte un hueco para que vayas con ellas.

Ferro ya había esperado bastante. Millares de gurkos, listos para la guerra. Una sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios y luego creció y creció hasta que le dolieron las mejillas.

PARTE II

«El último argumento de los reyes»

Inscrito en sus canones por Luis XI

El número de muertos

Reinaba la calma en la aldea. Las pocas casas con que contaba, unas edificaciones de piedra vieja con musgosos tejados de pizarra, parecían abandonadas. En los campos que se extendían a su alrededor, recién cosechados y vueltos a arar la mayoría de ellos, el único signo de vida era la presencia de unos míseros cuervos. Junto a Ferro, la campana de la torre emitía un suave crujido. Unas contraventanas sueltas se abrían y cerraban con un golpe. Por la plaza vacía revoloteaban ligeras unas cuantas hojas enroscadas que arrastraba una ráfaga de viento. En el horizonte, tres columnas de humo oscuro ascendían con idéntica ligereza por el cielo plomizo.

Los gurkos estaban en camino, y siempre habían sido muy aficionados a provocar incendios.

—¡Maljinn! —el comandante Vallimir se asomó por la trampilla de abajo. Ferro le miró con cara de pocos amigos. Le recordaba al Jezal dan Luthar de cuando se conocieron. Un rostro rechoncho y pálido, bien relleno de una exasperante mezcla de ansiedad y arrogancia. Saltaba a la vista que jamás había tendido una emboscada, ni para capturar una mísera cabra, y no digamos ya a unos exploradores gurkos. Pero aun así se las daba de sabérselas todas—. ¿Qué ves? —le susurró por quinta vez en una hora.

—Los veo venir —le respondió Ferro con un gruñido.

—¿Cuántos son?

—Siguen siendo doce.

—¿Y a qué distancia están?

—Ahora deben de estar a un cuarto de hora a caballo, y tus preguntas no van a hacerles ir más deprisa.

—Cuando estén en la plaza, daré dos palmadas. Esa será la señal.

—Cuídate bien de que aciertas a golpear una palma con la otra, pálido.

—¡Te he dicho que no me llames así! —hizo una breve pausa—. Tenemos que capturar a uno vivo para interrogarle.

Ferro arrugó la nariz. No era muy aficionada a coger vivos a los gurkos.

—Ya veremos.

Volvió a otear el horizonte y al cabo de un momento oyó a Vallimir susurrándoles las órdenes a algunos de sus hombres. Se hallaban repartidos por los otros edificios, ocultándose. Formaban un peculiar grupo de soldados de desecho. Había unos pocos veteranos, pero la gran mayoría eran incluso más jóvenes y más nerviosos que el propio Vallimir. Ferro echó en falta la presencia de Nuevededos, y no por primera vez. A la gente podía caerle bien o mal, pero nadie podía negar que aquel hombre conociera su oficio. Con él, Ferro hubiera sabido lo que podía esperar. Sólida experiencia o, si hiciera al caso, una furia asesina. Cualquiera de las dos cosas hubiera resultado útil.

Pero Nuevededos no estaba allí.

Y ahí seguía Ferro, sola, asomada al amplio vano del campanario, oteando con gesto ceñudo los ondulantes prados de Midderland y viendo acercarse a los jinetes. Una docena de exploradores gurkos que trotaban por un camino formando un grupo poco compacto. Motas en movimiento sobre una raya pálida rodeada de retazos de tierra negra.

Al pasar junto al primer pajar, aminoraron la marcha y se desplegaron. Una nutrida hueste gurka contaría con soldados provenientes de todas las partes del Imperio, con combatientes traídos de un buen número de provincias conquistadas. Las facciones alargadas y los ojos rasgados, las alforjas de tejidos estampados y el armamento ligero, compuesto por arcos y lanzas, identificaban a aquellos doce hombres como kadiris. Matarlos no supondría una gran venganza, pero ya era algo. De momento serviría para llenar el hueco. Un hueco que llevaba demasiado tiempo vacío.

Uno de ellos se sobresaltó al salir volando un cuervo de un árbol esmirriado. Ferro contuvo el aliento, convencida de que Vallimir, o uno de los imbéciles pálidos que tenía a su mando, aprovecharían la ocasión para tropezar con alguno de sus compañeros. Pero sólo hubo silencio cuando los jinetes accedieron cautelosamente a la plaza de la aldea, encabezados por su jefe, que llevaba la mano alzada para indicarles que fueran con cuidado. Levantó la vista hacia donde estaba ella, pero no vio nada. Malditos imbéciles arrogantes. Sólo veían lo que querían ver. Una aldea de la que habían huido todos sus habitantes, acongojados por el temor que despertaba en ellos el imbatible ejército del Emperador. El puño de Ferro se cerró con fuerza sobre el arco. Pronto aprenderían.

Ella misma se iba a encargar de impartirles la lección.

El jefe tenía en la mano una hoja cuadrada de papel fláccido que miraba como si se tratara de un mensaje escrito en un idioma que no entendía. Un

mapa quizá. Uno de sus hombres tiró de las riendas de su montura y se bajó de la silla. Luego cogió al caballo de la brida y lo condujo a un abrevadero cubierto de musgo. Dos más permanecían sentados en sus monturas, con descuido, charlando, sonriendo y moviendo las manos como si estuvieran bromeando. Un cuarto se limpiaba las uñas con la punta de un cuchillo. Otro recorría lentamente a caballo el perímetro de la plaza, asomándose a las ventanas de las casas. Buscando algo que robar, seguramente. Uno de los bromistas estalló de pronto en una sarta de carcajadas.

Dos palmadas secas resonaron en la plaza.

El explorador que se encontraban junto al abrevadero había empezado a llenar su cantimplora cuando la flecha de Ferro se le hundió en el pecho. La cantimplora se le cayó de la mano y expulsó por el cuello una brillante llovizna de gotas de agua. Las ballestas tabletearon en las ventanas. Los exploradores gritaban y miraban atónitos a todas partes. Un caballo se tambaleó hacia un lado y se desplomó, levantando nubes de polvo con las sacudidas de sus pezuñas y aplastando al jinete que lo montaba.

Los soldados de la Unión salieron gritando de las casas con las lanzas empuñadas. Uno de los jinetes tenía ya la espada medio desenvainada cuando la saeta de una ballesta le acertó y lo dejó colgando de la silla de montar. La segunda flecha de Ferro dio a otro en la espalda. El tipo que se había estado limpiando las uñas se cayó del caballo y se levantó tambaleándose justo a tiempo de ver cómo un soldado de la Unión se abalanzaba sobre él con una lanza. Tiró su cuchillo y se puso manos arriba, pero ya era un poco tarde para eso. El soldado le hundió la lanza en el cuerpo y la punta ensangrentada salió por la espalda mientras el hombre se desplomaba.

Otros dos trataron de huir por donde habían venido. Ferro apuntó a uno, pero justo cuando alcanzaron la callejuela por la que habían llegado a la plaza, una cuerda se tenso de un lado a otro por delante de ellos. Salieron despedidos de sus sillas, arrastrando consigo a un soldado de la Unión que cayó aullando a la calle desde uno de los edificios y fue dando botes por el suelo con la cuerda aferrada a un brazo. Una de las flechas de Ferro acertó en el omóplato a uno de los exploradores cuando trataba de levantarse del polvo. El otro, a pesar de estar aturdido por el golpe, consiguió arrastrarse unas cuantas zancadas antes de que un soldado de la Unión le propinara con la espada un golpe en la cabeza que le dejó colgando medio cráneo.

De los doce, sólo el jefe logró escapar de la aldea. Espoleó su montura en dirección a una estrecha valla que había entre dos casas y pudo salvarla de un salto, pese a que a las pezuñas rozaron el travesaño superior. Luego se lanzó al galope por un campo de rastrojos, agachado sobre la silla de montar y clavando espuelas en las ijadas de su montura.

Mientras trataba de afinar al máximo la puntería, Ferro notó que las comisuras de sus labios se curvaban formando una sonrisa. En un solo instante estudió la postura del jinete en la silla, calculó la velocidad del caballo y la altura de la torre, sintió el viento en la cara, el peso de la flecha, la tensión de la madera, el roce de la cuerda en sus labios. Vio a la flecha salir volando, una astilla negra que surcaba el cielo gris girando sobre sí misma, y al caballo correr a su encuentro.

A veces Dios se muestra generoso.

El jefe arqueó la espalda, cayó de la silla y rodó por el polvo, lanzando por los aires pellas de barro y tallos rotos. Unos segundos después su grito de dolor llegaba a los oídos de Ferro. La curva de sus labios se ensanchó aún más.

—¡Ja!—se echó el arco al hombro, resbaló por la escalera, saltó por la ventana de atrás y se lanzó a correr por los campos. Sus botas golpeaban la tierra blanda entre los montones de rastrojos y su mano aferraba con fuerza la empuñadura de su espada.

El hombre se arrastraba gimoteando por el suelo para intentar alcanzar su caballo. Consiguió enganchar un dedo en el estribo, mientras oía las apresuradas pisadas de Ferro a su espalda, pero, al tratar de auparse, soltó un chillido y volvió a caer. Cuando ella llegó, con su espada siseando furiosa en su vaina, el hombre estaba tumbado de costado.

Sus ojos, desorbitados de dolor y de miedo, se volvieron hacia ella.

Un rostro de tez oscura, como el suyo.

Un rostro normal y corriente de un hombre de unos cuarenta años. Barba rala, una pálida marca de nacimiento en una mejilla, la otra cubierta de barro y la frente bañada de sudor. Mientras Ferro se alzaba sobre él, el filo curvo de su espada refulgía al sol.

—Dame una razón para no hacerlo —se encontró diciendo casi sin darse cuenta. Qué extraño haber dicho algo así, y encima a un soldado del ejército del Emperador. En las calurosas y polvorientas estepas de Kanta no había tenido por costumbre ofrecer segundas oportunidades. Puede que algo hubiera cambiado en su interior durante su viaje por las desoladas y húmedas tierras del occidente del Mundo.

El hombre alzó un instante la vista y habló con labios temblorosos.

—Yo... —graznó—. ¡Mis hijas! ¡Tengo dos hijas! ¡Quisiera verlas casadas!

Ferro torció el gesto. Había hecho mal en dejarle hablar. Un padre, con hijas. También ella tuvo en tiempos un padre, también ella había sido una hija. El hombre aquel no le había hecho nada. , Era tan poco gurko como pudiera serlo ella misma. Lo más probable es que no hubiera decidido combatir por

propia voluntad, seguramente no había tenido más remedio que hacer lo que ordenaba el poderoso Uthman-ul-Dosht.

—Me iré... Te lo juro por Dios... Volveré al lado de mi esposa y mis hijas...

La flecha le había acertado justo debajo del hombro, había salido limpiamente por el otro lado y se había quebrado al chocar con el suelo. A juzgar por la forma en que hablaba, no le había afectado al pulmón. No le mataría. Al menos, no de forma inmediata. Ferro podía ayudarle a volver a subir al caballo y él se marcharía con posibilidades de seguir con vida.

El explorador alargó hacia ella una mano temblorosa, cuyo fino pulgar estaba manchado de sangre.

—Por favor... Esta no es mi guerra... Yo...

La espada le abrió una profunda herida en la cara, que le atravesó la boca y le partió el maxilar inferior en dos. El hombre soltó un gemido sibilante. El siguiente golpe le dejó la cabeza colgando. Rodó por el suelo, vertiendo sangre oscura en la tierra negra y dando zarpazos a los rastrojos. La espada le partió la parte de atrás del cráneo y ya se quedó quieto.

Al parecer, Ferro no tenía el día compasivo.

El caballo del explorador al que acaba de destrozar la contemplaba con una expresión abobada.

—¿Qué pasa? —le espetó.

Puede que hubiera cambiado, allá en el oeste, pero nadie cambia tanto. Un soldado menos en el ejército de Uthman era buena cosa, y daba igual cuál fuera su procedencia. No tenía que disculparse ante nadie. Y menos aún ante un caballo. Le agarró de la brida y le dio un tirón.

Puede que Vallimir no fuera más que un pálido idiota, pero había que reconocer que la emboscada le había salido bastante bien. En la plaza yacían los cadáveres de diez exploradores, con sus ropas desgarradas ondeando al viento y su sangre esparcida por el suelo polvoriento. La única baja de la Unión había sido el imbécil aquel que había salido despedido por el impulso de su propia cuerda, que ahora tenía el cuerpo cubierto de polvo y de arañazos.

Un día bastante completo, de momento.

Un soldado dio un golpecito con su bota a uno de los cadáveres.

—¿Así que este el aspecto que tienen los gurkos? No parecen demasiado temibles ahora.

—Estos no son gurkos —dijo Ferro—. Son exploradores kadiri, reclutados a la fuerza. Seguro que les hacía tan poca gracia estar aquí como a

vosotros que estén ellos —el soldado la miró fijamente entre asombrado y molesto—. Hay muchos pueblos en Kanta. No toda la gente de cara morena son gurkos, o rezan a su Dios, o se inclinan ante su Emperador.

—Pero sí la mayoría.

—La mayoría no ha tenido elección.

—Aun así son el enemigo —replicó desdeñoso.

—Yo no he dicho que debamos respetar sus vidas —y acto seguido le apartó con el hombro y traspasó la puerta del edificio del campanario. Por lo que veía, al final Vallimir había conseguido su prisionero. Él y otros cuantos se apiñaban nerviosos alrededor de uno de los exploradores, que estaba de rodillas en el suelo con las manos amarradas a la espalda. Tenía un arañazo sangrante en un lado de la cara, y en sus ojos, que miraban hacia arriba, se leía lo que suele leerse en el rostro de todos los prisioneros.

Miedo.

—¿Dónde... está... el cuerpo principal... del ejército? —le estaba preguntando Vallimir.

—No habla tu lengua, pálido —le espetó Ferro—. Así que gritar no te va a servir de nada.

Vallimir se volvió hacia ella con gesto furioso.

—Quizá deberíamos haber traído con nosotros a alguien que hablara el kantic —dijo con marcada ironía.

—Quizá.

Se produjo un largo silencio durante el cual Vallimir estuvo aguardando a que Ferro dijera algo más. Pero ella no abrió la boca. Por fin, hastiado, el comandante exhaló un suspiro.

—¿Hablas kantic?

—Por supuesto.

—En tal caso, ¿sería mucho pedir que le hicieras unas cuantas preguntas de nuestra parte?

Ferro se repasó los dientes con la lengua. Aquello era una pérdida de tiempo, pero ya que había que hacerlo, más valía hacerlo rápido.

—¿Qué quieres que le pregunte?

—Bueno... a qué distancia se encuentra el ejército gurko, de cuántos hombres dispone, que ruta va a tomar, esas cosas.

—Hummm —Ferro se puso en cuclillas delante del prisionero y le miró directamente a los ojos. El hombre, asustado e indefenso, le devolvió la mirada.

Sin duda se preguntaba qué hacía ella con esos pálidos. Lo mismo que se preguntaba ella.

—¿Quién eres tú? —preguntó el prisionero.

Ferro sacó su cuchillo y lo alzó.

—O respondes a mis preguntas o te mato con este cuchillo. Es todo lo que tienes que saber de mí. ¿Dónde está el ejército gurko?

El hombre se chupó los labios.

—Al sur. Como a unos... dos días de marcha.

—¿Cuántos son?

—Más de los que se puedan contar. Muchos miles. Gentes de los desiertos, de las llanuras, de...

—¿Qué ruta van a tomar?

—No lo sé. Lo único que nos dijeron fue que cabalgáramos hasta esta aldea y comprobáramos si estaba vacía —tragó saliva, y la nuez subió y bajó por su garganta—. Quizá mi capitán sepa más...

—¡Chisss! —le chistó Ferro. Su capitán no le iba a contar nada a nadie después de lo que le había hecho a su cabeza—. Son muchos —le espetó a Vallimir en la lengua común—, y vienen muchos más a dos días de marcha. No sabe la ruta. ¿Y ahora qué?

Vallimir se rascó la pelusa de la barbilla.

—Supongo que... habrá que llevarlo al Agriont y ponerlo en manos de la Inquisición.

—No sabe nada. Nos retrasara. Hay que matarlo.

—¡Se ha rendido! Por mucho que estemos en guerra, matarlo así sería un asesinato —Vallimir hizo una seña a uno de los soldados—. No quiero tener eso sobre mi conciencia.

—Lo tendré yo —el cuchillo de Ferro se hundió limpiamente en el corazón del prisionero y volvió a salir. La sangre manó a borbotones a través del tejido rajado y se esparció rápidamente formando un rodal oscuro. El hombre miró boquiabierto la herida y emitió un largo gemido.

—Glug... —la cabeza se le venció hacia atrás y el cuerpo se desmadejó. Ferro se dio la vuelta y se encontró a todos los soldados mirándola con las caras congestionadas de espanto. Seguramente había sido un día bastante ajetreado para ellos. Muchas cosas nuevas que aprender y todo eso. Pero ya se acostumbrarían.

O, si no, morirían a manos de los gurkos.

—Quieren incendiar vuestras granjas, y vuestros pueblos, y vuestras ciudades. Quieren convertir a vuestros hijos en esclavos. Quieren que todo el mundo rece a Dios como lo hacen ellos, con las mismas palabras que ellos usan, y que vuestra tierra sea una provincia más de su Imperio. Os diré una cosa —Ferro limpió la hoja del cuchillo con la manga de la túnica del muerto—. Sólo hay una diferencia entre la guerra y el asesinato: el número de muertos.

Vallimir bajó la vista y se quedó unos instantes mirando el cadáver de su prisionero con los labios fruncidos como si estuviera cavilando. Ferro se preguntó si no tendría más fibra de lo que ella creía. Finalmente, se volvió hacia ella.

—¿Qué sugieres tú que hagamos?

—Podríamos esperar aquí a que llegaran más. Puede que la próxima vez nos toquen gurkos de verdad. Pero eso supondría que seríamos unos pocos contra muchos.

—¿Entonces?

—Marchar al este, o al norte, y montar otra trampa como ésta.

—¿Para derrotar al ejército del Emperador matando doce hombres cada vez? Un paso muy lento, me parece.

Ferro se encogió de hombros.

—Lento, pero en la buena dirección. Aunque a lo mejor ya habéis tenido suficiente y queréis volver a refugiaros detrás de vuestras murallas.

Vallimir la miró detenidamente con gesto ceñudo y luego se volvió hacia uno de sus hombres, un veterano que tenía una cicatriz en la mejilla.

—Hay otro pueblo un poco más al este, ¿no es así, sargento Forest?

—Sí, señor. Marlhof. Está a menos de diez kilómetros de distancia.

—¿Te vale ese? —inquirió Vallimir mirando a Ferro con una ceja alzada.

—Matar gurkos es lo que a mí me vale. Con eso me conformo.

Hojas en el agua

—Carleon —dijo Logen.

—Sí —asintió el Sabueso.

Ahí estaba, acurrucada en la bifurcación del río bajo unas nubes amenazantes. En lo alto, sobre el risco que en tiempos ocupara el gran salón de Skarling, cuyas paredes de piedra caían verticales sobre las rápidas aguas del río, se destacaban las siluetas de elevadas torres y murallas. Tejados de pizarra y edificios de piedra se apiñaban en la larga pendiente, arracimándose alrededor de los pies de la peña, que quedaba ceñida por otra línea de murallas; todo ello bañado por una especie de lustre frío producto de la lluvia que había estado cayendo hasta hacía poco. No puede decirse que al Sabueso le alegrara demasiado volver a ver aquel lugar. Todas las visitas que allí había hecho habían acabado mal.

—Mucho ha cambiado desde los tiempos de la batalla —Logen se estaba mirando la mano y moviendo de un lado a otro el muñón del dedo que le faltaba.

—Entonces no tenía unas murallas como esas.

—No. Pero tampoco tenía al ejército de la Unión cercándolas.

El Sabueso no podía negar que era un hecho bastante reconfortante. Los soldados de la Unión patrullaban los campos vacíos que había alrededor de la ciudad, y tras una línea irregular de trincheras, estacas y vallas, se veía maniobrar a gran cantidad de hombres, a los que un sol mortecino arrancaba de vez en cuando algún destello metálico. Un ejército formado por miles de hombres bien armados y sedientos de venganza tenía acorralado a Bethod.

—¿Estás seguro de que está ahí dentro?

—No veo dónde iba a estar si no. En las montañas perdió a la mayor parte de sus muchachos. No creo que le queden demasiados amigos.

—Todos tenemos menos que antes —masculló el Sabueso—. Bueno, ahora toca esperar sentados. A fin de cuentas, tenemos tiempo. Tiempo de sobra. Nos quedaremos aquí sentados viendo crecer la hierba mientras

esperamos a que Bethod se rinda.

—Sí —pero Logen no parecía demasiado convencido.

—Sí —repitió el Sabueso. Pero rendirse así, sin más, no era algo que encajara con el Bethod que ellos habían conocido.

Volvió la cabeza al oír el ruido de unos cascos de caballo que se acercaban a toda velocidad, y, de pronto, un corcel empapado de sudor montado por uno de esos mensajeros que llevaban un casco que parecía un pollo furioso surgió del bosque y enfiló como una exhalación hacia la tienda de West. Se detuvo en seco dando un desmañado tirón a las riendas, desmontó con tanta prisa que estuvo a punto de caerse de la silla, superó con paso tambaleante a un grupo de oficiales que le miraban asombrados y entró en la tienda.

El Sabueso sintió en las tripas la característica opresión de la inquietud.

—Eso huele a malas noticias.

—¿Qué otras hay?

Ahí abajo empezaba a formarse un pequeño alboroto: los soldados se habían puesto a dar gritos y a hacer aspavientos.

—Será mejor ir a ver qué pasa —masculló el Sabueso, aunque hubiera preferido darse la vuelta y caminar en dirección opuesta. Crummock se encontraba al lado de la tienda, observando el revuelo con gesto ceñudo.

—Algo pasa —dijo el montañés—. Pero no entiendo nada de lo que hacen o dicen estos tipos de la Unión. Para mí que están todos dementes.

Y fue, en efecto, una algarabía demencial lo que surgió de la tienda cuando el Sabueso apartó la solapa. Había una montonera de oficiales armando un buen follón, y en medio de ellos, con el rostro más blanco que la leche fresca y los puños apretados, se encontraba West.

—¡Furioso! —el Sabueso le agarró del brazo—. ¿Qué diablos pasa?

—Los gurkos han invadido Midderland —West se soltó el brazo y se puso a dar órdenes a gritos.

—¿Quién ha invadido el qué? —masculló Crummock.

—Los gurkos —un pronunciado ceño se había dibujado en la frente de Logen—. Gentes morenas del lejano Sur. Unos tipos bastante duros, a decir de todos.

Pike se les acercó. En su cara abrasada se adivinaba un gesto sombrío.

—Han desembarcado un ejército. Es posible que ya hayan llegado a Adua.

—Un momento —el Sabueso no sabía nada de los gurkos, ni de Adua, ni de Midderland, pero su inquietud se iba acentuando más a cada segundo que pasaba—. ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Hemos recibido órdenes de volver. De inmediato.

El Sabueso se quedó con la mirada perdida. Debería haber sabido desde el principio que las cosas no serían tan sencillas. Volvió a agarrar a West del brazo y señaló Carleon con un dedo sucio.

—¡Si se van ahora es imposible que nosotros solos mantengamos el asedio!

—Lo sé —repuso West—, y lo siento de veras. Pero no puedo hacer nada. ¡Vaya a donde está el general Poulder! —le soltó a un joven que tenía una bizquera—. ¡Dígale que su división debe estar lista para partir cuanto antes hacia la costa!

El Sabueso, con el estómago ya completamente revuelto, pestañeaba sin parar.

—¿Quiere eso decir que hemos estado combatiendo siete días en las Altiplanicies para nada? ¿Qué la muerte de Tul, y la de quién sabe cuántos otros, no ha servido para nada? —nunca dejaba de sorprenderle la rapidez con que se desbarataban los planes en cuanto uno decidía apoyarse en ellos—. Perfecto. Volveremos a los bosques y al frío, a pasarnos todo el tiempo huyendo y matando. ¿Es que no se acabará nunca esto?

—Puede que haya otra solución —dijo Crummock.

—¿Qué solución?

En el rostro del jefe de los montañeses se dibujo una sonrisa aviesa.

—Tú sabes en lo que estoy pensando, ¿verdad que sí, Sanguinario?

—Lo sé, sí —Logen tenía el aspecto de un hombre a punto de ser ahorcado que estuviera contemplando el árbol de donde le iban a colgar—. ¿Cuándo tiene que partir, Furioso?

West frunció el ceño.

—Tenemos muchos hombres y muy pocos caminos. La división de Poulder mañana mismo, me imagino, y la de Kroy al día siguiente.

La sonrisa de Crummock se ensanchó un poco más.

—De modo que durante todo el día de mañana esto seguirá estando lleno de hombres asediando a Bethod y con aspecto de no tener intención de irse nunca de aquí, ¿no?

—Supongo que sí.

—Deme el día de mañana —dijo Logen—. Sólo ese día, y tal vez pueda solucionar el asunto. Luego, si sigo con vida, le acompañaré al sur con aquellos que quieran venir conmigo. Tiene mi palabra. Les ayudaremos a luchar contra los gurkos.

—¿Qué va a poder hacer en un solo día? —preguntó West.

—Eso —masculló el Sabueso —, ¿qué vas a poder hacer?—. Lo malo era que ya se imaginaba cuál era la respuesta.

Bajo el viejo puente corría un hilo de agua que se alejaba de los bosques y descendía por las verdes laderas de la colina. Camino de Carleon, Logen se fijó en unas hojas amarillentas que giraban arrastradas por la corriente y se alejaban de las piedras musgosas. Le hubiera gustado poder irse flotando a algún lugar lejano, pero no parecía muy probable que pudiera hacerlo.

—Aquí fue donde luchamos —dijo el Sabueso—.Tresárboles, Tul, Dow, Hosco y yo. Forley está enterrado en algún lugar de estos bosques.

—¿Quieres subir a hacerle una visita? —preguntó Logen—. Ver si...

—¿Para qué? Dudo que esa visita me hiciera algún bien y estoy seguro de que a él tampoco le serviría de nada. Nada le sirve ya. En eso consiste estar muerto. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—¿Se te ocurre alguna otra opción? Los de la Unión lo van a dejar. Así que puede que sea nuestra última oportunidad de acabar con Bethod. Tampoco se pierde nada, ¿no?

—Tu vida.

Logen respiró hondo.

—No se me ocurren demasiadas personas que la tengan en demasiada estima. ¿Vienes?

El Sabueso negó con la cabeza.

—Creo que me quedaré aquí arriba. Ya estoy bastante empachado de Bethod.

—Vale. Como quieras —era como si todos los momentos de la vida de Logen, todas las cosas que había dicho o hecho, unas elecciones de las que ya ni siquiera se acordaba, le hubieran conducido a aquello. Y ahora ya no tenía elección. Quizá no la tuvo nunca. Él era como esas hojas que había visto flotando en el agua: la corriente le transportaba hacia Carleon y él no podía hacer nada para impedirlo. Espoleó su montura y bajó por la ladera solo, siguiendo el camino que bordeaba rumoroso el río.

A medida que el día iba declinando tenía la impresión de que todo se destacaba con una nitidez mayor de lo normal. Cabalgó por delante de unos

árboles cuyas hojas mojadas estaban ya listas para caer: amarillos dorados, naranjas encendidos, púrpuras intensos; todos los colores del fuego. Descendió hacia el fondo del valle, atravesando una atmósfera densa, con un leve toque de bruma otoñal, que le producía una sensación áspera en la garganta. Todos los sonidos le llegaban amortiguados: el crujir de la silla de montar, el traqueteo del arnés, el golpeteo de los cascos del caballo sobre la tierra blanda... Cruzó al trote los prados vacíos, superficies de barro revuelto salpicadas de malas hierbas, y atravesó las posiciones que ocupaban las tropas de la Unión, una zanja y una línea de estacas situada a tres tiros de ballesta de distancia de las murallas. Al pasar junto a ellos, los soldados, con sus petos tachonados y sus cascos de acero, le miraron con el ceño fruncido.

Tiró de las riendas y puso su montura al paso. Cruzó traqueteando un puente de madera, uno de los nuevos que había mandado construir Bethod, sobre un río que bajaba crecido por las lluvias otoñales. Luego ascendió por una suave pendiente, al fondo de la cual se alzaba imponente la muralla. Alta, vertical, oscura y sólida. Una auténtica muralla. No se veían hombres en las troneras de las almenas, pero ya se imaginaba que estaban ahí. Tragó saliva y le costó bastante trabajo hacerla bajar por la garganta. Luego se sentó más erguido para que no se notara que tenía el cuerpo machacado tras los siete días de combate en las montañas. Se preguntaba si no estaría a punto de oír el chasquido de una ballesta, de sentir una punzada de dolor y caer muerto al barro. Un final así sólo daría para una canción bastante penosa.

—¡Vaya, vaya, vaya! —le llegó una voz profunda. Logen la reconoció de inmediato. ¿Quién iba a ser sino Bethod?

Lo extraño fue que durante un brevísimo instante se alegró de oírla. Hasta que se acordó del resentimiento que había entre ellos. Hasta que se acordó de lo mucho que se odiaban. Se pueden tener enemigos que nunca te han sido presentados, y Logen tenía muchos de esos. Se puede matar a hombres sin conocerlos de nada, y él lo había hecho multitud de veces. Pero no se puede odiar de verdad a un hombre al que no se haya querido antes, y siempre queda algún rastro de ese afecto.

—Me acerco a mis puertas para echar un vistazo ¿y a quién me encuentro? —le gritó Bethod—. ¡Al Sanguinario en persona! ¿Quién me lo iba a decir? ¡Con gusto prepararía un banquete, si no fuera porque aquí dentro no andamos muy sobrados de comida! —Estaba de pie, junto al parapeto, muy por encima de las puertas, con los puños apoyados en las piedras. No tenía una mueca de desdén. No sonreía. No hacía nada.

—¡Pero si es el Rey de los Hombres del Norte! —gritó Logen mirando hacia arriba—. ¿Cómo es que sigues llevando ese gorro de oro?

Bethod se tocó la diadema que llevaba ceñida a la cabeza, cuya gran joya

central refulgía iluminada por la luz del sol poniente.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Déjame pensar... —Logen recorrió con la vista la muralla; de izquierda a derecha y de arriba abajo—. ¿Será porque no te queda ni un hombre del que ser Rey?

—Ja. Me parece que los dos nos sentimos un poco solos. ¿Dónde están tus amigos, eh Sanguinario? Esos asesinos de los que te gustaba rodearte. ¿Dónde están Cabeza de Trueno, y Hosco, y el Sabueso, y el cabronazo de Dow el Negro, eh?

—Se quedaron arriba, en las montañas. Muertos. Tan muertos como Skarling. Como Huesecillos, y Goring, y Costado Blanco, y muchos otros más.

Al oír aquello, el semblante de Bethod se ensombreció.

—No es algo de lo que alegrarse, si quieres saber mi opinión. Se mire como se mire, lo único cierto es que muchos hombres útiles han vuelto al barro. Amigos míos unos, amigos tuyos otros. Las cosas nunca acaban bien entre tú y yo, ¿eh? Malos como amigos y peores aún como enemigos. ¿A qué has venido, Nuevededos?

Logen permaneció un rato en silencio, pensando en todas las veces que había hecho lo mismo que se disponía a hacer ahora. En los desafíos que había lanzado, y en sus resultados. Y nada de ello le traía buenos recuerdos. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: no las tenía todas consigo. Pero no había otra opción.

—¡He venido a retarte a un duelo! —bramó, y el sonido de su voz rebotó en la oscuridad húmeda de las murallas y murió de muerte lenta en el aire neblinoso.

Bethod echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Una risa sin ninguna alegría, pensó Logen.

—Por los muertos, Nuevededos, ¿es que nunca vas a cambiar? Eres como uno de esos perros viejos a los que no hay forma de hacer que paren de ladrar. ¿Un reto? ¿Es que nos queda algo por lo que pelear?

—Si gano yo, abres las puertas y eres mío. Mi prisionero. Si pierdo, los de la Unión recogen sus cosas, se van y tú quedas libre.

La sonrisa de Bethod se fue desvaneciendo y sus ojos se entornaron con desconfianza. En el pasado, Logen había visto muchas veces ese gesto y sabía lo que significaba. Sopesaba las posibilidades, trataba de desentrañar razones.

—Una propuesta de oro, considerando lo apurado de mi situación. Cuesta trabajo creérsela. ¿Qué sacarían en limpio tus amigos del Sur?

Logen resopló con desdén.

—Están dispuestos a esperar, si no hay más remedio, pero en realidad les importas bien poco, Bethod. A pesar de todas tus bravatas, para ellos no eres nada. Ya te han corrido a patadas por todo el Norte y saben que sea cual sea el resultado te cuidarás muy mucho de volver a molestarles. Si gano, obtendrán tu cabeza. Si pierdo, podrán irse a casa antes.

—¿Así que no soy nada para ellos, eh? —una sonrisa amarga rasgó el semblante de Bethod—. ¿Tanto esfuerzo, tantos sudores y tanto dolor, para eso? Estarás satisfecho, ¿eh, Nuevededos? Satisfecho de ver cómo todo aquello por lo que he luchado se ha convertido en polvo.

—¿Y por qué no habría de estarlo? Tuya ha sido la culpa y de nadie más. Has sido tú quien nos ha traído todos estos males. ¡Acepta mi desafío, Bethod, tal vez así uno de los dos pueda descansar en paz!

El Rey de los Hombres del Norte miró hacia abajo con los ojos muy abiertos.

—¿Mi culpa, y la de nadie más? ¡Qué pronto se olvidan las cosas! —agarró la cadena que colgaba alrededor y la sacudió—. ¿Crees que yo quería esto? ¿Crees que yo pedí algo de esto? Lo único que quería era un poco más de tierra para poder alimentar a mi gente, para impedir que los grandes clanes me asfixiaran. Lo único que quería era obtener unas cuantas victorias de las que poder enorgullecerme para así dejar a mis hijos algo mejor de lo que yo había recibido de mi padre —se inclinó hacia delante aferrándose a la almena—. ¿Quién era el que siempre tenía que ir un paso más allá? ¿Quién era el que nunca me dejaba parar? ¿Quién era el que necesitaba probar el gusto de la sangre, y una vez probado, se emborrachaba con él, se volvía loco y nunca tenía suficiente? —hendió el aire con un dedo y señaló hacia abajo—. ¿Quién sino el Sanguinario?

—Las cosas no fueron así —gruñó Logen.

La áspera carcajada de Bethod resonó atrapada por el viento.

—¿Ah, no? ¡Yo quería hablar con Shama el Despiadado, pero tú tuviste que matarlo! ¡Yo traté de llegar a un acuerdo en Heonan, pero tú tuviste que escalar sus murallas para saldar tus cuentas y dar origen a varias docenas más! ¿Hablamos de paz? ¡En Uffrith te rogué que me dejaras hacer las paces, pero tú tuviste que luchar contra Tresárboles! ¡Te lo rogué de rodillas, pero tú tenías que ser el guerrero más grande de todo el Norte! ¡Y, luego, una vez que le derrotaste, rompiste la palabra que me habías dado y le perdonaste la vida, como si no hubiera nada más importante en lo que pensar que en tu maldito orgullo!

—Las cosas no fueron así —dijo Logen.

—¡No hay ni un solo hombre en el Norte que no sepa que lo que digo es verdad! ¿Paz? ¡Ja! ¿Qué me dices del Atronado, eh? ¡Yo le hubiera devuelto a su hijo a cambio de un rescate y todos nos habríamos vuelto a casa tan contentos, pero no hubo manera! ¿Qué fue lo que me dijiste? ¡Es más fácil detener al Torrente Blanco que al Sanguinario! ¡Y luego tuviste que hacer clavar su cabeza en mi estandarte para que todo el mundo la viera y así no hubiera forma de poner fin a las venganzas! ¡Cada vez que intentaba frenarte, tú tirabas de mí y me hundías más y más en el fango! ¡Hasta que ya no hubo manera de parar! ¡Hasta que todo consistía en matar o morir! ¡Hasta que tuve que someter a todo el Norte! Tú me hiciste Rey, Nuevededos ¿Qué otra opción me dejaste?

—Las cosas no fueron así —susurró Logen. Pero sabía muy bien que era exactamente así como habían sido.

—¡Si eso te hace feliz, cuéntate a ti mismo que yo soy la causa de todos tus males! ¡Cuéntate a ti mismo que soy yo el despiadado, el asesino, que soy yo el que está sediento de sangre, pero pregúntate también de quién lo aprendí! ¡Tuve al mejor de los maestros! Juega a hacerte el buen hombre, si eso te place, el hombre que no tiene elección, pero los dos sabemos quién eres en realidad. ¿Paz? Nunca tendrás paz, Sanguinario. Estás hecho de muerte.

Logen hubiera querido negarlo, pero ya estaba harto de tantas mentiras. Bethod le conocía de verdad. Bethod le comprendía de verdad. Su peor enemigo, sí, pero su mejor amigo también.

—Entonces, ¿por qué no me mataste cuando tuviste la ocasión de hacerlo?

El Rey de los Hombres del Norte frunció el ceño, como si hubiera algo que no alcanzara a entender. Luego empezó otra vez a reírse. A carcajadas.

—¿No sabes por qué? ¿Estuviste a su lado y no lo sabes? ¡No has aprendido nada de mí, Nuevededos! ¡Después de todos estos años sigues dejando que la lluvia te pille cuando le plazca!

—¿De qué me hablas? —gruñó Logen.

—¡De Bayaz!

—¿De Bayaz? ¿Y qué pasa con él?

—¡Yo estaba dispuesto ya para marcarte con la Cruz de Sangre, para hundir tu carroña en una ciénaga, junto con las de todos esos imbéciles inadaptados que tenías por compañeros, y con mucho gusto lo hubiera hecho si no llega a presentarse ese viejo embustero!

—¿Y?

—Tenía una deuda con él, y me pidió que te dejara marchar. ¡Fue la intervención de ese viejo entrometido lo que te salvó, eso y nada más que eso!

—¿Por qué? —gruñó Logen, sin saber muy bien qué pensar, pero sintiéndose bastante molesto por ser siempre el último en enterarse de las cosas.

Pero Bethod se limitó a soltar una risilla socarrona.

—Tal vez porque no me postraba a sus pies tanto como él hubiera querido. Pero es a ti a quien salvó, así que pregúntale tú el por qué, si vives lo suficiente para ello, cosa que dudo. ¡Acepto tu reto! Aquí mismo será. Mañana. Al amanecer —Bethod se frotó las manos—. ¡Hombre contra hombre, con el futuro del Norte pendiente del sangriento resultado! Como hacíamos antes, ¿eh, Logen? ¡Como en los viejos tiempos! ¡En los soleados valles del pasado! Echaremos a rodar los dados una vez más, ¿te parece? —el Rey de los Hombres del Norte retrocedió lentamente, apartándose de las almenas—. Pero algunas cosas han cambiado. ¡Ahora tengo un nuevo campeón! ¡Yo que tú aprovecharía esta noche para despedirme de todo el mundo y prepararme para volver al barro! A fin de cuentas... ¿qué era lo que solías decirme...? —sus carcajadas comenzaron a desvanecerse entre las sombras del ocaso—... ¡Hay que ser realista!

—Buena pieza de carne —dijo Hosco.

Un fuego cálido y una buena pieza de carne eran dos cosas muy de agradecer, y el Sabueso se había tenido que conformar con mucho menos en multitud de ocasiones; sin embargo, ver la sangre gotear de aquel trozo de añojo le producía náuseas. Le recordaba a la sangre que manaba del cuerpo de Shama el Cruel cuando Logen lo partió por la mitad. Cierto que había sido hace muchos años, pero el Sabueso tenía el recuerdo tan fresco como si fuera ayer. Oía los rugidos de los hombres y el entrechocar de los escudos. Olía el hedor del sudor rancio y de la sangre fresca derramada sobre la nieve.

—Por los muertos —gruñó el Sabueso, con la boca pastosa como si estuviera a punto de vomitar—. ¿Cómo podéis pensar en comer en un momento como este?

Dow le sonrió enseñándole los dientes.

—Que pasemos hambre no ayudara a Nuevededos. Nada puede serle de ayuda ahora. Así son los duelos, ¿no? Cosa de un solo hombre —pinchó la carne con su cuchillo y la sangre chisporroteó al caer en las llamas. Luego se recostó con gesto pensativo—. ¿Realmente creéis que puede lograrlo? ¿Es que no os acordáis de cómo era el bicho ese?

El Sabueso volvió a sentir un amago del miedo enfermizo que tuvo en la niebla, y se estremeció hasta las botas. Era bastante probable que jamás pudiera borrar de su mente la imagen de aquel gigante surgiendo de las tinieblas, la imagen de su puño tatuado al alzarse, el ruido que produjo cuando se estrelló contra las costillas de Tresárboles y le arrancó la vida.

—Si alguien puede hacerlo —gruñó entre dientes—, ese es Logen.

—Ajá —apostilló Hosco.

—Ya. ¿Pero crees que lo conseguirá? Esa es mi pregunta. Esa, y esta otra. ¿Qué ocurrirá si no lo consigue? —era una pregunta en cuya respuesta el Sabueso no quería ni pensar. Lo primero sería que Logen moriría. Y luego, que no habría asedio a Carleon. Después de lo de las montañas, al Sabueso no le quedaban hombres ni para cercar un orinal, así que menos aún para asediar la ciudad mejor amurallada del Norte. Bethod estaría en condiciones de hacer lo que le viniera en gana: buscar ayuda, encontrar nuevos aliados y volver otra vez a la lucha. No había nadie más duro que él cuando se sentía arrinconado.

—Logen puede hacerlo —susurró, y al apretar un puño contra el otro sintió la quemazón de la herida que le recorría el brazo—. Tiene que hacerlo.

Estuvo a punto de caerse al fuego cuando una manaza se le estampó en la espalda.

—¡Por los muertos, nunca había visto tantas caras largas alrededor de un fuego! —el Sabueso hizo una mueca de dolor. Ver la figura sonriente del montañés loco surgir de la oscuridad de la noche, con sus hijos detrás cargando a hombros con sus descomunales armas, no era precisamente lo que necesitaba para levantarle el ánimo.

A Crummock sólo le quedaban dos hijos, después de que a uno de ellos lo mataran en las montañas; aunque, a decir verdad, no parecía que le hubiera afectado mucho. Se había quedado también sin su lanza, que, como no se cansaba de decir, estaba metida en el cuerpo de un oriental, así que no tenía que molestarse en cargar con ella. Ninguno de sus dos hijos había dicho gran cosa desde que tuvo lugar la batalla, al menos, no en presencia del Sabueso. Se habían acabado las charlas sobre cuántos hombres podía matar este o aquel tipo. Ver las cosas de cerca puede hacer que el entusiasmo que uno siente por la guerra se enfríe de forma drástica. Bien lo sabía el Sabueso.

Crummock, en cambio, mantenía intacto su buen humor —¿Adónde se ha ido Nuevededos?

—A estar solo. Siempre lo hace antes de un duelo.

—Hummm —Crummock acarició los huesos de su collar—. Apuesto a que está hablando con la luna.

—Me parece más probable que se esté cagando por la pata baja.

—Bueno, mientras lo de cagar lo haga antes de la batalla no veo que haya ningún problema —el montañés sonrió de oreja a oreja—. ¡No hay nadie a quien la luna ame tanto como al Sanguinario, podéis creerme! ¡Nadie en todo el Círculo del Mundo! Si la pelea es limpia tiene alguna posibilidad de ganarla, y

eso ya es mucho cuando se trata de luchar contra ese ser diabólico. Sólo hay un problema.

—¿Sólo uno?

—No habrá una pelea limpia mientras siga con vida esa maldita bruja.

El Sabueso sintió que los hombros se le hundían un poco más.

—¿Qué quieres decir?

Crummock se puso a dar vueltas a uno de los amuletos de madera de su collar.

—No sé tú, pero yo no veo a esa bruja permitiendo que Bethod pierda, y ella con él. ¿Una bruja tan astuta como esa? Ni por casualidad. Recurrirá a todo tipo de magia. A todo tipo de bendiciones y maldiciones. Esa bruja hará lo que sea para que la balanza se incline a su favor, como si no lo estuviera ya bastante.

—¿Eh?

—Lo que quiero decir es esto: hay que pararle los pies.

El Sabueso no se imaginaba que pudiera sentirse más abatido de lo que ya estaba. Se había equivocado.

—Pues nada, que tengas buena suerte —masculló.

—Ja, ja, ja, muchacho. No creas que no me gustaría, pero ahí abajo tienen un pedazo de muralla y yo ya no estoy para ponerme a escalar —Crummock se palmeó la panza—. Me sobra la mitad de la carne para poder hacerlo. No, necesitamos a un hombre pequeño, pero con enorme valor, bien lo sabe la luna. Un hombre que tenga el talento de moverse con sigilo, con buenos ojos y pies firmes. Necesitamos a alguien que tenga la mano rápida y la mente ágil —miró al Sabueso y sonrió—. Bueno, ¿dónde crees tú que podríamos encontrar a un hombre así?

—¿Sabes qué te digo? —el Sabueso hundió la cabeza entre las manos—. Que no tengo ni idea.

Logen se llevó la cantimplora abollada a los labios y echó un trago. Sintió el picante hormigueo del licor en la lengua y luego un cosquilleo en la garganta; una vieja necesidad esa de tragar. Se inclinó hacia delante, frunció los labios y luego escupió una lluvia de gotas diminutas. Una llamarada se alzó en la fría noche. Escrutó la oscuridad y no vio nada más que las oscuras siluetas de los troncos de los árboles y las sombras oscilantes que la hoguera proyectaba sobre ellas.

Agitó la cantimplora y oyó el chapoteo del poco líquido que quedaba. Se encogió de hombros, se la volvió a llevar a los labios, la volcó del todo y sintió cómo el ardiente licor le llegaba al estómago. Esperaba que los espíritus pudieran hacerle compañía esa noche. A fin de cuentas, había muchas posibilidades de que pasado mañana ya no estuviera en condiciones de invocarlos.

—Nuevededos —la voz llegaba a él como un rumor de hojas que caen.

Un espíritu surgió de entre las sombras y se acercó al círculo de luz de la hoguera. No daba ningún signo de reconocerle, para gran alivio de Logen. Tampoco se apreciaba en él una expresión acusatoria, o de miedo, o de desconfianza. No le importaba quién fuera él ni lo que hubiera hecho.

Logen tiró a un lado la cantimplora vacía.

—¿Estás solo?

—Sí.

—Bueno, nunca se está sólo cuando se comparten unas risas —el espíritu no dijo nada—. Aunque supongo que las risas son cosa de hombres, más que de espíritus.

—Así es.

—No eres muy hablador, ¿verdad?

—No fui yo quién te llamo.

—Cierto —Logen clavó la vista en el fuego—. Mañana tengo que luchar con un hombre. Un hombre al que llaman Fenris el Temible.

—No es un hombre.

—¿Entonces, le conoces?

—Es antiguo.

—¿En comparación contigo?

—Nada es antiguo en comparación conmigo, pero su existencia se remonta a los Viejos Tiempos e incluso a épocas anteriores. Entonces su señor era otro.

—¿Qué señor era ese?

—Glustrod.

Oír aquel nombre fue como recibir una puñalada en el oído. Ningún otro nombre hubiera sido menos esperado ni peor recibido. El viento soplaba frío entre los árboles y un escalofrío recorrió la espalda de Logen al recordar las monumentales ruinas de Aulcus.

—¿No existe alguna posibilidad de que no sea el mismo Glustrod que estuvo a punto de destruir el Mundo?

—No hay ningún otro. Fue él quien escribió los signos de la piel de Fenris. Signos escritos en la Vieja Lengua, el idioma de los demonios, que cubren por completo su costado izquierdo. Esa carne pertenece al Mundo Inferior. Allá donde estén escritas las palabras de Glustrod, el Temible es invulnerable.

—¿Invulnerable? ¿Totalmente? —Logen se quedó pensativo durante unos instantes—. ¿Y por qué no escribió en los dos costados?

—Pregúntaselo a Glustrod.

—No creo que eso sea muy factible.

—No —se produjo una larga pausa—. ¿Qué vas a hacer, Nuevededos?

Logen miró de soslayo los árboles. En ese momento, la posibilidad de salir corriendo sin echar la vista atrás ni una sola vez le parecía una opción bastante apetecible. Dijera lo que dijera su padre, a veces es preferible vivir temiendo algo que morir por no demorarlo.

—Ya huí una vez antes —masculló—, y lo único que hice fue trazar un círculo completo para volver al mismo lugar. Para mí, Bethod está al final de todos los caminos.

—Entonces ya no hay más que hablar —el espíritu se levantó del fuego.

—Quizá nos volvamos a ver.

—No creo. La magia huye del mundo, y los que son como yo, duermen. No, no lo creo. Ni aun en el caso de que vencieras al Temible, cosa que dudo mucho.

—Un mensaje de esperanza, ¿eh? —Logen soltó un resoplido—. Que la suerte esté contigo.

El espíritu comenzó a fundirse con las sombras hasta que desapareció del todo. No le deseó buena suerte a Logen. Le traía sin cuidado su destino.

Autoridad

El ambiente reinante resultaba incluso más adusto y deprimente de lo que era habitual en las sesiones del Consejo Cerrado. A través de las estrechas ventanas se veía un día nublado y tristón, que anunciaba una tormenta que no parecía decidirse a descargar y sumía la Cámara Blanca en una gélida penumbra. De vez en cuando, los viejos cristales de las ventanas vibraban al recibir una ráfaga de viento que hacía que Jezal, pese a estar enfundado en una toga ribeteada con pieles, pegara un respingo y se estremeciera.

Los adustos semblantes de los doce ancianos allí presentes no contribuían precisamente a calentarle los huesos. El Lord Mariscal Varuz tenía la mandíbula apretada en un gesto que expresaba una firme determinación. Hoff agarraba su copa como un náufrago que se aferrara al último trozo de su embarcación. El Gran Juez Marovia fruncía el ceño como si estuviera a punto de condenar a muerte a todos los presentes, él incluido. El Archilector Sult mantenía los labios fruncidos mientras sus gélidos ojos hacían un recorrido que iba de Bayaz a Jezal, de éste a Marovia, y, luego, vuelta a empezar.

Hasta el Primero de los Magos miraba al frente con gesto feroz desde el otro extremo de la mesa.

—Mariscal Varuz, el informe de la situación, si hace el favor.

—La situación, para serles sincero, no podría ser más negra. Adua se precipita hacia el caos. Cerca de una tercera parte de su población ha huido. El bloqueo gurko hace que sean muy pocas las mercancías que llegan a los mercados. A pesar de estar vigente el toque de queda, algunos ciudadanos aprovechan que las fuerzas del orden están ocupadas en otras cosas para robar, saquear y promover disturbios.

Marovia sacudió la cabeza y su barba canosa se meció un poco.

—Y sólo cabe esperar que la situación empeore a medida que los gurkos se vayan aproximando a la ciudad.

—Cosa que ya están haciendo —terció Varuz—, a un ritmo de varios kilómetros al día. Hacemos todo cuanto podemos para frustrar su avance, pero nuestros recursos son tan limitados que... lo más probable es que los tengamos a

las puertas de la ciudad esta misma semana.

Sus palabras provocaron unos cuantos gritos ahogados de asombro, algún que otro juramento proferido en voz baja y un nervioso intercambio de miradas de soslayo.

—¿Tan pronto? —a Jezal se le quebró un poco la voz al pronunciar aquellas palabras.

—Me temo que sí, Majestad.

—¿Con qué fuerzas cuentan los gurkos? —inquirió Marovia.

—Los cálculos varían mucho. No obstante, en este momento... —y Varuz se chupó los dientes con cara de preocupación— ...parece que disponen de no menos de cincuenta mil hombres.

Se produjeron nuevas inhalaciones bruscas, una de ellas la del propio Jezal.

—¿Tantos? —mascullo Halleck.

—Y muchos miles más desembarcan a diario cerca de Keln —abundó el Almirante Reutzer, una afirmación que no contribuyó precisamente a levantar los ánimos—. Al haberse hecho a la mar la mayor parte de nuestra armada para recoger al ejército tras su aventura norteña nos vemos impotentes para detenerlos.

Jezal se humedeció los labios. Las paredes de la espaciosa sala parecían cerrarse sobre él a cada minuto que pasaba.

—¿Qué hay de nuestras tropas?

Varuz y Reutzer se cruzaron una mirada.

—Contamos con dos regimientos de la Guardia Real, uno de a pie y otro de a caballo. Unos seis mil hombres en total. El contingente de la Guardia Gris, que tiene encomendada la defensa del Agriont, asciende a otros cuatro mil hombres más. Los Caballeros Mensajeros y los de la Escolta Regia componen un cuerpo de élite de unos quinientos hombres. Si a eso se añaden los soldados no combatientes, cocineros, mozos, herreros, a los que se podría armar en caso de emergencia...

—Creo que esa es la definición exacta de la situación en la que estamos —señaló Bayaz.

—...tal vez unos pocos miles más. La guardia urbana podría también ser de alguna utilidad, aunque sus integrantes no son soldados profesionales.

—¿Y qué me dice de los nobles? —inquirió Marovia—. ¿Qué es lo que han aportado?

—Unos pocos nobles han enviado hombres —dijo Varuz en tono lúgubre—. Otros simplemente excusas. Y la mayoría... ni eso.

—Juegan con dos barajas —Hoff sacudió la cabeza—. Brock ha hecho correr la voz de que habrá oro gurko para los que le apoyen, y clemencia gurka para los que se pongan de nuestra parte.

—Siempre es igual —se lamentó Torlichorm—. ¡A los nobles sólo les interesa su propio bienestar!

—En tal caso, hay que abrir los arsenales y no mostrarnos remilgados con su contenido —dijo Bayaz—. Debemos armar a todo ciudadano capaz de empuñar un arma. Tenemos que armar a los gremios de peones, y a los de artesanos, y a las asociaciones de veteranos. Hasta los mendigos de las cloacas deben estar listos para combatir.

Todo eso estaba muy bien, supuso Jezal, pero no le hacía ninguna gracia poner su vida en manos de una legión de menesterosos.

—¿Cuándo regresará el Lord Mariscal West con el ejercito?

—Si recibió ayer las órdenes, como mínimo tardará un mes en alcanzar la costa y acudir en nuestro auxilio.

—Lo que quiere decir que tendremos que hacer frente a un asedio de varias semanas —masculló Hoff, sacudiendo la cabeza. Acto seguido se inclinó hacia Jezal y le cuchicheó unas palabras al oído como si fuera un colegial intercambiando un secreto—. Majestad, tal vez fuera prudente que vuestra persona y el Consejo Cerrado abandonaran la ciudad. Podríamos trasladar la sede del gobierno más al norte, a un lugar alejado del avance gurko desde donde se pudiera dirigir la campaña con mayor seguridad. A Holsthorm, tal vez, o si no...

—Bajo ningún concepto —dijo con firmeza Bayaz.

Jezal no podía negar que la idea tenía cierto atractivo. En un momento como ese, la isla de Shabulyan le parecía el lugar ideal para establecer la nueva sede del gobierno. Pero no, Bayaz tenía razón. Harod el Grande ni se habría planteado la posibilidad de una retirada y, por desgracia para él, Jezal tampoco podía hacerlo.

—Nos enfrentaremos a los gurkos aquí —dijo.

—No era más que una sugerencia —musitó Hoff —, una simple idea dictada por la prudencia.

La voz de Bayaz se superpuso a la suya.

—¿Cómo están las defensas de la ciudad?

—Contamos básicamente con tres círculos concéntricos de defensa, con

el Agriont, por supuesto, como último bastión.

—Las cosas no llegaran a ese extremo, ¿eh? —dijo con una risilla Hoff, aunque en su voz no se apreciaba demasiada convicción.

Varuz optó por no responderle.

—Luego viene la Muralla de Arnault, que ciñe las partes más antiguas y vitales de la ciudad, entre ellas el propio Agriont, la Vía Media, los principales muelles y las Cuatro Esquinas. La Muralla de Casamir, una construcción menos sólida y bastante más baja y extensa que la Muralla de Arnault, conforma nuestra línea de defensa más externa. Entre una y otra discurren algunas murallas más pequeñas, siguiendo el patrón de los radios de una rueda, que dividen el perímetro externo de la ciudad en cinco distritos, cada uno de las cuales puede ser aislado de los otros, en caso de que caigan en manos del enemigo. También existen algunas fortificaciones más allá del perímetro de la Muralla de Casamir, pero todas ellas han de ser abandonadas de inmediato.

Bayaz hincó los codos en el borde de la mesa y entrelazó sus carnosos puños.

—Tomando en consideración el número y la calidad de nuestras tropas sería mejor que evacuáramos los distritos más periféricos de la ciudad y concentráramos nuestros esfuerzos en una línea defensiva mucho más reducida y sólida, como la que nos ofrece la Muralla de Arnault. Eso no quita para que sigamos desplegando una actividad bélica en los distritos periféricos, aprovechando nuestro mayor conocimiento de las calles y los edificios...

—No —le atajó Jezal.

Bayaz clavó en él los ojos con una mirada muy intimidatoria.

Pero Jezal no estaba dispuesto a dejarse avasallar. Hacía ya algún tiempo que había llegado a la conclusión de que si permitía que el Mago le impusiera todas sus decisiones nunca conseguiría escapar a su control. Cierto que había visto a Bayaz hacer saltar por los aires a un hombre sólo con su pensamiento, pero no creía que fuera a hacérselo al Rey de la Unión en presencia del Consejo Cerrado. Al menos, no mientras tuvieran a los gurkos echándoles el aliento al cuello.

—No pienso entregar la mayor parte de mi capital al más antiguo enemigo de la Unión sin presentar batalla. Defenderemos la Muralla de Casamir y lucharemos por cada zancada de terreno.

Varuz miró a Hoff, y el Chambelán alzó mínimamente una ceja.

—Ejem... por supuesto, Su Majestad. Cada zancada de terreno.

Se produjo un silencio incómodo, durante el cual la contrariedad del Mago se cernió sobre el grupo con tanto peso como las nubes de tormenta que

había suspendidas sobre la ciudad.

—¿Tiene mi Inquisición alguna contribución que hacer? —graznó Jezal a modo de maniobra de distracción.

Los gélidos ojos de Sult se clavaron al instante en los suyos.

—Por supuesto, Majestad. Como es bien sabido, los gurkos son muy aficionados a la intriga. No tenemos ninguna duda de que a estas alturas ya hay espías gurkos dentro de las murallas de Adua. Tal vez incluso en el propio Agriont. Todos los ciudadanos de ascendencia kantic están siendo encerrados. Mis inquisidores trabajan día y noche en el Pabellón de los Interrogatorios. Ya se han obtenido confesiones de varios espías.

Marovia resopló con desdén.

—¿Pretende que creamos que la afición de los gurkos por la intriga no es lo bastante grande como para contratar los servicios de gentes de tez blanca?

—¡Estamos en guerra! —bufó Sult, lanzando al Juez Supremo una mirada mortífera—. ¡La propia soberanía de nuestra nación está en peligro! ¡No es momento de que nos venga usted otra vez con su cháchara sobre la libertad!

—¡Al contrario, no hay mejor momento que éste!

Los dos ancianos se enzarzaron en una de sus disputas, tensando los nervios de todos los presentes, ya de por sí crispados, hasta un punto próximo a la ruptura. Bayaz, entretanto, observaba al Rey con una expresión reflexiva que resultaba más aterradora aún que su ceño. Jezal se sentía cada vez más abrumado por el peso de las preocupaciones. Se mirara como se mirara, lo único cierto era que su reinado estaba al borde de convertirse en el más breve y el más desastroso de la historia de la Unión.

—Siento haber tenido que haceros venir, Majestad —dijo Gorst con su voz de pito.

—Está bien, está bien —el taconeo de las pulidas botas de Jezal resonaba furioso en torno a ellos.

—He hecho lo que he podido.

—Claro, claro.

Jezal abrió la puerta de doble hoja empujándola con ambas manos. Terez se sentaba muy tiesa en medio de la cámara dorada, mirándole con la cabeza inclinada hacia atrás y un gesto altivo que, pese a resultarle ya familiar, seguía irritándole profundamente. Le miraba como si fuera un insecto que se hubiera encontrado en su ensalada. Las damas estirias alzaron la vista hacia él y luego

volvieron a enfrascarse en sus tareas. La sala estaba repleta de arcones y baúles, en los que estaban guardando, perfectamente doblada, gran cantidad de ropa. Todo parecía indicar que la Reina de la Unión se estaba preparando para abandonar la capital sin haber informado de ello a su marido.

Los doloridos dientes de Jezal rechinaron una vez más. Bastante tormento era ya tener que bregar con un Consejo Cerrado desleal, un Consejo Abierto desleal y un populacho desleal, como para encima tener que vérselas ahora con la monstruosa deslealtad de su propia esposa.

—¿Qué demonios significa esto?

—Poco podemos hacer yo y mis damas para ayudaros en vuestra guerra con el Emperador —Terez volvió suavemente su impecable cabeza hacia otro lado—. Nos volvemos a Talins.

—¡Imposible! —bufó Jezal—. ¡Un ejército gurko formado por miles de hombres va a caer sobre la ciudad! ¡Mi pueblo abandona la capital en masa, y a los que se han quedado les falta un pelo para dejarse llevar por el pánico! ¡Vuestra partida en un momento como éste tendría un efecto muy negativo en el ánimo de la población! ¡No puedo permitirlo!

—¡A Su Majestad la Reina eso no le incumbe! —le espetó la Condesa Shalere, deslizándose hacia él por la pulida superficie del suelo.

Como si Jezal no tuviera ya bastante con los problemas que le daba la Reina, ahora encima tenía que discutir las cosas con sus acompañantes.

—No se olvide de a quién le está hablando —le gruñó a la mujer.

—¡No lo he olvidado! —dio un paso hacia él con la cara congestionada—. Le hablo a un bastardo, a un bastardo con la cara llena de cicatrices y...

El dorso de la mano de Jezal impacto con un golpe seco en la boca abierta de la mujer, que se tambaleó hacia atrás emitiendo un borboteo nada elegante. Luego tropezó con su propio vestido y se desplomó, dando una patada al aire que mandó volando uno de sus zapatos a un rincón de la sala.

—Yo *soy* el Rey y estoy en *mi* palacio. No tolero que una criada con pretensiones me hable de esa forma —su voz surgió con un tono seco, frío y aterradoramente autoritario. Apenas si le pareció que fuera su propia voz, ¿pero de quién iba a ser si no? Era el único hombre que había en la sala—. Ahora me doy cuenta de que he sido excesivamente generoso y que mi generosidad se ha confundido con un signo de debilidad —las once damas miraban fijamente a él y a su compañera caída, que estaba arrebujada en el suelo tapándose con una mano su boca ensangrentada—. Si alguna de vuestras arpías desea abandonar esta tierra atribulada, con mucho gusto me ocuparé de facilitarles el viaje y yo mismo empuñaré uno de los remos. Pero vos, Majestad, no vais a ninguna parte.

Terez se había levantado de un salto de su asiento y le miraba con la cara roja de ira y el cuerpo muy tieso.

—Maldito bruto despiadado...—alcanzó a bufar.

—¡Es posible que ambos deseemos de todo corazón que no fuera así, pero estamos casados! —rugió acallándola—. ¡Si teníais alguna objeción con respecto a mi origen, mi persona o cualquier otro aspecto de nuestra situación debíais haberla planteado *antes* de convertiros en la Reina de la Unión! Despreciadme cuanto queráis, Terez, pero no... vais... a ir... a ninguna parte —y dicho aquello, Jezal recorrió con una mirada torva los rostros estupefactos de las damas y luego se giró sobre sus tacones y salió hecho una furia de la espaciosa sala.

Demonios, hay que ver lo que le dolía la mano.

El círculo

Comenzaba a amanecer, y en el severo perfil de las murallas de Carleon se apreciaba una suerte de vibración grisácea, un levísimo atisbo de luminosidad. Las estrellas se habían fundido ya con el pétreo cielo, pero, por encima de las copas de los árboles, seguía asomando la luna, tan cercana en apariencia como para probar a lanzarle una flecha.

West no había pegado ojo. Se había pasado toda la noche en ese extraño estado de vigilia, irreal y agitado, en que suelen caer las personas que han llegado al límite de sus fuerzas. En un momento determinado, cuando todas las órdenes ya habían sido dadas, se había sentado a la mesa en medio de la oscuridad silenciosa, y, a la luz de un solitario candil, había intentado escribirle una carta a su hermana. Para vomitar sobre el papel unas cuantas excusas. Para pedirla que le perdonara. Había permanecido un buen rato sentado, ni él mismo sabía cuánto, con la pluma posada sobre el papel, esperando a que le vinieran las palabras. Quería expresar todo lo que sentía, pero, llegado un momento, se dio cuenta de que en realidad no sentía nada. Las acogedoras tabernas de Adua, las partidas de cartas en un patio soleado, la media sonrisa de Ardee. Todo aquello parecía pertenecer a un tiempo que había concluido hacía miles de años.

Los norteños se ocupaban ya de recortar la hierba a la sombra de las murallas, produciendo con las podaderas un repiqueteo que evocaba extrañamente al de los jardineros del Agriont, con objeto de despejar hasta las raíces un círculo de doce zancadas de ancho. El terreno, suponía West, donde tendría lugar el duelo. El terreno en donde, dentro de una o dos horas, se decidiría el destino del Norte. En cierto modo se parecía a los círculos donde se celebraban los torneos de esgrima, sólo que éste dentro de poco estaría cubierto de sangre.

—Una costumbre bárbara —musitó Jalenhorm, que evidentemente estaba pensando en lo mismo que él.

—¿De veras? —gruñó Pike—. Pues en este preciso momento yo estaba pensando en lo civilizada que era.

—¿Le parece civilizado que dos hombres se hagan pedazos el uno al otro

ante una multitud?

—Siempre será mejor que dos multitudes haciéndose pedazos mutuamente. ¿Un problema solucionado a costa de la vida de un solo hombre? Me parece una muy buena forma de poner fin a una guerra.

Jalenhorm sintió un escalofrío, formó un cuenco con las manos y sopló dentro.

—No sé. Creo que no me parece bien que tantas cosas dependan del resultado de un combate entre dos hombres. ¿Y si pierde Nuevededos?

—Me imagino que entonces habrá que dejar que Bethod se vaya —dijo West con pesar.

—¡Pero ese hombre invadió la Unión! ¡Ha sido el causante de la muerte de miles de personas! ¡Merece un castigo!

—Las personas rara vez tienen lo que se merecen —West pensó en los huesos del Príncipe Ladisla pudriéndose en medio de un páramo. Algunos crímenes quedan sin castigo, y otros pocos, por puro azar, son generosamente recompensados. West se paró en seco.

En lo alto de la prolongada pendiente, de espaldas a la ciudad, había un hombre sentado a solas. Un hombre acurrucado dentro de una zamarra desgastada, que se mantenía tan quieto y tan silencioso en la penumbra que West estuvo a punto de no advertir su presencia.

—Os cojo luego —dijo a los otros dos mientras se salía del sendero. La hierba, recubierta de una pálida piel de escarcha, soltaba un leve crujido con cada paso que daba.

—Tome una silla —una pequeña nube de vaho rodeó el rostro en sombra de Nuevededos.

West se puso en cuclillas junto a él en el frío suelo.

—¿Ya está listo?

—Son ya diez las veces que he hecho esto y no recuerdo que nunca haya podido decir que estaba listo. No sé si hay una forma de prepararse para una cosa así. La mejor solución que yo he encontrado es sentarme, dejar que el tiempo discurra lentamente e intentar no mearme encima —Me imagino que meterse en el círculo con la entrepierna mojada resultaría un tanto embarazoso.

—Sí. Aunque siempre es mejor que hacerlo con la cabeza partida.

Innegable, sin duda. West, por supuesto, había oído antes historias sobre aquellos típicos duelos norteños. En Angland, donde se crió, los niños se contaban en voz baja escabrosas historias sobre ellos. Pero no tenía una idea muy clara de cómo eran en realidad.

—¿Cómo funciona el asunto?

—Primero se delimita un círculo. Luego, a lo largo de su borde, se distribuyen los hombres con sus escudos, la mitad de un bando y la otra mitad del otro, para impedir que ninguno de los combatientes trate de largarse antes de que se haya resuelto el asunto. Dos hombres entran en el círculo. El que muere es el perdedor. A menos que al vencedor le dé por mostrarse clemente. Pero no creo que eso vaya a suceder hoy.

Innegable también.

—¿Con qué se lucha?

—Cada uno trae consigo algo. Cualquier cosa vale. Luego se pone a girar un escudo, para echar a suertes, y el que gana elige el arma que prefiera.

—Pero entonces puede ocurrir que uno acabe luchando con el arma que trajo su contrincante, ¿no?

—Es posible, sí. A Shama el Cruel lo maté con su propia espada y una lanza que me atravesó de lado a lado era la que yo mismo había traído para luchar contra Hosco Harding —se frotó el estómago como si el simple hecho de recordarlo le produjera dolor—. De todos modos, no duele más que te atraviese tu propia lanza que la de otro.

West se puso una mano en la tripa con gesto pensativo.

—No —y permanecieron un rato en silencio.

—Quisiera pedirle un favor.

—Lo que sea.

—¿Podrían usted y alguno de sus compañeros sujetar escudos para mí?

—¿Nosotros? —West se volvió parpadeando hacia los Caris que había a la sombra de la muralla. Sus grandes rodelas parecían bastante difíciles de levantar y no digamos ya de manejar adecuadamente—. ¿Está seguro? Nunca he cogido uno de esos trastos.

—Ya. Pero al menos ustedes saben de parte de quién están. No hay mucha de esta gente en la que pueda confiar. La mayoría de ellos aún no han decidido a quién odian más, si a Bethod o a mí. Bastaría con que hubiera uno que optara por darme un golpe en lugar de empujarme o que me dejara caer en lugar de agarrarme. Si eso ocurriera, estaríamos perdidos. Sobre todo yo.

West vacío de aire sus carrillos.

—Lo haremos lo mejor que podamos.

—Bien. Bien.

El frío silencio se alargó un rato más. La luna, cada vez más borrosa, se

hundía sobre las negras siluetas de las colinas arboladas.

—Dígame, Furioso. ¿Cree que todo hombre tiene que pagar por lo que ha hecho?

West alzó de golpe la vista, acuciado súbitamente por la idea irracional y enfermiza de que Nuevededos se refería a Ardee, o a Ladisla, o a ambos a la vez. La pura verdad era que en aquella penumbra los ojos de Nuevededos parecían tener un brillo acusatorio; sin embargo, el ataque de pánico remitió de inmediato. Nuevededos, sin duda, hablaba de sí mismo, como haría cualquier persona en una situación como esa. Sus ojos expresaban culpa, no reproche. No hay ningún hombre al que no persigan sus propios errores.

—Quizá —West se aclaró su garganta reseca—. A veces. La verdad, no sé. Supongo que todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos.

—Cierto —dijo Nuevededos—. O, al menos, eso creo yo. Permanecieron sentados uno al lado del otro en silencio, contemplando cómo el cielo se iba iluminando poco a poco.

—¡Vamos allá, jefe! —siseó Dow—. ¡Vamos allá de una vez!

—¡Yo diré cuándo! —le espetó el Sabueso apartando las ramas cubiertas de rocío y echando un vistazo a las murallas, que se encontraban a unas cien zancadas, al otro lado de un prado encharcado—. Aún hay demasiada luz. Esperaremos a que esa maldita luna baje un poco más y luego saldremos a la carrera.

—¡No se va a poner más oscuro que esto! Después de todos los que matamos en las montañas, a Bethod no le pueden quedar muchos hombres, y además esas murallas son muy largas. Andarán muy repartidos y su defensa será tan fina como una tela de araña.

—Basta uno para que...

Un instante después Dow corría por el prado, tan visible sobre la hierba aplastada como una boñiga en medio de un campo nevado.

—¡Mierda! —bufó con impotencia el Sabueso.

—Ajá —dijo Hosco.

Lo único que podían hacer era quedarse mirando y esperar a que Dow cayera acribillado a flechazos. A que empezaran a oírse gritos, a que se encendieran antorchas, a que dieran la alarma y todo se fuera a la puta mierda. En ese momento, Dow alcanzó como una exhalación el último trecho de la ladera y desapareció bajo la sombra de las murallas.

—Lo ha conseguido —dijo el Sabueso.

—Ajá —dijo Hosco.

En principio, aquello podía tomarse como una buena señal, pero el Sabueso no andaba con muchas ganas de reírse. Ahora era su turno de salir a la carrera, y él no tenía la suerte de Dow. Miró a Hosco, y Hosco se encogió de hombros. Saltaron a la vez de entre los árboles y corrieron por el prado aporreando la blanda hierba con los pies. Las piernas de Hosco eran más largas que las suyas y le fue dejando atrás. El terreno era bastante más blando de lo que el Sabueso se había...

—¡Ay! —un pie se le hundió hasta el tobillo y salió volando. Se estrelló contra el suelo con un chapoteo y resbaló con la cara pegada al barro. Helado, jadeante, se levantó como pudo y corrió el trecho que le quedaba con la camisa empapada pegada a la piel. Ascendió el último trecho de la pendiente dando tumbos y por fin llegó a los pies de la muralla. Una vez allí, se agachó, apoyando las manos en las rodillas, y se quedó un rato resoplando y escupiendo briznas de hierba.

—Parece que has tenido un tropiezo allí abajo, ¿eh, jefe? —la sonrisa de Dow no era más que una curva blanca en medio de las sombras.

—¡Estás loco, maldito cabrón! —siseó el Sabueso con su pecho helado rebosante de cólera—. ¡Casi consigues que nos maten a todos!

—Oh, todavía hay tiempo para eso.

—Chisss —Hosco sacudió una mano en el aire indicándoles que se callaran. El temor sofocó de inmediato la cólera del Sabueso, que se pegó contra la muralla. Desde arriba llegó el ruido de unos hombres que se movían y vio la luz trémula de un farol que avanzaba despacio por la muralla. Esperó, inmóvil, sin oír otra cosa que el aliento de Dow y el sonido de su propio corazón. Finalmente, los hombres pasaron de largo y todo volvió a quedar en silencio.

—No me digas que eso no ha hecho que se te acelere la sangre, ¿eh, jefe? —le susurró Dow.

—Bastante suerte tenemos de que no se nos haya salido fuera.

—¿Y ahora qué?

Los dientes del Sabueso rechinaron mientras trataba de limpiarse el barro de la cara.

—Ahora a esperar.

Logen se puso de pie, se limpió de unos manotazos el rocío de los pantalones y aspiró una larga bocanada de aire helado. Era innegable que el sol ya había salido del todo. Puede que aún estuviera oculto en el este tras la Colina

de Skarling, pero los bordes de las altas torres negras tenían un tono dorado, las panzas de las finas nubes que había arriba en lo alto estaban teñidas de rosa y el frío cielo que asomaba entre ellas comenzaba a adquirir una coloración azul pálida.

—Más vale no demorarlo —dijo Logen entre dientes— que vivir temiéndolo —recordaba a su padre diciéndole eso. Lo recordaba en el salón humeante, con la vacilante luz del fuego reflejada en su cara mientras agitaba el dedo índice. Se recordaba también a sí mismo diciéndoselo a su propio hijo, sonriendo a la orilla del río, mientras le enseñaba a pescar peces a pellizcos. Padre e hijo, los dos muertos; polvo y cenizas. Nadie volvería a aprenderlo después de Logen, una vez que se fuera para siempre. Y nadie, se imaginaba, le echaría mucho de menos. ¿Pero eso qué más daba? No hay nada que valga menos que lo que la gente pueda decir de ti una vez que hayas vuelto al barro.

Enroscó los dedos alrededor de la empuñadura de la espada del Creador, y las marcas que la surcaban le hicieron cosquillas en la palma de la mano. Luego la desenvainó y dejó que colgara de su mano mientras movía en círculos los hombros y sacudía la cabeza a uno y otro lado. Una última inspiración y exhalación de aire frío, y comenzó a subir por entre la multitud que se congregaba junto a las puertas formando un amplio arco. Una mezcla de Caris del Sabueso y montañeses de Crummock, además de unos cuantos soldados de la Unión a los que se había concedido permiso para ir a ver cómo esos norteños dementes se mataban entre sí. Algunos le lanzaron gritos de ánimo cuando paso junto a ellos: todos sabían que estaban en juego muchas más vidas que la de Logen.

—¡Es Nuevededos!

—¡El Sanguinario!

—¡Acaba con esto de una maldita vez!

—¡Mata a ese cabrón!

Junto a las murallas, formando un solemne grupo, estaban los hombres que Logen había elegido para que llevaran los escudos. West era uno de ellos, también Pike, y Sombrero Rojo, y Escalofríos. Logen no estaba muy seguro de no haber cometido un error con el último de ellos, pero en las montañas había salvado la vida de ese hombre y eso debería de tener cierto peso. Un simple «debería» parecía un hilo muy fino para colgar de él la propia vida, pero así eran las cosas. A fin de cuentas, desde que él tenía memoria, su vida había pendido de un hilo muy fino.

Crummock-i-Phail se puso a caminar a su lado. En una mano llevaba su enorme escudo, que parecía pequeño por comparación, mientras la otra reposaba sobre su panza.

—Estás deseando que empiece, ¿eh Sanguinario? ¡A mí, te lo aseguro, me pasa lo mismo!

Recibía palmadas en los hombros, le dirigían gritos de aliento; pero Logen no decía nada. Se abrió paso hasta el círculo pelado sin volver en ningún momento la vista ni a izquierda ni a derecha. Una vez allí, sintió que a sus espaldas los hombres se juntaban y oyó el ruido de los escudos que iban formando un semicírculo frente a las puertas de Carleon alrededor del borde donde empezaba la hierba corta. Más atrás, se apelotonaba la muchedumbre. Intercambiando murmullos. Haciendo esfuerzos por ver mejor. Ya no había vuelta atrás, era un hecho. Claro que, bien pensado, nunca la hubo. Toda su vida había sido un camino que conducía a ese lugar. Logen se detuvo en el centro del círculo y alzó la vista hacia las almenas.

—¡Ya ha amanecido! —rugió—. ¡Empecemos de una vez!

Se produjo un silencio, mientras se iba desvaneciendo el eco de su voz y el viento arrastraba algunas hojas sueltas por la hierba. Un silencio lo bastante largo como para que Logen empezara a abrigar la esperanza de que no hubiera respuesta. Empezara a abrigar la esperanza de que se hubieran escabullido durante la noche y al final no hubiera duelo.

Entonces empezaron a aparecer caras en lo alto de la muralla. Una acá, otra allá, y luego una auténtica multitud, que ocupaba todo el parapeto en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Ciento de personas: guerreros, mujeres, incluso niños montados a caballito. Todos los habitantes de la ciudad, se diría. Chirrió el metal, crujió la madera, y las altas puertas comenzaron a abrirse muy despacio; primero una rendija por la que se coló el resplandor del sol naciente y luego un chorro de luz, cuando se abrió por completo el gran arco de acceso. Dos filas de hombres salieron marchando pesadamente. Caris de rostro duro y cabellos enmarañados, con sus escudos pintados colgando del brazo y enfundados en gruesas cotas de malla que tintineaban acompañando el ritmo de sus pasos.

Logen reconoció a algunos. Eran los más cercanos a Bethod, los que habían estado con él desde el principio. Todos ellos hombres duros que en los viejos tiempos habían sostenido el escudo para Logen en más de una ocasión. Formaron una semicircunferencia en su lado y cerraron el círculo. Un muro de escudos, caras de animales, árboles y torres, ondulantes aguas, hachas cruzadas, todos ellos rayados y marcados por las señales de cientos de viejas batallas. Todos ellos vueltos hacia Logen. Una jaula hecha de hombres y madera, de la cual sólo se podía salir matando. O muriendo, por supuesto.

Una figura negra cobró forma en el deslumbrante umbral del arco de entrada. Como un hombre, sólo que más alto, que parecía ocupar todo el espacio hasta la dovela de la bóveda. Sus pasos atronaban, como si fueran

yunques caminando. Un extraño temor se apoderó de Logen. Un pánico ciego, como si de nuevo hubiera despertado atrapado por la nieve. Se obligó a no volver la cabeza atrás para mirar a Crummock, se obligó a mirar al frente mientras el campeón de Bethod salía a la plena luz del amanecer.

—¡Por todos los muertos! —exhaló Logen.

Al principio pensó que su tamaño tal vez fuera una especie de espejismo producido por la luz. Tul Duru, Cabeza de Trueno, había sido un tipo bien grande, sin duda; tan grande como para que algunas personas le llamaran gigante. Pero no por ello dejaba de ser un hombre. La escala de Fenris el Temible hacía que pareciera otra cosa. Un ser de una raza aparte. Un verdadero gigante sacado de antiguas leyendas y hecho carne. Hecho mucha carne.

Mientras caminaba, su rostro se contorsionaba y su enorme cabeza calva dada sacudidas a un lado y a otro. Retorcía la boca formando todo tipo de muecas y sus ojos hacían guiños y se desorbitan alternativamente. Tenía la mitad del cuerpo azul. No había otra manera de expresarlo. Una raya perfectamente trazada que arrancaba de la cara separaba la piel azul de la pálida. Su enorme brazo derecho era blanco. El izquierdo era azul desde el hombro hasta la mismísima punta de sus gigantescos dedos. En esa mano cargaba con un saco, que se balanceaba con cada paso que daba y estaba lleno de protuberancias, como si llevara dentro un cargamento de martillos.

Dos de los escuderos de Bethod, que parecían niños a su lado, se apartaron encogidos, con la misma mueca de terror que pondría alguien que acabara de sentir el aliento de la muerte en el cuello. El Temible accedió al círculo, y Logen comprobó que lo que le había dicho el espíritu era cierto: las marcas azules eran en realidad palabras. Símbolos retorcidos, garrapateados sobre la totalidad de su lado izquierdo: en la mano, en el brazo, en la cara, incluso en el labio. Las palabras que Glustrod escribiera en los Viejos Tiempos.

El Temible se detuvo a unas pocas zancadas de distancia, y un terror enfermizo, que parecía brotar de él y expandirse por la silenciosa multitud, oprimió el pecho de Logen arrebatándole todo su valor. En cierto modo, sin embargo, lo que había que hacer era bastante sencillo: si el Temible no podía sufrir ningún daño en su lado pintado, bastaba con que Logen se ensañara con el resto, y se ensañara a fondo. Había derrotado a algunos tipos muy duros en el círculo. A diez de los peores cabrones del Norte. Este sólo era uno más. Al menos, eso era lo que trataba de contarse a sí mismo.

—¿Dónde está Bethod? —había tenido la intención de decirlo con un bramido desafiante, pero lo que le salió fue más bien una especie de graznido seco.

—¡Puedo verte morir perfectamente desde aquí arriba! —el Rey de los Hombres del Norte, todo acicalado y con pinta de estar bastante contento, se

encontraba en las almenas que había encima de la puerta, junto con Pálido como la Nieve y unos cuantos guardias. A esa distancia Logen no tendría manera de saber si le había costado conciliar el sueño. La brisa matinal movía su pelo y el del grueso manto de piel que le cubría los hombros. El sol matinal se reflejaba en su cadena de oro y arrancaba destellos al diamante que lucía en la frente—. ¡Me alegro de que hayas venido, tenía miedo de que decidieras salir huyendo! —exhaló un suspiro despreocupado que produjo una nubecilla de vaho en el aire cortante—. Como bien has dicho, ya ha amanecido. ¡Empecemos!

Logen escrutó los ojos palpitantes, desorbitados y dementes del Temible, y tragó saliva.

—¡Estamos aquí reunidos para ser testigos de un desafío! —rugió Crummock—. Un desafío que pondrá fin a esta guerra y dejará saldada la deuda de sangre entre Bethod, que se hace llamar el Rey de los Hombres del Norte, y Furioso, que habla en nombre de la Unión. Si Bethod gana, se levantará el asedio, y la Unión abandonará el Norte. Si gana Furioso, se le abrirán las puertas de Carleon y Bethod quedará a su merced. ¿He dicho verdad?

—Sí —dijo West con una voz que sonó a muy poca cosa en un espacio tan vasto como aquel.

—Así es —desde lo alto de la muralla, Bethod agitó lánguidamente una mano—. Empieza ya, gordinflón.

—¡Dad vuestros nombres, campeones! —gritó Crummock—. ¡Y enumerad vuestros logros!

Logen se adelantó un paso. Fue un paso que le costó mucho dar, como si tratara de avanzar contra un viento muy fuerte, pero, de todos modos, lo dio, y, luego, echando la cabeza hacia atrás, habló mientras miraba el rostro palpitante del Temible.

—Soy el Sanguinario, y no hay números suficientes para contar los hombres que he matado —las palabras surgieron suaves y apagadas de su boca. No había orgullo en su voz hueca; tampoco miedo. Eran los fríos datos. Fríos como el invierno—. He lanzado diez desafíos y los diez los he ganado. En un círculo como éste derroté a Shama el Despiadado, a Rudd Tresárboles, a Hosco Harding, a Tul Duru, Cabeza de Trueno, a Dow el Negro y a varios otros más. Si tuviera que enumerar todos los Grandes Guerreros que he mandado de vuelta al barro nos estaríamos aquí hasta mañana al amanecer. No hay ni un solo hombre en todo el Norte que no conozca mis hazañas.

No se apreció ningún cambio en la cara del gigante. Al menos, ninguno distinto de los habituales.

—Fenris el Temible es mi nombre. Todos mis logros pertenecen al

pasado —alzó su mano pintada, apretó sus enormes dedos y los tendones de su gigantesco brazo azul se retorcieron como las enmarañadas raíces de un árbol—. Con estos signos el gran Glustrod me señaló como su elegido. Con esta mano derribé las estatuas de Aulcus. Ahora mato hombres pequeños en pequeñas guerras —Logen creyó advertir un levísimo encogimiento de sus colosales hombros—. Así son las cosas.

Crummock miró a Logen, y éste enarcó las cejas.

—Muy bien. ¿Qué armas habéis traído al combate?

Logen alzó la pesada espada que había forjado Kanedias para sus guerras contra los Magos y la sostuvo a la luz. Una zancada de metal mate, cuyo filo relucía levemente a la pálida luz del amanecer.

—Este acero —y acto seguido la hincó en tierra entre los dos y la dejó clavada.

El Temible soltó su saco, que cayó al suelo con un traqueteo y se abrió. Dentro había unas grandes placas negras, rayadas y abolladas, recubiertas de tachones y pinchos.

—Esta armadura.

Logen contempló el pesado montón de hierro y se pasó la lengua por los dientes. Si el Temible ganaba al echar el escudo podría elegir la espada y dejarle a él con una pila de chapas que debido a su tamaño ni siquiera podría usar como armadura. ¿Qué haría entonces? De momento sólo cabía confiar en que la suerte permaneciera a su lado un rato más.

—Bien, preciosos míos —Crummock colocó su escudo de canto en el suelo y agarró el borde superior—. ¿Pintado o liso, Nuevededos?

—Pintado.

Crummock impulsó el escudo, que se puso a dar vueltas y más vueltas: pintado, liso, pintado, liso. La esperanza y la desesperación intercambiaban posiciones con cada giro. Por fin, la madera comenzó a ralentizarse y a tambalearse. Cayó de plano con el lado pintado hacia arriba mientras las correas pegaban una sacudida.

Fin de la buena suerte.

Crummock torció el gesto y luego alzó la vista hacia el gigante.

—Tú eliges, muchachote.

El Temible agarró la espada del Creador y la arrancó del suelo. En su mano monstruosa parecía un juguete. Sus ojos saltones se desviaron hacia Logen y su boca se retorció formando una sonrisa. Lanzó la espada hacia Logen y ésta cayo a sus pies.

—Toma tu puñal, hombrecillo.

La brisa trajo el sonido distante de unas voces que se alzaban.

—¡Bien, ya han empezado! —siseó Dow en un tono excesivamente alto para los nervios del Sabueso.

—¡No soy sordo! —le espetó el Sabueso mientras se ponía a enrollar la soga con vueltas bastante sueltas para prepararla para el lanzamiento.

—¿Sabes manejar bien eso? No me haría ninguna gracia que se me cayera encima.

—¿De veras? —el Sabueso balanceó el garfio para calibrar su peso—. Qué casualidad, porque estaba pensando que lo mejor que podría pasar en caso de que no consiguiera engancharlo en lo alto de la muralla es que se clavara en tu maldito cabezón —y acto seguido se puso a revolearlo, trazando círculos cada vez más amplios, a la vez que iba soltando poco a poco la cuerda que tenía en la mano. Por fin dio un tirón hacia arriba y lo lanzó. El garfio salió volando, con la soga desenroscándose por detrás, y desapareció por encima de las almenas. El Sabueso hizo una mueca de dolor al oírlo golpear contra el adarve. Pero nadie se asomó. Luego tiró de la cuerda, que se deslizó hacia abajo un par de zancadas y se quedó firme. Firme como una roca.

—A la primera —dijo Hosco.

El Sabueso, que casi no se lo creía, asintió con la cabeza.

—¿Qué te habías apostado? Bueno, ¿quién va el primero?

Dow le sonrió.

—El que tiene la soga en la mano ahora, digo yo.

Mientras subía, el Sabueso, casi sin querer, se encontró repasando mentalmente todas las formas en que podía morir un hombre que está escalando una muralla. Se suelta el garfio y se cae. Se deshilacha la soga, se rompe y se cae. Alguien ha visto el garfio, espera a que llegué arriba y entonces va y corta la cuerda. O espera a que llegue arriba para cortarle el pescuezo. O puede que en ese mismo momento estuvieran avisando a doce forzudos para hacer prisionero al imbécil al que se le había ocurrido la peregrina idea de escalar las murallas de una ciudad él solo.

Las botas raspaban la rugosa superficie de las piedras, el cáñamo se le clavaba en las manos, las manos le ardían del esfuerzo y en todo momento hacía lo imposible para que no se oyera demasiado el bronco ruido de su aliento. Las almenas se fueron acercando poco a poco y al final las alcanzó.

Enganchó los dedos a la piedra y se asomó. El adarve estaba vacío en ambas direcciones. Se deslizó por encima del parapeto, a la vez que sacaba un cuchillo por si las moscas. Ya se sabe que nunca se tienen suficientes cuchillos. Comprobó que el garfio estaba bien sujeto y luego se asomó y vio a Dow mirando hacia arriba y a Hosco con la soga en las manos y un pie apoyado en la pared, listo ya para iniciar la ascensión. El Sabueso le indicó que podía subir con una seña y vio cómo empezaba a subir, mano sobre mano, mientras Dow sujetaba el otro extremo de la cuerda para que se mantuviera tensa. Al poco, andaba ya por la mitad...

—¿Qué demonios...!

El Sabueso giró bruscamente la cabeza hacia la izquierda. No muy lejos había un par de Siervos que acababan de salir a la muralla desde una puerta que había en la torre más cercana. Durante un instante eterno se quedaron mirándose.

—¡Aquí hay una cuerda! —gritó el Sabueso blandiendo el cuchillo como si estuviera intentando cortarla para separarla del garfio—. ¡Algún bastardo quiere colarse dentro!

—¡Por los muertos! —uno de ellos se acercó corriendo y se quedó boquiabierto al ver a Hosco columpiándose en el aire—. ¡Ahora mismo está subiendo!

El otro desenvainó su espada.

—Eso lo arreglo yo —alzó la espada con gesto sonriente y se dispuso a cortar la soga de un tajo—. ¿Oye, por qué estás cubierto de barro?

El Sabueso le clavó repetidas veces el cuchillo en el pecho.

—¡Aaahhh! —gimió el Siervo contrayendo el semblante. Luego trastabilló hacia atrás, se chocó con las almenas y la espada cayó al otro lado de la muralla. Su compañero se lanzó a la carga, balanceando un mazo enorme. El Sabueso se agachó a tiempo de esquivar el golpe, pero no pudo impedir que el Siervo le arrollara, y cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra las piedras.

El mazo salió dando botes por el adarve y los dos quedaron en el suelo forcejeando. El Siervo soltaba patadas y puñetazos y el Sabueso trataba de agarrarle el cuello con las manos para impedir que diera la voz de alarma. Rodaron hacia un lado, luego hacia el otro, se levantaron agarrados y comenzaron a dar tumbos por el adarve. El Siervo encajó un hombro en la axila del Sabueso y le empujó hacia las almenas para intentar arrojarle al vacío.

—Mierda —exhaló el Sabueso al notar que sus pies se separaban del suelo. Sintió que su trasero raspaba ya las piedras, pero siguió aferrándose al cuello del Siervo, tratando de impedirle que respirara bien. Se alzó un par de centímetros más y notó que su cabeza caía hacia atrás: ya tenía más peso del

lado equivocado de la muralla.

—¡Ahí que te vas, hijo de puta! —graznó el Siervo mientras conseguía soltarse la barbilla de las manos del Sabueso y le empujaba otro poco más—. ¡Ahí que te...! —de pronto, abrió mucho los ojos y acto seguido trastabilló hacia atrás. Una flecha acaba de aparecer en su costado—. Oh, no...—otra se le hundió en el cuello con un golpe seco. Dio un traspié, pero antes de que cayera de la muralla, el Sabueso le agarró del brazo, lo arrastró hasta el adarve y lo sujetó mientras baboseaba su último aliento.

Una vez que había muerto, el Sabueso se incorporó y se quedó agachado junto al cadáver, jadeando. Hosco se le acercó a toda prisa, echando miradas alrededor para asegurarse de que no había nadie más por ahí.

—¿Todo bien?

—Por una vez, aunque sólo sea por una vez, me gustaría recibir ayuda antes de que estén a punto de matarme.

—Peor sería recibirla después.

El Sabueso hubo de reconocer que tenía parte de razón. Vio cómo Dow se aupaba a las almenas y luego caía rodando al adarve. El Siervo al que había apuñalado el Sabueso aún respiraba. Al pasar junto a él, Dow le arrancó un buen pedazo de cráneo de un hachazo con la misma naturalidad con que cortaría un trozo de leña. Luego sacudió la cabeza.

—Os dejo solos a los dos un soplo y mirad lo que pasa. Dos hombres muertos —Dow se inclinó, metió un par de dedos en uno de los agujeros que había hecho el cuchillo del Sabueso, los sacó y se embadurnó de sangre un lado de la cara. Luego, alzó la cabeza y sonrió—. ¿Se os ocurre algo que hacer con estos dos cadáveres?

El Temible parecía llenar por completo el círculo; con la mitad azul de su cuerpo desnuda y la otra enfundada en hierro negro, parecía un monstruo arrancado de viejas leyendas. No había ningún lugar donde ocultarse de sus enormes puños, ningún lugar donde ocultarse del miedo que infundía. Los escudos resonaban con estrépito, los hombres, un mar de caras contraídas por un furor ciego, rugían y bramaban.

Logen se movía despacio por el borde de la hierba corta, procurando mantener los pies ligeros. Es posible que fuera más pequeño, pero también era más rápido y más astuto. O, al menos, confiaba serlo. Tenía que serlo, si no quería acabar convertido en barro. Permanecer en constante movimiento, rodar por el suelo, agacharse, hacer lo que fuera para mantenerse fuera de su alcance

mientras esperaba que se le presentara una oportunidad. Por encima de todo, no recibir un golpe. No recibir un golpe era lo fundamental.

De pronto, como salido de ninguna parte, el gigante se le vino encima con su enorme puño tatuado convertido en un simple borrón azul. Logen lo esquivo de un salto, pero aun así le rozó la mejilla, le impactó en el hombro y lo lanzó dando tumbos. Adiós a lo de no recibir un golpe. Un escudo, no precisamente amigo, le dio un empujón en la espalda y lo lanzó hacia el otro lado haciendo que su cabeza pegara un latigazo hacia delante. Cayó de bruces, estuvo a punto de cortarse con su propia espada, rodó hacia un lado y vio cómo la enorme bota del Temible se estrellaba contra el suelo, levantando un montón de polvo en el mismo lugar que hacía unos instantes había ocupado su cráneo.

Logen se levantó a tiempo de ver cómo la mano azul venía de nuevo lanzada hacia él. La esquivó agachándose y lanzó un tajo a la carne tatuada del Temible al pasar tambaleándose a su lado. La espada del Creador se hundió en el muslo del gigante como una pala en un suelo de turba. La descomunal pierna se dobló y el Temible cayó hacia delante apoyado en su rodilla acorazada. El tajo le había atravesado las venas principales y debería haber sido mortal, sin embargo, apenas le hizo más sangre que un corte de afeitado.

Si una cosa falla, se prueba con otra. Logen soltó un rugido y descargó un golpe contra el cráneo rapado del Temible. La hoja de acero retumbó al impactar contra la armadura del brazo derecho, que había conseguido alzar justo a tiempo. Luego resbaló raspando el metal negro, se deslizó fuera sin producir ningún daño y se clavó en tierra, dejándole a Logen las manos vibrando.

—¡Uf! —la rodilla del Temible se le hundió en la tripa, le dobló en dos y le dejó tambaleante, intentando toser pero sin aire para hacerlo. El gigante, que ya había vuelto a ponerse en pie, balanceó su puño acorazado, un pedazo de metal negro del tamaño de una cabeza. Logen se lanzó hacia un lado y, mientras rodaba por la hierba, sintió el azote del aire que había levantado el enorme brazo al pasar junto a él. El puño impactó en el escudo que tenía Logen a su espalda, lo rompió en mil pedazos y al hombre que lo sujetaba lo arrojó a tierra.

Al parecer, el espíritu estaba en lo cierto. El lado pintado no podía sufrir ningún daño. Mientras permanecía en cuclillas, aguardando a que remitiera el lacerante dolor de su estómago, Logen trataba de pensar en alguna estratagema, pero no se le ocurría nada. El Temible volvió hacia él su rostro gesticulante. Detrás de él, en el suelo, el hombre caído gimoteaba bajo de los restos de su escudo. Los Caris que tenía a los lados se arrimaron sin demasiado entusiasmo para volver a cerrar el círculo.

El gigante dio un paso adelante, y Logen dio un doliente paso atrás.

—Sigo vivo —se dijo en un susurro. Faltaba saber por cuánto tiempo.

En su vida se había sentido West más asustado, más estimulado, más vivo. Ni siquiera cuando ganó el Certamen y toda la extensión de la Plaza de los Mariscales le vitoreaba. Ni siquiera cuando tomó al asalto las murallas de Ulrioch y recibió el cálido baño de la luz del sol tras salir del polvo y el caos.

Sentía en la piel un cosquilleo de esperanza y terror. Sus manos acompañaban con gestos tan espasmódicos como baldíos los movimientos de Nuevededos. Sus labios musitaban inútiles consejos y mudas expresiones de aliento. A su lado, Pike y Jalenhorm se revolvían, se daban empellones y gritaban hasta quedarse roncos. Detrás de él, la inmensa multitud rugía y hacía esfuerzos por ver lo que estaba pasando. Los que se asomaban desde las murallas gritaban y agitaban los puños. El círculo humano no se estaba quieto en ningún momento: se flexionaba acompañando los movimientos de los combatientes, retrocedía o se adelantaba siguiendo los avances o las retiradas de los campeones.

Y, de momento, el que retrocedía era casi siempre Nuevededos. Aunque desde cualquier punto de vista era una bestia de hombre, en tan terrible compañía parecía minúsculo, débil, frágil. Lo que era aún mucho peor, allí estaba pasando algo muy extraño. Algo para lo que West sólo tenía un nombre: magia. Con sus propios ojos veía cómo unas heridas enormes y letales se cerraban en la piel azul del Temible. Aquel ser no era humano. Sólo podía ser un demonio, y, de hecho, cada vez que su figura se alzaba cerca de él, West sentía el mismo miedo que si se hallara al borde mismo de las puertas del infierno.

Al ver a Nuevededos chocar indefenso contra los escudos del otro lado del círculo, West hizo una mueca de dolor. El Temible alzó su puño acorazado, aprestándose a descargar un golpe capaz sin duda de hacer papilla un cráneo. Pero dio en el aire. Nuevededos se apartó en el último instante y el puño no le acertó en la mandíbula por un pelo. Acto seguido, el norteño lanzó un mandoble con su gruesa espada, que rebotó contra la coraza de los hombros del Temible con un estrépito metálico. El gigante trastabilló un poco hacia atrás y Nuevededos le siguió, con las pálidas cicatrices de su rostro tensas.

—¡Sí! —bufó West, acompañado del bramido entusiasmado de los hombres que tenía alrededor.

El siguiente golpe descendió con un chirrido por el costado acorazado del gigante, dejando a su paso un arañazo largo y reluciente, y arrancó un gran terrón del suelo. El tercero se hundió en sus costillas tatuadas, de las que brotó

una llovizna de sangre, e hizo que el gigante perdiera el equilibrio. West vio boquiabierto cómo la sombra del monstruo se abalanzaba sobre él. El Temible cayó sobre su escudo como un árbol talado y le dejó temblando de rodillas, encogido bajo el enorme peso y con el estómago revuelto de horror y de asco.

Y entonces lo vio. Justo debajo de la rodilla del gigante, a unos pocos centímetros de la mano que West tenía libre, se encontraba una de las hebillas de la armadura de pinchos del Temible. Lo único que pensó en ese momento fue que Bethod se les podía escapar después de haber dejado Angland sembrado de cadáveres. Apretó los dientes y agarró el extremo de la correa de cuero, que tenía el grosor del cinturón de un hombre, y tiró de ella justo en el momento en que el Temible levantaba su inmensa mole. La hebilla se abrió con un tintineo y, cuando el gigante volvió a plantar el pie en el suelo y apartó a Logen de un golpe que le dejó tambaleante, la pieza de la armadura que protegía la colosal pantorrilla se quedó colgando.

Arrepentido ya de haber actuado de forma tan impulsiva, West se levantó trabajosamente del suelo y recorrió con la vista el círculo en busca de alguna señal que indicara que le habían visto. Nadie miraba en su dirección; todos los ojos estaban fijos en los contendientes. Ahora le parecía que había sido un acto de sabotaje insignificante y caprichoso del que en ningún caso se habría podido derivar ninguna consecuencia significativa. Aparte de la posibilidad de haberse hecho matar. Era algo que sabía desde niño. Si te cogen haciendo trampas en un duelo norteño, puedes estar seguro de que al cabo de un instante te habrán hecho la Cruz de Sangre y tendrás las tripas colgando.

—¡Argh!

Logen esquivó el puño acorazado, se bamboleó hacia la derecha mientras el azul pasaba pegado a su cara como una exhalación, se lanzó hacia la izquierda cuando volvió a salir disparada hacia él la mano de hierro, resbaló y estuvo a punto de caer. Cada uno de aquellos golpes habría sido suficiente para arrancarle la cabeza. Vio que el brazo tatuado se echaba de nuevo hacia atrás, apretó los dientes y esquivó otro de los tremendos puñetazos del Temible, a la vez que alzaba la espada por encima de la cabeza.

La hoja se hundió justo por debajo del codo y atravesó limpiamente el brazo azul, que salió disparado hacia el otro extremo del círculo echando chorros de sangre. Logen hinchó sus pulmones ardientes y alzó todo lo que pudo la espada del Creador, preparándose para hacer un último esfuerzo. Los ojos del Temible se revolvieron para mirar la hoja gris mate. Sacudió la cabeza hacia un lado y la espada se le clavó en el cráneo tatuado hasta la altura de las cejas, lanzando al aire un diluvio de motas de sangre oscura.

El brazo acorazado del gigante propinó a Logen un codazo en las costillas que, tras levantarlo a medias del suelo, le lanzó pateando hacia el otro

extremo del círculo. Rebotó contra un escudo, cayó de bruces y se quedó tirado escupiendo tierra mientras el mundo, reducido a una masa borrosa, daba vueltas a su alrededor.

Haciendo una mueca de dolor, se levantó, parpadeó para quitarse las lágrimas que anegaban sus ojos y, al mirar al frente, se quedó petrificado. El Temible, con la espada clavada aún en el cráneo, se acercó a su brazo amputado y lo recogió del suelo. Luego lo apretó contra su muñón seco, lo giró, primero a la derecha y luego a la izquierda, y a continuación lo soltó. El colosal antebrazo volvía a estar entero y las letras de nuevo se extendían ininterrumpidas desde el hombro a la muñeca.

Los hombres del círculo se habían quedado en silencio. El gigante comprobó durante unos instantes el movimiento de sus dedos y luego alzó el brazo y aferró la empuñadura de la espada del Creador. La giró a uno y otro lado, produciendo un crujido de huesos en el interior de su cráneo, y acto seguido se sacó la espada y sacudió la cabeza como para desembarazarse de una leve sensación de mareo. Luego arrojó al otro extremo del círculo el acero, que por segunda vez aquel día cayó a los pies de Logen.

Logen se la quedó mirando mientras jadeaba sin parar. A cada nuevo encontronazo le costaba más seguir adelante. Las heridas que había recibido en las montañas le dolían, los golpes que había recibido en el círculo le punzaban. El aire aún era bastante fresco, pero él tenía la camisa empapada de sudor.

A pesar de llevar media tonelada de hierro amarrada al cuerpo, el Temible no daba muestras de cansancio. No se advertía ni una sola gota de sudor en su rostro convulso. Ni un mínimo arañazo en su cráneo tatuado.

Logen volvió a sentirse acometido por el miedo. Ahora sabía lo que sentía un ratón al verse atrapado entre las zarpas de un gato. Debería haber salido corriendo. Debería haber salido corriendo, sin volver la vista atrás; pero en lugar de hacerlo había elegido esto. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: era uno de esos imbéciles que nunca aprenden. La boca del gigante se contorsionó formando una sonrisa retorcida.

—Más —dijo.

Mientras se encaminaba hacia la puerta de las murallas interiores de Carleon, al Sabueso le entraron ganas de mear. Siempre le pasaba en momentos como ese.

Llevaba puesta la ropa de uno de los Siervos muertos, unas prendas muy holgadas que le habían obligado a ceñirse mucho el cinturón, y se cubría con una capa que ocultaba la raja ensangrentada que había abierto su propio

cuchillo en la camisa. Hosco iba vestido con las ropas del otro y llevaba el arco al hombro y la gran maza colgando de la mano que tenía libre. Dow caminaba encorvado entre ambos, con las manos atadas a la espalda, arrastrando torpemente los pies por el adoquinado y con la cabeza ensangrentada colgando como si le acabaran de propinar una buena paliza.

Una artimaña bastante penosa, como el propio Sabueso tenía que reconocer. Desde que bajaron de las murallas llevaba ya contadas cincuenta cosas que deberían haber bastado para delatarles. Pero no había tiempo para algo más elaborado. Unas palabras bien escogidas, unas cuantas sonrisas y nadie tendría por qué notar nada extraño. Eso esperaba, al menos.

Había de guardia a cada lado del amplio arco de acceso una pareja de Caris, provistos de largas cotas de malla y cascos, que aferraban sendas lanzas.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de ellos cuando se acercaron.

—Hemos pillado a este cabrón tratando de colarse dentro —el Sabueso le dio un puñetazo a Dow en la cabeza para darle un toque de autenticidad al asunto—. Le llevamos abajo para encerrarlo hasta que acaben —e hizo ademán de seguir adelante.

Uno de los guardias le paró en seco poniéndole una mano en el pecho, y el Sabueso tragó saliva. El Carl señaló con la cabeza las puertas de la ciudad.

—¿Cómo van las cosas ahí abajo?

—Bien, supongo —el Sabueso se encogió de hombros—. Al menos, van. Pero seguro que Bethod sale vencedor. Siempre es así, ¿no?

—No sé —el Carl negó con la cabeza—. Ese cabrón del Temible me pone los pelos de punta. El y su maldita bruja. No creo que llore mucho si el Sanguinario se los carga.

El otro soltó una risilla, se echó el casco hacia atrás para descubrirse la cara y se limpió el sudor con un trapo.

—Tienes...

Dow saltó hacia delante, con varios trozos de cuerda colgando en torno a sus muñecas, y hundió un cuchillo hasta la empuñadura en la frente del Carl, que se derrumbó como una silla a la que le hubieran barrido las patas de un puntapié. Casi al mismo tiempo, el mazo que había tomado prestado Hosco se estrelló en lo alto del casco del otro Carl, haciéndole una abolladura cuyo borde se hundió casi hasta la punta de la nariz. El tipo echó unas cuantas babas por la boca y se tambaleó hacia atrás como si estuviera borracho. Luego la sangre le empezó a salir a borbotones por las orejas y se desplomó de espaldas.

El Sabueso se dio la vuelta y estiró su capa robada para tratar de impedir que alguien viera a Dow y a Hosco arrastrando los cuerpos; pero, por fortuna,

la ciudad parecía estar vacía. Todo el mundo debía de estar viendo el combate. Por un momento se preguntó qué estaría pasando en el círculo. Un momento lo bastante largo como para sentir que se le encogían las tripas.

—Vamos —se dio la vuelta y vio a Dow sonriéndole con la cara embadurnada de sangre. Acababa de encajar los dos cadáveres detrás de las puertas; los ojos de uno de ellos bizqueaban mirando el agujero que le había hecho el cuchillo en la cabeza.

—¿Bastará con eso? —preguntó el Sabueso.

—¿Qué pretendes, decir unas palabras en memoria de los muertos?

—Ya sabes a lo que me refiero. Si alguien...

—No hay tiempo de andarse con historias —Dow le agarró del brazo y le hizo cruzar las puertas—. Tenemos que matar a una bruja.

La suela de la bota metálica del Temible se estrelló contra el pecho de Logen, le cortó la respiración y le aplastó contra el suelo, arrancándole la espada del puño y llenándole la garganta de vómito. Antes de que pudiera darse cuenta de dónde estaba, vio una sombra gigantesca que se cernía sobre él. Un instante después sintió el metal que se cerraba sobre su muñeca con la fuerza de unas tenazas. Una patada le apartó las piernas, y se encontró caído de bruces, con un brazo retorcido a la espalda y un montón de tierra en la boca para darle algo en lo que pensar. Sintió que algo se apretaba contra su mejilla. Frío al principio y luego muy doloroso. El gigantesco pie del Temible. Notó luego como le retorcían la muñeca y tiraban de ella hacia arriba. Su cabeza se hundió aún más en la tierra húmeda y varias briznas de hierba se le metieron en la nariz.

El dolor del hombro era desgarrador. Pronto fue aún peor. Estaba inmovilizado y tan indefenso como un conejo tendido para ser despellejado. La multitud había enmudecido, lo único que se oía era el chapoteo de la maltrecha carne de la boca de Logen y el pitido del aire que entraba y salía de su nariz aplastada. De no haber tenido la cara tan estrujada que apenas si podía respirar, habría chillado. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: estaba acabado. Estaba a punto de irse de vuelta al barro y nadie podría decir que no se lo había ganado a pulso. Iba a morir desmembrado en el círculo: un final apropiado para el Sanguinario.

Pero los formidables brazos que le tenían sujeto no siguieron tirando. El ojo parpadeante de Logen alcanzó a ver de refilón la figura de Bethod en las almenas. El Rey de los Hombres del Norte agitó una mano, trazando varios círculos en el aire. Logen recordaba su significado.

Tómate tu tiempo. Haz que dure. Da a todos una lección que no puedan olvidar jamás.

La enorme bota del Temible resbaló de su mandíbula y Logen fue alzado en vilo, con sus miembros colgando como los de una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. La negra silueta de la mano tatuada se recortó sobre la luz solar y luego se estampó contra la cara de Logen. Un cachete como el que daría un padre a un niño revoltoso. Fue como si le hubieran golpeado con una sartén. La cabeza de Logen se inundó de luz y la boca se le llenó de sangre. Consiguió enfocar la vista justo a tiempo de ver cómo la mano pintada iniciaba un nuevo balanceo. Se le vino encima, terrible e inevitable, y le propinó un golpe con el dorso como haría un marido celoso con su indefensa esposa.

—¡Gurgh! —se oyó decir. Un instante después, volaba por los aires. El cielo azul, el sol cegador, la hierba amarillenta, las caras que miraban, todo eso no eran más que manchas carentes de sentido. Se estrelló contra los escudos que bordeaban el círculo y cayó desmadejado a tierra. A lo lejos oía a hombres que gritaban, chillaban, bufaban, pero no distinguía las palabras, ni le importaba. Lo único en lo que podía pensar era en la gélida sensación que tenía en el estómago. Como si sus entrañas se estuvieran llenando de trozos de hielo.

Vio una mano pálida, manchada de sangre rosácea, con los tendones blancos destacándose sobre la piel arañada. Su mano, por supuesto. Ahí estaba el muñón. Pero cuando intentó abrir el puño lo único que consiguió fue que los dedos se aferraran con más fuerza a la tierra parda.

—Sí —susurró. Y de su boca yerta brotó un hilo de sangre que cayó a la hierba. El hielo del estómago se expandió hasta la mismísima punta de sus dedos, entumeciéndole todo el cuerpo. Bien estaba que fuera así. Ya iba siendo hora.

—Sí —dijo. Arriba, arriba, hasta apoyarse en una rodilla. Sus labios ensangrentados se curvaron para enseñar los dientes, su mano ensangrentada serpenteó por la hierba, encontró la empuñadura de la espada del Creador y se cerró con fuerza sobre ella.

—¡Sí! —bufó, y entonces Logen y el Sanguinario rieron con una sola voz.

West no esperaba que Nuevededos volviera a levantarse jamás, pero lo hizo, y cuando lo hizo, vio que se estaba riendo. Al principio parecía casi un llanto, una especie de risilla babeante, estridente y extraña, pero conforme se fue levantando se volvió más sonora, más seca, más fría. Como si aquel hombre se riera de un chiste cruel que sólo él conociera. Un chiste letal. La cabeza inclinada hacia un lado, como la de un ahorcado. La carne del rostro, lívida y

fláccida alrededor del tajo de su sonrisa.

La sangre teñía sus dientes de color rosáceo, caía en hilos de los cortes de la cara, se escurría por sus labios desgarrados. El gorgoteo de la risa, dentado como el filo de una sierra, crecía y crecía, desgarrándole a West el oído. Más agónico que cualquier chillido, más furioso que cualquier grito de guerra. Un contrasentido repulsivo y enfermizo. Una carcajada en medio de una masacre. La risa de los mataderos.

Nuevededos avanzaba haciendo eses como un borracho con la brutal espada colgando de su puño ensangrentado. Sus ojos muertos brillaban, húmedos y fijos, con las pupilas dilatadas como si fueran dos pozos negros. Cortante, chirriante, como un hachazo, su risa demencial se expandía por el círculo. West se descubrió a sí mismo reculando con la boca seca. Toda la multitud reculaba. Ya no sabían quién les infundía más miedo, si el Temible o el Sanguinario.

El mundo entero ardía.

Su piel estaba en llamas. Su aliento era una nube de vapor hirviendo. Su espada era un hierro de marcar candente.

El sol estampaba en la irritada retina de sus ojos manchas de un blanco incandescente, y formas grises de hombres, y escudos, y una muralla, y la imagen de un gigante hecha de palabras azules y hierro negro. Oleadas de pavor se desprendían de aquella figura, pero eso sólo servía para que la sonrisa del Sanguinario se ensanchara. El miedo y el dolor avivaban el fuego y las llamas crecían cada vez más.

El mundo entero ardía, y en su centro, ardiendo con más fuerza que ninguna otra cosa, estaba el Sanguinario. Extendió una mano, dobló tres dedos e hizo una seña.

—Te estoy esperando —dijo.

Los grandes puños salieron lanzados hacia el Sanguinario, las colosales manos trataron de atrapar su cuerpo. Pero lo único que pudo atrapar el gigante fue una carcajada. Más fácil sería dar un golpe al fuego oscilante. Más fácil sería atrapar una voluta de humo.

El círculo era un horno. Las hojas de hierba amarillenta eran lenguas de fuego. El sudor, la saliva y la sangre goteaban sobre ellas como grasa de carne cocinada sobre una hoguera.

El Sanguinario soltó un silbido, agua sobre ascuas. El silbido se transformó en gruñido, hierro chisporroteando en la forja. El gruñido se

convirtió en rugido atronador, el bosque seco en llamas. Y entonces dio libertad a su espada.

El metal gris trazó desgarradores círculos, abrió agujeros secos de sangre en la carne azul y retumbó contra el hierro negro. El gigante desapareció un instante y el acero impactó en uno de los hombres que sujetaban los escudos. La cabeza le reventó y empapó de sangre al compañero de al lado; se abrió un hueco en el muro que ceñía el círculo. Los hombres retrocedían, los escudos vacilaban, el círculo entero se agitaba de miedo. Le temían incluso más que al gigante, y hacían bien. Era enemigo de todo cuanto vivía y una vez que hubiera acabado con aquel ser demoníaco la emprendería con ellos.

El círculo era una marmita. En lo alto de la muralla la multitud se agitaba como vapor furioso. El suelo borboteaba bajo los pies del Sanguinario como aceite hirviendo.

Su rugido se convirtió en un chillido candente, la espada cayó como una centella y rebotó contra la armadura erizada de pinchos como el martillo sobre el yunque. El gigante apretó su mano azul contra el lado pálido de su cabeza y sus facciones bulleron como un nido de lombrices. El acero no le había acertado en el cráneo, pero le había arrancado media oreja. La sangre manaba de la herida, resbalaba por un lado de su enorme cuello formando dos líneas delgadas que no parecía que fueran a detenerse nunca.

El gigante abrió mucho los ojos y pegó un salto hacia delante, lanzando un bramido estremecedor. El Sanguinario rodó por debajo de su puño, se deslizó detrás del Temible y vio un trozo de metal negro suelto del que colgaba una hebilla reluciente. La espada salió lanzada como una serpiente, se coló por el hueco y dio un profundo mordisco a la pantorrilla que había detrás. El gigante soltó un rugido de dolor, se giró, se tambaleó al apoyarse en su pierna herida y cayó de rodillas.

El círculo era un crisol. Los rostros aullantes de los hombres que ocupaban su borde bailoteaban como el humo, fluían como metal líquido mientras sus escudos se fundían unos con otros.

Había llegado el momento. El brillante sol matinal refulgía sobre el grueso peto acorazado, señalándole el blanco. Había llegado el momento más hermoso.

El mundo entero ardía y, como una llama saltarina, el Sanguinario se irguió, arqueándose hacia atrás con la espada en alto. La obra de Kanedias, el Maestro Creador, el acero más afilado jamás forjado. El filo cortante abrió un largo tajo en la coraza negra, atravesó el metal y se hundió en la blanda carne de debajo, en medio de un diluvio de chispas y sangre, arrancado al atormentado metal un aullido que se mezcló con el gemido de dolor que escupió la cara retorcida del Temible. Una herida muy profunda.

Pero no lo bastante profunda.

Los colosales brazos del gigante rodearon la espalda del Sanguinario y se cerraron sobre ella con un abrazo asfixiante. Las aristas del negro metal se le clavaron en la carne en doce lugares distintos. El gigante lo atrajo hacia sí más y más, y uno de los pinchos de su armadura se hundió en la cara del Sanguinario, le atravesó la mejilla, le raspó los dientes y se le hundió en un lado de la lengua, llenándole la boca del gusto salado de su propia sangre.

La tenaza de los puños del Temible pesaba como las montañas. Por muy ardiente que fuera el furor del Sanguinario, por más que se retorciera, pataleara y gritara de rabia, le tenía agarrado con la misma fuerza con que la fría tierra agarra a los muertos sepultados. La sangre manaba de su cara, de su espalda, de la profunda raja de la armadura del Temible y le empapaba las ropas y se extendía ardiente sobre su piel.

El mundo entero ardía. Y por encima del horno, y de la marmita, y del crisol, Bethod asintió con la cabeza, y los brazos gélidos del gigante se cerraron con más fuerza.

El Sabueso se orientaba por el olfato. Su nariz rara vez le engañaba y tenía la esperanza de que tampoco lo hiciera en aquella ocasión. Se trataba de un olor bastante repulsivo, como a pasteles que hubieran estado demasiado tiempo al horno. Condujo a los otros por un vestíbulo vacío, por una escalera en penumbra, recorriendo sigilosamente la húmeda oscuridad de las laberínticas entrañas de la Colina de Skarling. Ahora ya no era sólo un olor, también oía algo, y sonaba tan mal como olía. Una voz femenina, cantando suavemente en un tono bajo. Un cántico extraño en una lengua desconocida para el Sabueso.

—Tiene que ser ella —musitó Dow.

—No me gusta como suena eso —le respondió el Sabueso con un susurro—. Suena a magia.

—¿Y qué esperabas? Es una maldita bruja, ¿no? Iré por el otro lado para cogerla por detrás.

—No, aguarda...—pero Dow se alejaba ya en sentido contrario caminando con pasos silenciosos.

—Mierda —el Sabueso, con Hosco pegado a su espalda, avanzó por el pasadizo siguiendo el olor mientras el cántico sonaba cada vez más cercano. Se topó con un haz de luz que se filtraba a través de un arco, se acercó con cuidado y se asomó por el recodo.

La sala que había al otro lado no podía tener un aspecto más diabólico.

Oscura, sin ventanas y con otras tres puertas negras en las paredes. En su extremo más alejado se encontraba la única fuente de luz: un brasero humeante, lleno de crepitantes ascuas, que confería al ambiente una luminosidad de un rojo sucio y desprendía un hedor dulzón. Había frascos y tarros desperdigados por todas partes y de las grasientas vigas del techo colgaban haces de ramas, hierbas y flores secas cuyas extrañas sombras evocaban las formas de ahorcados balanceándose.

Junto al brasero, de pie y dándole la espalda al Sabueso, había una mujer. Sus brazos, largos y pálidos, estaban extendidos y brillaban de sudor. Destellos dorados rodeaban sus finas muñecas y una larga cabellera negra le caía por la espalda. El Sabueso tal vez no entendiera las palabras de su canto, pero se olía que lo que estaba haciendo no debía de ser nada bueno.

Hosco levantó el arco, alzando una ceja. El Sabueso le hizo un gesto negativo con la cabeza mientras sacaba con sigilo su puñal. Cargársela de forma inmediata con una flecha no era tarea fácil, y a saber lo que haría tras recibir el disparo. Una fría hoja de acero en el cuello no dejaría nada al azar.

Entraron de puntillas en la sala. Dentro hacía mucho calor y el aire era denso como agua de ciénaga. Convencido de que si aspiraba aquel hedor se asfixiaría, el Sabueso avanzó a hurtadillas conteniendo la respiración. Estaba sudando, o quizá fuera la habitación la que sudaba; lo único cierto era que de golpe la piel se le había cubierto de una película de humedad. Escogía con cuidado cada paso, buscando un camino entre los trastos que había desperdigados por el suelo: cajas, haces, frascos. Palpó con su mano humedecida la empuñadura del puñal y clavó la vista en un punto entre los hombros de la mujer, el punto donde iba a hundir el...

Su pie tropezó con un tarro, que rodó ruidosamente por el suelo. La mujer dejó de cantar de golpe y giró bruscamente la cabeza. Un rostro demacrado y pálido como el de un ahogado, con pintura negra alrededor de los ojos: unos ojos azules oblicuos, tan fríos como el océano.

El círculo se había quedado en silencio. Los hombres que lo bordeaban permanecían inmóviles con los escudos colgando de los brazos. La multitud que tenían a su espalda, la gente que se agolpaba contra el parapeto... todos estaban petrificados y callados como muertos. Nuevededos se retorcía y forcejeaba con una furia rabiosa, pero el gigante le tenía bien sujeto. Gruesos músculos se tensaron bajo la piel azul del Temible cuando sus colosales brazos comenzaron a apretar con más fuerza para arrebatarle la vida a su oponente. West sintió en la boca el amargo regusto del fracaso. Todo lo que había hecho, todo lo que había sufrido, todas las vidas que se habían perdido no habían

servido de nada. Bethod quedaría libre.

Entonces Nuevededos soltó un gruñido animal. El Temible seguía teniéndolo bien sujeto, pero ahora se apreciaba que su brazo azul temblaba debido al esfuerzo. Era como si de repente hubiera perdido parte de sus fuerzas y ya no pudiera apretar más. Mientras observaba la escena, los propios músculos de West permanecían en tensión. La gruesa correa del escudo se le clavaba en la palma de la mano y los dientes le dolían de apretada que tenía la mandíbula.

Los dos combatientes estaban trabados entre sí, forcejeando con todos los músculos de su cuerpo, y, a la vez, completamente inmóviles, como petrificados en el centro del círculo.

El Sabueso se abalanzó hacia delante blandiendo el cuchillo.

—Alto.

Se quedó paralizado al instante. Nunca había oído una voz igual. Había bastado una palabra para que su mente se vaciara por completo. Se quedó mirando boquiabierto a la pálida mujer, conteniendo la respiración y deseando fervientemente que volviera a pronunciar otra palabra.

—Tú también —dijo volviendo la vista hacia Hosco, cuyo semblante se relajó de inmediato y dibujó una sonrisa mientras bajaba el arco.

Luego miró de arriba abajo al Sabueso e hizo un puchero como si se hubiera llevado una gran decepción.

—¿Es así como se comporta un huésped?

El Sabueso pestañeó. ¿En qué demonios estaba pensando, cómo se le había ocurrido irrumpir allí de esa manera, y encima con un puñal desenvainado? No podía creer que hubiera hecho una cosa así. Se sonrojó hasta las raíces del cabello.

—Oh... disculpe... por los muertos...

—¡Uj! —soltó Hosco, y acto seguido arrojó el arco a un rincón, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que tenía una boñiga en la mano, y se lo quedó mirando desconcertado.

—Así está mejor —la mujer esbozó una sonrisa y el Sabueso se dio cuenta de que también él estaba sonriendo como un idiota. Es posible que se le hubiera caído un poco de saliva, pero tampoco había sido mucho, así que no importaba. Mientras ella siguiera hablando nada tenía demasiada importancia. Los finos dedos de la mujer acariciaron el aire haciéndoles una seña—. No hay

razón para que os quedéis ahí tan lejos de mí. Acercaos.

Hosco y él avanzaron hacia la mujer con paso tambaleante, como un par de niños ansiosos. Durante el trayecto, el Sabueso, en su afán por mostrarse complaciente, estuvo a punto de tropezar, y Hosco se chocó con una mesa y casi se cae de bruces.

—Me llamo Caurib.

—Oh —dijo el Sabueso. El nombre más bonito que había oído en su vida, sin duda. Qué increíble que una simple palabra pudiera ser tan hermosa.

—¡Yo me llamo Hosco Harding!

—A mí me llaman Sabueso; es porque tengo un olfato muy fino y... ejem... bueno... —por los muertos, hay que ver lo que le costaba pensar con un mínimo de claridad. Tenía una vaga idea de que estaba allí para hacer algo muy importante, pero qué le aspen si sabía el qué.

—Sabueso... perfecto —su voz era tan relajante como un baño de agua caliente, como un dulce beso, como leche y miel...—. ¡No te duermas todavía! —la cabeza del Sabueso se bamboleó y el rostro maquillado de Caurib se convirtió en un borrón blanco y negro que flotaba ante él.

—Lo siento —barboteó poniéndose otra vez colorado e intentando ocultar el puñal tras su espalda—. Siento mucho lo del cuchillo... no tengo ni idea de para qué...

—No te preocupes. Me alegro de que lo hayas traído. Creo que lo mejor será que lo uses para apuñalar a tu amigo.

—¿A él? —el Sabueso miró de reojo a Hosco.

Hosco le sonrió y asintió con la cabeza.

—¡Ah, estupendo!

—Sí, sí, muy buena idea —el Sabueso alzó el puñal y le pareció que pesaba una tonelada—. Esto... ¡quiere que se lo clave en algún sitio en concreto?

—En el corazón estará bien.

—Claro, sí. Perfecto. En el corazón —Hosco se puso de frente para facilitarle las cosas. El Sabueso parpadeó y se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor—. Bueno, vamos allá —mierda, qué mareado estaba. Entornó los ojos y escudriñó el pecho de Hosco para asegurarse de que acertaba a la primera. No quería volver a meter la pata—. Vamos allá...

—¡Hazlo ya! —bufó la mujer—. Simplemente haz...

El acero del hacha produjo un leve chasquido al hundirse en la cabeza de Caurib casi hasta la altura de la barbilla. Un chorro de sangre salió disparado y

salpicó la boquiabierta cara del Sabueso mientras el delgado cuerpo de la mujer se desplomaba como un guiñapo.

Con gesto ceñudo, Dow se puso a retorcer el mango hasta que la hoja del hacha salió al fin del cráneo destrozado de Caurib produciendo una especie de succión.

—Esta perra hablaba demasiado.

El Sanguinario advirtió el cambio. Fue como los primeros brotes verdes de la primavera. Como los primeros vientos cálidos que anuncian la llegada del verano. Había un mensaje en la forma en que le tenía agarrado el Temible. Ya no sentía que sus huesos se quejaran como si estuvieran a punto de reventar. La fuerza del gigante iba a menos y la suya a más.

El Sanguinario sorbió aire y sintió que su furia volvía a arder con la misma intensidad de siempre. Despacio, muy despacio, fue apartando la cara del hombro del gigante y notó que el metal se deslizaba fuera de su boca. Se retorció y se retorció hasta que su cuello quedó libre. Hasta que se quedó frente a la cara gesticulante del gigante. El Sanguinario sonrió y luego se lanzó hacia delante, rápido como una lluvia de chispas, y hundió sus dientes en el labio inferior del Temible.

El gigante gruñó, movió los brazos, trató de apartar la cabeza del Sanguinario, trató de arrancar de su boca los dientes que le mordían. Pero le hubiera resultado más fácil sacudirse de encima una peste. Sus brazos se aflojaron y el Sanguinario retorció la mano que sujetaba la espada del Creador. La retorció, como se retuerce la serpiente en su nido, y poco a poco la fue liberando.

El brazo azul del gigante se desenroscó del cuerpo del Sanguinario y le agarró la muñeca con una mano, pero ya nada podía pararlo. Cuando la semilla de un árbol halla una grieta en las montañas, al cabo de unos años sus hondas raíces terminan por resquebrajar la roca. Y lo mismo hacía el Sanguinario: mantenía todos sus músculos en tensión y dejaba que el tiempo fuera transcurriendo mientras bufaba su odio a la boca palpitante del Temible. La hoja de la espada siguió avanzando despacio, muy despacio, hasta que por fin la punta se hundió en la carne pintada justo por debajo de la última costilla del gigante.

El Sanguinario sintió el goteo de la sangre sobre la empuñadura y sobre su puño apretado. Sintió la sangre fluir de la boca del Temible a la suya, resbalarle por el cuello y filtrarse por las heridas que surcaban su espalda para caer luego al suelo. Todo tal y como tenía que ser. Suavemente, con suma

delicadeza, la hoja se fue deslizando por el cuerpo tatuado del Temible, hacia un lado, hacia arriba, hacia delante.

Las colosales manos lanzaban zarpazos contra el brazo que teñía a su espalda, buscando desesperadamente algún punto de apoyo que le sirviera para detener el irresistible avance de aquel acero. Pero, con cada movimiento, la fuerza del gigante se iba derritiendo como un trozo de hielo colocado al lado de un horno. Más fácil sería detener el curso del Torrente Blanco que parar al Sanguinario.

El movimiento de sus manos era como el crecimiento de un árbol, avanzaba medio pelo cada vez, pero no había carne, ni piedra, ni metal que pudiera detenerlo.

El costado tatuado del gigante era invulnerable. Así lo quiso el gran Glustrod en épocas pretéritas, en los Viejos Tiempos, cuando aquellas palabras fueron escritas sobre la piel del Temible. Pero Glustrod sólo había escrito en un costado. Lentamente, con suavidad, con delicadeza, la punta de la espada del Creador cruzó la línea divisoria, accedió al costado donde no había escritura y se fue hundiendo en sus tripas, ensartándole como si estuviera preparando un trozo de carne para una parrilla.

El gigante profirió un aullido agudo y las pocas fuerzas que le quedaban le abandonaron. El Sanguinario abrió las mandíbulas y le soltó, manteniéndole la espalda sujeta con una mano mientras la otra seguía introduciendo la espada en el cuerpo de su enemigo. El Sanguinario bufaba carcajadas entre dientes, las chorreaba por el agujero deforme de su cara. Hincó a fondo la espada para ver adónde llegaba, y la punta apareció entre las placas acorazadas que había justo debajo de la axila del gigante y relució roja al sol.

Soltando aún su interminable aullido, Fenris el Temible se tambaleó hacia atrás, con un hilo de babas sanguinolentas colgando de su boca abierta. El costado pintado había cicatrizado ya, pero el otro había quedado reducido a carne picada. Los hombres que formaban el círculo le miraban petrificados asomándose por encima del borde de sus escudos. Se movía arrastrando los pies, buscando a tientas con una mano la roja empuñadura de la espada del Creador, que estaba hundida en su costado hasta la cruz y de cuyo pomo ensangrentado caía un constante reguero que sembraba la tierra de manchas rojas. Su aullido se convirtió en un estertor sordo, se pisó un pie con el otro, se inclinó como un árbol recién talado y cayó de espaldas en el centro del círculo con los brazos y las piernas extendidos. Su cara dejó de palpitar al fin y se produjo un prolongado silencio.

—Por los muertos —fueron unas palabras dichas casi en voz baja, con un tono reflexivo. Logen entrecerró los ojos para protegerse del sol y al alzar la vista divisó la silueta negra de un hombre que le miraba desde lo alto de la

barbacana—. Por los muertos, nunca pensé que lo conseguirías.

El mundo se bamboleaba mientras Logen se ponía en marcha, con el aliento silbando gélido a través de la herida de la cara y raspándole su garganta en carne viva.

Los hombres del círculo, enmudecidos y con los escudos colgando de los brazos, se apartaron para abrirle paso.

—¡Nunca pensé que lo conseguirías, pero me olvide de que a la hora de matar no hay quien te supere! ¡Siempre lo dije!

Logen cruzó las puertas abiertas con paso tambaleante, encontró un pasadizo abovedado y comenzó a subir los escalones irregulares de una escalera de caracol. Sus botas emitían una especie de silbido al raspar las piedras y dejaban marcas oscuras a su paso. La sangre goteaba —plip, plop— desde los dedos de su mano izquierda. Le dolían todos los músculos del cuerpo y la voz de Bethod se le clavaba en los oídos como un puñal.

—¡Pero seré yo el que ría el último, Sanguinario! ¡Eres como las hojas en el agua! ¡La lluvia te arrastra adónde ella quiera!

Logen avanzaba a trompicones; las mandíbulas apretadas, las costillas en un grito, el hombro rozando los muros curvos. Más y más arriba, una vuelta y otra vuelta, seguido del eco de su aliento entrecortado.

—¡Nunca tendrás nada! ¡Nunca serás nada! ¡Lo único que sabes hacer es convertir a la gente en cadáveres!

Salió a la azotea, parpadeó cegado por el brillo de la luz matinal, giró la cabeza y escupió un gargajo sanguinolento. Bethod estaba de pie junto a las almenas. Los Grandes Guerreros que le acompañaban se apartaron con paso inseguro mientras Logen avanzaba a grandes zancada hacia él.

—¡Estás hecho de muerte, Sanguinario! ¡Estás hecho de...!

El puño de Logen se estrelló contra su mandíbula, y Bethod dio un traspié hacia atrás. La otra mano de Logen le abofeteó la cara y le arrojó dando bandazos contra el paramento, abriéndole una herida en la boca por la que caía un largo hilo de saliva sanguinolenta. Logen le agarró de la nuca y le dio un rodillazo en la cara que le aplastó la nariz. Logen enredo su dedos en los cabellos de Bethod, los agarró con fuerza, le levantó la cabeza y luego la estrelló contra las piedras.

—¡Muere! —bufó.

Bethod daba sacudidas y gorgoteaba. Logen volvió a alzarle la cabeza y la estrelló contra las piedras una y otra vez. La diadema dorada salió disparada de su cráneo destrozado y rodó por la azotea con jubiloso tintineo.

—¡Muere!

Y Logen, haciendo un último esfuerzo, alzó en vilo el cadáver de Bethod y lo arrojó por encima de las almenas. Observó su caída. Lo vio chocar contra el suelo y quedarse tirado sobre un costado, con las piernas y los brazos descoyuntados, los dedos enroscados como si trataran de agarrar algo y la cabeza reducida a una mancha oscura sobre la dura tierra. Las caras de la multitud que había abajo se volvieron hacia el cadáver y, luego, lentamente, con ojos y bocas muy abiertos, se alzaron hacia Logen.

En medio de todos ellos, Crummock-i-Phail, que se encontraba en el centro del círculo de hierba junto al cadáver del Temible, alzó despacio una mano y señaló hacia arriba con el dedo índice.

—¡El Sanguinario —gritó—, Rey de los Hombres del Norte!

Jadeando, con las piernas temblorosas, Logen le miró boquiabierto sin entender nada. El furor había desaparecido y lo único que había dejado a su paso era un inmenso cansancio. Cansancio y dolor.

—¡Rey de los Hombres del Norte! —chilló una voz desde el fondo de la multitud.

—No —graznó Logen, pero nadie le oyó. Estaban demasiado ebrios de sangre y de furia, o demasiado ocupados pensando en qué sería lo más sencillo, o demasiado asustados para decir otra cosa. La consigna se fue propagando, primero fue un goteo, luego un flujo y por fin una auténtica inundación, sin que Logen pudiera hacer otra cosa que mirar mientras se aferraba a la piedra ensangrentada para no caerse.

—¡El Sanguinario, Rey de los Hombres del Norte!

Pálido como la Nieve, con su manto de piel blanca salpicado con la sangre de Bethod, se había hincado de rodillas a su lado. Siempre había sido de los que lamen el culo que les quede más cerca, pero no era el único. Todos se habían arrodillado, tanto en las murallas como en la hierba. Los Caris del Sabueso y los de Bethod. Los hombres que habían sujetado los escudos en nombre de Logen y los que lo habían hecho en nombre del Temible. Puede que Bethod les hubiera enseñado muy bien la lección. Puede que ya no supieran ser sus propios dueños y necesitaran a alguien que les dijera lo que tenían que hacer.

—No —susurró Logen, pero lo único que salió de su boca fue una especie de gemido sordo. Detener aquello estaba tan fuera de su alcance como conseguir que el cielo se desplomara. Al parecer, era cierto que los hombres tenían que pagar por lo que habían hecho. Sólo que a veces de una forma que no era la esperada.

—¡El Sanguinario —rugió de nuevo Crummock, poniéndose de rodillas

y alzando los brazos hacia el cielo—, Rey de los Hombres del Norte!

El mal menor

La habitación era otra caja con demasiada luz. Las mismas paredes color hueso salpicadas de manchas marronáceas. *Moho, sangre, o las dos cosas.* Las mismas mesas y sillas desvencijadas. *Instrumentos de tortura en potencia.* El mismo dolor que quemaba el pie, la pierna y la espalda de Glokta. *Hay cosas que no cambian nunca.* El mismo prisionero, cualquiera hubiera pensado, con la cabeza dentro de la misma bolsa de siempre. *Como las docenas de hombres que han pasado por esta habitación en los últimos días y como las docenas restantes que aguardan amontonados en las celdas que hay detrás de la puerta hasta que a nosotros nos plazca.*

—Muy bien —dijo Glokta agitando con fatiga una mano—. Procedamos.

Frost arrancó la bolsa de la cabeza del prisionero. Un rostro kantic, con profundas arrugas alrededor de la boca y una barba negra muy cuidada, jaspeada de mechones grises. Un rostro sabio y digno, cuyos ojos rehundidos trababan de adaptarse a la luz.

Glokta se echó a reír. Cada carcajada se le clavaba en la base de la espina dorsal y hacía que el cuello le traqueteara, pero no podía evitarlo. *Después de tantos años, el destino todavía puede burlarse de mí.*

—¿De qué ze ríe? —gruñó Frost.

Glokta se secó las lágrimas del ojo.

—Practicante Frost, esto es un honor para nosotros. Nuestro último cautivo no es ni más ni menos que el Maestro Farrad, que tuvo su consulta en Yashtavit, en Kanta, y más recientemente en un magnífico domicilio de la Vía Regia. Estamos en presencia del mejor dentista del Círculo del Mundo. *Hay que apreciar la ironía.*

Farrad parpadeó por el exceso de luz.

—Yo le conozco —dijo.

—Sí.

—Usted es el que fue prisionero de los gurkos.

—Sí.

—El que torturaron. Recuerdo... que me lo trajeron para que le viera.

—Sí.

Farrad tragó saliva. *Como si sólo de recordarlo le entraran ganas de vomitar.* Alzó la mirada hacia Frost, y los ojos rosáceos le respondieron sin un parpadeo. Contempló la habitación sucia y llena de manchas de sangre, las baldosas agrietadas y la mesa rayada. Luego sus ojos se detuvieron en el documento de confesión que había encima de ésta.

—Después de lo que le hicieron, ¿cómo puede hacer esto ahora?

Glokta le mostró su sonrisa desdentada —Después de lo que me hicieron, ¿qué otra cosa iba a hacer?

—¿Por qué estoy aquí?

—Por la misma razón por la que todo el mundo viene aquí —Glokta desvío la mirada hacia Frost, que plantó las gruesas puntas de sus dedos en el pliego de la confesión y lo empujó por la mesa hacia el prisionero—. Para confesar.

—¿Confesar qué?

—Que es un espía de los gurkos.

El rostro de Farrad se contrajo en un gesto de incredulidad.

—¡Yo no soy un espía! ¡Los gurkos me lo quitaron todo! ¡Tuve que huir de mi país cuando llegaron! ¡Soy inocente y usted debe saberlo!

Naturalmente. Como todos los espías que han confesado en esta sala en los últimos días. Pero todos confesaron, sin excepción.

—¿Va a firmar el documento?

—¡Yo no tengo nada que confesar!

—¿Por qué será que nadie puede responder a mis preguntas? —Glokta estiró su espalda dolorida, movió el cuello de lado a lado y se frotó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice. Pero ninguna de esas cosas le proporcionó alivio. *Nada me lo proporciona. ¿Por qué se empeñan en hacer que todo resulte tan difícil para mí y para ellos?*—. Practicante Frost ¿quiere mostrar al buen maestro el trabajo que llevamos hecho hasta ahora?

El albino sacó de debajo de la mesa un cubo abollado y, sin mayores ceremonias, volcó su contenido delante del prisionero. Centenares de dientes resbalaron, giraron y saltaron encima de la mesa. Dientes de todas las formas y tamaños, con una gama de colores que iban del blanco al marrón, pasando por todos los tonos del amarillo. Dientes con raíces sanguinolentas y con trozos de carne adheridos. Un par de ellos cayeron al suelo por uno de los extremos de la mesa, rebotaron contra las sucias baldosas y se perdieron por los rincones de la

estrecha sala.

Farrad miró con horror el desbarajuste odontológico que tenía delante. *Ni el mismísimo Príncipe de los Dientes puede haber visto semejante cosa.* Glokta se inclinó hacia él.

—Supongo que usted mismo habrá arrancado un diente o dos alguna que otra vez —el prisionero asintió mecánicamente con la cabeza—. Entonces se podrá imaginar lo cansado que estoy después de todos éstos. Por eso quería acabar con usted lo antes posible. No me gusta verle aquí y a usted sin duda tampoco le gusta verse aquí. Así que creo que podemos ayudarnos el uno al otro.

—¿Qué tengo que hacer? —susurró Farrad mientras su lengua se movía nerviosa por el interior de su boca.

—Nada complicado. Lo primero, firmar su confesión.

—Dizculpen —mascculló Frost, y acto seguido se inclinó y sacudió un par de dientes que había encima del documento, uno de los cuales dejó sobre el papel una marca de color rosáceo.

—Después, nombrar a otros dos.

—¿Otros dos qué?

—¿Qué van a ser? Otros dos espías de los gurkos, por supuesto. De entre su gente.

—¡Pero si... yo no conozco a ningún espía!

—Entonces me valen otros dos nombres cualquiera. A usted le han nombrado varias veces.

El dentista tragó saliva, sacudió la cabeza y apartó con la mano el papel. *Un hombre valiente y justo. Pero el valor y la justicia no son virtudes que convenga tener en esta habitación.*

—Firmaré —dijo el dentista—. Pero no daré el nombre de ningún inocente. No lo haré, y que Dios se apiade de mí.

—Es posible que Dios se apiade de usted. Pero aquí no es Él quien tiene las tenazas. Ponle el cepo.

La manaza de Frost agarró por detrás la cabeza de Farrad y los tendones se marcaron sobre su pálida piel al forzarle a abrir la boca. Luego introdujo el cepo entre las mandíbulas e hizo girar la tuerca con gran destreza hasta abrirlo del todo.

—¡Aaah! —gorgoteó el dentista—. ¡Aaah!

—Lo sé. Y esto no es más que el principio —Glokta abrió la tapa de su

caja y contempló el despliegue de madera pulida, afilado acero y reluciente cristal. *Pero qué...* Entre las herramientas había un desconcertante espacio vacío—. ¿Qué significa esto? ¿Has dejado que saquen de aquí las tenazas, Frost?

—No —gruñó el albino moviendo enfadado la cabeza.

—¡Maldita sea! ¿Es que ninguno de esos cabrones sabe guardar sus propios instrumentos? Ve al cuarto de al lado y mira a ver si al menos te pueden prestar otras.

El Practicante salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta. Glokta contrajo el semblante y se puso a frotarse la pierna. Farrad le miraba con un hilo de saliva cayéndole por la comisura de la boca. Sus ojos desorbitados miraron de soslayo cuando se oyó un grito de dolor proveniente del pasillo.

—Discúlpenos —dijo Glokta—. Normalmente estamos mejor organizados, pero es que llevamos unos días que no paramos. Hay demasiadas cosas que hacer.

Frost cerró la puerta y le entregó por el mango unas tenazas oxidadas que tenían adheridas un poco de sangre seca y un par de pelos rizados.

—¿Esto es lo mejor que tienen? ¡Están sucias!

Frost se encogió de hombros.

—¿Qué máz da eso?

Supongo que tiene razón. Glokta lanzó un profundo suspiro, se levantó de la silla con dificultad y se inclinó para inspeccionar el interior de la boca de Farrad. *Qué hermosura de dientes. La dotación completa, y tan blancos como perlas. Supongo que es normal que un dentista de primera tenga unos dientes de primera. Otra cosa sería mala publicidad para su oficio.*

—Aplaudo su limpieza. Es un raro privilegio interrogar a un hombre que valora la importancia de tener la boca limpia. Nunca había visto unos dientes tan perfectos —y, como quien no quiere la cosa, les propinó unos golpecitos con las tenazas—. Da pena tener que sacarlos todos sólo para que usted confiese dentro de diez minutos en lugar de hacerlo ahora, pero qué se le va a hacer —cerró las tenazas alrededor de la muela más próxima y comenzó a hacerla girar.

—Glug... aaaj —gargajeó Farrad.

Glokta frunció los labios, como si estuviera meditando, y luego retiró las tenazas.

—Demos al buen maestro otra oportunidad de hablar —Frost desatornilló el cepo y se lo extrajo a Farrad de la boca junto con un chorro de babas—. ¿Tiene algo que decir?

—¡Firmaré! —exhaló Farrad mientras un lagrimón le resbalaba por la

mejilla—. Que Dios me perdone, firmaré.

—¿Y dará el nombre de dos cómplices?

—Lo que quiera... por favor... haré lo que quiera.

—Excelente —dijo Glokta mientras observaba cómo la pluma rasgueaba el pliego de confesión—. ¿Quién va ahora?

Glokta oyó a su espalda el ruido de la cerradura. Mientras volvía la cabeza torció el gesto para disponerse a pegar un grito al impertinente intruso.

—Eminencia... —susurró con mal disimulada consternación, levantándose trabajosamente de la silla.

—No es preciso que se levante, no tengo todo el día —Glokta se encontró paralizado en la más incómoda postura posible, a medio camino entre estar sentado y estar de pie, y tuvo que volver a dejarse caer en la silla de forma muy poco elegante mientras Sult entraba, dejando a sus espaldas tres gigantescos Practicantes que se quedaron en el umbral en silencio—. Dígale a su engendro de la naturaleza que se vaya.

Los ojos de Frost se entrecerraron, echaron un vistazo a los Practicantes y luego miraron a Sult.

—Muy bien, Practicante Frost —se apresuró a decir Glokta—. Puede llevarse a nuestro prisionero.

El albino liberó a Farrad de sus esposas y arrastró con un puño al dentista fuera de la silla. Se lo llevó agarrándole por el cuello hasta la puerta del fondo y con la mano que tenía libre abrió el cerrojo. Volvió un momento la cabeza para mirar furioso a Sult y éste le devolvió la mirada. Luego cerró tras él la puerta de un portazo.

Su Eminencia se sentó en la silla que había frente a Glokta. *Seguro que aún conserva el calor del sudoroso trasero del recto y valeroso maestro Farrad.* Barrió con una mano enguantada algunos de los dientes que quedaban en la mesa y los tiró al suelo. *Con la misma indiferencia que si fueran migas de pan.*

—Una conspiración está en marcha en el Agriont. ¿Hemos descubierto algo que pueda desenmascararla?

—He interrogado a la mayoría de los presos kantics y he obtenido un número suficiente de confesiones, así que no creo que debamos...

Sult agitó la mano con furia.

—No se trata de eso, imbécil. Me refiero al cabrón de Marovia y a sus adláteres, el Primero de los Magos, por así llamarle, y nuestro supuesto Rey.

¿Incluso ahora que los gurkos están llamando a la puerta?

—Eminencia, entendía que la guerra tendría prioridad sobre...

—Usted es incapaz de entender nada —dijo Sult con desprecio—. ¿Qué pruebas ha conseguido contra Bayaz?

En la Universidad me topé con lo que no debía y luego estuve a punto de que me ahogaran en la bañera.

—Hasta ahora... nada.

—¿Y qué me dice de la ascendencia del Rey Jezal Primero?

—Esa vía de investigación parece también... un callejón sin salida. O *una vía que conduce a mi muerte, si mis amos de Valint y Balk se enteran. Y se enteran de todo.*

Los labios del Archilector se curvaron.

—¿Entonces qué demonios ha estado haciendo últimamente?

Los últimos tres días he estado muy ocupado arrancando confesiones absurdas de los labios de hombres inocentes. ¿Cuándo se supone que iba a encontrar tiempo suficiente para derribar al Estado?

—He estado ocupado buscando espías gurkos...

—¿Por qué nunca escucho de usted más que excusas? Dado el acelerado declive de su eficacia empiezo a preguntarme cómo es posible que lograra impedir durante tanto tiempo que Dagoska cayera en manos de los gurkos. Debió de necesitar una enorme cantidad de dinero para reforzar las defensas de la ciudad.

Glokta requirió de todo su control de sí mismo para impedir que su ojo palpitante se le saltara de la cara. *No te muevas, gelatina de mierda, o estamos perdidos.*

—Convencí a los miembros del Gremio de los Especieros para que contribuyeran, haciéndoles ver que sus propios medios de vida estaban en peligro.

—Una generosidad muy desacostumbrada la suya. Ahora que lo pienso, todo el asunto de Dagoska me huele raro. Siempre me ha parecido extraño que decidiera deshacerse de la Maestre Eider en privado en lugar de enviármela.

Y pasamos de lo malo a lo peor.

—Un error de cálculo por mi parte, Eminencia. Pensé que así le ahorraría la molestia de...

—Acabar con los traidores no es para mí una molestia. Y usted lo sabe —alrededor de los duros ojos azules de Sult surgieron iracundas arrugas—. ¿No será que a pesar de todo lo que hemos pasado juntos me toma usted por un

idiota?

Al hablar, Glokta sintió un molesto picor en su garganta reseca.

—De ninguna manera, Archilector. *No es más que un simple megalómano letal. Lo sabe. Sabe que yo no soy del todo su esclavo fiel. ¿Pero cuánto sabe? ¿Y quién se lo ha dicho?*

—Le confié una misión imposible y por eso le he concedido el beneficio de la duda. Pero ese beneficio sólo durará lo que duren sus éxitos. Me fatiga tener que estar siempre espoleándole. Si no resuelve mis problemas con el nuevo Rey en las próximas dos semanas, encargaré al Superior Goyle que obtenga de usted las respuestas a mis interrogantes sobre el asunto de Dagoska. Que se las arranque a su carne contrahecha, si es preciso. ¿Está claro?

Como el cristal de Visserine. Dos semanas para encontrar las respuestas o... fragmentos de un cuerpo descuartizado flotando junto a los muelles. Pero el simple hecho de formular las preguntas bastará para que Valint y Balk informen de nuestro acuerdo a Su Eminencia y... hinchado por el agua del mar, horriblemente mutilado, irreconocible. Pobre Superior Glokta. Un hombre tan apuesto, tan querido. ¡Qué mala suerte la suya! ¿Para dónde tirara ahora?

—Comprendo, Archilector.

—Entonces, ¿por qué sigue ahí sentado?

Fue Ardee West en persona quien abrió la puerta, con un vaso de vino medio lleno en la mano.

—¡Ah, Superior Glokta, qué encantadora sorpresa! ¡Pase, por favor!

—Casi parece contenta de verme. *Una reacción nada habitual a mi llegada.*

—¿Por qué no iba a estarlo? —se echó gentilmente a un lado para abrirle paso—. ¿Cuántas muchachas tienen la suerte de tener como acompañante a un torturador? No hay nada mejor para conseguir pretendientes.

Glokta traspasó renqueando el umbral.

—¿Dónde está la doncella?

—Se puso como loca por no sé qué asunto relacionado con un ejército gurko y la dejé que se fuera. Está en casa de su madre, en Martenhorm.

—Confío en que usted también se estará preparando para irse, ¿no? —la siguió al cómodo salón, que tenía las contraventanas y las cortinas echadas y estaba iluminado por la luz oscilante de los rescoldos de la chimenea.

—Pues no. He decidido quedarme en la ciudad.

—¿De verdad? ¿La princesa trágica que languidece en su castillo vacío? ¿Abandonada por sus desleales sirvientes y retorciendo sus inofensivas manos mientras sus enemigos cercan el foso? —Gorka soltó un resoplido—. ¿Cree que le pega ese papel?

—Más que a usted el del jinete del corcel blanco que acude a rescatar a la princesa con su espada flameante —le miró con desprecio de arriba abajo—. Tenía la esperanza de que mi héroe conservara al menos la mitad de su dentadura.

—Creí que a estas alturas ya se habría acostumbrado a tener menos de lo que espera. *Yo desde luego ya lo estoy.*

—¿Qué quiere que le diga? Soy una romántica. ¿Ha venido aquí sólo para desinflar mis sueños?

—No. Eso es algo que me sale sin querer. Mi idea era más bien tomar una copa y mantener una conversación que no tuviera como trasfondo el tema de mis mutilaciones.

—Es difícil saber adónde irá a parar nuestra conversación, pero un vino sí que puedo ofrecerle —le sirvió una copa y él bebió su contenido en cuatro tragos. Después le tendió el vaso vacío mientras se relamía.

—En serio, antes de una semana los gurkos habrán puesto cerco a Adua. Le aconsejo que se vaya lo antes posible.

Ardee volvió a llenar las dos copas.

—¿No se ha dado cuenta de que la mitad de la ciudad ha tenido la misma idea? Ahora cualquier penco pulgoso que no haya sido requisado por el ejército cambia de manos por quinientos marcos. Masas de ciudadanos asustados huyen hacia todos los rincones de Midderland. Columnas de refugiados indefensos que vagan por campos embarrados, recorriendo un kilómetro al día. Ateridos de frío, cargados con lo poco que tienen. Presas fáciles para cualquier bandolero que se encuentre a cien kilómetros a la redonda.

—Cierto —admitió Glokta mientras se encaminaba trabajosamente hacia una butaca que había junto al fuego.

—¿Y además, adónde iba a ir? Le juro que no tengo ni un solo amigo o pariente en todo Midderland. ¿Pretende que me esconda en el bosque, me ponga a frotar un par de palos para encender un fuego y me dedique a cazar ardillas con las manos? ¿Cómo diablos iba a emborracharme en esas circunstancias? No, gracias, me parece que aquí estoy más segura y muchísimo más cómoda. Tengo carbón para la chimenea y la bodega bien surtida. Puedo resistir durante varios meses —señaló la pared agitando fláccidamente una mano—. Los gurkos vienen por el oeste y nosotros estamos en el lado este de la

ciudad. Seguro que no estaría más segura ni en el mismísimo palacio.

Puede que tenga razón. Aquí por lo menos puedo vigilarla más o menos.

—De acuerdo, me inclino ante sus razonamientos. O me inclinaría si me lo permitiera la espalda.

Ardee se sentó frente a él.

—¿Y cómo es la vida en los pasillos del poder?

—Fría. Como suelen ser los pasillos —Glokta se pasó un dedo por los labios—. Me encuentro en una situación difícil.

—Yo de eso tengo experiencia.

—Ésta es bastante... compleja.

—Pues trate de explicármela en unos términos que una pobre tonta como yo pueda entender.

¿Qué mal hay en decírselo? Al fin y al cabo, ya estoy mirando a la muerte cara a cara.

—Dicho en unos términos que una pobre tonta pueda entender, imagínese que... por necesitar desesperadamente ciertos favores se ha prometido en matrimonio a dos hombres muy ricos y poderosos.

—Hummm. Sería mejor que sólo fuera uno.

—En este caso concreto, sería mejor que no fuera ninguno. Los dos son unos carcamales de una fealdad indescriptible.

Ardee se encogió de hombros.

—La fealdad se perdona enseguida a los ricos y poderosos.

—Pero es que esos dos pretendientes además son bastante propensos a padecer violentos ataques de celos. Unos ataques que podrían resultar extremadamente peligrosos si llegaran a enterarse de la desvergonzada infidelidad de su prometida. Usted confiaba en poder librarse de una de las dos promesas en algún momento, pero el día de la boda se acerca... y resulta que sigue estando... considerablemente comprometida con los dos. En realidad, más que nunca... ¿Qué hacer?

Ardee frunció los labios con gesto pensativo, tomó una bocanada de aire y luego, con ademán teatral, se echó un mechón hacia uno de sus hombros.

—Los volvería locos con mi ingenio sin igual y mi deslumbrante belleza y luego me las arreglaría para que los dos se batieran a duelo. El ganador obtendría como magnífica recompensa mi mano y no sospecharía ni por un instante que anteriormente había estado también prometida a su rival. Como es viejo, esperaría con ansia su inminente muerte para así convertirme en una rica

y respetada viuda —le miró con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué me dice a eso, caballero?

Glokta pestañeó.

—Me temo que la metáfora ha dejado de hacer al caso.

—Oh, vaya... —Ardee miró al techo con los ojos entornados y de pronto chasqueó los dedos—. Ya sé. Recurriré a las sutiles artes femeninas... —echó hacia atrás los hombros y levantó el busto—... para seducir a un tercer hombre, más poderoso y rico aún que los otros dos. Joven, apuesto y, ya que esto es una metáfora, supongo que también bastante atlético. Me casaré con él y con su ayuda destruiré a los otros dos y los dejaré abandonados y sin un maldito centavo. ¡Ja! ¿Qué le parece?

Glokta notó que su párpado se había puesto a palpitar y se lo apretó con una mano. *Interesante.*

—Un tercer pretendiente —murmuró—. La verdad es que no se me había ocurrido esa idea.

La silla de Skarling

Abajo, a lo lejos, el agua embravecida espumeaba. Había llovido mucho durante la noche y ahora el río corría crecido mordiendo con furia ciega la base de la peña. Frías aguas negras y fría espuma blanca chocando contra la piedra negra y fría. Unas formas minúsculas, de un amarillo dorado, de un ardiente naranja, de un intenso púrpura, de todos los colores del fuego, pasaban como una exhalación arrastradas por las locas corrientes, se dejaban llevar allá adonde las condujeran las lluvias.

Hojas en el agua, como él.

Y ahora parecía como si las lluvias fueran a arrastrarle a él hacia el Sur. Para seguir luchando un poco más. Para matar a hombres que nunca habían oído hablar de él. Sólo de pensarlo le entraban ganas de vomitar. Pero había dado su palabra y un hombre que no cumple su palabra ni es hombre ni es nada. Eso era lo que solía decirle a Logen su padre.

Se había pasado muchos y muy largos años sin dar ningún valor a nada. Ni su palabra, ni las palabras de su padre, ni la vida de otros hombres significaban nada para él. Había dejado que se pudrieran todas las promesas que había hecho a su esposa y a sus hijos. Había incumplido incontables veces la palabra dada a su gente, a sus amigos, a sí mismo. El Sanguinario. El hombre más temido del Norte. Un hombre que se había pasado todos los días de su vida caminando por un círculo de sangre. Un hombre que en su vida había hecho otra cosa que el mal. Y durante todo ese tiempo se había limitado a mirar al cielo y encogerse de hombros. A echar la culpa al que tuviera más cerca y a decirse a sí mismo que no tenía otra elección.

Bethod ya no existía. Logen se había vengado al fin, pero el mundo no se había convertido de repente en un lugar más habitable. El mundo seguía siendo el mismo y él también. Desplegó los dedos de la mano izquierda encima de la piedra húmeda. Unos dedos retorcidos y deformados por una docena de viejas fracturas, con los nudillos arañados y llenos de costras y las uñas agrietadas y sucias. Se quedó un momento contemplando el muñón que le era tan familiar.

—Sigo vivo —dijo en voz baja, casi sin poder creerlo.

Hizo una mueca de dolor al sentir una punzada en las costillas y soltó un gemido cuando se separó de la ventana para volverse hacia el gran salón. El salón del trono de Bethod, y ahora el suyo. La idea hizo que una escueta risotada le eructara en las tripas, pero hasta eso bastó para que le dieran un tirón los innumerables puntos de sutura que tenía en la mejilla y en un lado de la cara. Atravesó cojeando el gran salón, sufriendo con cada paso. El ruido de sus botas rebotó contra las vigas del techo, imponiéndose al lejano murmullo del río. Haces de luz difusa, llenos de polvo en suspensión, dibujaban un entramado sobre las tablas del suelo. Cerca de Logen, en un estrado, se encontraba la silla de Skarling.

El salón, la ciudad, la tierra de alrededor, todo había cambiado hasta el punto de ser ahora casi irreconocible, pero a Logen le pareció que la silla estaba igual que cuando Skarling vivía. Skarling el Desencapuchado, el más grande de los héroes del Norte. El hombre que había unido a los clanes para luchar contra la Unión, hacía mucho tiempo. El hombre que había unido las tierras del Norte con sus palabras y sus gestos, durante unos pocos años al menos.

Un asiento sencillo para un hombre sencillo: tallado con grandes y sólidos maderos, con la pintura borrada en sus bordes por el paso del tiempo, pulido por los hijos y nietos de Skarling y por los sucesivos hombres que habían acaudillado su clan a lo largo de los años. Hasta que el Sanguinario había llamado a las puertas de Carleon. Hasta que Bethod se apoderó de la silla y se hizo pasar por el nuevo Skarling, obligando al Norte a unirse por el fuego, el miedo y el acero.

—Bueno, ¿qué? —Logen se dio la vuelta y vio a Dow apoyado en la puerta con los brazos cruzados—. ¿No te vas a sentar en ella?

Aunque las piernas le dolían tanto que no aguantaba estar de pie un minuto más, Logen negó con la cabeza.

—A mí me basta el barro para sentarme. Yo no soy ningún héroe y Skarling no era ningún rey.

—Según he oído, le ofrecieron una corona y la rechazó.

—¡Coronas! —Logen escupió con una saliva que seguía teñida de un color rosáceo debido a los cortes que tenía en la boca—. ¡Reyes! Todo eso es una mierda y no podría haber un candidato peor que yo.

—¿Pero no irás a decir que no?

Logen alzó la vista y le miró con el ceño fruncido.

—¿Para que cualquier otro cabrón, todavía peor que Bethod, se siente en esa silla y haga que el Norte se desangre un poco más? Quizá ahí sentado pueda hacer algún bien.

—Quizá —Dow le miró a los ojos—. Pero hay hombres que no han nacido para hacer el bien.

—¿Otra vez estáis hablando de mí? —dijo risueño Crummock entrando por la puerta con el Sabueso y Hosco a su espalda.

—¿Por qué tienes que creer que todo el mundo está siempre hablando de ti, Crummock? —dijo el Sabueso—. ¿Has dormido bien, Logen?

—Sí —mintió—. Como un muerto.

—Bueno, ¿y ahora qué?

Logen contempló la silla.

—Ahora al Sur, supongo.

—Al Sur —gruñó Hosco, sin dejar claro si la idea le parecía bien o no.

Logen se pasó la lengua por el interior de la boca para comprobar una vez más, sin que hubiera ninguna razón para ello, hasta qué punto le dolía.

—Calder y Scale deben de andar por alguna parte. Seguro que Bethod los mandó en busca de ayuda. Al otro lado del Crinna, o en los altos valles, o en donde sea.

Crummock se rió entre dientes.

—Ah, un buen trabajo nunca tiene fin.

—Antes o después harán alguna de las suyas —terció el Sabueso—. De eso estoy seguro.

—Alguien tiene que quedarse aquí para vigilar las cosas. Y para intentar atrapar a esos dos hijos de mala madre, si es que puede.

—Yo me quedo —dijo Dow.

—¿Seguro?

Dow se encogió de hombros.

—No me gustan los barcos y no me gusta la Unión. No necesito hacer un viaje para saber eso. Y además tengo algunas cuentas que saldar con Calder y Scale. Elegiré a algunos Caris de entre los que se queden y me iré a hacerles una visita —les dedicó una de sus sonrisas aviesas y dio una palmada en el brazo al Sabueso—. Que tengáis suerte con los sureños esos. Y procurad que no os maten —entrecerró los ojos y miró a Logen—. Sobre todo tú, Nuevededos. No nos gustaría quedarnos sin otro Rey de los Hombres del Norte, ¿verdad? —y acto seguido se cruzó de brazos y abandonó el salón.

—¿Cuántos hombres nos quedan?

—Unos trescientos ahora, contando con que Dow se lleve a unos cuantos.

Logen suspiró.

—Pues que se preparen para el viaje. No me gustaría que Furioso se fuera sin nosotros.

—¿Y quién va a querer marcharse después de lo que hemos pasado estos últimos meses? —inquirió el Sabueso—. ¿Quién va a querer seguir matando?

—Supongo que los que no saben hacer otra cosa —Logen se encogió de hombros—. Bethod tenía oro por ahí guardado, ¿no?

—Sí. Algo.

—Pues repartidlo. Una buena cantidad para cada uno de los que quieran acompañarnos. Un parte ahora y otra cuando volvamos. Seguro que unos cuantos aceptarán.

—Tal vez. El oro puede hacer que un hombre suelte palabras muy duras. Lo que ya no sé es si puede hacerle luchar duro cuando llegue el momento.

—Bueno, me imagino que eso ya lo veremos.

El Sabueso se le quedó mirando fijamente a los ojos.

—¿Por qué tenemos que ir?

—Porque he dado mi palabra.

—¿Y? Eso nunca te había preocupado, que yo sepa.

—No, y ese es el problema. —Logen tragó saliva y no le gustó el sabor—. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre, sino intentar ser mejor?

El Sabueso asintió con la cabeza, sin apartar los ojos de Logen.

—De acuerdo, jefe. Vamos al Sur.

—Ajá —dijo Hosco. Y los dos salieron por la puerta, dejando solo a Crummock.

—¿Así que te vas a la Unión, eh, Majestad? ¿Al Sur, a matar a unos cuantos morenos a la luz del sol?

—Al Sur, sí —Logen se frotó uno de sus hombros doloridos contra una de sus doloridas mejillas y luego hizo lo mismo con el otro—. ¿Te vienes?

Crummock se separó de la pared y avanzó hacia él con las falanges de su collar repiqueteando alrededor de su cuello.

—No, no, yo ni hablar. Vuestra compañía ha sido un placer, eso es cierto, pero todo tiene su fin. Llevo demasiado tiempo lejos de mis montañas y mis esposas me estarán echando de menos —el jefe de los montañeses extendió los brazos, dio un paso adelante y le abrazó con fuerza. Con una fuerza claramente excesiva, según la opinión de Logen.

—Que ellos tengan un Rey si quieren —le susurró al oído—, pero a mí, la verdad, no me apetece. Y menos aún si ese Rey es el hombre que mató a mi hijo —Logen sintió que un soplo helado le recoma el cuerpo desde las raíces del pelo hasta las puntas de los dedos—. ¿Qué creías? ¿Que no iba a saberlo? —el montañés se inclinó un poco hacia atrás para mirarle a los ojos—. Le masacraste ante todo el mundo. Despedazaste al pequeño Rond igual que a un cordero al que se va a echar a la cazuela. Y el pobre estaba tan indefenso como si lo fuera.

Estaban solos en el gran salón, solos los dos con las sombras y la Silla de Skarling. Logen hizo un gesto de dolor cuando los brazos de Crummock se hincaron un poco más en los moratones y las heridas que le habían dejado los brazos del Temible. Ya no tenía fuerzas ni para enfrentarse a un gato, y los dos lo sabían. El montañés podía haberle hecho pedazos allí mismo, rematando la obra iniciada por el Temible. Pero, en lugar de eso, le sonrió.

—No te preocupes, Sanguinario. A fin de cuentas he conseguido lo que quería, ¿no? Bethod ha muerto, igual que su Temible, su bruja y su estúpida idea de unir a los clanes. Todos han vuelto al barro, que es el lugar que les corresponde. Contigo al frente, estoy seguro de que habrán de pasar cien años antes de que los norteños dejen de matarse unos a otros. Y a lo mejor, entretanto, nosotros los montañeses podemos disfrutar de un poco de paz, ¿eh?

—Claro que sí —graznó Logen entre dientes, haciendo una mueca de dolor al apretarle aún más Crummock.

—Mataste a mi hijo, eso es cierto, pero tengo muchos más. Hay que acabar con los débiles, ¿no es eso? Con los débiles y con los desafortunados. Nadie mete a un lobo entre sus ovejas y llora cuando descubre que se le ha comido una, ¿verdad que no?

Logen le miró estupefacto.

—Tú estás loco.

—Puede que sí, pero hay por ahí gente que está todavía más loca que yo —volvió a inclinarse hacia él y Logen sintió su aliento en el oído—. No fui yo quien mató al niño. —Luego le soltó y le dio una palmada en el hombro, como haría un amigo. Pero en aquel gesto no había ni asomo de amistad—. No vuelvas a subir a las Altiplanicies, Nuevededos, te lo aconsejo. Quizá no pueda brindarte otra amistosa bienvenida —se dio la vuelta y se alejó, muy despacio, moviendo uno de sus gruesos dedos por encima del hombro—. ¡No vuelvas a subir a las Altiplanicies, Sanguinario! ¡La luna te ama demasiado para mi gusto!

Liderazgo

Jezal marchaba por las calles empedradas a horcajadas de un magnífico corcel gris. Justo detrás iban Bayaz y el Mariscal Varuz, a los que seguían veinte Caballeros de la Escolta Regia con su uniforme de combate, encabezados por Bremer dan Gorst. Resultaba inquietante ver cómo la ciudad, por lo general abarrotada de gente, se encontraba casi desierta. Durante todo el trayecto sólo se habían tropezado con unos cuantos chiquillos harapientos, algún que otro vigilante urbano nervioso y unos pocos plebeyos recelosos, todos los cuales se habían apresurado a quitarse de en medio al ver venir a la comitiva real. Jezal suponía que la mayor parte de los habitantes que quedaban en la ciudad se encontraban bien atrincherados en sus dormitorios. Él se habría sentido tentado de hacer lo mismo si la Reina Terez no se le hubiera adelantado.

—¿Cuándo llegaron? —preguntaba Bayaz intentando hacerse oír por encima del ruido de los cascos de los caballos.

—La vanguardia apareció antes del amanecer —oyó Jezal que respondía a gritos Varuz—. Y a lo largo de toda la mañana han estado llegando más tropas gurkas por el camino de Keln. Hubo alguna escaramuza en los distritos situados extramuros de la Muralla de Casamir, pero nada que haya servido para retrasar su avance de forma significativa. Ya casi tienen rodeada media ciudad.

Jezal volvió la cabeza.

—¿Ya?

—A los gurkos les gusta venir siempre bien preparados, Majestad. —el viejo soldado espoleó su caballo para que se situara al lado del Rey—. Han empezado a construir una empalizada alrededor de Adua y han traído tres enormes catapultas. Las mismas que les dieron tan buenos resultados en el asedio de Dagoska. A mediodía estaremos completamente rodeados —Jezal tragó saliva. La palabra «rodeados» había hecho que se le formara un nudo en la garganta.

La marcha de la columna se redujo hasta convertirse en un majestuoso paseo al aproximarse a la puerta más occidental de la ciudad. Curiosamente, era

la misma puerta por la que él había hecho su entrada triunfal antes de ser coronado como Monarca Supremo de la Unión. A la sombra de la Muralla de Casamir se había congregado una multitud aún mayor de la que le había aclamado después de su extraña victoria sobre los campesinos. Pero hoy no había ningún ambiente de fiesta. Las jóvenes sonrientes habían sido sustituidas por hombres ceñudos y las flores frescas por armas viejas. Por encima de la muchedumbre se alzaba un caótico bosque de mástiles que apuntaban en todas direcciones, con sus puntas y sus filos relucientes. Picas y horcas, bieldos y bicheros e incluso palos de escoba a los que se había quitado las ramas para reemplazarlas por cuchillos.

Había también algún pequeño contingente de la Guardia Real, reforzado con miembros de la guardia urbana, unos pocos mercaderes hinchados vestidos con jubones de cuero y provistos de espadas relucientes y algunos peones malcarados armados con anticuadas ballestas. Eso era lo mejor de lo que estaba en oferta. Les acompañaba una mezcolanza de ciudadanos de ambos sexos y de todas las edades, equipados con una abigarrada colección de armas y armaduras. O sin nada en absoluto. Era difícil distinguir entre soldados y simples ciudadanos, suponiendo que existiera todavía alguna diferencia entre ellos. Todos miraron a Jezal cuando desmontó produciendo un cascabeleo con sus espuelas de oro. Le miraban *esperanzados,* advirtió, cuando empezó a caminar entre ellos seguido por su ruidosa y muy acorazada escolta.

—¿Estos son los defensores de la ciudad? —preguntó en voz baja al Mariscal Varuz, que caminaba a su lado.

—Algunos de ellos, Majestad. Acompañados por algunos ciudadanos entusiastas. Un espectáculo conmovedor.

Jezal hubiera cambiado gustoso una multitud conmovedora por una multitud eficaz, pero suponía que un caudillo tenía que presentar siempre su rostro más indomable cuando se encontraba en presencia de sus seguidores. Bayaz se lo había dicho muchas veces. Cuanto más necesario en el caso de un rey en presencia de sus súbditos. Y sobre todo de un rey que estaba muy lejos de hallarse firmemente asentado en el trono.

Así pues, se irguió, alzó lo más que pudo la barbilla, en la que se destacaba su cicatriz, y apartó a un lado su capa bordada con hilo de oro con el guantelete. Caminó entre la multitud con el mismo aire arrogante que siempre le había caracterizado, apoyando una mano en el pomo enjoyado de su espada y confiando a cada paso que daba que nadie presintiera la marmita rebosante de miedo y de duda que se ocultaba detrás de sus ojos. Mientras avanzaba, con Varuz y Bayaz apretando el paso a su espalda, las masas murmuraban. Hubo quien esbozó una reverencia. Otros ni se molestaron.

—¡El Rey!

—Yo creí que era más alto...

—Jezal el bastardo. —Jezal volvió de golpe la cabeza, pero no había forma de saber quién había sido.

—¡Es Luthar!

—¡Tres vivas por Su Majestad! —a lo que siguió un murmullo no demasiado entusiasta.

—Por aquí —le dijo un oficial muy pálido cuando llegó a la puerta, señalando con gesto compungido unas escaleras. Jezal subió virilmente los escalones de piedra de dos en dos, haciendo resonar las espuelas. Cuando salió a la terraza de la barbacana, se quedó paralizado y en sus labios se dibujó una mueca de asco. Ahí enfrente estaba su viejo amigo el Superior Glokta, apoyado en su bastón, y mirándole con una repulsiva sonrisa desdentada.

—Majestad —dijo con marcada ironía—. Qué honor tan abrumador —y acto seguido levantó el bastón y señaló el parapeto más alejado—. Los gurkos andan por ahí.

Mientras seguía con la mirada la dirección en que apuntaba el bastón de Glokta, Jezal estaba intentando preparar una réplica con una adecuada dosis de acidez De pronto, parpadeó y los músculos de su cara se distendieron. Pasó al lado del tullido sin decir palabra. Su mandíbula se fue abriendo poco a poco, y abierta se quedó.

—El enemigo —gruñó Varuz.

Jezal intentó imaginarse lo que habría dicho Logen Nuevededos si se hubiera visto enfrentado con lo que ahora tenía ahí abajo.

—Mierda.

Por el mosaico de campos mojados, por los caminos, a través de los setos, entre las granjas y las aldeas y los bosquecillos de árboles viejos que se extendían más allá de la muralla avanzaban a millares las tropas gurkas. El amplio camino pavimentado que conducía a Keln, trazando una curva hacia el sur que cruzaba una zona de campos de cultivo, estaba cubierto en su totalidad por un río reluciente de hombres en movimiento. Columnas de soldados gurkos que fluían como una inundación con el propósito de rodear la ciudad con un gigantesco anillo de hombres, madera y acero. Por encima de aquella masa pululante se alzaban unas enseñas doradas que resplandecían a la húmeda luz del sol otoñal. Eran los estandartes de las legiones imperiales. A primera vista, Jezal contó cerca de diez.

—Un número bastante considerable de hombres —dijo Bayaz, quedándose inmensamente corto.

Glokta sonrió.

—Los gurkos detestan viajar solos.

La valla de la que había hablado el Mariscal Varuz ya empezaba a levantarse, una línea oscura que serpenteaba por las campos embarrados a unas cien zancadas de la muralla, con una zanja poco profunda delante. Muy adecuada para impedir que llegaran a la ciudad suministros o refuerzos. Más allá se iban montando varios campamentos: grandes congregaciones de tiendas blancas que se alineaban en perfecto orden formando cuadrados, de algunas de las cuales salían ya altas columnas de humo procedentes de las forjas y de las fogatas de cocina. Todo ello con un aire de permanencia que no hacía presagiar nada bueno. Es posible que Adua siguiera todavía en manos de la Unión, pero ni al más embustero de los patriotas se le ocurriría negar que su zona de influencia se hallaba ya en poder del Emperador de Gurkhul.

—Hay que reconocer que están bien organizados —dijo Varuz con voz lúgubre.

—Sí... su organización es... —la voz de Jezal se quebró de pronto como un tablón viejo. Fingirse capaz de afrontar aquello sonaba más a locura que a valor.

Una docena de jinetes salió de entre las filas gurkas y avanzó al trote en dirección a la muralla. Dos banderas alargadas, de seda roja y amarilla, con inscripciones kantics bordadas en hilo de oro, flameaban sobre sus cabezas. Había también una bandera blanca, pero tan pequeña que casi pasaba desapercibida.

—Quieren parlamentar —gruñó el Primero de los Magos mientras sacudía lentamente la cabeza—. Una simple excusa para que unos viejos idiotas a los que les encanta el sonido de su propia voz puedan darse el gusto de parlotear de un acuerdo antes de iniciar la carnicería.

«En materia de viejos idiotas a quienes les encanta el sonido de su propia voz, usted, me imagino, es todo un experto». Eso fue lo que pensó Jezal, pero se guardó muy mucho de expresarlo, y siguió contemplando a los jinetes gurkos que se acercaban sumidos en un ominoso silencio. A su cabeza marchaba un hombre alto, con un casco puntiagudo y una pulida armadura que brillaban al sol, y cuya arrogante postura sobre el caballo revelaba a gritos, incluso a la distancia, su condición de alto mando.

El Mariscal Varuz frunció el entrecejo.

—El General Malzagurt.

—¿Le conoce?

—Mandaba las fuerzas del Emperador en la última guerra. Nos pasamos varios meses enzarzados en un combate sin tregua. Y también parlamentamos más de una vez. Un oponente muy taimado.

—Pero al final le derrotó, ¿eh?

—Al final, sí, Majestad —el rostro de Varuz estaba lejos de mostrar satisfacción—. Pero entonces yo tenía un ejército.

El jefe gurko se acercó por el camino, cabalgando entre los edificios abandonados que había desperdigados al otro lado de la Muralla de Casamir. Detuvo su montura ante las puertas y dirigió hacia arriba una mirada llena de orgullo mientras apoyaba con descuido una mano en la cadera.

—Soy el General Malzagurt —dijo con marcado acento kantic—. El representante elegido por Su Magnificencia Uthman-ul-Dosht, Emperador de Gurkhul.

—Yo soy el Rey Jezal Primero.

—Claro. El bastardo.

No tenía objeto negarlo.

—Exacto. El bastardo. ¿No quiere pasar, general? Así podremos hablar cara a cara, como personas civilizadas.

Los ojos de Malzagurt se posaron en Glokta.

—Disculpadme, pero el trato que da vuestro gobierno a los emisarios desarmados del Emperador no siempre ha sido... civilizado. Creo que permaneceré en el exterior de la muralla. Por ahora.

—Como guste. Al Mariscal Varuz ya le conoce, ¿no?

—Naturalmente. Parece que haya pasado un siglo desde que nos enfrentamos en las tierras secas. Podría decir que le he echado de menos... pero no sería cierto. ¿Cómo está, viejo amigo, o viejo enemigo?

—Bastante bien —refunfuñó Varuz.

Malzagurt señaló con un gesto al ejército que se desplegaba a su espalda.

—Dadas las circunstancias, ¿eh? No conozco a su otro...

—Es Bayaz. El Primero de los Magos —se oyó decir a una voz suave y serena. Salía de los labios de uno de los compañeros de Malzagurt. Un hombre vestido todo de blanco, a la manera de los sacerdotes. No parecía ser mucho mayor que Jezal, y era muy apuesto, con un rostro oscuro de piel muy tersa. No llevaba armadura ni portaba armas. Y en su ropa y en su sencilla silla de montar no se apreciaba ningún tipo de adorno. Sin embargo, los demás componentes del grupo, incluso el mismo Malzagurt, parecían mirarle con mucho respeto. Casi con miedo.

—¡Ah! —el general levantó la mirada y se acarició con gesto pensativo su corta barba gris—. Así que ese es Bayaz.

El joven asintió con la cabeza.

—Ése es, en efecto. Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

—¡No el suficiente, Manum, maldita víbora! —Bayaz se aferró al parapeto, apretando los dientes. El viejo Mago interpretaba tan bien su papel de tío cariñoso, que Jezal había olvidado lo terribles que podían ser sus ataques de furia. Retrocedió asustado un paso e hizo ademán de alzar una mano para protegerse la cara. Los asistentes y los abanderados gurkos se encogieron, y uno de ellos llegó al punto de vomitar ruidosamente. Hasta Malzagurt perdió buena parte de su heroica apostura.

Manum, en cambio, miraba hacia arriba con la misma expresión sosegada que tenía antes.

—Algunos de mis hermanos pensaron que huirías, pero yo sabía que no. Khalul siempre dijo que tu soberbia acabaría contigo, y ésta es la prueba. Ahora me sorprende que una vez te tuviera por un gran hombre. Estás viejo, Bayaz. Has encogido.

—¡Todo lo que se encuentra muy por encima de nosotros nos parece pequeño! —ladró el Primero de los Magos mientras hincaba la punta del bastón en las piedras que tenía bajo los pies. Su voz contenía ahora un aterrador tono de amenaza—. ¡Acércate más, Devorador, y así podrás comprobar mi debilidad mientras el fuego te consume!

—Hubo un tiempo en que me habrías podido destruir con una palabra, no lo dudo. Pero ahora tus palabras no son más que aire. Tu poder se ha ido desvaneciendo con el correr de los años, en cambio, el mío ha ido en aumento. Tengo a mi lado centenares de hermanos y hermanas. ¿Con cuántos aliados cuentas tú, Bayaz? —y sus ojos recorrieron las almenas con una sonrisa burlona—. Sólo con los que te mereces.

—Todavía puedo conseguir aliados que te sorprenderán.

—Lo dudo. Hace mucho que Khalul me dijo cuál sería tu último y desesperado afán. Y el tiempo le dio la razón, como siempre. ¿Así que te fuiste a los Confines del Mundo persiguiendo sombras? Unas sombras muy oscuras para alguien que se hace llamar justo. Sé que fracasaste —el sacerdote mostró dos hileras de dientes perfectos—. La Semilla pasó a la historia hace mucho tiempo. Se halla a cientos de leguas bajo tierra. Hundida en el océano infinito. Y tus ilusiones se hundieron con ella. Sólo te queda una opción. ¿Vendrás voluntariamente con nosotros para que Khalul te juzgue por tu traición? ¿O tendremos que entrar para capturarte?

—¿Osas acusarme a mí de traición? ¿Tú, que traicionaste los más sagrados principios de nuestra Orden y violaste la sagrada ley de Euz? ¿A cuántos has asesinado para llegar a ser tan poderoso?

Manum se limitó a encogerse de hombros.

—A muchos. Y no me siento orgulloso de ello. Sólo nos dejaste la opción de elegir entre varios caminos oscuros, Bayaz. Y nosotros hicimos los sacrificios que debíamos hacer. No tiene objeto seguir discutiendo por el pasado. Después de haber estado tantos siglos en los dos lados opuestos de una profunda línea divisoria, no creo que ninguno de los dos convenza al otro. Los que salgan victoriosos decidirán quién tenía razón, como siempre ha ocurrido, desde mucho antes de los Viejos Tiempos. Sé cuál va a ser tu respuesta, pero el Profeta me ha ordenado que te formule la pregunta. ¿Vendrás a Sarkant a responder de tus crímenes? ¿Te someterás al juicio de Khalul?

—¿Someterme *yo* al juicio de *él,* de ese viejo asesino engreído? —lanzó una carcajada desde lo alto de la muralla—. ¡Ven a cogerme si te atreves, Manum, te estaré esperando!

—Perfecto, iremos —murmuró el primer aprendiz de Khalul juntando sus finas cejas negras—. Llevamos muchos años preparándonos para ello.

Los dos hombres se miraron con furia asesina y Jezal unió su ceño al de ellos. De pronto se había sentido acometido por la molesta sensación de que todo ese asunto era de alguna forma un enfrentamiento entre Bayaz y ese sacerdote, y que él, pese a ser el Rey, era como un niño que escuchaba a escondidas una discusión entre sus padres sin poder incidir para nada en su resultado.

—¡Formule sus condiciones, General! —gritó desde arriba.

Malzagurt se aclaró la garganta.

—Primera. Si rendís la ciudad de Adua, el Emperador está dispuesto a manteneros en el trono, en calidad de súbdito por supuesto, a cambio del pago regular de un tributo.

—¡Cuánta generosidad! ¿Y qué pasa con el traidor de Lord Brock? Tengo entendido que se le ha prometido el trono de la Unión.

—No nos hemos comprometido a nada con Lord Brock. Al fin y al cabo no es él quien tiene la ciudad en sus manos. Sois vos.

—Y no sentimos demasiado respeto por los que se vuelven contra sus señores —añadió Manum, lanzando una siniestra mirada Bayaz.

—Segunda. Se permitirá a los ciudadanos de la Unión que sigan viviendo según sus leyes y costumbres. Seguirán viviendo en libertad. O al menos con la escasa libertad con que han vivido hasta ahora.

—Su generosidad me asombra —Jezal había tenido la intención de conferir a su voz un tono irónico, pero la verdad es que no se notó demasiado.

—Tercera —dijo a gritos el general mientras lanzaba una mirada nerviosa en dirección a Manum—. Nos será entregado atado de pies y manos el hombre al que se conoce como Bayaz, el Primero de los Magos, para ser conducido al Templo de Sarkant donde será sometido al juicio de Khalul. Estas son nuestras condiciones. Rechazadlas, y siguiendo las órdenes del Emperador, Midderland será tratada como cualquier otra provincia conquistada. Muchos morirán y muchos más serán tomados como esclavos. Se instauraran gobernadores gurkos, el Agriont será convertido en un templo y vuestros actuales mandatarios... serán confinados en celdas bajo el palacio del Emperador.

El primer impulso de Jezal fue rechazarlas. Pero se contuvo. Sin duda Harod el Grande hubiera escupido su desprecio y probablemente hubiera rematado el asunto orinándose encima del emisario. Y lo cierto es que la simple idea de negociar con los gurkos iba en contra sus más arraigados principios.

Pero, pensándolo bien, las condiciones eran mucho más generosas de lo que se había esperado. Seguramente Jezal hubiera gozado de mucha más autoridad como súbdito de Uthman-ul-Dosht que con Bayaz asomándosele por encima del hombro a cada momento del día. Podía salvar muchas vidas pronunciando una sola palabra. Vidas reales de gente real. Levantó una mano y se acarició la cicatriz de su labio con la punta de los dedos. Había sufrido demasiado en las interminables llanuras del Viejo Imperio como para no pensárselo bien antes de infligir tanto dolor a tanta gente, y sobre todo a sí mismo. Lo de las celdas bajo el palacio del Emperador, en concreto, le había dado mucho que pensar.

Resultaba francamente extraño que una decisión tan vital recayera sobre él. Sobre un hombre que hacía menos de un año había declarado con orgullo que no entendía de nada y que además le traía al fresco que fuera así. Claro que, en realidad, empezaba a dudar seriamente que cualquiera de las personas que ostentaba una posición de gran autoridad supiera lo que se hacía. Lo más a lo que se podía aspirar era a mantener una mínima ilusión de que tal vez se supiera algo. Y quizá, de vez en cuando, intentar propinar al ciego discurrir de los acontecimientos un pequeño empujón en una u otra dirección, confiando en que resultara ser la más correcta ¿Pero cuál era la correcta?

—¡Dadme vuestra respuesta! —gritó Malzagurt—. ¡Tengo muchas cosas que hacer!

Jezal frunció el ceño. Estaba harto de que Bayaz le mangoneara. Pero a fin de cuentas el viejo mago había jugado un cierto papel en su ascenso al trono. Estaba harto de que Terez le ninguneara. Pero a fin de cuentas era su mujer. Y aparte de cualquier otra consideración, su paciencia estaba a punto de agotarse. Sencillamente no estaba por la labor de que un prepotente general gurko y un

sacerdote chalado le dieran órdenes a punta de espada.

—¡Rechazo sus condiciones! —rugió desde lo alto de la muralla—. ¡Las rechazo con toda contundencia! No tengo por costumbre entregar a mis consejeros, o mis ciudades, o mi soberanía por el simple hecho de que vengan a pedírmelo. Y menos a una jauría de perros gurkos carentes de modales y con la inteligencia de un mosquito. Usted no está ahora en Gurkhul, general, y aquí su arrogancia resulta tan ridícula como ese casco que lleva. Me parece que va a recibir una buena lección antes de abandonar estas costas. Y, antes de que se escabulla, permítame añadir que le animo a usted y a su sacerdote a que se folien mutuamente. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor consiguen convencer al gran Uthman-ul-Dosht y al sabelotodo ése del Profeta Khalul para que se les unan!

El General Malzagurt frunció el ceño y consultó rápidamente con uno de sus ayudantes. Era evidente que no había captado del todo la miga de sus últimas frases. Cuando al fin se lo explicaron levantó con ira su mano morena y ladró una orden en kantic. Jezal vio a unos hombres moverse entre los edificios que había fuera de las murallas portando unas antorchas. El general gurko echó una última mirada a la barbacana —¡Malditos pálidos! —bramó—. ¡Bestias inmundas! —y acto seguido dio un tirón a las riendas de su montura y salió disparado, seguido de sus oficiales.

Manum, el sacerdote, se quedó un momento más, con una expresión de tristeza dibujada en su rostro perfecto.

—Sea. Vestiremos nuestras armaduras. Que Dios te perdone, Bayaz.

—¡Tú necesitas más su perdón que yo, Manum! ¡Reza por ti!

—Así lo hago. Todos los días. Pero nunca me ha parecido que Dios sea de los que perdonan —Manum dio la vuelta a su caballo y cabalgó despacio hacia las líneas gurkas entre los edificios abandonados, que ya empezaban a ser pasto de las llamas.

Jezal casi se atraganta al fijarse de nuevo en las masas de hombres que se movían por los campos. Maldita lengua la suya, siempre le estaba metiendo en líos. Pero ya era un poco tarde para pensárselo mejor. Sintió en el hombro el roce de la mano de Bayaz, ese ademán paternalista que se le había hecho tan insoportable a lo largo de las últimas semanas. Tuvo que apretar los dientes para no apartarle de un empellón.

—Haríais bien en dirigiros a vuestro pueblo —dijo el Mago.

—¿Qué?

—Unas palabras en este momento estarían muy indicadas. Harod el Grande era capaz de improvisar un discurso siempre que fuera necesario. ¿No os conté la vez que...?

—¡Está bien! —le cortó Jezal—. Ya voy.

Se dirigió al parapeto opuesto, con el entusiasmo de un condenado que caminara hacia la horca. La multitud se extendía a sus pies en toda su perturbadora variedad. Jezal tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de toquetearse la hebilla del cinturón. No sabía por qué, pero temía que se le cayeran los pantalones delante de toda esa gente. Una idea ridícula. Se aclaró la garganta. Alguien le vio y le señaló.

—¡El Rey!

—¡El Rey Jezal!

—¡Va a hablar el Rey!

La masa, un mar de rostros necesitados, temerosos y esperanzados, se desplazó y se estiró, atraída hacia la barbacana. El ruido fue descendiendo poco a poco hasta que por fin la plaza quedó sumida en un silencio expectante.

—¡Amigos míos... compatriotas míos... súbditos míos! —su voz sonaba con placentera autoridad. Un buen comienzo, muy... retórico—. Nuestros enemigos pueden ser muchos... muchísimos... —se maldijo a sí mismo. Admitir eso no iba a infundir confianza a las masas—. ¡Pero yo os animo a que seáis optimistas! ¡Nuestras defensas son fuertes! ¡Nuestro valor es indomable! —golpeó con el puño el peto de su armadura—. ¡Nos mantendremos firmes! —eso ya estaba mejor. Había descubierto que tenía un talento natural para la oratoria. Ya empezaba a sentir el entusiasmo de la multitud—. ¡No será necesario resistir hasta la muerte! ¡El Lord Mariscal West viene hacia acá, en nuestra ayuda, con su ejército!

—¿Cuándo llegará? —preguntó alguien. Y acto seguido comenzó a alzarse un murmullo de indignación.

—Er... —la pregunta había pillado desprevenido a Jezal, que miró con nerviosismo a Bayaz—. Er...

—¿Eso, cuándo vendrá? ¿Cuándo? —el Primero de los Magos silbó a Glokta y el tullido hizo una seña a alguien que había abajo.

—¡Pronto! ¡Podéis estar seguros! —maldito Bayaz, en buen lío le había metido. Jezal no tenía ni la menor idea de cómo infundir ánimos a una muchedumbre.

—¿Qué va a ser de nuestros hijos? ¿Y de nuestros hogares? ¿A que a ti no te van a incendiar la casa, eh? —las protestas se multiplicaban.

—¡No tengáis miedo! Os ruego que... —maldita sea, él no tenía por qué rogar, él era un rey—. ¡El ejército está de camino! —advirtió que unas figuras se abrían paso entre el gentío. Practicantes de la Inquisición. No sin cierto alivio, constató que convergían en el punto de dónde surgían las molestas

interrupciones—. ¡En este mismo momento está saliendo del Norte! Muy pronto acudirá en nuestra ayuda y dará a esos perros gurkos una...

—¿Cuándo? ¿Cuándo llega...?

Unas porras negras se abatieron sobre la multitud y la pregunta quedó en el aire reemplazada por un agudo chillido.

Jezal hizo lo posible por que su voz se impusiera a los gritos.

—Y mientras tanto ¿vamos a consentir que esa basura gurka pisotee a su antojo nuestra tierra? ¿La tierra de nuestros padres?

—¡No! —rugió alguien, para gran alivio de Jezal.

—¡Por supuesto que no! ¡Demostraremos a esos esclavos kantics cómo luchan los ciudadanos libres de la Unión! —una andanada de tibios asentimientos—. ¡Lucharemos como leones! ¡Como tigres! —se estaba empezando a calentar y las palabras salían de su boca como si verdaderamente creyera lo que decía. Y quizá lo creyera—. ¡Lucharemos como en los tiempos de Harod! ¡De Arnault! ¡De Casamir! —comenzaron los vítores—. ¡No descansaremos hasta que enviemos a esos diablos gurkos a la otra orilla del Mar Circular! ¡No habrá negociación!

—¡No a la negociación! —gritó una voz.

—¡Malditos sean los gurkos!

—¡Jamás nos rendiremos! —bramó Jezal dando un puñetazo al parapeto—. ¡Lucharemos calle por calle! ¡Casa por casa! ¡Habitación por habitación!

—¡Casa por casa! —gritó alguien con rabioso frenesí. Y los ciudadanos de Adua manifestaron su vociferante aprobación.

Convencido de que había llegado su momento, Jezal desenfundó su espada produciendo un zumbido adecuadamente bélico y la blandió por encima de su cabeza.

—¡Y yo me sentiré orgulloso de unir mi espada a las vuestras! ¡Todos lucharemos por todos! ¡Lucharemos juntos por la Unión! ¡Cada hombre, cada mujer... será un héroe!

El clamor fue ensordecedor. Jezal ondeó la espada y le respondió una centelleante ola de lanzas agitadas en el aire, golpeadas contra pechos cubiertos de armaduras o aporreadas contra las piedras del suelo. El pueblo le amaba y estaba dispuesto a luchar por él. Juntos saldrían victoriosos, estaba convencido. Había tomado la decisión correcta.

—Bien hecho —le susurró Bayaz al oído—. Muy bien...

La paciencia de Jezal se había agotado. Se volvió hacia el Mago

enseñándole los dientes.

—¡Yo sé lo que me hago! ¡No necesito su constante...!

—Majestad —era la voz aflautada de Glokta.

—¿Cómo osa interrumpirme? ¿Qué demonios...?

La furiosa invectiva de Jezal se vio interrumpida por un resplandor que advirtió por el rabillo del ojo, al que siguió de inmediato una estrepitosa detonación. Volvió la cabeza justo a tiempo de ver cómo unos tejados que tenía no muy lejos a su derecha eran devorados por las llamas. Abajo, en la plaza, se produjo una exclamación colectiva, seguida de una agitación nerviosa que sacudió a toda la muchedumbre.

—Ha empezado el bombardeo de los gurkos —dijo Varuz.

Una lengua de fuego surgió de las filas gurkas y ascendió por la blanca superficie del cielo. Jezal la contempló con la boca abierta mientras caía en picado sobre la ciudad. Se estrelló contra unas casas, esta vez a la izquierda de Jezal, lanzando hacia arriba una enorme llamarada. Unos segundos después el aterrador estruendo le hería los oídos.

Se oían gritos que venían de abajo. Órdenes, quizá, o simplemente aullidos de pánico. La gente empezó a correr en todas direcciones; hacia la muralla, o hacia sus casas, o hacia ninguna parte en concreto, formando una caótica maraña de cuerpos apretujados y palos ondeantes. .

—¡Agua! —gritó alguien.

—¡Fuego!

—Majestad. —Gorst estaba ya conduciendo a Jezal hacia la escalera—. Debéis regresar al Agriont de inmediato.

Jezal se sobresaltó al oír otra atronadora explosión, más cercana aún que las anteriores. El humo comenzaba ya a expandirse sobre la ciudad como una mancha de aceite.

—Sí —repuso en voz baja, permitiendo que le condujeran hacia un lugar seguro. Se dio cuenta de que seguía teniendo la espada desenvainada y la introdujo en su funda, embargado de un leve sentimiento de culpabilidad—. Por supuesto.

La temeridad, como Logen Nuevededos había dicho una vez, es un alarde propio de idiotas.

Entre la espada y la pared

Glokta se estaba desternillando de risa. De tanto reír, la saliva le borboteaba por el interior de su boca desdentada y la silla en que estaba sentado crujía bajo su culo huesudo. Sus toses y plañidos resonaban sordos desde las paredes desnudas de su sombrío cuarto de estar. En cierto modo, su risa sonaba a llanto. *Y puede que lo sea, un poquito.*

Cada convulsión de sus hombros contrahechos era como un clavo que se le hincara en el cuello. Cada sacudida de su costillar enviaba cataratas de dolor a las puntas de los pocos dedos que le quedaban en los pies. Reía, y la risa le dolía, y el dolor le hacía reír más aún. *¡Qué ironía! Me carcajeo de angustia. Me troncho de desesperación.*

Su último gimoteo vino acompañado de una gran burbuja de saliva que explotó sobre sus labios. *Como el último estertor de un cordero, sólo que bastante menos digno.* Tragó saliva y se secó sus ojos llorosos. *Hacía años que no me reía tanto. No me extrañaría que la última vez fuera anterior al momento en que los torturadores del Emperador comenzaron a trabajar conmigo. Pero no me ha costado tanto parar. Después de todo, tampoco es que haya muchos motivos de risa.* Cogió la carta y la leyó por segunda vez.

Superior Glokta:

Mis jefes de la banca Valint y Balk están muy decepcionados por el escaso rendimiento de su trabajo. Hace ya algún tiempo que yo, personalmente, le pedí que nos informara sobre los planes del Archilector Sult. De manera especial, sobre su prolongado interés por la Universidad. Desde entonces no hemos tenido noticias suyas.

Quizá piense que la repentina llegada de los gurkos frente a las murallas de la ciudad ha alterado las expectativas de mis jefes.

No ha sido así. De ninguna manera ha sido así. Nada las alterará.

Se presentará ante nosotros esta misma semana, si no quiere que informemos a Su Eminencia sobre su conflicto de lealtades..

No necesito decirle que, por su propio bien, sería prudente que destruyera usted

esta carta.

Mauthis.

Glokta se quedó mirando un buen rato el papel a la luz de la única vela que ardía en la sala, con su boca deforme abierta. *¿Para esto viví meses de agonía en la oscuridad de las mazmorras del Emperador? ¿Para esto torturé salvajemente al Gremio de los Sederos? ¿Para esto dejé marcada una senda de sangre en la ciudad de Dagoska? ¿Para terminar mis días en la ignominia, atrapado entre un viejo burócrata amargado y una pareja de estafadores traicioneros? ¿Tantas tergiversaciones, mentiras, chanchullos y dolor para esto? ¿Todos los cadáveres que he ido dejando tirados a un lado del camino... para esto?*

Un nuevo ataque de risa sacudió su cuerpo, le hizo retorcerse y le produjo un traqueteo en la espalda. *¡Su Eminencia y esos banqueros son tal para cual! Aunque la ciudad esté ardiendo a su alrededor, no abandonan sus juegos ni por un instante. Unos juegos que pueden resultar fatales para el pobre Superior Glokta, que por muy tullido que esté siempre intentó hacer las cosas lo mejor posible.* Este último pensamiento le provocó tal carcajada que tuvo que limpiarse un moco que se le había pegado a la nariz.

Casi me da pena quemar este cómico y horrible documento. ¿' Y si no lo quemo y se lo llevo al Archilector? ¿Le vería la gracia? ¿Nos reiríamos los dos juntos al leerlo? Extendió la mano, acercó la carta a la llama de la vela y contempló cómo el fuego prendía en una esquina, trepaba por los renglones e iba retorciendo el papel blanco reduciéndolo a negras cenizas.

¡Arde! ¡Igual que ardieron mis esperanzas, y mis sueños, y mi glorioso futuro bajo el palacio del Emperador! ¡Arde como ardió Dagoska y arderá Adua ahora ante la furia del Emperador! ¡Arde como me gustaría que ardiera Jezal el Rey Bastardo, y el Primero de los Magos, y el Archilector Sult, y Valint y Balk, y toda la puñetera...!

—¡Aaaay!

Glokta sacudió en el aire las yemas chamuscadas de sus dedos y luego se las metió en su boca desdentada, interrumpiendo bruscamente su risa. *Qué raro. Por muy grande que sea el dolor que experimentemos, jamás llegamos a acostumbrarnos a él. Siempre intentamos escapar de él como podamos. Nunca nos resignamos a que aumente.* Un rescoldo de la carta había caído al suelo. Lo miró con gesto ceñudo y lo apagó de un brutal bastonazo.

Un punzante olor a humo de madera quemada impregnaba la atmósfera. *Como si se hubieran quemado cien mil cenas.* Incluso allí mismo, en el Agriont, se

apreciaba una leve bruma grisácea, una especie de suciedad en el aire que borraba los contornos de los edificios al fondo de las calles. Los distritos de los suburbios llevaban ya varios días ardiendo y el bombardeo de los gurkos no había cesado ni de día ni de noche. En ese mismo momento, mientras Glokta caminaba resollando a través de los huecos de su dentadura debido al esfuerzo que le suponía plantar un pie detrás del otro, le llegó de pronto el estruendo lejano de una bomba incendiaria caída en alguna parte de la ciudad que hizo que sintiera una mínima vibración a través de las suelas de sus botas.

La gente que había por la calle, alarmada, se detuvo de golpe. *Los pocos infortunados que no encontraron una excusa para huir de la ciudad cuando llegaron los gurkos. O los infortunados que eran demasiado importantes, o no lo bastante importantes. O ese puñado de optimistas que creyó que el asedio de los gurkos no sería más que algo pasajero, como un chaparrón o el llevar pantalón corto. Cuando descubrieron su craso error, ya era demasiado tarde.*

Glokta siguió renqueando con la cabeza agachada. Las explosiones que habían sacudido la ciudad de noche durante toda la semana anterior no le habían arrebatado ni un minuto de sueño. *Estaba despierto dándole vueltas y vueltas a las cosas, como un gato encerrado en un saco, intentando encontrar la forma de salvarme de esta trampa. Además, me acostumbré a las explosiones durante mis vacaciones en la encantadora ciudad de Dagoska.* Le preocupaban bastante más las lanzadas de dolor que le nacían en el trasero y le recorrían toda la columna vertebral.

¡Oh arrogancia! ¿Quién hubiera osado sugerir que las botas gurkas pisotearían un día la fértil campiña de Midderland? ¿Que las hermosas granjas y los pueblos soñolientos de la Unión bailarían con el fuego gurko? ¿Quién iba a pensar que la maravillosa y rica ciudad de Adua dejaría de ser un pedacito de cielo para convertirse en un pedacito de infierno? Glokta se sorprendió sonriendo. *¡Bienvenidos todos! ¡Bienvenidos! Yo he estado aquí todo el tiempo. Qué amabilidad por vuestra parte venir a hacerme compañía.*

Oyó el retumbar metálico de unas pisadas que se le acercaban por detrás y trató de apartarse. Pero ya era demasiado tarde y una apresurada columna de soldados le echó bruscamente a un lado mandándole a la hierba del arcén. El pie izquierdo se le hundió en el barro y una puñalada de dolor le trepó por la pierna. La ruidosa columna pasó de largo sin hacerle caso y Glokta se la quedó mirando con una mueca iracunda. *La gente ya no tiene tanto miedo como debiera a la Inquisición. Para eso ya tiene a los gurkos.* Se apartó de la pared profiriendo una maldición y reemprendió su renqueante marcha.

El Juez Marovia estaba encuadrado en el marco de la ventana más

grande de su despacho, con las manos enlazadas a la espalda. Todas las ventanas de la sala daban al oeste. *La misma dirección que sigue la principal línea de asalto de los gurkos.* A lo lejos, por encima de los tejados, se veían varias columnas de humo que ascendían hacia el pálido firmamento y se mezclaban hasta formar un sucio manto que volvía más tenebrosa aún la media luz otoñal. Marovia se volvió al oír crujir la madera bajo el peso del pie mutilado de Glokta, y su rostro arrugado se iluminó con una sonrisa de bienvenida.

—¡Ah, Superior Glokta! No sabe la alegría que me llevé cuando me anunciaron su visita. Le he echado de menos desde la última vez que estuvo aquí. Me encanta esa forma tan... directa que tiene de expresarse. Y admiro la... dedicación con que se entrega a su trabajo —señaló con abulia la ventana—. La ley, para que negarlo, tiende a dormitar en tiempos de guerra. Pero hasta con los gurkos a nuestras puertas, el noble trabajo de la Inquisición de Su Majestad continúa. Supongo que viene de nuevo para hablar en nombre de Su Eminencia.

Glokta permaneció callado unos instantes. *Falta de costumbre, simplemente. Tengo que dar mi retorcida espalda a la Inquisición. ¿Qué me llamaría Sult? ¿Traidor? Sin duda. Y algo peor. Pero la principal lealtad de un hombre es la que tiene para consigo mismo. Yo ya me he sacrificado bastante.*

—No, Señoría. Vengo a hablar en nombre de Sand dan Glokta —se acercó renqueando a una silla y se dejó caer sobre ella sin esperar a que le invitaran a hacerlo. *Yo ya no estoy para andarme con* cortesías—. Francamente, necesito su ayuda. *Francamente, es usted mi última esperanza.*

—¿Mi ayuda? No creo que a usted le falten amigos poderosos.

—*Sé* por triste experiencia que los poderosos no se pueden permitir el lujo de tener amigos.

—Por desgracia eso es cierto. No se llega a mi posición, ni siquiera a la suya, sin haber aprendido que en última instancia todos estamos solos —Marovia le dirigió una mirada bondadosa mientras tomaba asiento en su alta silla. *Pero eso a mí no me tranquiliza en absoluto. Las sonrisas de este hombre me parecen tan letales como el ceño de Sult*—. Nuestros amigos han de ser aquellos que nos resulten más útiles. Y teniendo eso en cuenta, dígame en qué puedo ayudarle. Y lo que es más importante: qué puede ofrecerme usted a cambio.

—Necesitaré un poco de tiempo para explicárselo —el semblante de Glokta se contrajo al sentir un calambre en la pierna y tuvo que hacer un esfuerzo para estirarla por debajo de la mesa—. ¿Puedo hablarle con total sinceridad, Señoría?

Marovia se acarició la barba con gesto pensativo.

—La verdad es una mercancía muy valiosa. Me sorprende que un hombre de su experiencia la regale sin más ni más. Sobre todo a una persona

que se encuentra, por así decirlo, en el campo opuesto al suyo.

—Una vez me dijeron que un hombre perdido en el desierto debe aceptar el agua que se le ofrezca, venga de donde venga.

—¿Y usted está perdido? En tal caso, hable sinceramente, Superior. Y veremos si me sobra un poco de agua fresca de mi cantimplora.

No es exactamente una promesa de socorro, pero es más de lo que puede esperarse de un hombre que hace poco tiempo era un acérrimo enemigo. Así pues... mi confesión. Glokta repasó los recuerdos que guardaba de los dos últimos años. *Que son inmundos, vergonzosos y feos. ¿Por dónde empezar?*

—Hace ya algún tiempo empecé a investigar ciertas irregularidades que se habían detectado en los negocios del Honorable Gremio de los Sederos.

—Recuerdo muy bien aquel lamentable asunto.

—En el curso de mis investigaciones, descubrí que los Sederos estaban financiados por un banco. Un banco muy rico y poderoso. Valint y Balk.

Glokta esperó cautelosamente una reacción, pero los ojos de Marovia ni siquiera pestañearon.

—Sé de la existencia de esa institución.

—Yo sospechaba que se hallaba implicado en los delitos de los Sederos, pues el propio Maestre Kault así me lo había hecho saber momentos antes de su infortunado fallecimiento. No obstante, Su Eminencia no quiso que yo siguiera investigando —el ojo izquierdo de Glokta parpadeó y empezó a lagrimear—. Discúlpeme —murmuró secándolo con un dedo—. Poco después me enviaron a Dagoska con la misión de defender la ciudad.

—Su concienzudo trabajo en aquella cuestión me causó alguna que otra incomodidad —Marovia hizo una mueca de amargura—. Pero le felicito. Hizo usted una extraordinaria labor.

—No me puedo atribuir todo el mérito. La misión que me había encomendado el Archilector era imposible de realizar. Dagoska estaba plagada de traidores y cercada por los gurkos.

Marovia soltó un resoplido.

—Le compadezco.

—Por desgracia nadie se compadeció de mí entonces. Como siempre, por aquí todo el mundo estaba muy ocupado intentando imponerse a su adversario. Las defensas de Dagoska se encontraban en un estado lamentable y yo no podía reforzarlas sin contar con el dinero...

—Su Eminencia no se lo proporcionó.

—Su Eminencia se negó a desprenderse de un solo marco. Pero en mi momento de mayor necesidad, me surgió un inesperado benefactor.

—¿Un pariente rico? Qué feliz casualidad.

—No del todo —Glokta se pasó la lengua por el espacio que en tiempos ocuparan sus dientes delanteros. *Los secretos empiezan a rebosar como rebosa la mierda en una letrina*—. Mi pariente rico no era otro que la banca Valint y Balk.

Marovia arrugó la frente.

—¿Le adelantaron dinero?

—Gracias a su generosidad pude contener a los gurkos durante tanto tiempo.

—Teniendo en cuenta que los poderosos no tienen amigos, ¿qué obtenía a cambio la banca Valint y Balk?

—¿En esencia? —Glokta miró con ojos serenos al Juez—. Todo cuanto quisiera. Al poco de regresar de Dagoska, estuve investigando la muerte del Príncipe Heredero Raynault.

—Un horrendo crimen.

—Por el cual fue ajusticiado el embajador gurko, que era inocente.

En el rostro de Marovia se insinuó una levísima sorpresa.

—¿Me lo está asegurando?

—Sin la menor duda. Pero la muerte del heredero del trono creaba otros problemas, problemas relacionados con la votación en el Consejo Abierto, y Su Eminencia se dio por satisfecho con la solución más cómoda. Yo intenté profundizar en el caso, pero me lo impidieron. Me lo impidieron Valint y Balk.

—¿Y usted sospecha que esos banqueros estaban implicados en la muerte del Príncipe Heredero?

—Sospecho muchas cosas de ellos, pero las pruebas no abundan. *Siempre lo mismo: demasiadas sospechas y pruebas insuficientes.*

—Ay, esos bancos —gruñó Marovia—. No son más que aire. Obtienen dinero con simples conjeturas, embustes y promesas. Su verdadera moneda es el secreto, más aún que el oro.

—He tenido ocasión de comprobarlo. Pero un hombre perdido en el desierto...

—¡Sí, sí! Por favor, prosiga.

Glokta se sorprendió al descubrir que se lo estaba pasando en grande. Su lengua casi se trastabillaba por el ansia que sentía de soltarlo todo. *Ahora que he empezado a desvelar los secretos que he ido acumulando durante tanto tiempo me*

encuentro con que no puedo parar. Me siento como un pordiosero que hubiera salido a gastar dinero a lo loco. Horrorizado, pero liberado. Angustiado, pero feliz. Supongo que es como cortarse uno mismo el cuello: una gloriosa liberación de la que sólo se puede gozar una vez. Y al igual que si me estuviera cortando el cuello, lo más probable es que todo esto acabe costándome la vida. En fin. Todos tenemos que morir. Y ni yo mismo me sentiría capaz de decir que no me lo merezco mil veces.

Glokta se inclinó hacia delante. *Incluso aquí, incluso en este momento, no sé por qué, necesito decirlo en voz baja.*

—Al Archilector Sult no le gusta nuestro nuevo Rey. Sobre todo, no le gusta la influencia que Bayaz ejerce sobre él. Considera que su poder se ha visto seriamente mermado. Es más, cree que de alguna manera usted está detrás de todo ello.

Marovia le miró con el ceño fruncido.

—¿Ah, sí?

Sí. Y yo tampoco descarto del todo esa posibilidad.

—Me ha pedido que busque la forma de quitar a Bayaz de en medio... —su voz se redujo casi a un susurro—. O de quitar al Rey de en medio. Sospecho que si le fallo, tiene otros planes. Unos planes en los que, por alguna razón, está implicada la Universidad.

—Se diría que está acusando a Su Eminencia el Archilector de alta traición —los ojos de Marovia le miraban con el brillo y la dureza de un par de clavos nuevos. *Con desconfianza, a la vez que con un ansia enorme*—. ¿Ha descubierto algo que pueda ser utilizado en contra del Rey?

—Antes de tan siquiera poder planteármelo, Valint y Balk me disuadieron a la fuerza.

—¿Tan pronto se enteraron?

—No puedo negar que alguien muy próximo a mí quizá no sea tan digno de confianza como siempre había pensado. Los banqueros no sólo me exigieron que desobedeciera a Su Eminencia, también insistieron en que le investigara *a él.* Quieren conocer sus planes. Sólo me quedan unos días para darles satisfacción y Sult ya no se fía de mí lo bastante como para compartir conmigo el contenido de su letrina, y mucho menos el contenido de su mente.

—Por favor, por favor —Marovia sacudió lentamente la cabeza.

—Y ahí no acaban mis males. Sospecho que el Archilector conoce muchas más cosas sobre los acontecimientos de Dagoska de lo que al principio parecía. Si alguien está hablando, es muy posible que lo esté haciendo con las dos partes. *Después de todo, si se puede traicionar a un hombre una vez, no es tan difícil hacerlo dos veces* —Glokta exhaló un largo suspiro. *Bueno, ya está. Ya han salido*

todos los secretos. La letrina está vacía. Y mi cuello rajado de oreja a oreja—. Ésa es toda la historia, Señoría.

—Vaya un lío en que está usted metido. *Un lío letal, desde luego* —Marovia se puso de pie y comenzó a pasear lentamente por la habitación—. Supongamos por un momento que realmente ha venido usted a pedirme ayuda y no a ponerme en una situación comprometida. El Archilector tiene medios suficientes para causar un problema muy grave. Y el desmedido egoísmo necesario para hacerlo en un momento como éste. *Eso no se lo voy a discutir.* Si consigue unas pruebas lo bastante contundentes, yo desde luego estaría dispuesto a presentárselas al Rey. Pero no puedo actuar contra un miembro del Consejo Cerrado, y menos aún contra el Archilector, sin pruebas seguras. Una confesión firmada sería lo mejor.

—¿La confesión firmada de Sult? —murmuró Glokta.

—Un documento así nos resolvería bastantes problemas a los dos. Sult desaparecería de escena y los banqueros perderían su dominio sobre usted. Los gurkos seguirían acampados detrás de nuestras murallas, claro. Pero no se puede tener todo.

—La confesión firmada del Archilector. *Y ya que estamos, ¿qué tal si arranco la luna del cielo?*

—O, si no, una roca lo bastante grande como para provocar un derrumbamiento. Tal vez la confesión de alguien bastante próximo a él. Tengo entendido que usted es experto en obtenerlas —el juez miró a Glokta con los ojos entornados—. ¿O me han informado mal?

—Yo no puedo conjurar pruebas del aire, Señoría.

—Un hombre perdido en el desierto tiene que aceptar lo que se le ofrecen, por poco que sea. Encuentre esas pruebas y tráigamelas. Entonces podré actuar, pero ni un momento antes. Comprenderá que no puedo correr riesgos por usted. Es difícil fiarse de un hombre que ha elegido un amo y ahora elige otro.

—¿Elegido? —el párpado de Glokta empezó a palpitar de nuevo—. Si cree que yo elegí la miserable vida que tiene ante sus ojos, se equivoca de medio a medio. Yo elegí la gloria y el éxito. La caja no contenía lo que estaba escrito en la tapa.

—El mundo está lleno de historias trágicas —Marovia se acercó a la ventana y contempló el cielo que empezaba a oscurecer—. Sobre todo ahora. ¿No pretenderá que eso le importe mucho a un hombre de mi experiencia? Que tenga un buen día.

Seguir hablando no tiene sentido. Glokta se inclinó hacia delante, se esforzó por ponerse en pie con la ayuda del bastón y se dirigió cojeando a la puerta.

Pero un diminuto rayo de esperanza se ha colado en la oscura celda de mi desesperación... sólo tengo que obtener una confesión de alta traición firmada por el jefe de la Inquisición de Su Majestad...

—¡Superior! *¿Por qué será que nadie termina de hablar antes de que me levante?* —Glokta se volvió con la columna ardiéndole de dolor—. Si alguien próximo a usted está hablando, tiene que hacerle callar. De inmediato. Sólo a un idiota se le ocurriría intentar arrancar de raíz la traición del Consejo Cerrado sin haber cortado antes las malas hierbas de su propio jardín.

—Ah, no se preocupe por mi jardín, Señoría —Glokta obsequió al Juez con la más repulsiva de sus sonrisas—. En este momento estoy afilando mis podaderas.

Caridad

Adua ardía.

Los dos distritos más occidentales, las Tres Granjas, al sudoeste de la ciudad, y Los Arcos, un poco más al norte, estaban surcados de negras heridas. De algunas de ellas seguía saliendo humo; grandes columnas teñidas de un leve fulgor anaranjado en su base que se extendían hacia el oeste impulsadas por el fuerte viento como si fueran grandes manchas de aceite y corrían una cortina sucia sobre la puesta de sol.

Desde el parapeto de la Torre de las Cadenas, Jezal lo observaba todo en solemne silencio, con las manos convertidas en dos apretados puños. Desde allí arriba sólo se oía el ruido del viento que le cosquilleaba en los oídos y de vez en cuando el leve eco de una batalla distante. Un grito de guerra o los alaridos de los heridos. O quizá no era más que el reclamo de un ave marina que volaba muy alto. Por un instante, Jezal se sintió imbuido de un estado de ánimo lloriqueante que le llevó a desear ser un ave para echarse a volar desde la torre, sobrepasar los piquetes gurkos y alejarse para siempre de aquella pesadilla. Pero escapar de ahí no iba a ser tan fácil.

—Hace tres días que abrieron brecha por primera vez en la Muralla de Casamir —le estaba explicando el Mariscal Varuz con voz monótona—. Rechazamos los dos primeros asaltos y esa noche mantuvimos las Tres Granjas, pero al tercer día hubo otro asalto, y luego otro más. Ese maldito polvo negro ha cambiado todas las reglas de la guerra. En una hora derribaron un muro que podía haber resistido una semana.

—A Khalul siempre le gustó juguetear con sus polvos y sus botellas — mascululló Bayaz, un comentario que tampoco servía de nada.

—Esa noche ya eran suyas las Tres Granjas y poco después derribaron las puertas de Los Arcos. Desde entonces, toda la parte occidental de la ciudad ha sido una batalla ininterrumpida —la taberna donde Jezal había celebrado su victoria sobre Filio en el Certamen estaba en ese distrito. La taberna donde había estado con West y Jalenhorm, Kaspa y Brint, antes de que ellos se fueran al Norte y él al Viejo Imperio. ¿Estaría ardiendo ese edificio? ¿Se habría convertido ya en un cascarón ennegrecido?—. De día luchamos cuerpo a cuerpo

en las calles. Y todas las noches lanzamos ataques por sorpresa. Ni un centímetro de suelo se abandona sin que esté empapado de sangre gurka —puede que Varuz creyera estar infundiéndole ánimos, pero lo único que estaba consiguiendo era que Jezal empezara a sentirse enfermo. Las calles de la capital empapadas de sangre. Fuera de quien fuera la sangre, ése no había sido nunca su primer objetivo como rey de la Unión—. La Muralla de Arnault resiste, aunque hay incendios en el centro de la ciudad. Anoche las llamas estuvieron a punto de llegar a las Cuatro Esquinas, pero la lluvia las apagó, al menos de momento. Estamos luchando calle por calle, casa por casa, habitación por habitación. Como vos dijisteis que debíamos hacer, Majestad.

—Bien —graznó Jezal, aunque casi se atraganta al pronunciar la palabra.

Cuando rechazó tan a la ligera las condiciones del General Malzagurt no estaba muy seguro de lo qué esperaba que fuera a pasar. Había tenido la vaga idea de que alguien acudiría en su auxilio. Que se produciría algún tipo de hecho heroico. Pero aquella sangrienta batalla andaba ya bastante avanzada y no había ninguna señal de que se fuera a producir una súbita liberación. Era probable que allá abajo, entre el humo, estuvieran teniendo lugar acciones heroicas. Soldados transportando a los heridos hasta lugares seguros en medio de la oscuridad. Enfermeras cosiendo heridas a la luz de una vela en medio de horribles gritos. Ciudadanos lanzándose al interior de edificios en llamas para rescatar a niños medio asfixiados. Acciones heroicas cotidianas y sin ningún esplendor. De esas que no inciden para nada en el resultado final.

—¿Esos barcos que están en la bahía son nuestros? —preguntó en voz baja, temiéndose ya cuál iba a ser la respuesta.

—Ojalá lo fueran, Majestad. Nunca pensé que iba a decir esto, pero por mar no tenemos nada que hacer. En mi maldita vida había visto tanto barco junto. Ni aun teniendo aquí el grueso de nuestra flota, en lugar de estar transportando al ejército desde Angland, creo que pudiéramos hacer gran cosa. En esta situación, los hombres tendrán que ser desembarcados fuera de la ciudad. Es un maldito inconveniente, pero podría llegar a ser algo mucho peor. Los muelles son uno de nuestros puntos débiles. Más pronto o más tarde intentarán desembarcar allí.

Jezal contempló el agua con nerviosismo. Se imaginó a los gurkos desembarcando en masa de sus naves y accediendo directamente al corazón de la ciudad. La Vía Media atravesaba todo el centro de Adua desde la bahía hasta el Agriont. Una avenida lo bastante ancha para que toda una legión gurka pudiera recorrerla en un abrir y cerrar de ojos. Jezal cerró los suyos e intentó respirar normalmente.

Antes de la llegada de los gurkos apenas si había disfrutado de un minuto de silencio debido al ansia de sus consejeros por manifestarle sus

opiniones. Y ahora, que era cuando realmente necesitaba un consejo, resultaba que el torrente se había secado. Sult aparecía pocas veces por el Consejo Cerrado, y cuando acudía era para fulminar a Marovia con la mirada. El propio Juez tampoco parecía tener mucho que ofrecer, aparte de sus lamentaciones por la difícil situación en que se hallaban. Incluso el repertorio de ejemplos históricos de Bayaz parecía haberse extinguido finalmente. Jezal se había quedado solo para cargar con la responsabilidad, y le estaba resultando demasiado pesada. Suponía que la situación era mucho más penosa para los heridos, los que se habían quedado sin techo o los que habían muerto, pero eso tampoco le servía de consuelo.

—¿Cuántos muertos llevamos ya? —preguntó casi sin querer, como un niño que se hurga una costra—. ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—La batalla junto a la Muralla de Casamir ha sido dura. Y la lucha en los distritos ocupados todavía más. Los dos bandos han sufrido numerosas bajas. Calculo unos mil muertos de los nuestros.

Jezal ingirió un trago de saliva amarga. Pensó en los desastrados defensores que había visto cerca de la puerta occidental, en una plaza que en esos momentos estaría ya ocupada por las legiones gurkas. Gente normal y corriente que le habían mirado con esperanza y con orgullo. Luego intentó representarse mentalmente la imagen de un millar de cadáveres. Se imaginó cien cadáveres en fila. Y luego diez filas iguales a ésa, amontonadas una encima de otra. Mil. Se mordió la uña del dedo pulgar, que ya estaba casi en carne viva.

—Y muchos más heridos, naturalmente —añadió Varuz hurgando en la herida—. Apenas disponemos de espacio para ellos. Dos distritos están ya parcialmente ocupados por los gurkos y las bombas incendiarias del enemigo alcanzan casi el centro de la ciudad —la lengua de Jezal rebuscó aquel hueco que tenía en su dentadura y que aún le seguía doliendo. Recordó su propio dolor cuando atravesaba la inacabable llanura bajo un cielo implacable. Las terribles punzadas que le atravesaban la cara mientras las ruedas del carro chirriaban y pegaban sacudidas.

—Que se abra el Agriont a los heridos y a los sin techo. Ahora que no tiene alojado al ejército, hay mucho sitio libre. Los barracones pueden acoger a miles de personas y hay provisiones en abundancia.

Bayaz estaba meneando su calva cabeza.

—Es un riesgo. No podemos saber a quiénes estaríamos dejando entrar. Espías gurkos. Agentes de Khalul. No todo el mundo es lo que parece.

Jezal apretó los dientes.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo. ¿Soy el rey o no soy el rey?

—Lo sois —rezongó Bayaz—. Y haríais bien en comportaros como tal. En

estos momentos no estamos para sentimentalismos.

El enemigo se está acercando a la Muralla de Arnault. Es muy posible que algunas de sus posiciones se encuentren ya a menos de dos kilómetros de donde estamos ahora.

—¿Dos kilómetros? —murmuró Jezal volviendo a mirar con nerviosismo hacia el oeste. La línea de la Muralla de Arnault se distinguía con nitidez entre los edificios, una barrera que, vista desde allí, parecía extremadamente frágil y alarmantemente próxima. De repente sintió miedo. No esa preocupación culposa que sentía por aquellas personas hipotéticas que estaban allá abajo, en medio de la humareda, sino un miedo muy real y personal, el miedo de perder su propia vida. El mismo que había sentido entre las piedras, cuando los dos guerreros avanzaron hacia él con miradas asesinas. Tal vez había sido un error no abandonar la ciudad cuando aún estaba a tiempo. Tal vez todavía estuviera de tiempo de...

—¡Resistiré o caeré junto a las gentes de la Unión! —gritó, tan furioso consigo mismo por su cobardía como lo estaba con el Mago—. ¡Si ellos están dispuestos a morir por mí, yo estoy dispuesto a morir por ellos! —giró un hombro hacia Bayaz y se apresuró a apartar la vista—. Abra el Agriont, Mariscal Varuz. Y puede llenar de heridos el palacio, si es preciso.

Varuz miró de soslayo a Bayaz y a continuación hizo una rígida reverencia al Rey.

—Se montarán hospitales en el Agriont, Majestad, y los cuarteles se abrirán al pueblo. Pero creo que quizá sea mejor mantener de momento cerrado el palacio, por si las cosas fueran a peor.

Jezal no podía ni pensar en cómo serían las cosas si fueran a peor.

—Bien, bien. Ocúpese de dar las órdenes pertinentes —cuando se volvió y apartó de la vista la ciudad calcinada para dirigirse a la escalera tuvo que secarse una lágrima. El humo, claro. Había sido por el humo.

La Reina estaba sola, mirando por la ventana de su amplio dormitorio.

La Condesa Shalere seguía rondando por el palacio, pero al menos había aprendido a mantener su desprecio fuera de la vista de Jezal. Terez había devuelto a Estiria al resto de sus damas de honor antes de que los gurkos bloquearan el puerto. A Jezal le hubiera gustado haber devuelto con ellas a la Reina, pero, desgraciadamente, eso no podía hacerlo.

Terez ni miró en su dirección cuando cerró la puerta. Jezal tuvo que reprimir un suspiro mientras atravesaba la habitación, con las botas embarradas a causa de la lluvia y la piel grasienta debido al hollín que flotaba en el aire.

—Lo estáis ensuciando todo —dijo Terez sin volver la vista, pero con el

mismo tono gélido de costumbre.

—La guerra es una cosa muy sucia, amor mío —vio como un lado de su cara hacía una mueca de asco cuando él pronunció esas dos últimas palabras y no supo si echarse a reír o a llorar. Se dejó caer pesadamente en la silla que había frente a su esposa, sin tocar sus botas, sabiendo de antemano que aquello la enfurecería. Nada de lo que hiciera él dejaría de enfurecerla.

—¿Es necesario que os acerquéis a mí en ese estado? —le chilló.

—¡Es que no puedo estar en otro sitio! Después de todo, sois mi mujer.

—No por mi gusto.

—Yo tampoco me casé por mi gusto, pero estoy dispuesto a poner al mal tiempo buena cara. ¡Tal vez no lo creáis, pero hubiera preferido casarme con alguien que no me detestara! —Jezal se metió una mano entre el pelo y, aunque con cierta dificultad, consiguió controlar su ira—. Pero no nos peleemos, os lo ruego. Bastante tengo ya con luchar ahí afuera. ¡Es más de de lo que uno puede soportar! ¿No podríamos por lo menos... tratarnos con un poco de cortesía?

Ella le contempló, pensativa, unos instantes.

—¿Cómo podéis? —preguntó.

—¿Cómo puedo el qué?

—Seguir intentándolo.

Jezal se aventuró a esbozar una sonrisa.

—Ya que no otra cosa, esperaba que al menos pudierais admirar mi constancia —ella no sonrió, pero a Jezal le pareció advertir que el rictus de sus labios se suavizaba un poco. No se atrevía a suponer que por fin su mujer estaba empezando a descongelarse, pero estaba dispuesto a agarrarse al menor atisbo de esperanza.

Aunque no fueran tiempos en los que abundara precisamente la esperanza. Se inclinó hacia ella y la miró fijamente a los ojos—. Habéis dejado bien claro que me tenéis en muy poca estima, y supongo que tenéis razón. Yo también me tengo en muy poca, creedme. Pero estoy intentando... intentando con todas mis fuerzas... ser un hombre mejor.

En la boca de Terez se dibujó una especie de sonrisa triste, pero sonrisa al fin y al cabo. Para gran sorpresa de Jezal, extendió un brazo y posó tiernamente una mano en su mejilla. Se le cortó la respiración y sintió un hormigueo en el trozo de piel en que ella tenía posados los dedos.

—¿Por qué no os dais cuenta de que os desprecio? —le preguntó. Jezal sintió que le envolvía una oleada de frío—. Lo desprecio todo en vos. Vuestro aspecto, vuestro tacto, el sonido de vuestra voz. Desprecio este lugar y a sus

gentes. Cuanto antes acabe quemado hasta los cimientos por los gurkos, más me alegraré —apartó la mano, se volvió a la ventana y la luz espejeó sobre su perfecto perfil.

Jezal se puso lentamente de pie.

—Voy a buscar otra habitación donde dormir esta noche. En esta hace demasiado frío.

—Por fin.

Puede ser una terrible maldición para un hombre conseguir lo que siempre ha soñado. Si el deslumbrante premio resulta ser al final una insulsa baratija, ni siquiera le quedará el consuelo de sus propios sueños. Todo lo que Jezal había creído desear: fama, poder, el boato de la grandeza... no eran más que polvo. Lo único que ahora deseaba era que las cosas fueran como habían sido antes de que le pertenecieran. Pero ya no había marcha atrás. Ni la habría nunca.

Realmente no tenía nada más que decir. Dio media vuelta con rigidez y se dirigió con paso fatigado hacia la puerta.

Mejor bajo tierra

Cuando el combate acaba, si sigues con vida, te pones a cavar. A cavar las tumbas de tus camaradas muertos. Una última muestra de respeto, aunque a lo mejor no se lo tuvieras en vida. Cavas todo lo hondo que te apetezca, los tiras dentro, y allí se pudren y son olvidados. Es lo que siempre se ha hecho.

Habría que cavar mucho cuando terminara la batalla. Mucho por ambas partes.

Habían pasado doce días desde que empezó a caer fuego. Desde que la ira de Dios empezó a llover sobre aquellos arrogantes pálidos y convirtió su orgullosa ciudad en unas ruinas calcinadas. Doce días desde que empezaron las matanzas: en las murallas, en las calles, en las casas. Durante doce días, a la fría luz del sol, bajo los salivazos de la lluvia, entre el huno asfixiante, y durante otras doce noches, a la luz oscilante de los fuegos, Ferro había estado metida en lo más reñido del combate.

Sus botas restallaban sobre las pulidas baldosas, dejando a su paso huellas negras en el inmaculado vestíbulo. Ceniza. Los dos distritos en donde se combatía con furor estaban ahora cubiertos de ella. Se había mezclado con la lluvia y había formado una pasta pegajosa, como una especie de pegamento negro. Los edificios que seguían en pie, los esqueletos calcinados de los que habían caído, las personas que mataban o las que habían muerto, todo estaba recubierto de aquella pasta.

Los ceñudos guardias y los acogotados sirvientes ponían mala cara al fijarse en ella y en las marcas que iba dejando, pero nunca le había importado lo que pensaran y no iba a empezar a importarle ahora. Pronto iban a tener tanta ceniza que no iban a saber qué hacer con ella. Toda la ciudad sería ceniza, si los gurkos se salían con la suya.

Y cada vez parecía más probable que fuera así. Todos los días y todas las noches, por mucho que se esforzaran los defensores, por muchos muertos que quedaran entre las ruinas, las tropas del Emperador se internaban un poco más en la ciudad.

En dirección al Agriont.

Cuando llegó ella, Yulwei estaba sentado en la espaciosa cámara, encogido en una silla que había en un rincón, con las pulseras caídas al extremo de sus brazos, que colgaban fláccidos a los lados. La calma que siempre parecía envolverle como una manta vieja había desaparecido. Se le veía preocupado y fatigado; sus ojos estaban rehundidos en sus órbitas. Un hombre que miraba a la derrota a la cara. Un aspecto con el que Ferro había empezado a familiarizarse en el curso de los últimos días.

—Ferro Maljinn vuelve del frente. Siempre dije que matarías al mundo entero si pudieras, y ahora has tenido la oportunidad. ¿Te gusta la guerra, Ferro?

—Lo suficiente —arrojó el arco sobre una mesa impoluta, se sacó la espada del cinto y se desprendió de la aljaba sacudiendo un hombro. Sólo le quedaban unas pocas flechas. Había dejado la mayor parte de las que faltaban incrustadas en cuerpos gurkos en las ruinas ennegrecidas de las afueras de la ciudad.

Pero Ferro no conseguía que le saliera una sonrisa.

Matar gurkos era como comer miel. Basta con probar un poco para ansiar más. Pero si comías en exceso acababas empachada. Los cadáveres siempre le habían parecido una recompensa muy pobre en comparación con el esfuerzo que costaba hacer que un hombre se convirtiera en eso. Pero ahora ya no se podía parar.

—¿Estás herida?

Ferro apretó la mugrienta venda que le rodeaba el brazo y vio cómo la sangre empapaba el tejido gris. No le dolía.

—No —repuso.

—Todavía estás a tiempo, Ferro. No tienes por qué morir en este lugar. Lo mismo que te traje, te puedo volver a sacar de aquí. Yo voy donde quiero y me llevo conmigo a quien quiero. Si dejas de matar ya, ¿quién sabe? A lo mejor Dios guarda todavía un lugar para ti en el cielo.

Ferro se estaba empezando a cansar de las prédicas de Yulwei. Ella y Bayaz podían no fiarse ni un ápice el uno del otro, pero al menos se entendían. Yulwei no entendía nada.

—¿El cielo? —se burló ella dándole la espalda—. Quizá el infierno sea mejor sitio para mí. ¿Nunca lo has pensado?

Se encogió de hombros y de pronto resonaron unas pisadas en el vestíbulo. Sintió la furia de Bayaz bastante tiempo antes de que la puerta se abriera de golpe y el viejo pálido calvo entrara en la sala hecho un basilisco.

—¡Ese desgraciado! Después de todo lo que he hecho por él, ¿cómo me lo

paga? —Quai y Sulphur entraron detrás de él como dos perros arrastrándose detrás de su amo—. ¡Desafiándome ante el Consejo Cerrado! ¡Diciéndome que no me meta en lo que no me importa! ¡A mí! ¿Qué sabrá ese zopenco de lo que a mí me importa o me deja de importar?

—¿Problemas con el Rey Luthar el Magnífico? —gruñó Ferro.

El mago la miró con los ojos entornados.

—Hace un año no había una cabeza más hueca en todo el Círculo del Mundo. ¡Pero basta que le metas una corona en la cabeza y que un puñado de viejos farsantes le laman el culo unas cuantas semanas para que el muy mierdas se crea que es Stolicus!

Ferro se encogió de hombros. Rey o no rey, Luthar siempre había tenido una alta opinión de sí mismo.

—Debería tener más cuidado a la hora de elegir a quien le pone una corona en la cabeza.

—Lo malo de las coronas es que tienen que ir a parar a la cabeza de alguien. Lo único que se puede hacer es tirárselas a las masas y confiar en que haya buena suerte —Bayaz miró malhumorado a Yulwei—. ¿Y tú qué, hermano? ¿Has estado paseando al otro lado de las murallas?

—Eso he hecho.

—¿Y qué has visto?

—Muerte. He visto mucha muerte. Los soldados del Emperador inundan los distritos occidentales de Adua y sus barcos estrangulan la bahía. Cada día suben más tropas desde el sur y consolidan el dominio gurko sobre la ciudad.

—Eso lo puedo saber por los cretinos del Consejo Cerrado. ¿Qué hay de Manum y sus Cien Palabras?

—¿Manum, el tres veces bendito y tres veces maldito? ¿El portentoso primer aprendiz del rey Khalul, la mano derecha de Dios? Está a la espera. Él, junto con sus hermanos y hermanas, ocupan una enorme tienda en los límites de la ciudad. Rezan por la victoria, escuchan dulces músicas, se bañan en agua perfumada, se tienden desnudos y gozan de los placeres de la carne. Esperan a que los gurkos derriben las murallas. Y se alimentan —alzó los ojos para mirar a Bayaz—. Se alimentan de día y de noche en abierto desafío a la Segunda Ley. Burlándose de la palabra solemne de Euz. Preparándose para el momento en qué vendrán a buscarte. El momento para el que Khalul los creó. También pulen sus armaduras.

—¿Si, eh? —bufó Bayaz—. ¡Malditos sean!

—Ya se han maldecido ellos solos. Pero eso a nosotros no nos sirve de

nada.

—Entonces debemos hacer una visita a la Casa del Creador. Ferro levantó la cabeza. Aquella torre enorme y severa tenía algo que la había fascinado desde que llegó a Adua. Sus ojos siempre se sentían arrastrados hacia esa imponente mole que se erguía inalcanzable por encima del humo y la ira.

—¿Para qué? —preguntó Yulwei—. ¿Piensas encerrarte en su interior como hizo Kanedias hace tantos años, cuando vinimos a buscar venganza? ¿Te esconderás acurrucado en la oscuridad, Bayaz? ¿Serás tú esta vez el que se precipite al vacío y se estrelle contra el puente?

El Primero de los Magos resopló.

—Me conoces demasiado bien para decir eso. Cuando vengan a buscarme, los recibiré en campo abierto. Pero todavía quedan armas en la oscuridad. Una sorpresa o dos tomadas de la fragua del Creador para nuestros malditos amigos del otro lado de las murallas.

Yulwei parecía aún más preocupado que antes.

—¿El Divisor?

—Un filo aquí —dijo Quai en voz baja desde su rincón—, y otro en el Otro Lado.

Bayaz, como de costumbre, no le hizo caso.

—¿Atravesará una línea de cien hombres? —preguntó Yulwei.

—Conque atraviese a Manum me conformo.

Yulwei se desdobló en la silla y se puso de pie soltando un suspiro.

—Muy bien, tú guías. Entraré contigo en la Casa del Creador, por última vez.

Ferro se repasó los dientes con la lengua. La idea de entrar era irresistible.

—Yo también voy.

Bayaz la fulminó con la mirada.

—No harás tal cosa. Tú te quedarás aquí, refunfuñando. Ese ha sido siempre tu mayor talento, ¿no? Sentiría negarte la oportunidad de ejercerlo. Tú te vienes —ordenó a Quai—. ¿Y tú ya sabes lo que tienes que hacer, eh, Yoru?

—Sí, Maestro Bayaz.

—Bien —el Primero de los Magos salió de la habitación con Yulwei a su lado y el aprendiz a su espalda. Sulfur no se movió. Ferro le miró furibunda y él la contestó con una sonrisa, mientras mantenía la cabeza apoyada en los paneles de la pared y la barbilla apuntando hacia el techo moldurado.

—¿Las Cien Palabras esas no son también enemigas tuyas? —preguntó Ferro.

—Mis más profundas y acérrimas enemigas.

—¿Entonces por qué no luchas?

—Hay otras formas de luchar que no implican estar ahí fuera revolcándose en el polvo —en aquellos ojos, uno oscuro y el otro claro, había algo que a Ferro no le gustaba nada. Detrás de sus sonrisas se adivinaba algo duro y voraz—. Aunque me gustaría quedarme aquí charlando, tengo que ir a darle otro empujón a esas ruedas —y dio un par de vueltas a uno de sus dedos en el aire—. Las ruedas tienen que seguir girando, ¿eh, Maljinn?

—Pues vete —le dijo—. Yo no te lo impediré.

—Aunque quisieras no podrías. Te desearía que tuvieras un buen día, pero apuesto a que ni sabes lo que es eso —salió andando tranquilamente y cerró la puerta tras de sí.

Ferro se encontraba ya en el otro extremo de la habitación abriendo el cerrojo de la ventana. Ya había hecho una vez lo que Bayaz le había dicho y lo único que había obtenido era un año perdido. Esta vez tomaría sus propias decisiones. Echó a un lado las cortinas y salió a la terraza. Había hojas enroscadas volando por el aire y otras que se arremolinaban en los jardines de abajo en medio de la lluvia.

Una rápida inspección visual, a uno y otro lado del sendero empapado, le permitió comprobar que sólo había un guardia y que además estaba mirando en la dirección opuesta, envuelto en su capa.

A veces hay que saber aprovechar el momento.

Ferro pasó las piernas por encima de la barandilla, se preparó para el salto y luego se lanzó al vacío. Se agarró a una rama resbaladiza, se columpió hasta el tronco y luego se deslizó hasta el suelo y se agachó detrás de un seto.

Oyó unos pasos y luego unas voces. Eran Bayaz y Yulwei hablando en voz muy baja. Mierda, a esos idiotas de Magos les encantaba darle a la lengua.

—¿Y Sulfur? —le llegó la voz de Yulwei—. ¿Sigue estando contigo?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Sus estudios se orientaron... en una dirección bastante peligrosa. Ya te lo dije, hermano.

—Y Khalul no es tan exigente con sus servidores...

Se alejaron y Ferro dejó de oírlos. Manteniéndose agachada, avanzó apresuradamente por detrás del seto para volver a ponerse a su altura.

—... eso de adquirir otras formas, eso de cambiar de piel, no me gusta —era Yulwei quien hablaba—. Es una disciplina maldita. Ya sabes lo que opinaba Juvens al respecto.

—No tengo tiempo para preocuparme por lo que opinaba un hombre que lleva siglos en la tumba. No hay una Tercera Ley, Yulwei.

—A lo mejor debería haberla. Robar un rostro ajeno... son trucos propios de Glustrod y de sus criaturas de sangre demoníaca. Artes tomadas del Otro Lado...

—Tenemos que usar cualquier arma que podamos encontrar. No siento ninguna simpatía por Manum, pero tiene razón. Se llaman las Cien Palabras porque son cien. Nosotros sólo somos dos y el tiempo no ha sido muy amable con nosotros.

—¿Entonces por qué esperan?

—Ya conoces a Khalul, hermano. Siempre tan minucioso, tan precavido, tan reflexivo. No arriesgará a sus hijos hasta que tenga que...

Por entre los huecos de las ramas desnudas, Ferro vio pasar a los tres hombres entre los guardianes y salir por el portón que se abría en los muros del palacio. Les concedió unos momentos y luego comenzó a seguirlos, con los hombros echados hacia atrás, como si tuviera un asunto muy importante entre manos. Sintió las miradas de los hombres armados que flanqueaban la entrada, pero ya estaban acostumbrados a sus idas y venidas. Por una vez, guardaron silencio.

Entre los grandes edificios, alrededor de las estatuas, a través de los descoloridos jardines, siguió a los tres Magos y al Aprendiz por el centro del Agriont. Mantuvo la distancia ocultándose en portales, bajo un árbol, pegándose a las pocas personas que caminaban con premura por las ventosas calles. A veces, sobre los edificios de una plaza o al final de una avenida, atisbaba la cúspide de la mole de piedra de la Casa del Creador. Al principio no era más que una nebulosa silueta gris que se adivinaba a través de la llovizna, pero con cada paso que daba se volvía más oscura, más grande, más perfilada.

Los tres hombres la condujeron a un edificio destartalado con unas torretas medio derruidas que se alzaban sobre un tejado rehundido. Ferro se arrodilló y los vigiló desde una esquina, mientras Bayaz llamaba a una puerta desvencijada con la punta de su cayado.

—Me alegra que no encontraras la Semilla, hermano —dijo Yulwei mientras esperaban—. Está mejor bajo tierra.

—¿Pensarás lo mismo cuando las Cien Palabras inunden las calles del Agriont pidiendo a gritos nuestra sangre?

—Creo que Dios me perdonará. Hay peores cosas que los Devoradores de Khalul.

A Ferro se le clavaron las uñas en las palmas de las manos. En una de las mugrientas ventanas había una figura de pie que miraba a Yulwei y a Bayaz. Una figura flaca y larguirucha, con una máscara negra y el pelo corto. La misma mujer que, hacía mucho tiempo, les había seguido a Nuevededos y a ella. La mano de Ferro se dirigió por instinto hacia su espada, pero recordó que la había dejado en el palacio y se maldijo por ser tan imbécil. Nuevededos tenía razón. Nunca se tienen suficientes cuchillos.

La puerta se abrió con un temblequeo, se oyeron unos murmullos, y los dos ancianos pasaron adentro, seguidos de Quai, que caminaba con la cabeza agachada. La mujer enmascarada siguió mirándoles un momento y después se alejó de la ventana y se perdió en la oscuridad. Ferro saltó por encima de un seto mientras la puerta comenzaba a cerrarse, hizo palanca con el pie, se coló dentro de lado y se deslizó entre las sombras. Las bisagras chirriaron y la puerta se cerró.

Un largo pasillo, con cuadros polvorientos en una pared y ventanas polvorientas en la otra. Mientras caminaba, Ferro sentía un cosquilleo en la espalda. En cualquier momento esperaba oír un estrépito al que seguiría la aparición de un montón de enmascarados surgidos de entre las sombras. Pero no se oía nada excepto el eco de las pisadas de los hombres que marchaban por delante y la incauta charla de los dos ancianos.

—Este sitio ha cambiado mucho desde el día en que luchamos contra Kanedias —estaba diciendo Yulwei—. El día en que terminaron los Viejos Tiempos. Entonces llovía.

—Lo recuerdo.

—Yo yacía herido en el puente, bajo la lluvia. Les vi caer, al Creador y a su hija. Cayeron dando vueltas desde muy alto. Ahora me cuesta creer que yo sonriera al verlos. La venganza es una emoción muy pasajera. Las dudas, en cambio, nos las llevamos a la tumba.

—El tiempo nos ha traído a los dos muchas cosas de las que lamentarnos —murmuró Bayaz.

—Y con cada año que pasa son más. Pero hay algo extraño. Yo hubiera jurado que el primero en caer fue Kanedias y luego Tolomei.

—La memoria a veces nos engaña, sobre todo a los que han vivido tanto como nosotros. El Creador tiró a su hija y luego yo le tiré a él. Y así terminaron los Viejos Tiempos.

—En efecto —murmuró Yulwei—. Tanto fue lo que se perdió. Y ahora hemos llegado a esto...

Quai volvió la cabeza y Ferro se aplastó contra la pared detrás de una vitrina inclinada. Se quedó un momento mirando hacia donde estaba ella con el ceño fruncido y luego se dio la vuelta y siguió a los otros. Ferro contuvo la respiración y esperó hasta que los tres doblaron una esquina y desaparecieron de su vista.

Volvió a encontrarlos en un patio en ruinas, sofocado de hierbajos secos y sembrado de trozos de pizarra caídos desde los tejados. Un hombre con la camisa llena de manchas los estaba guiando por una larga escalera que conducía a un arco oscuro abierto en lo más alto de la muralla del Agriont. En una de sus manos nudosas tintineaba un manojo de llaves y mientras andaba musitaba algo sobre unos huevos. Una vez que entraron en la arcada, Ferro les siguió por el espacio abierto, subió las escaleras y se detuvo un poco antes de llegar arriba del todo.

—Volveremos enseguida —oyó decir a Bayaz con un gruñido—. Deje la puerta entreabierta.

—Siempre se queda cerrada con llave —contestó una voz—. Son las normas. Durante toda mi vida se ha quedado cerrada y ahora no pienso...

—¡Pues espere aquí a que volvamos! ¡Y ni se le ocurra irse a ninguna parte! ¡Tengo mejores cosas que hacer que esperar sentado en el lado equivocado de su dichosa puerta! —Giraron llaves y crujieron viejos goznes. Los dedos de Ferro agarraron una piedra suelta y la apretaron con fuerza.

El hombre de la camisa sucia ya estaba tirando de las puertas para cerrarlas cuando ella llegó a lo alto de las escaleras. El manojo de llaves tintineaba mientras lo revolvía mascullando maldiciones. Luego se oyó el golpe seco de la piedra al impactar contra su coronilla calva. El hombre gimió y se tambaleó hacia adelante. Ferro cogió el cuerpo inerte por los sobacos y lo depositó con mucho cuidado en el suelo.

Luego dejó la piedra en el suelo y, haciendo un gancho con un dedo, le quitó las llaves.

Cuando Ferro levantó la mano para empujar la puerta, le invadió una sensación extraña. Como una brisa fresca en un día de calor, un poco chocante al principio y después deliciosa. Un estremecimiento nada desagradable le recorrió la espina dorsal y le cortó el aliento. Posó una mano sobre la vetusta madera y sintió el roce cálido y acogedor de su grano. Abrió la puerta una rendija y echó un vistazo a lo que había detrás.

De la muralla del Agriont salía un puente estrecho, de no más de un paso de anchura, sin parapeto ni barandilla. Al final desembocaba en uno de los costados de la Casa del Creador, una pared vertical de roca desnuda que relucía con un brillo negro debido a la lluvia. Bayaz, Yulwei y Quai estaban de pie

junto a una puerta en el otro extremo de la pasarela de piedra. Una puerta de metal oscuro en cuyo centro había grabados unos círculos brillantes. Anillos de letras que Ferro no entendía. Vio que Bayaz se sacaba algo del cuello de la camisa. Vio que los círculos empezaban a moverse, a girar cada vez más deprisa, y sintió en sus orejas los latidos de su corazón. Al cabo de un momento, las puertas se abrían sin hacer ningún ruido. Muy despacio, casi de mala gana, los tres hombres entraron en aquel cuadrado de oscuridad y desaparecieron.

La Casa del Creador estaba abierta.

Mientras los seguía a través del puente, por abajo, el agua gris lamía la dura piedra. La lluvia besaba su piel y la brisa le acariciaba. A lo lejos, sobre la ciudad en llamas, grandes manchas de humo ascendían por el cielo sucio, pero sus ojos no se apartaban de la abertura negra que tenía delante. Al llegar al umbral, se detuvo un instante y apretó los puños.

Luego dio un paso hacia la oscuridad.

Al otro lado de la puerta no hacía ni frío ni calor. El aire no se movía, y a Ferro le pareció que el silencio le pesaba sobre los hombros y le presionaba los oídos. Dio un par de pasos y de pronto desapareció la luz. El viento, la lluvia y el cielo abierto eran como sueños apenas recordados. Tenía la sensación de haber recorrido cientos de kilómetros bajo la tierra muerta. La sensación de que el tiempo se había detenido. Subió despacio a una amplia arcada y miró a través de ella.

Lo que había al otro lado parecía un templo, pero habría podido albergar incluso el gran templo de Shaffa, donde miles de personas invocaban a todas horas el nombre de Dios. Hacía que la rotonda abovedada donde había sido coronado Jezal dan Luthar pareciera minúscula en comparación. Era tal su extensión que incluso las vastas ruinas de Aulcus parecían poca cosa a su lado. Un lugar poblado de solemnes sombras, habitado por huraños ecos y aprisionado por implacables y furiosas piedras.

La tumba de unos dioses olvidados.

Yulwei y Bayaz estaban en el centro. Dos figuras diminutas como insectos en medio de un océano de refulgente oscuridad. Ferro se apretó contra la fría roca, esforzándose por distinguir sus palabras entre los ecos marinos.

—Ve a la armería y coge algunos de los aceros del Creador. Yo subiré y traeré... el otro objeto —Bayaz se dio la vuelta, pero Yulwei le cogió de un brazo.

—Antes contéstame a una pregunta, hermano.

—¿A qué pregunta?

—La misma que te hago siempre.

—¿Otra vez? ¿Incluso ahora? Muy bien, si así lo quieres. Pregunta.

Los dos ancianos permanecieron un buen rato inmóviles. Hasta que los últimos ecos de sus voces se desvanecieron y sólo quedó un silencio tan pesado colmo el plomo. Ferro contuvo la respiración.

—¿Mataste a Juvens? —el susurro de Yulwei silbó en la oscuridad—. ¿Mataste a nuestro Maestro?

Bayaz no movió ni un músculo.

—Cometí errores hace mucho tiempo. Muchos errores, lo sé. Algunos allá en el Occidente devastado. Otros aquí, en este mismo lugar. No hay ni un solo día en que no me arrepienta de ellos. Luché con Khalul. No hice caso de la sabiduría de mi Maestro. Entré donde no debía en la Casa del Creador. Me enamoré de su hija. Era orgulloso, imprudente, vano, todo eso es cierto. Pero no maté a Juvens.

—¿Qué pasó aquel día?

El Primero de los Magos pronunció las palabras como si las hubiera repetido un montón de veces.

—Kanedias fue a buscarme. Por seducir a su hija. Por haber robado sus secretos. Juvens se negó a entregarme. Lucharon, y yo huí. La furia de su lucha iluminó los cielos. A mi regreso, el Creador ya no estaba allí y nuestro Maestro había muerto. Yo no maté a Juvens.

De nuevo se hizo el silencio. Ferro les miraba, petrificada.

—De acuerdo —la mano de Yulwei soltó el brazo de Bayaz—. Manum mintió y por lo tanto también mintió Khalul. Nos enfrentaremos a ellos los dos juntos.

—Bien, viejo amigo, bien. Sabía que podía confiar en ti, como tú puedes confiar en mí —Ferro frunció los labios. La palabra «confiar» sólo la usaban los farsantes. Quien era verdaderamente sincero no necesitaba usar esa palabra. Los pasos del Primero de los Magos resonaron en el amplio espacio, mientras se dirigía a una de las muchas arcadas, y luego se desvanecieron.

Yulwei se le quedó mirando hasta que se perdió de vista. Luego suspiró profundamente y siguió andando en dirección opuesta con las pulseras tintineando en su muñeca. El eco de sus pasos se fue apagando y Ferro quedó sola en las sombras rodeada de silencio.

Lentamente, con suma cautela, penetró en aquella inmensidad vacía. El suelo relucía: incrustadas en la negra roca serpenteaban unas líneas de metal brillante El techo, si es que lo había, estaba envuelto en sombras. Una especie de galería rodeaba las paredes a unas veinte zancadas de altura, luego había otra mucho más arriba, y otra, y otra, desdibujadas en la penumbra. Por encima de

todo colgaba un objeto extraordinario. Una estructura formada por varios anillos de metal, grandes y pequeños, discos y círculos refulgentes con extraños caracteres grabados. Todo ello en movimiento. Todo ello rotando, un anillo alrededor del otro, con una bola negra en el centro que era el único elemento que se mantenía totalmente inmóvil.

Ferro daba vueltas y vueltas. O quizá ella estaba inmóvil y era la habitación la que giraba a su alrededor. Se sentía mareada, borracha, sin aliento. Al ascender hacia la negrura la roca viva era sustituida por unas piedras colocadas a hueso, de las que no había dos iguales. Ferro intentó calcular de cuántas piedras estaba construida la torre.

De miles. De millones.

¿Qué había dicho Bayaz en la isla de los confines del Mundo? ¿Dónde esconde una piedra un hombre sabio? Entre otras miles. Entre varios millones de ellas. Sobre su cabeza, los anillos se desplazaban pausadamente. Tiraban de ella, y la bola del centro también tiraba de ella con más fuerza aún. Como una mano que le hiciera señas. Como una voz que la llamara por su nombre.

Metió los dedos en los espacios secos que había entre las piedras y empezó a trepar, mano sobre mano, más y más arriba. Le resultaba fácil. Como si el muro estuviera hecho para que treparan por él. Pronto estaba pasando las piernas por encima de la barandilla de la primera galería Siguió subiendo, sin pararse a tomar aliento siquiera. Llegó a la segunda galería con el cuerpo empapado de un sudor pegajoso. Alcanzó la tercera jadeando. Y por fin se agarró a la barandilla de la cuarta y se aupó a ella. Luego miró hacia abajo.

A lo lejos, en el fondo del negro abismo, la totalidad del Círculo del Mundo se desplegaba por el suelo redondo de la enorme cámara. Un mapa inmenso con las líneas de las costas destacadas en reluciente metal. A la misma altura que Ferro, llenando casi por completo el espacio que delimitaba la suave curvatura de la galería y suspendido de unos cables tan finos como hilos, el enorme mecanismo giraba despacio.

Contempló con el ceño fruncido la bola del centro, sintiendo un hormigueo en las palmas de las manos. Parecía sostenerse en el aire sin ningún apoyo. Tal vez debería haberse preguntado cómo podía ser aquello, pero en lo único en que podía pensar era en lo mucho que deseaba tocarla. Necesitaba tocarla. No podía hacer otra cosa. Uno de los círculos metálicos se acercaba a ella reluciendo con un brillo mate.

A veces hay que saber aprovechar el momento. Se subió de un salto a la barandilla y se quedó unos instantes agachada encima de ella para prepararse. Ni se lo pensó. Pensar hubiera sido una locura. Se lanzó al espacio vacío agitando los brazos y las piernas. La máquina entera temblequeó y osciló cuando se agarró al anillo más externo. Se columpió por debajo de él y se quedó

colgada conteniendo la respiración. Despacio, delicadamente, con la lengua apretada contra el paladar, se alzó a pulso con los brazos, enroscó las piernas sobre la superficie de metal y comenzó a arrastrarse por el anillo. Al pasar cerca de un ancho disco surcado de ranuras, saltó del uno al otro, con todo el cuerpo temblando por el esfuerzo. El frío metal trepidó bajo su peso, retorciéndose, flexionándose, bamboleándose con cada uno de sus movimientos, y amenazando con sacudírsela de encima y lanzarla al vacío. Es posible que Ferro no tuviera miedo.

Pero una caída de centenares de metros sobre una roca dura como pocas seguía infundiéndole mucho respeto.

Siguió deslizándose de un anillo a otro, casi sin atreverse a respirar. Se dijo que en realidad no había ningún precipicio. Que lo único que estaba haciendo era trepar por los árboles, yendo de rama en rama, como solía hacer de niña antes de que llegaran los gurkos. Por fin agarró el anillo más recóndito. Se aferró a él con todas sus fuerzas y esperó a que su movimiento la condujera cerca del centro. Se colgó con las piernas cruzadas alrededor del frágil metal, agarrándolo con una mano, y extendió la otra hacia la refulgente bola negra.

En su superficie lisa vio reflejada su cara rígida y la imagen distorsionada de la garra de su mano. Con todos los nervios en tensión, apretando los dientes, se estiró todo lo que pudo. Más cerca. Todavía más cerca. Lo único que quería era tocarla. La punta de su dedo medio la rozó y, como una burbuja que revienta, la bola se disolvió en el aire.

Algo quedó libre y empezó a caer muy despacio, como si se sumergiera en el agua. Ferro lo vio alejarse de ella: una mancha más oscura aún que la impenetrable negrura del aire que caía y caía. Se estrelló contra el suelo con un estrépito que pareció sacudir los mismos cimientos de la Casa del Creador y sus ecos resonaron por toda la enorme cámara. El anillo del que colgaba tembló, y por un instante, estuvo a punto de caer. Cuando logró impulsarse hacia arriba, se dio cuenta de que el anillo había dejado de moverse.

Todo el mecanismo se había detenido.

Le pareció que tardaba un siglo en volver a trepar por los anillos quietos hasta la galería superior y en descender por las vertiginosas paredes. Cuando al fin saltó al suelo de la cavernosa cámara, tenía la ropa desgarrada y las manos, los codos y las rodillas llenos de arañazos sangrantes; pero ella apenas si lo notó. Echó a correr y sus pasos resonaron contra el suelo. Corría hacia el centro de la cámara, hacia el lugar donde seguía estando el objeto que había caído de arriba.

A simple vista no parecía más que un pedrusco oscuro del tamaño de un puño. Pero aquello no era una simple piedra, y Ferro lo sabía. Sentía que de aquel objeto fluía algo, brotaba algo que se expandía con estimulantes

ondulaciones. Algo que no se podía ver ni tocar y que, no obstante, llenaba todo el espacio hasta sus más oscuros rincones. Un flujo invisible, pero irresistible, que tintineaba a su alrededor y la arrastraba hacia delante.

El corazón de Ferro latía junto a sus costillas mientras sus pasos se acercaban a la piedra. Su boca se llenó de anhelante saliva al arrodillarse a su lado. Su propio aliento se le clavó en la garganta cuando, sintiendo un hormigueo, alargó hacia ella una mano. Luego su palma se cerró sobre la superficie picada y rugosa. Pesaba y estaba muy fría, como si fuera un pedazo de plomo congelado. La levantó muy despacio, haciéndola girar en su mano, mirándola resplandecer en la oscuridad, fascinada.

La Semilla.

Bayaz apareció en una de las arcadas, con la cara agitada por un temblor en el que se mezclaban el espanto y el placer.

—¡Vete, Ferro, deprisa! Llévala a palacio —se estremeció y se llevó un brazo a los ojos como si tuviera que protegerlos de una luz cegadora—. La caja está en mis aposentos. Métela dentro y ciérrala bien. ¿Me oyes? ¡Ciérrala bien!

Ferro se dio la vuelta para irse y frunció el ceño: no sabía por cuál de las arcadas se salía de la Casa del Creador.

—¡Espera! —Quai corría hacia ella, con la mirada clavada en su mano—. ¡Espera! —no daba muestras se sentir miedo al acercarse. Pero su semblante expresaba una especie de ansia voraz lo bastante extraña como para que Ferro diera un paso atrás—. Estaba aquí. Siempre estuvo aquí —tenía la cara muy pálida, desencajada y poblada de sombras—. La Semilla —su mano blanca se tendió hacia ella a través de la oscuridad—. Al fin. Dame...

Se arrugó como un papel desechado, sus pies se arrancaron del suelo y salió disparado al otro extremo de la cámara antes de que Ferro, atónita, tuviera tiempo de tomar aliento. Con un resonante eco se estrelló contra la pared, justo por debajo de la primera galería. Ferro contempló boquiabierta cómo su cuerpo rebotaba y se precipitaba hacia el suelo dando sacudidas con sus miembros descoyuntados.

Bayaz se acercó, apretando con fuerza su cayado. Alrededor de sus hombros, el aire parecía vibrar levemente. Ferro, desde luego, había matado a muchos hombres sin derramar una lágrima. Pero aquello había ocurrido con tanta rapidez que incluso a ella le impresionó.

—¿Qué ha hecho? —bufó mientras el eco del impacto mortal de Quai seguía resonando en sus oídos.

—Lo que tenía que hacer. Ve a palacio. Ahora mismo —Bayaz señaló con un dedo una de las arcadas, al fondo de la cual se vislumbraba un minúsculo destello—. ¡Y mete esa cosa en la caja! ¡No tienes idea de lo peligrosa que es!

A pocas personas les gustaba menos que a Ferro que le dieran órdenes, pero en ese momento no tenía el menor deseo de seguir allí. Se metió la piedra dentro de la camisa. Le gustó sentirla allí, contra su estómago. Estaba fresca y le producía una sensación de alivio, por mucho que Bayaz dijera que era peligrosa. Dio un paso, y cuando su bota golpeó el suelo, se oyó una risotada desde el otro extremo de la cámara.

Desde el lugar en donde había caído el cadáver destrozado de Quai.

Bayaz no pareció sorprenderse.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Al fin te muestras tal como eres! ¡Hacía ya algún tiempo que sospechaba que no eras quien aparentabas ser! ¿Dónde está mi aprendiz y cuándo le sustituiste?

—Hace meses —Quai siguió riéndose mientas se incorporaba con calma sobre la pulida superficie de suelo—. Desde que te fuiste a ese viaje descabellado al Viejo Imperio —en su rostro sonriente no había sangre. Ni siquiera un arañazo—. Estuve sentado a tu lado al calor del fuego. Te contemplé cuando estabas indefenso en el carro. Estuve junto a ti durante todo el viaje de ida y vuelta a los confines del Mundo. Tu aprendiz se quedó aquí. Dejé ocultó entre unos matojos su cadáver a medio devorar para que no lo encontraran las moscas. A menos de veinte zancadas de donde tú y el norteño dormíais a pierna suelta.

—Hummm —Bayaz cambió de mano el cayado—. Ya me parecía a mí que tus destrezas habían experimentado una notable mejoría. Debiste matarme entonces, cuando tuviste la ocasión.

—Todavía estoy a tiempo —Ferro se estremeció al ver a Quai ponerse de pie. De pronto, una atmósfera gélida parecía haberse extendido por toda la cámara.

—¿Cien palabras? Tal vez. ¿Pero una sola palabra? No creo —Bayaz frunció el labio—. ¿Cuál de los hijos de Khalul eres tú? ¿El Viento del Este? ¿Una de sus malditas gemelas?

—Yo no soy un hijo de Khalul.

Por el rostro de Bayaz cruzó una sombra de duda.

—¿Entonces quién eres?

—Nos conocíamos muy bien hace mucho tiempo.

El Primero de los Magos le miró con el ceño fruncido.

—¿Quién eres? ¡Habla!

—La adopción de formas, como sabes... —era una voz de mujer, baja y suave. Mientras Quai avanzaba lentamente, algo le estaba ocurriendo en la cara.

Su piel clara se marchitaba y caía— ... es un truco insidioso y siniestro —su nariz, sus ojos, sus labios, se derretían y resbalaban por su cráneo como si fueran gotas de cera chorreando por el tronco de una vela—. ¿No te acuerdas de mí, Bayaz? —una nueva cara apareció por debajo, un rostro duro con una tez pálida como mármol blanco—. Dijiste que me amarías eternamente —el aire estaba helado. El aliento que salía de los labios de Ferro se convertía inmediatamente en vaho—. Me prometiste que jamás nos separaríamos. Cuando te abrí la puerta de mi padre...

—¡No! —Bayaz dio un vacilante paso atrás.

—Pareces sorprendido. Pero más me sorprendí yo cuando en vez de cogerme en tus brazos me tiraste desde el tejado. ¿Te acuerdas, amor mío? ¿Y por qué? ¿Para poder guardarte tus secretos? ¿Para poder parecer un ser noble? —el largo cabello de Quai se volvió blanco como la tiza. Ahora flotaba alrededor de un rostro de mujer, de una palidez infinita, que alojaba dos ojos brillantes y negros. Tolomei. La hija del Creador. Un fantasma de un nebuloso pasado. Un fantasma que había caminado junto a ellos durante meses bajo una forma robada. Ferro casi sentía en el aire su respiración helada, tan helada como la muerte. Su mirada pasó de la cara de la mujer a la arcada que conducía a la salida, debatiéndose entre el deseo de huir y la necesidad de saber más.

—¡Te vi en la tumba! —susurró Bayaz—. ¡Con mis propias manos te eché tierra encima!

—Así fue. Y lloraste al hacerlo como si no hubieras sido tú quien me arrojó al vacío —sus ojos negros se volvieron hacia Ferro, hacia su vientre, donde sentía en la piel el cosquilleo que le producía la Semilla—. Pero yo había tocado el Otro Lado. Lo había tenido entre estas dos manos, mientras mi padre trabajaba, y eso me transformó. Durante un tiempo yací entre los fríos brazos de la tierra. Entre la vida y la muerte. Hasta que oí voces. Las mismas voces que oyó Glustrod hace mucho tiempo. Y ellas me ofrecieron llegar a un acuerdo. Mi libertad por la suya.

—¡Quebrantaste la Primera Ley!

—¡Las leyes no significan nada para los que yacen enterrados! Cuando al fin me abrí camino con las uñas hasta la superficie, mi parte humana había desaparecido. Pero la otra parte, la que pertenece al mundo inferior... esa nunca muere. Aquí la tienes, ante ti. Voy a completar el trabajo que inició Glustrod. Voy a abrir las puertas que selló mi abuelo. Este mundo y el Otro Lado serán uno. Como lo fueron antes de los Viejos Tiempos. Como siempre tuvo que haber sido —extendió una mano, la abrió y de ella brotó un aire frío que hizo que un temblor se extendiera por la espalda de Ferro hasta alcanzarle la punta de los dedos—. Entrégame la Semilla, niña. Se lo prometí a los Desveladores de Secretos y yo siempre cumplo mis promesas.

—¡Eso lo veremos! —gritó el Primero de los Magos.

Ferro sintió un vuelco en el estómago y vio que el aire que rodeaba a Bayaz empezaba a vibrar. Tolomei estaba a diez zancadas de él. Pero en un segundo se abalanzó hacia adelante y le golpeó con estrépito, como el de un trueno. El cayado de Bayaz se rompió en mil pedazos y sus astillas salieron volando por los aires. El Mago soltó un resoplido de asombro y salió disparado hacia atrás. Rodó por el suelo hasta que al final se quedó parado de bruces hecho un guiñapo. Mientras Ferro le miraba, una ola de aire gélido la iba envolviendo. Sintió un miedo pavoroso, más terrible porque era desconocido para ella. Estaba petrificada.

—Los años te han vuelto débil —la hija del Creador ahora se movía despacio, avanzando silenciosamente hacia el cuerpo inerte de Bayaz, con su melena blanca revoloteando a su espalda como las olas rizadas de un lago cubierto de escarcha—. Tus artes no me pueden hacer daño —le miró desde lo alto y en sus labios, secos y blancos, se dibujó una gélida sonrisa—. Por todo lo que me robaste. Por mi padre —elevó un pie sobre la cabeza calva de Bayaz—. Por mí misma...

Tolomei estalló en llamas. La luz inundó hasta los rincones más alejados de la inmensa cámara, el resplandor se hundió en las grietas que se abrían entre las piedras. Ferro se tambaleó hacia atrás tapándose los ojos con una mano. Entre los dedos vio a Tolomei girando salvajemente por el suelo, con el cuerpo envuelto en llamas y el pelo convertido en una retorcida lengua de fuego.

Cuando por fin se desplomó, volvió a reinar la oscuridad y una hedionda nubecilla de humo ascendió por el aire. Yulwei apareció por una de las arcadas con su tez morena empapada de sudor. Bajo uno de sus escuálidos brazos llevaba un haz de aceros. Espadas de un metal mate, como la que solía llevar Nuevededos, cada una de ellas marcada con una letra de plata.

—¿Estás bien, Ferro?

—Yo... —el fuego no había traído ningún calor. La cámara seguía estando helada y los dientes de Ferro castañeteaban—. Yo...

—Vete —Yulwei contemplaba con gesto ceñudo el cuerpo de Tolomei, del que se estaban extinguiendo ya las últimas llamas. Ferro sintió que recuperaba las fuerzas y comenzó a retroceder. De pronto, sintió una punzada en el estómago al ver elevarse a la hija del Creador con las cenizas de la ropa de Quai resbalándole por el cuerpo. De nuevo se erguía ante ellos, alta, mortalmente delgada, desnuda y tan calva como Bayaz después de que toda su cabellera hubiera quedado reducida a cenizas. Su piel cadavérica relucía con un blanco inmaculado: no le había quedado ni una sola marca.

—Siempre hay algo más —miró a Yulwei con sus inexpresivos ojos

negros—. No hay fuego que pueda abrasarme, prestidigitador. No puedes detenerme.

—Tal vez no, pero tengo que intentarlo —el Mago lanzó sus espadas al aire y éstas se pusieron a dar vueltas, a girar, desplegándose en medio de la oscuridad con sus filos centelleantes y trazando trayectorias imposibles. De pronto, se pusieron a volar en círculos alrededor de Ferro y de Yulwei. Más y más rápido hasta convertirse en un borrón plateado de mortífero metal. Las tenían tan cerca, que si Ferro hubiera alargado una mano se la habrían amputado a la altura de la muñeca.

—Estate quieta —dijo Yulwei.

No hacía falta decirlo. Ferro sintió que le empezaba a hervir la sangre en las venas, una sensación que le era muy familiar.

—¿Primero, que me vaya y ahora que me esté quieta? ¿Primero la Semilla está en los confines del Mundo y luego resulta que está aquí, en el centro? ¿Primero que ella está muerta y ahora que no, que le ha robado la cara a otro? ¡A ver si os aclaráis, viejos bastardos!

—¡Son unos mentirosos! —gritó Tolomei, y su gélido aliento bañó la mejilla de Ferro y le heló los huesos—. ¡Te están utilizando! ¡No te fíes de ellos —¿Y de ti sí que me puedo fiar? —Ferro resopló con desprecio—. ¡Anda y que te jodan!

Tolomei hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entonces morirás, como los demás —comenzó a moverse hacia un lado, caminando de puntillas, y en cada lugar en que posaba sus pies desnudos iba dejando pequeños círculos de escarcha blanca—. No puedes seguir haciendo malabarismos con tus cuchillos toda tu vida, viejo.

Por encima de los hombros blancos de Tolomei, Ferro vio que Bayaz se ponía lentamente en pie, sujetándose un brazo con el otro y con la cara rígida llena de arañazos y de sangre. Llevaba algo colgando de su puño fláccido: un amasijo de tubos metálicos, con un garfio en un extremo, que refulgía con un brillo mate en medio de la oscuridad. Levantó la mirada hacia el techo y las venas de su cuello se tensaron por el esfuerzo cuando el aire comenzó a vibrar a su alrededor. Ferro volvió a sentir que se le encogía el estómago y sus ojos ascendieron magnetizados hacia arriba. La gran máquina que colgaba sobre sus cabezas había empezado a temblar.

—Mierda —murmuró retrocediendo.

Si Tolomei lo advirtió, no dio señales de ello. Dobló las rodillas y de un salto se situó encima de las espadas giratorias. Permaneció suspendida en el aire un instante y después se abatió sobre Yulwei. Se estrelló contra el suelo, con las rodillas por delante, haciendo que el suelo pegara una sacudida. Una

esquirla arañó la mejilla de Ferro, que sintió un latigazo de aire frío en la cara y se tambaleó hacia atrás.

La hija del Creador alzó la vista con el gesto torcido.

—No mueres fácilmente, viejo —exclamó cuando los ecos se apagaron.

Ferro no sabía cómo había conseguido esquivarla Yulwei, pero el viejo mago se alejaba bailoteando por el suelo, trazando círculos con las manos, haciendo tintinear sus pulseras y con las espadas dando vueltas en el aire a su espalda.

—Lo he estado ensayando toda mi vida. Tú tampoco mueres fácilmente.

La hija del Creador se puso en pie y le miró.

—Yo no muero.

En las alturas, el enorme mecanismo se balanceó y los cables se soltaron pegando latigazos en la oscuridad. Con la lentitud de un sueño, empezó a caer. El metal centelleante se retorcía, se flexionaba y chillaba mientras se precipitaba por el aire. Ferro se volvió y echó a correr. Dio cinco zancadas sin tan siquiera respirar y luego se tiró al suelo y resbaló boca abajo por la roca pulimentada. Sintió en el estómago el pinchazo de la Semilla y en la espalda el roce del aire que levantaban las espadas giratorias al pasar por debajo de ellas.

La gran máquina cayó a sus espaldas con el estruendo de una música infernal. Cada anillo era un inmenso címbalo, un gong gigantesco. Cada uno tocaba sus propias notas disparatadas, mientras el torturado metal gritaba, retumbaba y atronaba hasta el punto de hacer que a Ferro le zumbaran los huesos. Miró hacia arriba y vio un gran círculo que pasaba girando de canto a su lado arrancando chispas al suelo. Otro rebotó en el suelo y se elevó dando vueltas como una moneda lanzaba al aire. Ferro rodó por el suelo para quitarse de en medio y retrocedió pateando mientras se estrellaba cerca de ella.

En el lugar donde Yulwei y Tolomei se habían enfrentado se alzaba ahora una montaña de metal retorcido, anillos y discos rotos, cables y varillas enmarañadas. Ferro, aturdida, se puso de pie como pudo, mientras una furia de ecos discordantes resonaba por toda la cámara. A su alrededor caían astillas y esquirlas. Todo el pavimento estaba cubierto de fragmentos de la máquina que brillaban en oscuridad como estrellas en el cielo nocturno.

Ferro no tenía idea de quién estaba muerto y quién seguía vivo.

—¡Fuera! —Bayaz la miraba apretando los dientes. Su cara parecía una máscara de dolor—. ¡Fuera! ¡Vete!

—Yulwei... ¿Ha...?

—¡Yo volveré a buscarle! —Bayaz sacudía en el aire su brazo sano—.

¡Vete!

Hay momentos para pelear y hay momentos para echar a correr, y Ferro lo sabía por experiencia. Se lo habían enseñado los gurkos en la Estepa Árida. La arcada oscilaba y pegaba sacudidas mientras corría frenéticamente hacia ellos. Su propia respiración le rugía en los oídos. Saltó por encima de una reluciente rueda metálica y sus botas volvieron a golpear la piedra del suelo. Ya casi había llegado a la arcada. De pronto, sintió a su lado una bocanada de aire frío que la llenó de terror. Ferro se lanzó hacia adelante.

La mano blanca de Tolomei falló por medio pelo y se estrelló contra el muro, arrancando un trozo de piedra y llenando el aire de polvo.

—¡Tú no vas a ninguna parte!

Quizá fuera el momento de echar a correr, pero la paciencia de Ferro se había agotado. Balanceó hacia atrás un puño, con toda la furia de sus meses perdidos, de sus años perdidos, de su vida perdida. Los nudillos chocaron con la mandíbula de Tolomei produciendo un crujido. Fue como dar un puñetazo a un bloque de hielo. La mano no le dolió al fracturarse, pero sintió que la muñeca se le doblaba y que su brazo se quedaba dormido. Demasiado tarde para preocuparse de eso. Su otro puño ya estaba en camino.

Tolomei le detuvo el brazo en el aire antes de que llegara a tocarla y atrajo a Ferro hacia sí. Luego, con una fuerza irresistible, le retorció el brazo y la puso de rodillas.

—¡La Semilla!

Las dos palabras sibilantes cayeron heladas sobre la cara de Ferro y la dejaron sin respiración, arrancándola un gemido. Sintió que sus huesos se retorcían y su antebrazo crujió como una rama al romperse. Entonces una mano blanca surgió de las sombras y se dirigió al bulto que tenía Ferro en la camisa.

De pronto se produjo un destello de luz, una especie de curva luminosa que durante un instante iluminó toda la cámara con un brillo cegador. Ferro oyó un chillido y de repente se encontró tirada de espaldas en el suelo, pero libre. La mano de Tolomei había sido amputada a la altura de la muñeca, dejando un muñón del que no brotaba sangre. En la pared de detrás había una enorme herida abierta que se hundía en el suelo y de la que manaba un borboteante chorro de piedra fundida. Bayaz surgió de entre las sombras; el extraño arma que tenía en la mano despedía roscas de humo y su garfio estaba al rojo vivo. Tolomei lanzaba unos chillidos que helaban la sangre y daba zarpazos al aire.

Bayaz entornó los ojos, abrió su boca ensangrentada y respondió con un rugido salvaje. La violencia con que se dobló el cuerpo de Tolomei hasta quedar casi de rodillas fue tan brutal que a Ferro se le contrajo el estómago. Acto

seguido, la hija del Creador fue arrancada del suelo y salió despedida, marcando una profunda cicatriz en el mapa del suelo con uno de sus pálidos talones mientras perforaba el amasijo de piedras y metales Los restos del gigantesco artilugio salían disparados a su paso, llenando el aire de fragmentos brillantes que volaban como hojas arrastradas por el viento. Tolomei era una forma desmadejada en medio de una tempestad de hierro. Con un estruendo brutal, se estampó contra la pared más alejada de la cámara, lanzando al aire multitud de trozos de roca. Un diluvio de pedazos de metal retorcido se estrelló a su alrededor produciendo un enorme estrépito. Anillos, pernos y esquirlas se clavaron como dagas en la pared, trocando la gran curva de piedra en un gigantesco lecho de clavos.

Los ojos de Bayaz parecían a punto de salírsele de las órbitas y su rostro demacrado estaba cubierto de sudor.

—¡Muere, demonio! —bramó.

Una nubecilla de polvo se desprendió de la pared y la roca empezó a moverse. Un instante después, una escalofriante carcajada resonaba por toda la cámara. Ferro retrocedió de espaldas, pateando con los talones las losas del suelo, y luego se echó a correr. Su mano rota daba bandazos sobre la pared del pasadizo y su brazo roto le colgaba inerte a un costado. Un cuadrado de luz se aproximaba a ella pegando sacudidas. La puerta de la Casa del Creador.

Salió tambaleándose al aire libre, hiriente tras las tinieblas de antes, y la lluvia que caía le produjo una sensación cálida en comparación con el gélido tacto de Tolomei. Bajo la camisa sentía el peso de la Semilla y su roce áspero y reconfortante a la vez.

—¡Corre! —gritó la voz de Bayaz desde la oscuridad—. ¡Al palacio! —Ferro cruzó el puente a la carrera, dando traspiés sobre las losas húmedas y oyendo los bandazos del agua de abajo—. ¡Métela en la caja y ciérrala bien! —a su espalda se oyó el estruendo de dos metales al entrechocar, pero no miró hacia atrás.

Abrió las puertas que daban al Agriont, empujándolas con el hombro, y estuvo a punto de tropezar con el portero, que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared en el mismo sitio en que ella le había dejado, agarrándose la cara con una mano. Saltó por encima de él, bajó de tres en tres los escalones, atravesó el patio en ruinas y recorrió los polvorientos pasillos a toda velocidad sin pensar en figuras enmascaradas ni en ninguna otra cosa. Ahora le parecían una amenaza insignificante, algo totalmente cotidiano. Aún sentía aquel aliento helado en el cuello.

Y lo único que le importaba era dejarlo lo más atrás posible.

Se detuvo de un resbalón ante la puerta, descorrió torpemente el cerrojo

con el pulpejo de su mano rota, salió a la lluvia y se puso a correr por las calles mojadas siguiendo el mismo camino por el que había venido. La gente que había en las callejuelas y en las plazas, al ver su figura ensangrentada corriendo con desesperación, se apartaba asustada. A su paso surgían voces enojadas, pero no las hacía caso. Al doblar una esquina, se encontró en una calle ancha flanqueada de edificios grises y se detuvo pegando un patinazo que casi acaba con ella en el suelo.

Una multitud de personas desarrapadas bloqueaba la calle. Mujeres, niños y ancianos que caminaban arrastrando los pies.

—¡Quítense de en medio! —gritó mientras intentaba abrirse paso—. ¡Muévanse! —de pronto le vino a la cabeza la historia que había contado Bayaz en la interminable llanura. La historia de los soldados que habían encontrado la Semilla en las ruinas de Aulcus. Cómo se habían consumido y habían muerto. Se puso a dar empellones y a soltar patadas y se fue abriendo camino—. ¡Muévanse! —al final consiguió salir y siguió corriendo por la calle desierta, con el brazo roto apretado contra el cuerpo y contra lo que llevaba debajo de la camisa.

Atravesó corriendo el parque, entre las hojas que caían de los árboles con cada racha de viento. La gran muralla del palacio se alzaba donde acababan los jardines y Ferro se dirigió a la entrada. Los dos guardas de antes seguían flanqueándola, como de costumbre, y Ferro sabía que la vigilaban. Aunque la habían dejado salir, ahora no se sentían tan partidarios de dejarla entrar, sobre todo así: hecha un asco, sudorosa, embadurnada de sangre y mugre y corriendo como si el diablo le pisara los talones.

—¡Eh, tú! ¡Espera! —Ferro intentó colarse entre los dos, pero uno de ellos la agarró.

—¡Soltadme, pálidos de mierda! —bufó—. ¡No entendéis nada! —Intentó escapar y una alabarda dorada cayó al suelo al soltarla uno de los guardias para rodearle el cuerpo con los dos brazos.

—¡Pues explícate! —le contestó el otro desde detrás del visor de su casco—. ¿A qué vienen tantas prisas? —su mano enguantada señaló al bulto de su camisa—. ¿Qué es eso que lie...?

—¡No! —Ferro bufó, se retorció y arrastró a trompicones al guardia hasta el muro del arco. La alabarda del otro bajó suavemente hasta que su reluciente punto quedó a la altura del pecho de Ferro.

—¡Estate quieta! —gruñó—. Si no quieres que...

—¡Dejadla pasar! ¡Ahora mismo! —Sulfur estaba detrás de la reja, y, por una vez, no sonreía. El guardia volvió la cabeza y titubeó—. ¡Ahora mismo he dicho! ¡En nombre de Lord Bayaz!

La soltaron y Ferro echó a correr, profiriendo una maldición. Atravesó los jardines como una centella, entró en el palacio y el eco de sus botas resonó por los pasillos mientras los sirvientes y los guardias se apartaban de su paso mirándola con desconfianza. Encontró la puerta de las habitaciones de Bayaz, la abrió a toda prisa y entró tambaleándose. La caja estaba abierta sobre una mesa que había junto a la ventana. Era un simple objeto de un metal oscuro. Cruzó la habitación hasta llegar a ella, se desabrochó la camisa y sacó lo que llevaba debajo.

Una piedra oscura y pesada del tamaño de un puño. Su superficie mate seguía estando igual de fría que cuando la había cogido. Notó en la mano un placentero cosquilleo, como el que se siente al tocar a un viejo amigo. La mera idea de desprenderse de ella la enojaba.

Bueno, ahí estaba por fin la Semilla. El Otro Lado hecho carne. La esencia misma de la magia. Recordó las ruinas de Aulcus. Los centenares de kilómetros de tierra muerta que se extendían a su alrededor en todas direcciones. Un objeto con poder de sobra para enviar al Emperador, al Profeta, a sus malditos Devoradores y a toda la nación de Gurkhul al infierno. Un poder tan terrible que sólo debía pertenecer a Dios. Y ahora ella lo tenía en su frágil mano. Se lo quedó mirando durante un buen rato y, luego, poco a poco, Ferro empezó a sonreír.

Ahora podría vengarse.

El sonido de unas pisadas en el pasillo la hizo salir de su ensueño. Depositó la Semilla en la caja, hizo un esfuerzo para apartar la mano y cerró de golpe la tapa. Como si de pronto se hubiera apagado una vela en una habitación oscura, el mundo le pareció más gris, más pobre, menos interesante. Entonces se dio cuenta de que su mano estaba entera. La miró con el ceño fruncido y movió los dedos. Tenían la misma agilidad de siempre y no se apreciaba ni la menor hinchazón en los nudillos, aunque ella pensaba que estarían destrozados. Al otro brazo le pasaba lo mismo; estaba derecho y liso, sin ninguna marca en el lugar donde Tolomei le había hundido sus gélidos dedos. Ferro miró hacia la caja. Sus heridas siempre se habían curado pronto. ¿Pero unos huesos rotos reconstruidos en menos de una hora?

Allí había algo raro.

Bayaz apareció tambaleándose en el umbral con una mueca de dolor en el semblante. Llevaba pegados a la barba restos de sangre seca y el sudor brillaba en su cráneo pelado. Respiraba con dificultad, estaba pálido y se apretaba el costado con un brazo. Parecía alguien que se hubiera pasado toda la tarde luchando con el diablo y hubiera sobrevivido por los pelos.

—¿Dónde está Yulwei?

El Primero de los Magos la miró fijamente.

—Ya sabes dónde está.

Ferro recordó el estruendo que había oído al salir de la torre. Fue como el portazo de unas puertas. Unas puertas que ninguna espada, ningún fuego y ninguna magia podrían abrir. Unas puertas de la que sólo Bayaz tenía la llave.

—No volvió. Selló las puertas quedándose allí dentro. De vez en cuando hay que hacer sacrificios, Ferro, y tú lo sabes. Yo he hecho hoy un gran sacrificio. He sacrificado a mi propio hermano —el Primero de los Magos cruzó cojeando la habitación y se acercó a ella—. Tolomei quebrantó la Primera Ley. Llegó a un pacto con los Desveladores de Secretos. Quería utilizar la Semilla para abrir las puertas del Mundo Inferior. Hubiera llegado a ser más peligrosa que todos los Devoradores de Khalul juntos. La Casa del Creador debe permanecer sellada. Hasta el fin de los tiempos, si es necesario. Un resultado que no deja de ser irónico. Ella inició su vida prisionera en esa torre. Y ahora ha regresado. La historia se mueve en círculos, como decía siempre Juvens.

Ferro frunció el entrecejo.

—A la mierda con los círculos, pálido. Me mintió. Sobre Tolomei. Sobre el Creador. Sobre todo.

—¿Y?

El ceño de Ferro se acentuó.

—Yulwei era un hombre bueno. Me ayudó en el desierto. Me salvó la vida.

—Y a mí, y más de una vez. Pero los hombres buenos nunca llegan muy lejos cuando hay que recorrer sendas oscuras —Bayaz bajó la vista y sus ojos chispeantes se posaron en el cubo de metal sobre el que descansaba la mano de Ferro—. Otros han de recorrer lo que resta del camino.

Sulfur entró por la puerta. Bayaz sacó de debajo de su abrigo el arma que había traído de la Casa del Creador y el metal gris refulgió iluminado por la suave luz que se colaba por las ventanas. Una reliquia de los Viejos Tiempos. Un arma con la que Ferro había visto cortar piedras como si fueran mantequilla. Sulfur la cogió con nervioso respeto y la envolvió cuidadosamente en un hule viejo. Luego abrió su cartera de cuero y sacó aquel viejo libro negro que Ferro ya había visto en una ocasión anterior.

—¿Ahora? —murmuró.

—Ahora —Bayaz se lo cogió, posó una mano sobre la requemada cubierta, cerró los ojos y respiró hondo. Cuando abrió los ojos miró directamente a Ferro—. Las sendas que tú y yo vamos a recorrer ahora son realmente oscuras. Ya lo has visto.

Ferro no sabía qué decir. Yulwei había sido un hombre bueno, pero la puerta de la Casa del Creador estaba cerrada y él ya se habría ido al cielo o al infierno. Ferro había enterrado a muchos hombres y de muchas maneras. Otro montón de tierra en el desierto no tenía nada de particular. Estaba harta de tener que cobrarse venganza granito a granito. Las sendas oscuras no la asustaban. Se había pasado la vida caminando por ellas. Le pareció oír a través del metal de la caja una voz que la llamaba con un susurro apenas perceptible.

—Lo único que quiero es venganza.

—Y la tendrás, tal y como te prometí.

Miró a Bayaz a la cara y se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué más importa quién matara a quién hace miles de años?

El Primero de los Magos puso una desagradable sonrisa y sus ojos relampaguearon en su cara pálida y ensangrentada.

—Me has leído el pensamiento.

El héroe de mañana

Los cascos del corcel de Jezal chapoteaban obedientes en el barro. Era un animal magnífico, del tipo que siempre había soñado con montar algún día. Carne de caballo por valor de varios miles de marcos, sin duda. Aquel noble bruto confería a cualquiera que lo montara, por muy insignificante que fuera, el aire de la realeza. La resplandeciente armadura de Jezal era una pieza forjada con acero estirio de la mejor calidad, con repujados de oro. Su manto, una obra de fina seda de Suljuk, con ribetes de armiño. La empuñadura de su espada tenía incrustados varios diamantes que centelleaban cuando las nubes del cielo se abrían para dejar que asomara un poco al sol. Había decidido prescindir de la corona aquel día y en su lugar llevaba un simple aro dorado cuyo peso resultaba bastante más soportable para las rozaduras que ya le habían salido en las sienes.

Iba investido de toda la parafernalia de la realeza.

Desde muy niño, Jezal había soñado que un día sería exaltado, venerado y obedecido. Pero ahora, sólo de pensar en ello, le entraban ganas de vomitar. Aunque tal vez eso tuviera que ver más con el hecho de que casi no hubiera dormido la noche anterior y que apenas hubiera desayunado.

El Lord Mariscal Varuz, que cabalgaba junto a Jezal, tenía todo el aspecto de un hombre al que de pronto se le hubiera echado encima la vejez. Iba encorvado y con los hombros caídos y parecía haber encogido dentro de su uniforme. Sus movimientos habían perdido su acerada rotundidad; sus ojos, su gélida penetración. De hecho, empezaba a presentar algunos síntomas que parecían indicar que no tenía ni idea de qué hacer.

—Se sigue luchando en Los Arcos, Majestad —le estaba explicando—, pero apenas si tenemos alguna que otra cabeza de puente. Los gurkos han consolidado su control sobre las Tres Granjas. Han hecho avanzar sus catapultas hasta el canal y la otra noche sus proyectiles incendiarios penetraron ampliamente en los distritos céntricos. Hasta la Vía Media, e incluso más allá. Los incendios han estado ardiendo hasta el amanecer. De hecho, en algunas zonas aún no han sido sofocados. Se han producido daños... de consideración.

Un ostensible eufemismo. Los incendios habían devastado zonas enteras

de la ciudad. Filas enteras de edificios, espléndidas mansiones, concurridas tabernas y estridentes talleres, que Jezal conocía a la perfección, habían quedado reducidos a un montón de escombros calcinados. Su visión resultaba tan horripilante como la de un viejo amor que al abrir la boca dejara al descubierto dos hileras de dientes cariados. El hedor del fuego, del humo y de la muerte se aferraba a la garganta de Jezal convirtiendo su voz en una especie de graznido severo.

Un hombre cubierto de polvo y de cenizas, que estaba rebuscando entre los escombros aún humeantes de una casa, alzó la vista y miró a Jezal y a su séquito cuando pasaron al trote junto a él.

—¿Dónde está mi hijo? —chilló de pronto—. ¿Dónde está mi hijo?

Jezal apartó con disimulo la vista y propinó un levísimo aguijoneo a su montura. No tenía ninguna necesidad de ofrecer a su conciencia nuevas armas con las que apuñalarle. Bastante bien armada estaba ya.

—Pero la Muralla de Arnault aún resiste, Majestad —Varuz habló con un tono de voz innecesariamente alto en un intento inútil de tapar los desgarradores gemidos que seguían resonando entre las ruinas que habían dejado a sus espaldas—. Ni un solo soldado gurko ha puesto aún el pie en el distrito central de la ciudad. Ni uno solo.

Jezal se preguntó durante cuánto tiempo podría seguir alardeando de eso.

—¿Hay noticias del Lord Mariscal West? —inquirió por segunda vez en una hora y décima vez en un día.

Varuz dio a Jezal la misma respuesta que sin duda volvería a oír diez veces más antes de caer rendido en la cama esa noche.

—Me temo que estamos completamente aislados del resto del mundo, Majestad. Son pocas las noticias que logran atravesar el cordón gurko. Pero, según parece, hay tormentas en las costas de Angland. Debemos hacer frente a la posibilidad de que el ejército se demore.

—Perra suerte —murmuró desde el otro lado Bremer dan Gorst, cuyos ojos inspeccionaban las ruinas con rápidos vistazos en busca de la más mínima señal de una posible amenaza. Jezal masticó con gesto abatido el salado trocito de uña que le quedaba en el pulgar. Ya casi ni recordaba cuándo fue la última vez que recibió unas noticias mínimamente buenas. Tormentas, demoras. Hasta los elementos parecían haberse conjurado contra ellos.

Varuz no tenía nada con lo que levantarle el ánimo.

—Y ahora se ha declarado una epidemia en el Agriont. Una epidemia muy virulenta que se propaga con enorme rapidez. Una parte importante de los

civiles a los que se abrieron las puertas de la ciudadela han sucumbido a ella de forma casi inmediata. Incluso se ha extendido al propio palacio. Se ha cobrado la vida de dos Caballeros de la Escolta Regia. Un día por la mañana estaban de guardia en sus puestos, como de costumbre, y esa misma noche se encontraban ya metidos en sendos ataúdes. Se les consumió el cuerpo, se les pudrieron los dientes y perdieron todo el cabello. Los cadáveres se queman, pero constantemente aparecen nuevos casos. Los médicos nunca habían visto cosa igual y desconocen por completo cuál pueda ser el remedio. Hay quienes hablan ya de una maldición gurka.

Jezal tragó saliva. Había bastado que aquella magnífica ciudad, erigida gracias al trabajo de tantos pares de manos a lo largo de los siglos, recibiera sus amorosas atenciones durante unas pocas semanas para verse convertida en un amasijo de escombros calcinados. Sus orgullosos habitantes habían quedado reducidos en su mayor parte a la condición de mendigos apestosos, heridos aullantes y dolientes gemebundos. Eso, los que no se habían visto reducidos a la condición de cadáveres. Era la más lamentable caricatura de rey que jamás había generado la Unión. Si ni siquiera era capaz de llevar un poco de felicidad a esa amarga parodia que era su vida conyugal, cómo iba a conseguirlo con toda una nación. Su reputación descansaba por completo en unas mentiras que no había tenido el valor de negar. Era un cero a la izquierda, un gusano impotente e indefenso.

—¿Qué lugar es éste? —masculló cuando accedieron a un amplio espacio azotado por el viento.

—Majestad, pero si son las Cuatro Esquinas.

—¿Esto? ¿No es posible que esto...? —no pudo seguir. El lugar se le había hecho reconocible de pronto con toda la violencia de un bofetón.

Del edificio que en tiempos ocupara la sede del Gremio de los Sederos sólo quedaban en pie dos muros, cuyos vanos vacíos parecían mirar con el mismo gesto acongojado de unos cadáveres petrificados en el momento de su muerte. El pavimento donde solían colocarse cientos de alegres puestecillos estaba agrietado y cubierto por un hollín pegajoso. Los jardines eran simples parcelas peladas llenas de barro y maleza chamuscada. En el aire deberían haber resonado los pregones de los comerciantes, el cotorreo de los sirvientes, las risas de los niños. Pero en lugar de ello reinaba un silencio que tan sólo alteraba el ulular de un viento gélido que soplaba entre los escombros y desperdigaba oleadas de polvo negro por el corazón de la ciudad.

Jezal tiró de las riendas, y su séquito, compuesto por unos veinte Caballeros de la Escolta Regia, cinco caballeros Mensajeros, una docena de miembros del Estado Mayor de Varuz y uno o dos pajes de aspecto nervioso, se detuvo con un traqueteo en torno a él. Gorst echó un vistazo al cielo con gesto

ceñudo.

—Majestad, debemos seguir. Este lugar no es seguro. No sabemos cuándo iniciaran los gurkos el siguiente bombardeo.

Jezal no le hizo caso. Descabalgó y se internó entre los escombros. Costaba trabajo creer que ese fuera el mismo lugar al que él solía acudir para aprovisionarse de vino, comprar abalorios o tomarse medidas para un uniforme nuevo. A menos de cien zancadas de distancia, justo al otro lado de una hilera de ruinas humeantes, se alzaba la estatua de Harod el Grande. Allí fue donde tuvo la cita nocturna con Ardee, un hecho que ahora le parecía que había tenido lugar hacía cientos de años.

Ahora, cerca de ahí, había un grupo de personas en un estado lamentable que se apretujaban al borde de los restos pisoteados de un jardín. Mujeres y niños en su mayor parte, y también algún anciano. Sucios, desesperados, algunos con muletas o con vendas ensangrentadas, aferrados a los pocos enseres que habían conseguido rescatar del desastre. Gentes que habían perdido sus casas en los incendios o en los combates de la noche anterior. De pronto, a Jezal se le cortó la respiración. Una de las personas del grupo era Ardee. Estaba sentada en una piedra, con un vestido fino, temblando y mirando al suelo, con su cabellera negra cubriéndole la mitad de la cara. Se acercó a ella con una sonrisa; la primera que le salía desde hacía varias semanas.

—Ardee —la muchacha se volvió con los ojos muy abiertos y Jezal se quedó de piedra. No era ella, sino una chica más joven y bastante menos atractiva. La muchacha le miró parpadeando mientras se balanceaba de atrás adelante. Jezal hizo un gesto torpe con las manos y masculló unas cuantas palabras incoherentes. Todos le estaban mirando. No podía irse así, sin más—. Por favor, quédate con esto —busco a tientas uno de los cierres dorados de su manto carmesí, lo soltó y se lo tendió.

La muchacha no dijo nada al cogerlo, simplemente se le quedó mirando. Había sido un gesto ridículo, de una hipocresía hiriente. Pero, al parecer, los demás civiles sin techo no eran de la misma opinión.

—¡Viva el Rey Jezal! —gritó alguien, y todos prorrumpieron en un clamor.

Había un muchacho apoyado en una muleta que le miraba con unos ojos de luna teñidos de desesperación. Un soldado con un ojo vendado y el otro bordeado con un prominente ribete acuoso. Una madre que aferraba a un bebé envuelto en un trapo que guardaba un espeluznante parecido con un jirón de una bandera de la Unión. Era como si la escena hubiera sido cuidadosamente planeada para crear el máximo impacto emocional posible. Un grupo de modelos posando para una torpe y escabrosa representación pictórica de los horrores de la guerra.

—¡Viva el Rey Jezal! —volvió a gritar alguien, que de inmediato fue secundado por unos cuantos «vivas» apagados.

Su adulación era puro veneno en sus oídos. Sólo servía para que sintiera con más fuerza aún el peso de su responsabilidad. Se dio la vuelta y se alejó de allí. Se sentía incapaz de mantener ni un solo segundo más la caricatura de sonrisa que lucía en su cara.

—¿Qué he hecho? —susurró retorciéndose las manos—. ¿Qué he hecho? —y aguijoneado por la culpa, se subió trabajosamente a la silla—. Conducidme a las proximidades de la Muralla de Arnault.

—Majestad, no creo que sea...

—¡Ya me ha oído! Vamos adonde se combate. Quiero verlo.

Varuz torció el gesto.

—Está bien —volvió su montura y condujo a Jezal y a su escolta en dirección a Los Arcos, siguiendo una ruta bien conocida pero que ahora estaba horriblemente cambiada. Tras unos minutos de trayecto preñado de inquietud, el Lord Mariscal detuvo su montura y señaló una calle desierta que había hacía el oeste. Luego habló en voz baja, como si tuviera miedo de que el enemigo pudiera oírlos.

—La Muralla de Arnault se encuentra a menos de trescientas zancadas en esa dirección, y justo detrás se agolpan las tropas gurkas. Realmente creo que deberíamos...

Jezal sintió una leve vibración que le llegaba a través de la silla de montar, su caballo respingó y una nube de polvo cayó de los tejados de las casas de uno de los lados de la calle.

Se disponía a abrir la boca para preguntar qué había sido eso cuando un ruido atronador rasgó el aire. Un muro de sonido aplastante y pavoroso que hizo que los oídos de Jezal zumbaran. Los hombres miraban boquiabiertos y exhalaban gritos ahogados. Los caballos se arremolinaban, coceaban y revolvían los ojos con terror. La montura de Varuz se empinó y arrojó al viejo soldado al suelo sin ningún miramiento.

Jezal no le prestó ninguna atención. Acometido por una intensa curiosidad, estaba espoleando su montura hacia el lugar donde se había producido la explosión. Había empezado a caer una lluvia de piedrecillas, que rebotaban en los tejados y caían repicando al suelo como si fueran granizo, y en el horizonte, al oeste, se alzaba una gran nube de polvo marrón.

—¡Majestad! —se oyó gritar a Gorst con tono lastimero—. ¡Deberíamos volver! —pero Jezal no le hizo ni caso.

Llegó cabalgando a una amplia plaza, cuyo pavimento estaba sembrado

de cascotes, algunos de ellos tan grandes como una leñera. Mientras el polvo asfixiante se iba posando en medio de un silencio antinatural, Jezal se dio cuenta de que conocía aquel lugar. En el lado norte había una taberna que él solía frecuentar, sin embargo, había algo que no era como él lo recordaba. El lugar parecía como más despejado y... la mandíbula se le desencajó y se quedó con la boca abierta. Un extenso lienzo de la Muralla de Arnault ceñía el límite septentrional de la plaza. Pero ahora, en su lugar, lo que había era un inmenso cráter.

Los gurkos debían de haber excavado bajo la muralla una mina, que luego habrían rellenado con su maldito polvo explosivo. El sol eligió ese preciso momento para asomarse entre las nubes y Jezal pudo contemplar a través de la grieta abierta un extenso trecho del asolado distrito de Los Arcos. Al fondo, descendiendo por una ladera de escombros con sus armaduras reluciendo al sol y las puntas de sus lanzas oscilando sobre sus cabezas, había un nutrido contingente de soldados gurkos.

Los más adelantados ascendían ya por las paredes del cráter para acceder a los restos de la destartalada plaza. Algunos defensores se arrastraban aturdidos por el polvo, tosiendo y escupiendo. Otros ni siquiera se movían. Por lo que Jezal alcanzaba a ver, no había nadie para repeler el ataque gurko. Nadie, excepto él. En ese momento se preguntó qué habría hecho Harod el Grande en una situación como esa.

No resultaba difícil imaginar la respuesta.

El valor puede obtenerse de muchos lugares, y estar compuesto de muchos elementos diversos, de tal modo que en un momento determinado es posible que el cobarde de ayer se convierta en el héroe de mañana. La vertiginosa oleada de valor que experimentó Jezal en ese momento estaba compuesta en su mayor parte de vergüenza y miedo, de la vergüenza que le daba sentir miedo; todo ello incrementado a su vez por la irritante frustración que le producía el hecho de que las cosas nunca le salieran como él deseaba y por la súbita y un tanto vaga certeza de que su muerte podría solucionar toda una serie de enojosos problemas para los que él no veía solución alguna. Unos ingredientes nada nobles, a decir verdad. Pero nadie le pregunta al panadero qué ha metido en la empanada si lo que le da a probar está bueno.

Desenvainó la espada y la alzó a la luz del sol.

—¡Caballeros de la Escolta! —rugió—. ¡Seguidme!

Gorst hizo un intento desesperado de agarrarle las riendas.

—¡Majestad! ¡No podéis poneros en...!

Jezal picó espuelas. El animal salió disparado con un vigor imprevisto, que lanzó bruscamente la cabeza de su jinete hacia atrás y estuvo a punto de

hacerle perder las riendas. Se bamboleaba sobre la silla mientras las pezuñas del caballo martilleaban el sucio pavimento, que pasaba por debajo como una exhalación. Jezal tenía la vaga impresión de que su escolta le seguía un poco más atrás, pero toda su atención se concentraba en los soldados gurkos que tenía delante, cuyo número no paraba de crecer.

Con una velocidad mareante, su montura le condujo directamente al hombre que iba al frente, un portaestandartes que llevaba una larga asta repleta de relucientes signos dorados. Mala suerte para aquel hombre que le hubieran conferido tan prominente puesto, pensó Jezal. Al ver que se le venía encima un caballo gigantesco, el hombre puso los ojos como platos, tiró el estandarte e intentó echarse a un lado. El filo del acero de Jezal se le clavó en el hombro con toda la fuerza de la carga, le produjo un desgarrón y le tiró al suelo de espaldas. Al impactar contra la masa, varios hombres más cayeron bajo las patas de su montura, aunque Jezal, desde luego, no habría sabido decir cuántos exactamente.

Luego fue el caos. Se encontró sentado encima de una masa de rostros morenos que le enseñaban los dientes, en medio de un mar de armaduras centelleantes y de lanzas que pegaban sacudidas. La madera crujía, resonaba el metal y los hombres gritaban palabras incomprensibles mientras él soltaba tajos a diestro y siniestro, aullando maldiciones. Vio una mano que trataba de cogerle las riendas y la pegó un tajo que le amputó un par de dedos. Sintió un golpe brutal en el costado y estuvo a punto de salir despedido de la silla. Luego su espada se hundió en un casco con un ruido hueco y el tipo que lo llevaba se hundió bajo la marea humana.

De pronto, su caballo lanzó un relincho muy agudo, se puso de manos y se retorció. Mientras se caía de la silla y el mundo se ponía del revés, Jezal sintió una acometida de pavor. Un instante después chocó contra el suelo y la boca y los ojos se le llenaron de polvo. Tosió, se revolvió y consiguió ponerse de rodillas. Los cascos de los caballos se estrellaban contra el pavimento agrietado. Las botas resbalaban y daban pisotones. Se llevó las manos al pelo y buscó a tientas su aro, pero debía de habérsele caído en alguna parte. ¿Cómo se sabría ahora que era un rey? ¿Pero seguía siendo un rey? Tenía la cabeza toda pegajosa. No habría sido mala idea haberse traído un casco, claro que ahora ya era un poco tarde para eso. Se puso a hurgar entre los escombros sin apenas fuerzas y dio la vuelta a una piedra plana. La verdad es que no estaba muy seguro de lo que estaba buscando. Trató de levantarse y algo le tiró del pie, se lo arrancó dolosamente del suelo y le hizo caer de bruces otra vez. Pensaba que le habían roto la crisma, pero no era más que su estribo, que seguía enganchado al imponente cadáver de su caballo. Se quitó una bota, trató de coger aire y dio un par de pasos de borracho bajo el peso de su armadura, con la espada colgándole de una mano.

Alguien alzó una hoja curva ante él y Jezal le lanzó una estocada al pecho. El tipo le echó un vómito de sangre a la cara y, al caer, le arrancó la espada de las manos. Entonces un golpe seco en el peto le arrojó de lado sobre un soldado gurko que llevaba una lanza. El soldado la dejó caer y los dos se enzarzaron en un forcejeo mientras daban tumbos de un lado a otro. Jezal empezaba a sentir un inmenso cansancio. La cabeza le estallaba. El simple hecho de tomar aire le suponía un enorme esfuerzo. La heroica idea de lanzarse a la carga le parecía ahora un craso error. Lo único que deseaba era tumbarse.

El soldado gurko consiguió soltarse una mano y la levantó en alto blandiendo un puñal. Un instante después la mano salía volando, rebanada a la altura de la muñeca, seguida de un chorro de sangre. El tipo se puso a gemir y comenzó a resbalar hacia el suelo mientras miraba fijamente el muñón.

—¡El Rey! —se oyó gritar a la vocecilla aflautada de Gorst—. ¡El Rey!

Su acero largo trazó un amplio arco y decapitó al soldado gemebundo. Entonces otro se abalanzó hacia él, blandiendo una cimitarra. Antes de que tuviera tiempo de completar una zancada, el pesado acero de Gorst le partió el cráneo en dos. Un hacha se estrelló contra su hombro acorazado; se la quitó de encima como si fuera una mosca y acto seguido derribó de un tajo al hombre que la manejaba, salpicándolo todo de sangre. Un cuarto recibió en el cuello una estocada de su acero corto y se tambaleó hacia delante con los ojos desorbitados y una mano ensangrentada aferrada a la garganta.

Mientras se bamboleaba aturdido, Jezal casi se compadecía de los gurkos. Vistos desde la distancia, su número impresionaba, pero de cerca resultaba evidente que se trataba de soldados pertenecientes a los cuerpos auxiliares, a los que se había lanzado contra el cráter para probar suerte. Un montón de hombres escuálidos, sucios y faltos de organización, provistos de armamento ligero y casi sin armaduras. Muchos de ellos, advirtió Jezal, parecían estar muertos de miedo. Gorst, sin inmutarse, se abría paso entre ellos a mandobles, como un toro en medio de un rebaño de ovejas, soltando gruñidos mientras la guadaña de sus aceros abría las carnes de sus enemigos produciendo unos ruidos que ponían la carne de gallina. Otras figuras con armaduras aparecieron detrás de él, empujando con sus escudos y soltando tajos con sus brillantes espadas, hasta que por fin consiguieron abrir en las masas gurkas un amplio espacio bañado de sangre.

Jezal sintió que las manos de Gorst se deslizaban bajo sus axilas y tiraban de él hacia atrás, arrastrándole los tacones de las botas por los escombros. Creía recordar que la espada se le había caído en alguna parte, pero le pareció una tontería ponerse a buscarla en ese preciso momento. Sin duda acabaría convertida en la inesperada e inestimable recompensa de alguno de los pordioseros que más tarde se pondrían a rebuscar entre los cadáveres. En

medio de la asfixiante humareda de polvo, Jezal distinguió a un Caballero Mensajero que se mantenía sobre su montura, una silueta rematada con un casco alado que repartía golpes a diestro y siniestro con un hacha.

Medio a rastras, salió por fin del tumulto. Algunos contingentes de las tropas regulares que defendían la ciudad se habían reagrupado o habían llegado procedentes de otras zonas de la muralla. Varios hombres provistos de cascos de acero se arrodillaron al borde del cráter y comenzaron a disparar sus ballestas contra la masa de gurkos que hormigueaba en el fondo entre el barro y los escombros. Otros arrimaron una carreta y la volcaron para que hiciera de barricada provisional. Un soldado gurko dejó escapar un sollozo al recibir una herida que le hizo caer desde el borde del cráter al barro del fondo. Por todos los lados de la plaza empezaban a llegar más ballesteros y lanceros de la Unión. Traían consigo toneles, escombros y postes rotos con los que fueron improvisando una barricada hasta que finalmente el amplio hueco abierto en la Muralla de Arnault quedó cubierto y defendido por gran cantidad de hombres y lanzas.

Sometidos a un bombardeo incesante de saetas y cascotes, los gurkos comenzaron a vacilar y pronto emprendieron la retirada, trepando desordenadamente por los escombros del lado contrario del cráter, dejando el fondo sembrado de cadáveres.

—Al Agriont, Majestad —dijo Gorst—. De inmediato.

Jezal no ofreció resistencia. Ya estaba bien por hoy de combates.

Algo raro pasaba en la Plaza de los Mariscales. Varias cuadrillas de obreros, provistos de piquetas y cinceles, estaban abriendo en el pavimento unas trincheras poco profundas que no parecían responder a ningún patrón determinado, mientras unos cuantos grupos de herreros sudaban en improvisadas forjas, vertiendo hierro fundido en unos moldes. El ruido de los martillazos y de las piedras trituradas era lo bastante ensordecedor como para hacer que a Jezal le castañetearan los dientes, y sin embargo, la voz del Primero de los Magos se las arregló para sonar más potente todavía.

—¡No, pedazo de alcornoque! ¡Un círculo desde aquí hasta allí!

—Debo regresar al Cuartel General, Majestad —dijo Varuz—. Ahora que ya han abierto brecha en la Muralla de Arnault, los gurkos no tardaran en lanzar un nuevo ataque. Si no llega a ser por vuestra carga, a estas horas ya estarían en la Vía Media. ¡Ahora entiendo cómo os ganasteis vuestra reputación en el occidente! ¡Pocas veces he visto una acción más gallarda que la vuestra!

—Hummm —Jezal vio cómo se llevaban a rastras a los muertos. Tres

Caballeros de la Escolta Regia, un miembro del Estado Mayor de Varuz y un paje, un chiquillo de apenas doce años, cuya cabeza se mantenía unida al cuerpo por un simple cartílago. Tres hombres y un niño a los que había conducido a la muerte. Y eso sin contar con las heridas que los leales miembros de su séquito habían sufrido por su culpa. Una acción ciertamente gallarda.

—Espera aquí —le ordenó a Gorst, y acto seguido se abrió paso entre los sudorosos obreros para dirigirse adonde estaba el Primero de los Magos. No muy lejos de él, sentada en una hilera de toneles con las piernas cruzadas, se encontraba Ferro, con las manos colgando a los costados y la misma expresión de profundo desprecio que lucía siempre su cara morena. Casi resultaba reconfortante comprobar que algunas cosas no cambiaban nunca. Bayaz, por su parte, miraba con expresión adusta un voluminoso libro negro, evidentemente de gran antigüedad, cuyas tapas de cuero estaban cuarteadas y rasgadas. Estaba pálido y demacrado, avejentado y consumido. En un lado de la cara tenía varios arañazos con costra.

—¿Dónde se había metido? —inquirió Jezal.

Bayaz frunció el ceño y un músculo palpitó en una de sus ojeras.

—Podría haceros la misma pregunta.

Jezal advirtió que el Mago ni se había molestado en decir «Majestad». Se llevó una mano a la venda ensangrentada que ceñía su cráneo.

—He estado mandando una carga.

—¿Una qué?

—Los gurkos derribaron un lienzo de la Muralla de Arnault mientras estaba inspeccionando la ciudad. No había nadie para rechazarlos, así que... lo hice yo mismo —casi le sorprendió oírse pronunciar aquellas palabras. En realidad, estaba lejos de sentirse orgulloso de lo que había hecho. Poco más que salir al galope, caerse y darse un golpe en la cabeza. En su mayor parte, el combate lo habían protagonizado Bremen dan Gorst y su propio caballo, y, por si fuera poco, contra una oposición bastante escasa. Pero aun así, se imaginaba que, por una vez, había actuado de la manera correcta, suponiendo que existiera tal cosa.

Bayaz no parecía ser de la misma opinión.

—¿Se os ha atrofiado ya el poco seso que os haya concedido el destino?

—¿Que si se me ha...? —Jezal parpadeó mientras el significado de las palabras de Bayaz se iba abriendo paso en su mente. «¿Cómo se atreve, maldito entrometido? ¡Le está hablando a un rey!». Eso era lo que le gustaría haber dicho, pero tenía la cabeza hecha un bombo y algo que advirtió en la macilenta y palpitante cara del Mago le disuadió de hacerlo. En lugar de ello, se encontró

mascullando unas palabras con un tono casi de disculpa.

—Pero... no entiendo... yo creí que... ¿acaso no es eso lo que habría hecho Harod el Grande en mi lugar?

—¿Harod? —le soltó con sorna a la cara—. ¡Harod era un perfecto cobarde y un redomado estúpido! ¡El muy imbécil apenas era capaz de vestirse sin mi ayuda!

—Pero...

—Es fácil encontrar hombres capaces de encabezar una carga —el Mago pronunció cada palabra de forma enfática, como si se estuviera dirigiendo a un retrasado mental—. Lo que ya no es tan fácil es encontrar hombres capacitados para liderar una nación. No voy a permitir que todo el esfuerzo que he hecho con vos quede en nada. La próxima vez que sintáis el anhelo de poner en peligro vuestra vida os aconsejo que optéis por encerraros en una letrina. La gente respeta a los hombres que tienen la reputación de ser grandes guerreros, y en ese sentido sois afortunado. Pero no a los cadáveres. ¡Ahí no! —rugió de golpe Bayaz, rodeando con paso renqueante a Jezal mientras se dirigía a uno de los herreros haciendo aspavientos. El pobre desgraciado pegó un bote como si fuera un conejo asustado y las ascuas chisporrotearon en su crisol—. ¡Maldito imbécil, mire que se lo había dicho! ¡Tiene que seguir mis gráficos al pie de la letra! ¡Todo tiene que estar exactamente tal y como yo lo he dibujado! ¡El más mínimo error podría resultar fatal!

Jezal se le quedó mirando mientras la indignación, la culpa y el agotamiento pugnaban por hacerse con el control de su cuerpo. El agotamiento salió vencedor. Se acercó con paso cansino a los toneles y se dejó caer al lado de Ferro.

—Su mierdosa Majestad —le saludó la mujer.

Jezal se frotó los ojos con el índice y el pulgar.

—Me hacéis un gran honor con vuestras gentiles atenciones.

—No anda muy contento Bayaz, ¿eh?

—Eso parece.

—Bueno. ¿Y cuándo diablos se le ha visto contento con algo?

Jezal asintió con un gruñido. Ahora se daba cuenta de que no había vuelto a hablar con Ferro desde que le coronaron. No es que antes fueran amigos, desde luego, pero tenía que reconocer que su absoluta falta de deferencia le resultaba sorprendentemente tonificante. Era como si por un momento volviera a ser ese mismo hombre indolente, vano, inútil y feliz que había sido en tiempos. Miró con el ceño fruncido a Bayaz, que en ese momento clavaba un dedo en el libro señalando alguna cosa.

—¿Se puede saber qué está tramando ahora?

—Quiere salvar el mundo, o eso es lo que dice.

—Ah. Es sólo eso. Pues parece que ha empezado un poco tarde, ¿no?

—No soy yo quien decide cuándo hay que empezar hacer las cosas.

—¿Y cómo tiene pensado hacerlo? ¿Con unos picos y unas forjas?

Ferro le miró fijamente. Aquellos demoníacos ojos amarillos le seguían repeliendo tanto como antes.

—Entre otras cosas.

Jezal plantó los codos en las rodillas, hundió la barbilla en las palmas de las manos y exhaló un hondo suspiro. Estaba tan cansado...

—Parece que he vuelto a meter la pata —masculló.

—Hummm —Ferro apartó los ojos de él—. Eso es algo que siempre se le ha dado muy bien.

El anochecer

Los mostachos del General Poulder vibraban mientras se retorcía incómodo en su silla de campaña, como si apenas pudiera controlar su cuerpo de furioso que estaba. Tenía la tez tan roja y resoplaba de tal manera al respirar que cualquiera hubiera pensado que de un momento a otro iba a salir disparado de la tienda y a arremeter él solo contra todo el ejército gurko. El General Kroy, por su parte, se sentaba muy tieso al lado contrario de la mesa, con los maxilares apretados destacándose a ambos lados de su cráneo rapado. El gesto asesino de su semblante demostraba muy a las claras que su furia contra el invasor, sin ser menor que la de ningún otro, se mantenía bajo un férreo control y que cualquier arremetida que hubiera que hacer se llevaría a cabo cuidando meticulosamente hasta el más mínimo detalle.

En los primeros despachos que mantuvo con ellos, West se había visto superado en una proporción de veinte a uno debido a las elefantiásicos Estados Mayores de ambos generales. Pero tras someterlos a una implacable guerra de desgaste, había conseguido dejarlos reducidos a dos oficiales por barba. A partir de ese momento, las reuniones habían dejado de desarrollarse en la atmósfera cargada propia de una bronca tabernaria para adquirir el carácter de un malhumorado evento familiar; la lectura de un testamento muy disputado, pongamos por caso. West desempeñaba el papel de albacea que trata de encontrar una solución aceptable para dos beneficiarios pendencieros para los cuales nada es aceptable. Sentados a cada uno de sus lados, Jalenhorm y Brint hacían de estupefactos escribanos. El papel que le correspondía al Sabueso resultaba más difícil de precisar, pero el hecho de que estuviera arreglándose las uñas con su daga no contribuía en absoluto a rebajar el febril clima de intranquilidad que reinaba en la reunión.

—¡Será una batalla sin parangón posible! —espumeaba gratuitamente Poulder—¡Desde que Harod forjara la Unión nunca había puesto los pies en nuestro territorio un enemigo!

Kroy gruñó su asentimiento.

—¡Los gurkos pretenden derogar nuestras leyes, extinguir nuestra cultura, convertir a nuestro pueblo en esclavos! Es la propia existencia de

nuestra nación lo que está en...

La solapa de la tienda se levantó y asomó el impenetrable rostro abrasado de Pike. Pasó adentro agachándose y detrás de él entró un hombre alto, con los hombros envueltos en una manta y la cara manchada, que andaba encorvado y con las piernas temblorosas por la fatiga.

—Este hombre es Fedor dan Hayden —dijo Pike—. Un Mensajero. Amparado en la oscuridad de la noche ha conseguido salir a nado desde los muelles de Adua y cruzar las líneas gurkas.

—Un admirable acto de valentía —dijo West secundado por los reticentes gruñidos de asentimiento de Poulder y Kroy—. Cuenta con nuestro más sincero agradecimiento. ¿Cómo están las cosas en la ciudad?

—Para serle sincero, Lord Mariscal, francamente mal —el cansancio confería a la voz de Hayden un tono áspero—. Los distritos occidentales, Los Arcos y las Tres Granjas, están en manos del Emperador. Hace dos días, los gurkos abrieron brecha en la Muralla de Arnault, y las defensas se están viendo sometidas a una presión insoportable. El enemigo puede irrumpir en cualquier momento y amenazar directamente el Agriont. Su Majestad os pide que marchéis sobre Adua con la máxima celeridad posible. Cada hora puede resultar crucial.

—¿Tiene pensada alguna estrategia? —inquirió West. Jezal dan Luthar no solía pensar en otra cosa que no fuera en emborracharse y en acostarse con su hermana, pero tenía la esperanza de que el paso del tiempo hubiera operado en él algunos cambios.

—Los gurkos tienen rodeada la ciudad, pero su despliegue no es muy denso. Sobre todo en el flanco oriental. El Mariscal Varuz considera que con un ataque fulminante se podrían romper sus líneas.

—Pero los barrios occidentales de la ciudad seguirían plagados de esos cerdos gurkos —gruñó Kroy.

—Cabrones —susurró Poulder con sus carrilladas palpitando—. Malditos cabrones.

—No nos queda más opción que marchar sobre Adua de forma inmediata —dijo West—. Usaremos todos los caminos transitables y procuraremos avanzar a la máxima velocidad posible con objeto de tomar posiciones al este de la ciudad. Si es necesario, marcharemos a la luz de las antorchas. Debemos romper el cerco gurko al amanecer y quebrantar su control de las murallas. Entretanto, el Almirante Reutzer, al frente de la flota, lanzará un ataque contra las naves gurkas que se hallan fondeadas en el puerto. General Kroy, envíe un destacamento de caballería para que explore el terreno y proteja nuestro avance. No quiero sorpresas.

Por una vez, no hubo ni asomo de reticencias.

—Por supuesto, Lord Mariscal.

—Su división se aproximará a Adua por el noreste, romperá las líneas gurkas y entrará a la fuerza en la ciudad para avanzar hacia el oeste en dirección al Agriont. Si el enemigo hubiera llegado ya al centro de la capital, entrará en combate. Si no, reforzará las defensas de la Muralla de Arnault y se preparará para expulsarlos del distrito de Los Arcos.

Mientras asentía con gesto grave, una vena se resaltó en la frente de Kroy, cuyos oficiales se mantenían de pie detrás de él con castrense rigidez.

—Mañana a estas horas no quedará en Adua ni un solo soldado kan tic vivo.

—Sabueso, me gustaría que sus norteños apoyaran el ataque de la división del General Kroy. Si su...— West forcejeó con la palabra—. ...rey no tiene ninguna objeción.

El Sabueso se chupó sus afilados dientes.

—Me imagino que irá adonde sople el viento. Siempre ha sido así.

—Esta noche el viento sopla en dirección a Adua.

—Ya —el norteño asintió—. Pues a Adua iremos.

—General Poulder, su división se aproximará a la ciudad por el sureste, tomara parte en la batalla para hacerse con el control de las murallas y luego irrumpirá en la ciudad a la fuerza y avanzará sobre los muelles. Si el enemigo hubiera llegado ya a ellos, los expulsará de allí y luego marchará hacia el norte por la Vía Regia en dirección al Agriont.

Poulder descargó un puñetazo contra la mesa mientras sus oficiales gruñían como boxeadores.

—¡Maldita sea! ¡Pintaremos las calles con sangre gurka!

West miró con gesto ceñudo, primero a Poulder y luego a Kroy.

—No hace falta que les recalque la importancia que tiene que mañana obtengamos la victoria.

Los dos generales se pusieron en pie sin decir palabra y se encaminaron juntos hacia la salida. Al llegar frente a la solapa se detuvieron y se pusieron cara a cara. Por un instante West se preguntó si a pesar de la gravedad de la situación seguirían con sus rencillas de siempre.

Entonces Kroy extendió una mano.

—Le deseo la mejor de las suertes, General Poulder.

Poulder estrechó la mano que le tendía entre las suyas.

—Lo mismo digo, General Kroy. La mejor de las suertes para los dos —y acto seguido, los dos salieron a paso rápido hacia el anochecer, acompañados de sus oficiales, a los que seguían Jalenhorm y Brint.

Hayden carraspeó.

—Lord Mariscal... otros cuatro Mensajeros fueron enviados conmigo. Nos separamos con la esperanza de que al menos uno de nosotros consiguiera atravesar las líneas gurkas. ¿Ha llegado alguno de los otros?

—No... todavía no. Quizá más tarde...— West no lo consideraba demasiado probable y, a juzgar por la expresión de sus ojos, tampoco Hayden.

—Claro. Quizá más tarde.

—El sargento Pike le proporcionará un poco de vino y un caballo. Me imagino que le apetecerá mucho vernos atacar a los gurkos mañana por la mañana.

—Desde luego que sí.

—Muy bien.

Los dos hombres se fueron por donde habían venido, y West se los quedó mirando con el ceño fruncido. Una lástima lo de los compañeros de aquel hombre, pero cuando acabara la jornada de mañana habría muchas más muertes que lamentar. Eso, si es que quedaba alguien para lamentarlas. Apartó la solapa de la tienda y salió al aire libre.

Las olas mecían los navíos de la flota que estaban anclados en el angosto puerto que había un poco más abajo y sus altos mástiles oscilaban sobre un fondo de nubes oscurecidas: azul intenso, gris frío, naranja encendido. A West le pareció distinguir unos cuantos botes que se aproximaban lentamente a las sombras de la playa, transportando a tierra los últimos contingentes del ejército.

El sol se ponía deprisa en el horizonte, un pastoso destello final sobre las colinas del oeste. Allá a lo lejos, en algún lugar fuera del alcance de la vista, ardía Adua. West imprimió un movimiento giratorio a sus hombros para intentar relajar sus enmarañados músculos. No había tenido noticias desde antes de que dejaran Angland. Pero, por lo que él sabía, Ardee debía de seguir dentro de sus murallas. De todos modos, bien poco podía hacer él. Todo lo más, ordenar un ataque inmediato con la esperanza de que la suerte por una vez se invirtiera. Se llevó una mano a la tripa y se la frotó con gesto pesaroso. Desde la travesía en barco padecía de indigestión. Las tensiones del mando, sin duda. No sería de extrañar que al cabo de unas pocas semanas se encontrara vomitando sangre sobre la mesa igual que su predecesor. Tomó aire entrecortadamente y lo expulsó.

—Sé cómo se siente —era el Sabueso, que estaba sentado en un banco

desvencijado junto a la entrada de la tienda, mirando al mar con los codos hincados en las rodillas.

West se dejó caer a su lado. Los despachos con Poulder y Kroy le causaban un enorme desgaste. Hazte durante mucho tiempo el hombre de hierro y acabarás convertido en un pobre hombre.

—Lo siento —dijo casi sin darse cuenta.

El Sabueso alzó la cabeza y le miró.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Todo esto. La muerte de Tresárboles, la de Tul... la de Cathil —para su sorpresa, West sintió que se la hacía un nudo en el estómago al pronunciar aquel nombre—. Todo. Lo siento.

—Ah, todos lo sentimos. Yo no le culpo de nada. No culpo a nadie, ni siquiera a Bethod. ¿De qué sirve eso? Cada cual hace lo que le toca. Hace mucho tiempo que deje de buscar razones.

West se quedó pensativo unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Bien.

Siguieron sentados, contemplando las antorchas que se iban encendiendo en la bahía como motas de polvo luminoso que se fueran desplegando por una tierra en tinieblas.

La noche había llegado, y era una mala noche. Mala a causa del frío, y del gotear incesante de la lluvia, y de los duros kilómetros de marcha que tendrían que recorrer antes del amanecer. Mala, sobre todo, por lo que les aguardaba al final, cuando saliera el sol. Marchar a la batalla cada vez se le hacía más duro. Cuando Logen era joven, antes de que perdiera el dedo y se ganara su negra reputación, solía haber al menos un atisbo de excitación, una sombra de emoción. Ahora lo único que había era un miedo angustioso. Miedo al combate, y lo que era aún peor, miedo de su resultado.

No parecía que lo de ser rey sirviera de mucho. De hecho, no parecía servir de nada. Era como ser jefe, sólo que peor. Siempre estaba pensando que se le había olvidado algo que tenía que hacer. Y, por si fuera poco, hacía que la distancia que le separaba de todos los demás fuera aún más grande. Tan grande como para resultar infranqueable.

El chapoteo de las botas, el golpeteo de las armas y el cascabeleo de los arneses, los gruñidos y las maldiciones de los hombres, algunos de ellos provistos ya de antorchas encendidas que iluminaban el camino enfangado y

cuyo resplandor era atravesado fugazmente por largos hilos de lluvia. Una lluvia que también caía sobre Logen, besándole el cuero cabelludo y la cara, y tamborileando en los hombros de su vieja zamarra.

El ejército de la Unión se desplegaba por cinco caminos distintos, todos ellos apuntando hacia el este, todos ellos apuntando hacia Adua y a lo que prometía ser un severo ajuste de cuentas con los gurkos. Logen y los suyos marchaban por el que se encontraba más al norte. Hacia el sur se distinguía una tenue hilera de luces parpadeantes que flotaban incorpóreas por el campo negro hasta donde alcanzaba la vista. Otros cuantos miles de hombres soltaban maldiciones mientras avanzaban por el barro hacia un amanecer sangriento.

Logen frunció el ceño. Un poco más adelante, iluminado por la luz oscilante de una antorcha, vio el perfil de la cara chupada de Escalofríos, con su semblante ceñudo poblado de sombras y un ojo centelleante. Se miraron durante un instante y luego Escalofríos le dio la espalda, encorvó los hombros y siguió caminando.

—A ese sigo sin gustarle, y así será siempre.

—Una carnicería gratuita no es precisamente el camino más corto para alcanzar la popularidad —señaló el Sabueso—. Sobre todo para un rey.

—Lo que me preocupa es que ese muchacho puede que tenga las agallas suficientes para hacer algo al respecto —Escalofríos se la tenía guardada. Ni el tiempo, ni los buenos gestos, ni el hecho de haberle salvado la vida cambiarían las cosas. La mayoría de las heridas nunca llegan a cicatrizar del todo, pero hay algunas que duelen más con cada día que pasa.

El Sabueso pareció leerle el pensamiento.

—No te preocupes por Escalofríos. Es un buen tipo. Puestos a preocuparse, bastante tenemos ya con los gurkos esos.

—Ajá —sentenció Hosco.

Logen no las tenía todas consigo. No hay peor enemigo que el que vive al lado tuyo; eso es lo que solía decirle su padre. En otros tiempos habría asesinado al cabrón en cuestión allí donde estuviera y asunto arreglado. Pero ahora estaba intentando ser mejor persona. Lo estaba intentando con todas sus fuerzas.

—Por los muertos —decía el Sabueso—. ¿Qué hacemos nosotros luchando al lado de la Unión contra los morenos esos? ¿Cómo demonios ha sucedido una cosa así? Aquí no se nos ha perdido nada.

Logen respiró hondo y esperó un momento a que Escalofríos se alejara un poco más.

—Furioso se mantuvo a nuestro lado. De no haber sido por él nunca

habríamos conseguido acabar con Bethod. Estamos en deuda. Será nuestro último combate.

—¿Es que no te has dado cuenta de que un combate conduce siempre a otro? Es como si siempre hubiera algún combate pendiente.

—Ajá —terció Hosco.

—Esta vez no. Éste será el último. Después, se acabó.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ocurrirá luego?

—No sé, supongo que volveremos al Norte —Logen se encogió de hombros—. A vivir en paz, ¿no?

—¿En paz? —rezongó el Sabueso—. ¿Se puede saber qué es eso? ¿Qué se hace cuando se está en paz?

—Pues... no sé... plantar cosas, supongo.

—¿Plantar cosas? ¡Por todos los muertos! ¿Qué sabemos tú o yo de plantar cosas? ¿Qué otra cosa hemos hecho en la vida aparte de matar?

Logen, incómodo, retorció los hombros.

—Hay que tener esperanza. Los hombres cambian, ¿no?

—¿Tú crees? Cuanto más matas, mejor se te va dando. Y cuanto mejor se te da matar, menos falta te hace cualquier otra cosa. Me parece que si hemos vivido tanto tiempo es porque no hay nadie tan bueno como nosotros cuando se trata de matar.

—Lo ves todo muy negro, Sabueso.

—Hace años que lo veo todo muy negro. Lo que me preocupa es que a ti no te pase lo mismo. La esperanza no le sienta bien a la gente como nosotros, Logen. Respóndeme a esto: ¿alguna vez has conocido algo a lo que la esperanza no acabara haciéndole daño? ¿Acaso has tenido alguna vez algo que no acabara convertido en polvo?

Logen se lo pensó. Su esposa y sus hijos, su padre y su pueblo, todos habían vuelto al barro. Forley, Tresárboles y Tul. Buenos hombres todos ellos, y todos ellos muertos, algunos por su propia mano, otros por su descuido, por su orgullo, por su estupidez. Ahora veía mentalmente sus rostros, y no parecían muy contentos.

Los muertos no suelen estarlo. Y eso por no mirar al lúgubre y malcarado grupo que acechaba detrás. Una multitud de fantasmas. Un ejército de cuerpos destrozados y ensangrentados. Todos los hombres a los que había arrebatado la vida. Shama el Despiadado, con las entrañas colgando de su tripa rajada. Pienegro, con las piernas machacadas y las manos quemadas. El cabrón de Finnius, con un pie amputado y el pecho abierto de un tajo. Incluso Bethod, ahí,

al frente de todos, con su cráneo hecho papilla y su rostro ceñudo doblado de lado, y, justo debajo de su codo, el cadáver del hijo de Crummock. Un mar de asesinatos. Logen apretó con fuerza los ojos y luego los abrió de golpe; pero las caras seguían ahí, en algún rincón oscuro de su mente. No podía decir nada.

—Ya decía yo —el Sabueso se dio la vuelta y su cabello empapado le goteó en la cara—. Hay que ser realista, ¿no es eso lo que siempre me dices? Pues tú también has de serlo —y reemprendió la marcha bajo la fría luz de las estrellas. Hosco se detuvo un instante junto a Logen y luego encogió sus hombros mojados y siguió al Sabueso, llevándose consigo la antorcha.

—Los hombres cambian —murmuró Logen, sin saber muy bien si se lo decía al Sabueso, a sí mismo o a esos rostros cadavéricos que aguardaban en la oscuridad. Los hombres marchaban pesadamente alrededor suyo, pero él seguía estando solo—. Los hombres cambian.

Preguntas

Al ponerse el sol sobre la castigada Adua, algunos jirones de niebla otoñal se escaparon a hurtadillas del inquieto mar y se pusieron a revolotear como fantasmas por el gélido aire nocturno. A cien zancadas, los edificios no eran más que un contorno indistinto. A doscientas, simples figuras espectrales de cuyas escasas ventanas iluminadas emanaban trazos de luz que flotaban por las brumosas tinieblas. *Buen tiempo para las malas obras, y no son pocas las que nos quedan por delante.*

Hacía ya un buen rato que ninguna explosión lejana perturbaba la quietud de la oscuridad. Las catapultas de los gurkos guardaban silencio. *De momento. Aunque tampoco tiene nada de raro. La ciudad ya casi es suya. ¿Por qué iban a querer incendiar su propia ciudad?* Allí, en la zona este de Adua, lejos de los combates, parecía reinar una calma intemporal. *Casi como si los gurkos jamás se hubieran presentado.* Por eso, cuando a través de la oscuridad le llegó una especie de traqueteo sordo, como el ruido que harían las botas de un grupo de hombres bien armado, Glokta no pudo evitar una punzada de nerviosismo y se pegó a las densas sombras que proyectaban los setos que bordeaban la calle. De repente, distinguió la silueta de un hombre que apoyaba con descuido una mano en el pomo de su espada y caminaba con unos andares desenvueltos que denotaban la más absoluta despreocupación. En lo alto de la cabeza parecía llevar un objeto bastante grande que se bamboleaba al ritmo de su paso.

Glokta escrutó las tinieblas.

—¿Cosca?

—¡El mismo que viste y calza! —se carcajeó el estirio. Lucía un sombrero de cuero de buena calidad, coronado por una pluma absurdamente grande, al que de inmediato señaló con un dedo—. Me he comprado un sombrero nuevo. ¿O debería decir más bien que usted me lo ha comprado, eh, Superior?

—Ya veo —Glokta miró con irritación la larga pluma y el historiado trabajo de cestería dorada que adornaba la empuñadura de la espada de Cosca—. Creí haberle dicho que debía pasar desapercibido.

—¿De... sa... per... ci... bi... do? —el estirio frunció el ceño y luego se

encogió de hombros—. Ah, de modo que ésa era la palabra. Recuerdo que dijo algo y también recuerdo que no lo entendí —y acto seguido hizo una mueca de dolor y se rascó la entrepierna—. Me parece que una de las mujeres de la taberna me ha pasado unos cuantos huéspedes indeseados. Hay que ver cómo pican los muy condenados. *Ja. A las mujeres se las paga para que se pasen por ahí. Pero jamás hubiera imaginado que los piojos tuvieran tan mal gusto.*

A espaldas de Cosca había ido surgiendo de la oscuridad un nutrido grupo de figuras difusas, algunas de las cuales portaban faroles cubiertos con trapos. Una docena de siluetas greñudas, y luego otra docena más, de las que emanaba una sensación de amenaza latente como emana el tufo de una boñiga.

—¿Son esos sus hombres? —el que le quedaba más cerca tenía las pústulas faciales más espantosas que Glokta había visto en su vida. A su lado había un manco, cuya mano ausente había sido reemplazada por un garfio de aspecto brutal. Luego venía un tipo inmensamente grueso, cuyo pálido cuello estaba teñido de azul por una enmarañada profusión de tatuajes de ínfima calidad. Un hombre apenas mayor que un enano, con cara de rata y un solo ojo, le acompañaba. No se había molestado en ponerse un parche y su cuenca ocular vacía asomaba por debajo de su melena grasienta. El resto eran todos de la misma calaña. Unas dos docenas de los tipos más patibularios que Glokta había visto jamás. *Y eso que en tiempos tuve ocasión de ver a unos cuantos. Gentes alérgicas al agua y al jabón, eso sin duda. A juzgar por su aspecto, ninguno de ellos tendría el más mínimo reparo en vender a su hermana por un marco*—. No parece que sean muy de fiar —murmuró.

—¿Que no son de fiar? ¡Tonterías, Superior! Simplemente son personas a las que no les ha sonreído la fortuna. Usted y yo sabemos bastante de eso. ¡Pero si no hay ni uno solo de ellos al que no le confiaría a mi propia madre!

—¿Está seguro?

—Lleva veinte años muerta. ¿Qué daño podrían hacerle? —Cosca rodeó los hombros contrahechos de Glokta con un brazo y le acercó, provocándole una dolorosa punzada en las caderas—. Eso sí, la pesca ha sido un tanto escasa —su cálido aliento apestaba a alcohol y a podredumbre—. Todos los hombres cuya situación no era desesperada huyeron de la ciudad en cuanto llegaron los gurkos. Pero, bueno, qué más da eso, ¿eh? Les he contratado por sus agallas y por sus músculos, no por sus caras bonitas. ¡La gente desesperada es la que a mí más me gusta! Usted y yo los comprendemos, ¿verdad? Hay trabajos que sólo están hechos para gentes desesperadas, ¿no es así, Superior?

Durante unos instantes Glokta contempló con gesto ceñudo aquella colección de rostros demacrados, abotargados, arruinados y llenos de cicatrices. *¿Cómo es posible que un hombre tan prometedor como el Coronel Glokta, gallardo jefe del primer regimiento de la Guardia Real, haya acabado al mando de semejante chusma?*

Exhaló un hondo suspiro. *En fin, ya es un poco tarde para ponerse a buscar mercenarios apuestos, y si de lo que se trata es de cubrir el hueco, supongo que estos servirán a la perfección.*

—Muy bien. Aguarden aquí.

Glokta alzó la vista hacia la oscura casa mientras empujaba la verja con la mano que tenía libre y luego la traspasó con paso renqueante. Entre los gruesos cortinajes de la ventana delantera se distinguía una rendija de luz. Al llegar a la puerta la golpeó con el mango del bastón. Al cabo de unos instantes se oyó el ruido de unos pasos que avanzaban con desgana por el vestíbulo.

—¿Quién es?

—Soy yo. Glokta.

Se corrieron los pestillos y la luz inundó el aire frío de fuera. Apareció el rostro de Ardee: un tanto chupado, con bolsas grises bajo los ojos y un tinte rosáceo en la nariz. *Como una gata moribunda.*

—¡Superior! —le sonrió mientras le agarraba del codo y lo medio arrastraba hacia dentro—. ¡Qué maravilla! ¡Por fin un poco de conversación! Me moría de aburrimiento —en un rincón de la salita de estar había amontonadas varias botellas vacías que relucían iluminadas por unas cuantas velas humeantes y por las ascuas de un leño que había en la chimenea. La mesa estaba abarrotada de platos y vasos sucios. El lugar olía a sudor y a vino, a comida pasada y a desesperación reciente. *¿Existe una ocupación más deprimente que tratar de emborracharse a solas? El vino puede alegrar de vez en cuando a un hombre alegre. Pero al triste siempre le deja peor de lo que estaba.*

—Estaba intentando leer este condenado libro —Ardee dio un manotazo a un grueso volumen que estaba abierto bocabajo sobre una silla.

—*La caída del Maestro Creador* —musitó Glokta—. ¿Ese bodrio? Magia, valentía y todos esos cuentos, ¿no? Yo no conseguí pasar del primer capítulo.

—Le entiendo. Yo voy por el tercero y cada vez me cuesta más seguir. Hay demasiados hechiceros. No me quedo con los nombres y siempre los estoy confundiendo. Todo son batallas e interminables viajes de ida y vuelta. Como vuelva a ver aunque sólo sea la esquina de otro mapa le juro que me mato.

—Es posible que alguien esté dispuesto a ahorrarla esa molestia.

—¿Eh?

—Me temo que ya no está segura aquí. Tiene que venir conmigo.

—¿Rescatada al fin? ¡Benditos sean los hados! —y acto seguido hizo un gesto displicente con la mano—. Ya hemos hablado de eso. Los gurkos están en el otro extremo de la ciudad. Corre usted más riesgo en el Agriont, así que no

veo que...

—La amenaza no viene de los gurkos, sino de mis pretendientes.

—¿Esos caballeros amigos suyos representan una amenaza para mí?

—Subestima usted el alcance de sus celos. Me temo que dentro de no mucho representarán una amenaza para cualquier persona, amiga o enemiga, que yo haya conocido a lo largo de mi desventurada existencia —Glokta cogió una capa con capucha que colgaba de un gancho y se la tendió.

—¿Adónde vamos?

—A una encantadora casita junto a los muelles. El edifico conoció mejores tiempos, pero conserva todo su carácter. Un poco como nosotros, por así decirlo.

Se oyeron unos pasos pesados en el vestíbulo y un instante después Cosca asomaba la cabeza por la puerta.

—Superior, conviene que nos pongamos en marcha si queremos llegar a los muelles antes de... —se interrumpió, miró fijamente a Ardee y durante unos instantes se produjo un embarazoso silencio.

—¿Quién es ese? —murmuró la joven.

Cosca hizo una ampulosa entrada en la sala, se quitó el sombrero de golpe, dejando al descubierto su costrosa calva, y se inclinó, y se inclinó, y se inclinó. *Un poco más y rozará los tablones del suelo con la nariz.*

—Permítame que me presente, gentil dama. Nicomo Cosca, afamado soldado de fortuna, a su servicio. Su más humilde servidor, de hecho —el puñal se le salió de la casaca y cayó tamborileando al suelo.

Todos se lo quedaron mirando durante un instante y luego Cosca se irguió con una sonrisa.

—¿Han visto esa mosca que hay en la pared?

Glokta entornó los ojos.

—Tal vez no sea el momento más indicado para...

La hoja del puñal atravesó la sala como una exhalación, falló el blanco por una zancada, golpeó en la pared con la empuñadura, arrancó un pedazo de escayola, rebotó y salió rodando estrepitosamente por el suelo.

—Mierda —dijo Cosca —. Quiero decir... maldita sea.

Ardee bajó la vista y contempló el cuchillo con gesto ceñudo.

—Creo que yo hubiera dicho mierda.

Cosca lo pasó por alto y la obsequió con una sonrisa llena de dientes

cariados.

—Debo de estar deslumbrado. Cuando el Superior me habló de su belleza pensé que seguramente estaba..., cómo se dice..., ah, ya, exagerando. Pero ahora veo que se quedó muy corto —recuperó su puñal y se caló el sombrero al bies—. Permítame que me declare absolutamente enamorado.

—¿Qué le dijo? —preguntó Ardee.

—Nada —Glokta se chupó las encías con gesto avinagrado—. Maese Cosca es muy aficionado a pasarse de rosca.

—Sobre todo cuando estoy enamorado —terció el mercenario—. En esos casos sobre todo. Cuando me enamoro, me da muy fuerte, y, por regla general, es algo que me ocurre varias veces al día.

Ardee le miró fijamente.

—No sé si sentirme halagada o asustada.

—¿Por qué no ambas cosas? —dijo Glokta—. Pero hágalo durante el camino. *Vamos mal de tiempo y yo tengo que podar las malas hierbas de un jardín.*

Al abrirse la verja, el metal herrumbroso se quejó con un grito agónico. Acuciado por el punzante dolor en la pierna, la cadera y la espalda que le había provocado la caminata hasta los muelles, Glokta traspasó tambaleándose el deteriorado umbral. La ruinosa mansión surgió de entre las sombras al otro lado del destartalado patio. *Como un imponente mausoleo. Una tumba idónea para mis esperanzas fenecidas.* Envueltos en sombras en los escalones cuarteados, aguardaban Severard y Frost, enmascarados y vestidos de negro, como de costumbre. *Y, sin embargo, no del todo idénticos.* Un hombre fornido y otro delgado, el uno de pelo blanco y el otro moreno, uno de pie, con los brazos cruzados, el otro sentado con las piernas cruzadas. *Uno leal y el otro... ya veremos.*

Severard descruzó las piernas y se puso de pie, mirando como siempre con ojos sonrientes.

—Bueno, jefe, a qué viene tanto...

Cosca cruzó la verja y avanzó con paso cansino por las losas agrietadas del pavimento, apartando algún que otro trozo de albañilería con un golpecito de sus botas raídas. Se detuvo junto a una fuente desvencijada y sacó un poco de mugre rascando con una uña.

—Hermoso lugar. Hermoso y...—señaló alrededor con su dedo mugriento—...destartalado —sus mercenarios ya habían empezado a desplegarse lentamente por entre los cascotes del patio, abriendo sus raídas

capas y sus zamarras parcheadas para dejar al descubierto una colección de armas de todas las formas y tamaños. Filos, puntas, pinchos y rebordes relucían a la luz oscilante de sus faroles, con un acero tan suave y tan limpio como ásperas y sucias eran sus caras.

—¿Quién demonios son esos? —interrogó Severard.

—Amigos.

—No tienen una pinta muy amistosa que digamos.

Glokta mostró a su Practicante el enorme hueco de sus dientes delanteros.

—Bueno, supongo que eso depende de en qué bando esté uno.

Los últimos trazos de la sonrisa de Severard se desvanecieron. Sus ojos miraron nerviosos a uno y otro lado del patio. *Ojos de culpable. Qué bien los conocemos. Los vemos en nuestros prisioneros. Los vemos en el espejo, cuando nos atrevemos a mirarnos. Esperaba algo mejor que esto de un hombre de su experiencia, pero estar acostumbrado a ser quien sostiene el acero no tiene por qué servir de preparación para ser el que recibe su corte. Debería habérmelo imaginado.* Severard corrió hacia la casa, raudo como un conejo, pero sólo consiguió dar un paso antes de que una gruesa mano blanca le propinara un golpe en el cuello que lo arrojó inconsciente a las losas quebradas del suelo.

—Llévale al piso de abajo. Ya sabes el camino.

—Al pizo de abajo. Ajá —el descomunal albino se echó el cuerpo inerte de Severard al hombro y se encaminó hacia la puerta principal.

—He de reconocer —dijo Cosca mientras sacudía la mano para quitarse la porquería— que me gusta la forma en que trata a sus hombres, Superior. No hay nada más admirable que la disciplina.

—Excelente consejo. Sobre todo viniendo, como viene, de uno de los hombres más indisciplinados del Círculo del Mundo.

—He aprendido mucho de mis múltiples errores —Cosca alzó la barbilla y se rascó las costras del cuello—. Lo único que no he conseguido ha sido aprender a no volver a cometerlos.

—Hummm —gruñó Glokta mientras comenzaba a subir trabajosamente los peldaños. *Una maldición a la que nadie escapa. Caminamos en círculos, tratando de atrapar un éxito que siempre se nos escapa, tropezando una y otra vez en los mismos escollos. En verdad, la vida no es más que las miserias que hemos de soportar entre una decepción y otra.*

Entraron por el vano de la puerta y accedieron a la oscuridad más profunda del vestíbulo. Cosca levantó su farol y alzó la vista para escrutar el

deteriorado techo mientras pisoteaba con descuido las cagadas de pájaro que cubrían el suelo.

—¡Todo un palacio! —el eco de su voz retornó desde las escaleras desvencijadas, los vanos vacíos y las vigas desnudas.

—Por favor, pónganse cómodos —dijo Glokta—. Mejor, tal vez, en un lugar donde no se les vea. Es posible que en algún momento tengamos visita.

—Estupendo. Nos encanta la compañía, ¿verdad, muchachos?

Uno de los hombres de Cosca soltó una risilla ahogada, mostrando dos hileras de dientes color mierda. *Tan increíblemente podridos que casi me alegro de cómo están los míos.*

—Las visitas vendrán de parte de Su Eminencia el Archilector. ¿No les importaría aplicarles un poco de mano dura mientras yo estoy en el piso de abajo?

Los ojos de Cosca recorrieron con gesto aprobatorio los resquebrajados muros.

—Un sitio ideal para un cálido recibimiento. Cuando se hayan ido, se lo haré saber. Tampoco creo que se queden mucho tiempo, la verdad, Ardee, que se había buscado un sitio al lado de la pared, tenía la capucha echada y la vista clavada en el suelo. *Como si tratara de mimetizarse con el enlucido. En fin, es natural. No puede decirse que la compañía sea la más placentera para una joven, ni el marco el más tranquilizador. Pero siempre será mejor que acabar con el pescuezo rajado, digo yo.* Glokta le tendió una mano.

—Será mejor que se venga conmigo.

Ella vaciló un instante. *Como si no estuviera segura del todo de que en efecto fuera mejor venirse conmigo.* Pero un rápido vistazo a uno de los tipos más feos de una de las profesiones más feas del mundo bastó para convencerla. Cosca le entregó su farol, asegurándose de que sus dedos rozaban los suyos durante un instante incómodamente largo.

—Gracias —dijo ella apartando la mano de un tirón.

—Es un placer.

Dejaron atrás a Cosca y a sus matones, y emprendieron el camino hacia las entrañas de aquel cadáver de edificio entre las extrañas sombras que proyectaban las tiras de papel colgante, los listones rotos y los trozos de escayola desprendida. A ambos lados desfilaban numerosos vanos vacíos, negros cuadrados que parecían tumbas abiertas.

—Vaya un grupo de amigos más encantador que tiene usted —murmuró Ardee.

—Oh, sin duda. No hay estrellas más rutilantes en el firmamento social. Al parecer, cierto tipo de tareas requieren de gente bastante desesperada.

—Pues debe de tener usted en mente una tarea bien desesperada.

—¿No es así siempre?

El farol apenas lograba iluminar el pútrido salón. Por debajo de los paneles combados que recubrían las paredes asomaba la fábrica de ladrillo barato, y buena parte del suelo lo ocupaba un gran charco purulento. La puerta secreta se encontraba abierta en la pared de enfrente, y Glokta, con la cadera ardiéndole por el esfuerzo, comenzó a bordear la habitación para dirigirse hacia ella.

—¿Qué ha hecho su hombre?

—¿Severard? Me ha fallado. *Y ahora veremos hasta qué punto.*

—En tal caso, espero no fallarle nunca.

—Usted es una persona con mucho más seso. Yo iré delante. Así, si me caigo, me caeré yo solo —hizo una mueca de dolor y comenzó a bajar los escalones. Ardee le siguió con el farol.

—Puaj. ¿Qué es ese olor?

—Las cloacas. Hay un acceso a ellas por aquí abajo en alguna parte —Glokta cruzó la gruesa puerta y entró en la bodega remodelada. El lugar apestaba a humedad y a miedo, y las rejas de acero de las celdas que había a ambos lados brillaban con una luz trémula al pasar por delante de ellas.

—¡Superior! —exclamó una voz desde la oscuridad. El rostro desesperado del Hermano Pielargo apareció apretado contra las rejas.

—¡Hermano Pielargo, le ruego que acepte mis disculpas! No sabe lo atareado que he estado. Verá, los gurkos han decidido poner cerco a la ciudad.

—¿Los gurkos? —chilló el Navegante con los ojos desorbitados—. Escuche, por favor, si me suelta yo podría...

—¡Silencio! —bufó Glokta con un tono que no admitía réplica—. Ande, entre ahí —le dijo a Ardee.

—¿Ahí? —Ardee miró con recelo la celda del Navegante.

—No es peligroso. Y creo que se sentirá usted más cómoda aquí que... —y señaló con la cabeza la puerta abierta que había al fondo del pasadizo abovedado—... allí dentro.

Ardee tragó saliva.

—De acuerdo.

—¡Superior, por favor! —un brazo implorante surgió de la celda de

Pielargo—. ¡Dígame cuándo me va a soltar, Superior! ¡Dígamelo, por favor! —Glokta acalló sus ruegos cerrando la puerta con un leve clic. *Ahora tenemos otros asuntos que no admiten demora.*

Frost ya había esposado a la silla de al lado de la mesa a Severard, que seguía inconsciente, y en ese momento estaba encendiendo una a una las antorchas con una vela. La cámara abovedada se fue llenando de luz y el color regresó a los murales que decoraban las paredes curvas. Kanedias, con los brazos extendidos, mirando ceñudo hacia abajo, y detrás de él, las llamas. *Ah, ahí está nuestro viejo amigo el Maestro Creador con su sempiterno gesto desaprobatorio.* Al lado contrario, su hermano Juvens seguía desangrándose escabrosamente en la pared. *Y no sé por qué, pero me huelo que no es la única sangre que se va a derramar esta noche aquí.*

—Ug —gimió Severard sacudiendo su lacia melena. Glokta bajó muy despacio el cuerpo y lo acomodó en el asiento de cuero con un crujido. Severard volvió a emitir un quejido, echó la cabeza hacia atrás y pestañeó. Frost avanzó pesadamente hacia él, alargó una mano, le soltó las hebillas de la máscara, se la quitó de un tirón y luego la arrojó a un rincón de la cámara. *De temible Practicante de la Inquisición a... prácticamente nada.* Severard rebulló en la silla y arrugó la nariz como un niño dormido.

Joven. Débil. Indefenso. Casi daría pena, si uno tuviera corazón. Pero ya pasó la hora del sentimentalismo y la ternura, de la amistad y el perdón. La sombra del alegre y prometedor Coronel Sand dan Glokta lleva demasiado tiempo pegada a mí. Adiós, vieja amiga. Hoy no nos ibas a ser de mucha utilidad. Es hora de que el implacable Superior Glokta haga lo que se le da mejor hacer. Haga la única cosa que sabe hacer bien. Es la hora de las cabezas duras, de los corazones duros, de los filos más duros aún.

Hora de sacar a tajos la verdad.

Frost clavó dos dedos en la tripa de Severard y éste abrió de golpe los ojos. Dio una sacudida en la silla y las esposas tintinearon. Vio a Glokta. Vio a Frost. Echó rápidos vistazos a la sala con los ojos cada vez más abiertos. Cuando al fin comprendió dónde estaba, se le pusieron como platos. Tomaba aire a resoplidos, con el aliento acelerado y bronco del puro terror, y los mechones de su pelo grasiento se zarandeaban por la brusquedad de su esfuerzo. *Bueno, ¿cómo empezamos?*

—Lo sé —graznó—. Sé que no debí decirle a esa mujer quién era usted... lo sé..., pero no tenía elección. *Ah, las marrullerías de siempre. Todo hombre se comporta más o menos de la misma manera cuando se ve encadenado a una silla.* ¿Qué iba a hacer? ¡Esa perra me hubiera matado! ¡No tenía elección! Por favor...

—Sé lo que le contaste y sé que no tenías elección.

—Entonces... entonces por qué...

—No me vengas con cuentos, Severard. Sabes muy bien por qué estás aquí —Frost, con la misma impasibilidad de siempre, dio un paso adelante y levantó la tapa de la fastuosa caja de Glokta. Las bandejas interiores se abrieron como una flor exótica, desplegando los mangos pulidos, las agujas relucientes y las brillantes cuchillas de sus instrumentos.

Glokta soltó una bocanada de aire.

—Hoy he tenido un buen día. Me desperté sin haber manchado las sábanas y conseguí ir al baño por mi propio pie. No tuve muchos dolores —enroscó los dedos en el mango de la cuchilla de carnicero—. Un buen día, sí. Y eso es algo digno de celebrar. No tengo muchos así —la sacó de su funda y la hoja relampagueó bajo la cruda luz de las antorchas. Severard, fascinado y aterrado a un tiempo, la seguía con los ojos desorbitados mientras su pálida frente se iba perlando de refulgentes gotas de sudor.

—No —susurró. *Sí.* Frost soltó la esposa que sujetaba la muñeca izquierda de Severard y le levantó el brazo agarrándolo con sus dos manazas. Luego le cogió los dedos y los fue extendiendo uno a uno sobre la mesa que tenía enfrente mientras con el otro brazo rodeaba los hombros de Severard y los sujetaba con fuerza.

—Creo que podemos prescindir del preámbulo —Glokta se balanceó hacia delante, se puso de pie y rodeó lentamente la mesa, arrastrando la pierna tras de sí y golpeteando las baldosas con el bastón, mientras deslizaba sobre el tablero el borde de la cuchilla—. No hace falta que te explique en qué consiste esto. No a ti, que me has asistido con gran pericia en innumerables ocasiones. ¿Quién mejor que tú para saber cuál es el procedimiento que vamos a seguir?

—No —sollozó Severard, haciendo un intento desesperado de sonreír pero sin poder evitar que una lágrima le resbalara por la comisura de uno de sus ojos—. ¡No, no lo hará! ¡A mí, no! ¡No lo hará!

—¿A ti, no? —Glokta le sonrío con tristeza—. Por favor, Practicante Severard... —dejó que la sonrisa se fuera desvaneciendo mientras alzaba la cuchilla—. Parece mentira que digas eso, con lo bien que me conoces.

¡Bang! La gruesa hoja bajó como una centella y se clavó en la mesa, mondando una mínima rodaja de piel de la punta del dedo medio de Severard.

—¡No! —chilló—. ¡No! *¿Qué pasa, es que ya no admiras mi puntería?*

—Oh, sí, sí, sí —Glokta dio un tirón al mango liso de la cuchilla y la sacó de la mesa—. ¿Cómo creías que iba a acabar esto? Has estado yéndote de la lengua. Has estado hablando de lo que no debías con unas personas a las que no tenías que decir nada. Me vas a contar lo que has dicho. Me vas a contar a quién se lo has dicho —la cuchilla lanzó un destello al volverla a alzar—. Y más te vale que me lo cuentes pronto.

—¡No! —Severard se retorció y se revolvió en la silla, pero Frost le tenía atrapado como a una mosca en la miel. *Sí.*

La hoja rebanó limpiamente la punta del dedo medio de Severard y se lo amputó a la altura de la primera falange. El extremo del dedo índice salió girando por la superficie de madera. La punta del anular, en cambio, se quedó donde estaba, encajada en una de las junturas del tablero. Con la muñeca aferrada aún por la mano de Frost, la sangre se limitó a manar suavemente de las tres heridas formando regatos que discurrían por las vetas de la madera.

Severard contuvo el aliento. *Una, dos, tres...* Y luego soltó un aullido. Y gimió, y se sacudió, y se estremeció mientras su cara se convulsionaba. *Doloroso, ¿eh? Bienvenido a mi mundo.*

Glokta movió su pie dolorido dentro de la bota.

—¿Quién iba a pensar que nuestra encantadora sociedad, tan grata y provechosa para ambas partes, acabaría así? No fui yo quien lo eligió. No fui yo. Dime con quién has hablado. Dime qué has contado. Si lo haces, esta desagradable situación concluirá. Si no...

¡Bang! El extremo del meñique, ahora, y tres trozos más de los otros. El dedo medio estaba ya amputado casi hasta la altura del nudillo. Severard miraba con los ojos dilatados de espanto mientras respiraba con un resuello entrecortado. *Conmoción, asombro, terror anonadante.* Glokta se inclinó junto a su oído.

—Espero que no tuvieras pensado aprender a tocar el violín, Severard. Bastante afortunado serás si puedes tocar el gong cuando hayamos acabado contigo —alzó de nuevo la cuchilla y su rostro se contrajo con una mueca de dolor al sentir un espasmo en el cuello.

—¡Pare! —sollozó Severard —¡Pare! ¡Valint y Balk! ¡Los banqueros! Se lo conté a ellos... A ellos...

Lo sabía.

—¿Qué les contaste?

—¡Que usted había seguido buscando al asesino de Raynault a pesar de que ya habían ahorcado al emisario del Emperador! —los ojos de Glokta se cruzaron con los de Frost, y el albino le devolvió una mirada inexpresiva. *Y ya tenemos otro secreto que sale pataleando a la luz del día. Qué frustrante es acertar siempre. Nunca dejará de sorprenderme la rapidez con que se solucionan los problemas en cuanto uno se pone a cortar en pedazos a la gente*—. Y... y... les conté que estaba usted haciendo averiguaciones sobre nuestro monarca bastardo, y sobre Bayaz, y también que no estaba investigando a Sult, como ellos le pidieron que hiciera. Y también que... que...

Severard se interrumpió con un tartamudeo y se quedó mirando los trozos de dedo que había desperdigados por la mesa sobre un charco de sangre que se iba extendiendo poco a poco. *Esa mezcla de dolor insufrible, de sensación de pérdida más insufrible todavía, y de la más absoluta incredulidad. ¿Estoy soñando? ¿O es verdad que he perdido la mitad de mis dedos, para siempre?*

Glokta apremió a Severard dándole un pequeño golpe con el mango de la cuchilla.

—¿Qué más?

—Les conté todo lo que pude. Les conté... cualquier cosa que supiera...—las palabras brotaron de sus labios contraídos acompañadas de babas y escupitajos—. No tenía elección. Estaba endeudado hasta las cejas y... se ofrecieron a pagarlas. ¡No tenía elección!

Valint y Balk. Deudas, chantajes y traiciones. Qué insoportablemente banal es todo esto. Eso es lo malo de las respuestas. Que de algún modo nunca resultan tan apasionantes como las preguntas. Los labios de Glokta palpitaron y esbozaron una especie de sonrisa triste.

—No tenías elección. Sé muy bien lo que es eso —y acto seguido alzó de nuevo la cuchilla.

—Pero...

¡Bang! La pesada hoja raspó el tablero mientras Glokta barría cuatro nuevas rebanadas de carne para quitarlas de en medio. Severard chilló, jadeó y volvió a gritar. Unos gritos babeantes y desesperados, proferidos con el rostro arrugado. *Igual que las ciruelas que a veces tomo para desayunar.* Aún le quedaba la mitad del meñique, pero los otros tres dedos no eran más que unos muñones rezumantes. *Aun así, no podemos detenernos ahora, no después de haber llegado tan lejos. No podemos detenernos bajo ningún concepto, ¿no es así? Tenemos que saberlo todo.*

—¿Qué me dices del Archilector? —inquirió Glokta estirando el cuello hacia un lado y desentumeciendo los hombros—. ¿Cómo se enteró de lo que pasó en Dagoska? ¿Qué le contaste?

—Cómo se... pero... Yo no le he contado nada... nada.

¡Bang! El pulgar de Severard salió disparado y rodó por la mesa dejando a su paso una espiral de sangre. Glokta movió las caderas de atrás adelante para tratar de aliviar el dolor que le recorría la pierna y le subía por la espalda. *Está visto que no hay manera de sacudírselo de encima. Cada posición que pruebo es un poco peor que la anterior.*

—¿Qué le dijiste a Sult?

—Yo... yo... —Severard alzó la vista y le miró. De su boca abierta colgaba

un largo hilo de babas—. Yo...

Glokta torció el gesto. *Eso no es una respuesta.*

—Desátale la otra muñeca y prepara la mano. En ésta ya no tenemos material para seguir trabajando.

—¡No! ¡No! Por favor... yo no... por favor... *Qué harto estoy de tanto ruego. Las palabras «no» y «por favor» pierden todo significado después de haberlas estado repitiendo durante media hora. Empiezan a sonar como el balido de una oveja. Al final eso es lo que somos todos, corderos camino del matadero.* Miró los trozos de dedo que había esparcidos por la mesa ensangrentada. *Materia prima para el carnicero.* La sala estaba tan iluminada que le producía dolor de cabeza. Dejó la cuchilla en la mesa y se frotó los ojos. *Extenuante trabajo este de mutilar a tus amigos.* Se dio cuenta de que se había manchado los párpados de sangre. *Maldita sea.*

Frost ya había amarrado la otra muñeca de Severard con un torniquete y había esposado los restos sanguinolentos de la mano izquierda al respaldo de la silla. Luego le soltó la mano derecha y se la llevó con mucho cuidado hasta la mesa. Glokta le observaba. *Preciso, profesional e implacablemente eficiente. ¿Le remorderá la conciencia al caer la noche? Lo dudo. A fin de cuentas, soy yo quien da las órdenes. Y actúo así por orden de Sult, siguiendo los consejos de Marovia y atendiendo a las demandas de los señores Valint y Balk. ¿Acaso tenemos elección? Qué demonios, casi ni hay que buscar excusas.*

Frost, con la cara salpicada de sangre, extendió la mano derecha de Severard sobre la mesa hasta colocarla justo en el mismo lugar donde había estado antes la izquierda. Esta vez ni siquiera se resistió. *Al cabo de un tiempo se pierde la voluntad de resistir. Lo recuerdo.*

—Por favor...— susurró Severard.

Qué agradable sería parar. Lo más probable es que los gurkos prendan fuego a la ciudad y nos maten a todos, y entonces, éa quién le importara lo que tal persona le contara a tal otra? Y si por algún milagro no lo consiguieran, ahí estaría Sult para acabar conmigo, o Valint y Balk, que sin duda se cobrarían la deuda con mi sangre. ¿Qué importancia tendrá que algunas preguntas hayan quedado sin respuesta, cuando esté flotando boca abajo junto a los muelles? Entonces, ¿por qué lo hago? ¿Por qué?

La sangre llegó al borde de la mesa y empezó a gotear sobre el suelo: plip, plop, plip, plop. No hubo más respuesta. Una sucesión de palpitaciones sacudió uno de los lados de la cara de Glokta, que volvió a coger la cuchilla.

—Mira eso —y señaló los trozos de carne ensangrentada esparcidos por la mesa—. Mira lo que has perdido ya. Todo por no querer decirme lo que yo necesito saber. ¿Es que no das ningún valor a tus dedos? Ya no te sirven de nada, ¿verdad? Como tampoco me sirven a mí, puedes estar seguro. A nadie le sirven, como no sea a un par de perros hambrientos —Glokta le enseñó el

enorme agujero de sus dientes delanteros y hundió la punta de la cuchilla entre los dedos extendidos de Severard—. Una vez más —y articuló las palabras con gélida claridad—. ¿Qué... le has... contado... a Su Eminencia?

—¡No... no... no le he contado nada! —las lágrimas resbalaron por las mejillas chupadas de Severard y su pecho se estremeció con sus sollozos—. ¡No le he contado nada! ¡Con Valint y Balk no tenía elección! ¡Pero no he hablado con Sult en mi maldita vida! ¡Ni una sola palabra! ¡Nunca!

Glokta se quedó un rato mirando los ojos de su Practicante, de su prisionero, tratando de descubrir la verdad. No se oía otro ruido que el de la atropellada y angustiosa respiración de Severard. Y, de pronto, arrugó los labios y dejó caer la cuchilla sobre la mesa. *¿Para qué vas a perder la otra mano, si ya has confesado?* Exhaló un hondo suspiro y, con mucha delicadeza, limpió de lágrimas el pálido rostro de Severard.

—Está bien. Te creo.

¿Pero entonces qué? Nos quedamos con más preguntas que antes y sin ningún lugar en donde buscar respuestas. Arqueó la espalda y contrajo la cara al sentir una punzada de dolor que recorría su columna contrahecha, su pierna retorcida, su pie sin dedos. *Sult debe haber obtenido la información en alguna otra parte. ¿Quién más salió vivo de Dagoska, quién más sabía lo suficiente? ¿Eider? No, eso sería como delatarse a sí misma. ¿Vitari? Ya tuvo la ocasión de irse de la lengua y no lo hizo. ¿Cosca? Su Eminencia nunca trabajaría con un hombre tan imprevisible. Si yo recurro a él es porque no tengo más remedio. ¿Entonces, quién?*

Sus ojos y los de Frost cruzaron una mirada. Los ojos rosáceos del albino ni parpadearon. Le miraban fijamente, duros y brillantes como dos gemas rosadas. Y entonces las piezas encajaron.

Ya.

Ninguno de los dos habló. Sin quitarle a Glokta los ojos de encima, Frost estiró sin prisas los brazos y rodeó el cuello de Severard. El ex Practicante, completamente indefenso, no podía hacer más que mirar.

—Qué ha...— Frost frunció un poco el ceño. Se oyó un crujido agudo y la cabeza de Severard se retorció hacia un lado. *Con la misma sencillez y despreocupación con que se mata a un pollo.* Al soltarlo Frost, el cráneo de Severard cayó hacia atrás, mucho más de lo que sería natural, y unos extraños bultos nudosos se resaltaron en la pálida piel de su cuello retorcido.

El albino se interponía entre Glokta y la puerta entreabierta. *No hay salida.* Glokta hizo una mueca de dolor mientras retrocedía con paso tambaleante, raspando el suelo con el bastón.

—¿Por qué? —apretando los puños, Frost avanzó hacia él, con paso lento y firme. Detrás de la máscara su pálido rostro permanecía impasible—. ¡Maldita

sea, al menos dime por qué!

El albino se encogió de hombros. *Al final va a resultar que algunas preguntas no tienen respuesta.* La espalda contrahecha de Glokta dio con la pared curva. *Y el tiempo se me ha acabado. Oh, bueno.* Respiró hondo. *Siempre lo tuve todo en mi contra. Y, en realidad, tampoco es que me importe tanto morir.*

Frost alzó uno de sus blancos puños y soltó un quejido. La cuchilla se hundió profundamente en los gruesos hombros del albino con un ruido sordo. La sangre comenzó a manar de la herida y le fue empapando la camisa. Frost se dio la vuelta. Ardee estaba de pie detrás de él. Los tres se quedaron mirándose durante unos momentos. Luego Frost lanzó un puño contra ella y Ardee salió disparada hacia atrás, se estrelló contra uno de los lados de la mesa, que cayó inerte al suelo arrastrándola consigo. La caja de Glokta se volcó junto a ella y la sangre y los trozos de carne se esparcieron por todas partes. Frost, con la cuchilla clavada aún en su carne y el brazo izquierdo colgando fláccido a un costado, empezó a darse la vuelta.

Los labios de Glokta se retiraron de sus encías desnudas. *No me importa morir. Pero me niego a recibir una paliza.*

Haciendo caso omiso del dolor que le atravesaba su pie mutilado y le subía por la pierna, afirmó los pies sobre el suelo lo mejor que pudo. Luego levantó el bastón e introdujo el pulgar en un pestillo oculto. El artilugio lo había realizado, siguiendo sus minuciosas instrucciones, el mismo hombre que había fabricado la caja de su instrumental. *Una pieza de artesanía aún más perfecta si cabe.*

Sonó un leve clic, y la madera giró sobre unas bisagras ocultas y se abrió de golpe, dejando al descubierto un pincho de cerca de medio metro de largo que relucía como un espejo. Glokta lanzó un aullido desgarrador.

Pincha, Glokta. Pincha, pincha.

El acero era una exhalación. La primera estocada rasgó el lado izquierdo del pecho de Frost. La segunda se le clavó silenciosamente en el lado derecho del cuello. La tercera le perforó la máscara, pasó raspándole el maxilar y la punta brillante del estoque apareció un instante por debajo de su oreja blanquecina antes de volver a salir disparada hacia atrás.

Frost permanecía inmóvil, alzando los párpados en un gesto de leve sorpresa. Entonces la sangre comenzó a manar de la minúscula herida de la garganta y resbaló por su camisa formando una línea negra. Adelantó una de sus manazas blancas y se tambaleó, mientras la sangre brotaba a borbotones por debajo de su máscara.

—¡Mierza! —exhaló.

Acto seguido se desplomó como si le hubieran barrido las piernas del

suelo. Estiró un brazo y trató de incorporarse. Pero ya no le quedaban fuerzas. Su respiración se convirtió en una especie de gorgoteo sonoro que fue bajando de volumen hasta que por fin desapareció por completo. *Se acabó.*

Ardee estaba sentada cerca de la mesa. De su nariz salía un hilillo de sangre que le llegaba al labio superior.

—Está muerto.

—Ya sabe que practiqué la esgrima en tiempos —murmuró Glokta—. Al parecer, hay cosas que nunca se olvidan —miró alternativamente a cada uno de los dos cadáveres. Frost yacía sobre un charco de sangre que crecía por momentos, con uno de sus ojos rosáceos mirando al frente; ni aún muerto pestañeaba. La cabeza de Severard colgaba hacia atrás sobre el respaldo de la silla. Tenía la boca abierta, como si estuviera profiriendo un grito mudo. La mano mutilada seguía esposada, la otra colgaba fláccida a un lado. *Mis chicos. Mis ojos. Mis manos. Ya no me queda nada.* Bajó la vista y miró con el ceño fruncido el acero ensangrentado que sostenía con el puño. *En fin. Habrá que arreglárselas sin ellos y seguir avanzando a trompicones lo mejor que se pueda.*

Haciendo un gesto de dolor, se agachó, recogió con dos dedos la pieza de madera que había caído del bastón y la volvió a cerrar sobre el estoque ensangrentado.

—Hágame el favor de cerrar esa caja —abriendo mucho los ojos, Ardee miró los instrumentos, luego se fijó en el cadáver boquiabierto de Severard, en la sangre que empapaba la mesa volcada, en los fragmentos de carne que había desperdigados por el suelo. Tosió y apretó el dorso de la mano contra su boca. *Uno se olvida a veces de que hay personas que no están acostumbradas a lidiar con este tipo de asuntos. Pero hay que arreglárselas con lo que se tiene más a mano, y ya es un poco tarde para intentar acostumbrarla poco a poco. De todos modos, si es capaz de clavar a un hombre una cuchilla, seguro que también puede recogerme unos cuantos instrumentos de metal sin desmayarse*—. La caja —dijo—. Voy a necesitar mis instrumentos.

Ardee pestañeó, se puso a recoger las herramientas que había tiradas por el suelo y las volvió a colocar en sus sitios. A continuación, se metió la caja debajo de un brazo, se enderezo tambaleándose un poco y se limpió la sangre de la nariz con la manga de su blusa blanca. Glokta se dio cuenta de que se le había quedado enredado en el pelo un trozo de uno de los dedos de Severard.

—Tiene algo... —le señaló el lugar—... justo ahí.

—¿Cómo? ¡Aaagh! —se arrancó el trozo de carne muerta y lo arrojó al suelo temblando de asco—. Debería buscarse otra forma de ganarse la vida.

—Hace ya algún tiempo que le estoy dando vueltas a eso. Pero todavía quedan unas cuantas preguntas que necesitan obtener respuesta.

La puerta se abrió con un crujido y Glokta sintió una súbita punzada de pavor. Cosca entró en la sala, y al ver aquella carnicería, soltó un leve silbido y se echó hacia atrás el sombrero, cuya pluma proyectó una sombra alargada en la pared de detrás.

—Vaya un desbarajuste que tiene usted aquí montado, Superior, vaya un desbarajuste.

Glokta palpó con los dedos el bastón. La pierna le ardía, el corazón le palpitaba sordamente en las sienes y por debajo de sus ásperas ropas estaba empapado de sudor frío.

—Ha sido inevitable.

—Pensé que tendría interés en saber que vinieron las visitas. Seis Practicantes de la Inquisición. No sé por qué, pero tengo la impresión de que habían venido a matarle a usted. *Sin ninguna duda. Por orden del Archilector, que actuaba impulsado por las informaciones recibidas del difunto Practicante Frost.*

—¿Y? —preguntó Glokta. Después de los acontecimientos que habían tenido lugar durante la última hora, casi había esperado que Cosca se le echara encima soltando tajos a diestro y siniestro con su espada.

Pero si algo he aprendido en esta última hora es que el menos leal de los secuaces no siempre es el menos digno de confianza.

—Los hemos hecho pedazos, por supuesto —el estirio sonrió de oreja a oreja—. Me ofende que haya podido dudarlo.

—Bien, bien. *Menos mal que algo ha salido según lo planeado* —lo único que deseaba Glokta era apoyarse en una pared, resbalar hasta el suelo y quedarse ahí tumbado pegando alaridos. *Pero hay trabajo que hacer.* Hizo una mueca de dolor y se encaminó cojeando hacia la puerta—. Debemos dirigirnos al Agriont de inmediato.

Mientras Glokta renqueaba por la Vía Media, con Ardee a su lado, en el cielo, raso y frío, empezaban a apreciarse los primeros atisbos del amanecer. Todavía quedaban restos de neblina en el aire, pero ya se estaban disipando. *Parece que vamos a tener un buen día. Un buen día para el derramamiento de sangre, y la traición, y...*

Al sur de la amplia avenida adoquinada, en la dirección del mar, se adivinaban unas figuras que se movían entre los restos de la neblina. También se oían ruidos. Traqueteos, tintineos. Los ruidos propios de un grupo de gentes armadas en movimiento. A lo lejos se oyó a alguien gritar y luego el lúgubre tañido de una campana. *Una campana de alerta.*

Cosca escrutó los jirones de niebla frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso?

Las formas se hicieron más nítidas. Hombres armados, portando lanzas, y en gran número. Sus cascos altos no se correspondían con el diseño de los de la Unión.

Ardee tocó a Glokta en el hombro.

—¿Son...?

—Gurkos —sus armaduras comenzaban a relucir con una tenue luz gris a medida que la neblina se iba disipando. Un contingente bastante nutrido que marchaba hacia el norte siguiendo la Vía Media. *Parece que al final han desembarcado hombres en los muelles y han logrado abrirse paso hacia el centro de la ciudad. En qué momento más inoportuno*—. ¡Atrás! —Glokta se volvió hacia el callejón, resbaló e hizo una mueca de dolor cuando Ardee le sujetó del codo y evitó que se cayera.

—¡A la mansión! *Confiemos que no nos hayan visto todavía.* Y no dejen esos faroles. Vamos a necesitarlos —se dirigió al pestilente callejón lo más rápido que pudo entre los empujones y los codazos de los mercenarios de Cosca.

—Malditos gurkos —bufó el estirio—. No entiendo qué les he hecho para que me hayan cogido tanta manía.

—Mis más sinceras condolencias —la verja se cerró con un chirrido y un par de mercenarios se pusieron a arrastrar la fuente desvencijada para colocarla detrás. *No estoy muy seguro de que eso vaya a retener durante demasiado tiempo a una legión del Emperador.*

—¿Puedo preguntarle cuál es exactamente el plan ahora, Superior? Por muy encantador que resulte este palacio, quedarse aquí sentados hasta que alguien venga en nuestro auxilio no me parece muy buena opción.

—No —Glokta subió trabajosamente los escalones y entró por la puerta principal—. Tenemos que llegar al Agriont.

—Algo me dice que nuestros amigos gurkos habrán tenido la misma idea. Si vamos por ahí arriba no llegaremos nunca.

—Entonces iremos por debajo —Glokta se encaminó hacia las entrañas del edificio renqueando todo lo deprisa que podía. Detrás de él, con gestos de preocupación, marchaban Ardee y el grupo de mercenarios—. Aquí abajo hay un acceso a las cloacas. Siguiéndolas se puede llegar directamente al Agriont. Si se sabe el camino...

—¿Las cloacas? —Cosca sonrió—. Como bien sabe, no hay nada que me guste más que chapotear por el fango de la vida, pero las cloacas suelen ser bastante... confusas. ¿Conoce el camino?

—A decir verdad, no. *Pero sí que conozco a un hombre que dice ser capaz de orientarse en cualquier parte, incluso en un río de mierda.* ¡Hermano Pielargo! —

exclamó mientras renqueaba hacia los escalones—. ¡Tengo una propuesta que hacerle!

El día del juicio

El Lord Mariscal West estaba de pie a la sombra de un granero abandonado en un altozano que dominaba las fértiles llanuras de Midderland. Unas de sus manos enguantadas sostenía con fuerza un catalejo. Aún quedaban algunos retazos de niebla aferrados a los llanos prados otoñales: un mosaico de tierras de tonos pardos, verdes y amarillos, salpicado de árboles y atravesado por setos pelados. A lo lejos West divisaba el primer perímetro de las murallas de Adua, una severa línea gris erizada de torres. Detrás de ella, en un tono gris más apagado, se vislumbraban los contornos de unos edificios que se proyectaban hacia el cielo. Y descollando por encima de todo ello se alzaba como un severo y desafiante fantasma la silueta de la Casa del Creador. Una vuelta al hogar un tanto lúgubre en su conjunto.

No soplaba ni una brizna de viento. El aire cortante se mantenía en una extraña calma. Como si no hubiera una guerra, como si no hubieran dos ejércitos enemigos aproximándose el uno al otro, como si no se avecinara una sangrienta batalla. West movía el catalejo de atrás adelante, pero apenas veía algún indicio de la presencia gurka. A veces le parecía advertir la presencia de una valla minúscula, justo delante de las murallas, o tal vez la silueta de una hilera de lanzas, pero a esa distancia no podía estar seguro de nada.

—Seguro que nos esperan. Seguro.

—Puede que duerman hasta tarde —dijo Jalenhorm, tan optimista como siempre.

Pike fue más directo.

—¿Y qué más da que nos esperen?

—No mucho —reconoció West. Las órdenes del rey Jezal eran muy claras. La ciudad estaba plagada de tropas gurkas y las defensas estaban al borde del colapso. No había tiempo para astutas estratagemas, ni para aproximaciones cautelosas, ni para tantear al enemigo en busca de un punto flaco. Irónicamente, en una situación como aquella, era muy probable que el Príncipe Ladisla hubiera resultado ser un comandante en jefe tan apto como cualquier otro. Por una vez, las circunstancias requerían una magnífica carga, a

la que seguiría de forma inmediata la muerte o la gloria. Lo único que estaba en manos de West era elegir el momento.

Brint detuvo su caballo junto a él, arrojando al aire gélido una llovizna de arenilla. Descabalgó e hizo un enérgico saludo militar.

—La caballería del General Kroy ha tomado posiciones en el flanco derecho y se encuentra lista para cargar en cuanto lo ordene.

—Gracias, capitán. ¿Y la infantería?

—A medio desplegar aún. Todavía quedan algunas compañías en los caminos.

—¿Todavía?

—Hay mucho barro, señor.

—Hummm —los ejércitos dejaban barro a su paso igual que las babosas dejaban babas—. ¿Qué hay de Poulder?

—También está en posición, por lo que sé —dijo Brint—. ¿No se ha recibido ninguna comunicación suya?

Jalenhorm negó con la cabeza.

—El General Poulder no parece estar muy comunicativo esta mañana.

West miró hacia la ciudad, una lejana línea gris tendida al fondo de los campos.

—Será pronto —se mordió el labio, que sus constantes preocupaciones habían dejado casi en carne viva—. Muy pronto. Pero no debemos lanzar el ataque con las tropas todavía a medio desplegar. En cuanto lleguen unos cuantos cuerpos de infantería más...

Brint miraba hacia el sur con el ceño fruncido.

—Señor, ¿no es eso...? —West siguió la dirección que señalaba su dedo. En el flanco izquierdo, donde se había concentrado la división de Poulder, la caballería empezaba a avanzar a paso rápido.

West contempló atónito cómo los jinetes iban cobrando más velocidad.

—Pero qué...

Dos regimientos enteros de caballería pesada rompieron de pronto a galopar de forma majestuosa. Fluían a miles por los campos de cultivo y rodeaban a oleadas los árboles y las granjas que se desperdigaban por el paisaje, levantando una fenomenal humareda de polvo. West oía ya el retumbar de los cascos de los caballos, como un trueno lejano, y casi le parecía sentir que la tierra vibraba bajo sus botas. El sol se reflejaba en las espadas y las lanzas, en los escudos y en las armaduras. Los estandartes fluían como un torrente y

flameaban al viento. Era todo un despliegue de esplendor marcial. Una estampa extraída de algún libraco de cuentos, protagonizado por un héroe musculoso, en el que se repiten profusamente palabras carentes de significado como «causa justa» y «honor».

—Mierda —gruñó West entre dientes mientras volvía a sentir detrás de los ojos las viejas palpitaciones de siempre. Durante todo el periplo del Norte, el General Poulder se había visto obligado a refrenar sus ganas de lanzar una de sus famosas cargas de caballería. Allí, la dureza del terreno, o la dureza del clima, o la dureza de las circunstancias se lo habían impedido. Pero ahora que se daban las condiciones idóneas, no había podido aguantarse más.

Jalenhorm sacudió lentamente la cabeza.

—Maldito Poulder.

West soltó un rugido de frustración y alzó el catalejo con la intención de estrellarlo contra el suelo. Pero en el último momento se contuvo, respiró hondo y lo cerró de golpe con un gesto de furia. En un día como ese no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por la rabia.

—Bien, lo hecho, hecho está, ¿no? ¡Den la orden de cargar en todo el frente!

—¡Toque de carga! —rugió Pike—. ¡Toque de carga!

El estridente cornetín resonó atronador en la fría atmósfera, algo que no contribuyó precisamente a aliviar el punzante dolor de cabeza de West. Clavó su bota embarrada en el estribo y se aupó con fastidio a la silla. Estaba destrozado después de haberse pasado toda la noche cabalgando.

—Parece que no nos va a quedar más remedio que seguir al General Poulder en su camino hacia la gloria. Aunque, tal vez, a una respetuosa distancia. Todavía hace falta alguien que se ocupe de poner un poco de orden en este desbarajuste —la respuesta de los cornetines distribuidos a lo largo del frente llegó flotando por el aire y en el flanco derecho la caballería de Kroy se puso al trote.

—Comandante Jalenhorm, dé órdenes de que la infantería nos siga en cuanto llegue —West apretó los dientes—. Desordenadamente, si es preciso.

—Por supuesto, Lord Mariscal —el grandullón ya había dado la vuelta a su caballo para dar las órdenes.

—La guerra —mascculló West—. La más noble de las empresas.

—¿Señor? —preguntó Pike.

—Nada.

Jezal subió los últimos escalones de dos en dos. Pegados a él como si fueran su sombra subían ruidosamente Gorst y una docena de sus Caballeros. Pasó imperiosamente al lado del guardia y salió a la brillante luz del día en lo alto de la Torre de las Cadenas, muy por encima de la ciudad devastada. El Lord Mariscal Varuz se encontraba ya en el parapeto, rodeado de una bandada de oficiales de su Estado Mayor. Todos miraban furiosos la amplia extensión de Adua. El viejo soldado se mantenía muy rígido, con las manos entrelazadas a la espalda, igual que solía hacer en los tiempos, ya lejanos, de las prácticas de esgrima. Lo que no recordaba Jezal, sin embargo, es que entonces le temblaran las manos. Ahora sí que le temblaban, y mucho. A su lado estaba el Juez Marovia, con su larga toga negra levemente agitada por la brisa.

—Deme el parte.

La lengua del Lord Mariscal entró y salió con nerviosismo de su boca.

—Los gurkos lanzaron un ataque antes del amanecer. Los defensores de la Muralla de Arnault se vieron arrollados. Poco después consiguieron desembarcar un contingente de hombres en los muelles. Un contingente muy nutrido. Hemos opuesto una resistencia encarnizada pero... bueno...

No hacía falta decir nada más. Al acercarse más al parapeto, Jezal tuvo ante sus ojos la vista de la maltrecha ciudad y pudo ver cómo la marea gurka fluía por la Vía Media enarbolando los minúsculos estandartes dorados de las legiones del Emperador, que flotaban sobre aquella masa humana como restos de un naufragio sobre un mar centelleante. Era como descubrir de pronto una hormiga en la alfombra y luego darse cuenta poco a poco de que en realidad había miles desparramadas por todo el salón. Jezal empezó a advertir un movimiento en alguna otra parte y luego en todas. El centro de la ciudad estaba infestado de soldados gurkos.

—Una resistencia encarnizada... con resultados desiguales —concluyó Varuz sin mucha convicción.

Abajo, unos cuantos hombres salieron a la carrera de los edificios que bordeaban la puerta occidental del Agriont y cruzaron la plaza adoquinada que había frente al foso para dirigirse hacia el puente.

—¿Gurkos? —preguntó alguien con voz chillona.

—No —masculló el Lord Mariscal—. Son de los nuestros. —Unos hombres que hacían lo posible por escapar de la carnicería que sin lugar a dudas estaba teniendo lugar entre las ruinas de la ciudad. Jezal se había enfrentado suficientes veces a la muerte como para imaginarse muy bien lo que estaban sintiendo.

—De órdenes de que se rescate a esos hombres —dijo con la voz un poco

quebrada.

—Verá, Majestad..., me temo que las puertas ya están herméticamente cerradas.

—¡Pues que las abran!

Los ojos acuosos de Varuz se volvieron nerviosos hacia Marovia.

—Eso no sería muy... sensato.

Ya había cerca de una docena en el puente y estaban gritando y haciendo aspavientos. No se alcanzaba a entender lo que decían, pero el tono de indefensión y absoluto terror era inconfundible.

—Debemos hacer algo —las manos de Jezal se aferraban al parapeto—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Ahí fuera habrá otros, muchos más!

Varuz se aclaró la garganta.

—Majestad...

—¡No! Que ensillen mi caballo y reúnan a la Escolta Regia. Me niego a...

El Juez Marovia se había desplazado a la puerta que daba a las escaleras con objeto de bloquear la salida, y ahora miraba a Jezal a la cara con una expresión triste y sosegada.

—Si se abrieran ahora las puertas se pondría en peligro a todas las personas que hay refugiadas en el Agriont. Miles de ciudadanos que esperan que vos los protejáis. Aquí podemos mantenerlos a salvo, al menos por el momento. Tenemos que mantenerlos a salvo —sus ojos se desviaron hacia las calles. Unos ojos de distintos colores, advirtió Jezal; uno azul y el otro verde—. Hemos de escoger el mal menor.

—El mal menor —Jezal volvió la vista hacia el Agriont. En las murallas se alineaban los bravos defensores de la ciudadela, dispuestos, bien lo sabía, a dar su vida por su rey, por muy indigno que fuera de ello. Se imaginó a los civiles correteando por las callejuelas en busca de refugio. Hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes, que huían de sus hogares en ruinas. Unas gentes a las que había prometido su protección. Sus ojos recorrieron los altos edificios blancos que bordeaban el verdor del parque, la espaciosa plaza de los Mariscales, la extensa Vía Regia con sus grandes estatuas. Todos esos lugares estaban llenos, lo sabía, de gentes indefensas y necesitadas. Gentes que habían tenido la mala suerte de no tener nadie mejor en quien confiar que en ese impostor sin agallas llamado Jezal dan Luthar.

La idea se le atragantaba, pero sabía que el viejo burócrata tenía razón. No podía hacer nada. Había tenido la increíble suerte de salir vivo de su espléndida carga a caballo y ya era demasiado tarde para lanzar otra. Fuera del

Agriont, los soldados gurkos empezaban a irrumpir en masa en la plaza que había enfrente de las puertas de la ciudadela. Unos cuantos echaron una rodilla a tierra, apuntaron con sus arcos y lanzaron una andanada de flechas que trazaron una parábola en el aire y cayeron en el puente. Unas figuras minúsculas se tambalearon y cayeron a las aguas del foso. Y unos gritos minúsculos ascendieron por el aire hasta lo alto de la Torre de las Cadenas.

En las murallas se oyó un tableteo y una descarga de saetas de ballesta cayó sobre las filas gurkas. Algunos hombres se desplomaron, otros titubearon un instante y luego retrocedieron, dejando unos cuantos cadáveres desperdigados por los adoquines del suelo. Corrieron a refugiarse en los edificios que bordeaban la plaza, repletos ya de hombres que avanzaban de un bloque a otro corriendo entre las sombras. Un soldado de la Unión saltó desde el puente y dio unas cuantas brazadas en el foso antes de hundirse. No volvió a salir a flote. A su espalda, los últimos defensores, abandonados a su suerte, aún se movían de un lado para otro mientras agitaban los brazos con desesperación. No era probable que la idea del mal menor les sirviera de consuelo cuando exhalaran su último aliento. Jezal cerró con fuerza los ojos y volvió la cabeza.

—¡Allí! ¡Por el este!

Varuz y unos cuantos miembros de su Estado Mayor se apiñaban en el otro extremo del parapeto, mirando en dirección a los lejanos campos que se extendían fuera de la ciudad por detrás de la silueta de la Casa del Creador. Más allá de la gran muralla del Agriont, más allá de las centelleantes aguas del río y de la amplia curva de la ciudad, Jezal creyó atisbar algo que se movía. Una amplia semicircunferencia en movimiento que marchaba lentamente hacia Adua.

Uno de los oficiales bajó el catalejo.

—¡Es la caballería! ¡La caballería de la Unión!

—¿Está seguro?

—¡El ejército!

—Llega un poco tarde a la fiesta, pero no por ello deja de ser bienvenido —musitó Varuz.

—¡Viva el Mariscal West!

—¡Estamos salvados!

Jezal no estaba de humor para ponerse a dar gritos de alegría. Tener esperanza estaba muy bien, por supuesto, y en los últimos tiempos no habían andado muy sobrados de ella, pero las celebraciones eran prematuras. Cruzó al otro lado de la torre y miró hacia abajo frunciendo el ceño.

Más y más gurkos accedían en tropel a la plaza que había frente a la

ciudadela, y esta vez venían bien preparados. Avanzaban empujando unos carros sobre los que iban montadas unas pantallas de madera lo bastante grandes para que se ocultaran detrás más de veinte gurkos. La que iba más adelantada estaba erizada de saetas de ballesta, pero aun así proseguía con su lento avance hacia el puente. Las flechas volaban en ambas direcciones. Los heridos caían y hacían lo posible para arrastrarse hacia la retaguardia. Uno de los edificios de la plaza había empezado a arder y las llamas lamían voraces los aleros del tejado.

—¡El ejército! —chilló alguien desde las almenas del lado opuesto—. ¡El mariscal West!

—El ejército, sí —dijo Marovia en medio del creciente fragor de la batalla mientras contemplaba con el ceño fruncido la carnicería que tenía lugar a los pies de la muralla—. Confiemos en que no haya llegado demasiado tarde.

El ruido de la batalla se iba filtrando a través del frescor de la mañana. Golpes, chasquidos, ecos de voces. Logen miró a izquierda y derecha y se fijó en los hombres que trotaban a su lado: la respiración acelerada y silbante, el equipo de combate cascabeleando, los gestos rudos y las armas afiladas.

No resultaba muy alentador volver a formar parte de todo eso.

La triste realidad era que Logen había sentido mayor calidez y más confianza mutua en compañía de Ferro y Jezal, de Bayaz y Quai, que ahora que estaba entre los suyos, los cuales, cada uno a su manera, formaban un grupo de gente muy difícil de tratar. No se trataba de que hubiera llegado a comprenderlos, ni siquiera podía decir que le gustara mucho cómo eran. Pero él sí que se había gustado cuando estuvo con ellos. En las desoladas tierras del occidente del Mundo había sido una persona en la que se podía confiar, el mismo tipo de persona que había sido su padre. Un hombre que no tenía una sangrienta historia echándole el aliento en el cogote, ni una reputación más negra que el infierno, ni la necesidad de estar siempre guardándose las espaldas. Un hombre que podía abrigar la esperanza de un futuro mejor.

La idea de verlos de nuevo, la posibilidad de volver a ser ese hombre le aguijoneaba y le hacía apretar el paso para tratar de llegar cuanto antes a las grises murallas de Adua. Le parecía, en ese momento al menos, que tal vez fuera posible mantener al Sanguinario al margen de todo aquello.

Pero el resto de los norteños no parecía compartir su entusiasmo. Aquello tenía más de paseo que de carga. Al alcanzar una pequeña arboleda, de la que salieron espantados unos cuantos pájaros, se pararon. Nadie dijo nada. Incluso hubo uno que se recostó en un árbol y se puso a beber agua de la

cantimplora.

Logen le miró fijamente.

—Por los muertos, no recuerdo haber visto en mi maldita vida una carga más floja que esta. ¿Qué pasa, es que os habéis dejado las agallas en el Norte?

Se levantó un murmullo y hubo alguna que otra mirada furtiva. Sombrero Rojo le miró de soslayo, encajando la lengua en el labio inferior.

—A lo mejor es eso. No me malinterpretes, jefe, o Su Augusta Majestad, o lo que sea —e inclinó la cabeza para que quedara claro que no pretendía faltarle al respeto—. He luchado mucho, y muy duro. Mi vida ha pendido siempre del filo de una espada. Es sólo que... bueno, no entiendo por qué tenemos que luchar ahora. Me parece que es eso lo que pensamos todos. Esto no es asunto nuestro, ¿no? Esta no es nuestra guerra.

El Sabueso sacudió la cabeza.

—Los de la Unión van a pensar que somos una panda de cobardes.

—¡Qué piensen lo que quieran! —gritó alguien.

Sombrero Rojo se acercó más a Logen.

—Mira, jefe, me importa un carajo que unos imbéciles piensen que soy un cobarde. He derramado demasiada sangre para que una cosa así me preocupe. Y eso mismo vale para todos nosotros.

—Hummm —gruñó Logen—. De modo que tú votas por que nos quedemos aquí, ¿no es así?

Sombrero Rojo se encogió de hombros.

—Bueno, creo que...—soltó un aullido al recibir en la cara el impacto de la frente de Logen, que le machacó la nariz como si fuera una nuez colocada en un yunque. Se pegó una buena costalada contra el barro y se quedó tirado chorreando sangre por la barbilla.

Logen se dio la vuelta y dejó que las facciones de su cara colgaran hacia un lado, como solía hacer antes. Era la cara del Sanguinario: fría, muerta, indiferente a todo. No le resultaba difícil ponerla. Le quedaba tan bien como un cómodo par de botas viejas. Su mano buscó el tacto frío de la empuñadura de la espada del Creador, y todos los hombres que tenía alrededor retrocedieron murmurando y susurrando.

—¿Algún otro quiere dar su voto?

El muchacho que estaba sentado dejó caer la cantimplora y se levantó de un salto. Logen fue mirando de uno en uno a los que ponían más mala cara, y uno por uno fueron desviando la vista hacia el suelo, hacia los árboles, hacia cualquier lugar menos hacia él. Así, hasta que miró a Escalofríos. Aquel maldito

melenudo le sostuvo la mirada. Logen entrecerró los ojos.

—¿Tú?

Escalofríos negó con la cabeza y sus cabellos dieron una sacudida delante de su cara.

—Oh no. Ahora no.

—Entonces, cuando estés listo. Cuando cualquiera de vosotros esté listo. Pero hasta entonces quiero veros trabajar. Coged las armas —gruñó.

En menos que canta un gallo, todo estaba preparado: espadas y hachas, lanzas y escudos. Los hombres iban de un lado para otro, buscando sus puestos, peleándose de súbito por ser los primeros en cargar. Haciendo gestos de dolor, Sombrero Rojo se estaba incorporando con una mano puesta encima de su cara ensangrentada. Logen bajó la vista y se le quedó mirando.

—Si crees que se te ha tratado con demasiada dureza, piensa una cosa. En otros tiempos serían tus entrañas lo que estarías sujetando.

—Sí. Lo sé —rezongó, y acto seguido se limpió la boca. Logen se quedó mirando a Sombrero Rojo, que se dirigía hacia el lugar donde estaba su gente escupiendo sangre. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: tenía una endemoniada habilidad para convertir a los amigos en enemigos.

—¿Era necesario eso? —preguntó el Sabueso.

Logen se encogió de hombros. No lo había buscado, pero ahora el jefe era él. Un desastre, sin duda, pero así estaban las cosas, y quien está al mando no puede consentir que sus hombres se pongan a hacer preguntas. Simplemente no puede consentirlo. Si lo hace, primero vendrán con preguntas y luego con cuchillos.

—No veo qué iba a hacer si no. Eso es lo que siempre se ha hecho, ¿no?

—Pensé que los tiempos habían cambiado.

—Los tiempos nunca cambian. Hay que ser realista, Sabueso.

—Claro. Aunque es una pena.

El mundo estaba lleno de cosas que eran una pena. Pero hacía mucho tiempo que Logen había renunciado a intentar enderezarlas. Desenvainó la espada del Creador y la alzó.

—¡Adelante, pues! ¡Y esta vez quiero que le echemos más ímpetu! —se puso a correr entre los árboles y oyó cómo los demás le seguían. Salieron a campo abierto y ante ellos aparecieron las murallas de Adua, un imponente acantilado de piedra gris salpicado de torres circulares. Había bastantes cadáveres desparramados por el terreno. Suficientes para que incluso un Carl curtido en mil batallas sintiera un leve escalofrío. Cadáveres gurkos en su

mayoría, a juzgar por el color de su piel, que yacían aplastados contra el barro y pisoteados por los cascos de caballos en medio de gran cantidad de pertrechos rotos.

—¡Cuidado ahora! —gritó Logen mientras corría entre ellos—. ¡Cuidado! —vio algo un poco más adelante, una barrera de estacas afiladas, de una de las cuales colgaba un caballo muerto. Detrás de las estacas vio a unos hombres moviéndose. Unos hombres provistos de arcos.

—¡Cubríos! —se oyó un zumbido y unas cuantas flechas cayeron sobre ellos. Una se alojó con un ruido seco en el escudo de Escalofríos y un par más se clavaron en el suelo alrededor de los pies de Logen. Un Carl que estaba a menos de una zancada de él recibió una en el pecho y se desplomó hacia atrás.

Logen siguió corriendo. La imagen oscilante de la barrera se le acercaba, pero no tan rápido como hubiera querido. Entre dos de las estacas vio a un tipo moreno con un peto reluciente y una pluma roja coronando un casco puntiagudo. Arengaba a un grupo que estaba detrás de él mientras agitaba en el aire una espada curva. Un oficial gurko, quizá. Un objetivo tan bueno como cualquier otro para cargar contra él. Las botas de Logen atronaban sobre la tierra removida. Otro par de flechas, disparadas sin mucha precisión, pasaron a su lado. Los ojos del oficial se abrieron espantados. Vaciló, dio un paso hacia atrás y alzó la espada.

Logen se echó hacia la izquierda, y la hoja curva se hundió en la turba junto a sus pies. Soltó un gruñido al lanzar un mandoble con la espada del Creador, y la larga hoja metálica se estrelló con estrépito contra el reluciente peto del oficial dejándole una profunda abolladura. El tipo pegó un chillido y trastabilló hacia delante doblado en dos, sin apenas poder respirar. El sable se le cayó de las manos y Logen le propinó un golpe en la nuca que le espachurró el casco y le lanzó al barro hecho un guiñapo.

Logen miró a los otros, pero ninguno de ellos se había movido. Componían un grupo bastante desarrapado, como una especie de versión de piel morena del tipo de Siervo más débil. En cualquier caso, nada que ver con los hombres implacables que había esperado encontrarse después de haber oído hablar a Ferro de los gurkos. Estaban apiñados, con las lanzas apuntando unas a un lado y otras a otro. Incluso había un par de ellos con flechas ya encajadas en los arcos que seguramente habrían podido haberle dejado como un erizo. Pero el caso es que no lo habían hecho. De todos modos, abalanzarse sobre ellos podría bastar para despertarlos. Logen sabía lo que era recibir un par de flechazos y no tenía ganas de repetir la experiencia.

Así pues, en vez de arremeter contra ellos, se irguió cuan alto era y soltó un rugido. Un grito de guerra como el que lanzó mientras cargaba cuesta abajo en Carleon muchos años atrás, cuando aún tenía todos sus dedos y conservaba

intactas todas sus esperanzas. Notó que el Sabueso llegaba a su lado, alzaba la espada y lanzaba su propia versión de un grito de guerra. Luego apareció Escalofríos bramando como un toro y golpeando el hacha contra el escudo. Después vino Sombrero Rojo, con su cara ensangrentada, y Hosco, y todos los demás vociferando como posesos.

Permanecían en pie formando una larga hilera, agitando sus armas, entrechocándolas, rugiendo, chillando y aullando a todo pulmón como si fueran una legión de demonios que saludaran la apertura de las puertas del infierno. Los morenos temblaban mientras les miraban abriendo mucho los ojos y las bocas. Logen supuso que era la primera vez que habían visto algo así.

Uno de ellos dejó caer su lanza. Tal vez no tuviera intención de hacerlo; lo más probable es que la visión y el ruido de aquellos locos melenudos le tuviera tan aterrorizado que se le hubieran abierto los dedos sin querer. Tuviera o no la intención, el caso es que el arma fue a parar al suelo, y, acto seguido, todos los demás se apresuraron a imitarlo y comenzaron a desprenderse de todo su equipo de combate. Parecía una soberana tontería seguir gritando, así que los gritos de guerra cesaron y los dos grupos de hombres se quedaron mirándose en silencio, separados por un trecho de terreno embarrado cubierto de estacas dobladas y cadáveres retorcidos.

—Qué batalla más rara —masculló Escalofríos.

El Sabueso se inclinó hacia Logen.

—¿Y ahora qué hacemos con ellos?

—No podemos quedarnos aquí sentados vigilándolos.

—Ajá —terció Hosco.

Logen se mordió el labio y se puso a darle vueltas al puño con el que sujetaba la espada mientras trataba de pensar cuál sería la mejor manera de salir de aquel embrollo. No veía ninguna —Tal vez podemos dejar que se vayan —y giró bruscamente la cabeza para señalar hacia el norte. Nadie se movió, así que volvió a probar, esta vez señalando con su espada. Cuando la levantó, los gurkos se encogieron, se pusieron a intercambiar murmullos e incluso hubo uno que se cayó al barro—. ¡Que os larguéis, venga! —y volvió a dar una estocada al aire con la espada.

Por fin uno de ellos pareció captar la idea y se apartó con cautela del grupo. Al ver que nadie lo fulminaba de un golpe, se puso a correr. Los otros no tardaron en seguirle. El Sabueso se quedó mirando cómo se largaba el último de ellos dando trompicones por el barro. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, pues que les vaya bien.

—Sí —musitó Logen—. Que les vaya bien —y luego, en voz muy baja

para que nadie pudiera oírle—: Sigo vivo, sigo vivo, sigo vivo...

Glokta atravesaba la pestilente oscuridad cojeando por una fétida pasarela de media zancada de ancho. Mientras avanzaba, retorcía la lengua sobre sus encías desnudas debido al esfuerzo que tenía que hacer para no perder el equilibrio, gesticulaba sin parar a causa del dolor de su pierna, que cada vez iba a peor, y procuraba por todos los medios no respirar por la nariz. *Cuando yacía inmovilizado en una cama a mi regreso de Gurkhul pensé que ya no podría caer más bajo. Cuando ejercí el brutal gobierno de un apestoso penal de Angland, volví a pensar lo mismo. Cuando hice que mataran salvajemente a un secretario en un matadero pensé que había tocado fondo. Qué equivocado estaba.*

Glokta marchaba en el centro de la fila que formaban Cosca y sus mercenarios. Las maldiciones, las quejas y el sonido de sus pasos resonaban de un extremo a otro del túnel abovedado y el bamboleo de la luz de los faroles proyectaba sombras oscilantes sobre la piedra húmeda. Las pútridas aguas goteaban desde el techo, caían formando hilillos por las paredes recubiertas de musgo, borbotaban en viscosos canalones y discurrían formando remolinos por el apestoso canal que tenía a su lado. Ardee iba detrás de él, con la caja del instrumental metida debajo del brazo. Había renunciado a cualquier intento de levantarse el dobladillo del vestido y el tejido estaba embadurnado de cieno. Alzó la vista, miró a Glokta a través de los mechones mojados que colgaban sobre su cara e hizo un amago de sonrisa.

—Debo reconocer que sabe usted escoger los mejores lugares para llevar a una chica.

—Por supuesto. Mi habilidad para encontrar entornos románticos es una de las razones que explican mi éxito con el sexo débil —Glokta contrajo el rostro al sentir una punzada—. A pesar de ser un monstruo tullido. ¿En qué dirección vamos ahora?

Pielargo marchaba a la cabeza, atado con una cuerda a uno de los mercenarios.

—¡Hacia el norte! Directamente hacia el norte, seguro. Estamos al lado de la Vía Media.

—Hummm. *Encima nuestro, a menos de diez zancadas, se encuentran algunos de los domicilios más elegantes de la ciudad. Los esplendorosos palacios y este río de mierda están bastante más próximos de lo que a muchos les gustaría pensar. Toda cosa bella tiene su lado oscuro, y algunos de nosotros tenemos que residir en él para que otros puedan reír a la luz del sol* —su risa desdeñosa se trocó en un grito de pánico cuando su pie mutilado resbaló sobre la escurridiza pasarela. Trató de apoyarse

en el muro con la mano que tenía libre y se le cayó el bastón, que se estrelló con estrépito contra las piedras viscosas. Ardee le sujetó del hombro antes de que se cayera y le puso derecho de un tirón. Glokta no pudo evitar que entre los huecos de su dentadura se escapara un gimoteo infantil.

—No lo está pasando muy bien, ¿verdad? —le dijo Ardee.

—He conocido tiempos mejores —se dio un coscorrón contra el muro mientras Ardee se agachaba para recogerle el bastón—. Los dos me han traicionado —se descubrió a sí mismo mascullando—. Eso duele. Incluso a mí. Uno, me lo hubiera esperado. Uno, hubiera podido asumirlo. Pero... ¿los dos? ¿Por qué?

—Porque es usted un rufián cruel, intrigante, amargado, retorcido y lleno de compasión por sí mismo —Glokta la miró fijamente, y ella se encogió de hombros—. No haber preguntado —y reemprendieron la marcha por la nauseabunda oscuridad.

—Sólo era una pregunta retórica.

—¿Retórica aquí, en una cloaca?

—¡Alto! —Cosca alzó una mano y la refunfuñante procesión volvió a detenerse. Desde arriba se filtraba un ruido, leve al principio y luego más alto: el rítmico retumbar de innumerables pisadas que, por alguna extraña razón, parecían venir de todas partes a la vez. Cosca se apretó contra la pegajosa superficie del muro. Unas franjas de luz que venían de una rejilla que tenía encima se dibujaban en su cara y la larga pluma de su sombrero estaba fláccida debido al limo que se le había ido acumulando. Se distinguieron unas voces que flotaban en medio de las tinieblas. *Voces kantic.* Cosca sonrió y señaló hacia arriba con un dedo—. Nuestros viejos amigos los gurkos. Parece que los muy cabrones no se dan por vencidos, ¿eh?

—Han avanzado muy rápido —gruñó Glokta mientras trataba de recuperar el aliento.

—Me imagino que ya no quedará mucha gente combatiendo en las calles. Se habrán retirado todos al Agriont, o se habrán rendido.

Rendirse a los gurkos. Glokta hizo una mueca de dolor al estirar la pierna. *No suele ser una buena idea, al menos no una de esas ideas que un hombre se plantea por segunda vez.*

—En tal caso, más vale que nos demos prisa. ¡Adelante, Hermano Pielargo!

El Navegante reemprendió su tambaleante marcha.

—¡Ya no queda mucho! ¡No les he guiado mal, no señor! Eso no sería propio de mí. Estamos cerca del foso, muy cerca. Si hay alguna forma de

acceder al recinto amurallado la encontraré, pueden estar seguros. Les llevaré intramuros en menos que...

—Cierre el pico y concéntrese en lo que está haciendo —le gruñó Glokta.

Uno de los operarios volcó las últimas virutas de madera sacudiendo un tonel, otro rastrilló el montón de polvo claro y la obra estuvo terminada. La totalidad de la Plaza de los Mariscales, desde el imponente muro blanco del Cuartel General del Ejército, que se encontraba a la derecha de Ferro, hasta las verjas doradas de la Rotonda de los Lores, que quedaba a su izquierda, se encontraba cubierta de serrín. Era como si de pronto hubiera caído una nevada, sólo allí, y hubiera dejado una fina sábana blanca sobre losas del pavimento. Sobre la piedra oscura y el metal reluciente.

—Bien —asintió Bayaz, que por una vez parecía sentirse extremadamente satisfecho—. ¡Muy bien!

—¿Es eso todo, milord? —le preguntó el capataz desde el achicado grupo de operarios.

—Sí. A no ser que alguno de ustedes quiera quedarse para asistir a la destrucción de las indestructibles Cien Palabras.

El capataz, confundido, miró de reojo a uno de sus compañeros.

—No, no. Creo que nos... en fin...—él y el resto de los operarios comenzaron a retroceder, llevándose consigo los toneles vacíos. Pronto se encontraban ya entre los blancos palacios que bordeaban la plaza. Ferro y Bayaz se quedaron solos en medio de la gran extensión de polvo claro.

Solo los dos, con la caja del Creador y lo que había dentro de ella.

—Bien. La trampa ya está tendida. Ahora sólo queda esperar a que llegue la presa —Bayaz trató de poner una de sus sonrisas de complicidad, pero Ferro no se dejó engañar. Veía cómo el Mago retorcía sus nudosas manos, cómo los músculos de su cabeza calva se tensaban y se destensaban. No estaba seguro de que el plan fuera a salir bien. Por muy listo, por muy sutil y muy astuto que fuera, no podía estar seguro del todo. La cosa que había en la caja, ese objeto frío y pesado que Ferro tanto ansiaba tocar, era una incógnita. El único precedente que se tenía de su uso se encontraba muy lejos de allí, en las desoladas tierras del Viejo Imperio: las inmensas ruinas de la ciudad de Aulcus.

Ferro torció el gesto y aflojó la espada dentro de la vaina.

—Si vienen, eso no te servirá de mucho.

—Nunca se tienen suficientes cuchillos —le respondió con un gruñido—.

¿Cómo sabe que vendrán por aquí?

—¿Por dónde iban a venir si no? Vendrán por donde esté yo. Es a mí a quien buscan —Bayaz tomó aire por la nariz y lo expulsó—. Y yo estoy aquí.

Sacrificios

El Sabueso entró apretujado por la puerta junto con muchos otros, algunos norteños y un montón de muchachos de la Unión, que accedían a la ciudad en tropel tras el simulacro de batalla que había tenido lugar fuera. Por encima del arco de entrada, desperdigados por la muralla, había unas cuantas gentes aplaudiendo y vitoreando como si asistieran a una boda. Un tipo gordo con un delantal de cuero esperaba de pie al otro lado del pasadizo, con varias personas que aplaudían a su espalda.

—¡Gracias, amigo, gracias! —y le metió al Sabueso algo en la mano sin dejar de reírse como un loco en ningún momento. Una hogaza de pan.

—¡Pan! —el Sabueso lo olfateó. No olía mal—. ¿A qué rayos ha venido eso? —el hombre llevaba un montón de hogazas en un carro y se las iba entregando a todos los soldados que pasaban, ya fueran norteños o de la Unión—. ¿Quién será?

Hosco se encogió de hombros.

—¿Un panadero?

No tenían mucho tiempo para pensar en ello. Les estaban llevando a base de empellones a un gran espacio lleno de hombres que empujaban, gruñían y armaban un buen follón. Toda clase de soldados, con algunos ancianos y algunas mujeres a los lados, que ya empezaban a cansarse de vitorear. En medio de toda aquella lo cura, había un joven atildado, con un uniforme negro, que estaba subido a un carro y chillaba como una cabra.

—¡El Octavo Regimiento a las Cuatro Esquinas! ¡El Noveno al Agriont! ¡Si sois del Décimo, os habéis equivocado de puerta!

—¡Creí que íbamos a los muelles, comandante!

—¡La división de Poulder se encarga de los muelles! ¡Nosotros vamos al norte de la ciudad! ¡Octavo Regimiento a las Cuatro Esquinas!

—¡Yo soy del Cuarto!

—¿Del Cuarto? ¿Dónde está tu caballo?

—¡Muerto!

—¿Y nosotros? —rugió Logen—. ¡Los norteños!

El joven le miró con los ojos muy abiertos y levantó los brazos.

—¡Entrad ahí! ¡Y a todos los gurkos que veáis, los matáis! —se volvió hacia la puerta señalando la ciudad con el dedo pulgar—. ¡Noveno Regimiento al Agriont!

Logen frunció el ceño.

—Esto es de locos —dijo, y luego señaló una calle ancha por la que caminaba un montón de soldados. Una torre muy alta se destacaba sobre los edificios. Una mole enorme que debía de estar construida sobre una colina—. Si nos separamos, nos reunimos allí —echó a correr hacia la calle, y el Sabueso le siguió. Detrás de él iba Hosco, luego Escalofríos con sus muchachos y, algo más atrás, Sombrero Rojo con los suyos. Poco a poco las masas fueron desapareciendo y se encontraron marchando por unas calles vacías donde lo único que se oía eran los alegres chillidos de los pájaros, a los que no parecía importarles que acabara de tener lugar una batalla, y menos aún que se estuviera preparando otra.

Tampoco el Sabueso parecía estar pensando mucho en ello, por mucho que llevara el arco colgando de la mano. Estaba muy ocupado contemplando las casas que había a uno y otro lado de la calle. Unas casas como no las había visto en toda su vida. Hechas con cuadraditos de piedra roja y maderos negros con una capa de estuco blanco. Cada una de ellas era lo bastante grande para alojar cómodamente a un jefe de clan, y encima tenían ventanas con cristales.

—Joder, vaya palacios, ¿eh?

Logen soltó un resoplido.

—¿Te impresiona esto? Pues ya verás cuando lleguemos al Agriont ese, que es adonde vamos. Ahí sí que hay unos señores edificios. Ni en sueños te los has imaginado. Carleon, a su lado, es una pocilga.

Al Sabueso siempre le había parecido que Carleon estaba demasiado edificado. Pero lo de aquel lugar rozaba ya lo ridículo. Se retrasó un poco y se descubrió caminando al lado de Escalofríos. Partió el pan y le dio la mitad.

—Gracias —Escalofríos le pegó un mordisco y luego otro—. No está mal.

—No hay nada comparable, ¿verdad? ¿El sabor del pan recién hecho? Sabe a... a paz, creo yo.

—Si tú lo dices —masticaron un rato sin decir nada. De pronto, el Sabueso le miró de soslayo.

—Creo que deberías dejar atrás esa vieja querella.

—¿De qué querella hablas?

—Tampoco tendrás tantas, ¿no? Hablo de la que tienes con ése de ahí delante. Con nuestro nuevo rey. Con Nuevededos.

—No creas que no lo he intentado —Escalofríos miró con gesto torvo la espalda de Logen—. Pero cada vez que me doy la vuelta, me la encuentro otra vez ahí, a mi lado.

—Escalofríos, eres un buen hombre. Me caes bien. Tienes agallas, y también cerebro. Los hombres te siguen. Puedes llegar muy lejos si no te haces matar, y ese es el problema. No quiero verle empezar algo a lo que no puedas dar un buen final.

—No te preocupes. Todo lo que empiezo, lo acabo.

El Sabueso sacudió la cabeza.

—No, no, muchacho, no he querido decir eso, en absoluto. La cosa te puede salir bien o te puede salir mal. Pero lo que quiero decir es que en ninguno de los dos casos habrás salido victorioso. La sangre pide más sangre, siempre es así. Lo que quiero decir es que tú todavía estás a tiempo. Todavía estás a tiempo de tener algo mejor.

Escalofríos le miró malhumorado. Luego tiró al suelo lo que quedaba del pan, se dio la vuelta y se fue sin decir una palabra. El Sabueso suspiró. Hay cosas que no se pueden arreglar hablando. Y hay cosas que, sencillamente, no tienen arreglo.

Salieron del laberinto de edificios y llegaron a un río. Debía ser tan ancho como el Torrente Blanco, sólo que las orillas de éste estaban hechas de piedra. Lo cruzaba un puente, el más grande que el Sabueso había visto en su vida, con unas barandillas de hierro retorcido a los bordes y una anchura suficiente para que cupieran dos carros uno al lado del otro. Al fondo había otra muralla, todavía mayor que la que habían atravesado antes. El Sabueso se adelantó un par de pasos con los ojos muy abiertos, miró a un lado y a otro de las aguas brillantes y vio que había más puentes. Muchos más, y entre ellos algunos más grandes, que salían de un enorme bosque de murallas, torres y altísimos edificios.

Mucha gente del grupo contemplaba también todo aquello con los ojos muy abiertos, como si estuvieran visitando la luna. Hasta Hosco tenía un gesto en la cara que tal vez expresara sorpresa.

—¡Qué diablos! —dijo Escalofríos—. ¿Habíais visto alguna vez una cosa así?

Al Sabueso le dolía el cuello de tanto moverlo de un lado para otro.

—Con lo que tienen aquí, ¿para qué quieren Angland? Eso es un pozo de

mierda.

Logen se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que hay hombres que siempre quieren más.

—Hay hombres que siempre quieren más, ¿eh, hermano Pielargo?

Glokta sacudió la cabeza con un gesto de desaprobación.

—Le he perdonado su otro pie. Le he perdonado la vida. ¿Y ahora quiere la libertad?

—Superior, con su permiso —dijo el Navegante en tono servil—, usted se comprometió a soltarme... y yo ya he cumplido mi parte del trato. Esa puerta debe dar a la plaza que hay al lado del Pabellón de los Interrogatorios...

—Ya veremos.

Un último golpe del hacha, y la puerta giró estremecida sobre sus bisagras oxidadas, dejando entrar un chorro de luz en el estrecho sótano. El mercenario del cuello tatuado se echó a un lado y Glokta se acercó cojeando y se asomó afuera. *Ah, el aire libre. Un regalo que solemos dar por descontado.* Unos escalones estrechos conducían a un patio empedrado que rodeaban los sucios muros traseros de unos edificios de color gris. Glokta lo conocía. *Justo aliado del Pabellón de los Interrogatorios, como se me prometió,* —Superior —murmuró Pielargo.

Glokta frunció el labio. *¿Qué tiene de malo? Lo más probable es que ninguno de los dos sobrevivamos al día de hoy, y los muertos se pueden permitir ser misericordiosos. En realidad, son los únicos que pueden.*

—Muy bien. Suéltele —el mercenario tuerto sacó un largo cuchillo y serró la cuerda que ataba las muñecas de Pielargo—. Creo que sería preferible que no nos volviéramos a ver.

El Navegante esbozó un mínimo atisbo de sonrisa.

—Descuide, Superior. Lo mismo estaba pensando yo en este preciso momento —retrocedió con paso renqueante por donde habían venido, bajó los húmedos escalones que conducían a las cloacas, dobló una esquina y desapareció.

—Dígame que ha traído las cosas —dijo Glokta.

—No soy persona de fiar, Superior, pero tampoco un incompetente —Cosca hizo una seña con la mano a los mercenarios—. Es la hora, amigos. A ponerse de negro.

Como un solo hombre, sacaron unas máscaras negras y se las abrocharon. Acto seguido, se quitaron sus harapientos abrigos y sus ropas desgarradas. Debajo de ellas, todos vestían de negro de la cabeza a los pies y llevaban las armas bien guardadas. En un momento, un grupo de viles criminales se había transformado en una disciplinada unidad de Practicantes de la Inquisición de Su Majestad. *No es que haya mucha diferencia entre unos y otros.*

Cosca se quitó la chaqueta, la volvió del revés y se la puso de nuevo. El forro era tan negro como la noche.

—Siempre es prudente poder elegir entre dos colores —explicó—. Por si uno tuviera que cambiar de bando de repente. *La perfecta definición de un* chaquetero —se quitó el gorro que llevaba y dio un papirotazo a la mugrienta pluma—. ¿Me lo puedo quedar?

—No.

—Qué duro es usted, Superior —se echó a reír mientras tiraba el gorro a las sombras—. Pero me encanta que sea así —se puso su máscara y después miró a Ardee, que, confusa y agotada, estaba apoyada en un rincón del almacén—. ¿Y ella qué?

—¿Ella? Es una prisionera, Practicante Cosca. Una espía de los gurkos. Su Eminencia ha expresado su deseo de interrogarla personalmente.

Ardee le miró pestañeando.

—Es fácil. Finja estar asustada.

Ardee tragó saliva.

—No creo que eso sea un problema.

¿Deambular por el Pabellón de los Interrogatorios, con objeto de apresar al Archilector? Pues claro que no. Glokta chasqueó los dedos.

—Hay que darse prisa.

—Hay que darse prisa —dijo West—. ¿Hemos despejado ya los muelles? ¿Dónde demonios se ha metido Poulder?

—Nadie parece saberlo, señor —Brint trató de hacer avanzar a su caballo, pero estaban atrapados en medio de una airada multitud. Las lanzas ondeaban y sus puntas pasaban amenazadoramente cerca de ellos. Los soldados maldecían. Los sargentos bramaban. Los oficiales cloqueaban como gallinas frustradas. Costaba trabajo imaginar un terreno más difícil para hacer maniobrar a un ejército de miles de hombres que las callejas de detrás de los muelles. Y para colmo de males, ahora había un constante desfile de heridos

que cojeaban o eran conducidos en dirección opuesta.

—¡Abran paso al Lord Mariscal! —rugió Pike—. ¡Abran paso! —levantó la espada como si estuviera más que dispuesto a ponerse a repartir golpes con la cara de la hoja, y los hombres se apresuraron a apartarse, abriendo una especie de valle en medio de aquel bosque de lanzas. Un jinete surgió de pronto de la muchedumbre y cabalgó ruidosamente hacia ellos. Era Jalenhorm, y tenía una herida abierta en la frente.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada. Me di un golpe con un maldito madero.

—¿Algún progreso?

—Los estamos obligando a retroceder hacia la parte occidental de la ciudad. Por lo que sé, la caballería de Kroy ha llegado a las Cuatro Esquinas, pero los gurkos tienen sitiado el Agriont y se están reagrupando para contraatacar por el oeste. Muchos de los soldados de infantería de Kroy siguen atrapados en las calles de la otra orilla del río. Si no les hacemos llegar refuerzos pronto...

—Tengo que hablar con el General Poulder —le interrumpió West—. ¿Dónde demonios está ese maldito Poulder? ¿Brint?

—¿Señor?

—¡Llévese a un par de hombres y traiga aquí a Poulder ahora mismo! —agitó un dedo en el aire—. ¡En persona!

—Sí, señor —Brint hizo lo posible para conseguir que el caballo se diera la vuelta.

—¿Y en el mar, qué? ¿Qué hace Reutzer?

—Por lo que sé, ya ha entablado combate con la flota gurka, pero no tengo ni idea de... —el olor a sal podrida y a madera quemada se intensificó cuando salieron de la zona edificada y accedieron al puerto—. ¡Me cago en la...!

La elegante curva que dibujaban los muelles de Adua era el escenario de una auténtica carnicería. Muy cerca de ellos, el embarcadero era una superficie negra y devastada por la que se desperdigaban gran cantidad de pertrechos y cadáveres destrozados. Un poco más lejos, grandes masas de hombres combatían en desorganizados grupos erizados de picas que apuntaban en todas direcciones, como las púas de un puercoespín, llenando el aire con su fragor. Las banderas de combate de la Unión y los estandartes gurkos se agitaban como espantapájaros al viento. La épica batalla cubría casi todo el espacio que abarcaba la línea de la costa. Había varios almacenes en llamas de los que se desprendía una neblina reverberante y calurosa que confería una apariencia espectral a los cientos de hombres que luchaban tras ellos. Enormes manchas de

un sofocante humo negro, gris y blanco emanaban de los edificios y se extendían hacia la bahía. Y allí, en las agitadas aguas del puerto, gran cantidad de navíos entablaban su particular y desesperado combate.

Las naves surcaban a toda vela las aguas, arrojando al aire nubes de espuma, mientras maniobraban y viraban a uno y otro lado. Las catapultas lanzaban proyectiles incendiarios, los arqueros disparaban flechas en llamas desde cubierta, los marineros trepaban por la telaraña de jarcias. Otros barcos estaban enganchados mediante garfios y cabos formando desmañadas parejas, como perros de pelea que se lanzaran dentelladas. Los rayos del sol mostraban sus cubiertas repletas de hombres enzarzados en un tumultuoso combate. Los buques heridos de muerte navegaban a la deriva, con las velas desgarradas y los aparejos colgando. Algunos ardían y enviaban hacia el cielo columnas de humo que convertían el sol bajo del atardecer en un borrón sucio.

En el agua espumeante flotaban toneles, cajones, trozos de madera y marineros muertos.

West reconocía los barcos de la Unión, con sus velas bordadas con el sol dorado, y se podía imaginar cuáles eran las naves gurkas. Pero también había otros: unos navíos alargados y esbeltos, unos auténticos depredadores de casco negro y velas blancas, cada uno de los cuales llevaba una cruz negra. Uno en concreto descollaba por encima de todos los demás bajeles que había en el puerto, y en ese preciso momento estaba amarrando en uno de los pocos embarcaderos que seguían intactos.

—De Talins nunca llega nada bueno —mascülló Pike.

—¿Qué demonios hacen aquí unos barcos de Estiria?

El antiguo prisionero señaló a uno que en aquel momento estaba embistiendo en un costado a una nave gurka.

—Por lo que parece, luchan contra los gurkos.

—Señor —preguntó alguien—, ¿qué hacemos?

La eterna pregunta. West abrió la boca, pero de ella no salió nada. ¿Cómo podía nadie ejercer el más mínimo control sobre aquel monumental caos que tenía ante los ojos? Se acordó de Varuz en el desierto, avanzando seguido de su nutrido Estado Mayor. Se acordó de Burr, estudiando sus mapas y moviendo el dedo índice. La mayor responsabilidad del que manda no es mandar, sino dar la impresión de que sabe hacerlo. Pasó su dolorida pierna sobre la silla de montar y se deslizó sobre los pegajosos adoquines del suelo.

—Instalaremos aquí nuestro cuartel general, por el momento. ¿Comandante Jalenhorm?

—¿Señor?

—Busque al General Kroy y dígale que siga presionando por el norte y el oeste hacia el Agriont.

—Sí, señor.

—Que alguien reúna a unos cuantos hombres y que empiecen a retirar de los muelles toda esta basura. Los nuestros tienen que poder avanzar lo más rápido posible.

—Sí, señor.

—¡Y que alguien encuentre al General Poulder, maldita sea! ¡Todo el mundo tiene que cumplir con su obligación!

—¿Y ahora qué es esto? —gruñó Pike.

Una extraña procesión avanzaba hacia ellos por los embarcaderos devastados. Estaba tan fuera de lugar en medio de aquellas ruinas que casi parecía formar parte de un sueño. Una docena de escoltas con armaduras negras flanqueaban a un único hombre. Tenía el cabello negro, entreverado con algunas canas, y lucía una barba puntiaguda y perfectamente cuidada. Llevaba botas negras, una coraza estriada de acero negro y una capa de terciopelo negro que colgaba majestuosa de uno de sus hombros. Vestía, en suma, como podría hacerlo el sepulturero más rico del mundo. Sin embargo, su forma de caminar mostraba ese envarado engreimiento que es prerrogativa exclusiva de los miembros de la más alta realeza. Avanzaba directamente hacia West, con la vista clavada al frente, mientras los atónitos escoltas y los miembros del Estado Mayor, impresionados por su porte dominante, se apartaban de forma espontánea como limaduras de hierro separadas por un efecto de repulsión magnética.

Al llegar a su altura, extendió una mano revestida con un guantelete negro.

—Soy el Gran Duque Orso de Talins.

Quizá esperara que West se arrodillara y la besara la mano. Pero, en lugar de eso, lo que hizo fue agarrarla con la suya y estrecharla con fuerza.

—Excelencia, es un honor —no tenía la menor idea de si aquel era el tratamiento que debía darle. Lo último que se esperaba era encontrarse con uno de los hombres más poderosos del mundo en medio de una sangrienta batalla en los muelles de Adua—. Yo soy el Lord Mariscal West, jefe supremo del ejército de Su Majestad. No quisiera pareceros desagradecido, pero estáis muy lejos de vuestra tierra y...

—Mi hija es vuestra Reina. El pueblo de Talins está dispuesto a hacer cualquier sacrificio por ella. En cuanto supe de los... —enarcó una ceja negra y contempló el puerto incendiado— ...disturbios que había por aquí, preparé una

expedición. Los barcos de mi flota, así como diez mil de mis mejores hombres, están a vuestra disposición. —West no sabía muy bien cómo reaccionar—. Me he tomado la libertad de desembarcarlos. En este momento están desalojando a los gurkos del distrito sudoeste de la ciudad. Las Tres Granjas creo que se llama, ¿no?

—Mmm... Sí.

El Duque Orso esbozó una minúscula sonrisa.

—Pintoresco nombre para una zona urbana. Bien, ya no tenéis que preocuparos por vuestro flanco occidental. Os deseo el mayor de los éxitos en vuestro esfuerzo, Lord Mariscal. Si el destino así lo dispone, nos veremos después. Victoriosos.

Y con una ceremoniosa inclinación, se alejó de allí.

West le miró con los ojos como platos. Sabía que en realidad debía estar agradecido por la repentina aparición de diez mil soldados estirios, pero no podía reprimir la desagradable sensación de que le habría hecho más feliz que el Gran Duque Orso no se hubiera presentado. Pero, por el momento, tenía preocupaciones más acuciantes.

—Lord Mariscal —era Brint, que se acercaba deprisa a la cabeza de un grupo de oficiales. Una de sus mejillas estaba tiznada de ceniza—. Lord Mariscal, el General Poulder...

—¡Ya era hora, maldita sea! —le interrumpió West—. A ver si por fin nos enteramos de algo. ¿Dónde demonios está ese cabrón? —apartó a Brint y se quedó inmóvil. Poulder yacía en una camilla sostenida por cuatro enlodados y compungidos miembros de su Estado Mayor. Tenía tal aspecto de estar plácidamente dormido que a West no le habría extrañado oírle roncar. Pero una enorme herida en el pecho hizo que de inmediato se borrara aquella ilusión.

—El General Poulder se puso al frente de la carga —dijo uno de los oficiales tragándose las lágrimas—. Un noble sacrificio...

West miró hacia abajo. ¿Cuántas veces había deseado la muerte de ese hombre? Se llevó una mano a la cara al sentir una súbita náusea.

—Maldita sea —dijo en voz muy baja.

—¡Maldita sea! —bufó Glokta mientras retorcía su tembloroso tobillo sobre el último escalón, librándose por muy poco de caerse de bruces al suelo. Un huesudo Inquisidor que llegaba en sentido contrario se le quedó mirando—. ¿Algún problema? —le gruñó. El hombre bajó la cabeza y se apresuró a alejarse

sin decir una palabra.

Golpe, toque y dolor. El mortecino pasillo se deslizaba a su lado con angustiosa lentitud. Aunque cada paso era un tormento para él, se obligaba a seguir andando. Las piernas le ardían, el pie le palpitaba, el cuello le martirizaba y por debajo de la ropa el sudor le chorreaba por su espalda contrahecha, pero en su cara mantenía en todo momento un desdentado rictus de despreocupación. Con cada punzada, con cada espasmo, esperaba ver aparecer por las puertas una turba de Practicantes que al instante le despedazarían a él y a sus mal disimulados mercenarios como a cebones.

Pero las pocas personas con las que se cruzaron parecían tan nerviosas que apenas si alzaron la vista al pasar junto a ellos. *El miedo ha hecho que se vuelvan descuidados. El mundo se tambalea al borde del precipicio. Nadie se atreve a dar un paso por miedo a que su pie se encuentre con el vacío. El instinto de conservación. Algo que puede destruir la eficacia de cualquiera.*

Cruzó las puertas abiertas y pasó a la antesala contigua al despacho del Archilector. La cabeza del secretario se alzó indignada.

—¡Superior Glokta! No puede usted... —se le atropellaron las palabras cuando los mercenarios comenzaron a entrar en la estrecha habitación—. Quiero decir... que... usted no puede...

—¡Silencio! Cumplo órdenes estrictas del Rey. *Bueno, todo el mundo miente. La diferencia entre un héroe y un villano es si alguien le cree.* ¡Apartaos o ateneos a las consecuencias! —ordenó a los dos Practicantes que flanqueaban la puerta.

Se miraron el uno al otro y, después, según fueron apareciendo más hombres de Cosca, levantaron las manos y se dejaron desarmar. *El instinto de conservación. Decididamente una desventaja.*

Glokta se detuvo ante la puerta. *Estoy donde tantas veces me he encogido ante Su Eminencia.* Tocó la madera y sintió un hormigueo en los dedos *¿Es posible que sea tan fácil? ¿Se viene tranquilamente aquí a plena luz del día, se arresta al hombre más poderoso de la Unión y ya está?*

Tuvo que contener una sonrisilla de suficiencia. *Lástima que no se me ocurriera antes.* Hizo girar el pomo de la puerta y cruzó el umbral.

El despacho de Sult estaba igual que siempre. Los ventanales con vistas a la Universidad, la gran mesa redonda con su enjoyado mapa de la Unión, las sillas recargadas y los adustos retratos. Pero no era Sult quien estaba sentado en un sillón. Era ni más ni menos que su perro faldero favorito, el Superior Goyle. *Probando el tamaño del gran asiento, ¿eh? Me temo que te viene grande.*

La primera reacción de Goyle fue de indignación. *¿Cómo se atreve nadie a entrar aquí de esa manera?* La segunda fue de desconcierto. *¿Quién puede atreverse*

a entrar aquí de esa manera? La tercera fue de conmoción. *¿El tullido? ¿Pero cómo? La* cuarta, al ver que detrás de Glokta entraban Cosca y cuatro de sus hombres, fue de horror. *Bueno, esto ya empieza a funcionar. .*

—¡Usted! —bufó—. ¡Pero si le habían...!

—¿Descuartizado? Cambio de planes, lo siento. ¿Y Sult?

Los ojos de Goyle se fijaron en el mercenario enano, el que tenía un brazo acabado en un garfio, luego en el de los forúnculos repulsivos y finalmente en Cosca, que andaba contoneándose por el borde de la sala con la mano apoyada en el mango de su espada.

—¡Le pagaré! ¡El doble de lo que vaya a pagar él!

Cosca le tendió una mano abierta.

—Yo prefiero el dinero al contado.

—¿Ahora? No lo tengo... ¡No tengo dinero encima!

—Es una lástima, porque yo trabajo con los mismos criterios que una prostituta. Con promesas no vas a comprar diversión, amigo. Ninguna diversión.

—¡Espere! —Goyle se levantó tambaleándose y dio un paso atrás mientras extendía sus manos temblorosas. *No tienes otra salida que la ventana. Eso es lo malo de la ambición. Cundo siempre estás mirando hacia arriba, se olvida fácilmente que la única manera de bajar de las alturas es con una larga caída.*

—Siéntese, Goyle —ordenó Glokta.

Cosca le agarró por la muñeca, le retorció salvajemente el brazo a la espalda hasta que le hizo soltar un chillido y luego le volvió a sentar en la silla, le echó la otra mano a la nuca y le estrelló la cabeza contra el hermoso mapa de la Unión. La nariz se rompió con un crujido seco y la sangre se extendió por la parte occidental de Midderland.

Nada sutil, pero el tiempo de las sutilezas ha quedado atrás. La confesión del Archilector o de alguien próximo a él. Hubiera sido preferible la de Sult, pero ya que no tenemos al cerebro, habrá que contentarse con el tonto del culo.

—¿Dónde está la chica con mis instrumentos? —Ardee entró cautelosamente en la habitación, se acercó despacio a la mesa y depositó la caja encima.

Glokta dio un papirotazo con los dedos e hizo una indicación. El mercenario gordo se acercó, agarró con fuerza el brazo libre de Goyle y lo arrastró por la superficie de la mesa.

—Supongo que se cree todo un experto en materia de torturas, ¿eh, Goyle? Pero, créame, en realidad no se sabe nada hasta que se pasa algún

tiempo a los dos lados de la mesa.

—¡Maldito loco cabrón! —el Superior se retorció, manchando con la cara toda la superficie de la Unión—. ¡Ha traspasado la línea!

—¿La línea? —Glokta se partió de risa—. ¿Me he pasado la noche cortando los dedos a uno de mis amigos y matando a otro, y usted se atreve a hablarme de *líneas?*—abrió la tapa de la caja y los instrumentos quedaron a la vista—. La única línea que existe es la que separa a los fuertes de los débiles. Al hombre que hace las preguntas del hombre que las contesta. No hay otras líneas —se inclinó y presionó con un dedo sobre el cráneo de Goyle—. Todo eso sólo está en su cabeza. Las esposas, por favor.

—¿Eh? —Cosca miró al mercenario gordo, que se encogió de hombros haciendo que los tatuajes azules de su cuello se contorsionaran.

—Pufff —soltó el enano. El de los forúnculos guardó silencio. El manco se había bajado la máscara y estaba muy ocupado limpiándose la nariz con la punta del garfio. Glokta arqueó la espalda y suspiró. *Desde luego, no es fácil encontrar sustitutos para los buenos especialistas.*

—Entonces vamos a tener que improvisar —sacó una docena de clavos largos y los esparció ruidosamente por encima de la mesa. Luego sacó el martillo, cuya cabeza estaba tan pulida que relucía—. Supongo que se dará cuenta de adónde va a parar todo esto.

—No. ¡No! Podemos buscar una solución... —Glokta colocó la punta de un clavo sobre la muñeca de Goyle—. ¡Aaah! ¡Espera! ¡Espera!

—¿Tiene la bondad de sujetarme esto? No tengo más que una mano libre.

Cosca cogió delicadamente el clavo entre el índice y el pulgar.

—Cuidado con dónde apunta con el martillo, ¿eh?

—No se preocupe. Soy muy preciso. *Tengo mucha práctica.*

—¡Espere! —chilló Goyle.

El martillo produjo tres leves ruidos metálicos, de una sonoridad tan escasa que resultaba casi decepcionante, y el clavo atravesó los huesos del antebrazo y se hundió en la madera. Goyle aulló de dolor y escupió sangre sobre la mesa.

—Vamos, vamos, Superior, comparado con lo que les hacía usted a los prisioneros en Angland esto es cosa de niños. Procure calmarse. Si grita así ahora, no le va a quedar nada para luego —el mercenario gordo cogió con sus rechonchas manos la muñeca de Goyle y la arrastró por encima del mapa de la Unión.

—¿Otro clavo? —preguntó Cosca levantando una ceja.

—Ah, ya le va cogiendo el tranquillo.

—¡Espere! ¡Aaay! ¡Espere!

—¿Por qué? Esto es casi lo más divertido que hago desde hace seis años. No me escatime mis buenos momentos. Tengo muy pocos —Glokta levantó el martillo.

—¡Espere!

Clic.

Goyle volvió a bramar de dolor. Clic. Y otra vez. Clic. El clavo atravesó el brazo y el que fuera el azote de las colonias penales de Angland quedó clavado a la mesa con los brazos abiertos. *Supongo que a esto es a lo que conduce la ambición cuando no se tiene talento. Enseñar a alguien a ser humilde es mucho más sencillo de lo que parece. Lo único que hace falta para desinflar nuestra arrogancia son uno o dos clavos en el lugar adecuado.* La respiración de Goyle silbó por entre sus dientes manchados de sangre mientras sus dedos se hincaban en la madera. Glokta movió la cabeza con desaprobación.

—Yo que usted dejaría de removerme. Con eso sólo conseguirá desgarrarse la carne.

—¡Va a pagar por esto, maldito tullido cabrón! ¡Puede estar seguro!

—Oh, yo ya he pagado —Glokta trazó un pausado círculo con el cuello intentando que sus quejosos músculos se le aflojaran al menos durante una fracción de segundo—. Estuve, no recuerdo bien cuánto tiempo, pero calculo que varios meses, en una celda más pequeña que una cómoda. Demasiado pequeña para estar de pie e incluso para sentarse derecho. Cada postura posible significaba agonizar de dolor. Cientos de interminables horas envuelto en tinieblas con un calor sofocante. De rodillas sobre el repugnante estiércol de mi propia mierda, retorciéndome, contorsionándome, intentando coger un poco de aire para respirar. Mendigando un agua que mis carceleros dejaban caer gota a gota por una rejilla abierta en el techo. Algunas veces meaban por allí y yo les estaba agradecido. Nunca he podido ponerme derecho desde entonces. La verdad, no sé cómo no perdí la razón.

—Glokta lo pensó un momento y luego se encogió de hombros. —Quizá la perdiera. Sea como sea, esos fueron mis sacrificios. ¿Qué está usted dispuesto a sacrificar, sólo por guardar los secretos de Sult?

No hubo más respuesta que el ruido de la sangre que corría por debajo de los antebrazos de Goyle, alrededor de la piedra brillante que señalaba el Pabellón de los Interrogatorios de la ciudad de Keln.

—Hummm —Glokta sujetó con fuerza el bastón y se inclinó para

susurrarle a Goyle al oído—. Entre los huevos y el ano hay un trocito de carne. No se puede ver, a menos que uno sea un contorsionista o sienta una afición enfermiza por los espejos. Ya sabe a qué trocito me refiero. Los hombres se pasan horas pensando en lo que tienen delante y casi las mismas horas pensando en lo que tienen detrás. ¿Pero a ese pedacito de carne? Ni caso. Lo cual es una injusticia —cogió unos cuantos clavos y los hizo tintinear suavemente ante la cara de Goyle—. Hoy voy a acabar con esa injusticia. Empezaré por ahí y luego seguiré hacia afuera, y créame, cuando termine se pasará el resto de sus días pensando en ese trocito de carne. O, por lo menos, en el lugar en donde solía estar antes. Practicante Cosca, ¿tiene la bondad de ayudar al Superior a salir de sus pantalones?

—¡En la Universidad! —bramó Goyle. Las abundantes entradas de su cabeza estaban bañadas de sudor—. ¡Sult está en la Universidad!

¿Tan pronto? Casi decepcionante. Pero muy pocos matones aguantan bien una paliza.

—¿Qué hace allí a estas horas?

—Esto... No lo...

—No es suficiente. Los pantalones, por favor.

—¡Silber! ¡Está con Silber!

Glokta arrugó la frente.

—¿El Administrador de la Universidad?

Los ojos de Goyle pasaron de Glokta a Cosca y de nuevo volvieron a Glokta. Luego los cerró con fuerza.

—¡El Adepto Demoníaco!

Se produjo un momento de silencio.

—¿El qué?

—¡Silber no se limita a administrar la Universidad! También hace... experimentos.

—Dígame qué clase de experimentos —Glokta pinchó la cara ensangrentada de Goyle con la cabeza del martillo—. ¿O prefiere que le clave la lengua a la mesa?

—¡Experimentos ocultos! ¡Sult lleva mucho tiempo dándole dinero! ¡Desde que llegó el Primero de los Magos! ¡Puede que antes!

¿Experimentos ocultos? ¿Financiados por el Archilector? No me suena al estilo de Sult, pero así se explica por qué esos malditos Adeptos esperaban obtener dinero de mí la primera vez que fui a verlos. Y por qué Vitari y su circo se han instalado allí

ahora.

—¿Qué experimentos?

—¡Silber... puede ponerse en contacto... con el Otro Lado!

—¿Qué?

—¡Es verdad! ¡Yo mismo lo he visto! Ha aprendido unas cosas, unos secretos, que no se pueden llegar a conocer de otra manera, y ahora...

—¿Sí?

—Dice que ha encontrado una forma de hacerlos venir —¿A quién?

—¡A los Desveladores de Secretos, así es como él los llama!

Glokta se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Demonios? *Creí que a Su Eminencia le irritaban las supersticiones y resulta que durante todo este tiempo... ¡Hace falta desfachatez!*

—Dice que los puede mandar contra sus enemigos. ¡Contra los enemigos del Archilector! ¡Y están dispuestos a hacerlo!

Glokta sintió una palpitación en el ojo izquierdo y lo presionó con el dorso de la mano. *Hace un año me hubiera desternillado de risa y le hubiera clavado al techo. Pero ahora las cosas son distintas. Entramos en la Casa del Creador. Vimos a Shickel sonriendo mientras su cuerpo se quemaba. ¿No hay Devoradores? ¿No hay Magos? Entonces, ¿por qué no va a haber demonios?*

—¿Qué enemigos?

—¡El Juez Marovia! ¡El Primero de los Magos! —Goyle cerró los ojos de nuevo—. El Rey —añadió gimoteando.

Aaaah. El Rey. Esas dos palabras pertenecen al tipo de magia que a mí me gusta. Glokta se volvió hacia Ardee y le enseñó los huecos de su dentadura.

—¿Quiere tener la amabilidad de preparar un pliego de confesión?

—¿Que si...? —miró a Glokta un momento con los ojos muy abiertos. Luego corrió a la mesa del Archilector, arrancó un trozo de papel y una pluma y la metió en el tintero. Hizo una pausa, con la mano temblorosa—. ¿Qué escribo?

—No sé, algo así como: «Yo, el Superior Goyle, confieso ser cómplice de una conspiración encabezada por Su Eminencia el Archilector Sult para... *¿Cómo exponerlo? ...* emplear artes diabólicas contra Su Majestad el Rey y los miembros de su Consejo Cerrado.

La punta de la pluma arañaba torpemente el papel, desperdigando pequeños borrones de tinta por su superficie. Ardee se lo entregó.

—¿Está bien?

Glokta recordó los inmaculados documentos que extendía el Practicante Frost. La elegante y fluida escritura, la fraseología perfecta. *Cada pliego de confesión, una obra de arte.* Contempló tristemente los garabatos contenidos en el papel plagado de manchas de tinta que tenía en la mano.

—A un solo escalón de ser ilegible, pero valdrá —deslizó el documento bajo la mano temblorosa de Goyle, quitó la pluma a Ardee y se la metió entre los dedos—. Firme.

Goyle gimió, sorbió por la nariz y garabateó como pudo su nombre al pie, con el brazo clavado a la mesa. *He ganado, y por una vez, el sabor que me ha quedado en la boca es casi dulce.*

—Excelente —dijo—. Sáquenle esos clavos y busquen algo parecido a una venda. Sería una lástima que muriera desangrado antes de tener la ocasión de declarar. Pero pónganle una mordaza, ya he oído bastantes gritos. Le llevaremos ante el juez.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Glgrlg...! —los gritos de Goyle se interrumpieron bruscamente cuando el mercenario de los forúnculos le metió en la boca un trapo mugriento. El enano sacó los alicates de la caja. *Hemos llegado hasta aquí y seguimos vivos. ¿Tenemos o no tenemos suerte?* Glokta se acercó renqueando a la ventana y una vez allí extendió sus doloridas piernas. Cuando salió el primer clavo del brazo de Goyle se oyó un chillido, pero los pensamientos de Glokta estaban muy lejos. Contempló la Universidad, cuyos chapiteles se elevaban entre el humo oscuro como garras. *¿Experimentos ocultos? ¿Invocaciones y envíos de demonios?* Se lamió con amargura sus encías desnudas. *¿Qué está pasando aquí?*

—¿Qué está pasando ahí fuera?

Jezal paseaba de un lado para otro por la terraza de la Torre de las Cadenas de una forma que esperaba hiciera pensar en un tigre enjaulado, pero que probablemente se acercaba más a la de un criminal en la mañana de su muerte en la horca.

El humo había tendido un velo de hollín sobre la ciudad y era imposible distinguir lo que ocurría a una distancia que superara el medio kilómetro. Los miembros del Estado Mayor de Varuz, que se desplegaban alrededor del parapeto, gritaban de vez en cuando noticias inútiles y contradictorias. Se combatía en las Cuatro Esquinas, en la Vía Media, en todo el centro de la ciudad. Se luchaba en la tierra y en el mar. Tan pronto se perdía toda esperanza, como se creía en la inmediata liberación. Pero de una cosa no había duda. Ahí abajo, más allá del foso del Agriont, el embate de los gurkos se mantenía

incólume.

Las flechas continuaban lloviendo sobre la plaza, pero por cada gurko que caía muerto, por cada herido que era retirado apresuradamente, otros cinco salían vomitados por los edificios incendiados, como abejas de una colmena en llamas. Un enjambre de centenares de soldados rodeaba todo el perímetro del Agriont formando un anillo cada vez más poderoso de hombres y acero. Se agachaban bajo grandes pantallas de madera y lanzaban flechas contra las murallas. El retumbar de los tambores se había ido acercando poco a poco y ahora resonaba por toda la ciudad. Mirando por el catalejo, con todos sus músculos en tensión debido al esfuerzo que tenía que hacer para mantenerlo inmóvil, Jezal había advertido la presencia de unas extrañas figuras en medio de las masas gurkas.

Unas figuras altas y gráciles, que destacaban por sus armaduras de un blanco perla con rebordes dorados y que se movían entre los demás soldados, señalando, dando órdenes, dirigiendo. Cada vez con más frecuencia señalaban el puente que conducía a la puerta occidental del Agriont. Negros pensamientos comenzaban a formarse en la mente de Jezal. ¿Serían esas las Cien Palabras de Khalul? ¿Unos seres surgidos de los rincones más oscuros de la historia para llevar al Primero de los Magos ante la justicia?

—Aun sabiendo que no puede ser así, yo diría que se están preparando para un ataque.

—No hay nada que temer —graznó Varuz—. Nuestras defensas son inexpugnables —su voz temblaba y se había quebrado al pronunciar la última palabra, lo cual, por supuesto, no contribuyó precisamente a levantar los ánimos de los presentes. Hacía sólo unas semanas, nadie habría osado sugerir que el Agriont podría caer alguna vez. Pero tampoco nadie hubiera soñado que alguna vez llegaría a verse sitiado por legiones de soldados gurkos. Estaba claro que las reglas habían cambiado. De pronto, sonó un estruendo de trompetas.

—Allá abajo —murmuró alguno de los miembros del Estado Mayor.

Jezal miró a través del catalejo que le habían dejado. Arrastrándolo a través de las calles, habían sacado un carro enorme, una especie de casa de madera con ruedas, recubierta de placas metálicas. En aquel mismo momento, soldados gurkos, al mando de dos hombres con armadura blanca, la estaban cargando con toneles.

—Polvo explosivo —dijo alguien con voz tétrica.

Jezal sintió en su brazo la mano de Marovia.

—Majestad, sería conveniente que os retirarais.

—Si no estoy seguro aquí, ¿dónde cree que estaré fuera de peligro?

—El Mariscal West no tardará en liberarnos, estoy seguro. Pero, mientras tanto, el palacio es el lugar más seguro. Yo os acompaño —esbozó una sonrisa como disculpándose—. Me temo que a mi edad, de poco serviría en las murallas.

Gorst señaló las escaleras con su guantelete.

—Por aquí.

—Por aquí —gruñó Glokta cojeando por el vestíbulo todo lo rápido que le permitían sus destrozados pies. Le seguía Cosca. *Golpe, toque y dolor.*

En la antesala del despacho del Juez sólo quedaba un secretario, que los miraba con desaprobación por encima de unas titilantes antiparras. *Seguramente los demás se han enfundado unas armaduras poco adecuadas y están defendiendo las murallas. O, lo que es más probable, se han encerrado con llave en sus sótanos. Ojalá estuviera yo con ellos.*

—Me temo que Su Señoría está ocupado.

—Oh, no se preocupe, a mí me recibirá —Glokta siguió andando sin detenerse, puso la mano sobre el picaporte de la puerta y, sorprendido, la retiró. El metal estaba helado. *Más frío que el infierno.* Lo hizo girar con las puntas de los dedos y abrió una rendija. Una oleada de vapor blanco se introdujo en la antesala como la niebla que en pleno invierno se posa sobre los valles nevados de Angland.

En la habitación contigua hacía un frío de muerte. El pesado mobiliario de madera, los viejos paneles de roble, los sucios cristales de las ventanas, todo brillaba cubierto de blanca escarcha, incluidas las pilas de documentos jurídicos. En una mesa que había junto a la puerta debía de haberse roto una botella de vino, porque ahora se veía sobre ella un bloque de hielo de color rosa en forma de botella y varios trozos de cristal centelleante.

—¿Qué demonios...? —el aliento de Glokta salió en forma de vaho de sus labios escocidos. Una serie de objetos cuya identificación resultaba bastante problemática se desparramaban por la glacial sala. Una larga y serpenteante tira de tubería negra se había quedado pegada a los paneles congelados de la pared, como una tira de salchichas abandonada en la nieve. Sobre los libros, la mesa y los papeles había pequeños parches de hielo negro. En el techo había fragmentos congelados de color rosa, en el suelo largas esquirlas blancas...

¿Restos humanos?

En el centro del escritorio, cubierto parcialmente de escarcha, yacía un voluminoso bulto de carne helada. Glokta ladeó la cabeza para distinguirlo

mejor. Tenía una boca, que conservaba aún algunos dientes, una oreja, un ojo. Algunos mechones de barba también. Lo suficiente para que Glokta supiera a quién habían pertenecido los restos que había desperdigados por la habitación. *¿A quién sino a mi última esperanza, a mi tercer pretendiente, el Juez Marovia?*

Cosca se aclaró la garganta.

—Parece que después de todo su amigo Silber tenía su parte de razón.

Me parece que ese comentario se queda diabólicamente corto. Glokta sintió que los músculos que rodeaban su ojo izquierdo latían con dolorosa intensidad. El secretario se acercó apresuradamente a la puerta que había a su espalda, echó una ojeada, pegó un gritó y salió corriendo. Glokta le oyó vomitar en la antesala.

—Dudo que el Juez nos vaya a resultar de mucha ayuda.

—Cierto. ¿Pero no cree que ya es un poco tarde para andarse con papeleos y cosas de esas? —Cosca señaló las ventanas, que estaban moteadas de sangre congelada—. Los gurkos se aproximan, acuérdese. Si tiene cuentas que saldar, hágalo ahora, antes de que nuestros amigos kantics rompan todas las facturas. Cuando fallan los planes, hay que recurrir a acciones expeditivas, ¿no le parece, Superior? —se llevó una mano a la nuca, desabrochó la máscara y la dejó caer al suelo—. ¡Es la hora de reírse en la cara del enemigo! ¡De jugárselo todo a una sola carta! Ya recogerá luego los trozos sueltos. Y si después resulta que no encajan bien, ¿qué más da? Quizá mañana todos estemos viviendo en un mundo diferente.

O muriendo. No es así como me hubiera gustado hacerlo. Pero tiene razón. Tal vez podamos tomar prestado un poco del arrojo del Coronel Glokta antes de que termine el juego.

—Espero poder seguir contando con su ayuda.

Cosca le dio una palmada en el hombro que hizo estremecer su espalda contrahecha.

—¿Un noble y desesperado intento de volver a tentar a la suerte? ¡Pues claro que sí! Aunque debo decirle que suelo cobrar el doble cuando hay artes diabólicas implicadas.

—¿Qué le parece el triple? *Al fin y al cabo, Valint y Balk tienen unos bolsillos muy profundos.*

La sonrisa de Cosca se hizo más amplia.

—Suena bien.

—¿Y sus hombres? ¿Son de confianza?

—Aún les debo las cuatro quintas partes de su paga. Hasta que las

cobren, pondría mi vida en las manos de cualquiera de ellos.

—Bien. Entonces estamos preparados —Glokta movió su pie dolorido en el interior de la bota. *Aguanta un poco más, piececillo sin dedos. Unos pocos pasos más y, de una u otra forma, tú y yo podremos descansar.* Abrió los dedos y dejó que la confesión de Goyle cayera flotando al suelo helado—. ¡A la Universidad, pues! A Su Eminencia nunca le ha gustado que le hagan esperar.

Abre la caja

Logen percibía la duda en los hombres que le rodeaban. Veía la preocupación reflejada en sus rostros, en su forma de sostener las armas. Y no le extrañaba nada. Un hombre que lucha a las puertas de su casa contra un enemigo al que comprende puede ser muy valiente, pero basta con que se le meta en un barco, se le haga cruzar un montón de millas de agua salada y se le conduzca a un lugar extraño que ni en sueños se había imaginado para que de pronto se asuste hasta de un portal vacío. Y de esos había para dar y tomar.

La ciudad de las torres blancas, la misma a la que Logen había acudido siguiendo al Primero de los Magos y que le había dejado atónito por el tamaño de los edificios, por lo distinta que era allí la gente y por la gran cantidad de lo uno y lo otro que había, no era más que un laberinto de ruinas negras. Avanzaban sigilosamente por calles vacías, flanqueadas por los esqueletos calcinados de edificios cuyas vigas carbonizadas apuntaban al cielo. Atravesaban plazas desiertas, cubiertas de escombros y espolvoreadas de ceniza. Y en todo momento se oía el eco espectral de la batalla; cercano, lejano, llegando de todas partes.

Era como si estuvieran avanzando por el infierno.

—¿Cómo se lucha en un sitio así? —preguntó el Sabueso.

A Logen le hubiera gustado poder darle una respuesta. Combatir en un bosque, en una montaña, en un valle... eso lo habían hecho multitud de veces y conocían muy bien las reglas. ¿Pero esto? Sus ojos se posaban nerviosos en los vanos vacíos de puertas y ventanas, en los montones de cascotes. Había infinidad de sitios donde se podía ocultar el enemigo.

Lo único que podía hacer era dirigirse hacia la Casa del Creador y esperar que todo fuera bien. No estaba muy seguro de lo que pasaría cuando llegaran allí, pero no le cabía duda de que iba a correr la sangre. Una sangre que a ellos no les reportaría nada; pero él había dicho «vamos», y lo último que puede hacer un jefe es cambiar de opinión.

El fragor de la batalla sonaba cada vez más alto. El hedor del humo y la ira le producía un picor en la nariz y le raspaba la garganta. El metal estriado de

la espada del Creador resbalaba en su mano sudorosa. Trepó agachado por un montón de escombros que había junto a una pared medio derruida, con la mano levantada a la espalda para indicar a los demás que fueran con cuidado. Cuando llegó al borde, se asomó.

El Agriont se erguía frente a él, con sus grandes torres y murallas recortándose sobre el cielo blanco y reflejándose en el foso.

Un gran número de hombres, que ocupaban el pavimento empedrado hasta donde alcanzaba la vista, se amontonaba cerca del agua. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que eran gurkos. Las flechas volaban hacia las almenas y las saetas caían de ellas y rebotaban contra los adoquines o se clavaban vibrando en las grandes pantallas de madera.

A menos de treinta zancadas, de cara a la ciudadela, había formada una fila. Una fila perfectamente alineada y erizada de lanzas, que se distribuía a ambos lados de un estandarte en el que refulgían unas letras doradas. Una fila formada por hombres rudos, bien armados y protegidos con armaduras, no como los pobres tipos que habían encontrado fuera de las murallas. Logen pensó que por mucho que les gritara no se iban a mover de allí. Como no fuera para lanzarse contra él.

—Caray —masculló el Sabueso poniéndose a su lado. Unos cuantos norteños le habían seguido y ahora se encontraban desplegados a la entrada de la calle mirando como tontos a todos los lados.

Logen les hizo una señal con la mano.

—Quizá sea lo mejor que no nos dejemos ver por el mo...

Un oficial se destacó de las filas gurkas, ladró algo en su idioma y los señaló con su alfanje. Sus hombres prepararon las armas.

—Mierda...—bufó Logen. Avanzaban hacia ellos deprisa, pero sin perder la formación. Eran un montón y estaban bien provistos de metales brillantes, afilados y letales.

Cuando te atacan, sólo se pueden hacer tres cosas. Echar a correr, aguantar el ataque o atacar tú. Echar a correr no suele ser una mala opción, pero dado el estado de ánimo de sus hombres, lo más probable es que si echaban a correr ya no pararan hasta caerse al mar. Si aguantaban el ataque, desorganizados como estaban después de haber atravesado la ciudad, lo más probable era que acabaran dispersándose dejando unos cuantos muertos a sus espaldas sin haber conseguido nada. De modo que sólo había una elección posible, lo cual venía a ser lo mismo que no tener elección.

Dos cargas en un día. Ya era mala suerte. Pero de nada servía lamentarse. En ese tipo de asuntos más vale ser realista.

Logen echó a correr. No en la dirección que hubiera preferido, sino hacia delante, lejos de los edificios y por encima de las piedras, en dirección al foso. No se preocupó demasiado de si alguien le seguía. Bastante tenía con blandir su espada y pegar alaridos. El primero en precipitarse hacia la carnicería, como en los viejos tiempos. Un digno final para el Sanguinario. Se podría componer una bonita canción, si alguien se molestara en ponerle una melodía. Apretó los dientes, en espera del terrible impacto.

Entonces, de los edificios de la izquierda, empezaron a salir en tropel soldados de la Unión, gritando también como locos. La carga de los gurkos perdió fuerza, su formación empezó a romperse mientras las lanzas cambiaban bruscamente de orientación para enfrentarse a aquella nueva amenaza. Un golpe de fortuna inesperado, no había duda.

Los muchachos de la Unión arremetieron contra el final de la formación. Los hombres chillaban y bramaban, los metales se entrechocaban, las armas centelleaban, los cuerpos caían. Y en medio de todo eso impactó Logen. Pasó resbalando junto a la oscilante punta de una lanza y soltó un tajo a un soldado gurko. Falló con ése pero acertó con otro, al que mandó por los aires dando gritos y chorreando sangre a través de su cota de mallas. Embistió a un tercero con un hombro, tirándole al suelo de espaldas. Luego le propinó un puntapié en la mandíbula y la sintió partirse por debajo de su bota.

El oficial gurko que había mandado la carga estaba a un paso de él, con el alfanje desenfundado. Logen oyó vibrar una cuerda a su espalda y un instante después una flecha se hundía en la clavícula del oficial. Aspiró un poco de aire para gritar, volviéndose a medias, y entonces Logen le hizo un corte profundo en el espaldar del que salieron despedidas innumerables gotas de sangre. Los hombres arremetían contra los restos de la formación gurka. El asta de una lanza se partió en dos y arrojó una llovizna de astillas sobre la cara de Logen. Alguien rugió a su lado y sintió que la oreja le zumbaba. Levantó la cabeza y vio a un Carl que alzaba desesperadamente una mano; una espada curva le rebanó un pulgar, que voló dando vueltas por el aire. Logen vio al soldado gurko que había soltado aquel tajo y le descargó un golpe en la cara; la espada del Creador le atravesó la mejilla y le partió el cráneo en dos.

Una lanza se abatió sobre él. Logen intentó girar de lado y exhaló un gemido al sentir que la punta le desgarraba la camisa y se hundía en su costado, marcándole una fría línea por debajo de las costillas. El hombre que la sostenía se echó sobre él a trompicones y demasiado deprisa para poder frenarse. Logen le ensartó de lado a lado justo por debajo del peto y se quedó pegado a su cara. Era un soldado de la Unión con una barba rala pelirroja cubriéndole las mejillas.

El soldado hizo un gesto de sorpresa al ver otra cara blanca.

—¿Qué ha...? —graznó mientras intentaba echarle una mano al cuello.

Logen se desembarazó de él y se apretó el costado con una mano. Notó que estaba húmedo y se preguntó si la lanza le habría pinchado solamente o si le habría atravesado de parte a parte. Se preguntó si ya le había matado y sólo le quedaban unos minutos de vida.

Entonces recibió un golpe y salió dando vueltas y aullando sin saber lo que había pasado. De pronto, sus miembros parecían estar hechos de fango. El mundo daba tumbos a su alrededor, lleno de pellas de tierra y filos metálicos que volaban por todas partes. Lanzó un tajo contra algo que se movía y luego le atizó un puntapié a otra cosa. De repente se encontró enzarzado con alguien. Consiguió soltarse una mano, sacó un cuchillo y lo clavó en un cuello del que brotó un chorro de sangre negra. El ruido atroz de la batalla le atronaba en los oídos. Un hombre pasó junto a él tambaleándose, con parte de la cara colgando. Logen vio el interior destrozado de su boca, de la que caían pedazos de dientes.

La herida del costado le ardía y le cortaba la respiración. El golpe de la cabeza le palpitaba en el cráneo y hacía que el mundo, convertido en una mancha borrosa, se moviera de lado a lado. La boca le sabía a metal y a sangre. Alguien le tocó en el hombro y se volvió enseñando los dientes y con los dedos apretados sobre el mango de la espada del Creador.

El Sabueso le soltó y levantó las manos.

—¡Soy yo! ¡Soy yo!

Logen vio quién era. Pero no era su mano la que ahora sujetaba la espada y lo único que vio el Sanguinario fue un trabajo que tenía que hacer.

Qué rebaño tan curioso ha adquirido este pastor lisiado. Dos docenas de falsos Practicantes seguían a Glokta por las calles desiertas del Agriont. Al frente de ellos, caminaba contoneándose Nicomo Cosca, ilustre soldado de fortuna de funesta reputación. *Todas mis esperanzas puestas en uno de los hombres menos dignos de confianza que deben de existir en el mundo.* Uno de los mercenarios arrastraba de una cuerda al Superior Goyle, que iba amordazado y tropezando a cada momento. *Como un perro que se resiste a que le saquen de paseo.* Ardee West marchaba entre ellos, con su traje blanco manchado con la mugre de las cloacas y la sangre de varios hombres y un rostro lleno de oscuras magulladuras y con un gesto desencajado. *Fruto sin duda de los diversos horrores que ha visto hoy. Ahí que van brincando alegremente por el Agriont siguiendo los pasos del único Superior tullido de la Inquisición. Una alegre danza hacia el infierno al son de una batalla lejana.*

De pronto se paró en seco. A su lado se abría una arcada que desembocaba en la Plaza de los Mariscales, cuya amplia extensión, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, estaba totalmente cubierta de una capa

de serrín. En el centro de aquella enorme superficie blanca y amarilla, perfectamente reconocible a pesar de la distancia, se alzaba la figura del Primero de los Magos y, a su lado, la mujer de piel oscura que estuvo a punto de ahogarle en su bañera. *Hombre, las dos personas a las que más aprecio en el mundo.*

—Bayaz —bufó.

—No hay tiempo para eso —Cosca lo apartó de allí cogiéndole de un codo y el Primero de los Magos y su taciturna acompañante desaparecieron de su vista. Glokta siguió su camino cojeando por la callejuela, hizo un gesto de dolor al doblar una esquina y de repente se encontró cara a cara con su antiguo conocido Jezal dan Luthar. *¿O debería llamarle el Rey de La Unión? Cuan doloroso honor.*

—Majestad —dijo inclinando la cabeza, un ademán que le produjo un dolor lacerante en el cuello. Cosca, que apareció a su lado, hizo una extravagante reverencia, levantando la mano para quitarse la gorra. No la llevaba. Se disculpó encogiéndose de hombros y dio un tirón a uno de sus grasientos mechones.

Luthar le miró con mala cara, y su ceño se hizo aún más pronunciado cuando fueron apareciendo los demás miembros del extraño grupo. Al fondo del cortejo real, Glokta atisbó una figura que parecía intentar ocultarse. Una toga negra y dorada que chocaba en medio de tanto reluciente acero. *¿Es posible que sea... nuestro viejo amigo el Juez? Pero si yo he visto sus pedazos congelados...* En ese momento, Ardee dobló la esquina.

Los ojos de Luthar se abrieron de par en par.

—Ardee...

—Jezal... —parecía tan estupefacta como él— . Quiero decir...

Y de pronto el aire retembló rasgado por una colosal explosión.

La Vía Media no era más que una sombra de lo que solía ser.

West y sus hombres cabalgaban hacia el norte sin pronunciar una palabra. Los cascos de los caballos golpeteaban sobre el camino resquebrajado. Un pajarito piaba en las vigas desnudas de una casa incendiada. Alguien pedía auxilio desde una bocacalle. Del oeste seguía llegando el eco del fragor del combate, como el ruido de un lejano acontecimiento deportivo, sin ganadores. El fuego había asolado el centro de la ciudad: manzanas enteras de espléndidos edificios habían quedado reducidas a una sucesión de cascarones calcinados, los árboles no eran más que negras garras desnudas, los jardines, simples parcelas

de tierra cenagosa. El único añadido eran los cadáveres. Cadáveres de todo tamaño y descripción.

Las Cuatro Esquinas eran ahora el patio de un matadero, sembrado con los repulsivos despojos de la guerra y ceñido por las ruinas de algunos de los más bellos edificios del Agriont. Muy cerca, distribuidos en largas hileras sobre el suelo polvoriento, se encontraban los heridos, tosiendo, gimiendo y pidiendo agua, mientras médicos manchados de sangre se movían entre ellos sin poder ofrecerles alivio.

Unos cuantos soldados apilaban con gesto tétrico los cadáveres de los gurkos, formando enmarañados montones de brazos, piernas y caras. Un hombre alto con las manos entrelazadas a la espalda supervisaba la operación. Era el General Kroy, siempre dispuesto a poner las cosas en orden. Su uniforme negro estaba lleno de manchas de ceniza y una manga desgarrada se agitaba alrededor de su muñeca. La lucha debió ser realmente salvaje para haber dejado esas huellas en su impecable persona. Aun así, su saludo no parecía haberse visto afectado. Le salió tan perfecto como si hubiera estado desfilando por una plaza de armas.

—¿El parte, general?

—¡La lucha en el distrito central ha sido encarnizada, señor! Nuestra caballería se abrió camino esta mañana y los cogimos por sorpresa. Pero ellos contraatacaron mientras esperábamos a la infantería. Este espacio de terreno ha cambiado de dueños lo menos una docena de veces. ¡Pero por fin son nuestras Las Cuatro Esquinas! Se defienden como fieras, pero los estamos haciendo retroceder hacia la Muralla de Arnault. ¡Mire! —señaló un par de estandartes gurkos que se apoyaban en un muro semiderruido, con sus símbolos de oro refulgiendo en medio del fango—. Podrían servir de centro de mesa en un salón, ¿no le parece, señor?

West no pudo evitar que sus ojos descendieran sobre un grupo de heridos que gemían apoyados contra la misma pared.

—Le deseo que disfrute del espectáculo. ¿Y el Agriont?

—Me temo que las noticias de allí no son tan buenas. Les estamos presionando con dureza, pero el número de los gurkos no para de crecer. Todavía tienen la ciudadela completamente rodeada.

—¡Pues presione con más fuerza, general!

Kroy se cuadró e hizo otro saludo.

—Sí, señor. Podremos con ellos, no se preocupe. ¿Me permite preguntar cómo le va al General Poulder en los muelles?

—Los muelles vuelven a estar en nuestras manos, pero el General

Poulder... ha muerto.

Se produjo un silencio.

—¿Muerto?

La cara de Kroy había adquirido de pronto una palidez cadavérica.

—¿Cómo ha...?

Algo retumbó, como un trueno lejano. Los caballos, asustados, se pusieron a piafar. La cara de West, la de Kroy y las de todos los oficiales se volvieron al unísono hacia el norte. Por encima de las ruinas que bordeaban la plaza, una gran nube de polvo se elevaba sobre el Agriont.

El mundo entero relucía, giraba y palpitaba, henchido de la hermosa canción de la batalla, del maravilloso sabor de la sangre, del fecundo hedor de la muerte. Y en medio de todo ello, a no más de un brazo de distancia, un hombre de baja estatura le miraba.

Quien se acercara tanto al Sanguinario estaba pidiendo que se le matara con la misma rotundidad que si se internara en un fuego abrasador. Lo estaba rogando. Exigiendo.

Algo había en aquellos dientes puntiagudos que le resultaba familiar. Un vago recuerdo de hacía mucho tiempo. El Sanguinario lo apartó, se lo sacudió de encima, lo hundió en el océano sin fondo. Lo que un hombre fuera o lo que hubiera hecho no significaba nada para él. Él era como la Gran Niveladora, y ante él todos los hombres eran iguales. Lo único que le importaba era convertir a los vivos en muertos, y ya era hora de que iniciara su trabajo. El Sanguinario levantó su espada.

Y entonces la tierra tembló.

Se tambaleó, y un enorme ruido le envolvió, separó violentamente a los muertos de los vivos, partió el mundo por la mitad. Sintió que el impacto dejaba algo suelto dentro de su cráneo. Lanzando un feroz gruñido, se enderezó y se dispuso a levantar la espada.

Pero el brazo no se movió.

—Cabrón... —gruñó el Sanguinario, pero las llamas se habían extinguido del todo. Fue Logen quien se volvió hacia el lugar de donde procedía el ruido.

Una enorme nube de humo gris se elevaba sobre la muralla del Agriont a unas pocas zancadas de donde él estaba. Unas motas ascendían por el aire muy por encima de la humareda dejando en el cielo unas estelas de polvo marrón que parecían los tentáculos de algún gigantesco monstruo marino. Una alcanzó

la cúspide de su ascensión justo por encima de ellos. Logen contempló su caída. Al principio parecía un simple guijarro. Pero a medida que iba cayendo, dando lentas vueltas por el aire, se dio cuenta de que era un pedazo de mampostería del tamaño de una carreta.

—Mierda —dijo Hosco.

No había mucho más que decir. El proyectil atravesó el costado de un edificio en medio del lugar donde se estaba combatiendo. La casa entera reventó, lanzando cuerpos destrozados en todas direcciones. Una viga rota pasó con un zumbido junto al Sabueso y fue a hundirse en el foso. Una lluvia de arenisca mordisqueó la nuca de Logen mientras se tiraba al suelo.

Una nube de polvo inundó la calle. Le vino una arcada y se tapó la cara con una mano. Empleando su espada a modo de muleta, consiguió ponerse de pie en medio de un mundo que se tambaleaba. Los oídos le zumbaban; apenas sabía quién era y menos aún dónde estaba.

La furia se había apagado en los combates junto al foso. Los hombres tosían, miraban sin ver, vagaban en medio de la oscuridad. Había muchos cadáveres; de norteños, de gurkos, de la Unión, todos mezclados. Logen vio a un hombre de piel oscura que le miraba, mientras la sangre que le brotaba de una herida que tenía encima de un ojo le corría por la mejilla polvorienta.

Logen levantó la espada, lanzó un rugido ronco, intentó lanzarse a la carga y se tambaleó de lado librándose por poco de acabar en el suelo. El soldado gurko dejó caer la lanza y salió corriendo hacia la oscuridad.

Del oeste llegó una segunda detonación ensordecedora, todavía más cercana. Una repentina ráfaga de viento removió el pelo de Jezal y le hirió en los ojos. Las espadas salieron de sus vainas y los hombres miraron hacia arriba, conmocionados.

—Tenemos que irnos —dijo Gorst con su voz de pito, agarrando firmemente a Jezal del codo.

Glokta y sus matones estaban bajando ya por una calle empedrada, a la máxima velocidad que les permitía el renqueante paso del Superior. Ardee echó un vistazo hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—Espera... —al verla así, Jezal sintió una repentina y dolorosa sensación de añoranza. La idea de que estuviera sometida a aquel lisiado repugnante era demasiado horrible para poder soportarla. Pero Gorst no estaba por la labor.

—Al palacio, Majestad —condujo a Jezal hacia el parque sin permitirle echar ni una mirada atrás, mientras por detrás los seguía ruidosamente el resto de su séquito. De los tejados comenzaron a caer trozos de piedra que rebotaban sobre el suelo y repiqueteaban contra las armaduras de los Caballeros de la Escolta.

—Ya vienen —masculló Marovia mirando con angustia hacia la Plaza de los Mariscales.

Ferro permanecía en cuclillas con las manos en la cabeza mientras los monstruosos ecos de la explosión seguían resonando contra las paredes blancas. Una piedra del tamaño de una cabeza cayó del cielo y se hizo añicos a unas pocas zancadas de ella, desparramando gravilla sobre el serrín. Una roca diez veces mayor se estrelló contra el tejado de un edificio, haciendo que todos los cristales de sus ventanas reventaran. Densas nubes de polvo gris avanzaban por las calles en dirección a la plaza. Poco a poco, el ruido se fue apagando. La granizada artificial cesó y todo quedó en silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó con un gruñido a Bayaz.

—Ahora, vendrán —desde la calle les llegó un estampido, luego varios gritos y finalmente un prologando chillido que se interrumpió de golpe. Bayaz se volvió hacia ella, moviendo con nerviosismo los maxilares—. Una vez que empecemos, no te muevas de donde estás. Ni un pelo. Los círculos han sido...

—Tú ocúpate de lo tuyo, Mago.

—De acuerdo, eso haré. Abre la caja.

Ferro le miró con gesto ceñudo mientras se frotaba los pulgares con las yemas de los demás dedos. Una vez abierta ya no habría marcha atrás, lo sentía en los huesos.

—¡Ábrela ya! ¡Ábrela, si quieres venganza!

—Chisss —pero el momento de echarse atrás quedaba ya muy lejos. Se agachó y posó una mano sobre la fría tapa de metal. No había más alternativa que seguir una senda oscura, nunca hubo otra. Encontró el cierre oculto y lo presionó. La caja se abrió sin hacer ruido y Ferro sintió de nuevo aquella extraña emoción que primero se iba filtrando por su cuerpo y luego fluía y se derramaba por su interior hasta cortarla la respiración.

Ahí estaba la Semilla, reposando sobre sus espirales metálicas; un simple pedrusco gris sin nada de particular. La rodeó con sus dedos. Pesaba como el plomo y estaba fría como el hielo. Luego la sacó de la caja.

—Bien —pero Bayaz tenía una mueca de dolor y su rostro palpitaba de miedo y de asco. Ferro se la tendió y él retrocedió. La frente del Mago se había perlado de sudor—. ¡No te acerques más!

Ferro cerró la caja de un golpe. Dos guardias de la Unión, enfundados en sendas armaduras, retrocedían hacia la plaza empuñando gruesas espadas. En

su forma de moverse se apreciaba que estaban muertos de miedo, como si se estuvieran retirando ante todo un ejército. Pero lo que apareció por la esquina fue un solo hombre. Un hombre ataviado con una armadura blanca adornada con diversos motivos realizados en metal brillante. Su cara oscura era joven, tersa y atractiva, pero sus ojos parecían viejos. Ferro ya había visto una cara parecida en las estepas cercanas a Dagoska.

Un Devorador.

Los dos guardias se abalanzaron a la vez sobre él, lanzando un grito de guerra. El Devorador esquivó sin esfuerzo sus espadas, luego se lanzó hacia ellos como una exhalación y con un simple movimiento de la mano atrapó a uno de los hombres de la Unión. Se oyó el ruido hueco del escudo y el peto que se abollaban y luego el Devorador alzó al hombre en vilo y lo arrojó desmadejado por los aires. Cayó a unas veinte zancadas de donde había estado y rodó por el suelo dejando manchas oscuras en el serrín. Se detuvo a los pies de Ferro, tosió un chorro de sangre y luego se quedó inmóvil.

El otro guardia retrocedía de espaldas. El Devorador le miró con cara de pena. El aire que rodeaba al soldado vibró, y, acto seguido, el hombre dejó caer la espada, pegó un aullido y se llevó las manos a la cabeza, que un instante después reventaba arrojando trozos de cráneo y de carne contra la pared del edificio blanco que tenía a su lado. El cuerpo descabezado se derrumbó y se hizo el silencio.

—¡Bienvenido al Agriont! —gritó Bayaz.

Un rápido movimiento atrajo la mirada de Ferro. Allá en lo alto, una figura con armadura blanca cruzaba como una centella un tejado. De un salto que parecía imposible salvó el abismo que le separaba del siguiente edificio y luego desapareció. En la calle de abajo, una mujer enfundada en una rutilante cota de mallas se desgajó de las sombras y salió a la plaza. Cimbreaba las caderas al andar, lucía una sonrisa radiante en la cara y llevaba una lanza en la mano. Ferro tragó saliva y apretó con fuerza los dedos alrededor de la Semilla.

Parte de una pared se vino abajo detrás de ella y varios bloques de piedra cayeron rodando sobre la plaza. Por el boquete que se había abierto surgió un hombre que blandía una enorme estaca tachonada de hierro negro y cuya barba y armadura estaban cubiertas de polvo. Le seguían otros dos, un hombre y una mujer, todos con la misma piel suave, la misma cara juvenil y los mismos ojos viejos y oscuros. Ferro los miró con ira y desenfundó su espada. Un gesto inútil, seguramente, pero el simple hecho de tenerla en la mano le reconfortaba.

—¡Bienvenidos todos! —saludó Bayaz—. Te estaba esperando, Manum.

El primer Devorador que había aparecido le miró con gesto ceñudo

mientras pasaba con cautela por encima del cadáver sin cabeza.

—Y nosotros a ti —unas formas blancas saltaron desde los tejados, aterrizaron agachados en la plaza con un golpe seco y luego se irguieron. Eran cuatro. Uno para cada esquina—. ¿Dónde está esa sombra rastrera de Yulwei?

—No ha podido acompañarnos.

—¿Y Zacharus?

—Embarrado en el oeste, intentando curar a un cadáver con una venda.

—¿Y Cawneil?

—Demasiado enamorada de lo que fue para pensar un segundo en lo que le espera.

—De modo que al final te has quedado sin nadie, aparte de ésa —Manum clavó en Ferro su mirada vacía—. Una criatura extraña.

—Lo es, y con un carácter extraordinariamente difícil. Aunque no carece de recursos —Ferro se limitó a dedicarle una mirada poco amistosa, pero no dijo nada. Si tenía que decir algo, lo diría con la espada—. En fin —dijo Bayaz encogiéndose de hombros—. Siempre he considerado que sólo me necesitaba a mí mismo para darme consejo.

—¿Qué otra cosa puedes hacer? Destruiste tu propia orden con tu arrogancia y tu sed de poder —más figuras salieron de los portales de la plaza o aparecieron avanzando lentamente por las calles. Algunas caminaban pavoneándose como si fueran duques. Otras iban cogidas de la mano como dos amantes—. Lo único que siempre te ha importado es el poder. Y ahora no te queda ni eso. Eres el Primero de los Magos, y el último.

—Eso parece. ¿No te satisface?

—No obtengo con ello satisfacción alguna, Bayaz. Simplemente hago lo que se ha de hacer.

—Ah. ¿Un combate justo? ¿Un deber sagrado? ¿Una cruzada, tal vez? ¿Crees que Dios sonríe ante tus métodos?

Manum se encogió de hombros.

—Dios sonríe ante los resultados —nuevas figuras con armaduras blancas llegaban a la plaza y se iban esparciendo por su perímetro. Se movían con una elegancia natural, con una fuerza espontánea, con arrogancia infinita. Ferro echó un vistazo alrededor mientras apretaba la Semilla contra su cadera y empuñaba con fuerza la espada.

—Si tiene algún plan, quizá haya llegado el momento de ponerlo en práctica —le siseó a Bayaz.

Pero el Primero de los Magos se limitó a seguir mirando cómo los iban rodeando, con los músculos de las sienes palpitándole y abriendo y cerrando los puños que colgaban a su costado.

—Es una lástima que Khalul no haya podido visitarnos, pero ya veo que te has traído a unos amigos.

—Cien, como te prometí. Algunos tenían otras cosas que hacer en la ciudad y no han podido venir. Te envían sus disculpas. Pero la mayor parte estamos aquí por ti. Más que suficientes —los Devoradores se habían quedado quietos. Estaban de pie, mirando hacia el interior de la plaza, formando un gran círculo en cuyo centro se encontraba el Primero de los Magos. Ferro Maljinn, como es natural, no tenía miedo.

Pero no por eso dejaba de darse cuenta de lo mal que pintaban las cosas.

—Contéstame a una pregunta, ahora que ya ha llegado el final —dijo Manum—. ¿Por qué mataste a Juvens?

—¿Juvens? ¡Ja! Creía que podía hacer del mundo un lugar mejor a base de sonrisas y buenas intenciones. Con buenas intenciones no se consigue nada y el mundo no mejora si no se lucha. Pero yo no mate a nadie —Bayaz miró a Ferro de reojo. Ahora sus ojos tenían un brillo febril y su cráneo estaba bañado en sudor—. ¿Pero qué importa quién mató a quién hace mil años? Lo que importa es quién va a morir hoy.

—Cierto. Ahora, por fin, vas a ser juzgado —despacio, muy despacio, los Devoradores empezaron a estrechar el círculo, moviéndose todos a la vez hacia delante.

El Primero de los Magos esbozó una sonrisa tétrica.

—Claro que sí, Manum, aquí se va a celebrar un juicio, de eso puedes estar seguro. La magia abandona el mundo. Mi Arte es una sombra de lo que fue. Pero mientras os saciabais de carne humana olvidasteis que el conocimiento es la raíz del Poder. El Gran Arte lo aprendí de Juvens. La Creación se la quité a Kanedias.

Alrededor de los hombros de Bayaz el aire se puso a vibrar. Los Devoradores se detuvieron. Algunos levantaron los brazos y se taparon los ojos. Ferro entrecerró los suyos, aunque en realidad la brisa que se había levantado era muy suave. Una brisa sutil que brotó como una ola del Primero de los Magos y barrió el serrín que cubría el enlosado transportándolo hasta el borde de la Plaza de los Mariscales.

Manum miró hacia abajo extrañado. Incrustado en la piedra, bajo sus pies, el metal emitía un leve resplandor mate a la luz mortecina del sol. Un enorme conjunto de círculos, líneas, símbolos y círculos insertos en otros círculos formaba un dibujo unitario que cubría la totalidad del vasto espacio de

la plaza.

—Once guardas hacia un lado de la cerradura y otras once en sentido contrario —dijo Bayaz—. Hierro. Enfriado en agua salada. Una mejora sugerida por las investigaciones del propio Kanedias. Glustrod utilizó sal gruesa. Esa fue su equivocación.

Manum levantó la mirada. La calma gélida se había borrado de su semblante.

—No irás a decir... —sus ojos oscuros se posaron en Ferro y luego descendieron hasta la mano en la que tenía la Semilla—. ¡No! La Primera Ley...

—¿La Primera Ley? —el Mago enseñó los dientes—. Las leyes son para los niños. Esto es la guerra, y en la guerra, el único crimen es la derrota. ¿La palabra de Euz? —Bayaz frunció los labios—. ¡Ja! ¡Que venga y trate de detenerme!

—¡Basta ya! —uno de los Devoradores pegó un salto hacia delante y avanzó como una exhalación por los círculos metálicos en dirección al centro. Ferro se sobresaltó al sentir de pronto que la piedra que tenía en la mano se volvía terriblemente fría. El aire que rodeaba a Bayaz se retorció y bailoteó como si el Mago fuera un reflejo en las aguas rizadas de una laguna.

El Devorador saltó sobre ellos con la boca abierta y la espada refulgiendo en una mano. Al instante desapareció. Y lo mismo les ocurrió a otros dos que venían detrás de él. Donde había estado uno de ellos había ahora un largo reguero de sangre. Mientras Ferro lo seguía con la vista, los ojos se le iban abriendo cada vez más. Luego se le abrió también la boca.

El edificio que estaba detrás de los Devoradores tenía un boquete gigantesco que ocupaba toda la fachada desde el suelo hasta el tejado; un gran cañón flanqueado de piedras rotas y trozos de escayola, lleno de vigas astilladas y cristales colgando. Desde sus bordes destrozados caía una llovizna de polvo que se precipitaba en el abismo que se abría debajo. Una bandada de papeles rotos revoloteaba por el aire vacío. Del fondo de aquella devastación surgió un débil grito de agonía. Luego un sollozo. Aullidos de dolor. Una multitud de voces. Las voces de los que usaban aquel edificio como refugio.

Mala suerte la suya.

La boca de Bayaz dibujó una sonrisa.

—Funciona —musitó.

Sendas oscuras

Rodeado de sus caballeros, Jezal cruzó a toda prisa el arco de acceso y entró en los jardines de palacio. Era asombroso que el Juez Marovia no se hubiera rezagado durante su vertiginoso recorrido por el Agriont, pero lo cierto es que al anciano apenas si le faltaba el aliento.

—¡Sellen las puertas! —bramó—. ¡Las puertas!

Los pesados portalones se cerraron y dos vigas del grosor de un mástil de barco se corrieron por detrás de ellos. Jezal al fin pudo respirar con un poco más de calma. El peso de aquellas puertas, la altura y la anchura de las murallas que ceñían el complejo palaciego y el gran número de hombres bien armados y disciplinados que lo defendían, infundían una sensación tranquilizadora.

Marovia posó una mano en el hombro de Jezal y comenzó a dirigir sus pasos por la senda empedrada que conducía a la puerta de acceso al palacio más próxima.

—Debemos buscar el lugar más seguro, Majestad...

Jezal se desprendió de su mano con brusquedad.

—¿Pretende que me encierre en mi dormitorio? ¿O en el sótano? Me quedaré aquí para coordinar la defensa de...

Un grito escalofriante llegó desde el otro lado del muro y resonó en los jardines. Fue como si aquel grito le traspasara el cuerpo y todo su valor se escurriera por el agujero que le había abierto. Las puertas traquetearon un poco contra las poderosas vigas y, con pasmosa velocidad, la idea de esconderse en el sótano cobró de pronto un atractivo insospechado.

—¡En filas, alrededor del Rey! —ladró la voz aguda de Gorst.

Un instante después, un muro formado por hombres provistos de corazas, con las espadas desnudas y los escudos levantados, rodeaba a Jezal. Otros se arrodillaron delante, sacaron saetas de sus aljabas y giraron las manivelas de las ballestas. Todas las miradas estaban fijas en las dobles puertas, que volvieron a traquetear y a moverse ligeramente.

—¡Allí abajo! —gritó alguien desde lo alto de la muralla—. i Allí...! —se

oyó un aullido y un hombre con armadura cayó del adarve y se estrelló contra el césped. Su cuerpo pegó un par de sacudidas y luego se quedó inmóvil.

—¿Qué...? —masculló alguien.

Una figura blanca se lanzó desde las murallas, dio un elegante giro en el aire y cayó ante ellos en medio del sendero. De inmediato se puso de pie. Era un hombre de piel oscura, con una armadura blanca con adornos de oro y un rostro tan terso como el de un niño. Llevaba en una mano una lanza de madera negra con una larga hoja curva. Jezal le miró y él le miró a su vez con ojos carentes de expresión. En esos ojos negros había algo, o, mejor dicho, faltaba algo. Jezal comprendió de pronto que aquello no era un hombre. Era un Devorador. Un quebrantador de la Segunda Ley. Una de las Cien Palabras de Khalul, que habían venido para saldar antiguas cuentas con el Primero de los Magos. Aparentemente, y de forma bastante injusta en opinión de Jezal, aquel ajuste de cuentas le incluía también a él. El Devorador alzó una mano como para impartir una bendición.

—Que Dios nos acoja a todos en el cielo.

—¡Disparen! —gritó Gorst.

Las ballestas tabletearon. Un par de saetas rebotaron en la armadura del Devorador y otras dos se hundieron en su carne, una por debajo del peto y la otra en el hombro. Una más le atravesó la cara y las plumas quedaron alojadas justo debajo de un ojo. Cualquier hombre habría caído fulminado al instante ante sus ojos. El Devorador pegó un salto hacia delante con una velocidad pasmosa.

Uno de los Caballeros alzó su ballesta en un intento inútil de protegerse. La lanza le partió en dos a la altura del vientre e impacto luego en otro que había detrás, lanzándolo por los aires contra un árbol que se encontraba a diez zancadas de distancia. El aire se llenó de trozos de armadura y astillas de madera. El primer Caballero emitió un extraño silbido mientras la mitad superior de su cuerpo caía sobre el sendero, arrojando sobre sus compañeros un baño de sangre.

Jezal sintió que le empujaban hacia atrás y ya sólo pudo ver algunos atisbos de movimiento entre los cuerpos de sus escoltas. Oía gritos, gemidos, golpes metálicos. Veía destellos de espadas, salpicaduras de sangre. Un cuerpo enfundado en una armadura voló por los aires, agitando los miembros como un muñeco de trapo, y se estrelló contra un muro que había al otro extremo de los jardines.

Los cuerpos de sus escoltas se separaron de él. Tenían cercado al Devorador, que se defendía trazando vertiginosos círculos en el aire con su lanza. Uno de ellos acertó en el hombro a un soldado, que cayó al suelo. La

fuerza del impacto hizo que el asta de la lanza se astillara y que la hoja saliera volando y se clavara de lado en el césped. Uno de los Caballeros cargó desde atrás y atravesó al Devorador con su alabarda, cuya punta salió por el otro lado de su blanca armadura sin el menor rastro de sangre. Un segundo Caballero le cortó un brazo con un hacha y del muñón brotó una llovizna de polvo. Lanzando un chillido, el Devorador le asestó un golpe con el dorso de la mano, que le abolló el peto de la armadura y lo arrojó gimiendo al suelo.

El tajo de una espada rasgó con un chirrido la armadura blanca, que lanzó al aire una polvareda como si fuera una alfombra que estuviera siendo sacudida. Jezal se quedó mirando embobado cómo el Devorador se dirigía hacia él. Gorst le quitó de en medio de un empujón y, soltando un rugido, descargó un mandoble que se hundió con un ruido carnoso en el cuello del Devorador. La cabeza quedó colgada de un cartílago y varias nubes de polvo marrón brotaron de sus heridas abiertas. Con la mano que le quedaba, agarró a Gorst, que contrajo la cara de dolor mientras caía de rodillas con el brazo retorcido.

—¡Toma cielo, cabrón! —la espada de Jezal cortó el último trozo de cuello y la cabeza del Devorador cayó sobre la hierba. Gorst se liberó entonces y pudo ver que el Devorador había dejado en la armadura de su destrozado antebrazo una hendidura que tenía la forma de su mano. El cuerpo sin cabeza se desplomó lentamente—. ¡Maldito engendro! —Jezal dio un paso adelante y propinó un puntapié a la cabeza, que rodó por el jardín y atravesó un macizo de flores dejando tras de sí un reguero de polvo. Tres hombres se alzaban sobre el cuerpo, jadeando por debajo de sus cascos mientras sus espadas refulgentes lo hacían pedazos. Los dedos del Devorador todavía se crispaban espasmódicamente.

—Están hechos de polvo —susurró alguien.

Marovia contempló ceñudo los restos.

—Unos sí. Otros sangran. Cada uno es diferente. ¡Debemos entrar en el palacio! —gritó mientras se apresuraba a atravesar los jardines—. ¡Vendrán más!

—¿Más? —doce Caballeros de la Escolta habían muerto. Jezal tragó saliva mientras contaba sus cuerpos mutilados, mellados, destrozados. Los mejores soldados de la Unión esparcidos por los jardines del palacio como si fueran trozos de chatarra entre las hojas marrones—. ¿Más? ¿Pero cómo vamos a...? —los portalones se estremecieron. Jezal volvió la cabeza hacia allí. El valor ciego del combate se evaporó como por ensalmo y fue reemplazado por una oleada de pánico.

—¡Por aquí! —gritó Marovia, manteniendo abierta una puerta y haciéndoles señas con desesperación. Tampoco había muchas más alternativas. Jezal se precipitó hacia allá, pero apenas había dado tres pasos cuando una de

sus botas doradas tropezó con la otra y cayó de bruces al suelo. A su espalda oyó un crujido, un desgarramiento, un chirriar de maderas y metales. Consiguió incorporarse sobre su espalda y vio cómo las puertas se partían lanzando . un diluvio de madera. Por el aire giraban tablones, por los senderos botaban clavos torcidos y las astillas se posaban suavemente sobre el césped.

En la atmósfera reverberante de las puertas apareció una esbelta figura femenina. Era una mujer muy pálida con una larga cabellera de color oro. A su lado venía otra exactamente igual a ella, sólo que su costado izquierdo estaba salpicado de sangre de la *cabeza* a los pies. Dos mujeres con alegres sonrisas dibujadas en sus rostros bellísimos, perfectos e idénticos. Una de ellas soltó a un Mensajero que intentaba atacarla un bofetón que le arrancó el casco alado, le machacó el cráneo y lo lanzó volando por los aires. La otra fijó sus inexpresivos ojos negros en Jezal. Al ver que le miraba, se puso de pie como pudo, echó a correr jadeando de miedo, se coló por la puerta al lado de Marovia y accedió a un vestíbulo en sombras, adornado con armas y armaduras antiguas.

Gorst y unos cuantos Caballeros de la Escolta entraron a trompicones detrás de él. A su espalda, en los jardines, seguía el desigual combate. Un hombre alzó su ballesta y un instante después reventaba lanzando chorros de sangre en todas direcciones. Un cadáver con armadura impactó en un Caballero que se había dado la vuelta para huir, le arrancó la espada y lo arrojó contra una ventana. Otro que corría hacia ellos agitando los brazos, cayó al suelo a unas pocas zancadas de distancia, y de las junturas de su armadura surgieron lenguas de fuego.

—¡Socorro! —gemía alguien —¡Ayudadme, ayu...!

Con el brazo sano, Gorst cerró de golpe la puerta y uno de sus hombres echó la tranca. Luego arrancaron de las paredes unas cuantas astas, una de las cuales conservaba aún unos jirones de bandera, y las utilizaron para apalancar la puerta.

Jezal ya había empezado a retroceder. Un sudor frío le corría por debajo de la armadura y aferraba la empuñadura de su espada, más para darse seguridad, que para defenderse. Su grupo, que había quedado reducido drásticamente, le siguió: Gorst, Marovia y sólo cinco más. Sus respiraciones, entrecortadas y horrorizadas, resonaban por el corredor y todas las miradas se dirigían a la puerta.

—La última puerta no les contuvo —susurró Jezal—. ¿Por qué va a contenerles ésta?

Nadie contestó.

—Manténganse alerta, caballeros —dijo Glokta—. La puerta, por favor.

El mercenario gordo la emprendió a hachazos con la puerta de la Universidad y las astillas empezaron a volar. Al primer golpe, temblequeó, al segundo se estremeció y al tercero se desgajó. El enano tuerto se coló dentro con un cuchillo en cada mano, seguido de cerca por Cosca, que llevaba la espada desenvainada.

—Camino despejado —dijo desde dentro una voz con acento estirio—. Aunque bastante polvoriento.

—Excelente —Glokta miró a Ardee—. Tal vez sea mejor que vaya detrás del todo.

Ardee asintió moviendo con fatiga la cabeza.

—Eso mismo estaba yo pensando.

Glokta atravesó dolorosamente el umbral, seguido de los mercenarios vestidos de negro, el último de los cuales arrastraba de las muñecas a un renuente Goyle. *Por el mismo camino que recomía primera vez que visité este montón de polvo hace ya tantos meses. Antes de la votación. Incluso antes de Dagoska. Qué alegría estar de vuelta...*

Cruzaron el oscuro vestíbulo, entre los retratos de olvidados Adeptos, rodeados de los gemidos que las botas de los mercenarios arrancaban a los tablones del suelo. Por fin, Glokta alcanzó con paso tambaleante el amplio comedor.

El estrafalario grupo de Practicantes estaba diseminado por la oscura estancia, igual que la última vez que él la había visitado. Los dos hombres idénticos de Suljuk, con sus cimitarras. El tipo alto y delgado, los morenos con sus hachas, el norteño de la cara destrozada. *Y así sucesivamente.* En total, serían unos veinte. *Y digo yo, ¿habrán estado aquí sentados todo el tiempo, mirándose amenazadoramente unos a otros?*

Vitari ya se había levantado de la silla.

—Creía haberle dicho que no se acercara por aquí, tullido.

—Le aseguro que lo intenté, pero no conseguía borrar de mi memoria su sonrisa.

—¡Jo, jo, Shylo! —Cosca salió del vestíbulo retorciéndose las enceradas guías de sus bigotes con una mano y con la espada ya desenvainada en la otra.

—¡Cosca! ¿Es que no hay forma de que te mueras? —Vitari dejó caer su cuchillo con forma de cruz, que rebotó contra el suelo colgando del extremo de su cadena—. Parece que hoy es el día de los hombres a los que esperaba no volver a ver nunca más —sus Practicantes se desplegaron a su alrededor

sacando las espadas de sus vainas y recogiendo de la mesa sus hachas, mazas y lanzas. Los mercenarios, entretanto, entraron por la puerta, con sus armas preparadas.

Glokta se aclaró la garganta.

—Creo que sería mejor para todos si pudiéramos discutir tranquilamente el asunto como personas civilizadas.

—¿Ha visto aquí a alguien civilizado? —gruñó Vitari.

Inteligente observación. Un Practicante se plantó de un salto en la mesa, haciendo pegar un bote a la cubertería. El mercenario manco, por su parte, agitó su garfio. Los dos grupos de hombres armados hasta los dientes comenzaron a acercarse poco a poco. Estaba bastante claro que Cosca y sus esbirros se iban a ganar el sueldo. *Me parece que se avecina un alegre baño de sangre y el resultado de un baño de sangre siempre es difícil de predecir. Prefiero no arriesgarme.*

—¡Qué pena me dan sus hijos! ¡Qué pena para ellos que no haya por aquí nadie civilizado!

Las cejas anaranjadas de Vitari se arrugaron con furia.

—¡Están muy lejos!

—Ay, me temo que no. ¿Dos niñas y un niño? ¿Con un precioso pelo rojo como el de su madre? *¿Por qué puerta salieron? Los gurkos entraron por el oeste, así que...* Los detuvieron en la puerta del este y los encerraron —Glokta adelantó el labio inferior—. Para protegerlos. Estos son tiempos peligrosos para que unos niños anden vagando por las calles, ¿no cree?

Incluso con la máscara puesta, Glokta advirtió el horror de Vitari.

—¿Cuándo? —susurró ella.

¿Cuándo enviaría una amante madre a sus hijos a un lugar seguro?

—Cuándo va a ser, el mismo día que llegaron los gurkos, ya lo sabe —la forma en que sus ojos se abrieron le confirmaron que había dado en el clavo. *Ahora a retorcer el cuchillo.* Pero no se preocupe, que están a salvo. El practicante Severard está haciendo de niñera. Pero si yo no vuelvo...

—No será capaz de hacerles daño.

—¿Pero qué le pasa hoy a todo el mundo? ¡Que si no voy a cruzar tal línea, qué si no voy a hacer daño a no sé qué gente! —Glokta exhibió su sonrisa más repelente—. ¿Niños? ¿Con esperanzas, proyectos y toda una vida feliz por delante? ¡Desprecio a esos pequeños cabrones! —encogió sus hombros contrahechos—. Claro que a lo mejor me conoce usted mejor que yo. Si quiere jugar a los dados con la vida de sus hijos, supongo que ya averiguaremos quién tenía razón. Aunque también podríamos llegar a un acuerdo, como hicimos en

Dagoska.

—Acabemos con esto —gruñó uno de los Practicantes enarbolando su hacha y dando un paso adelante. *Y el ambiente de violencia da otro vertiginoso paso hacia el límite...*

Vitari levantó una mano abierta.

—Quieto.

—Tienes hijos, ¿y qué? Eso para mí no significa nada. Y no significará nada para Sult eeeee...—se produjo el fulgor de un metal, el campanilleo de una cadena y acto seguido el Practicante se tambaleaba hacia delante con un chorro de sangre brotando de su garganta.

El cuchillo en forma de cruz regresó a la mano de Vitari y sus ojos se volvieron hacia Glokta.

—¿Un acuerdo?

—Exactamente. Ustedes se quedan aquí. Nosotros entramos. Y como dicen en los barrios más populares de la ciudad, usted no ha visto nada. Sabe muy bien que no se puede fiar de Sult. Ya la arrojó a los perros en Dagoska, ¿recuerda? Y de todas maneras, ha llegado su fin. Los gurkos están llamando a las puertas. Es hora de probar cosas nuevas, ¿no le parece?

La máscara se movía mientras Vitari retorcía la boca. *Está pensando y pensando.* Los ojos de sus matones echaban chispas y las hojas de sus espadas refulgían. *No respondas al farol, zorra, no te atrevas...*

—¡Está bien! —hizo un gesto con la mano, y los Practicantes, decepcionados, retrocedieron sin dejar de mirar furibundos a los mercenarios que estaban al otro extremo de la habitación. Vitari señaló con la cabeza una puerta que había al fondo de la cámara—. Al final de ese vestíbulo hay unas escaleras que conducen a una puerta. Una puerta con remaches negros.

—Estupendo. *Unas pocas palabras pueden ser más eficaces que muchos aceros, incluso en tiempos como éstos.* —Glokta comenzó a alejarse renqueando, seguido por Cosca y sus hombres.

Vitari los siguió con una mirada asesina. —Como toque a mis...

—Sí, sí —Glokta se despidió con la mano—. Mi terror no tiene límites.

Hubo un momento de quietud, una vez que los escombros del edificio destripado se asentaron por fin sobre uno de los lados de la Plaza de los Mariscales. Los Devoradores, tan asombrados como Ferro, se habían quedado paralizados formando un círculo de rostros estupefactos. Bayaz parecía ser el

único que no estaba horrorizado por la dimensión del desastre. Su áspera risa rebotó contra los muros y resonó por la plaza.

—¡Funciona! —gritó.

¡No! —gritó Manum. Y las Cien Palabras se lanzaron hacia delante.

Cada vez estaban más cerca; las hojas impolutas de sus preciosas armas refulgían y sus voraces bocas abiertas mostraban unos dientes resplandecientes. Y más cerca aún. Avanzando como un torrente a tremenda velocidad, profiriendo unos aullidos de odio que hacían que incluso a Ferro se le helara la sangre en las venas.

Pero Bayaz no paraba de reír.

—¡Que empiece el juicio!

Ferro gruñó entre dientes al sentir el frío abrasador de la Semilla en la palma de su mano. Una ráfaga de viento barrió la plaza desde el centro y derribó a los Devoradores como si fueran bolos, haciéndolos rodar desmadejados por el suelo. Las ventanas de todos los edificios se hicieron añicos, las puertas se desgajaron y los tejados fueron arrancados de cuajo.

Las colosales puertas de la Rotonda de los Lores se abrieron de golpe, se arrancaron de sus goznes y salieron volando por la plaza. Toneladas de madera giraban y giraban en el aire, como hojas de papel en medio de una galerna, segando las filas de los indefensos Devoradores. Destrozaba los cuerpos enfundados en armaduras blancas, arrojando al aire trozos de brazos y piernas que echaban sangre y polvo.

La mano y la mitad del antebrazo de Ferro resplandecían con una luz trémula. Jadeaba aceleradamente al respirar mientras el frío se iba extendiendo por sus venas, haciendo que ardieran todos los rincones de su ser. La Semilla se desdibujaba y oscilaba como si la estuviera contemplando a través de unas aguas torrenciales. El viento le mordió los ojos cuando levantó la vista y vio unas figuras blancas que volaban por el aire como juguetes, retorciéndose en medio de un torbellino de cristales rotos, trizas de madera y esquirlas de piedra. No llegaban a doce los que lograban mantenerse en tierra, dando bandazos y con sus brillantes cabelleras ondeando por detrás de sus cabezas, mientras se aferraban al suelo con todas sus fuerzas para protegerse de aquel huracán.

Uno de ellos alargó una mano hacia Ferro, enseñándole los dientes al viento. Una mujer, enfundada en una cota de mallas trepidante que trataba de avanzar hacia ella lanzando zarpazos al aire. Poco a poco se iba acercando. Un rostro terso, orgulloso, lleno de frío desdén.

Como los rostros de los Devoradores que habían ido a por ella cerca de Dagoska. Como los rostros de los traficantes de esclavos que le habían robado la vida. Como el rostro de Uthman-ul-Dosht, que se había burlado de su ira y de

su indefensión.

El aullido furioso de Ferro se mezcló con el aullido del viento. No sabía que fuera capaz de soltar un mandoble tan fuerte con una espada. Una mirada de conmoción apenas tuvo tiempo de nacer en la perfecta cara de la Devoradora antes de que la espada le cercenase el brazo extendido y le separase la cabeza de los hombros. El cuerpo, despidiendo polvo por sus heridas, fue arrancado del suelo y salió volando hecho un guiñapo.

El aire estaba lleno formas vertiginosas. Ferro no se movía mientras los escombros pasaban silbando a su lado. Una viga atravesó el pecho de un Devorador y se lo llevó gritando por los aires, ensartado como una langosta en un pincho. Otro reventó de pronto, en medio de una nube de sangre y de polvo, y sus pedazos ascendieron en espiral hacia el cielo estremecido.

El gran Devorador barbudo trataba de avanzar contra el viento blandiendo en alto su enorme estaca y rugiendo unas palabras que nadie podía oír. A través del torbellino de aire, Ferro vio que Bayaz le miraba alzando una ceja y luego oyó cómo sus labios pronunciaban una palabra.

—Arde.

Durante un instante resplandeció como una estrella y su imagen quedó grabada en blanco en la retina de Ferro. Luego, sus huesos carbonizados se perdieron en la tormenta.

Ya sólo quedaba Manum. Luchaba con desesperación contra el viento, arrastrando los pies sobre las piedras y el hierro del suelo, avanzando centímetro a centímetro en dirección a Bayaz. Una espinillera de su armadura se separó de la pierna y salió despedida por el aire enloquecido, luego la siguió una de las placas del hombro. Sus ropas desgarradas aleteaban y la piel de su cara iracunda comenzó a vibrar y a estirarse.

—¡No! —una de sus manos, con todos los dedos en tensión, trato desesperadamente de lanzar un zarpazo contra el Primero de los Magos.

—Sí —dijo Bayaz; el aire que rodeaba su cara sonriente vibró como el aire en el desierto. A las manos de Manum se les arrancaron las uñas y su brazo izquierdo se dobló hacia atrás y se separó de su hombro. Su piel impecable se fue desprendiendo de los huesos, tremolando como las velas de un barco en una tempestad, y su cuerpo desgarrado envió al espacio una nube de polvo marrón como una tormenta de arena sobre las dunas.

De pronto salió despedido, y su cuerpo atravesó un muro en lo alto de uno de los grandes edificios. El viento succionó varios bloques de los bordes del boquete que había abierto y los lanzó hacia afuera y hacia arriba, añadiéndolos al torbellino de papeles, rocas, tablones y cuerpos desmadejados que giraban por el borde de la plaza a un ritmo cada vez más vertiginoso: una espiral de

destrucción que seguía la trayectoria de los círculos de hierro que había trazados en el suelo. Ya había alcanzado la altura de los edificios y seguía subiendo. Devastaba todo cuanto encontraba a su paso, arrancando más piedra, cristal, madera, metal y carne, mientras su velocidad, su oscuridad, su estruendo y su fuerza crecían a cada momento.

Por encima de la ira del viento, Ferro alcanzó a oír la voz de Bayaz.

—Dios sonríe ante los resultados.

El Sabueso se enderezó y sacudió su dolorida cabeza, de cuyo pelo cayó una buena cantidad de mugre. Un hilo de sangre, rojo sobre blanco, recorría su brazo. Después de todo, no había llegado el fin del mundo.

Aunque parecía haber estado a un paso.

El puente y la barbacana habían desaparecido. En su lugar lo único que había ahora era un montón de piedras rotas y un enorme abismo abierto junto a la muralla. Eso, y mucho polvo. Todavía quedaban algunos tipos que seguían matándose unos a otros, pero eran muchos más los que ya no estaban por la labor de combatir y deambulaban entre los escombros dando tumbos, tosiendo y gimiendo. El Sabueso les comprendía muy bien.

Vio a alguien que trepaba por las paredes de lo que antes había sido el foso en dirección a la brecha de la muralla. Un tipo con una mata de pelo alborotado que esgrimía una espada muy larga.

¿Quién iba a ser sino Logen Nuevededos?

—Oh, mierda —maldijo el Sabueso. A ese hombre cada vez se le ocurrían ideas más peregrinas, pero eso no era ni mucho menos lo peor. Alguien le seguía por aquella especie de puente de cascotes. Escalofríos, con el hacha en una mano, el escudo al brazo y un ceño en su mugrienta cara que no hacía presagiar nada bueno.

—¡Mierda!

Hosco encogió sus hombros polvorientos.

—Mejor que les sigamos.

—Sí —el Sabueso hizo una seña con el pulgar a Sombrero Rojo, que acababa de levantarse del suelo y se estaba sacudiendo la suciedad de su zamarra—. Reúne a unos cuantos muchachos, ¿eh? —luego señaló la brecha con la hoja de su espada—. Vamos hacia allá.

Maldita sea, le habían entrado ganas de mear, como siempre.

Jezal retrocedía de espaldas por el vestíbulo en penumbra, sin apenas atreverse a respirar y sintiendo el picor del sudor en las manos, en el cuello, en la base de la espalda.

—¿A qué esperan? —preguntó alguien.

Por encima de ellos se oyó un leve crujido. Jezal levantó la vista hacia las oscuras vigas del techo.

—¿Han oído ese...?

Una difusa figura blanca atravesó el techo y aterrizó en el pasillo sobre uno de los Caballeros de la Escolta. Sus pies le dejaron dos profundas hendiduras en su peto y por el visor comenzó a manar la sangre.

La recién llegada obsequió a Jezal con una sonrisa.

—Saludos del Profeta Khalul.

—¡Por la Unión! —rugió otro Caballero lanzándose a la carga. Al instante su espada se precipitó con un zumbido sobre la mujer. Y al instante siguiente ésta se encontraba ya al otro lado del pasillo. La hoja de acero rebotó contra las piedras del suelo y el hombre perdió el equilibrio. La mujer apareció a su espalda, le agarró de las axilas, dobló ligeramente las rodillas, y el Caballero, pegando un chillido, salió lanzado hacia arriba y atravesó el techo. Una lluvia de yeso cayó al pasillo mientras la mujer agarraba del cuello a otro Caballero y le aplastaba la cabeza contra el muro con tanta fuerza que el hombre quedó incrustado en la mampostería con sus piernas acorazadas colgando en el aire. Las armas antiguas que había en las paredes se soltaron de sus soportes y cayeron en montón sobre su cuerpo.

—¡Por aquí! —el Juez Marovia arrastró al aturdido e indefenso Jezal hacia unas puertas doradas de doble hoja. Gorst alzó una de sus pesadas botas y las abrió de un puntapié. Entraron corriendo en la Cámara de los Espejos que, en ausencia de las numerosas mesas que allí se habían dispuesto para la boda de Jezal, no era más que un vasto espacio vacío recubierto de relucientes baldosas.

Salió disparado hacia la puerta del fondo, rodeado del eco de sus pisadas y de su respiración jadeante. Mientras corría, vio su propia imagen distorsionada en los espejos que tenía enfrente y a los lados. Una visión ridícula. Un rey payaso que huía en su propio palacio, con la corona torcida y la cara bañada en sudor y desencajada por el terror y el agotamiento. Se paró en seco, dando un patinazo, y, en su premura por detenerse, casi se cae al suelo. Gorst consiguió frenarse cuando ya estaba a punto de estrellarse contra su espalda.

Una de las gemelas estaba sentada en el suelo junto a la lejana puerta, con la espalda apoyada en la pared, cuyos espejos la reflejaban produciendo la

impresión de que estaba apoyada en su propia hermana. Levantó lánguidamente una mano teñida de sangre carmesí y le saludó.

Jezal se volvió hacia las ventanas. Antes de que tuviera tiempo de plantearse la posibilidad de saltar por una de ellas, la otra gemela irrumpió en la sala en medio de una nube de centelleantes añicos, rodó varias veces por la pulida superficie del suelo y se enderezó deteniéndose con un resbalón.

Se pasó una mano por su melena dorada, bostezó y chasqueó los labios.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de que siempre son los otros los que se lo pasan bien?

La hora de la verdad

Sombrero Rojo tenía razón. No había motivo para que nadie muriera allí. Nadie, excepto el Sanguinario. Ya era hora de que ese bastardo cargara con su parte de responsabilidad.

—Sigo vivo —susurró Logen—. Sigo vivo —dobló la esquina de un edificio blanco y llegó al parque.

Recordó los tiempos en que aquel lugar estaba lleno de gente. Riendo, comiendo, charlando. Ahora ya no había risas. Vio numerosos cadáveres desperdigados por el césped. Unos con armadura, otros no. En la distancia se oía un fragor, una batalla lejana quizá. Más cerca, lo único que se oía era el silbido del viento que soplaba a través de las ramas desnudas y el chasquido de sus pies sobre la gravilla. Cuando se acercó a los muros del palacio, sintió un hormigueo en la piel.

Los portalones habían desaparecido, sólo quedaban sus goznes retorcidos, que colgaban del arco de acceso. Al otro lado, los jardines estaban sembrados de cadáveres. Hombres con armaduras abolladas y manchadas de sangre. En el sendero de delante de las puertas los había a montones, aplastados y destrozados, como si alguien los hubiera machacado con un martillo gigante. Uno estaba cortado exactamente por la mitad y cada uno de los dos pedazos descansaba sobre un charco de sangre.

En medio de aquella carnicería había un hombre de pie, enfundado en una armadura blanca salpicada de rojo. El viento que barría los jardines le agitaba el pelo por delante de la cara, cuya tez era tan tersa como la de un bebé. Contemplaba con el ceño fruncido un cadáver que había a sus pies; sin embargo, cuando Logen cruzó la puerta, levantó la cabeza y le miró. Sin odio y sin miedo. Sin alegría y sin tristeza. Sin nada de nada.

—Estás muy lejos de tu patria —le dijo en norteño.

—Tú también —Logen estudió aquel rostro vacío—. ¿Eres un Devorador?

—Confieso mi crimen.

—Todos somos culpables de algo —Logen levantó su espada con una mano—. ¿Empezamos?

—Yo sólo vine aquí a matar a Bayaz. A nadie más.

Logen echó una ojeada a los cuerpos destrozados que había esparcidos por los jardines.

—¿Y estos de aquí qué son?

—Una vez que te decides a matar, es difícil decidir cuál ha de ser el número de muertos.

—Eso es cierto. Mi padre decía que la sangre sólo trae más sangre.

—Un hombre sabio.

—Ojalá le hubiera escuchado.

—A veces no es fácil saber dónde está... la verdad —el Devorador levantó su mano derecha, que estaba empapada de sangre, y la miró con el ceño fruncido—. Es apropiado que un hombre justo tenga... dudas.

—Si tú lo dices. Yo no conozco demasiados hombres justos.

—Antes yo creía que sí. Ahora, ya no estoy seguro. ¿Hemos de luchar?

Logen respiró hondo.

—Eso parece.

—Sea, pues.

La embestida fue tan veloz que no le dio tiempo a levantar la espada, y menos aún a balancearla hacia atrás. Logen consiguió esquivarle, pero algo le golpeó en las costillas. ¿Un codo, una rodilla, un hombro? No lo sabía. Tampoco es fácil saberlo cuando se está rodando por el suelo y todo da vueltas a tu alrededor. Intentó ponerse de pie y vio que no podía. Lo más que pudo hacer fue levantar unos centímetros la cabeza. Cada uno de sus jadeos le producía un dolor lacerante. Se dejó caer y fijó la vista en el firmamento blanco. Bien pensado, tal vez hubiera sido mejor quedarse fuera de las murallas. Tal vez debería haber dejado que los muchachos se quedaran descansando entre los árboles hasta que las cosas se hubieran calmado un poco.

La alta figura del Devorador surgió difusa ante sus ojos: una silueta negra recortada sobre las nubes.

—Lamento todo esto. Rezaré por ti. Rezaré por ti y por mí —y levantó su pie acorazado.

Un hacha se estampó contra su cara e hizo que se apartara tambaleándose. Logen sacudió la cabeza para despejarse y tomó aire. Luego se apoyó en un codo y se fue incorporando mientras se apretaba el costado con la

otra mano. Vio que un puño metálico de color blanco se estrellaba contra el escudo de Escalofríos. El impacto fue tan brutal que arrancó un buen trozo del borde y puso a Escalofríos de rodillas. Una flecha rebotó en la placa que cubría el hombro del Devorador, y cuando éste se volvió, tenía una raja ensangrentada abierta en un lado de la cabeza. Otra flecha le entró limpiamente por el cuello. Hosco y el Sabueso estaban en la puerta, con los arcos en alto.

El Devorador se acercó a ellos a grandes zancadas, levantando un viento que arrancaba la hierba a su paso.

—Hummm —soltó Hosco.

El Devorador le embistió con su codo acorazado. Hosco salió volando, se estrelló contra un árbol que había a unas veinte zancadas y cayó al suelo hecho un guiñapo. El Devorador alzó el otro brazo para fulminar al Sabueso y un Carl le clavó una lanza y le obligó a retroceder. Más norteños irrumpieron por las puertas y se abalanzaron sobre el Devorador pegando aullidos y descargando sobre él una lluvia de golpes con sus hachas y espadas.

Logen se dio la vuelta, se arrastró por el césped y agarró su espada, arrancando de paso unos cuantos puñados de hierba húmeda. Un Carl se derrumbó a su lado con el cráneo cubierto de sangre. Logen apretó los dientes y se lanzó a la carga blandiendo la espada con ambas manos.

El filo penetró en el hombro del Devorador, atravesó la armadura y le abrió una raja hasta la altura del pecho, que lanzó un chorro de sangre a la cara del Sabueso. Casi al mismo tiempo, otro de los Caris le alcanzó de pleno en el costado con una maza, le machacó el brazo y le hizo una profunda abolladura en el peto de su armadura.

El Devorador se tambaleó y Sombrero Rojo le soltó un tajo en una pierna, que le hizo caer de rodillas. La sangre manaba de sus múltiples heridas y chorreaba por entre las abolladuras de su armadura blanca formando un charco sobre el camino. Considerando que tenía la cara medio desprendida, no era fácil asegurarlo, pero a Logen le pareció que sonreía.

—Libre —susurró.

Logen alzó la espada del Creador y le separó la cabeza de los hombros.

De pronto se había levantado un viento que se arremolinaba por las sucias calles, silbaba entre los edificios calcinados y arrojaba polvo y ceniza a la cara de West mientras cabalgaba hacia el Agriont. Para hacerse oír, tuvo que gritar.

—¿Qué tal vamos?

—¡Se les han quitado las ganas de seguir luchando! —vociferó Brint—. ¡Están en plena retirada! ¡Debían de estar tan ansiosos por sitiar el Agriont que no contaban con que apareciésemos nosotros! ¡Ahora huyen atropelladamente hacia el oeste! ¡Aún se combate en las proximidades de la Muralla de Arnault, pero Orso los ha expulsado de las Tres Granjas!

West divisó la familiar silueta de la Torre de las Cadenas por encima de unas ruinas y espoleó el caballo para llegar allí cuanto antes.

—¡Bien! ¡Si logramos alejarles del Agriont, tendremos casi ganada la batalla! Entonces podremos... —se interrumpió cuando doblaron una esquina y tuvieron ya a la vista la puerta occidental de la ciudadela. O, para más exactitud, el lugar donde antes había estado.

Tardó un momento en comprender lo que significaba aquello. La Torre de las Cadenas se alzaba a un lado de una brecha gigantesca abierta en la muralla del Agriont. La barbacana, así como grandes sectores de la muralla a ambos lados, estaba derrumbada, y los restos llenaban el foso o se diseminaban por lo que quedaba de las calles aledañas.

Los gurkos estaban dentro del Agriont. El corazón mismo de la Unión estaba en peligro.

En ese mismo momento, un poco más adelante, una caótica batalla estaba teniendo lugar delante de la ciudadela. West hincó las espuelas al caballo y avanzó entre soldados rezagados y heridos hasta la misma sombra de la muralla. Vio a una fila de ballesteros arrodillados lanzar una andanada que abatió a numerosos soldados gurkos. A su lado, un hombre gritó al viento cuando otro intentó hacerle un torniquete en el muñón ensangrentado de una pierna.

La expresión de Pike era más taciturna que nunca.

—Deberíamos quedarnos más atrás, señor. Aquí no estamos a salvo.

West no le hizo caso. Cada hombre tenía que cumplir con su obligación, sin excepciones.

—¡Hay que formar aquí una línea! ¿Dónde está el General Kroy? —el sargento ya no le escuchaba. Miraba embobado hacia arriba con la boca abierta. West se dio la vuelta en la silla.

Una nube negra se elevaba sobre el extremo occidental de la ciudadela. Al principio le pareció que era un remolino de humo, pero al afinar un poco más su sentido de la proporción, West se dio cuenta de que se trataba de una masa de objetos que giraban. Una masa ingente. Innumerables toneladas de materia. Sus ojos siguieron el remolino que cada vez ascendía más y más. Las propias nubes se desplazaban por su influjo y giraban lentamente alrededor de la espiral que subía por el cielo. Los combates fueron perdiendo fuelle: tanto los

soldados de la Unión como los gurkos comenzaban a pararse para contemplar absortos el vertiginoso pilar que se alzaba sobre el Agriont, en comparación con el cual, la Torre de las Cadenas parecía un simple dedo negro que se recortaba sobre él, y la Casa del Creador, más al fondo, era poco más que un insignificante alfiler.

Y entonces empezaron a caer objetos del cielo. Primero, bastante pequeños. Astillas, polvo, hojas, trozos de papel. Luego un palo no más grande que la pata de una silla, que rebotó sobre el pavimento. Un soldado dio un grito cuando una piedra del tamaño de un puño le golpeó en un hombro. Los que no estaban luchando retrocedieron, se agacharon, se protegieron la cabeza con sus escudos. El viento se hacía cada vez más salvaje: la ropa tremolaba en medio de la tormenta, los hombres se bamboleaban o se doblaban para no perder la verticalidad, mientras entornaban los ojos y apretaban los dientes. La columna giratoria cada vez era más ancha, más oscura, más veloz y más alta, hasta el punto de que ya parecía tocar el cielo. West alcanzó a distinguir recortadas sobre el fondo de nubes blancas unas motas que bailoteaban en sus bordes como enjambres de jejenes en un día de verano.

Sólo que aquello eran enormes bloques de piedra, madera y metal que, por alguna extraña aberración de la naturaleza, habían sido succionados hacia los cielos y se habían puesto a volar. Ni sabía ni entendía lo que estaba pasando. Lo único que podía hacer era mirarlo boquiabierto.

—¡Señor! —le bramó Pike al oído, mientras agarraba la brida de su caballo—. ¡Tenemos que irnos, señor!

En ese momento un gran pedazo de mampostería cayó al suelo no muy lejos de ellos. El caballo de West se puso de manos y relinchó aterrorizado. El mundo entero se tambaleó, giró sobre sí y luego reinó la oscuridad durante un tiempo que West no pudo determinar.

Se encontró caído de bruces en el suelo con la boca llena de porquería. Levantó la cabeza y, bamboleándose como un borracho, consiguió ponerse a cuatro patas mientras el viento rugía en sus oídos y la arenilla que volaba por el aire le picoteaba la cara. Estaba tan oscuro como si fuera el anochecer. El torbellino de desperdicios batía contra el suelo, contra los edificios, contra los hombres que, olvidada ya hace tiempo cualquier idea de lucha, se apiñaban como ovejas tirados boca abajo en el suelo, los vivos mezclados con los muertos. La Torre de las Cadenas estaba cubierta de escombros; las pizarras se desprendían de los armazones de madera y luego los propios armazones eran absorbidos por la tormenta. Una viga gigantesca se estampó contra el suelo y salió dando vueltas sobre sus extremos, apartando cadáveres de su camino, para estrellarse finalmente contra el muro de una casa, cuyo tejado se hundió hacia dentro.

West, totalmente indefenso, tembló, y de sus ojos escocidos cayeron lágrimas ardientes. ¿Iba a ser así como llegara su hora? No cubierto de sangre y de gloria encabezando una carga insensata, como el General Poulder. No muriendo en silencio en medio de la noche, como el Mariscal Burr. Ni siquiera encapuchado en el cadalso para pagar por el asesinato del Príncipe Ladisla.

No. Iba a morir aplastado al azar por una viga gigante caída del cielo.

—¡Perdóname! —le susurró a la tempestad.

Vio como el negro perfil de la Torre de las Cadenas oscilaba. Lo vio inclinarse hacia afuera. Una lluvia de piedras cayó sobre el fango del foso y, luego, el edificio entero se tambaleó y comenzó a derrumbarse con absurda lentitud atravesando el azote de la tormenta en dirección a la ciudad.

Al caer se rompió en monstruosos pedazos que se precipitaron sobre las casas, aplastando como hormigas a las aterradas gentes que había dentro y lanzando mortíferos proyectiles en todas direcciones.

Y eso fue todo.

Ya no había edificios alrededor del espacio que ocupara la que hace no mucho aún era la Plaza de los Mariscales. Las burbujeantes fuentes, las majestuosas estatuas de la Vía Regia, los palacios llenos de pálidos.

Todo había quedado borrado de un plumazo.

La cúpula dorada se había desgajado de la Rotonda de los Lores y se había hecho añicos. Los muros del Cuartel General del Ejército eran un montón de ruinas. El resto de los imponentes edificios habían sido arrasados hasta los cimientos y lo único que quedaba de ellos eran unos simples muñones destrozados. Todo se había disuelto ante los ojos llorosos de Ferro. Todo había sido absorbido por la voracidad de aquella informe masa giratoria que aullaba alrededor del Primero de los Magos y que se alzaba desde el suelo al firmamento.

—¡Sí! —por encima del estruendo de la tormenta le llegó la jubilosa carcajada del Mago—. ¡Soy más grande que Juvens! ¡Más grande que el mismísimo Euz!

¿En esto consistía la venganza? ¿Necesitaría mucho más de esto para sentirse plena por dentro? Ferro se preguntó en silencio cuánta gente habría refugiada en todos esos edificios que habían desaparecido. El débil resplandor de la Semilla comenzó a ascender por su hombro, le alcanzó el cuello y luego la absorbió por completo.

El mundo quedó en silencio.

A lo lejos continuaba la destrucción, pero ahora era algo borroso, cuyos ruidos le llegaban muy amortiguados, como a través del agua. Su mano había llegado más allá de los límites del simple frío. Su brazo se había quedado entumecido hasta la altura del hombro. Vio a Bayaz sonriendo con los brazos en alto. El azote del viento, como un muro en constante movimiento, seguía rodeándoles.

Pero ahora dentro de él había formas.

Mientras el resto del mundo se volvía cada vez más difuso, las formas iban cobrando por momentos mayor nitidez. Finalmente se congregaron en el perímetro externo del más exterior de los círculos. Sombras. Espectros. Una masa hambrienta.

—Ferro... —le llegaron sus voces susurrantes.

En los jardines se había levantado de pronto una tormenta, más repentina aún que las de las Altiplanicies. La luz se había ido y luego habían empezado a caer cosas del cielo oscurecido. El Sabueso ni sabía de dónde venían ni le importaba. Tenía preocupaciones más graves.

Arrastraron a los heridos hasta una puerta alta. Unos resollaban, otros gemían y algunos, lo que era mucho peor, no decían nada. Fuera quedaron dos hombres que habían vuelto al barro. No tenía sentido malgastar fuerzas con una gente por la que ya no se podía hacer nada.

Logen agarraba a Hosco por las axilas y el Sabueso por las botas. A excepción de una pequeña mancha de sangre que tenía en los labios, su cara estaba blanca como la tiza. Bastaba mirársela para darse cuenta de que estaba muy mal, aunque él no se quejaba. Hosco Harding no era de los que se quejaba. Si lo hubiera hecho, lo más seguro es que el Sabueso ni se lo hubiera creído.

Le tendieron en el suelo, en un rincón en penumbra al otro lado de la puerta. El Sabueso oía el repiqueteo de las cosas que golpeaban en las ventanas, ruidos sordos que llegaban del césped de fuera, traqueteos que parecían provenir del tejado. Trajeron más heridos: hombres con brazos y piernas fracturados y otros con cosas bastante peores. Luego entró Escalofríos, con el hacha tinta en sangre en una mano y el brazo del escudo colgando inerte al costado.

El Sabueso no había visto nunca un vestíbulo así. Tenía un suelo de piedra verde y blanca muy pulimentado y con un brillo cristalino. De las paredes colgaban unos cuadros enormes. El techo estaba recubierto de unas

hojas y unas flores tan primorosamente talladas que parecían reales, si no fuera por el oro del que estaban hechas, que refulgía en medio de la penumbra iluminado por la tenue luz que entraba por las ventanas.

Los hombres se inclinaban sobre los compañeros heridos, ofreciéndoles agua y palabras de consuelo, o entablillando algún que otro brazo. Logen y Escalofríos, sin embargo, se limitaban a permanecer de pie mirándose a la cara. No era una mirada de odio exactamente. Pero tampoco de respeto. Al Sabueso le resultaba muy difícil determinar qué había en aquella mirada y en realidad ni siquiera le importaba.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —le espetó—. ¡Creía que ahora eras tú el jefe! ¡Vaya un ejemplo!

Logen le devolvió la mirada y sus ojos brillaron en medio de la penumbra.

—Tengo que ayudar a Ferro —musitó casi para sí mismo—. Y también a Jezal.

El Sabueso le miró fijamente.

—¿Qué tienes que ayudar a quién? ¡Aquí dentro hay gente de carne y hueso que necesita ayuda!

—Nunca se me ha dado bien cuidar de los heridos.

—¡No, sólo crearlos! Si tienes que irte, Sanguinario, vete ya de una vez.

El Sabueso vio el gesto de dolor que hizo Logen al oír aquel nombre. Retrocedió de espaldas, con una mano apretada al costado y la otra agarrada con fuerza a la empuñadura ensangrentada de su espada, y luego se dio la vuelta y salió del fastuoso vestíbulo.

—Duele —dijo Hosco cuando el Sabueso se sentó junto a él.

—¿Qué te duele?

La boca ensangrentada de Hosco esbozó una sonrisa.

—Todo.

—Bueno, pues... —el Sabueso le levantó la camisa. Tenía hundida la mitad del pecho y un gran moraron azul y negro se extendía sobre su cuerpo como una mancha de alquitrán. Costaba trabajo creer que un hombre pudiera seguir respirando con una herida así—. Ah... —masculló sin la menor idea de por dónde empezar.

—Creo que... se acabó.

—¿Cómo? ¿Por esto? —el Sabueso intentó sonreír, pero le fue imposible—. Pero si no es más que un simple arañazo.

—¿Un arañazo, eh? —Hosco intentó levantar la cabeza, hizo un gesto de dolor y la dejó caer casi sin aliento. Luego abrió mucho los ojos—. Ese techo es una maravilla.

El Sabueso tragó saliva.

—Sí, supongo.

—Debí morir hace mucho tiempo, cuando luché con Nuevededos. Lo demás ha sido una propina. Pero me alegro de que fuera así, Sabueso... Siempre disfruté con... nuestras charlas.

Cerró los ojos y dejó de respirar. Hosco Harding nunca había hablado mucho. Era famoso por ello. Ahora quedaría en silencio para siempre. Una muerte absurda, muy lejos de su tierra. No había muerto por nada en lo que creyera, o que entendiera, o que le pudiera reportar algún beneficio. Una pérdida inútil. Pero el Sabueso había visto a mucha gente volver al barro y nunca había visto nada bueno en ello. Respiró hondo y clavó la vista en el suelo.

El solitario farol proyectaba inquietantes sombras sobre la dura piedra y el yeso descascarillado del vestíbulo. Reducía las figuras de los mercenarios a siniestros perfiles y convertía las caras de Cosca y de Ardee en máscaras desconocidas. La oscuridad parecía condensarse en las pesadas piedras del arco y alrededor de la puerta que enmarcaba: antigua, nudosa, granulada y tachonada con remaches de hierro.

—¿Qué es lo que le hace gracia, Superior?

—Ya había estado aquí antes —murmuró Glokta—. Justo en este mismo lugar. Con Silber —extendió la mano y acarició con las yemas de los dedos el picaporte de hierro—. Tuve la mano posada sobre el cerrojo... pero no entré. *Qué ironía. Nos pasamos siglos buscando las respuestas en los lugares más lejanos y resulta que al final casi siempre las tenemos junto a la punta de los dedos.*

Un escalofrío recorrió su espalda contrahecha cuando se inclinó sobre la puerta. Oía algo a lo lejos, una voz apagada que hablaba en una lengua para él desconocida, *¿El Adepto Demoníaco invocando a los moradores del abismo?* Se humedeció los labios; aún seguía muy fresca en su memoria la imagen de los restos congelados del Juez Marovia. *Por muchas ganas que tengamos de conceder a nuestras preguntas un merecido descanso, sería precipitado lanzarse de cabeza. Muy precipitado.*

—Superior Goyle, ya que nos ha conducido hasta aquí, ¿tendría la bondad de ir por delante?

—¿Glub? —balbuceó Goyle a través de la mordaza, abriendo todavía

más sus ojos saltones.

Cosca agarró del cuello al Superior de Adua, cogió el picaporte de hierro con la otra mano, abrió de golpe la puerta y aplicó una bota a las posaderas de Goyle, que se precipitó hacia delante profiriendo unos sonidos ininteligibles. Desde el otro lado de la puerta, junto a la salmodia, que ahora sonaba más alta y más áspera, surgió el chasquido metálico de una ballesta.

¿Qué hubiera dicho el Coronel Glokta? ¿Adelante, muchachos, hacia la victoria? Glokta traspasó la puerta, estuvo a punto de tropezar con su propio pie en el umbral y luego se quedó quieto mirando sorprendido a su alrededor. Ante sus ojos tenía un enorme salón circular abovedado, cuyas paredes en penumbra estaban decoradas con un enorme y muy detallado mural. *Que me resulta desagradablemente familiar.* Una representación de Kanedias, el Maestro Creador, de un tamaño cinco veces superior al natural, se erguía sobre la cámara con los brazos en cruz y unas llamas carmesíes, anaranjadas y blancas a su espalda. En la pared contraria, su hermano Juvens yacía en la hierba bajo un frondoso árbol, desangrándose a través de sus múltiples heridas. Entre los dos hombres, los magos, seis a un lado y cinco al otro, marchaban camino de su venganza con el calvo Bayaz a la cabeza. *Sangre, fuego, muerte, venganza. Nada más indicado, dadas las circunstancias.*

Toda la extensión del suelo estaba cubierta por un intrincado diseño que parecía haber sido trazado con obsesiva meticulosidad. Círculos insertos en otros círculos, extrañas formas y símbolos que configuraban un motivo de enorme complejidad dibujado con nítidas líneas de polvo blanco. *Sal, si no me equivoco.* A una o dos zancadas de la puerta, junto al borde del círculo más externo, Goyle yacía de bruces en el suelo con las manos atadas por detrás. Por debajo de él brotaba sangre y la punta de una flecha asomaba por su espalda. *Dónde debería estar su corazón. Órgano que yo nunca hubiera considerado su punto débil.*

Cuatro de los Adeptos de la Universidad estaban de pie con unos gestos que reflejaban diversos grados de estupefacción. Tres de ellos, Chayle, Denka y Kandelau, sostenían en ambas manos unas velas cuyas mechas chisporroteantes despedían un fétido olor a muerto. Saurizin, el Adepto Químico, agarraba una ballesta descargada. Las caras de los ancianos, iluminadas desde abajo con un bilioso color amarillento, eran una auténtica caricatura del miedo.

En el otro extremo de la habitación, de pie detrás de un atril, Silber miraba con intensa concentración un voluminoso libro a la luz de una sola lámpara. Uno de sus dedos recorría la página produciendo un leve silbido y sus finos labios se movían sin cesar. Incluso a esa distancia, y a pesar de que la habitación estaba helada, Glokta advirtió que por su cara resbalaban gruesas gotas de sudor. A su lado, enfundado en su inmaculada capa blanca,

dolorosamente tieso y lanzando puñaladas hacia el fondo de la sala con sus acerados ojos azules, estaba el Archilector Sult.

—¡Glokta, maldito tullido de mierda! —bramó—. ¿Qué rayos hace usted aquí?

—Yo podría hacerle la misma pregunta, Eminencia —y señaló con el bastón la escena que tenía delante—. Aunque las velas, los libros antiguos, las salmodias y los círculos de sal dejan bastante a las claras de qué va el juego, ¿no? *Un juego que de repente me resulta un tanto infantil. Durante todo este tiempo, mientras yo me abría paso torturando sederos, mientras yo me jugaba la vida en Dagoska, mientras yo hacía chantaje para conseguir votos en su nombre, ¿usted se dedicaba... a esto?*

Sult, no obstante, parecía tomárselo muy en serio.

—¡Lárguese de aquí, maldito idiota! ¡Ésta es nuestra última oportunidad!

—¿Esto? ¿De veras? —Cosca estaba entrando ya por la puerta, seguido por sus mercenarios enmascarados. Los ojos de Silber seguían fijos en el libro, sus labios seguían moviéndose y su cara estaba cada vez más bañada de sudor. Glokta frunció el ceño—. Que alguien le haga callar.

—¡No! —gritó Chayle con el horror reflejado en su minúsculo rostro—. ¡No interrumpa el conjuro! ¡Es una operación muy peligrosa! Las consecuencias podrían ser... podrían ser...

—¡Catastróficas! —chilló Kandelau. A pesar de todo, uno de los mercenarios dio un paso adelante para dirigirse al centro de la sala.

—¡No pise la sal! —aulló Denka mientras la vela que sostenía su mano temblorosa arrojaba cera al suelo—. ¡Por lo que más quiera, no la pise!

—¡Espere! —ordenó Glokta.

El hombre se detuvo al borde del círculo y le miró por encima de la máscara. Mientras hablaban, la habitación se iba enfriando cada vez más, con un frío antinatural. Algo estaba sucediendo en el centro de los círculos. En el aire se apreciaba una vibración, similar a la que se produce encima de una hoguera, que parecía crecer en intensidad en respuesta a la áspera salmodia que recitaba Silber. Glokta permanecía inmóvil, recorriendo con la mirada los rostros de los ancianos Adeptos. *¿Qué hacer? ¿Le detengo, o no? ¿Le detengo o...?*

—¡Permítame! —Cosca dio un paso adelante mientras introducía su mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta negra. *¿No irá a...?* Sacó el brazo haciendo una floritura y con él salió su cuchillo de lanzar. La hoja resplandeció a la luz de las velas, pasó por en medio del aire vibrante del centro de la sala y, con un ruido sordo, se incrustó hasta el mango en la frente de Silber.

—¡Ja! —Cosca palmeó a Glokta en un hombro— ¿Qué le había dicho?

¿Ha visto en su vida un lanzamiento de cuchillo mejor que éste?

La sangre resbaló por un lado de la cara de Silber. Sus ojos miraron hacia arriba pestañeando, se tambaleó y luego se desplomó arrastrando su atril. El libro cayó sobre él, las vetustas páginas aletearon en el aire, y la lámpara se volcó sembrando el suelo con varios regueros de aceite ardiendo.

—¡No! —gritó Sult.

Chayle soltó un grito ahogado y se quedó boquiabierto. Kandelau tiró su vela y se postró de rodillas en el suelo. Denka, aterrado, soltó un chillido y luego se tapó la cara con una mano y contempló la escena por entre los dedos. Se produjo un silencio mientras todo el mundo, a excepción de Cosca, miraba horrorizado el cadáver del Adepto Demoníaco. Glokta aguardaba, enseñando sus escasos dientes y con los ojos casi cerrados. *Como el horrible y maravilloso momento que media entre el golpe que te has dado en un dedo del pie y la llegada del dolor. Aquí viene. Aquí viene.*

Aquí viene el dolor.

Pero no pasó nada. Ninguna risa diabólica resonó en la sala. El suelo no se hundió y dejó al descubierto una de las puertas del infierno. La vibración se detuvo y la habitación se fue calentando. Glokta enarcó las cejas, un tanto decepcionado.

—Al parecer, las artes diabólicas están claramente sobrevaloradas.

—¡No! —gritó de nuevo Sult.

—Me temo que sí, Eminencia. ¡Y pensar que yo le respetaba! —Glokta sonrió al Adepto químico, que seguía sujetando fláccidamente su ballesta descargada, y luego señaló el cuerpo de Goyle—. Buen tiro. Mis felicitaciones. Menos basura que tengo que limpiar —acto seguido hizo una seña con el dedo a los mercenarios que tenía a su espalda—. Prendan a ese hombre.

—¡No! —gritó Saurizín tirando al suelo la ballesta—. ¡Nada de esto ha sido idea mía! ¡Yo no tenía elección! ¡Fue cosa suya! —y apuntó con uno de sus gruesos dedos al cuerpo sin vida de Silber—. ¡Y... suya! —añadió señalando a Sult con un brazo tembloroso.

—Está usted en lo cierto, pero creo que podemos dejar eso para los interrogatorios. ¿Tendría la bondad de arrestar a Su Eminencia?

—Será un placer —Cosca cruzó la amplia sala levantando con las botas una polvareda blanca y arruinando por completo el intrincado diseño que cubría el suelo.

—¡Glokta, maldito idiota! —gritó Sult—. ¡No tiene ni idea del peligro que representa Bayaz! ¡Ese maldito mago y su rey bastardo! ¡Glokta! ¡No tiene derecho...! ¡Aaaah! —aulló cuando Cosca le dobló las manos a la espalda y le

obligó a arrodillarse con su blanca melena alborotada—. ¡No tiene ni idea...!

—Si los gurkos no nos matan a todos, tendrá tiempo de sobra para explicármelo. Puede estar seguro —los labios de Glokta dibujaron una sonrisa desdentada mientras Cosca ataba con fuerza las muñecas de Sult. *No se imagina cuánto tiempo hace que sueño con pronunciar estas* palabras—. Archilector Sult, queda detenido acusado de alta traición contra Su Majestad el Rey.

Jezal no podía hacer otra cosa que permanecer inmóvil mirándolas. Una de las gemelas, la que estaba embadurnada de sangre, levantó lentamente los dos brazos por encima de su cabeza y se estiró con placer. La otra arqueó una ceja.

—¿Cómo te gustaría morir? —preguntó.

—Majestad, poneos detrás de mí. —Gorst alzó su acero largo con su única mano buena.

—No. Esta vez, no —Jezal se quitó la corona de la cabeza, la corona que el propio Bayaz había diseñado de forma tan minuciosa, y la arrojó al suelo. Estaba harto de ser un rey. Si tenía que morir, moriría siendo un hombre como otro cualquiera. Ahora se daba cuenta de todas las ventajas de que había gozado. Muchas más de las que podían soñar la mayor parte de los hombres. Había tenido infinidad de ocasiones de hacer el bien y lo único que había hecho era gimotear y pensar únicamente en sí mismo. Y ahora ya era demasiado tarde—. He vivido mi vida apoyándome en otros. Ocultándome tras ellos. Subiéndome en sus hombros. Esta vez, no.

Una de las gemelas levantó las manos, se puso a aplaudir muy despacio y el rítmico clap-clap produjo un eco al rebotar contra los espejos. La otra dejó escapar una risilla. Gorst levantó su espada y Jezal le imitó. Un último e inútil acto de desafío.

De pronto, el Juez Marovia pasó entre ellos como una exhalación. El anciano se movía con una rapidez inusitada que hacía que su toga negra aleteara con violencia alrededor de su cuerpo. En la mano llevaba un objeto, una especie de vara metálica con un garfio en un extremo.

—¿Qué...? —murmuró Jezal.

El garfio se encendió de pronto con un resplandor blanco tan abrasador como el del sol en un día de verano. Cien garfios ardientes como estrellas aparecieron reflejados en los espejos de las paredes hasta perderse en el infinito. Jezal soltó un grito ahogado, apretó con fuerza los ojos y se cubrió la cara con una mano mientras en su retina quedaba marcada la huella de aquel punto

deslumbrante.

Pestañeó, abrió la boca y bajó el brazo. Las gemelas seguían de pie en el mismo sitio de antes, pero ahora estaban quietas como estatuas y tenían al Juez Marovia a su lado. Unos zarcillos de vapor blanco salieron por unos orificios que había en el extremo de la extraña arma y se enroscaron en el brazo de Marovia. Por un momento, nada se movió.

De pronto doce de los grandes espejos que había en el lado opuesto del gran salón cayeron partidos en dos mitades como si fueran hojas de papel cortadas de un tajo por el cuchillo más afilado del mundo. Dos de las mitades inferiores y una de las superiores se derrumbaron despacio sobre la sala y se hicieron añicos desperdigando innumerables fragmentos de cristal por las baldosas del suelo.

—Aaargh —soltó la gemela de la izquierda.

Jezal advirtió que del interior de la armadura de la mujer brotaba sangre. La gemela levantó hacia él una mano, pero nada más hacerlo se desprendió del brazo y cayó al suelo, mientras del muñón tan suavemente amputado comenzaba a chorrear sangre. La mujer se inclinó hacia la izquierda. O para ser más exactos, su tronco, porque las piernas se inclinaron hacia el otro lado. La mayor parte del cuerpo se estrelló contra el suelo y la cabeza se puso a rodar por las baldosas formando un charco cada vez más ancho. Su melena, recortada limpiamente a la altura del cuello, cayó revoloteando sobre el amasijo sangriento como una nube dorada.

Armadura, carne y hueso, todo ello dividido en perfectas porciones cortadas tan limpiamente como el queso con un alambre afilado. La gemela de la derecha dio un paso titubeante hacia Marovia. Las rodillas le cedieron y la mujer cayó partida por la cintura. Las piernas resbalaron por sí solas y quedaron inmóviles en el suelo soltando polvo hasta formar un pequeño montón. Con las uñas echó adelante la parte superior del cuerpo y luego alzó la cabeza y silbó como una serpiente.

El aire que rodeaba al Juez se puso a reverberar y el cuerpo partido de la Devoradora estalló en llamas. Durante unos instantes se revolvió mientras soltaba un prolongado aullido. Luego se quedó inmóvil y se convirtió en una masa humeante de cenizas negras.

Marovia alzó su extraña arma y soltó un leve silbido mientras miraba con gesto sonriente el garfio del extremo, del que seguía saliendo un poco de vapor.

—Este Kanedias era único a la hora de fabricar un arma. Bueno, por algo le llamaban el Maestro Creador, ¿no, Majestad?

—¿Qué? —masculló Jezal totalmente perplejo.

La piel del rostro de Marovia se derretía poco a poco mientras se les acercaba y otra iba surgiendo por debajo. Sólo sus ojos seguían siendo los mismos. Unos ojos de diferente color, con alegres arrugas en las comisuras, que sonreían a Jezal como a un viejo amigo.

Yoru Sulfur hizo una reverencia.

—Nunca tenemos un momento de paz, ¿verdad, Majestad? Ni un solo momento de paz.

Se oyó un estrépito y una de las puertas del salón se abrió de golpe. Jezal levantó la espada con el corazón en la boca. Sulfur se volvió a toda prisa, blandiendo el arma del Creador. Un hombre entró tambaleándose en la sala. Un hombretón con la cara cubierta de cicatrices y el pecho jadeante que se apretaba las costillas con una mano mientras con la otra sujetaba una espada.

Jezal pestañeó con incredulidad.

—Logen Nuevededos. ¿Cómo demonios ha llegado aquí?

El norteño se le quedó mirando fijamente durante un instante. Luego se apoyó en uno de los espejos cercanos a la puerta y dejó que se le cayera la espada. Se deslizó muy despacio hasta el suelo y allí se quedó sentado con la cabeza apoyada en el espejo.

—Es una larga historia —dijo.

—Escúchanos...

El viento estaba ahora lleno de formas. Las había a centenares. Se agolpaban alrededor del círculo más exterior, cuyo hierro brillante se había vuelto ahora nebuloso y relucía con una fría humedad.

—...tenemos muchas cosas que contarte, Ferro...

—Secretos...

—¿Qué quieres que te contemos?

—Nosotras lo sabemos... todo...

—Sólo tienes que dejarnos entrar...

Tantas voces... Entre ellas oyó la de Aruf, su antiguo maestro. Oyó a Susmam, el traficante de esclavos. Oyó a su madre y a su padre. Oyó a Yulwei y al Príncipe Uthman. Cien voces. Mil. Voces conocidas que había olvidado. Voces de los muertos y de los vivos. Gritos, murmullos. Susurros al oído. Cada vez más cercanas. Más cercanas que sus propios pensamientos.

—¿Quieres venganza?

—Nosotras podemos dártela.

—Una venganza como nunca habías soñado.

—Todo lo que quieras. Todo lo que necesites.

—Pero déjanos entrar.

—¿Ese vacío que tienes dentro?

—¡Nosotras somos lo que te falta!

Los anillos metálicos se habían cubierto de escarcha. Ferro estaba arrodillaba al final de un mareante túnel cuyas paredes estaban hechas de una materia vertiginosa, rugiente, furiosa y llena de sombras, y cuya otra boca se encontraba más allá del cielo oscuro. La risa del Primero de los Magos resonaba lejana en sus oídos. El aire zumbaba con fuerza, se retorcía, reverberaba, se volvía borroso.

—Tú no tienes que hacer nada.

—Bayaz —Él lo hará.

—¡Es un iluso!

—¡Un embustero!!

—¡Déjanos entrar!

—¡Te está utilizando!

—¡Se ríe!

—¡Pero la risa le durará poco!

—Las puertas ceden.

—Déjanos entrar...

Si Bayaz oía las voces, no daba señales de ello. Unas grietas que arrancaban bajo sus pies recorrían el tembloroso enlosado y nubes de astillas revoloteaban a su alrededor girando en espiral. Los círculos de hierro empezaron a moverse, a hincharse, como si fueran a reventar. Con ruido de metal torturado, sus aristas refulgentes se desgajaron de las piedras quebradas.

—Los sellos se rompen.

—Once vueltas de llave hacia un lado.

Y once vueltas hacia el otro.

—¡Sí! —exclamaron todas las voces al unísono.

Las sombras se acercaron más a ella. La respiración de Ferro se hacía más corta y más rápida, le castañeaban los dientes, sus miembros temblaban y el frío le penetraba hasta el mismo corazón. Estaba arredilada ante un precipicio sin

fondo, ilimitado, lleno de sombras, lleno de voces.

—Pronto estaremos contigo.

—Muy pronto.

—Llega nuestra hora.

—Los dos lados de la línea divisoria al fin unidos.

—Como siempre estuvo dispuesto que había de ser.

—Hasta que Euz dictó su Primera Ley.

—Déjanos entrar...

Sólo tenía que seguir aferrada a la Semilla un momento más. Luego las voces le concederían la venganza que tanto anhelaba. Bayaz era un embustero, lo había sabido desde el principio. No le debía nada. Sus ojos parpadearon, se cerraron, y su boca se abrió. El ruido del viento se había hecho más débil y ya sólo oía las voces.

Susurrantes, consoladoras, justas.

—Nos haremos con el mundo y lo mejoraremos.

—Juntas.

—Déjanos entrar...

—Tú nos ayudarás.

—Tú nos liberarás.

—Ten confianza en nosotras.

—Confía en nosotras...

¿Confiar?

Una palabra que sólo utilizan los embusteros. Ferro recordó la devastación de Aulcus. Las ruinas huecas, el barrizal reventado. Las criaturas del Otro Lado son todo mentiras. Era mejor tener dentro un vacío que llenarlo con esto. Metió la lengua entre los dientes, la mordió y sintió que su boca se llenaba de sangre salada. Aspiró aire con fuerza y obligó a sus ojos a abrirse.

—Confía en nosotras...

—¡Déjanos entrar!

Vio la caja del Creador, una simple silueta borrosa que bailaba ante sus ojos. Se inclinó y clavó en ella las yemas insensibles de sus dedos mientras el aire a su alrededor la azotaba. No sería esclava de nadie. Ni de Bayaz ni de los Reveladores de Secretos. Encontraría su propio camino. Un camino oscuro tal vez, pero suyo.

La tapa se abrió.

—¡No! —silbaron las voces a su oído.

—¡No!

Ferro apretó los dientes manchados de sangre y gruñó con rabia al obligar a sus dedos a abrirse. El mundo era una masa aullante, informe y oscura. Poco a poco, muy poco a poco, su mano muerta se abrió. Esa era su venganza. Su venganza contra los embusteros, contra los manipuladores, contra los ladrones. La tierra, frágil y fina como una lamina de cristal, tembló, se desmoronó y se desgarró, dejando un inmenso abismo bajo ella. Ferro giró su mano, la abrió y la Semilla cayó dentro de la caja.

Todas a una las voces repitieron su tajante orden.

—*¡No!*

Ferro agarró a ciegas la tapa.

—¡Que os jodan! —gritó.

Y con su último gramo de fuerza, cerró la caja.

Después de las lluvias

Logen se apoyó en el parapeto de una de las torres que se alzaban a los lados del palacio, y, frunciendo el ceño, se puso de cara al viento. Lo mismo que había hecho, en un tiempo que ahora le parecía infinitamente lejano, en la Torre de las Cadenas, Entonces había contemplado fascinado la interminable ciudad mientras se preguntaba si alguna vez había soñado que existiera una creación humana tan hermosa, tan soberbia, y tan indestructible como el Agriont.

Por los muertos, cómo cambian los tiempos.

Enormes cascotes se diseminaban por el espacio verde del parque, los árboles estaban partidos, la hierba arrancada y la mitad del lago había perdido su agua y se había convertido en una ciénaga. En su extremo occidental todavía se mantenía en pie una fila de edificios blancos, aunque con los vanos de sus ventanas vacíos. Los que se veían un poco más al oeste ya no tenían tejados y las vigas colgaban al descubierto. Y los de un poco más lejos tenían los muros destrozados y apenas eran otra cosa que unos cascarones repletos de escombros.

Más allá, ya no había nada. El gran salón de la cúpula dorada había desaparecido. La plaza donde Logen había visto el Certamen de esgrima había desaparecido. La Torre de las Cadenas, la poderosa muralla que se extendía a sus pies, los magníficos edificios por los que Logen había huido con Ferro. Todo había desaparecido.

El extremo occidental del Agriont era un círculo colosal de destrucción en el que sólo quedaban hectáreas y hectáreas de ruinas y escombros. Más allá, cubierta de negras cicatrices, se extendía la ciudad, desde la que aún se alzaban columnas de humo de incendios no apagados y de los restos de barcos que flotaban a la deriva en la bahía. Por encima de aquel panorama desolador, la adusta mole negra de la Casa del Creador se erguía indiferente e intacta bajo un amenazador mar de nubes.

Mientras permanecía ahí de pie, Logen se rascaba las cicatrices de la cara una y otra vez. Le dolían sus heridas. Y eran muchas. No había ni un solo centímetro de su cuerpo que no estuviera maltrecho y amoratado, rajado y desgarrado. Restos del combate con el Devorador, de la batalla al otro lado del

foso, del duelo con el Temible, de los siete días de matanzas en las Altiplanicies. De cientos de combates, escaramuzas y antiguas campañas. Demasiadas cosas para poder recordarlas todas. Se sentía tan cansado, tan dolorido, tan enfermo...

Bajó la vista, y al ver sus manos apoyadas en el parapeto, torció el gesto. La piedra desnuda le devolvía la mirada a través del hueco que había dejado su dedo del medio. Seguía siendo Nuevededos. El Sanguinario. Un hombre hecho de muerte, como dijo Bethod. Ayer había estado a punto de matar al Sabueso, lo sabía. Su más viejo amigo. Su único amigo. Había levantado su espada, y sólo un golpe del destino impidió que lo hiciera.

Se acordó de la vez que estuvo en uno de los costados de la Gran Biblioteca del Norte, contemplando el valle vacío y el lago cristalino que se desplegaba a sus pies como un enorme espejo. Recordó que mientras sentía la caricia del viento en su cara recién afeitada se preguntó si un hombre podía cambiar.

Ahora ya sabía la respuesta.

—¡Maese Nuevededos!

Logen se volvió con rapidez y silbó entre dientes al sentir que le ardían las cicatrices de la cara. El Primero de los Magos apareció en la puerta y salió al aire libre. De alguna manera, había cambiado. Parecía joven. Incluso más joven que cuando Logen le conoció. Sus movimientos eran ahora más ágiles y sus ojos más brillantes. Hasta le pareció distinguir algunos pelos negros en la barba gris que rodeaba su amistosa sonrisa. La primera sonrisa que Logen veía desde hacía mucho tiempo.

—¿Está herido?

Logen sorbió con amargura entre dientes.

—No es la primera vez.

—Pero eso no hace que sea menos doloroso —Bayaz posó sus manos carnosas en la piedra al lado de las de Logen y contempló alegremente el paisaje. Como si en lugar de un campo de ruinas fuera un campo de flores—. No esperaba volver a verle tan pronto. Ni habiendo prosperado tanto. Tengo entendido que por fin saldó sus viejas cuentas. Derrotó a Bethod y, según he oído, le arrojó desde lo alto de su propia muralla. Un exquisito detalle. Siempre pensando en la canción que se cantará luego, ¿eh? Y no contento con eso, después ocupó su puesto. El Sanguinario, Rey de los Hombres del Norte. Quién lo iba a imaginar.

Logen frunció el ceño.

—No fue así como ocurrió.

—Bueno, qué importan los detalles. El resultado es el mismo, ¿no? Por

fin reina la paz en el Norte. Ocurriera lo que ocurriera, le felicito.

—Bethod me estuvo contando algunas cosas.

—¿Ah, sí? —dijo Bayaz con tono despreocupado—. A mí su conversación siempre me resultó un tanto aburrida. Siempre hablaba de sí mismo, de sus planes, de sus logros. Es muy cansado que un hombre nunca piense en los demás. Y muy descortés.

—Me dijo que si no me mató fue por usted. Que negoció con él para salvarme la vida.

—Cierto, he de confesarlo. Me debía un favor y su vida fue el precio que le exigí. Me gusta ser previsor. Ya entonces sabía que un día podía necesitar a un hombre capaz de hablar con los espíritus. Que ese hombre resultara ser además un estupendo compañero de viaje fue un inesperado premio.

Logen se dio cuenta de que estaba hablando con los dientes apretados.

—No hubiera estado mal haberlo sabido.

—Nunca me lo preguntó, Maese Nuevededos. Si no recuerdo mal, usted no quiso conocer mis planes, y yo, por mi parte, no quería que se sintiera en deuda conmigo. No me parece que decirle a un hombre que le has salvado la vida sea una buena manera de iniciar una amistad.

Como siempre ocurría con Bayaz, todo lo que decía resultaba bastante razonable, pero haber sido canjeado, como si fuera un cebón, le dejaba un regusto amargo.

—¿Dónde está Quai? Me gustaría...

—Muerto —Bayaz pronunció la palabra con un tono acerado y afilado como un cuchillo—. Una pérdida que ambos sin duda lamentamos.

—¿De vuelta al barro? —Logen recordó el esfuerzo que había hecho por salvarle la vida. Los kilómetros que había recorrido bajo la lluvia para intentar actuar correctamente. Todo inútil. Quizá debió de sentirlo más. Pero era difícil con tanta muerte por todas partes. Logen se sentía insensibilizado. O a lo mejor es que en realidad le importaba un carajo. No era fácil saberlo—. De vuelta al barro —dijo de nuevo, en voz baja—. Pero eso no le impide a usted seguir adelante, ¿no?

—Por supuesto que no.

—En eso consiste sobrevivir. Se recuerda a los muertos, se dicen unas palabras en su memoria y luego se sigue adelante confiando en que las cosas vayan a mejor.

—Cierto.

—Hay que ser realista.

—Sin duda.

Logen se frotó el costado dolorido con una mano a ver si así conseguía sentir algo. Pero sentir tan sólo un poco más de dolor no servía de nada.

—Ayer perdí a un amigo.

—Fue una jornada sangrienta. Pero victoriosa.

—¿Ah, sí? ¿Para quién? —veía a la gente que pululaba como insectos entre las ruinas buscando supervivientes y encontrando muertos. Dudaba que ninguno de ellos se sintiera victorioso en este momento. Él, desde luego, no se sentía así—. Debería estar con los míos —dijo en voz baja. Pero no se movió—. Ayudando a enterrar a los muertos. Ayudando a los heridos.

—Y sin embargo está aquí, mirando desde arriba —la mirada de los ojos verdes de Bayaz tenía la dureza de una piedra. Una dureza que Logen había advertido desde el primer momento pero de la que se había olvidado. Como si, por alguna razón, hubiera optado por no tenerla en cuenta—. Comprendo muy bien cómo se siente. Pero la capacidad de curar es cosa de jóvenes. Con la edad uno descubre que cada vez tiene menos paciencia con los heridos —enarcó las cejas y se volvió para contemplar el terrible panorama—. Yo ya soy muy viejo.

Levantó un puño para llamar con los nudillos, pero se detuvo, y nervioso, se frotó la palma de la mano con los dedos.

Recordaba su olor agridulce, la fuerza de sus manos, la forma de sus cejas a la luz del fuego. Recordaba su calor, cuando se apretaba de noche contra él. Sabía que entre ellos había habido algo bueno, aunque todas las palabras que dijeron hubieran sido duras. Hay personas a las que no les salen las palabras suaves, por mucho que lo intenten. No se hacía demasiadas ilusiones, por supuesto. Un hombre como él estaba mejor sin ellas. Pero no puedes sacar algo de donde no has metido nada.

De modo que Logen apretó los dientes y llamó. No hubo respuesta. Se mordió el labio y volvió a llamar. Nada. Frunció el ceño, inquieto, y perdiendo la paciencia de pronto, retorció el pomo y abrió la puerta de un empujón.

Ferro se dio la vuelta. Su ropa estaba arrugada y sucia, incluso más que de costumbre. Tenía los ojos muy abiertos, casi desorbitados, y los puños apretados. Pero su cara expresó desilusión al comprobar quién era, y a él se le cayó el alma a los pies.

—Soy yo, Logen.

—Hummm —gruñó ella, y con un gesto brusco volvió la cabeza y se

puso a mirar por la ventana con el ceño fruncido. Logen se acercó un par de pasos y ella se volvió de golpe.

—¡Allí!

—¿Allí qué? —preguntó Logen desconcertado.

—¿No oyes?

—¿Si no oigo qué?

—¡A ellos, idiota! —y se acercó a una pared y se pegó a ella.

Logen no había estado muy seguro de cómo iba a ir la visita. Con ella nunca se podía estar seguro de nada, eso ya lo sabía. Pero no se había esperado esto. En fin, habría que seguir tirando del carro. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Ahora soy Rey —soltó con un resoplido—. Rey de los Hombres del Norte, ¿te lo puedes creer? —pensó que se iba a reír, pero ella siguió escuchando pegada a la pared—. Luthar y yo. Los dos somos reyes. ¿Se te ocurren dos cabrones más inútiles para ponerles una corona? —ninguna respuesta.

Logen se humedeció los labios. Al parecer, no le iba a quedar más remedio que ir directamente al grano.

—Ferro, las cosas entre nosotros acabaron de una manera que... bueno... —dio un paso hacia ella. Luego otro—. Ojalá no hubiera... No sé... —le puso una mano en el hombro—. Ferro... estoy intentando decirte...

Ella se volvió de golpe y le cerró la boca con la mano.

—Chisss —acto seguido le agarró de la camisa y tiró de ella hacia abajo hasta ponerle de rodillas. Luego, Ferro pegó una oreja a las baldosas y empezó a mover los ojos de un lado para otro como si estuviera escuchando algo—. ¿Oyes eso? —le soltó y luego se arrastró hasta un rincón—. ¡Allí? ¿No los oyes?

Logen alargó despacio una mano, se la puso en la parte de atrás del cuello y pasó las ásperas yemas de sus dedos por su piel. Ferro se desembarazó de él sacudiendo los hombros y Logen torció el gesto. Quizá la idea de que entre ellos hubo una vez algo bueno había estado sólo en su mente y no en la de ella. Quizá lo había deseado tanto que al final había acabado por imaginarse que era cierto.

Se puso de pie y se aclaró su garganta reseca.

—Vale. Volveré más tarde. Quizá.

Ella seguía de rodillas, con la cabeza pegada al suelo. Ni siquiera le miró cuando se fue.

La muerte no era ninguna desconocida para Logen Nuevededos. Había caminado a su lado durante toda su vida. Había visto cuerpos ardiendo por veintenas después de la batalla de Carleon, en un pasado ya remoto. Había visto cómo los enterraban a centenares en el valle sin nombre de las Altiplanicies. Había caminado por una montaña de huesos humanos en la arrasada Aulcus.

Pero ni siquiera el Sanguinario, ni siquiera el hombre más temido del Norte, había visto jamás algo parecido a aquello.

Los cuerpos se apilaban a lo largo de la amplia avenida en montones que llegaban a la altura del pecho. Una sucesión interminable de inestables montañas de cadáveres. Cientos y cientos. Demasiados para poder calcular su número. Los habían intentado cubrir, pero sin esforzarse demasiado. Después de todo, los muertos no lo agradecen. Unas sábanas desgarradas, con unos cuantos maderos encima para que no se volaran, aleteaban movidas por la brisa, mientras por debajo de ellas asomaban manos y pies sin vida.

En ese extremo de la calle aún quedaban en pie unas cuantas estatuas. Reyes otrora orgullosos, acompañados de sus consejeros, cuyos rostros y cuerpos de piedra, picados y cubiertos de cicatrices, miraban con desolación los despojos ensangrentados que se amontonaban a sus pies. Bastaba su presencia para que Logen reconociera que se encontraba en la Vía Regia y que no había ido a parar sin darse cuenta al país de los muertos.

Unos pasos más allá ya sólo quedaban pedestales vacíos, algunos de los cuales aún conservaban las piernas rotas de sus estatuas. Un extraño grupo se arremolinaba a su alrededor. Unas gentes de aspecto consumido. Medio vivos o medio muertos. Un hombre que estaba sentado sobre un bloque de piedra se arrancaba el pelo a puñados con gesto ausente. Otro tosía y escupía en un trapo ensangrentado. Una mujer y un hombre estaban tendidos juntos en el suelo mirando al infinito con las cabezas reducidas casi a simples calaveras. Ella respiraba con jadeos secos y breves. Él no respiraba.

Otros cien pasos y fue como si Logen caminara sobre un infierno en ruinas. No había señales de que nunca hubiera habido allí estatuas, ni edificios, ni ninguna otra cosa. Lo único que había eran unas colinas enmarañadas formadas por todo tipo de desechos. Piedra rota, madera astillada, metal retorcido, papel, cristal, todo junto y apelmazado entre toneladas de polvo y de barro. Algunos objetos se destacaban, curiosamente intactos: una puerta, una silla, una alfombra, un plato pintado, la cara sonriente de una estatua.

Por todas partes se veían hombres y mujeres cubiertos de mugre, que bregaban en medio de aquel caos: rebuscando entre la inmundicia, arrojándola a un lado, tratando de abrir caminos transitables. ¿Gentes ocupadas en tareas de

rescate, operarios, saqueadores? ¿Quién sabe lo que eran? Logen pasó junto a una fogata tan alta como un hombre y sintió en su mejilla el beso de su calor. Junto a ella había un soldado con la armadura tiznada de hollín.

—¡Si encontráis algún trozo de metal blanco, o cualquier cosa parecida, tiradlo al fuego! —gritaba a los que rebuscaban entre los escombros—. Los trozos de carne humana con metal blanco también. ¡Órdenes del Consejo Cerrado!

Unas zancadas más adelante, había alguien en lo alto de uno de los montículos más grandes tratando de mover una viga enorme. De pronto se dio la vuelta para intentar agarrarla mejor. No era otro que Jezal dan Luthar. Su ropa estaba desgarrada y tenía la cara manchada de barro. Tenía tan poco aspecto de rey como pudiera tenerlo Logen.

Un hombre corpulento, con un brazo en cabestrillo, le miraba desde abajo.

—¡Majestad, aquí no estáis a salvo! —exclamó con una voz extrañamente femenina—. ¡Sería mejor que nos...!

—¡No! ¡Aquí es donde me necesitan! —Jezal volvió a inclinarse sobre la viga con las venas de la frente hinchadas. No había forma de que pudiera moverla él solo, pero lo seguía intentando. Logen se le quedó mirando.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Toda la noche y todo el día —repuso el hombre corpulento—. Y no da señales de que lo vaya a dejar. Hemos encontrado con vida a estos pocos de aquí, casi todos con la misma enfermedad —señaló con el brazo sano al lastimoso grupo que había junto a las estatuas—. Se les cae el pelo. Y las uñas. Y los dientes. Se consumen. Algunos han muerto ya. Otros están en camino —sacudió lentamente la cabeza—. ¿Qué crimen hemos cometido para merecer este castigo?

—El castigo no siempre recae sobre los culpables.

—¡Nuevededos! —Jezal le miraba iluminado por la mortecina luz del sol que tenía a su espalda—. ¡Necesito una espalda fuerte! ¡Suba y agárreme el extremo de esta viga!

No estaba muy claro de qué podía servir mover una viga en medio de todo aquello. Pero, como solía decirle a Logen su padre, los grandes viajes empiezan con pasos pequeños. Mientras subía, la madera crujía y las piedras resbalaban bajo sus botas. Cuando llegó arriba, se paró y echó un vistazo alrededor.

—¡Por los muertos! —vistos desde allí, los montículos de escombros parecían extenderse hasta el infinito. Había gente trepando por ellos,

agarrándose a lo que podían, y otros que, como él, permanecían de pie en lo alto, anonadados por el alcance de la tragedia: un círculo de desechos inútiles de no menos de un par de kilómetros de diámetro.

—¡Ayúdeme, Logen!

—Sí, claro —se agachó y metió las manos por debajo de uno de los extremos de la viga. Dos reyes arrastrando una viga. Los reyes del barro.

—¡Tire! —Logen jadeó y sus heridas le ardieron. Pero poco a poco sintió que la madera cedía—. ¡Así! —gruñó Jezal apretando los dientes. Entre los dos lograron levantarla y la echaron a un lado. Jezal apartó una rama seca y una sábana desgarrada. Debajo había una mujer mirando hacia un lado. Con su brazo roto abrazaba a un niño, cuyo pelo rizado estaba empapado de sangre.

—Bien —Jezal se limpió la boca con el dorso sucio de la mano—. Bien. Los pondremos junto al resto de los muertos —y trepó un poco por encima de los escombros—. ¡Eh ¡Súbame esa palanca! ¡Y también un pico! ¡Hay que levantar estas piedras! Luego las iremos apilando ahí. Las vamos a necesitar. ¡Para reconstruir!

Logen le puso una mano en el hombro.

—Jezal, espere. Espere. Usted me conoce.

—Pues claro. Me gusta pensar que sí, desde luego.

—Bien. Entonces dígame una cosa. ¿Soy... —se esforzó por encontrar las palabras adecuadas—... una mala persona?

—¿Usted? —Jezal le miró confuso—. Usted es la mejor persona que he conocido en mi vida.

Se agrupaban en la penumbra bajo un árbol quebrado del parque. Oscuras siluetas de hombres de pie, inmóviles, en calma, y arriba, en lo alto, nubes rojas y doradas alrededor del sol que ya empezaba a ponerse. Mientras se acercaba a ellos, Logen oía sus voces. Voces bajas y pesarosas que pronunciaban palabras en memoria de los muertos. Vio las sepulturas que se extendían a los pies del grupo. Unos veinte montones de tierra removida, dispuestos en círculo para que nadie fuera más que nadie. La Gran Niveladora, como decían los montañeses. Hombres devueltos al barro y hombres pronunciando palabras. Podría haber sido una escena del antiguo Norte, de otra época, de los tiempos de Skarling, el Desencapuchado.

—... Hosco Harding. En mi vida conocí un arquero mejor. Jamás. No se pueden contar las veces que me salvó la vida, sin esperar nunca que le diera las

gracias. Sólo, tal vez, que yo hiciera lo mismo por él si llegaba la ocasión. Pero esta vez no pude. Ninguno de nosotros pudo...

La voz del Sabueso se interrumpió. Unas cuantas cabezas se volvieron para mirar a Logen al oír el crujido de sus pasos en la gravilla.

—Vaya, pero si es el Rey de los Hombres del Norte —dijo alguien.

—El Sanguinario en persona.

—Tendríamos que inclinarnos, ¿no?

Ahora todos le miraban. Vio sus ojos brillando en medio del anochecer. No eran más que unas siluetas desgreñadas; resultaba imposible distinguir a un hombre de otro. Un grupo de sombras. Un grupo de fantasmas. Ninguno de ellos amistoso.

—¿Tienes algo que decir, Sanguinario? —llegó desde atrás una voz.

—Creo que no —contestó—. Lo estáis haciendo muy bien.

—No había ninguna razón para que viniéramos aquí —y acto seguido se alzó un murmullo de asentimiento.

—No era nuestra guerra.

—No tenían por qué haber muerto —los murmullos crecieron.

—Deberíamos estar enterrándote a ti.

—Sí, tal vez sí —Logen hubiera querido llorar al oír aquello. Pero se descubrió a sí mismo sonriendo. Sonriendo con la sonrisa del Sanguinario. La sonrisa de las calaveras, que sólo tienen muerte dentro—. Tal vez sí. Pero no se puede elegir quién ha de morir. .. a menos que se tengan las agallas de tomar el asunto con las propias manos. ¿Las tienes tú? ¿Las tenéis alguno de vosotros? —silencio—. Pues entonces... adiós a Hosco Harding y adiós a los demás muertos. Los echaremos a todos de menos —escupió sobre la hierba—. Y a la mierda todos vosotros —luego se volvió y se fue por donde había venido. Hacia la oscuridad.

Respuestas

Quedan tantas cosas por hacer...

El Pabellón de los Interrogatorios seguía en pie y alguien tenía que coger las riendas. *¿Quién lo hará si no? ¿El Superior Goyle? Ay de mí, una saeta de ballesta en el corazón se lo impide.* Alguien tenía que ocuparse de internar e interrogar a centenares de prisioneros gurkos, un número que seguía creciendo a medida que el ejército hacía retroceder a los invasores hacia Keln. *¿Y quién lo hará si no? ¿La Practicante Vitari? Ha dejado para siempre la Unión, seguida de su prole.* Alguien tenía que investigar la traición de Lord Brock. Sacarla a la luz, desenmascarar a sus cómplices. Alguien tenía que practicar detenciones y obtener confesiones. *¿Y quién queda? ¿El Archilector Sult? Oh, por favor, no.*

Glokta llegó a la puerta de sus aposentos sin aliento y enseñando los dientes a causa del incesante dolor de las piernas. *En todo caso, ha sido una decisión acertada trasladarse al lado este del Agriont. Hay que sentirse agradecido por las pequeñas alegrías que nos da la vida, como, por ejemplo, disponer de un lugar donde esta carcasa tullida pueda descansar un poco. Seguro que en estos momentos mis antiguos aposentos languidecen bajo un montón de escombros, igual que el resto de...*

La puerta no estaba bien cerrada. La empujó muy suavemente y se abrió con un crujido. La tenue luz de una lámpara se derramó sobre el pasillo, dibujando una franja luminosa en los tableros polvorientos, en la base del bastón de Glokta y en la punta embarrada de una de sus botas. *No dejé la puerta sin cerrar y menos aún la lámpara encendida.* Su lengua se deslizó con nerviosismo por sus encías desnudas. *Tengo visita. Una visita que se ha presentado sin haber sido invitada. ¿Entro y le doy la bienvenida a mis aposentos?* Casi sonreía mientras traspasaba renqueando el umbral; primero el bastón, luego el pie derecho y finalmente el izquierdo, arrastrándose dolorosamente por detrás.

El huésped de Glokta se encontraba sentado junto a la ventana, a la luz de una única lámpara, cuyo resplandor se vertía sobre los planos resaltados de su cara, dejando sus concavidades hundidas en una gélida oscuridad. El tablero de los cuadros estaba desplegado ante él, justo como Glokta lo había dejado, y las piezas proyectaban alargadas sombras sobre la cuadrícula de madera.

—Hombre, Superior Glokta, le estaba esperando.

Y yo a usted. Glokta cojeó en dirección a la mesa, raspando con el bastón la madera desnuda del suelo. *Tan de malagana como un hombre que se acercara cojeando al patíbulo. En fin, no se puede eludir eternamente al ver dugo. Es posible que al menos obtenga algunas respuestas antes de que todo acabe. Siempre he soñado que moriría convertido en una persona muy bien informada.* Entre gruñidos y muy, muy lentamente, se agachó hasta sentarse en la silla que quedaba libre.

—¿A quién tengo el placer de dirigirme, a maese Valint o a maese Balk?

Bayaz sonrió.

—A ambos, por supuesto.

Glokta enroscó la lengua en uno de los pocos dientes que le quedaba y soltó un chupetón.

—¿Y a qué debo tan apabullante honor?

—¿Acaso no le dije cuando visitamos la Casa del Creador que en algún momento usted y yo deberíamos tener una conversación? Una conversación sobre lo que yo quiero y sobre lo que usted quiere. Pues bien, ese momento ha llegado.

—Oh, jubiloso día.

Los ojos brillantes del Primero de los Magos le observaban con la misma expresión que podría tener un hombre que contemplara una especie de escarabajo particularmente interesante.

—Debo reconocer que usted me fascina, Superior. Cualquiera pensaría que su vida es absolutamente insoportable. Y, sin embargo, lucha con todas sus fuerzas para seguir vivo. Con todo tipo de armas y estratagemas. Simplemente, se niega a morir.

—Estoy listo para morir —Glokta le devolvió su misma mirada—. Pero me niego a perder.

—Cueste lo que cueste, ¿eh? Usted y yo somos dos personas del mismo tipo, y es un tipo nada común. Comprendemos lo que se ha de hacer y lo hacemos sin pestañear, dejando a un lado los sentimientos. Recuerda al Lord Canciller Feekt, ¿verdad?

Si hago memoria...

—El Canciller Dorado. Durante cuarenta años, según dicen, manejo el Consejo Cerrado a su antojo. Y la Unión, de paso. *Eso decía Sult. Y también decía que su muerte dejó un gran vacío, un vacío que tanto él como Marovia ansiaban llenar. Ahí empezó para mí esta desagradable danza. Con una visita del Archilector, con las confesiones de mi antiguo amigo Salem Rews, con el arresto de Sepp dan Teufel, el Maestre de la Ceca...*

Bayaz arrastró la punta de uno de sus gruesos dedos entre las piezas del tablero, como si estuviera meditando su próximo movimiento.

—Teníamos un acuerdo Feekt y yo. Yo le hacía poderoso. Y él me servía con total fidelidad.

Feekt... el pilar sobre el que se sustentaba la Unión... ¿le servía a usted? Me esperaba algún que otro delirio de grandeza, pero esto bate todos los récords.

—¿Quiere hacerme creer que fue usted quien tuvo el control de la Unión durante todo este tiempo?

Bayaz resopló.

—Lo tengo desde el mismo momento en que forcé a todo este maldito territorio a unirse en tiempos del mal llamado Harod el Grande. A veces me he visto obligado a intervenir personalmente, como en la reciente crisis. Pero por lo general me he mantenido a distancia. Detrás del telón, por así decirlo.

—Me imagino que debe oler bastante a cerrado ahí detrás.

—Una incomodidad necesaria, en cualquier caso —la luz de la lámpara hacía que la blanca sonrisa del Mago reluciera—. A la gente le gusta contemplar un bonito espectáculo de títeres, Superior. Pero un simple atisbo del titiritero podría causarles una gran perturbación. Incluso es posible que de pronto cayeran en la cuenta de que ellos mismos tienen unas cuerdas atadas a las muñecas. Sult atisbo lo que había detrás del telón y ya ve la cantidad de problemas que causó a todo el mundo —Bayaz dio un capirotazo a una de las piezas, que cayó con un traqueteo y se puso a balancearse sobre el tablero.

—Supongamos que en efecto es usted el gran arquitecto y que nos ha dado... —Glokta señaló la ventana con la mano—... todo esto. ¿A cuenta de qué tanta generosidad?

—No es algo del todo desinteresado, he de reconocerlo. Khalul contaba con los gurkos para que lucharan por él. Yo necesitaba tener mis propios soldados. Hasta el más grande de los generales necesita contar con unos hombrecillos que defiendan el frente —empujó hacia delante una de las piezas con gesto ausente—. Hasta el más grande de los guerreros necesita disponer de una armadura.

Glokta adelantó el labio inferior.

—Pero entonces falleció Feekt y usted se quedó desnudo.

—Tan desnudo como un bebé, a mi edad —Bayaz exhaló un profundo suspiro—. Y con muy mal tiempo, encima, pues Khalul se preparaba para entrar en guerra. Tendría que haber encontrado un sucesor apropiado con mayor celeridad, pero mis lecturas absorbían todo mi tiempo y tenía la cabeza en otras cosas. Cuanto más viejo se hace uno, más rápidos pasan los años. Es

fácil olvidarse de que la gente se muere.

Y con qué facilidad.

—El fallecimiento del Canciller Dorado dejó un vacío de poder —dijo entre dientes Glokta, repasando los hechos—. Sult y Marovia vieron la oportunidad de llenarlo y poner en práctica su propia idea de cómo debía ser gobernado el país.

—Unas ideas increíblemente disparatadas, por cierto. Sult quería retornar a un pasado imaginario en el que todo el mundo se mantenía en el lugar que le correspondía y obedecía sin rechistar. Y en cuanto a Marovia... ¡Ja! Marovia pretendía desprenderse alegremente del poder y regalárselo al pueblo. ¿Votos? ¿Elecciones? ¿La voz del hombre del pueblo?

—Aireó ante mí algunas ideas de este tipo.

—Pues espero que usted aireara también su profundo desprecio por ellas. ¿Poder para el pueblo? —se interrogó con sorna Bayaz—. No lo quiere. No lo comprende. ¿Qué demonios haría con él si lo tuviera? El pueblo es como un niño. Mejor dicho, *es* un niño. Necesita tener a alguien que le diga qué es lo que hay que hacer.

—Alguien como usted, me imagino.

—¿Quién mejor que yo? Marovia creía que me estaba utilizando para sus mezquinos planes cuando en realidad era yo el que le estaba utilizando a él. Mientras él se peleaba con Sult para obtener unas migajas, yo ya tenía el juego ganado con un movimiento que tenía preparado desde hacía tiempo.

Glokta asintió moviendo despacio la cabeza.

—Jezal dan Luthar. *Nuestro pequeño bastardo.*

—Su amigo y el mío.

Pero un bastardo no sirve de nada a no ser que...

—El Príncipe Heredero Raynault se interponía en su camino.

El Mago pegó un capirotazo a otra pieza, que rodó sobre el tablero hasta ir a parar a la mesa.

—Hablamos de acontecimientos trascendentales. Es inevitable que se produzcan algunas bajas.

—Y usted hizo que pareciera obra de un Devorador.

—Oh, lo fue —Bayaz le miró con aire de suficiencia desde las sombras—. No todos lo que han quebrantado la Segunda Ley son servidores de Khalul. Hace mucho tiempo que Yoru Sulfur se da de vez en cuando el gusto de probar algún que otro bocado —y acto seguido cerró de golpe sus dos hileras de

dientes lisos y perfectamente regulares.

—Entiendo.

—Esto es una guerra. Y en las guerras hay que recurrir a cualquier arma que sea necesaria. La contención es una estupidez. Peor aún, una cobardía. Pero, bueno, parece que me he olvidado de con quién estoy hablando. No creo que necesite usted que le den lecciones de crueldad.

—No. *Me las marcaron a fuego en las prisiones del Emperador y no he dejado de ponerlas en práctica desde entonces.*

Bayaz dio un empujoncito a otra de las piezas del tablero.

—Un hombre muy útil, Sulfur. Un hombre que hace tiempo que comprendió los imperativos de la necesidad y dominó la disciplina de adoptar distintas formas. *Era el guardia que lloriqueaba a las puertas de la habitación de Raynault. El guardia que desapareció sin dejar rastro al día siguiente...*

—Se toma un jirón de ropa de los aposentos del emisario gurko —musitó Glokta—. Se embadurna de sangre su vestimenta. *Y de ese modo se manda a un inocente a la horca y se consigue que la enemistad entre Gurkhul y la Unión se convierta en guerra abierta. Dos obstáculos barridos de un escobazo.*

—La paz con los gurkos era incompatible con mis planes. Sulfur anduvo un poco descuidado al dejar unas pistas tan obvias. Pero la verdad es que nunca pensó que usted se preocuparía por averiguar la verdad teniendo a mano una explicación tan cómoda.

Glokta asintió con la cabeza, muy despacio, a medida que todo iba cobrando forma en su mente.

—Se enteró de mis pesquisas a través de Severard y acto seguido recibí una visita de ese cadáver andante suyo, Mauthis, que me comunicó que si no lo dejaba era hombre muerto.

—Exacto. En otras ocasiones Yoru tomó otro rostro, se hizo llamar el Curtidor e incitó a unos cuantos campesinos a que adoptaran una actitud un tanto deplorable —Bayaz se examinó las uñas de los dedos—. Pero todo fue por una buena causa, Superior.

—Para hacer más atractiva la figura de su nuevo títere. Para convertirlo en el favorito del pueblo. Para darle a conocer a los nobles y al Consejo Cerrado. Usted era la fuente de todos los rumores.

—¿Actos heroicos en las desoladas tierras del oeste? ¿Jezal dan Luthar? —Bayaz resopló con desdén—. No hizo mucho más que quejarse de la lluvia.

—Es increíble la cantidad de basura que la gente es capaz de creerse si se proclama con una voz lo bastante potente. Y también amañó el certamen.

—¿Se dio cuenta de eso? —la sonrisa de Bayaz se ensanchó—. Me impresiona usted, Superior, me impresiona profundamente. En todo momento ha andado usted muy cerca de la verdad. *Y tan lejos a la vez.* Pero no se sienta mal por no haberla descubierto. Yo contaba con muchas ventajas. También los tanteos de Sult le llevaron muy cerca de la verdad al final, pero para entonces ya era demasiado tarde. Desde un primer momento sospeché cuáles eran sus planes.

—Y esa fue la razón por la que me pidió que le investigara.

—El hecho de que no me complaciera hasta el último momento me causó ciertas molestias.

—Tal vez si me lo hubiera pedido amablemente... *Al menos habría resultado una novedad refrescante.* Me temo que me encontraba en una posición muy delicada. Demasiados amos, ya sabe.

—Pero ya no es así, ¿eh? Casi me llevé una decepción cuando comprobé el alcance tan limitado de los estudios de Sult. Sal, velas, conjuros. Ridículamente infantil. Suficiente tal vez para poner fuera de la circulación a un aspirante a demócrata como Marovia, pero nada que pudiera suponer ni la más mínima amenaza para alguien como yo.

Glokta miró con gesto ceñudo la cuadrícula del tablero. *Sult y Marovia. A pesar de toda su astucia, de todo su poder, su pequeña refriega era algo totalmente irrelevante. No eran más que dos piezas insignificantes del juego. Tan insignificantes que no pudieron imaginarse siquiera cuáles eran las dimensiones reales del tablero. Lo cual hace de mí, ¿el qué? Como mucho, una mota de polvo entre las cuadrículas.*

—¿Y qué me dice de aquel misterioso visitante que se había presentado en sus aposentos el día en que nos conocimos? *¿El mismo visitante que se presentó en los míos, tal vez? Una mujer, gélida...*

Las arrugas que surcaron la frente de Bayaz dejaban traslucir su enojo.

—Un pecado de juventud. No volverá a hablar del tema.

—Oh, lo que usted mande. ¿Y qué hay del Gran Profeta Khalul?

—Esa guerra continuará. En otros campos de batalla y con otros soldados. Pero ésta será la última batalla que se libre con las armas del pasado. La magia abandona el mundo. Las lecciones de los Viejos Tiempos se disuelven en la oscuridad de la historia. Amanece una nueva era.

El Mago hizo un movimiento al desgaire con una mano y un objeto voló por el aire, cayó con un tintineo en el centro del tablero y se puso a dar vueltas y vueltas hasta que por fin se detuvo con el inconfundible ruido que hace una moneda al caer. Una moneda de cincuenta marcos de oro que desprendía un brillo cálido y acogedor. Glokta estuvo a punto de soltar una carcajada. *Ah,*

también ahora, también aquí, todo se reduce a eso. Todo tiene un precio.

—Fue el dinero lo que compró la victoria del Rey Guslav en su descabellada guerra gurka —dijo Bayaz—. Fue el dinero lo que convenció al Consejo Cerrado para que se uniera en torno a la figura de un rey bastardo. Fue el dinero lo que hizo que el Duque Orso acudiera apresuradamente al rescate de su hija, inclinando así la balanza de la guerra en nuestro favor. Mi dinero.

—Y fue el dinero lo que me permitió resistir tanto tiempo en Dagoska.

—Y ahora ya sabe de quién era. *¿Quién lo habría imaginado? Más que el Primero de los Magos parece el Primero de los Prestamistas. El Consejo Abierto y el Consejo Cerrado, los plebeyos y los reyes, los mercaderes y los torturadores, todos atrapados en una tela de araña dorada. Una tela de araña de deudas, y mentiras, y secretos, con todos los hilos colocados en el lugar exacto para que un magistral interprete pueda ejecutar su melodía con esa arpa.*

—Supongo que debería felicitarle por haber jugado tan bien sus bazas —masculló con amargura Glokta.

—Bah —Bayaz desestimó su observación sacudiendo una mano—. Forzar a una tribu de gentes primitivas a que se unieran bajo la autoridad del cretino de Harod y hacer que se comportaran como seres civilizados. Conseguir que la Unión no se desmembrara durante la guerra civil y que el imbécil de Arnault accediera al trono. Guiar al cobarde de Casamir hacia la conquista de Angland. Esas sí que fueron bazas bien jugadas. Lo de ahora no es nada en comparación. Tengo todas las cartas en la mano y siempre las tendré. Tengo...

Ya estoy harto de esto.

—Bla, bla, bla y más bla. El hedor a suficiencia empieza a ser asfixiante. Si tiene la intención de matarme, redúzcame a cenizas de una vez y acabemos con esto. Pero, por lo que más quiera, no me someta ni un segundo más a sus alardes.

Se quedaron quietos, sentados, mirándose en silencio durante un buen rato desde cada uno de los lados de la mesa en penumbra. Lo bastante para que a Glokta empezara a temblarle la pierna, a parpadearle el ojo, a quedársele tan seca como un desierto su boca desdentada. *Dulce expectativa. ¿Será ahora? ¿Será ahora? ¿Será...?*

—¿Matarle? —inquirió Bayaz con voz suave—. ¿Y privarme de su impagable sentido del humor?

No será ahora.

—En tal caso, ¿por qué me ha revelado su juego?

—Porque pronto dejaré Adua —el Mago se inclinó hacia delante y sus pétreas facciones entraron dentro del círculo de luz—. Porque es necesario que

usted comprenda dónde reside el verdadero poder, y donde residirá siempre. Es necesario que usted, a diferencia de Sult, a diferencia de Marovia, vea las cosas en su justa perspectiva. Es necesario... si va usted a servirme.

—¿Servirle yo a usted? *Antes que eso prefiero pasarme dos años encerrado en la más profunda oscuridad. Antes que eso prefiero que me hagan picadillo la pierna. Antes que eso prefiero que me arranquen los dientes del cráneo. Pero como todas esas cosas ya me han pasado...*

—Asumirá usted la misma función que en otros tiempos tuviera Feekt. La misma función que con anterioridad asumieron una veintena de grandes hombres. Será usted mi representante en la Unión. Manejara al Consejo Cerrado, al Consejo Abierto y a nuestro común amigo el Rey. Se asegurará de que tiene herederos. Mantendrá la estabilidad del reino. En otras palabras, vigilará el tablero en mi ausencia.

—Pero los otros miembros del Consejo Cerrado jamás...

—Ya he hablado con los que quedan. Y todos se inclinarán ante su autoridad. Que estará supeditada a la mía, por supuesto.

—Pero cómo voy a...

—Mantendré contactos con usted. Frecuentemente. Por medio de la gente del banco. Por medio de mi aprendiz Sulfur. Y por otros medios. Ya sabrá usted de ellos.

—Supongo que no tengo elección, ¿me equivoco?

—No, a menos, claro está, que pueda usted devolverme el millón de marcos que le presté. Con sus intereses.

Glokta se dio unos golpecitos en la pechera de la camisa.

—Vaya, me he dejado olvidada la cartera en el trabajo.

—En tal caso, me temo que, en efecto, no tiene elección. De todos modos, ¿por qué habría de rechazar mi propuesta? Le estoy ofreciendo la posibilidad de ayudarme a forjar una nueva era. *De hundir mis brazos hasta el codo en sus sucias maquinaciones.* La oportunidad de ser un gran hombre. El más grande de todos. *De montarme a horcajadas del Consejo Cerrado como un coloso tullido.* De dejar su imagen inmortalizada en piedra en la Vía Regia. *Para que los niños lloren al ver al monstruo. Una vez que hayan despejado la zona de escombros y cadáveres, por supuesto.* De determinar el destino de una nación.

—Bajo su tutela.

—Naturalmente. No hay nada gratis, bien lo sabe usted —el Mago volvió a hacer un movimiento con la mano y un objeto rodó por el tablero y se detuvo justo delante de Glokta, emitiendo un destello dorado. El anillo del Archilector.

La de veces que me he inclinado para besar esa joya. ¿Quién hubiera podido soñar que algún día lo llevaría puesto? Lo cogió y se puso a darle vueltas entre los dedos mientras lo observaba con gesto pensativo. *Así pues, al final resulta que he conseguido desembarazarme de un siniestro amo sólo para encontrar mi correa en las manos de un amo mucho más siniestro y mucho más poderoso que el anterior. ¿Pero acaso tengo elección?* Deslizó el anillo en su dedo. La gran piedra centelleó iluminada por la lámpara, arrojando una llovizna de chispas púrpuras. *En una misma noche he pasado de ser hombre muerto a convertirme en el hombre más poderoso del reino.*

—Me vale —murmuró Glokta.

—Por supuesto, Su Eminencia. No albergaba ninguna duda al respecto.

Los heridos

West despertó sobresaltado y trató de incorporarse de golpe. Una punzada de dolor le subió como una exhalación por la pierna, le cruzó el pecho, le atravesó el brazo derecho y ahí se instaló. Se dejó caer hacia atrás, soltando un quejido, y se quedó mirando al techo. Un techo abovedado envuelto en densas sombras.

Ahora empezaba a oír unos sonidos que parecían venir de todas partes. Gruñidos y gimoteos, toses y sollozos, jadeos rápidos y lentos resuellos. Y de vez en cuando, un aullido de puro dolor. Ruidos mitad humanos, mitad animales. Desde algún lugar situado a su izquierda, una voz ronca repetía lo mismo una y otra vez: «no puedo ver. Maldito viento. No puedo ver. ¿Dónde estoy? Que alguien me ayude. No puedo ver».

West tragó saliva al sentir que el dolor se hacía más intenso. En los hospitales de Gurkhul había oído sonidos similares cuando iba a visitar a los heridos de su compañía. No había olvidado el hedor y el ruido de aquellas horribles tiendas, el sufrimiento de los hombres que había dentro y, por encima de todo, el irrefrenable deseo de salir cuanto antes de ellas para regresar al mundo de los sanos. Pero a esas alturas estaba meridianamente claro que esta vez no le iba a ser tan fácil irse.

Esta vez él era uno de los heridos. Una especie distinta, deleznable y repulsiva. El espanto se fue extendiendo por su cuerpo y se mezcló con el dolor que sentía. ¿Cómo de graves serían sus heridas? ¿Conservaba aún todos los miembros? Trató de mover los dedos de las manos, los de los pies, y tuvo que apretar los dientes para soportar la punzada que le produjo en el brazo y en las piernas. Temblando, se llevó a la cara la mano izquierda y le dio la vuelta en la penumbra. Al menos parecía intacta. Pero era el único miembro que podía mover, y sólo a costa de un inmenso esfuerzo. Una sensación de pánico trepó por su garganta y se aferró a él.

—¿Dónde estoy? Maldito viento. No puedo ver. Socorro. Socorro. ¿Dónde estoy?... ¡Cállate de una maldita vez! —quiso gritar West. Pero las palabras se atoraron en su garganta reseca. Lo único que salió de su boca fue una tos que hizo que volvieran a arderle las costillas.

—Chisss —sintió un leve toque en el pecho—. No se mueva.

Una cara borrosa apareció sobre él. La cara de una mujer rubia, le pareció, pero no conseguía enfocar bien la vista. Cerró los ojos y dejó de esforzarse. Tampoco valía la pena. Sintió algo en sus labios: el cuello de una botella. Bebió con ansiedad, se atragantó y sintió el frescor del agua que le caía por el cuello.

—¿Qué pasó? —preguntó con voz ronca.

—Que está herido.

—Ya lo sé. Me refiero a la ciudad. Ese viento...

—No lo sé. No creo que nadie lo sepa.

—¿Vencimos?

—Los gurkos han sido expulsados, así que me imagino que... sí. Pero hay muchísimos heridos. Y muchos muertos.

Otro trago de agua, esta vez sin atragantarse.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ariss. Ariss dan Kaspa.

—Ariss...—pronunció con dificultad West—. Yo conocía a su primo. Le conocía muy bien... era un buen hombre. Siempre nos estaba diciendo que era usted... muy hermosa. Y muy rica también —musitó, vagamente consciente de que no debería haber dicho eso pero sin poder controlar su boca—. Enormemente rica. Murió. En las montañas.

—Lo sé.

—¿Qué hace usted aquí?

—Trato de ayudar a los heridos. Será mejor que duerma ahora, si...

—¿Estoy entero?

Se produjo un breve silencio.

—Sí. Ahora procure dormir.

Su cara en penumbra se desdibujó y West dejó que se le cerraran los ojos. Los ruidos agónicos que se oían a su alrededor se fueron desvaneciendo. Estaba entero. Todo saldría bien.

Había alguien sentado junto a su cama. Ardee. Su hermana. West parpadeó y revolvió en su boca un trago de saliva amarga. Por un instante no estuvo muy seguro de dónde se encontraba.

—¿Estoy soñando? —Ardee estiró una mano y le clavó las uñas en el

brazo—. ¡Ay!

—Un sueño muy doloroso, ¿eh?

—No —se vio obligado a reconocer—. Esto es real.

Tenía buen aspecto. Mucho mejor que la última vez que la había visto, sin duda. Por un lado, no tenía la cara manchada de sangre. Por otro, tampoco tenía aquella mirada de odio profundo. Sólo un ceño pensativo. Trató de incorporarse, no lo consiguió y se dejó caer. Ella no se ofreció a ayudarle. Tampoco lo esperaba.

—¿Estoy muy mal? —preguntó.

—Nada serio, en apariencia. Un brazo fracturado, unas cuantas costillas rotas y una pierna llena de magulladuras. Eso es lo que me han dicho. También varios cortes en la cara, que dejaran un par de cicatrices, pero eso tampoco importa, al fin y al cabo la guapa de la familia soy yo.

West soltó una risa ahogada e hizo una mueca de dolor al sentir una punzada en el pecho.

—Muy cierto. Y también la más inteligente.

—No dejes que eso te amargue. He utilizado mi inteligencia para hacer de mi vida el resonante éxito que tienes ante tus ojos. Un logro que para alguien como tú, un mero Lord Mariscal de la Unión, sería un sueño inalcanzable.

—No sigas —siseó, sujetándose las costillas con la mano sana—. Me hace daño.

—No menos del que te mereces.

La risa de West se interrumpió bruscamente y durante unos instantes permanecieron en silencio, mirándose. Incluso eso le costaba trabajo.

—Ardee —dijo con voz afónica—. ¿Me... perdonas?

—Ya lo hice. La primera vez que oí que habías muerto —intentaba sonreír, West se daba cuenta de ello. Pero seguía apreciándose un rictus de rabia en su boca. Probablemente hubiera preferido clavarle las uñas en la cara en lugar de en el brazo. Por un momento, casi se alegró de estar herido. Así, a ella no le quedaba más remedio que tratarle con un poco de dulzura—. Me alegro que no sea así. Que no hayas muerto, quiero decir...—se volvió y miró por encima de su hombro con el ceño fruncido. Había una especie de alboroto al fondo de la larga nave. Voces alzadas y ruidos de pisadas de armaduras.

—¡El Rey! ¡El Rey ha vuelto de nuevo! —quienquiera que fuera el que lo había dicho había soltado un gallo de la emoción.

En las camas de alrededor, los hombres volvieron las cabezas y se incorporaron. Una especie de excitación nerviosa se iba difundiendo de catre en

catre.

—¿El Rey? —susurraban con caras ansiosas y expectantes como si fueran a tener el privilegio de asistir a una aparición divina.

Al otro extremo de la sala se veían varias figuras que se movían entre sombras. West forzó la vista para tratar de distinguir algo, pero lo único que consiguió ver fue el brillo del metal en la penumbra. La figura que venía primero se detuvo junto a un herido que había unas camas más abajo.

—¿Te tratan bien? —una voz extrañamente familiar, a la par que extrañamente desconocida.

—Sí, señor.

—¿Necesitas algo?

—El beso de una buena mujer.

—Me encantaría poder complacerte, pero me temo que no soy más que un simple rey. Somos bastante más comunes que las buenas mujeres —varios hombres se rieron aunque el comentario, desde luego, no tenía demasiada gracia. West supuso que uno de los privilegios de la realeza debía de ser que la gente se riera de sus chistes malos—. ¿Alguna otra cosa?

—Tal *vez...* tal vez otra manta, señor. De noche hace un poco de frío.

—Por supuesto —la figura hizo un gesto brusco con el pulgar a un hombre que venía detrás de él. West advirtió entonces que se trataba de Lord Hoff, que seguía los pasos del Rey a una respetuosa distancia—. Una manta más para todos los hombres que hay aquí.

El Lord Chambelán, el terror de la sala de audiencias, inclinó humildemente la cabeza como un niño dócil. El Rey avanzó hacia la luz.

Jezal dan Luthar, desde luego, y, sin embargo, costaba trabajo creer que fuera el mismo hombre, y no sólo a causa del lujoso manto de piel y de la diadema de oro que adornaba su frente. Se le veía más alto. Bien parecido aún, pero sin rasgos juveniles. Una honda cicatriz que cruzaba su mandíbula barbada le confería un aire de fortaleza. El rictus arrogante se había convertido en un ceño imperioso. El contoneo despreocupado de sus andares había sido reemplazado por un paso largo y decidido. Avanzaba lentamente entre las filas de catres, hablando con cada uno de los hombres, estrechándoles las manos, dándoles las gracias, prometiéndoles ayuda. Nadie era pasado por alto.

—¡Tres vivas por el Rey! —alcanzó a barbotar alguien apretando los dientes.

—No, no. ¡Los vítores han de ser para vosotros, mis valientes camaradas! Para vosotros que habéis hecho grandes sacrificios por mi persona. Os lo debo

todo. Sin vuestra ayuda no habríamos conseguido derrotar a los gurkos. Sólo gracias a vuestra ayuda se ha salvado la Unión. ¡Nunca olvidaré la deuda que tengo contraída con vosotros, os lo prometo!

West le miraba fijamente. Fuera quien fuera aquella aparición que tanto se parecía a Jezal dan Luthar, lo único cierto era que hablaba como un verdadero monarca. West casi sentía un absurdo deseo de salir a rastras de su cama y arrodillarse. En ese momento otro herido trataba de hacer precisamente eso al pasar el Rey junto a su cama. Jezal se lo impidió posándole con suavidad una mano en el pecho. Luego le sonrió y le palmeó el hombro, como si se hubiera pasado toda la vida ofreciendo consuelo a los heridos en lugar de emborrachándose en algún antro inmundo con los demás oficiales mientras se quejaba de la insignificancia de las tareas que se le encomendaban.

Se acercó un poco más y de pronto vio a West. La cara se le iluminó con una sonrisa a la que le faltaba un diente.

—¡Collem West! —exclamó avivando el paso—. Con toda sinceridad, jamás me había alegrado tanto de ver tu cara.

—Esto...—West movió un poco la boca, pero la verdad es que no sabía qué decir.

Jezal se volvió hacia su hermana.

—Ardee... Espero que estés bien.

—Sí —se limitó a decir ella. Se quedaron mirándose sin hablar durante un prolongado y embarazoso momento.

Lord Hoff miró con gesto ceñudo al Rey, luego a West, y finalmente a Ardee. A continuación, se entremetió entre ellos dos.

—Majestad, creo que deberíamos...

Bastó que Jezal alzara una mano para que se callara.

—Confío en que pronto te unirás a mí en el Consejo Cerrado, West. Te aseguro que no me vendrá nada mal contar con una cara amiga. Por no hablar de tu consejo. Siempre fuiste una mina de buenos consejos. Y nunca te di las gracias por ello. Bueno, ahora puedo dártelas.

—Jezal... quiero decir, Majestad...

—No, no. Para ti espero ser siempre Jezal. Tendrás una habitación en palacio. Y al médico real. Todo cuanto necesites. Haga el favor de ocuparse de eso, Hoff.

El Lord Chambelán hizo una inclinación.

—Por supuesto, Majestad. Se hará lo que digáis.

—Bueno, bueno. Me alegra ver que estás bien. No puedo permitirme el lujo de perderte —el Rey se despidió de él y de su hermana con un movimiento de cabeza y luego se dio la vuelta y continuó estrechando manos y distribuyendo palabras de consuelo. Una especie de charco de esperanza parecía extenderse a su paso. Pero la desesperación volvía a enseñorearse de inmediato de los lugares que había dejado atrás. Las sonrisas se desvanecían al poco de alejarse. Los hombres volvían a dejar caer sus cabezas y en sus caras se dibujaba de nuevo el dolor.

—Parece que ha mejorado con la responsabilidad —musitó West—. Está casi irreconocible.

—¿Cuánto crees que durará?

—Me gustaría pensar que puede seguir así siempre, pero, bueno, yo siempre he pecado de optimista.

—Me alegro... —Ardee vio cómo el majestuoso Rey de la Unión se alejaba entre heridos que se esforzaban por rozar su manto desde sus catres—...que al menos uno de los dos lo sea.

—¡Mariscal West!

—Jalenhorm. Cuánto me alegro de verte —West se quitó de encima la manta con la mano buena, pasó las piernas sobre el borde de la cama y, aunque con gran esfuerzo, consiguió sentarse. El grandullón le estrechó la mano y le dio una palmada en el hombro.

—¡Tienes buen aspecto!

West consiguió esbozar una sonrisa.

—Cada día estoy mejor, comandante. ¿Y mi ejército, cómo está?

—A ciegas sin ti. Kroy está intentando mantener un poco de orden. No es mala gente el general, una vez que te acostumbras a él.

—Si tú lo dices. ¿Cuántas bajas tuvimos?

—Todavía no es fácil de saber. Las cosas están un poco caóticas. Hay compañías enteras que han desaparecido y algunas unidades han emprendido por su cuenta la persecución de los gurkos que aún andan rezagados por la campiña. Creo que pasará algún tiempo hasta que podamos disponer de cifras. A decir verdad, ni siquiera estoy seguro de que lleguemos a tenerlas alguna vez. Ninguna una unidad se ha librado, pero el Noveno Regimiento, que fue el que luchó en el extremo occidental del Agriont... bueno, fue el que se llevó la peor parte de... —trató de dar con las palabras exactas—... eso.

West hizo una mueca de angustia. Se acordó de aquel torbellino de materia oscura que ascendía desde la tierra torturada hacia las nubes que giraban en el cielo. Y también de la lluvia de escombros que azotaba su piel y del viento que le rodeaba.

—¿Qué... qué fue eso?

—¡Que me aspen si lo sé! —Jalenhorm sacudió la *cabeza*—. ¡Que me aspen si lo sabe alguien! Pero corren rumores de que el tal Bayaz tuvo algo que ver en ello. La mitad del Agriont está en ruinas y apenas si han empezado a retirar los escombros. Te aseguro que nunca has visto nada igual. Hay un montón de muertos ahí debajo. Los cadáveres se apilan al aire libre y... —Jalenhorm tomó aire— ...y cada día mueren más. Hay mucha gente enferma —se estremeció—. Esta... enfermedad es algo...

—Las guerras siempre traen enfermedades.

—Pero no como ésta. Ya hay cientos de casos. Algunos mueren en un solo día, a ojos vista. Otros duran un poco más. Se quedan en los huesos. Hay recintos enteros llenos de ellos. Unos lugares apestosos donde no existe la esperanza. Pero, bueno, tú de eso no te preocupes ahora —Jalenhorm se sacudió—. En fin, tengo que irme.

—¿Ya?

—Sólo tenía tiempo para una visita relámpago. ¿Querrás creer que estoy ayudando con los preparativos del funeral de Poulder? Va a ser enterrado con todos los honores, por orden expresa del Rey... bueno, de Jezal. Jezal dan Luthar —soltó un resoplido—. Extraño asunto.

—De lo más extraño.

—Pensar que durante un montón de tiempo hemos tenido sentado entre nosotros al hijo de un rey. Bueno, ya decía yo que tenía que haber alguna razón que explicara por qué era tan endemoniadamente bueno jugando a las cartas —volvió a palmear a West en la espalda—. Me alegró de verte bien. ¡Sabía que no conseguirían mantenerte postrado por mucho tiempo!

—No te metas en líos —gritó West cuando Jalenhorm se dirigía ya hacia la puerta.

—Descuida —el grandullón se volvió para dedicarle una sonrisa y luego cerró tras de sí.

West agarró el bastón que había apoyado al lado de la cama, apretó los dientes y, apoyándose en él, se puso de pie. Recorrió el tramo de suelo ajedrezado que le separaba de la ventana, plantando un pie detrás del otro con el máximo cuidado, y finalmente miró deslumbrado el sol matinal.

Viendo ahí abajo los jardines de palacio, costaba trabajo creer que había

habido una guerra, que había acres y acres de ruinas y montones de muertos. El césped estaba perfectamente recortado, la grava bien rastrillada. Las últimas hojas secas habían caído de los árboles dejando su madera lisa y desnuda.

Era otoño cuando partió para Angland. ¿Realmente era posible que sólo hubiera pasado un año? Había vivido cuatro grandes batallas, un asedio, una emboscada, un tumulto sangriento. Había sido testigo de un duelo a muerte. Había sobrevivido a una caminata de cientos de kilómetros en medio del crudo invierno de Angland. Había encontrado nuevos camaradas en los lugares más inesperados y había visto morir a varios amigos. Burr, Kaspa, Cathill, Tresárboles, todos de vuelta al barro, como decían los norteños. Se había enfrentado a la muerte y se la había dado a otros. Movió el brazo en el cabestrillo, intentado dar con una postura más cómoda. Había asesinado con sus propias manos al heredero al trono de la Unión. Se había visto encumbrado, por una simple casualidad que rozaba lo imposible, a uno de los cargos más importantes de la nación.

Un año muy ajetreado.

Y ahora llegaba a su conclusión. Con una especie de paz. La ciudad estaba en ruinas, y todo el mundo tendría que arrimar el hombro, pero él se debía a sí mismo un descanso. Sin duda nadie se lo reprocharía. Tal vez pudiera solicitar que le pusieran a Kariss dan Kaspa de enfermera. Una enfermera guapa y rica era justo lo que necesitaba...

—No deberías estar levantado —Ardee estaba en la puerta.

La sonrió. Le alegraba verla. Durante los últimos días habían estado muy unidos. Casi como antiguamente, cuando eran niños.

—No te preocupes. Cada día me siento más fuerte.

Ardee se acercó a la ventana.

—Oh, sí. Dentro de unas semanas estarás tan fuerte como una niña pequeña. A la cama —deslizó su brazo bajo el suyo, le quitó el bastón de la mano y le fue guiando hacia el otro lado de la habitación. West no opuso resistencia. Tenía que reconocer que empezaba a sentirse un poco fatigado—. No quiero correr ningún riesgo —decía ella—. Lo siento mucho, pero eres lo único que tengo. Bueno, sin contar a ese otro tullido, mi buen amigo Sand dan Glokta.

West casi suelta una carcajada.

—¿Eso salió bien?

—En cierto modo, desde luego, es un hombre absolutamente detestable. Aterrador y a la vez digno de lástima. Pero... como no tenía a nadie más con quien hablar he acabado por cogerle afecto.

—Hummm. También antes era detestable, aunque de una manera distinta. Nunca he sabido por qué en su momento yo también le cogí afecto. Y sin embargo fue así. Supongo que no hay...

West sintió de pronto una especie de calambre en la tripa que le produjo una náusea. Se tambaleó, estuvo a punto de caerse y finalmente se echó sobre la cama con una pierna estirada por delante. Lo veía todo borroso y la cabeza le daba vueltas. Se cubrió la cara con las palmas de las manos y apretó los dientes para que no se le escaparan las flemas. Luego sintió que Ardee le posaba una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

—Esto... sí, es sólo que... no sé, de vez en cuando me vienen como unas náuseas —la sensación empezaba a pasársele. Se frotó sus sienes doloridas y luego la nuca. Por fin, alzó la cabeza y sonrió—. Seguro que no es nada.

—Collem...

Se le había quedado enganchado pelo entre los dedos. Gran cantidad de pelo. Del suyo, a juzgar por el color. Lo miró parpadeando, perplejo, y luego tosió una especie de carcajada incrédula. Una tos húmeda y salada que brotaba de debajo de sus costillas.

—Ya sé que hace años que pierdo pelo —dijo con voz ronca—, pero esto ya es demasiado.

Ardee no se rió. Contemplaba con espanto las manos de su hermano con los ojos muy abiertos.

Deberes patrióticos

Glokta hizo una mueca de dolor mientras se agachaba con mucho cuidado para tomar asiento. Ninguna fanfarria señaló el momento en que su dolorido trasero entró en contacto con la dura madera. Tampoco se produjo una cerrada ovación. Lo único que se oyó fue el agudo chasquido de su rodilla ardiente. *Y no obstante, es un momento de la mayor trascendencia, y no sólo para mí.*

Los diseñadores del mobiliario de la Cámara Blanca se habían aventurado a salir del territorio de la austeridad para adentrarse en el de la más absoluta incomodidad. *Cualquiera hubiera imaginado que se habría estirado un poco el presupuesto para tapizar los asientos de los hombres más poderosos del reino. Quizá fuera una forma de recordar a sus ocupantes que uno no se debe sentir nunca del todo cómodo en la cúspide del poder.* Miró de soslayo a Bayaz y vio que le estaba observando. *Bueno, a lo más que puedo aspirar es a estar incómodo. ¿Acaso no lo he dicho un montón de veces?* Con el rostro contraído de dolor, trató de culebrear hacia delante, y las patas de la silla emitieron un sonoro chirrido.

Hace mucho tiempo, cuando era un joven apuesto y prometedor, soñaba que algún día me sentaría aquí convertido en un noble Lord Mariscal, un respetado Juez Supremo, o incluso un honorable Lord Canciller. ¿Quién hubiera sospechado, incluso en sus momentos más sombríos, que el guapísimo Sand dan Glokta se sentaría un día en el Consejo Cerrado convertido en el temido, aborrecido y todopoderoso Archilector de la Inquisición?

Apenas pudo reprimir una sonrisa desdentada mientras se recostaba en el rígido respaldo de madera.

Sin embargo, no todo el mundo parecía estar encantado con su súbito ascenso. El Rey Jezal, sin ir más lejos, le miraba con una expresión de profundo desagrado.

—Es sorprendente la rapidez con la que se le ha confirmado a usted en el puesto— dijo.

Bayaz intervino.

—El procedimiento puede abreviarse mucho si existe una voluntad clara de hacerlo, Majestad.

—Al fin y al cabo —terció Hoff recorriendo con una mirada melancólica la mesa, en una de las raras ocasiones en que su boca se separaba de su copa—, nos hallamos tristemente reducidos en número.

Muy cierto. Varias de las sillas se encontraban significativamente vacías. El Mariscal Varuz estaba desaparecido y se suponía que muerto. *Muerto sin duda, considerando que estaba a cargo de la defensa de la Torre de las Cadenas, una estructura que en la actualidad se encuentra desparramada por las calles de la ciudad. Adiós a mi viejo maestro de esgrima, adiós.* El Gran Juez Marovia también había dejado un asiento vacío. *Seguro que todavía andan raspando las paredes de su despacho para tratar de recuperar algunos trozos de su carne congelada. Adiós también a mi tercer pretendiente, me temo.* Lord Valdis, comandante en jefe de los Caballeros Mensajeros tampoco estaba entre los asistentes. *Según tengo entendido, estaba supervisando la puerta del sur cuando los gurkos detonaron sus polvos explosivos. No se ha hallado el cuerpo, ni creo que se halle nunca.* El Lord Almirante Reutzer también estaba ausente. *Herido en el mar por un tajo de alfanje en el vientre. No se espera que sobreviva, ay.*

Ciertamente, la cúspide del poder está menos abarrotada que de costumbre.

—¿El Mariscal West no puede asistir? —preguntó el Lord Canciller Halleck.

—Lamentándolo mucho, no —el General Kroy pronunció cada palabra con una especie de mordisco—. Me ha pedido que ocupe su puesto y hable en nombre del ejército.

—¿Y cómo está el Mariscal?

—Herido.

—Y aquejado de ese extraño mal que ha azotado recientemente al Agriont —añadió el Rey, mirando con gesto hosco al extremo de la mesa donde se encontraba el Primero de los Magos.

—Es lamentable —en el rostro de Bayaz no se apreciaba ningún signo de pesar, ni de ninguna otra cosa.

—Es algo terrible —se lamentó Hoff—. Los médicos están completamente desorientados.

—Muy pocos sobreviven —los ojos de Jezal tenían ahora una mirada asesina.

—Esperemos ardientemente que el Mariscal West sea uno de esos pocos afortunados —soltó de golpe Torlichorm. *Esperémoslo, sí. Aunque la esperanza no va a cambiar las cosas.*

—Bueno, ¿entramos en materia? —se oyó el gorgoteo del vino que caía en la copa de Hoff; la segunda desde que entró en la cámara—. ¿Cómo va la

campaña, General Kroy?

—El ejército gurko está en desbandada. Los perseguimos hasta Keln, donde algunos contingentes consiguieron huir a bordo de los restos de su flota. Los barcos del Duque Orso, no obstante, pusieron fin a esa aventura. La invasión gurka ha fracasado. La victoria es nuestra. *Y sin embargo frunce el ceño como si estuviera confesando una derrota.*

—Estupendo.

—La nación está en deuda con sus valientes soldados.

—Nuestras felicitaciones, General.

Kroy clavó la vista en la superficie de la mesa.

—Guarden sus felicitaciones para el Mariscal West, que fue quien dio las órdenes, y para el General Poulder y los demás valientes que dieron la vida cumpliéndolas. Yo no fui más que un mero observador.

—Pero usted también desempeñó su papel, y admirablemente, por cierto —Hoff alzó su copa—. Dada la desdichada ausencia del Mariscal Varuz, tengo la impresión de que a no tardar mucho Su Majestad tendrá a bien concederle un ascenso —lanzó una mirada al Rey, y Luthar, sin mucho entusiasmo, expresó su asentimiento con un gruñido.

—Me sentiré muy honrado de servir en cualquier puesto que Su Majestad considere indicado. Pero en este momento me parece más urgente atender el problema de los prisioneros. Hay miles de ellos y no disponemos de alimentos para...

—Tampoco disponemos de alimentos suficientes para cubrir las necesidades de nuestros soldados, de nuestros ciudadanos, de nuestros heridos —dijo Hoff mientras se daba unos golpecitos en los labios para limpiarlos de humedad.

—¿No podríamos pedir un rescate al Emperador por los prisioneros de calidad? —sugirió Torlichorm.

—Apenas hay personas de calidad en todo su maldito ejército.

Los ojos de Bayaz recorrieron con una mirada torva la mesa.

—Si el Emperador no tiene en demasiada estima a sus hombres, menos aún nosotros. Que se mueran de hambre.

Algunos de los presentes se removieron incómodos en sus asientos.

—Hablamos de miles de vidas y...— comenzó a decir Kroy.

La mirada del Primero de los Magos cayó sobre él como una losa y aplastó todas sus objeciones.

—Sé muy bien de lo que hablamos, General. Hablamos de enemigos. De invasores.

—Tiene que haber alguna otra solución, ¿no? —soltó el Rey—. ¿No podríamos meterlos en barcos y devolverlos a la costa kantic? Sería un epílogo vergonzoso a nuestra gran victoria si ahora...

—Por cada prisionero que alimentemos condenaremos a uno de nuestros ciudadanos a pasar hambre. Esa es la terrible aritmética del poder. Majestad, la decisión es difícil sin duda, pero así son todas las decisiones que se toman en esta sala. ¿Cuál es su opinión, Archilector?

Los ojos del rey y de los ancianos que se sentaban alrededor de la mesa se volvieron hacia Glokta. *Ah, claro, comprendemos lo que se ha de hacer y lo hacemos sin pestañear y todo eso, ¿no? Que sea el monstruo el que pronuncie la sentencia de muerte para que así los demás podamos seguir pensando que somos gente decente.*

—Nunca he profesado demasiada admiración por los gurkos —Glokta encogió sus doloridos hombros—. Que se mueran de hambre.

El Rey Jezal se retrepó un poco en su asiento y la severidad de su mirada se incrementó aún más. *A ver si va a resultar que nuestro monarca está un poco menos domesticado de lo que le gustaría creer al Primero de los Magos.* El Lord Canciller Halleck carraspeó.

—Ahora que la victoria es nuestra, lo primero de lo que debemos ocuparnos es del desescombro y la reconstrucción de todo aquello que ha sido destruido por...—miró fugazmente a Bayaz con un gesto nervioso—... la agresión gurka.

—Bravo, bravo.

—Reconstrucción.

—El simple hecho de desescombrar el Agriont tendrá unos costos... —y Halleck contrajo el rostro como si la palabra le causara dolor—... que pueden ascender a varias decenas de miles de marcos. Su reconstrucción podría suponer varios millones. Si a eso añadimos los considerables daños sufridos por la ciudad de Adua...el alcance de los costos...—Halleck volvió a fruncir el ceño y se frotó con una mano su barbilla mal afeitada—... resulta difícil de imaginar.

—Se hará todo lo que se pueda —Hoff sacudió la cabeza con pesar—. Marco a marco.

—Propongo que, por una vez, acudamos a los nobles —terció Glokta. La sugerencia fue acogida con unos cuantos gruñidos de asentimiento.

—Su Eminencia ha estado muy atinado.

—Un recorte significativo de los poderes del Consejo Abierto —dijo Halleck.

—Hay que cargar de impuestos a los nobles que no contribuyeron materialmente al esfuerzo bélico.

—¡Excelente idea! Hay que cortarles las alas a esos malditos parásitos.

—Se necesitan reformas radicales. Recuperación de tierras para la corona. Gravámenes sobre las herencias.

—¡Gravámenes sobre las herencias! ¡Una idea inspirada!

—También hay que meter en cintura a los Lores Gobernadores.

—Hace mucho tiempo que Skald y Meed gozan de demasiada independencia.

—Meed no tiene la culpa. Su provincia es una ruina...

—No se trata de buscar culpables —terció Bayaz. *Desde luego que no. Si quisiéramos buscar culpables todos sabríamos adónde mirar*—, sino de tener un mayor control de nuestros recursos. La victoria nos ofrece la oportunidad de implantar reformas.

—¡Centralización!

—Ocupémonos también de Westport. Llevan demasiado tiempo jugando a enemistarnos con los gurkos.

—Ahora nos necesitan.

—¿No sería conveniente tal vez extender la Inquisición a su ciudad? —sugirió Glokta.

—¡Una cabeza de puente en Estiria!

—¡Hemos de reconstruir el país! —el Primero de los Magos golpeó la mesa con su grueso puño—. Hacerlo mejor y más esplendoroso de lo que era antes. Es posible que las estatuas de la Vía Regia se hayan desmoronado, pero han dejado hueco para otras nuevas.

—Una nueva era de prosperidad —dijo Halleck con los ojos brillantes.

—Una nueva era de poder —dijo Hoff alzando su copa.

—¿Una edad dorada? —los ojos de Bayaz recorrieron la mesa y miraron a Glokta.

—¡Una era de unidad y de oportunidades para todos! —dijo el Rey.

No pareció que su propuesta fuera acogida con excesivo entusiasmo. Con un leve gesto de fastidio, todos los presentes volvieron los ojos hacia la cabecera de la mesa. *Como si alguien en lugar de hablar se hubiera tirado un pedo.*

—Hummm... sí, claro, Majestad —dijo Hoff—. Oportunidades. *Para cualquiera que tenga la fortuna de pertenecer al Consejo Cerrado.*

—Tal vez no sería mala idea aumentar la carga impositiva sobre los gremios de mercaderes —sugirió Halleck—. Como ya había pensado hacer nuestro anterior Archilector. Y también a los bancos. Una medida como esa pondría a nuestra disposición ingentes cantidades de dinero...

—No —atajó Bayaz—. Ni a los gremios ni a los bancos. El funcionamiento sin trabas de esas dos nobles instituciones es una fuente de riqueza y de seguridad para todos. El futuro de la nación está en el comercio.

Halleck inclinó humildemente la cabeza. *Con algo más que un asomo de miedo, según me parece detectar.*

—Por supuesto, Lord Bayaz. Tiene toda la razón. Admito de buena gana mi error.

El Mago prosiguió con tono suave.

—No obstante, es posible que los bancos se mostraran dispuestos a hacer un préstamo a la corona.

—Excelente idea —saltó de inmediato Glokta—. Me permito recomendar a la banca Valint y Balk, una institución digna de toda confianza y con una larga historia a sus espaldas. Su contribución me fue de gran ayuda en mi intento de defender Dagoska. Estoy convencido de que podremos volver a contar con su apoyo —en el rostro de Bayaz se dibujó una sonrisa casi imperceptible—. De momento ya se han confiscado las tierras, los bienes y los títulos del traidor Lord Brock. Su venta nos permitirá recaudar una suma considerable de dinero.

—¿Y qué hay de su persona, Archilector?

—Todo parece indicar que abandonó el país con los últimos contingentes gurkos. Damos por sentado que sigue siendo... su huésped.

—Su títere, querrá decir —Bayaz sorbió entre dientes—. Mal asunto. Pudiera convertirse en un polo de referencia de los descontentos.

—Dos de sus hijos están encerrados a cal y canto en el Pabellón de los Interrogatorios. Su hija y uno de los niños. Tal vez fuera posible un canje...

—¿Por Brock? ¡Ja! —ladró Hoff—. No aceptaría entregarse ni aunque se le ofreciera a cambio el mundo entero con todo lo que contiene.

Glokta alzó las cejas.

—¿Y si hiciéramos una demostración de firmeza? Algo que transmitiera con toda claridad el mensaje de que la traición no se tolera ni se tolerará nunca.

—Nunca viene mal mandar un mensaje como ese —gruñó Bayaz, secundado por el murmullo de asentimiento de los demás ancianos.

—Una proclamación pública de la culpabilidad de Brock y de su responsabilidad en la destrucción de Adua, acompañada de un par de ahorcamientos. *Una pena para ellos haber nacido de un padre tan ambicioso, pero a todo el mundo le encantan las ejecuciones públicas.* ¿Alguna preferencia con respecto al día o la...?

—Nada de ahorcamientos —el Rey miró a Bayaz con gesto desafiante.

Hoff parpadeó.

—Pero Majestad, no se puede permitir que...

—Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre. Más que suficiente, de hecho. Que suelten a los hijos de Brock —se produjeron varias inhalaciones bruscas alrededor de la mesa—. Y que se les permita reunirse con su padre, o quedarse en la Unión como simples ciudadanos si lo prefieren —Bayaz le dirigía una mirada torva desde el otro extremo de la mesa, pero el Rey no parecía en absoluto intimidado—. La guerra ha terminado. Y hemos vencido. *La guerra no termina nunca y cualquier victoria es siempre temporal.* Prefiero cerrar las heridas que ahondarlas. *Los enemigos heridos son los mejores; resulta mucho más fácil matarlos.* En ocasiones se obtienen más cosas con la clemencia que con la crueldad.

Glokta se aclaró la garganta.

—A veces. *Aunque todavía estoy esperando a verlo.*

—Bien —dijo el Rey en un tono que dejaba a las claras que daba por zanjada la cuestión—. ¿Algún otro asunto urgente que debamos tratar? Aún tengo que hacer el recorrido por los hospitales, además de inspeccionar las tareas de desescombro.

—Claro, Majestad —Hoff le hizo una reverencia de lo más aduladora—. La preocupación que mostráis por vuestros súbditos dice mucho en vuestro favor.

Jezal se le quedó mirando un instante y luego soltó un resoplido y se puso de pie. Ya había salido de la sala antes de que muchos de los ancianos consejeros hubieran acabado de levantarse. *Y yo el último, como siempre.* Cuando Glokta consiguió por fin apartar la silla y ponerse de pie, haciendo todo un despliegue de muecas, se encontró a su lado la cara rubicunda de Hoff, que le miraba con el ceño fruncido.

—Tenemos un pequeño problema —le susurró.

—¿De veras? ¿Algo que no podamos plantear al resto del Consejo Cerrado?

—Me temo que no. Es algo que, sobre todo, no debe ser tratado en presencia de Su Majestad —Hoff volvió la cabeza atrás un momento y aguardo

a que el último de los ancianos cerrara las gruesas puertas de la sala tras de sí, dejándolos a solas. *¿Conque un secreto, eh? Qué emocionante*—. Se trata de la hermana de nuestro Lord Mariscal.

Glokta torció el gesto. *Oh, no,* —¿Ardee West? ¿Qué pasa con ella?

—Sé de buena tinta que se encuentra en estado... interesante.

Como de costumbre, una afluencia de palpitaciones recorrió el lado izquierdo de la cara de Glokta.

—¿Es eso cierto? *Qué pena.* Me sorprende lo bien informado que está usted sobre los asuntos personales de esa dama.

—Es mi obligación —Hoff se acercó a Glokta y le susurró al oído arrojándole a la cara una peste a vino—. Considerando quién es con toda probabilidad el padre.

—¿Y quién es? *Aunque me parece que los dos sabemos perfectamente la respuesta.*

—El Rey, quién si no —dijo entre dientes Hoff con un deje de pánico en la voz—. Sin duda estaba usted al tanto de que antes de ser coronado mantuvo con ella una especie de... relación. Era un secreto a voces. ¿Y ahora qué es lo que tenemos? ¡Un hijo bastardo! ¿Con un rey cuya legitimidad no es de las más puras y que sigue contando con muchos enemigos en el Consejo Abierto? ¡Si se llega a saber lo de ese niño, y seguro que se sabrá, podría ser usado en contra nuestra! —Hoff se pegó aún más a Glokta—. Sería una amenaza para la seguridad del Estado.

—Desde luego —dijo con voz gélida Glokta. *Por desgracia, todo lo que ha dicho es muy cierto. Qué pena, qué horrible pena.*

Hecho un manojo de nervios, Hoff entrelazó sus gruesos dedos.

—Soy consciente de que tiene usted una cierta relación con la dama y con su familia, así que entendería perfectamente que quisiera desentenderse por completo de este caso. No me supondría ningún problema ocuparme de...

Glokta le lanzó una de sus sonrisas más desquiciadas.

—¿Pretende insinuar que no soy lo bastante duro como para asesinar a una mujer embarazada, Lord Canciller? —el eco de su voz, tan despiadado como una puñalada, resonó entre las blancas paredes de la cámara.

Hoff contrajo el rostro y miró hacia la puerta con nerviosismo.

—Estoy seguro de que no le temblara el pulso a la hora de cumplir con sus deberes patrióticos.

—Bien. Quédese tranquilo. Nuestro común amigo no me eligió para el cargo por ser una persona de corazón blando. *Más bien por lo contrario.* Me

encargaré del asunto.

La misma casita de ladrillo en la misma calle normal y corriente que Glokta había visitado tantas veces con anterioridad. *La misma casa en la qué pasé tantas veladas agradables. El único lugar donde he conseguido sentirme casi a gusto desde el día en que salí babeando de las prisiones del Emperador.* Metió la mano derecha en el bolsillo y sintió el roce frío del metal en la punta de sus dedos. *¿Por qué lo hago? ¿Por qué? ¿Para que ese borracho de Hoff pueda limpiarse el sudor de la frente al ver que se ha conseguido evitar el desastre? ¿Para que Jezal dan Luthar pueda sentarse con un pelo más de seguridad en su trono de pacotilla? Retorció* las caderas a un lado y a otro hasta que sintió el chasquido de su espalda. *Ella no se merece esto. Pero así es la terrible aritmética del poder.*

Empujo la verja, renqueó hasta la entrada y llamó a la puerta con un golpe seco. Al cabo de un rato, la acogotada doncella le abrió. *¿Habrá sido ella quien alertó al borracho oficial de la corte de la desafortunada situación? Tras,* farfullar un saludo, la mujer le condujo a la recargada salita de estar y ahí le dejó, contemplando el exiguo fuego que ardía en el exiguo hogar. Al ver de refilón su imagen reflejada en el espejo que había sobre la chimenea, frunció el ceño.

¿Quién es ese hombre? ¿Esa cáscara en estado ruinoso? ¿Ese desgarbado cadáver? ¿Se le puede llamar a eso una cara? ¿A esa cosa retorcida, arrugada y marcada por el dolor? ¿Qué clase de lastimosa y aborrecible especie es esa? ¡Oh Dios, si existes, protégeme de este ser!

Trató de sonreír. La palidez cadavérica de su piel quedó surcada de profundas arrugas y el espantoso hueco de su dentadura pareció ensancharse. Las comisuras de sus labios temblaron y su ojo izquierdo, más estrecho que el otro y orlado de un intenso color rojo, palpitó con fuerza. *La sonrisa parece anunciar horrores aún mayores que el ceño.*

¿Ha habido alguna vez un hombre con más pinta de malvado? ¿Ha habido alguna vez un hombre más monstruoso? ¿Puede quedar algún vestigio de humanidad tras una máscara como esa? ¿Cómo es posible que el apuesto Sand dan Glokta acabara convertido... en esto? Espejos. Son peores aún que las escaleras.

Ardee estaba en el umbral, contemplándole en silencio. Le pareció que tenía buen aspecto, una vez que se recuperó de la desagradable sorpresa que le había supuesto descubrir que le estaba observando. *Muy bueno, de hecho. Aunque tal vez se aprecie una leve hinchazón por la zona del vientre. ¿Tres meses? ¿Cuatro quizá? Pronto no habrá manera de ocultarlo.*

—Eminencia —dijo entrando a la sala mientras le sometía a un somero examen visual—. Le sienta bien el blanco.

—¿De veras? ¿No cree que hace que esas ojeras con forma de calavera que bordean mis ojos febriles parezcan aún más oscuras?

—Qué va, ni mucho menos. Combina a la perfección con su palidez cadavérica.

Glokta la obsequió con una insinuante sonrisa desdentada.

—Justo el efecto que pretendía causar.

—¿Ha venido para llevarme a hacer otro recorrido por las cloacas, aderezado con unas pequeñas dosis de muerte y tortura?

—Ay, me temo que no va a ser posible repetir tan maravillosa experiencia. Al parecer, he gastado a todos mis amigos y enemigos al primer intento.

—Y lamentablemente el ejército gurko ya no puede seguir haciéndonos compañía.

—Según tengo entendido, anda bastante liado en alguna otra parte —se la quedó observando mientras ella se acercaba a la mesa y se ponía a mirar por la ventana. La luz se filtraba a través de su cabello oscuro y se deslizaba por el borde de su mejilla.

—Usted se encuentra bien, ¿no? —le preguntó.

—Más liado aún que los gurkos. No paro de hacer cosas. ¿Cómo está su hermano? Pensaba hacerle una visita, pero... *—pero creo que ni yo mismo hubiera sido capaz de soportar el hedor de mi propia hipocresía. Lo mío es producir dolor. Su alivio es para mí como un idioma extranjero.*

Ardee agachó la cabeza.

—Está muy enfermo. Cada vez que voy a verle le encuentro más flaco. El otro día mientras estaba con él se le cayó un diente —se encogió de hombros—. Se cayó así, sin más, mientras estaba intentando comer. Casi se ahoga. ¿Pero qué puedo hacer yo? ¿Qué puede hacer nadie?

—Lo siento de veras. *Pero eso no cambia las cosas.* Estoy seguro de que su presencia le ayuda mucho. *Estoy seguro de que nada ni nadie puede ayudarle.* ¿Y usted cómo se encuentra?

—Mejor que la mayoría de la gente, me imagino —exhaló un hondo suspiro, se sacudió y trató de sonreír—. ¿Quiere tomar un poco de vino?

—No, pero si a usted le apetece, no deje de hacerlo por *mí. Jamás ha dejado de hacerlo.*

Cogió un momento la botella, pero luego la volvió a dejar en su sitio.

—Últimamente estoy procurando beber un poco menos.

—Siempre he pensado que haría usted bien en intentarlo —avanzó despacio hacia ella—. ¿Así que tiene usted mareos cuando se despierta por la mañana?

Ardee desvió bruscamente la vista, tragó saliva y los finos músculos de su cuello se resaltaron.

—¿Lo sabe?

—Soy el Archilector —dijo acercándose un poco más a ella—. Se supone que lo sé todo.

Los hombros de Ardee se desplomaron. Bajó la cabeza y se apoyó con ambas manos en el borde de la mesa. Aunque la veía de perfil, Glokta advirtió que pestañeaba.

Trata de contener las lágrimas. A pesar de su rabia, a pesar de su inteligencia, está tan desvalida como lo pueda estar cualquiera. Pero nadie puede acudir a su rescate. Excepto yo.

—La he hecho buena, ¿no? Justo lo que me había dicho mi hermano. Justo lo que me había dicho usted. Debe de sentirse muy defraudado.

Glokta sintió una palpitación en el rostro. *Un intento de sonrisa tal vez. Aunque sin demasiada alegría.*

—Me he sentido defraudado durante la mayor parte de mi vida. Pero nunca con usted. La vida es muy dura. Nadie obtiene lo que realmente se merece. *¿Cuánto tiempo voy a seguir alargando esto, cuánto tiempo voy a necesitar para reunir el valor suficiente? De nada sirve prolongar las cosas. Hay que hacerlo ya.*

—Ardee... —a él mismo le sonó áspera su voz. Aferrando con su mano sudorosa el mango del bastón, avanzó renqueando un paso más. Ella alzó la vista y le miró con los ojos acuosos mientras posaba una mano sobre su vientre. Luego hizo un movimiento, como si se dispusiera a dar un paso atrás. *¿Un atisbo de miedo, quizá? ¿Quién podría culparla? ¿Es posible que se imagine lo que va a pasar?*

—Ya sabe que siempre he sentido el mayor aprecio y respeto por su hermano —la boca se le había quedado seca y la lengua se revolvía torpemente entre sus encías desnudas. *Ahora es el momento*—. A lo largo de estos últimos meses creo que ha surgido también en mí un profundo aprecio y respeto por usted —las palpitaciones se extendieron por un lado de su cara e hicieron que una lágrima se desprendiera de su ojo parpadeante. *Ahora, ahora*—. O al menos... lo más parecido a esos sentimientos que puede albergar una persona como yo —Glokta metió la mano en el bolsillo, poniendo mucho cuidado de que ella no lo advirtiera. Sintió en la piel el tacto frío del metal y el roce despiadado y duro de unas aristas. *Tiene que ser ahora.* Su corazón latía acelerado y el nudo que tenía en la garganta casi le impedía hablar—.

Discúlpeme, pero esto no es nada fácil.

—¿Qué le disculpe por qué? —dijo ella mirándole sin comprender.

Ahora.

Se acercó a ella tambaleándose y sacó la mano del bolsillo. Ardee trastabilló hacia atrás, tropezó con la mesa y le miró con los ojos muy abiertos... y entonces ambos se quedaron como petrificados.

El anillo resplandecía entre los dos. El diamante era tan colosal y ostentoso que hacía que el grueso aro de oro pareciera muy poca cosa en comparación. *Tan grande que casi parece de broma. Una imitación. Una imposibilidad absurda. La piedra más grande de la que disponían Valint y Balk.*

—Tengo que pedirle que se case conmigo —graznó. La mano con la que sostenía el anillo temblaba como una hoja seca. *Si se me entrega una cuchilla de carnicero, mi mano se mantendrá firme como una roca, pero si lo que se me pide es que sostenga un anillo, soy capaz de mearme encima. Valor, Sand, valor.*

Ardee tenía la boca abierta y contemplaba aturdida el anillo.

—Eh...— musitó—. Yo...

—¡Lo sé! Lo sé. Entiendo perfectamente su repulsión. Pero deje que me explique, por favor —agachó la cabeza y comenzó a hablar retorciendo la boca—. No soy tan estúpido como para pretender que alguna vez pueda llegar a querer a alguien... como yo, ni para esperar que pueda llegar a abrigar por mí un sentimiento más afectuoso que la simple compasión. Es una cuestión de necesidad. No debe permitir que la eche para atrás el hecho de que yo sea... lo que soy. Saben que está esperando un hijo del Rey.

—¿Lo saben?

—Sí, lo saben. Ese niño representa una seria amenaza para ellos. Usted misma es una amenaza para ellos. De esta forma podré protegerla. Podré dar legitimidad a su hijo. A partir de ahora, y para siempre, será nuestro hijo — Ardee seguía mirando fijamente el anillo sin decir palabra. *Como un preso que contempla horrorizado los instrumentos de tortura y se plantea si debe confesar o no. Ambas opciones son horribles, ¿pero cuál es peor?*

—Hay muchas cosas que puedo ofrecerle. Seguridad. Protección. Respeto. Tendrá lo mejor de todo. Una elevada posición social, con todo lo que eso supone. A nadie se le pasara por la cabeza ponerle la mano encima. Nadie se atreverá a hacerla de menos. La gente susurrara a sus espaldas, desde luego. Pero será para alabar su belleza, su ingenio, su insuperable virtud —Glokta entornó los ojos—. Ya me ocuparé yo de que sea así.

Ardee alzó la vista para mirarle y tragó saliva. *Y aquí viene el rechazo. Muchas gracias, pero ni muerta.*

—Quiero ser sincera con usted. Cuando era más joven... hice algunas tonterías —sus labios se contrajeron—. Esta no es la primera vez que me quedo embarazada. Mi padre me tiró por las escaleras y perdí al niño. Casi me mata. No pensé que podría volver a ocurrirme.

—Todos hemos hecho cosas de las que no podemos sentirnos demasiado orgullosos. *Debería oír mis confesiones en alguna ocasión. O quizá sea mejor que nadie las oiga nunca.* Eso no cambia nada. Prometí que me ocuparía de su bienestar. No veo otra solución.

—En tal caso, la respuesta es sí —Ardee le cogió sin mayores ceremonias el anillo y se lo metió en el dedo—. No hay más vueltas que darle, ¿no cree? *Poco que ver con la aceptación efusiva, el consentimiento lacrimógeno y la gozosa entrega que suelen verse en los libros. Una simple transacción aceptada a regañadientes. Una oportunidad de reflexionar con tristeza sobre todo lo que podía haber sido y no fue.*

—¿Quién iba a decirme —murmuró mientras contemplaba la joya que lucía en el dedo—, cuando le veía hacer prácticas de esgrima con mi hermano hace tantos años, que un día llevaría su anillo? ¿Sabe una cosa? Siempre fue el hombre de mis sueños.

Y ahora de sus pesadillas.

—La vida da muchas vueltas. Las circunstancias casi nunca coinciden con lo que uno había previsto. *Y hete aquí que he salvado dos vidas. ¿Compensa esto en algo todo el mal que he hecho? En fin, al menos esto es algo que queda del lado bueno de la balanza. Todo hombre necesita tener alguna cosa del lado bueno de la balanza.*

Los ojos negros de Ardee se alzaron hacia él.

—¿No podía permitirse comprar una piedra más grande?

—Sólo si saqueaba las arcas del Estado —graznó. *Ahora lo tradicional sería un beso, pero dadas las circunstancias...*

Ardee dio un paso hacia él levantando un brazo. Glokta trastabilló hacia atrás e hizo una mueca de dolor al sentir una punzada en la cadera.

—Perdón. Me parece que... me falta práctica.

—Ya que tengo que hacerlo, pienso hacerlo bien.

—Querrá decir, hacer lo que pueda.

—Hacer algo al menos —se acercó un poco más. Glokta tuvo que obligarse a sí mismo a quedarse quieto donde estaba. Ella le miró a los ojos, extendió una mano y le tocó la mejilla, produciéndole de inmediato una palpitación en el ojo. *¿Estoy tonto? ¿Cuántas mujeres me han tocado en la vida? Pero aquella era otra vida. Otra...*

Ardee le rodeó la cara con una mano y le apretó la mandíbula con los

dedos. El cuello de Glokta soltó un chasquido al acercarle ella un poco más. Sintió la calidez de su aliento en la cara y luego los labios de Ardee recorrieron suavemente los suyos de un lado a otro mientras emitía un leve ruido gutural que hizo que a Glokta se le cortara la respiración. *Puro fingimiento, por supuesto. ¿Qué mujer iba a querer tocar esta ruina de cuerpo? ¿Besar esta ruina de cara? A mí mismo me repugna sólo de pensarlo. Fingimiento, sí, pero se merece un aplauso por hacer el esfuerzo.*

La pierna izquierda le temblaba y tuvo que aferrarse con fuerza a su bastón. Respiraba aceleradamente, soltando una especie de pitido por la nariz. Ardee ladeó la cara, la acercó a la suya y sus labios su fundieron en un beso húmedo. Glokta sintió cómo le metía la punta de la lengua entre sus encías desnudas. *Fingimiento, por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a ser? Pero hay que ver qué bien lo hace, qué bien...*

La Primera Ley

Ferro estaba sentada mirándose la mano. La mano con la que había sostenido la Semilla. Le parecía igual que siempre, y sin embargo, la notaba diferente. Fría, inmóvil. Muy fría. La había envuelto en mantas. Se la había lavado con agua caliente. La había acercado al fuego, tanto, que casi se quema.

No había forma.

—Ferro...—un susurro tan leve que bien podría no haber sido otra cosa que el ruido del viento al rozar el marco de la ventana.

Se puso de pie de un salto, aferrando el cuchillo. Miró en todos los rincones. Nada. Se agachó para mirar debajo de la cama y debajo el aparador. Arrancó las cortinas con la mano que tenía libre. Nadie. Ya sabía ella que no habría nadie.

Y, sin embargo, seguía oyéndolo.

Sonó un golpe en la puerta y se giró como una centella resoplando entre dientes. ¿Otro sueño? ¿Otro fantasma? Volvieron a sonar los golpes.

—¡Adelante! —gruñó.

La puerta se abrió. Bayaz. Al ver el cuchillo que tenía Ferro, alzó una ceja.

—Eres demasiado aficionada a las armas blancas. Aquí no tienes enemigos.

Lanzó una mirada iracunda al Mago entrecerrando los ojos. Ella no lo tenía tan claro.

—¿Qué ha pasado con el viento?

—¿Que qué ha pasado? —Bayaz se encogió de hombros—. Que hemos vencido.

—¿Qué eran esas formas? Las sombras esas.

—Lo único que yo vi fue a Mamun y a las Cien Palabras recibiendo el castigo que se merecían.

—¿No oyó voces?

—¿En medio del clamor de nuestra victoria? No oí nada.

—Pues yo sí —Ferro bajó el cuchillo y se lo metió en el cinto. Luego movió los dedos de la mano: la misma de siempre, y sin embargo, distinta—. Todavía las oigo.

—¿Y qué te dicen, Ferro?

—Hablan de candados, de verjas y puertas, y dicen que hay que abrirlas. Siempre están diciendo que hay que abrirlas. También preguntan por la Semilla. ¿Dónde está?

—En un lugar seguro —Bayaz la dirigió una mirada inexpresiva—. Si es verdad que oyes a los seres del Otro Lado, recuerda que son todo mentiras.

—Pues no son los únicos. Me piden que quebrante la Primera Ley. Lo mismo que hizo usted.

—Eso está abierto a interpretación —un rictus de orgullo se dibujó en las comisuras de la boca de Bayaz. Como si hubiera alcanzado un logro fabuloso—. Atemperé las disciplinas de Glustrod con las técnicas del Maestro Creador y usé la Semilla como el motor de mi Arte. Los resultados fueron...—hinchó el pecho con satisfacción—. Bueno, tú estabas allí y lo viste. Ante todo fue un triunfo de la voluntad.

—Hurgó en los sellos. Puso el Mundo en peligro. Los Desveladores de Secretos...

—La Primera Ley es una paradoja. Siempre que se lleva a cabo una transformación se toma prestado del Mundo Inferior, y eso siempre conlleva riesgos. Puede que haya traspasado la raya, pero lo que importa es la medida en que se haya hecho. El Mundo está a salvo, ¿o no? No voy a pedir disculpas por lo ambicioso de mi visión.

—Están enterrando a hombres, mujeres y niños de cien en cien en hoyos. Lo mismo que hicieron en Aulcus. Esta enfermedad...

la ha provocado lo que hicimos. ¿Cómo se mide su ambición? ¿Por el tamaño de las tumbas?

Bayaz sacudió la cabeza, como quitando importancia al asunto.

—Un efecto secundario imprevisto. El precio que hay que pagar por la victoria, me temo, sigue siendo hoy tan alto como lo era en los Viejos Tiempos, y como sin duda lo será siempre —clavó los ojos en ella y en su mirada relució un destello de amenaza, de desafío—. ¿Y si he quebrantado la Primera Ley, qué? ¿En qué tribunal harás que me juzguen? ¿Cuál será el jurado? ¿Sacarás a Tolomei de las sombras para que preste declaración? ¿Buscarás a Zacharus para

que lea los cargos? ¿Traerás a Cawneil a rastras desde los confines del Mundo para que pronuncie sentencia? ¿Harás venir a Juvens desde la tierra de los muertos para que imponga la pena? Me parece que no. Soy el Primero de los Magos. Soy la autoridad suprema y afirmo... que soy justo.

—¿Usted? Narices.

—Sí, Ferro. El poder es la única fuente de la justicia. Esa es mi primera y mi última ley. Esa es la única ley que reconozco.

—Zacharus me previno —murmuró Ferro recordando la interminable llanura y al hombre de ojos desorbitados con sus pájaros que daban vueltas en el aire—. Me dijo que me pusiera a correr y no parara. Tenía que haberle hecho caso.

—¿A esa especie de vejiga hinchada de falsa superioridad moral? —Bayaz resopló con desdén—. Sí, a lo mejor deberías haberle hecho caso, pero ese barco ya pasó. Y tú lo despediste alegremente desde la costa y elegiste seguir alimentando tu furia. La seguiste alimentando con mucho gusto. No pretendas hacerme creer que te engañé. Ya sabías que íbamos a caminar por sendas oscuras.

—Yo no esperaba...—formó con sus dedos helados un puño tembloroso... esto.

—¿Y qué esperabas entonces? Debo confesar que pensaba que estabas hecha de una pasta un poco más dura. Dejemos las filosofías a aquellos que tengan más tiempo que nosotros y menos cuentas que saldar. ¿Culpa, arrepentimiento, falso sentido de la justicia? Parece que estuviera hablando con el gran Rey Jezal. ¿Y quién tiene paciencia para eso? —se volvió hacia la puerta—. No deberías de alejarte mucho de mí. Quizá, con el tiempo, Khalul mande nuevos agentes. Y entonces volveré a necesitar de tus talentos.

Ferro soltó un resoplido.

—¿Y entretanto qué quiere que haga? ¿Quedarme aquí sentada con las sombras por toda compañía?

—Entretanto, Ferro, sonríe, si es que aún recuerdas cómo se hace —Bayaz le lanzó una sonrisa radiante—. Ya has obtenido la venganza que buscabas.

El viento soplaba a su alrededor, raudo, furioso, poblado de sombras. Se arrodilló en el extremo de un túnel de aullidos que llegaba hasta el mismísimo cielo. El Mundo era tan fino y tan quebradizo como una lamina de cristal, lista para quebrarse. Más allá sólo había un vacío lleno de voces.

—Déjanos entrar...

—¡No! —se liberó dando sacudidas, se levantó como pudo y se quedó de pie al lado de su cama jadeando y con todos los músculos en tensión. Pero no había nadie con quien luchar. Otro sueño, nada más.

Era culpa suya, por haberse quedado dormida.

Un alargado haz de luz lunar se extendía por las baldosas hasta ella. La ventana estaba entreabierta y dejaba pasar una brisa nocturna que enfriaba su piel sudorosa. Se acercó a ella con el ceño fruncido, la cerró de un empujón y echó el pestillo. Luego se dio la vuelta.

En las densas sombras que había junto a la puerta se alzaba una figura. Una figura andrajosa con un solo brazo. Los pocos trozos de armadura que aún le quedaban estaban rajados y agujereados. Su rostro era como una ruina polvorienta y la piel le colgaba hecha jirones de los huesos. Pero aun así, Ferro le reconoció.

Mamun.

—Volvemos a encontrarnos, mujer con sangre de demonio —su voz seca crujía como un papel arrugado.

—Estoy soñando —siseó Ferro.

—Desearás que fuera así —un instante después se encontraba en el otro extremo de la habitación apretando el cuello de Ferro con su única mano—. Haber tenido que salir de esas ruinas excavando la tierra con una sola mano ha hecho que me entre hambre —el aliento reseco del Devorador le producía un hormigueo en la cara—. Me haré un brazo nuevo con tu carne y con él abatiré a Bayaz y vengaré al gran Juvens. Es la visión del Profeta y yo la haré realidad —la alzó sin ningún esfuerzo, la aplastó contra la pared y los talones de Ferro patearon los paneles.

La mano apretó con más fuerza. Ferro hinchaba el pecho, pero no le entraba aire por la garganta. Trató de soltar los dedos arañándolos con las uñas, pero parecían hechos de hierro y de piedra y estaban tan apretados como el cuello de un ahorcado. Forcejeó, se retorció. Pero él no se movió ni un milímetro. Palpó la cara destrozada de Manum, consiguió que sus dedos llegaran a su mejilla rajada y le desgarró la carne por dentro. Pero él ni siquiera parpadeó. El frío se iba extendiendo por la habitación.

—Reza tus oraciones, criatura —susurró Manum haciendo rechinar sus dientes quebrados—, y confía en que Dios sea misericordioso.

Ferro se sentía ya muy débil. Los pulmones estaban a punto de reventarle. Seguía tratando de desgarrarle la cara, pero cada vez con menos fuerza. Débil, cada vez más débil. Dejó caer los brazos, las piernas colgaron

inertes y sintió una gran pesadez en los párpados. El frío era atroz.

—Ahora —susurró él echando una nube de vaho. Bajó a Ferro, abrió la boca y sus labios partidos se retrajeron dejando al descubierto dos hileras de dientes astillados—. Ahora.

De pronto, Ferro le clavó un dedo en el cuello, que le atravesó la piel y se hundió en su carne reseca hasta los nudillos, haciéndole apartar la cabeza. Su otra mano reptó por encima de la de Manum, se la quitó del cuello y luego le dobló los dedos hacia atrás. Mientras Ferro caía al suelo sintió cómo los huesos de los dedos del Devorador crujían, se quebraban, se astillaban. La escarcha se extendía por los cristales oscuros de la ventana que tenía junto a ella y crujía bajo sus pies desnudos mientras retorcía el cuerpo de Manum y luego lo estrellaba contra la pared, haciendo trizas los paneles de madera y arrancando varios trozos de escayola. La fuerza del impacto fue tan grande que una nube de polvo cayó del techo.

Hundió más el dedo en la garganta: hacia arriba, hacia dentro. Era fácil. Su fuerza no conocía límites. Venía del Otro Lado de la línea divisoria. La Semilla la había transformado, igual que había hecho con Tolomei, y ya no había vuelta atrás.

Ferro sonrió.

—¿Así que ibas a coger mi carne, eh? Éste es tú último almuerzo, Manum.

Introdujo la punta de su índice entre los dientes, la cerró sobre el dedo pulgar y el Devorador quedó sujeto por una especie de anzuelo. Le arrancó la mandíbula de la cabeza de un tirón y la arrojó al aire. La lengua de su enemigo colgaba fláccida entre un amasijo de carne polvorienta.

—Reza tus oraciones, Devorador —bufó—, y confía en que Dios sea misericordioso —acto seguido le apretó las palmas de ambas manos sobre las sienes. De la nariz de Manum comenzó a salir un prolongado aullido. Trató inútilmente de alcanzar a Ferro lanzándola zarpazos con su mano destrozada y, de pronto, el cráneo se dobló, luego se aplanó y finalmente reventó lanzando esquirlas de hueso por todas partes. Ferro dejó que el cuerpo se desplomara, y una nube de polvo se deslizó por el suelo y se le enroscó alrededor de los pies.

—Sí...

No se sobresaltó. No abrió desmesuradamente los ojos. Sabía de dónde venía esa voz. De todas las partes y de ninguna parte a la vez.

Se acercó a la ventana y la abrió. Saltó al vacío y cayó de pie en la hierba que había doce zancadas más abajo. La noche estaba llena de ruidos, pero ella permanecía en silencio. Avanzó pisando con suavidad la hierba iluminada por la luna, rompiendo con sus pies desnudos las zonas escarchadas. Subió luego

por una interminable escalera y accedió a las murallas. Las voces la siguieron.

—Espera.

—¡La Semilla!

—Ferro.

—Déjanos entrar...

Las ignoró. Un hombre enfundado en una armadura escrutaba la noche, mirando hacia la Casa del Creador, cuya silueta se destacaba con un negro más intenso sobre la negrura del cielo. Una cuña de oscuridad clavada en el corazón del Agriont, en cuyo interior no había estrellas, ni nubes iluminadas por la luna, ni el más mínimo atisbo de luz. Ferro se preguntó si Tolomei no seguiría merodeando entre las sombras, arañando sus puertas. Arañando y arañando por toda la eternidad. Ella había desaprovechado su oportunidad de vengarse.

A Ferro no le ocurriría lo mismo.

Caminó silenciosamente por el adarve y rodeó al guarda, que se ciñó un poco más la capa sobre los hombros cuando pasó a su lado. Luego se subió al parapeto, saltó y sintió la exhalación del viento que rozaba su piel. Salvó el foso, arrancando crujidos a la capa de hielo que cubría el agua que tenía bajo sus pies. El suelo adoquinado que se extendía un poco más allá corría a su encuentro. Se subió a él de un salto y rodó y rodó en dirección a los edificios. Se había desgarrado las ropas en la caída, pero no tenía ni una sola marca en la piel. Ni una gota de sangre siquiera.

—No, Ferro.

—¡Vuelve y encuentra la Semilla!

—Está muy cerca de él.

—Bayaz la tiene.

Bayaz. Tal vez cuando hubiera acabado en el Sur regresaría. Cuando hubiera sepultado al gran Uthman-ul-Dosht en las ruinas de su propio palacio. Cuando hubiera enviado a Khalul, a sus Devoradores y a sus sacerdotes al infierno. Quizá entonces regresaría y le daría al Primero de los Magos la lección que se merecía. La lección que Tolomei había querido darle. Pero, fuera o no un mentiroso, lo cierto es que al final había cumplido la palabra que le había dado. Le había proporcionado un medio para su venganza.

Y ahora iba a cobrársela.

Ferro se escabulló entre las ruinas de la ciudad, rauda y silenciosa como la brisa nocturna. Rumbo al Sur, rumbo a los muelles. Ya encontraría la forma de llegar. Rumbo al Sur, hacia la otra orilla del mar, donde estaba Gurkhul. Y cuando llegara...

Las voces la susurraban. Millares de voces. Hablaban de las puertas que Euz había cerrado y de los sellos que Euz había puesto en ellas. Le suplicaban que las abriera. Le decían que las rompiera. Le decían cómo tenía que hacerlo y le ordenaban que lo hiciera.

Pero Ferro se limitaba a sonreír. Que hablaran cuanto quisieran.

Ella no tenía amos.

Té y amenazas

Logen torcía el gesto.

Torcía el gesto mientras miraba el amplio salón con sus relucientes espejos y al nutrido grupo de hombres poderosos que había allí reunidos. Torcía el gesto al fijarse en los grandes lores de la Unión que tenía enfrente. Doscientos o más, una multitud murmurante que se sentaba en el lado contrario de la sala. Su charla falsa, sus sonrisas falsas y sus caras falsas le empalagaban tanto como un atracón de miel. Pero tampoco abrigaba sentimientos más amables por las gentes que se encontraban en su lado del salón, compartiendo estrado con él y con el gran Rey Jezal.

Uno de ellos era aquel tullido desdeñoso que le había hecho un montón de preguntas cuando estuvo alojado en la torre y que ahora iba vestido de blanco. Luego estaba un tipo grueso con la cara llena de venas que tenía todo el aspecto de empezar siempre el día abriendo una botella. También había un tipo alto y delgado, enfundado en un peto negro cubierto de filigrana de oro, con una sonrisa acaramelada y unos ojillos de mirada dura. Logen no recordaba haber visto nunca tal cantidad de embusteros y bellacos reunidos en un mismo lugar. Y sin embargo, había uno que era peor que todos los demás juntos.

Bayaz se sentaba con una sonrisa relajada en los labios, como si todo hubiera salido exactamente tal y como él lo había planeado. Y quizá fuera así. Maldito hechicero. Logen tenía que haberse olido que uno no se debe fiar nunca de un tipo que no tiene pelo. Los espíritus le habían advertido que los Magos iban siempre a lo suyo, pero él no había hecho caso y, como de costumbre, se había metido de cabeza en aquel embrollo confiando en que todo saldría bien.

Sus ojos se volvieron hacia el lado contrario, que era donde estaba Jezal. Se le veía bastante cómodo en sus regias vestiduras, con una corona de reluciente oro en la cabeza y una silla dorada más grande aún que la de Logen. A su lado se sentaba su esposa. Toda ella desprendía altanería y frialdad, pero la verdad es que no le sentaba mal. Era tan bella como una mañana de invierno. Y además tenía una forma de mirar a Jezal bastante peculiar. Una mirada feroz, como si apenas pudiera controlar el deseo de emprenderla a mordiscos con él. Aquel cabronazo siempre se las arreglaba para salir con bien de todo. A Logen

no le hubiera importado que le diera también a él un mordisquillo, ¿pero qué mujer en su sano juicio iba a querer hacer eso?

No obstante, el gesto más torcido se lo reservaba para sí mismo cuando se veía en los espejos de enfrente sentado en aquel estrado junto a Jezal y la reina. Al lado de la apuesta pareja parecía un monstruo inquietante, huraño y temible con la cara llena de cicatrices. Un hombre hecho para el asesinato al que se había envuelto en un lujoso tejido de vivos colores y en exóticas pieles blancas, todo ello decorado con pulidos tachones y brillantes hebillas, y al que, como remate, se le había colgado una gruesa cadena dorada de los hombros. La misma cadena que había llevado Bethod. Por los ribetes de piel de las mangas sobresalían sus manos, unas manos brutales, escoriadas y con un dedo menos, que se aferraban a los reposabrazos de su silla dorada. La vestimenta podría ser la de un rey, pero las manos eran las de un asesino. Parecía el ogro de un viejo cuento infantil. El cruel guerrero que había alcanzado el poder a sangre y fuego. Que se había subido al trono aupándose sobre una pila de cadáveres. Sí, es posible que él fuera ese hombre.

Se retorció incómodo. Tenía la piel sudada y los nuevos ropajes le picaban. Había recorrido un largo camino desde que salió a rastras de un río con poco más que un par de botas. Desde que fue arrastrándose por las Altiplanicies con un cazo por toda compañía. Había recorrido un largo camino, pero no estaba muy seguro de que no le gustara más la persona que era antes. Cuando se enteró de que Bethod se hacía llamar rey se había reído a carcajadas. Y ahora, ahí estaba él, haciendo lo mismo, a pesar de estar bastante peor preparado para ejercer semejante oficio. Dígase una cosa de Logen Nuevededos: era un maldito imbécil. Así de simple. Y eso no es algo que a un hombre le guste reconocer.

El borracho, Hoff, era el que llevaba la voz cantante.

—La Rotonda de los Lores, ay, está en ruinas. Así pues, por el momento, y en tanto no se haya erigido un edificio digno de tan noble institución, una nueva Rotonda de los Lores más grande y lujosa que la anterior, se ha tomado la decisión de suspender las actividades del Consejo Abierto.

Se produjo un silencio.

—¿Suspensión de actividades?—masculló alguien.

—¿Y entonces cómo haremos oír nuestra voz?

—¿Dónde tendrá voz la nobleza?

—Los nobles tendrán voz a través del Consejo Cerrado —Hoff hablaba con el tono que emplea un adulto para dirigirse a un niño—. O se dirigirán al Subsecretario de Audiencias para solicitar que el Rey los reciba.

—¡Pero eso también lo puede hacer un simple campesino!

Hoff alzó las cejas.

—Cierto.

Una oleada de furia se extendió entre los nobles que tenía sentados enfrente. Es posible que Logen no entendiera mucho de política, pero sabía cuándo un grupo de hombres estaba pisoteando a otro grupo de hombres. Nunca resulta agradable verse metido en una situación como esa, pero al menos en esta ocasión parecía que le había tocado en el bando de los que pisoteaban y no en el de los pisoteados.

—¡El Rey y la nación son una misma cosa! —la áspera voz de Bayaz resonó por encima del murmullo general—. Ustedes no son más que usufructuarios de sus tierras. Nuestro monarca lamenta mucho tener que pedir que se le devuelva una porción de ellas, pero la actual situación lo requiere.

—Una cuarta parte —el tullido se chupó sus encías desnudas produciendo un leve ruido de succión—. De cada uno.

—¡Esto es intolerable! —gritó un iracundo anciano de la primera fila.

—¿Eso cree, Lord Isher? —Bayaz se limitó a sonreírle—. Todos los que piensen así pueden ir a hacer compañía a Lord Brock en su polvoriento exilio y entregar a la corona la totalidad de sus tierras en lugar de sólo una parte.

—¡Esto es un ultraje! —gritó otro hombre—. El Rey siempre ha sido un miembro más de la nobleza, el primero entre iguales, pero nunca ha estado por encima de ella. Fueron nuestros votos los que le elevaron al trono y nos negamos a...

—Está usted bailando muy pegado a la raya, Lord Heugen —unos repulsivos espasmos sacudían la cara del tullido mientras miraba con gesto ceñudo al otro lado de la sala—. Estoy seguro de que prefiere quedarse de este lado, donde se respira calidez, seguridad y lealtad. El otro lado, creo, no le resultaría tan grato —un alargado lagrimón surgió de su parpadeante ojo izquierdo y le resbaló por la mejilla—. El Agrimensor Real tasará sus propiedades en los meses venideros. Harán bien en prestarle toda la ayuda que necesite.

Muchos hombres se habían puesto ya en pie y agitaban los puños con gesto airado.

—¡Esto es inaudito!

—¡Inaceptable!

—¡No conseguirán intimidarnos!

Jezal se levantó de un salto del trono, alzó su espada enjoyada y se puso a golpear el estrado con el extremo de la vaina, llenando la sala de ecos

retumbantes.

—¡Yo soy el Rey! —bramó dirigiéndose a la cámara, que se había quedado en silencio—. ¡No estoy ofreciendo una opción, sino dictando un decreto real! ¡Adua será reconstruida con mayor esplendor aún del que tenía! ¡Y este es el precio! ¡Señores, os habéis acostumbrado a una corona débil! ¡Creedme si os digo que esos tiempos han quedado atrás!

Bayaz se inclinó hacia un lado para hablarle a Logen al oído.

—Se le da increíblemente bien, ¿no cree?

Los lores refunfuñaron pero volvieron a tomar asiento mientras Jezal seguía hablando, llenando con su voz firme y resonante la sala y manteniendo el puño cerrado sobre la empuñadura de la espada desenvainada.

—Aquellos que me prestaron un apoyo incondicional durante la reciente crisis quedarán exentos. Pero esa lista, para vergüenza de muchos de los aquí presentes, es extremadamente corta. ¡Han sido amigos llegados desde más allá de las fronteras de la Unión los que nos han apoyado cuando más lo necesitábamos!

El hombre de negro se levantó majestuosamente de su silla.

—¡Yo, Orso de Talins, me mantendré siempre del lado de mis regios hijos! —y cogió la cara de Jezal y le plantó un beso en cada mejilla. Luego hizo lo mismo con su hija—. Sus amigos son mis amigos —añadió con una sonrisa, pero estaba bastante claro lo que quería decir—. ¿Y sus enemigos? ¡Ah! Ustedes son hombres inteligentes. Ya pueden adivinar el resto.

—Os doy las gracias por el papel que jugasteis en nuestra liberación —dijo Jezal—. Contáis con nuestra gratitud. La guerra entre el Norte y la Unión ha concluido. El tirano Bethod ha muerto y se ha instaurado un orden nuevo. ¡Es para mí un orgullo llamar ahora al hombre que lo derrocó, mi amigo Logen Nuevededos, Rey de los Hombres del Norte! —sonrió de oreja a oreja y alargó una mano—. Lo que corresponde ahora es que avancemos juntos hacia tan esperanzador futuro como dos pueblos hermanos.

—Sí —dijo Logen levantándose trabajosamente de su asiento—. Claro —abrazó a Jezal y le dio en la espalda una palmada que resonó por toda la cámara—. Me parece que de ahora en adelante nos vamos a mantener a nuestro lado del Torrente Blanco. A no ser que mi hermano tenga problemas por aquí, claro está —y paseó una mirada tétrica por la primera fila de ancianos de rostro cejijunto—. Más vale que no me obliguen a volver —y dicho aquello, se sentó de nuevo mirándoles con cara de muy pocos amigos. Es posible que el Sanguinario no entendiera mucho de política, pero sabía muy bien cómo se lanza una amenaza.

—¡Ganamos la guerra! —Jezal agitó la empuñadura dorada de su espada

y luego la volvió a meter en el pasador de su cinto—. ¡Ganemos ahora la paz!

—¡Bien dicho, Majestad, bien dicho! —el borracho de la cara rubicunda se había puesto de pie, dispuesto a impedir que nadie más metiera baza—. Ya sólo queda por tratar un punto del orden del día antes de que queden suspendidas las actividades del Consejo Abierto —se dio la vuelta luciendo una sonrisa empalagosa e hizo una pronunciada inclinación de cabeza—. ¡Expresemos todos nuestro agradecimiento a Lord Bayaz, el Primero de los Magos, que con sus sabios consejos y el poder de su Arte, expulsó al invasor y salvó la Unión! —acto seguido empezó a aplaudir. El tullido Glokta se le unió y luego el Duque Orso.

Un corpulento Lord de la primera fila se puse de pie de un salto.

—¡Viva Lord Bayaz! —rugió aplaudiendo frenéticamente con sus manazas. Pronto toda la sala resonaba con una desganada ovación. Hasta el propio Heugen se unió. Incluso Isher, aunque por la expresión de su rostro parecía como si estuviera aplaudiendo en su propio entierro. Las manos de Logen se quedaron donde estaban. Si quería ser honesto tenía que reconocer que le estaba empezando a poner enfermo el mero hecho de hallarse allí. Enfermo y muy enfadado. Se arrellanó en su silla y siguió contemplando la escena con gesto torcido.

Jezal observó cómo todos los grandes magnates de la Unión enfilaban abatidos hacia la salida de la Cámara de los Espejos. Grandes hombres todos ellos. Isher, Barezin, Heugen, y todos los demás. Unos hombres cuya simple visión le había dejado boquiabierto hasta hace no mucho. Apenas si podía borrar la sonrisa de su cara mientras los veía retirarse mascullando inútilmente su descontento. Durante unos instantes se sintió un verdadero rey. Pero entonces vio a su reina.

Terez y su padre, el Gran Duque Orso, parecían enzarzados en una agria discusión, mantenida en la muy expresiva lengua estiria y aderezada con todo tipo de aspavientos. A Jezal podría haberle aliviado comprobar que no era el único miembro de la familia al que ella parecía despreciar, si no fuera porque se temía que él era el motivo de la discusión. Oyó como una especie de chirrido a su espalda y se llevó el disgusto de toparse con la cara contrahecha de su nuevo Archilector.

—Majestad —Glokta habló en voz baja, como si se dispusiera a tratar un tema que debía mantenerse en secreto, mientras miraba con gesto ceñudo a Terez y a su padre—. ¿Puedo preguntaros... si tenéis algún problema con vuestra esposa? —bajó aún más la voz—. Tengo entendido que rara vez dormís

juntos en la misma habitación.

Jezal estaba a punto de cruzarle la cara por su insolencia, cuando de pronto vio por el rabillo del ojo que Terez le estaba observando con esa mirada de profundo desprecio que era el trato habitual que recibía como esposo. Al instante, se le desplomaron los hombros.

—Apenas soporta estar en el mismo país que yo, así que malamente iba compartir mi lecho. ¡Esa mujer es una maldita bruja! —gruñó, y acto seguido agachó la cabeza y se quedó mirando al suelo—. ¿Qué puedo hacer?

Glokta giró el cuello a un lado, y luego al otro, y Jezal tuvo que reprimir un escalofrío al oír un sonoro chasquido.

—Permitidme que hablé con la reina, Majestad. Puedo ser bastante persuasivo cuando me pongo a ello. Entiendo vuestros problemas. Yo mismo acabo de casarme.

Jezal no quería ni pensar en la clase de monstruo que podía haber aceptado a ese otro monstruo como marido.

—No me diga —soltó con fingido interés—. ¿Y quién es la dama?

—Según creo, la conocéis vagamente, Majestad. Se llama Ardee. Ardee dan Glokta —y los labios del tullido se retrajeron para dejar al descubierto un horripilante agujero en su dentadura.

—Pero no puede...

—Sí, es la hermana de mi viejo amigo Collem West —Jezal le miraba fijamente sin poder pronunciar palabra. Glokta hizo una rígida inclinación de cabeza—. Acepto encantado vuestras felicitaciones —y acto seguido se dio la vuelta, se acercó al borde del estrado y comenzó a bajar trabajosamente los escalones, apoyándose con fuerza en su bastón.

Jezal apenas podía reprimir su gélida conmoción, su mayúscula decepción, su absoluto horror. No conseguía imaginarse qué tipo de chantaje le habría hecho ese desecho humano para atraparla. O tal vez fuera simplemente que se quedó desesperada cuando él la dejó. O quizá que al enfermar su hermano no encontró a nadie más a quien acudir. La otra mañana, cuando la vio en el hospital, había sentido que se reavivaba algo en su interior. De hecho, últimamente había estado pensando que, quizá con el tiempo, un día...

Pero ahora incluso esas fantasías placenteras se habían desmoronado. Ardee estaba casada, y encima con un hombre al que él despreciaba. Un hombre que tenía un asiento en su Consejo Cerrado. Y lo que era aún peor, un hombre al que, en un acceso de locura, acababa de confesar la infelicidad de su matrimonio. Se había mostrado débil, vulnerable, absurdo. Lleno de amargura, se maldijo para sus adentros.

Ahora le parecía que había amado a Ardee con una ardiente pasión. Que habían compartido algo que él jamás volvería a encontrar. ¿Cómo es que no se dio cuenta a su debido tiempo? ¿Cómo pudo permitir que su relación se fuera a pique de esa manera? La triste realidad, supuso, era que el amor por sí solo no era suficiente.

Logen abrió la puerta, se llevó una profunda decepción y luego la cerró hecho una furia. La habitación estaba vacía, limpia y ordenada. Ferro se había ido.

Nada había salido como él hubiera querido. Claro que a esas alturas debería habérselo esperado. A fin de cuentas, siempre había sido así. Pero, a pesar de todo, ahí seguía él, meando contra el viento. Era como un hombre cuya puerta es demasiado baja, pero que en lugar de aprender a agacharse se pasa todos los días de su miserable vida estampándose la cabeza contra el dintel. Quería sentir pena de sí mismo, pero sabía que tampoco se merecía otra cosa. Un hombre que había hecho las cosas que él había hecho no podía esperar un final feliz.

Salió al pasillo andando a grandes zancadas y atravesó el vestíbulo con la mandíbula apretada. La siguiente puerta la abrió empujando con el hombro, sin molestarse en llamar. Los altos ventanales estaban abiertos y la luz del sol entraba a chorros en la ventilada habitación, acompañada de una suave brisa que mecía los tapices que decoraban los muros. Bayaz estaba sentado en una silla de madera tallada delante de uno de ellos, con una taza de té en la mano. Un sirviente rastrero, vestido con una chaquetilla de terciopelo, le estaba sirviendo con una tetera de plata mientras sostenía con la punta de los dedos de la otra mano una bandeja con unas tazas.

—¡Ah, el Rey de los Hombres del Norte! —exclamó Bayaz—. ¿Qué tal...?

—¿Dónde está Ferro?

—Se ha ido. Dejándolo todo hecho un desbarajuste, por cierto. Pero ya me he ocupado yo de arreglar las cosas, como suele...

—¿Adónde?

El Mago se encogió de hombros.

—Al Sur, me imagino. En busca de venganza, o cosa parecida, si quiere que juegue a las adivinanzas. Siempre estaba hablando de venganza. Una mujer con muy mal carácter, desde luego.

—Ya no es la de antes.

—Hemos vivido grandes acontecimientos, amigo mío. Ninguno de nosotros somos como éramos antes. ¿Le apetece una taza de té?

El sirviente se acercó rápidamente a él, contoneándose y haciendo equilibrios con la bandeja de plata. Logen lo agarró de la chaquetilla de terciopelo y lo lanzó al otro extremo de la habitación. El tipo se estrelló contra la pared, soltando un chillido, y cayó hecho un guiñapo sobre la alfombra, rodeado de tazas.

Bayaz alzó una ceja.

—Un simple «no» hubiera bastado.

—No me venga con esas mierdas, maldito cabrón.

El Primero de los Magos torció el gesto.

—Caramba, maese Nuevededos, está usted de un humor de perros esta mañana. Ahora es usted un rey, y no está bien que se deje gobernar por sus bajas pasiones de esa manera. Los reyes de ese tipo no suelen durar mucho. Aún le quedan enemigos en el Norte. Seguro que Calder y Scale andarán por las montañas creando problemas. Si a uno se le trata con buenos modales, ha de responder de la misma manera. Yo, al menos, es lo que siempre he pensado. Me ha sido usted útil, y yo también le puedo ser útil a usted a cambio.

—¿Como hizo con Bethod?

—Exacto.

—No parece que a él le fuera muy bien.

—Cuando contó con mi ayuda, prosperó. Pero luego se volvió orgulloso e indisciplinado y empezó a venirme con todo tipo de exigencias. Sin mi ayuda... bueno, ya conoce el resto de la historia.

—No meta las narices en mis asuntos, hechicero —Logen dejó caer una mano sobre la empuñadura de la espada del Creador. Si las espadas tenían voz, como le había dicho en cierta ocasión el Mago, acababa de hacer que aquella profiriera una clara amenaza.

Pero el semblante de Bayaz apenas si dejó traslucir otra cosa que un leve fastidio.

—Un hombre menos grande tal vez se sentiría contrariado. ¿No fui yo quien compró su vida a Bethod? ¿No fui yo quien dio un sentido a su vida cuando usted ya no tenía ninguno? ¿No fui yo quien le condujo a los confines del Mundo y le enseñó unas maravillas que muy pocos hombres han visto? Sus modales dejan mucho que desear. ¡Pero si hasta la espada con la que me está amenazando fue un regalo mío! Tenía la esperanza de que pudiéramos llegar a un...

—No.

—Ya. Ni siquiera...

—Hemos terminado. Parece que nunca seré un hombre mejor, pero puedo intentar no serlo peor. Eso, al menos, sí puedo intentarlo.

Bayaz entornó los ojos.

—Bien, maese Nueveddedos, está visto que va usted a seguir sorprendiéndome hasta el último momento. Pensé que era un hombre valiente, pero capaz de contenerse, un hombre calculador, pero también compasivo. Pensé que, por encima de todo, era usted un hombre realista. Pero los norteños siempre han tenido cierta propensión a la irascibilidad. Ahora advierto en usted esa vena de obstinación, ese carácter destructivo. Por fin veo al Sanguinario.

—Me alegro de defraudarle. Al parecer, nos hemos equivocado por completo el uno con el otro. Yo le había tomado por un gran hombre. Pero ahora me doy cuenta de mi error —Logen sacudió lentamente la cabeza—. ¿Ha visto lo que ha hecho aquí?

—¿Lo que he hecho? —Bayaz dejó escapar una carcajada de incredulidad—. ¡He combinado tres disciplinas puras de la magia y he forjado con ellas una nueva! No parece que comprenda el alcance de mi logro, pero le disculpo. Soy consciente de que el saber libresco nunca ha sido su fuerte. Una cosa así no se veía desde antes de los Viejos Tiempos, cuando Euz repartió sus dones entre sus hijos —Bayaz suspiró—. Da la impresión de que nadie va a valorar el más grande de mis logros. Nadie excepto tal vez Khalul, y es bastante poco probable que vaya a felicitarme por ello. ¡Pero si una liberación de energía como ésta no se había visto en el Círculo del Mundo desde... desde...!

—¿Desde que Glustrod se destruyó a sí mismo y a toda Aulcus de paso?

El Mago alzó las cejas.

—Ya que usted lo menciona...

—Y los resultados, me parece, han sido prácticamente los mismos, si exceptuamos el hecho de que esta carnicería que ha provocado usted tan alegremente ha sido un poco menor que la otra y sólo ha dejado en ruinas una parte menor de una ciudad menor perteneciente a una época menor. Quitando eso, ¿qué diferencia hay entre usted y él?

—Pensé que era algo absolutamente obvio —Bayaz alzó la taza y le miró con afabilidad por encima del borde—. Glustrod perdió.

Logen se quedó quieto un rato, pensando en lo que acababa de oír. Luego, se dio la vuelta y se dirigió hecho una furia hacia la puerta, obligando al acogotado sirviente a apartarse a toda prisa. Salió al pasillo y sus pisadas retumbaron en las doradas techumbres mientras el cascabeleo de la cadena de

Bethod resonaba en sus oídos como una risa burlona.

Probablemente debería haber intentado que ese viejo cabrón despiadado siguiera estando de su parte. Considerando lo que podía encontrarse en el Norte cuando regresara, no le habría venido nada mal poder contar con su ayuda. Probablemente debería haberse bebido esa especie de pis hediondo que él llamaba té como si fuera pura ambrosía, haberse reído con ganas y haber llamado a Bayaz «viejo amigo» para así poder arrastrarse hasta la Gran Biblioteca del Norte si las cosas se ponían feas. Eso hubiera sido lo más sensato. Eso hubiera sido lo más realista. Pero como solía decirle su padre...

Logen nunca había sido demasiado realista.

Detrás del trono

Tan pronto como oyó que se abría la puerta, Jezal supo quién era la persona que venía a verle. Ni siquiera tuvo que levantar la vista. ¿Qué otra persona tendría la temeridad de entrar sin llamar en los aposentos privados de un rey? Profirió una maldición, silenciosa, pero henchida de amargura.

Sólo podía ser Bayaz. Su carcelero. Su principal torturador. Su sombra inseparable. El hombre que había destruido medio Agriont y había dejado en ruinas la bellísima Adua, y que ahora sonreía y gozaba del aplauso general como si fuera el salvador de la patria. Era algo tan nauseabundo que sólo de pensar en ello le entraban ganas de vomitar. Jezal apretó los dientes y se puso a mirar las ruinas que se veían desde la ventana. Se negaba a darse la vuelta.

Más exigencias. Más concesiones. Más charlas sobre cómo había que hacer las cosas. La función de Jefe de Estado, al menos teniendo siempre al Primero de los Magos asomándose por encima de su hombro, resultaba una experiencia inmensamente frustrante y empobrecedora. Conseguir salirse con la suya, aun en el más insignificante de los asuntos, constituía un empeño casi imposible. Mirara donde mirara siempre se encontraba con el ceño reprobatorio del Mago. Tenía la sensación de no ser más que un simple mascarón de proa. Un magnífico trozo de madera dorado, pero completamente inútil. La única diferencia era que al menos los mascarones de proa iban al frente del barco.

—Majestad —como siempre, la voz del anciano estaba teñida de un leve barniz de respeto que apenas ocultaba el desprecio que había debajo.

—¿Qué pasa ahora? —Jezal por fin se volvió hacia él. Le sorprendió ver que el Mago se había quitado las vestiduras de su cargo y había vuelto a ponerse el viejo chaquetón manchado y las gruesas botas que había llevado al malhadado viaje al desolado occidente—. ¿Va a alguna parte? —inquirió Jezal casi sin osar hacerse ilusiones.

—Dejo Adua. Hoy mismo.

—¿Hoy? —Jezal no sabía qué hacer para refrenar el deseo de ponerse a pegar saltos y a lanzar gritos de júbilo. Se sentía como un preso recién salido de una mazmorra hedionda que volviera a sentir la luz de la libertad. Ahora

podría reconstruir el Agriont como él quisiera. Ahora podría recomponer el Consejo Cerrado y elegir a sus propios consejeros. Puede que incluso pudiera librarse de esa bruja de esposa que le había encasquetado Bayaz. Tendría la libertad de hacer lo correcto, fuera lo que fuera. Al menos, tendría la libertad de averiguar qué era lo correcto. ¿Acaso no era el Gran Rey de la Unión? ¿Quién se atrevería a contradecirle?—. Lamentaremos mucho su ausencia, por supuesto.

—Ya me lo imagino. No obstante, hay unas cuantas cosas que quisiera dejar arregladas.

—Desde luego —lo que fuera con tal de librarse de ese maldito viejo.

—He hablado con Glokta, vuestro nuevo Archilector.

La sola mención de ese nombre le provocó tal asco que se estremeció.

—¿No me diga?

—Un hombre muy agudo. Me ha impresionado muy gratamente. Le he pedido que me sustituya en el Consejo Cerrado durante mi ausencia.

—¿De veras? —preguntó Jezal mientras trataba de decidir si le daba la patada al tullido en cuanto el Mago traspasara las puertas de la ciudad o si le dejaba ocupar un día más el cargo.

—Os recomiendo —dijo Bayaz con un tono más propio de una orden— que escuchéis atentamente sus opiniones.

—Oh, claro que sí. Que tengáis un buen viaje de vuelta a...

—De hecho, quiero que hagáis todo cuanto os diga.

Un gélido nudo de ansiedad se formó en la garganta de Jezal.

—¿Queréis que... le obedezca?

Bayaz le estaba mirando fijamente a los ojos.

—Así es, en efecto.

Durante unos instantes Jezal se quedó completamente mudo. ¿Era posible que el Mago se pensara que podía andar yendo y viniendo cuando le diera la gana y entretanto dejar al mando a su lacayo lisiado? ¿Por encima de un rey en su propio reino? ¡La arrogancia de aquel hombre era algo inconcebible!

—¡Últimamente se ha estado usted arrogando unas atribuciones a todas luces excesivas! —le dijo—. No está en mi ánimo intercambiar un consejero dominante por otro de similares características.

—Ese hombre os sería muy útil. Nos lo será a ambos. Habrá que adoptar una serie de decisiones nada fáciles de tomar. Habrá que emprender acciones de las que preferiríais no responsabilizaros. La gente que reside en resplandecientes palacios necesita tener a alguien que se haga cargo de

recogerles la basura, si no quiere que se vaya amontonando y que al final los entierre. Todo esto es muy simple y muy obvio. No habéis prestado suficiente atención a mis enseñanzas.

—No. ¡Es usted el que no presta atención a nada! ¿Sand dan Glokta? ¡Bastante tengo ya con aguantar que ese bastardo lisiado... —de inmediato se dio cuenta del término tan desafortunado que había elegido, pero estaba tan indignado que siguió adelante como si tal cosa—... se siente conmigo en el Consejo Cerrado! ¡Con aguantar su sonrisa viciosa asomando por encima de mi hombro por el resto de mis días! ¿Y ahora encima pretende que acepte sus órdenes? ¡Es intolerable, insufrible, imposible! ¡Ya no estamos en los tiempos de Harod el Grande! No sé qué le hace suponer que puede hablarme de esa manera. ¡Soy el Rey y no permito que nadie me diga lo que tengo que hacer!

Bayaz cerró los ojos y expulsó muy despacio una bocanada de aire por la nariz. Un poco como si tratara de hacer acopio de la paciencia suficiente para educar a un retrasado mental.

—No podéis comprender lo que significa haber vivido tanto tiempo como yo he vivido. Haber visto todo lo que yo he visto. La vida de ustedes los hombres se pasa en un abrir y cerrar de ojos, y por eso hay que enseñarles una y otra vez las mismas lecciones. Las mismas que Juvens enseñó a Stolicus hace mil años. La verdad, acaba resultando un tanto tedioso.

La furia de Jezal crecía por momentos.

—¡Disculpe si le aburro!

—Acepto vuestras disculpas —¡Lo decía en broma!

—Ah. Tenéis un sentido del humor tan fino que no me había dado cuenta de que me estabais tomando el pelo.

—¡No se burle de mí!

—Me resulta tan fácil... Para mí, todos los hombres son como niños. Cuando se ha alcanzado una edad como la mía uno se da cuenta de que la historia se mueve en círculos. Son ya tantas las veces que he salvado a esta nación cuando se encontraba al borde del abismo para conducirla hacia un nuevo esplendor... ¿Y qué es lo único que pido a cambio? ¿Unos pocos sacrificios? ¡No os podéis ni imaginar la de sacrificios que he tenido que hacer yo por este ganado!

Hecho una furia, Jezal señaló hacia la ventana con un dedo.

—¿Y qué me dice de la gente que ha muerto? ¿Qué me dice de los que lo han perdido todo? ¡Ese ganado, como usted los llama! ¿Cree que se sienten felices de haberse sacrificado? ¿Qué me dice de todos los que han caído víctimas de esa enfermedad? ¿De los que aún la padecen? ¡Mi mejor amigo entre ellos!

No crea que no me doy cuenta del parecido que tiene con el mal que usted mismo nos describió en las ruinas de Aulcus. ¡No puedo dejar de pensar que tal vez haya sido su magia la que lo haya causado!

El Mago no se molestó en negarlo.

—Yo sólo atiendo a lo fundamental. No puedo ocuparme del destino de unos simples campesinos. Ni usted tampoco. Se lo he intentado enseñar, pero al parecer no ha aprendido usted la lección.

—¡Se equivoca! ¡Me niego a aprenderla! —ahora era el momento. Ahora que estaba lo bastante enfadado era el momento de dar el paso que le separaría para siempre de la sombra del Primero de los Magos y le permitiría ser un hombre libre. Bayaz era como un veneno y había que eliminarlo cuanto antes—. Usted me ayudó a acceder al trono, y le estoy agradecido por ello. ¡Pero la forma de gobierno que propugna no me interesa: apesta a tiranía!

Bayaz entrecerró los ojos.

—No hay ninguna forma de gobierno que no sea tiránica. Como mucho, se adereza un poco para hacerla más digerible.

—¡No pienso tolerar que siga haciendo gala de esa insensibilidad hacia la vida de mis súbditos ni un segundo más! Ya no le necesito. Usted ya no es bien recibido aquí. A partir de ahora seguiré mi propio camino —y le hizo una seña a Bayaz con la mano, con lo que esperaba fuera una muy regia forma de darle autorización para que se retirara—. Ya puede irse.

—¿Ya... puedo... irme? —el Primero de los Magos se quedó un rato en silencio y su ceño se fue haciendo cada vez más pronunciado. Un rato lo bastante largo para que la furia de Jezal se fuera desvaneciendo, para que se le fuera quedando la boca seca, para que las rodillas comenzaran a flojearle— . Ahora veo que he sido demasiado blando con usted —dijo Bayaz con un tono tan afilado como una navaja barbera—. Le he mimado como si fuera mi nieto favorito y me ha salido usted respondón. Un error que no volveré a cometer nunca más. Un guardián responsable jamás debe recatarse de usar el látigo.

—¡Soy hijo de reyes! —rugió Jezal—. No voy a...

Jezal se dobló hacia delante traspasado por una súbita punzada de dolor en las entrañas. Arrojando vómito ardiente por la boca, dio un par de traspiés. Luego se desplomó de bruces, medio ahogado, y su corona dio un par de botes en el suelo y rodó hasta un rincón. En su vida había sentido un dolor tan atroz. Ni siquiera algo mínimamente comparable.

—No entiendo muy bien... que le hace suponer... que puede hablarme de esa manera. ¡A mí, al Primero de los Magos! —mientras se revolvía indefenso en su propio vomito, Jezal oyó el ruido de los pasos de Bayaz acercándose lentamente hacia él y sintió en la oreja el cosquilleo de su voz.

—¿Hijo de reyes? Después de todo lo que usted y yo hemos pasado juntos me decepciona mucho comprobar su propensión a creerse todos los bulos que he difundido para beneficiarle. Esa estupidez estaba destinada al hombre de la calle, pero al parecer los idiotas de palacio también se dejan engatusar por esas sensiblerías. Le compré a usted en un prostíbulo. Seis marcos me costó. La puta me pedía veinte, pero siempre he sido muy bueno regateando.

Eran palabras muy dolorosas, desde luego, pero muchísimo peor era la insoportable cuchillada que parecía estar haciendo pedazos su columna vertebral, que le desgarraba los ojos, que le quemaba la piel, que le abrasaba el pelo hasta las mismísimas raíces y le hacía revolverse como una rana sumergida en agua hirviendo.

—Tengo otros esperando, por supuesto. No soy tan tonto como para apostarlo todo a una sola carta. Otros hijos de padres desconocidos, listos para hacerse con su papel. Una familia apellidada Brint, si no recuerdo mal, y muchos otros más. Pero fue usted, Jezal, el que salió a flote, como una boñiga en un baño. Cuando crucé el puente de acceso al Agriont y le vi, ya crecido, supe que sería usted el elegido. Simplemente daba el tipo, y eso es algo que no se puede enseñar. Incluso ha llegado a hablar como un verdadero rey, una ventaja añadida, con la que, a decir verdad, no contaba.

Sin fuerzas para gritar, Jezal gemía y baboseaba en el suelo. Notó que la bota de Bayaz se deslizaba por debajo de su cuerpo y luego le daba la vuelta de una patada. Entre lágrimas, vio surgir sobre él la borrosa imagen del semblante ceñudo del Mago.

—Pero si se empeña en crearme dificultades... si se empeña en seguir su propio camino... siempre me quedaran muchas otras opciones. También los reyes pueden morir por causas inexplicadas. Una caída del caballo. Asfixiado por un hueso de aceituna. Como consecuencia de una larga caída que acaba en los adoquines del pavimento. O simplemente porque una buena mañana amanece muerto. La vida de unos insectos como ustedes es muy breve. Pero puede serlo aún más para los que han dejado de ser útiles. Le creé de la nada. Del aire. Con una sola palabra puedo deshacerle —Bayaz chasqueó los dedos, y el ruido fue como una espada clavada en el estómago de Jezal—. Así, puedo reemplazarle.

El Primero de los Magos se agachó un poco más.

—Y ahora, maldito imbécil, bastardo, hijo de puta, piénsese muy bien las respuestas que va a dar a las preguntas que le voy a hacer. ¿Seguirá al pie de la letra los consejos de su Archilector, sí o no?

Los calambres disminuyeron durante un misericordioso instante. Lo bastante para que Jezal susurrara:

—Sí.

—¿Se dejara guiar por él en todo?

—Sí.

—¿Acatará sus órdenes tanto en público como en privado?

—Sí —exhaló—. Sí.

—Bien —dijo el Mago, y acto seguido se irguió y su figura se alzó imponente sobre Jezal, como en tiempos se había alzado su estatua sobre los transeúntes de la Vía Regia—. Sabía muy bien cuál iba a ser su respuesta, pues no sólo sé que es usted un arrogante, un ignorante y un desagradecido, sino también que es usted un... cobarde. Recuérdelo siempre. Confío en que esta sea una lección que nunca llegue a olvidar —de golpe el dolor brutal comenzó a remitir y Jezal consiguió separar la cara de las baldosas.

—Le odio —alcanzó a graznar.

Bayaz estalló en un torrente de carcajadas.

—¿Que me odia? ¡Qué arrogancia la suya! ¡Cómo puede imaginar siquiera que eso me pueda importar! ¡A mí, al primer aprendiz del gran Juvens, a mí, que arrojé al vacío al Maestro Creador, a mí, que forjé la Unión, que destruí a las Cien Palabras! —Bayaz levantó lentamente un pie y se lo plantó a Jezal en la mandíbula—. Me da igual no caerle bien, maldito imbécil —y acto seguido aplastó la cara de Jezal con su bota y se la restregó sobre su propio vómito—. Lo único que me importa es que me obedezca. Y eso es lo que va a hacer. ¿No?

—Sí —babeó la boca estrujada de Jezal.

—En tal caso, Majestad, me marcho. Rogad al cielo para que nunca me deis motivo para regresar —la aplastante presión que sentía en la cara desapareció y Jezal oyó las pisadas del Mago que se alejaban hacia el otro extremo de la sala. La puerta se abrió con un crujido y luego se cerró firmemente con un clic.

Se quedó tirado sobre su espalda, mirando al techo y respirando agitadamente. Al cabo de un rato ya había hecho acopio del valor suficiente para darse la vuelta y, a pesar de su mareo, consiguió ponerse a cuatro patas. Entonces percibió un desagradable olor que no provenía del vomito que manchaba su cara. Con un leve atisbo de vergüenza, comprendió que se había ensuciado los pantalones. Sintiéndose aún tan fláccido como un trapo escurrido, se arrastró hasta la ventana, se aupó jadeando sobre sus rodillas y bajó la vista hacia los jardines, que se hallaban envueltos en el frescor matinal.

Al cabo de un momento, apareció Bayaz, avanzando con paso firme por el sendero de grava que cruzaba el cuidado césped, con su calva reluciendo al

sol. Yoru Sulfur marchaba detrás de él, con un cayado en una mano y una caja de metal oscuro metida debajo del otro. La misma caja que había seguido en un carro a Jezal, Logen y Ferro por medio Círculo del Mundo. Qué felices parecían ahora aquellos días.

Bayaz se detuvo de golpe, se dio la vuelta, alzó la cabeza y miró hacia la ventana.

Exhalando un gimoteo de espanto y con todo el cuerpo temblándole, Jezal se ocultó entre los cortinajes: en sus entrañas, frío como el hielo, seguía impreso el recuerdo de aquel dolor insoportable. El Primero de los Magos permaneció un rato más en la misma postura, con un esbozo de sonrisa en los labios, y luego se dio la vuelta, cruzó con paso firme la puerta entre los dos Caballeros de la Escolta, que le hicieron una inclinación de cabeza, y se perdió de vista.

Jezal permanecía arrodillado en la ventana, aferrándose a las cortinas como un niño a una madre. Pensó en lo feliz que había sido en tiempos y lo poco consciente que había sido de ello. Un joven que jugaba a las cartas, rodeado de sus amigos, con un brillante porvenir por delante. Tomó aire trabajosamente y sintió la presión del llanto en la garganta y en los ojos. Jamás se había sentido más solo. ¿Hijo de reyes? No tenía nada, no tenía a nadie. Resoplaba, gimoteaba. Los sollozos estremecían su cuerpo, sus labios agrietados temblaban, las lágrimas goteaban sobre las baldosas del suelo.

Lloraba de dolor y de miedo, de vergüenza y de rabia, de decepción y de impotencia. Pero Bayaz estaba en lo cierto. Era un cobarde. Así que, sobre todo, lloraba de alivio.

Hombres buenos, hombres malos

Una mañana fría y gris en unos jardines mojados. Y ahí estaba el Sabueso, pensando en tiempos mejores. Ahí estaba, en medio de un círculo de tumbas marrones, contemplando la tierra removida que cubría a Hosco Harding. Qué extraño que un hombre que hablaba tan poco pudiera dejar un hueco tan grande.

Largo había sido el viaje que el Sabueso había realizado aquellos últimos años, largo y extraño. De ninguna parte a ninguna parte. Y en el camino había perdido muchos amigos. Se acordó de todos los hombres que habían vuelto al barro. Hosco Harding, Tul Duru Cabeza de Trueno, Rudd Tresárboles, Forley el Flojo. ¿Y para qué? ¿Le había servido a alguien de algo? ¡Qué desperdicio! Era como para hacer que un hombre se sintiera harto hasta la suela de las botas. Incluso un hombre con fama de tener muy buen carácter. Se habían ido todos, dejando al Sabueso completamente solo. Sin ellos, el mundo se había vuelto un lugar mucho más angosto.

Oyó unos pasos que se acercaban por la hierba húmeda. Logen, caminando bajo la llovizna, con su rostro surcado de cicatrices envuelto en nubecillas de vaho. El Sabueso se acordó de la alegría que sintió la noche en que le vio aparecer, vivo y coleando, en el círculo luminoso de la hoguera. Entonces le pareció que aquello era como un nuevo comienzo. Un buen momento que anunciaba tiempos mejores. Pero al final no había sido así. Extraño, pero al Sabueso ya no le alegraba tanto ver a Logen Nuevededos.

—Vaya, el Rey de los Hombres del Norte. El Sanguinario —masculló—. ¿Qué tal te está yendo el día?

—Mojado, así es como me va yendo. El año anda ya muy avanzado.

—Sí. Otra vez vuelve el invierno —el Sabueso se rascó la piel endurecida de la palma de la mano—. Cada vez viene más deprisa.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que me vuelva para el Norte, ¿no? Calder y Scale siguen por ahí sueltos haciendo de las suyas y sólo los muertos saben lo que pueda estar maquinando Dow.

—Tienes razón, sí. Ya es hora de que nos vayamos.

—Quiero que tú te quedes aquí.

El Sabueso alzó la vista.

—¿Eh?

—Alguien tiene que hablar con los sureños para intentar llegar a un acuerdo con ellos. De todos los hombres que he conocido, eres al que mejor se le da hablar. Dejando a un lado a Bethod, quizá, pero... me parece que esa opción está descartada, ¿no?

—¿Qué clase de acuerdo?

—Puede que en algún momento necesitemos su ayuda. En el Norte habrá un montón de gente a la que no le haga demasiada gracia cómo han quedado las cosas. Gente que no querrá para nada un rey, o al menos, no el rey que tienen ahora. Tener a la ' Unión de nuestra parte nos vendrá muy bien. Y tampoco nos vendría nada mal que de paso te trajeras unas cuantas armas cuando vuelvas.

El Sabueso torció el gesto.

—¿Armas, dices?

—Mejor será tenerlas y no quererlas, que necesitarlas y...

—Ya me sé lo que sigue. ¿Qué ha pasado con eso de que éste sería nuestro último combate y que luego lo dejaríamos para siempre? ¿Qué ha sido de la idea de plantar cosas y verlas crecer?

—Por el momento me parece que van a tener que crecer solas. Escucha, Sabueso, yo no quería buscar pelea, lo sabes, pero hay que ser...

—Ni... te... molestes... en seguir.

—Estoy intentando ser un hombre mejor, Sabueso.

—Pues no parece que estés poniendo mucho empeño. ¿Fuiste tú quien mató a Tul?

Logen entrecerró los ojos.

—Dow ha estado hablando, ¿eh?

—Da igual el que lo haya dicho. ¿Mataste o no a Cabeza de Trueno? No es una pregunta muy difícil de responder, basta con un simple sí o no.

Logen soltó una especie de resoplido, como si fuera a ponerse a reír o a llorar, pero no hizo ni una cosa ni la otra.

—No sé lo que hice.

—¿No lo sabes? ¿Y a quién le sirve un «no lo sé»? ¿Es eso lo que dirás después de haberme apuñalado por la espalda mientras yo intentaba salvar tu

inútil vida?

Logen hizo una mueca de dolor y clavó la vista en la hierba mojada.

—Puede ser. No lo sé —volvió los ojos hacia el Sabueso y allí los dejó con una mirada dura como el pedernal—. Pero ese es el precio que hay que pagar, ¿no? Tú sabes cómo soy. Podrías haber decidido seguir a un hombre que fuera de otra manera.

Mientras Logen se alejaba, el Sabueso se le quedó mirando, sin saber qué decir, ni qué pensar siquiera; simplemente permaneció ahí quieto entre las tumbas, calándose hasta los huesos. Entonces notó que alguien se ponía a su lado. Sombrero Rojo escrutaba a través de la lluvia la negra figura de Logen, que se iba perdiendo en la distancia. De pronto, sacudió la cabeza y apretó con fuerza los labios.

—Nunca creí las historias que se contaban sobre él. Todo el asunto ese del Sanguinario me parecía una patraña. Pero ahora las creo. He oído decir que mató al chico de Crummock en la batalla de las montañas. Que le hizo pedazos con la misma indiferencia con que se aplasta a un escarabajo, sin tener ninguna razón para ello. A ese hombre todo le da igual. No creo que haya habido nunca en el Norte nadie peor que él. Ni siquiera Bethod. Un malvado hijo de puta donde los haya.

—¿Ah, sí? —el Sabueso, casi sin darse cuenta, se encontró gritándole a la cara a Sombrero Rojo—. ¡Pues vete a tomar por culo, maldito imbécil! ¿Quién demonios eres tú para hacer de juez?

—No es más que una opinión —Sombrero Rojo le miró fijamente—. Pensé que tú también pensabas lo mismo.

—¡Pues no! ¡Hace falta tener un cerebro un poco más grande que un guisante para pensar, y tú, maldito idiota, no lo tienes! ¡No distinguirías a un hombre bueno de uno malo ni aunque se te orinara encima!

Sombrero Rojo parpadeó.

—Vale, vale. Ya veo que estaba equivocado —retrocedió una zancada y luego se alejó bajo la llovizna, sacudiendo la cabeza.

El Sabueso se le quedó mirando con los dientes apretados. Tenía unas ganas enormes de pegarle a alguien, pero no sabía muy bien a quién. Ahí ya sólo quedaba él. Él y los muertos. A lo mejor, cuando termina la batalla, a los hombres que sólo saben luchar les ocurre eso. Que tienen que ponerse a luchar contra sí mismos.

Aspiró una bocanada de aire gélido y húmedo, miró con gesto ceñudo la tumba de Hosco y se preguntó sí aún era capaz de distinguir a un hombre bueno de uno malo. Se preguntó cuál era exactamente la diferencia.

Una mañana fría y gris en unos jardines mojados. Y ahí estaba el Sabueso, pensando en tiempos mejores.

No es lo que uno esperaba

Glokta se despertó al sentir el roce de un haz de luz, lleno de danzantes motas de polvo en suspensión, que se colaba por entre los cortinajes y atravesaba las arrugadas sábanas de su lecho. Intentó darse la vuelta, y torció el gesto al sentir un chasquido en el cuello. *Ah, el primer espasmo del día.* El segundo vino poco después. Le recorrió como una exhalación la cadera izquierda, mientras forcejeaba para intentar ponerse de espaldas, y le cortó la respiración. El dolor le bajó lentamente por la columna, se asentó en su pierna y ahí se quedó.

—Ay —gruñó. Poniendo mucho cuidado, intentó girar el tobillo y mover un poco la rodilla. El dolor aumentó de forma instantánea—. ¡Barnam! —apartó las sábanas y, como en tantas otras ocasiones, sus fosas nasales se llenaron de una peste a excrementos. *No hay mejor preludio de una mañana productiva que el hedor de las propias heces.*

—¡Agh, Barnam! —gimoteó, babeó y sujetó con fuerza su muslo marchito, pero no obtuvo ningún alivio. El dolor cada vez iba a más. Las fibras musculares se destacaban sobre su carne atrofiada como cables de metal y su pie mutilado daba grotescas sacudidas sin que pudiera hacer nada para controlarlo.

—¡Barnam! —chilló—. ¡Barnam, maldito bastardo! ¡La puerta! —su boca desdentada chorreaba babas, las lágrimas corrían por su cara convulsa, sus manos lanzaban zarpazos y aferraban puñados de sábanas teñidas de una coloración marronácea.

Oyó unos pasos apresurados por el pasillo y luego sonó un ruido en la cerradura.

—¡Está cerrada con llave, maldito idiota! —chilló a través de sus encías, henchido de dolor y de rabia. Para su sorpresa, el picaporte giró y se abrió la puerta. *Qué demo...*

Ardee corrió hacia la cama.

—¡Fuera! —bufó Glokta, cubriéndose absurdamente el rostro con una mano y aferrando la ropa de la cama con la otra—. ¡Fuera!

—No —Ardee apartó de un tirón las sábanas, y Glokta contrajo el rostro esperando ver cómo se ponía pálida, cómo retrocedía con paso tambaleante, cubriéndose la boca con una mano y con los ojos desorbitados por el horror y el asco. *¿Estoy casada con... un monstruo embadurnado de mierda?* Pero ella se limitó a mirar hacia abajo con gesto ceñudo durante un instante y luego le agarró su maltrecho muslo y presionó sus pulgares contra él.

Glokta resoplaba, manoteaba y se retorcía para intentar soltarse, pero ella le tenía bien cogido y sus dedos eran dos puntos de dolor clavados en medio de sus tendones contraídos.

—¡Ay! Maldita... maldita... —el músculo agarrotado se relajó y, con él, también se relajó Glokta, que se dejó caer sobre el colchón. *Y así, el hecho de estar embadurnado con mi propia mierda resulta mínimamente menos embarazoso.*

Permaneció tumbado, embargado de una intensa sensación de impotencia.

—No quería que me viera... así.

—Ya es un poco tarde para eso. Se casó conmigo, ¿recuerda? Ahora somos un solo cuerpo.

—Me parece que he sido yo el que ha salido ganando con el trato.

—No se crea. Yo he conservado la vida.

—Una vida muy distinta de la que suelen anhelar la mayoría de las jóvenes —mientras hablaba, observaba la cara en penumbra de Ardee, por la que entraba y salía el haz de luz—. Sé que no es esto lo que esperaba... de un marido.

—Mi sueño siempre fue un hombre con el que pudiera bailar —alzó la vista y le sostuvo la mirada—. Pero a lo mejor me conviene más alguien como usted. Los sueños son cosa de niños. Nosotros somos adultos.

—Aun así, ya ve que lo de no poder bailar es lo de menos. No tiene por qué... hacer esto.

—Quiero hacerlo —le agarró la cara con las manos y se la torció, haciéndole un poco de daño, para que la mirara a la cara—. Quiero sentirme útil. Quiero tener a alguien que me necesite. ¿Puede entenderlo?

Glokta tragó saliva.

—Sí. *Pocos lo entenderían mejor que yo.* ¿Dónde está Barnam?

—Le dije que podía tomarse las mañanas libres, porque a partir de ahora yo me encargaría de esto. También le he dicho que pase mi cama a este cuarto.

—Pero...

—¿Pretende decirme que no puedo dormir en la misma habitación que mi marido? —sus manos, firmes y suaves a la vez, se deslizaron sobre su carne ajada y se pusieron a masajear su piel herida, sus músculos atrofiados. *¿Cuánto hará? ¿Cuánto hará desde la última vez que estuve con una mujer que no me mirara con espanto? ¿Cuándo hará desde la última vez que estuve con una mujer que no me tocara con violencia?* Yacía con los ojos cerrados y la boca abierta, segregando lágrimas que resbalaban por un lado de la cara y caían en la almohada. *Casi me siento cómodo. Casi...*

—No me merezco esto —exhaló.

—Nadie tiene lo que se merece.

Cuando Glokta entró renqueando en el soleado salón, la Reina Terez le dirigió una mirada altiva sin hacer el más mínimo esfuerzo por disimular el desprecio y el asco que le producía su persona. *Como si una cucaracha acabara de hacer acto de presencia ante su regia persona. Pero ya veremos. Después de todo, el camino ya lo conocemos. Nosotros mismos lo hemos recorrido, y hemos arrastrado por él a muchas otras personas. Primero se va el orgullo. Luego llega el dolor. Inmediatamente después viene la humildad. Y al poco ya está ahí la obediencia.*

—Soy Glokta, el nuevo Archilector de su Majestad.

—Ah, el tullido —soltó con desdén. *Una franqueza reconfortante.* ¿Se puede saber por qué viene a estropearme la tarde? Aquí no encontrara ningún delincuente. *Sólo arpías estirias.*

Glokta miró de soslayo a una mujer que se erguía tiesa como un palo junto a una de las ventanas.

—Se trata de un asunto que sería preferible tratar en privado.

—La condesa Shalere y yo somos amigas desde que nacimos. No hay nada que usted pueda decirme que no pueda oír ella —la condesa miró a Glokta con un desdén casi igual de hiriente que el de la reina.

—Muy bien. *No es un tema que se pueda abordar con delicadeza. Claro que tampoco me parece que la delicadeza vaya a servir de mucho en este caso.* He sido informado de que no cumplís con vuestros deberes conyugales.

La indignación de Terez hizo que su cuello pareciera más fino y alargado de lo que ya era.

—¿Cómo se atreve? ¡Eso no es de su incumbencia!

—Me temo que sí. Ya sabéis. El Rey necesita herederos. El futuro de la corona. Esas cosas.

—¡Esto es intolerable! —la reina se había puesto pálida de ira. *La joya de Talins echa auténticas chispas*—. ¡Me veo obligada a ingerir su repugnante comida, a aguantar su insoportable clima, a recibir con una sonrisa las balbucientes divagaciones del idiota de su Rey! ¡Y ahora encima tengo que rendir cuentas ante sus deformes subordinados! ¡Esto es una cárcel!

Glokta recorrió con la vista la magnífica sala. Opulentos cortinajes. Muebles dorados. Espléndidos cuadros. Dos hermosas mujeres ataviadas con maravillosos vestidos. Y hundió con amargura un diente en la parte inferior de su lengua.

—Creedme. Este no es el aspecto que suelen tener las cárceles.

—¡Hay muchos tipos de cárcel!

—He aprendido a vivir con cosas peores, como también lo han hecho otros. *Tendría que ver la que le ha caído a mi esposa.*

—¿Compartir lecho con un repugnante bastardo, con el hijo de una cualquiera, tener que aguantar que un ser peludo, apestoso y lleno de cicatrices me ponga las manos encima por la noche! —la reina se estremeció de asco—. ¡No pienso soportarlo!

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Produciendo un sonoro frufrú con su vestido, la dama de honor corrió a su lado, se arrodilló junto a ella y trató de consolarla posando una mano sobre su hombro. Terez levantó un brazo y apretó la mano de la condesa. La acompañante de la reina se volvió hacia Glokta con una mirada de odio ciego.

—¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí y no vuelva nunca más, maldito tullido! ¡Ha disgustado a Su Majestad!

—Tengo un don especial para eso —masculló Glokta—. Una de las razones por las que tanta gente me odia...—se interrumpió, frunció el ceño y miró fijamente las dos manos que había posadas sobre el hombro de Terez. Había algo raro en la forma en que se tocaban. *Un toque que intenta procurar consuelo, alivio, protección. El toque de la amiga leal, la fiel confidente, la fraternal compañera. Pero, no sé, me parece que ahí hay algo más. Se advierte demasiada familiaridad. Demasiada ternura. Casi como si fuera el toque de... Ajá.*

—Los hombres no os dicen gran cosa, ¿no es así?

Las dos mujeres alzaron la vista a la vez para mirarle y Shalere retiró de inmediato la mano del hombro de la reina.

—¡Exijo una explicación! —ladró Terez. Pero le salió una voz chirriante en la que se adivinaba un deje de pánico.

—Me parece que sobran las explicaciones. *Y de esta forma mi misión se simplifica considerablemente.* ¡A mí! —y acto seguido dos corpulentos Practicantes

irrumpieron en la sala. *Y en un abrir y cerrar de ojos, la situación cambia. Es increíble el jugo que aporta a una conversación la presencia de dos hombres fornidos. Algunos tipos de poder no son más que engaños de nuestra mente. Una lección que tengo bien aprendida desde mi paso por las mazmorras del Emperador. Y las enseñanzas de mi nuevo amo no han hecho sino reafirmarla.*

—¡Ni se atrevan! —chilló Terez mirando con los ojos como platos a los dos enmascarados—. ¡Ni se atrevan a ponerme las manos encima!

—La suerte ha querido que sea innecesario, aunque, ya veremos —y señaló a la condesa—. Detengan a esa mujer.

Los dos enmascarados avanzaron pesadamente por la gruesa alfombra. Uno de ellos se detuvo un instante para apartar con sumo cuidado una silla que se interponía en su camino.

—¡No! —la reina se levantó de un salto y aferró la mano de Shalere—. ¡No!

—Sí —dijo Glokta.

Las dos mujeres retrocedieron agarradas la una a la otra; Terez protegía con su cuerpo a la condesa y enseñaba los dientes a las dos voluminosas sombras que se les acercaban. *Una muestra de afecto mutuo conmovedora, si yo fuera de los que se conmueven por algo.*

—Atrápenla. Pero a la reina, ni un rasguño.

—¡No! —chilló Terez—. ¡Esto les costará las cabezas! Mi padre... mi padre está...

—De camino a Talins, y, de todos modos, dudo mucho que esté dispuesto a iniciar una guerra por su amiga del alma. Habéis sido comprada, el pago ya se ha efectuado, y no me parece que vuestro padre sea uno de esos hombres que incumplen los tratos.

Los dos hombres y las dos mujeres se enredaron en una desmañada danza en el rincón opuesto de la sala. Uno de los Practicantes agarró a la condesa por la muñeca y la soltó de la mano de la reina de un tirón. Acto seguido la puso de rodillas a la fuerza, le retorció los brazos hasta ponérselos a la espalda y le aherrojó las muñecas con unos gruesos hierros. Terez, entretanto, se desgañitaba mientras descargaba sobre el otro Practicante una lluvia de puñetazos y patadas; hubiera dado lo mismo si hubiera decidido desahogar su rabia contra un árbol. El hombretón apenas si se movía y sus ojos se mantenían tan inexpresivos como la máscara que los cubría.

Mientras observaba tan lamentable escena, Glokta se dio cuenta de que una leve sonrisa asomaba a sus labios. *Por muy lisiado que esté, por muy horrendo que sea, por más que sufra constantes dolores, aún soy capaz de disfrutar humillando*

mujeres hermosas. Ahora con violencia y amenazas, antes con dulces palabras y ruegos. Resulta casi igual de divertido.

Uno de los Practicantes encasquetó una bolsa en la cabeza de Shalere, cuyos gritos quedaron reducidos a sordos sollozos, y a continuación la hizo marchar hacia la puerta de la sala. El otro siguió durante unos instantes arrinconando a la reina y luego comenzó a retroceder. Al pasar junto a la silla que había movido antes, la volvió a colocar en su sitio con mucho cuidado.

—¡Maldito cerdo! —aulló Terez, apretando sus puños temblorosos, cuando la puerta se cerró y los dejó a los dos a solas—. ¡Cabrón deforme! Como la hagan daño...

—No será necesario llegar tan lejos. Porque tenéis al alcance de la mano los medios para obtener su liberación.

El pecho de la reina subía y bajaba mientras tragaba saliva.

—¿Qué debo hacer?

—Follar —la palabra sonó el doble de grosera en tan flamante entorno—. Y tener hijos. Mantendré a la condesa a la sombra durante siete días, sin hacerla nada. Si a la conclusión de ese período me entero de que no habéis estado poniendo la verga del rey al rojo vivo durante todas y cada una de esas noches, se la presentaré a mis Practicantes. Esos pobres muchachos no suelen tener demasiadas oportunidades de realizar cierto tipo de ejercicio. Con diez minutos por barba bastará. Pero hay muchos más en el Pabellón de los Interrogatorios, así que me inclino a pensar que podremos mantener a su amiga del alma bastante ocupada de día y de noche.

Un espasmo de horror sacudió el rostro de Terez. *¡Qué menos! Incluso a mí me parece un capítulo bastante zafio de mi historia.*

—¿Y si hago lo que me dice?

—En tal caso la condesa será mantenida en custodia, sana y salva. Una vez que se verifique que estáis embarazada, os la devolveré. Las cosas pueden seguir como hasta ahora durante el período del parto. Un par de herederos masculinos y un par de niñas para casarlas y habremos terminado. A partir de entonces el rey podrá buscar diversión en otra parte.

—¡Pero eso puede llevar años!

—Lo podéis conseguir en tres o cuatro años si le montáis a base de bien. Y creo que comprobaréis que las cosas resultan mucho más fáciles para todos si fingís sentir placer.

—¿Que finja?

—Cuanto más parezcáis disfrutar, antes acabará. Hasta la puta más

barata de los muelles es capaz de ponerse a chillar como una descosida cuando se la meten los marineros con tal de ganarse unas monedas. ¡No me digáis que no sois capaz de chillar un poco por el Rey de la Unión! ¡Herís mis sentimientos patrióticos! ¡Ah! —gimió mientras ponía los ojos en blanco parodiando un orgasmo—. ¡Ah! ¡Sí! ¡Justo ahí! ¡No pares! —y la miró frunciendo los labios—. ¿Veis que fácil? Si hasta yo puedo hacerlo. Para una farsante con vuestra experiencia no debería representar ningún problema.

Los ojos vidriosos de la reina echaron un vistazo alrededor, como si tratara de encontrar una salida. *Pero no la hay. El noble Archilector Glokta, protector de la Unión, auténtico corazón del Consejo Cerrado, dechado de caballerescas virtudes, hace un despliegue de su talento para la política y la diplomacia.* Mientras observaba la profunda desesperación de la reina, sintió una levísima agitación interna, una palpitación casi imperceptible en las entrañas. *¿Culpa, quizá? ¿O simplemente indigestión? En realidad da igual lo que sea. Ya tengo aprendida la lección. La compasión no es lo mío.*

Muy lentamente, dio un paso adelante.

—Majestad, espero que haya quedado muy claro cuál es la otra alternativa.

Terez asintió con la cabeza y se secó los ojos. Luego alzó orgullosa la barbilla.

—Haré lo que me pide. Pero, por favor, os lo ruego, no la haga nada...

Por favor, por favor, por favor. Mis más sinceras felicitaciones, Eminencia.

—Tenéis mi palabra. Me ocuparé personalmente de que la condesa reciba un trato exquisito —se pasó la lengua por los doloridos huecos de su dentadura—. Y vos haréis lo mismo con vuestro marido.

Sentado a oscuras, Jezal observaba el bailoteo de las llamas en la gran chimenea y pensaba en lo distinto que podría haber sido todo. Pensaba, con cierta amargura, en tantos otros caminos que podría haber tomado su vida y que no le habrían hecho acabar así. Solo.

Oyó el chirrido de unas bisagras. La portezuela que comunicaba con los aposentos de la reina se abrió lentamente. Nunca se había molestado en cerrarla por su lado. No había previsto la posibilidad de que Terez fuera a usarla. Debía de haber cometido un error de etiqueta tan grave que la reina consideraba que no podía esperar al día siguiente para recriminárselo.

Se apresuró a levantarse, embargado de un ridículo nerviosismo.

Terez cruzó el incierto perfil del umbral. Estaba tan cambiada que en un primer momento casi no la reconoció. Tenía el pelo suelto e iba vestida sólo con una túnica. Su rostro estaba en sombra y mantenía la cabeza humildemente agachada. Con silenciosas pisadas, sus pies desnudos cruzaron las tablas del suelo y avanzaron luego por la gruesa alfombra en dirección al fuego. De pronto parecía muy joven. Joven, pequeña, frágil, desvalida. Más que nada, Jezal se sentía confuso, e incluso un poco asustado, pero a medida que Terez se iba acercando y la forma de su cuerpo quedaba iluminada por el resplandor del fuego, empezó a experimentar una creciente excitación.

—Terez, mi...—no daba con la palabra adecuada. «Mi vida» no parecía ajustarse demasiado a la realidad. Como tampoco, «mi amor». «Mi peor enemigo» tal vez hubiera sido lo más apropiado, pero sólo hubiera servido para empeorar las cosas—. ¿En qué puedo...?

Le cortó, como de costumbre, pero no para soltarle la diatriba que él se esperaba.

—Lamento la forma en que os he tratado hasta ahora. Y las cosas que os he dicho. Debéis pensar que soy una...

Había lágrimas en sus ojos. Verdaderas lágrimas. Hasta ese momento casi no la hubiera creído capaz de llorar. Dio un par de pasos apresurados hacia ella, con una mano extendida, pero sin tener una idea muy clara de lo que pretendía hacer. Jamás había abrigado la esperanza de que algún día le pidiera disculpas, y menos aún de una forma tan sentida y sincera.

—Lo sé —tartamudeó—. Lo sé... No soy el marido que esperabais. Y creedme que lo lamento. Pero, al igual que vos, me he visto atrapado en esta situación. Mi única esperanza es que... que tal vez podamos llegar a sobrellevarla de la mejor manera posible. Que quizá podamos llegar a sentir... respeto mutuo. Ninguno de los dos tenemos a nadie. Por favor, decidme qué debo hacer para...

—Chisss —le puso un dedo en los labios y le miró a los ojos; la mitad de su rostro estaba envuelta en sombras y la otra iluminada por el rojo resplandor del fuego. Le metió la mano en el pelo y le acercó hacia ella. Sus labios se rozaron y luego se fundieron en un desmañado beso. Jezal deslizó una mano detrás de su cuello, justo por debajo de la oreja, y le acarició la mejilla con el pulgar. Sus bocas se movían mecánicamente, acompañadas del suave pitido del aire que exhalaban por la nariz y del leve chapotear de sus salivas. Distaba mucho de ser el beso más apasionado que le hubieran dado en la vida, pero también era mucho más de lo que jamás había esperado recibir de ella. A medida que iba hundiendo su lengua en la boca de Terez comenzaba a sentir un placentero cosquilleo en la entrepierna.

Recorrió con la palma de la otra mano su espalda, sintiendo en las yemas

de los dedos los pequeños bultos de las vértebras. Soltó un suave gruñido al deslizar su mano sobre su trasero, la bajó por un lado de su muslo y, mientras la subía entre sus piernas, el bajo de la combinación se le fue enrollando en la muñeca. Sintió que Terez se estremecía, que ofrecía resistencia, y la vio morderse el labio como si estuviera asustada, asqueada incluso. Retiró de inmediato la mano y ambos se apartaron y se quedaron mirando al suelo.

—Lo siento —musitó Jezal maldiciéndose en silencio por haberse mostrado tan impulsivo—. Yo...

—No. Es culpa mía. No tengo... experiencia... con los hombres —Jezal parpadeó un instante y luego sonrió acometido de una profunda sensación de alivio. Claro, eso lo explicaba todo. Aquella mujer parecía tan segura de sí, tan seca, que ni se le había pasado por la cabeza que pudiera ser virgen. Lo que la hacía temblar no era más que miedo. Miedo de defraudarle. Un sentimiento de comprensión se apoderó de él.

—No os preocupéis —murmuró, y, dando un paso adelante, la estrechó entre sus brazos. Sintió que se ponía rígida, de puros nervios sin duda, y la acarició con suavidad el pelo—. Puedo esperar... no es necesario... todavía no.

—Sí —dijo ella con conmovedora determinación, mirándole a los ojos sin ningún temor—. Sí que lo es. Tenemos que hacerlo.

Se sacó la combinación por la cabeza y la dejó caer al suelo. Luego se pegó a él, le agarró la muñeca, la guió de nuevo hasta su muslo y se la llevó hacia arriba.

—Ah —susurró Terez con voz apremiante y gutural mientras rozaba sus labios con los suyos y le soltaba cálidas bocanadas de aliento en la oreja—. Sí... Justo ahí... No paréis —y luego condujo al jadeante Jezal a la cama.

—Bien. Si no hay nada más... —Glokta paseó su mirada por el perímetro de la mesa. Los ancianos no abrieron la boca. *Todos pendientes de mis palabras.* El Rey se hallaba ausente una vez más, así que les hizo esperar más de lo necesario. *Por si acaso aún queda alguien que abrigue dudas sobre quién manda aquí. ¿Qué tiene de malo? La razón del poder no está en la cortesía* —... doy por concluida esta sesión del Consejo Cerrado.

Se apresuraron a ponerse de pie, en silencio y en buen orden, y luego Torlichorm, Halleck, Kroy y el resto enfilaron lentamente hacia la puerta. Sintiendo aún en su pierna el recuerdo de los calambres matinales, Glokta se levantó trabajosamente y se dio cuenta de que, una vez más, el Lord Chambelán se había rezagado. *Y no parece estar nada contento.*

Hoff aguardó a que se cerrara la puerta para hablar.

—Supongo que se puede imaginar mi sorpresa cuando me enteré de su reciente boda —le espetó.

—Una ceremonia breve y sencilla —Glokta mostró al Lord Chambelán el destrozo de su dentadura—. El amor juvenil no admite demoras, ya sabe. Le pido disculpas si se ha sentido ofendido por no haber sido invitado.

—¿Por no haber sido invitado? ¡Más quisiera! —gruñó Hoff con un ceño monumental—. ¡No fue eso lo que hablamos!

—¿Lo que hablamos? Me parece que aquí hay un malentendido. Nuestro común amigo —y Glokta dejó que sus ojos vagaran de forma harto significativa hacia el otro extremo de la mesa, donde se encontraba la silla vacía que hacía la número trece— me dejó a mí a cargo de todo. A nadie más que a mí. Considera bastante conveniente que el Consejo Cerrado hable con una sola voz. Y a partir de ahora, el timbre de esa voz va a guardar un asombroso parecido con el mío.

La rubicunda tez de Hoff había empalidecido un poco.

—Le supongo al tanto de que sobreviví a dos años de torturas. A dos años en el infierno antes de poder estar ahora aquí de pie delante de usted. O, si lo prefiere, inclinado y retorcido como la raíz de un árbol añoso. Una deforme y espantosa caricatura de un ser humano, ¿eh, Lord Hoff? Seamos sinceros el uno con el otro. A veces pierdo el control de mi pierna. O de los ojos. O incluso de la cara entera —soltó un resoplido—. Bueno, si es que a esto se le puede llamar cara. Hasta el vientre se me insubordina a veces. No es nada infrecuente que me despierte embadurnado de mi propia mierda. El dolor no me abandona nunca y el recuerdo de todo lo que he perdido me martiriza de forma constante —notó que le había empezado a palpitar un ojo. *Pues que palpite*—. Me imagino, por tanto, que no le extrañara que a pesar de todos mis esfuerzos por ser un hombre de disposición risueña, no pueda evitar sentir un profundo desprecio por el mundo, por todo lo que hay en él y muy especialmente por mí mismo. Un estado de cosas verdaderamente lamentable para el que no existe remedio.

El Lord Chambelán se chupó los labios como si no supiera muy bien qué decir.

—Créame que le compadezco, pero no veo qué tiene que ver eso con este asunto.

Haciendo caso omiso de la punzada que recorrió su pierna, Glokta se pegó a él y le arrinconó contra la mesa.

—Su compasión me trae al fresco y le voy a explicar por qué sí que tiene que ver. Sabiendo, como sabe, lo que he tenido que soportar, y lo que aún tengo que soportar... ¿cree usted que hay algo en este mundo que me cause temor? ¿Algo que no me atreva a hacer? El dolor más insoportable de cualquiera de mis

semejantes, como mucho, me provoca un leve escozor —Glokta se arrimó aún más y dejó que sus labios se abrieran para mostrar su dentadura destrozada, que su cara palpitara, que sus ojos lloraran—. Sabiendo todo eso..., cómo es posible que le parezca una actitud sensata... para un hombre en su situación... proferir amenazas contra mi persona. Contra mi esposa. Contra mi hijo nonato.

—Por favor, yo no pretendía amenazarle. Jamás se me ocurriría...

—Eso no me vale, Lord Hoff. Simplemente no me vale. Como se ejerza sobre ellos la más mínima violencia... mire, no le deseo ni tan siquiera que se imagine el horror inhumano que tendría mi reacción —se acercó aún más y su saliva formó una suerte de neblina en torno a la papada de Lord Hoff—. No quiero volverle a oír *hablar* de ese asunto. Nunca más. No... quedaría muy bien... que un saco de carne sin ojos, sin lengua, sin cara y sin polla ocupara un asiento en el Consejo Cerrado —y se apartó obsequiándole con la más repulsiva de sus sonrisas—. Piénselo un poco, Lord Chambelán, ¿quién se bebería el vino si no?

Hacía un hermoso día de otoño en Adua y el sol lucía placenteramente entre las fragantes ramas de los árboles frutales, proyectando un entramado de sombras en la hierba del suelo. La placentera brisa que revoloteaba por los jardines mecía el manto púrpura del rey mientras caminaba con paso majestuoso, así como la toga blanca de su Archilector, que renqueaba con obstinación a una respetuosa distancia inclinado sobre su bastón. Los pájaros gorjeaban en los árboles y las relucientes botas de Su Majestad arrancaban a la gravilla del sendero unos crujidos que los muros de los blancos edificios de palacio devolvían en forma de agradables ecos.

Desde el otro lado de los altos muros llegaba el tenue sonido de unas obras lejanas. El repiqueteo de picos y martillos, el ruido de la tierra removida, el traqueteo de las piedras, los gritos apagados de carpinteros y albañiles. Esos eran los sonidos que más regalaban los oídos de Jezal. Los sonidos de la reconstrucción.

—Llevará su tiempo, por supuesto —estaba diciendo.

—Por supuesto.

—Varios años, quizá. Pero buena parte de los escombros ya han sido retirados. Y ya han empezado a rehabilitarse algunos de los edificios menos dañados. En un dos por tres tendremos un Agriont más esplendoroso aún de lo que era antes. Lo he convertido en mi máxima prioridad.

Glokta inclinó aún más la cabeza.

—Y en la mía, por tanto. Así como en la de vuestro Consejo Cerrado. ¿Me permitís que os pregunte —añadió en un murmullo— por la salud de vuestra esposa, la Reina?

Jezal revolvió la saliva en el interior de su boca. No le gustaba hablar de sus asuntos personales, y menos aún con aquel hombre; sin embargo, no podía negar que, fuera lo que fuera lo que había dicho aquel maldito tullido, su intervención había tenido como resultado una mejora espectacular de la situación.

—Ha experimentado un cambio sustancial —Jezal sacudió la cabeza—. Ha resultado ser una mujer de una sensualidad... insaciable.

—Me alegro mucho de que mis súplicas hayan surtido efecto.

—Oh, desde luego que sí. Sólo que aún percibo en ella una especie de...—Jezal agitó una mano, como tratando de dar con la palabra exacta—... tristeza. A veces, de noche... la oigo llorar. Se acerca a la ventana, la abre y se queda ahí llorando varias horas seguidas.

—¿Llorando, Majestad? Quizá no sea más que añoranza. Siempre he sospechado que era una criatura mucho más dulce de lo que aparentaba.

—¡Vaya si lo es! Una mujer extremadamente dulce —Jezal se quedó pensativo durante unos instantes—. Sabe una cosa, creo que tiene razón. Añoranza, seguro que es eso —un plan empezó a cobrar forma en su mente—. ¿Y si rediseñáramos los jardines de palacio para que recordaran un poco a Talins? ¡Podríamos modificar el curso del arroyo y hacer que pareciera un canal, por ejemplo!

Glokta le dirigió una de sus sonrisas desdentadas.

—Sublime idea, Majestad. Hablaré con el Jardinero Real. Y quizá tampoco sería mala idea que volviera a mantener una breve conversación con Su Majestad la Reina para ver si puedo contener su llanto.

—Le quedaré muy agradecido por cualquier cosa que pueda hacer. Y, dígame, ¿qué tal está su mujer? —le preguntó por encima del hombro, con la intención de cambiar de tema, pero dándose cuenta al instante de que se había metido en un charco aún peor.

Pero Glokta se limitó a mostrarle de nuevo su sonrisa hueca.

—Es un gran consuelo para mí, Majestad. No consigo explicarme cómo podía vivir cuando no la tenía a ella.

Durante un rato siguieron andando sumidos en un silencio embarazoso hasta que de pronto Jezal carraspeó.

—Le he estado dando vueltas a aquel plan mío, Glokta. Ya sabe, lo de

gravar con un impuesto a la banca. De esa forma tal vez se podría costear la construcción de un nuevo hospital en la zona de los muelles. Para los que no pueden permitirse pagar los honorarios de un médico. El pueblo llano ha sido muy generoso con mi persona. Me ha ayudado a alcanzar el poder y ha realizado grandes sacrificios en mi nombre. Un gobierno debe beneficiar al conjunto del pueblo, ¿no cree? Cuanto más mísera y más baja sea la condición de un hombre, mayor es su necesidad de contar con nuestra ayuda. La riqueza de un rey ha de medirse en relación con la pobreza del más paupérrimo de sus súbitos, ¿no le parece? ¿Querrá pedirle al Juez Supremo que redacte el proyecto? Poca cosa, en un primer momento; luego iremos un poco más lejos. Una vivienda gratuita para los que se han quedado sin hogar no sería mala idea. Debemos considerar...

—Majestad, he estado hablando del tema con nuestro común amigo.

Jezal se paró en seco y sintió que un escalofrío le subía por el espinazo.

—¿Ah, sí?

—Me temo que es mi obligación —el tono del tullido era el de un sirviente, pero sus ojos rehundidos no se apartaban de los de Jezal ni un solo momento—. A nuestro amigo... no le entusiasma la idea.

—¿Quién gobierna la Unión, él o yo? —Pero ambos sabían muy bien la respuesta.

—Vos sois el Rey, por supuesto.

—Por supuesto.

—Lo cual no quita para que... no queramos defraudar a nuestro común amigo —Glokta cojeó para aproximarse a él un paso más y su ojo izquierdo palpitó de forma repulsiva—. Ninguno de los dos, estoy convencido de ello, desea hacer nada que pueda animarle.. . a visitar Adua.

Jezal sintió de pronto que le flojeaban las rodillas. El recuerdo del insoportable dolor que había experimentado hizo que se le revolvieran las tripas.

—No —graznó—. Por supuesto que no.

La voz del tullido quedó reducida a un levísimo susurro.

—Tal vez, con el tiempo, puedan encontrarse fondos para algún pequeño proyecto. A fin de cuentas, nuestro amigo tampoco puede verlo todo, y lo que no alcance a ver no causará ningún perjuicio. Estoy seguro de que Su Majestad y yo, sin hacer ruido... podremos realizar algún bien. Pero aún no.

—No, claro. Tiene razón, Glokta. Tiene usted una aguda sensibilidad para estas cosas. No haga nada que pueda enojarle en lo más mínimo. Y, por

favor, informe a nuestro amigo que sus opiniones siempre serán tenidas en cuenta por encima de las de cualquier otro. Haga saber a nuestro buen amigo que puede confiar en mí. ¿Hará el favor de decírselo?

—Descuide, Majestad. Estoy seguro de que le encantará oírlo.

—Bien —murmuró Jezal—. Bien —se había levantado una brisa gélida, así que se volvió hacia el palacio y se abrigó un poco más con el manto. Al final, el día no había resultado ser tan bueno como él había esperado.

Cabos sueltos

Una mugrienta caja blanca con dos puertas, una enfrente de la otra. El techo era demasiado bajo para resultar cómodo y la habitación estaba excesivamente iluminada por el resplandor de los faroles. Una humedad que arrancaba de uno de los rincones había reventado el enlucido, dejándolo salpicado de ampollas cubiertas de moho negro. Alguien parecía haber tratado de limpiar una gran mancha de sangre que había en una de las paredes, aunque sin poner demasiado empeño en ello.

Pegados a la pared había dos enormes Practicantes con los brazos cruzados. En uno de los lados de una mesa atornillada al suelo había una silla vacía. La del otro lado la ocupaba Carlot dan Eider. *La historia se mueve en círculos, dicen. Qué distintas son las cosas. Y, a la vez, qué parecidas.* La angustia teñía de palidez el rostro de la mujer y la falta de sueño le había dibujado unas pronunciadas ojeras, pero aun así seguía estando hermosa. *Más que nunca, en cierta manera. La belleza de la llama de una vela que ya casi se ha apagado. Una vez más.*

Glokta oía su respiración agitada mientras tomaba asiento en la silla libre, apoyaba su bastón contra la superficie rayada de la mesa y luego miraba a Eider con el ceño fruncido.

—Todavía me estoy preguntando si no recibiré un día de estos esa carta de la que me habló. Ya sabe a cuál me refiero. La carta que Sult tenía que leer. La carta en la que se narraba el pequeño desliz que cometí al compadecerme de usted. Esa que había puesto a buen recaudo para asegurarse de que llegara a manos del Archilector si usted fallecía. ¿Cree usted que aparecerá un día sobre mi mesa? ¿Qué ironía, eh?

Hubo un instante de silencio.

—Soy consciente de que cometí un grave error al regresar. *Y un error aún mayor cuando no se volvió a ir lo suficientemente rápido.* Le pido perdón por ello. Sólo quería prevenirle del ataque de los gurkos. Espero que en su corazón siga habiendo margen para la compasión...

—¿Esperaba que me mostrara compasivo la primera vez?

—No —susurró ella.

—Entonces, ¿qué posibilidades cree usted que hay de que cometa el mismo error por segunda vez? Le dije que no volviera nunca. Nunca jamás —hizo una seña con la mano a uno de los monstruosos Practicantes y éste dio un paso adelante y abrió la tapa de la caja.

—No... no —sus ojos lanzaron una mirada a los instrumentos y luego volvieron a mirar a Glokta—. Usted gana. Usted gana, por supuesto. Debería haberme mostrado más agradecida la primera vez. Se lo ruego, por favor —se inclinó hacia delante y le miró a los ojos. El tono de su voz era ahora más bajo y más ronco—. Por favor. Seguro que hay algo... algo que yo pueda hacer por usted... para compensar mi estupidez.

Una muy peculiar mezcla de deseo fingido y genuina aversión. Una mezcla que contribuye a hacer todavía más repelente ese tono de creciente terror. Empiezo a preguntarme por qué me compadecí la primera vez.

Glokta soltó un resoplido.

—¿No es suficiente con el dolor? ¿Qué necesidad hay de hacer de esto también una experiencia bochornosa?

El intento de seducción se esfumó al instante. *El miedo, en cambio, parece no haberse ido a ninguna parte.* Ahora se le había añadido un deje palpable de desesperación.

—Sé que cometí un error... pero sólo trataba de ayudarle... se lo ruego, por favor. No pensaba causarle ningún mal... ¡No se lo causé, lo sabe! —Glokta estiró lentamente un brazo en dirección a la caja y se fijó en la mirada de terror con que los ojos de la mujer seguían el movimiento de su guante blanco. La voz de Eider se tiñó de auténtico pánico—. ¡Dígame lo que puedo hacer! ¡Puedo ayudarle! ¡Puedo serle útil! ¡Sólo dígamelo y lo haré!

La mano de Glokta interrumpió su implacable viaje por la mesa y sus dedos se pusieron a tamborilear sobre la madera. El dedo donde lleva el anillo de Archilector destellaba iluminado por la luz de los faroles.

—Tal vez haya algo.

—Haré lo que sea —borboteó mirándole con los ojos húmedos—. ¡Lo que sea, basta con que lo diga!

—¿Tiene contactos en Talins?

Eider tragó saliva.

—¿En Talins? Sí... desde luego.

—Bien. Algunos de mis colegas del Consejo Cerrado y yo andamos algo preocupados por el papel que el Gran Duque Orso pretende desempeñar en la

política de la Unión. Tenemos el convencimiento, el firme convencimiento, de que debería seguir dedicándose a avasallar a los estirios en vez de meter las narices en nuestros asuntos —hizo una pausa enfática.

—Qué puedo hacer yo para...

—Marchará a Talins. Será mis ojos en la ciudad. Una traidora que huye de su ciudad, sola y sin amigos, y que lo único que busca es un lugar en donde empezar de nuevo. Una mujer hermosa, aunque muy desdichada, que necesita desesperadamente un poderoso brazo que la proteja. Coge la idea, ¿no?

—Supongo... supongo que podría hacerlo.

Glokta resopló con desdén.

—Más le vale.

—Necesitaré dinero.

—Sus bienes han sido incautados por la Inquisición.

—¿Todos?

—Tal vez haya advertido que hay mucho que reconstruir por aquí. El Rey necesita todos los marcos a los que les pueda echar el guante. En tiempos como estos no es costumbre permitir que los traidores confesos conserven sus bienes. Cuando llegue, póngase en contacto con la banca Valint y Balk. Le concederán un préstamo para que pueda ir tirando.

—¿Valint y Balk? —Eider parecía aún más asustada que antes, si es que eso era posible—. Preferiría estar en deuda con cualquiera antes que con ellos.

—Conozco ese sentimiento. Pero es eso o nada.

—Cómo conseguiré...

—¿Una mujer con tantos recursos como usted? Estoy seguro de que ya encontrará la manera —hizo un gesto de dolor y se levantó de la silla—. Quiero que me inunde de cartas. Quiero saber qué ocurre en la ciudad. Qué trama Orso. Con quién entra en guerra y con quién hace las paces. Quiénes son sus aliados y quiénes son sus enemigos. Partirá con la próxima marea —al llegar a la puerta se volvió un instante—. La estaré vigilando.

Ella asintió sin decir palabra y se limpió aliviada las lágrimas con el dorso de su mano temblorosa. *Primero nos lo hacen a nosotros, luego nosotros se lo hacemos a los demás y finalmente ordenamos a otros que lo hagan. Así es como funcionan las cosas.*

—¿Siempre empieza a emborracharse a estas horas de la mañana?

—Su Eminencia hiere mi orgullo —Nicomo Cosca sonrió de oreja a oreja—. A estas horas de la mañana lo normal sería que ya llevara varias horas

borracho.

Ja. Bueno, cada uno tiene su particular forma de sobrellevar el día.

—Quisiera darle las gracias por su ayuda.

El estirio hizo un aparatoso gesto con la mano. Una mano, advirtió Glokta, repleta de centelleantes y gruesos anillos.

—Al infierno los agradecimientos. Con su dinero me basta.

—Y, por lo que veo, ha hecho buen uso de él. Espero que permanezca un tiempo más en la ciudad gozando de la hospitalidad de la Unión.

—¿Sabe qué? Creo que lo haré —el mercenario se rascó pensativamente el sarpullido del cuello y dejó en su piel pelada la marca roja de sus uñas—. Al menos hasta que se me acabe el oro.

—¿Cómo de rápido cree que puede gastarse lo que le he pagado?

—Oh, se llevaría una sorpresa. En tiempos llegué a dilapidar diez fortunas, o más incluso. Estoy deseando volver a repetir la hazaña —Cosca se palmeó los muslos, se impulsó hacia arriba y se dirigió hacia la puerta haciendo eses. Antes de salir, se dio la vuelta e hizo un saludo muy alambicado—. No se olvide de llamarme cuando vaya a montar otra resistencia encarnizada.

—La primera carta que mande llevará su nombre.

—¡Bien... en tal caso... que le vaya bien! —Cosca se quitó su descomunal sombrero e hizo una reverencia. Luego, tras dirigirle una sonrisa de complicidad, cruzó el umbral y desapareció de su vista.

Glokta había trasladado el despacho del Archilector a un amplio salón ubicado en la planta baja del Pabellón de los Interrogatorios. *Más cerca del lugar donde se encuentra el verdadero objetivo de la Inquisición: los presos. Más cerca de las preguntas y de las respuestas. Más cerca de la verdad. Aunque el factor decisivo, por supuesto, es la ausencia de escaleras.*

Los ventanales daban a unos jardines muy bien cuidados y a través del cristal llegaba el leve chapoteo de una fuente. Pero la sala en sí estaba desprovista de toda la desagradable parafernalia que suele acompañar al poder. Las paredes lucían un sencillo revestimiento blanco y el mobiliario era austero y funcional. *Ha sido la piedra de afilar de la incomodidad la que me ha permitido mantener la agudeza mental durante todo este tiempo. El simple hecho de que me haya quedado sin enemigos no es motivo para dejar que el filo se ponga romo. Además, no tardarán en aparecer nuevos enemigos.*

Había unas cuantas estanterías de gruesa madera oscura y varias mesas con encimeras de cuero que ya estaban repletas de montones de papeles que requerían su atención. Aparte de la gran mesa redonda con el mapa de la

Unión, con el par de manchitas que habían dejado unas uñas ensangrentadas, sólo había otra pieza del mobiliario de Sult que Glokta se había llevado consigo al piso de abajo. Desde el cuadro que había encima de la sencilla chimenea, la renegrida figura calva del viejo Zoller dominaba la sala con su mirada torva. *Una figura con un sorprendente parecido con la de cierto Mago que conocí en tiempos. Después de todo, conviene tener una perspectiva apropiada de las cosas. No hay ningún hombre que no tenga que rendirle cuentas a alguien.*

Llamaron a la puerta, y el secretario de Glokta asomó la cabeza.

—Los Lores Mariscales ya están aquí, Archilector.

—Hágales pasar.

A veces, cuando dos viejos amigos vuelven a encontrarse al cabo de muchos años, al instante todo vuelve a ser igual que como era antes. La amistad permanece intacta y se reanuda como si no hubiera habido interrupción alguna. *A veces, pero no en esta ocasión.* Collem West estaba casi irreconocible. El pelo se le había caído dejándole la *cabeza* sembrada de horribles calvas. Tenía la cara chupada y la tez de un leve tono amarillento. El uniforme, que tenía el cuello manchado, colgaba suelto de sus esqueléticos hombros. Entró en la sala arrastrando los pies, doblado como si fuera un anciano y apoyándose con fuerza en un bastón. Parecía un cadáver andante.

Glokta, por supuesto, se esperaba algo así después de lo que le había ido contando Ardee. Pero el terrible asombro, la profunda decepción y el horror que sintió al verle le pilló por sorpresa. *Como regresar a uno de los lugares predilectos de tu infancia y encontrarlo en ruinas. Muertes. Ocurren todos los días. ¿Cuántas vidas he destrozado con mis propias manos? ¿Por qué me cuesta tanto aceptar ésta?* Pero así era. Se encontró a sí mismo revolviéndose en la silla para levantarse mientras hacía ademán de adelantarse para tratar de ayudarle.

—Eminencia —la voz de West sonaba tan frágil y quebrada como un cristal roto. Luego hizo un tímido intento de esbozar una sonrisa—. Bueno, supongo que más bien debería llamarte... hermano.

—West... Collem... me alegró mucho de verte. *Me alegro y me horrorizo a la vez.*

Un grupo de oficiales entró detrás de West. *Al extremadamente competente teniente Jalenhorm le recuerdo, desde luego, aunque ya veo que ahora es comandante. Y a Brint también, convertido ahora en capitán gracias al fulgurante ascenso de su amigo. El Mariscal Kroy nos es bien conocido y apreciado dada su presencia en el Consejo Cerrado. Felicidades, caballeros, por sus respectivos ascensos.* Pero había un hombre más al final del grupo. Un tipo enjuto con unas espantosas quemaduras en la cara. *Bueno, no creo que exista en el mundo una persona menos propensa que yo a ponerle reparos a un rostro repulsivamente desfigurado.* Todos miraban con cara de

preocupación a West, como si estuvieran listos a abalanzarse sobre él al más mínimo signo de que pudiera desplomarse. Pero no fue así: rodeó la mesa arrastrando los pies y se acomodó temblando en una de las sillas.

—Debería haber sido yo el que fuera a verte. *Debería haber ido a verte mucho antes.*

West hizo un nuevo intento de sonreír, con un resultado aún más enfermizo que el anterior. Glokta advirtió que le faltaban varios dientes.

—Tonterías. Ya sé lo ocupado que estás ahora. Y además hoy me encuentro mucho mejor.

—Bien, bien. Eso está... muy bien ¿Quieres que pida que te traigan algo? *¿Acaso hay algo que pudiera ayudarles?* Lo que sea.

West negó con la cabeza.

—No, de verdad. A estos caballeros creo que ya los conoces, ¿no? Bueno, excepto al sargento Pike —el hombre de la cara quemada le saludó con la cabeza.

—Encantado. *De conocer a alguien aún más mermado que yo, siempre.*

—Mi hermana... me ha comunicado la buena nueva.

Glokta hizo una mueca de dolor y fue incapaz de mirar a los ojos a su viejo amigo.

—Sé que debería haber solicitado tu aprobación. Y sin duda lo hubiera hecho, si hubiera habido tiempo para ello.

—Lo entiendo —West le miraba con los ojos brillantes—. Ardee me lo ha explicado todo. Es un alivio saber que al menos estará bien cuidada.

—Puedes estar seguro de ello. Yo me ocuparé de que sea así. Jamás volverán a hacerla daño.

El rostro demacrado de West se contrajo levemente.

—Bien. Bien —y se frotó una mejilla. Tenía las uñas negras, con manchas de sangre seca en los bordes, como si estuvieran a punto de desprenderse—. Siempre hay que pagar un precio por las cosas que hacemos, ¿eh, Sand?

Glokta se dio cuenta de que le palpitaba el ojo.

—Eso parece.

—He perdido varios dientes.

—Ya veo. Y, créeme, sé lo que es eso. La sopa te resultará muy... *Muy repugnante.*

—Casi no puedo... andar.

—También sé lo que es eso. Tu bastón se convertirá en tu mejor amigo. *Y creo que muy pronto será el único que a mí me quede.*

West sacudió despacio su maltrecha cabeza.

—¿Cómo consigues soportarlo?

—Paso a paso, mi querido amigo. Mantente alejado de las escaleras, siempre que puedas, y jamás te mires al espejo —Sabios consejos —West tosió. Una tos resonante que parecía provenir de debajo de las costillas—. Me parece que ya no me queda mucho.

—¡No digas tonterías! —Glokta estiró un momento la mano, como si fuera a apoyarla en los hombros consumidos de West, como si quisiera procurarle un mínimo consuelo. Pero, casi de inmediato, la retiró con un gesto torpe. *No está hecha para esa tarea.*

West se pasó la lengua por sus encías desnudas.

—Al final es así como nos vamos la mayoría de nosotros, ¿verdad? Nada de cargas finales. Nada de momentos de gloria. Simplemente... nos vamos desmoronando poco a poco.

Glokta hubiera querido hacer algún tipo de comentario optimista. *Pero esas sandeces son para otras bocas, no para la mía. Bocas más jóvenes y más bonitas que tal vez conserven todos los dientes.*

—En cierta manera, los que mueren en el campo de batalla forman parte de una minoría privilegiada. Siempre serán jóvenes. Siempre estarán rodeados de un halo de gloria.

West asintió moviendo despacio la cabeza.

—Brindo por esa minoría privilegiada... —revolvió los ojos, se bamboleó y cayó de lado. Jalenhorm fue el primero en saltar adelante y consiguió cogerle antes de que cayera al suelo. West se quedó colgando entre los brazos del grandullón y arrojó por la boca un largo hilo de bilis que chorreó hasta el suelo.

—¡A palacio! —exclamó Kroy—. ¡De inmediato!

Brint se apresuró a abrir las puertas mientras Jalenhorm y Kroy colocaban los brazos de West alrededor de sus hombros y se lo llevaban, arrastrando los zapatos por el suelo y con la cabeza pinta colgando a un lado. Mientras salían, Glokta los miraba paralizado y con la boca entreabierta como si fuera a decir algo. Como si quisiera desear buena suerte a su amigo, o buena salud, o que tuviera una buena tarde. *Aunque ninguna de esas cosas parece muy adecuada en estas circunstancias.*

Las puertas se cerraron con un traqueteo y Glokta se las quedó mirando. Le tembló un párpado y notó un poco de humedad en la mejilla. *No son lágrimas*

de compasión, desde luego. Ni de pesar. No siento nada, no temo nada, nada me importa. Me amputaron las partes de mi persona que podían sentir eso en las mazmorras del Emperador. Esto no puede ser más que agua salada, sólo eso. Un mero reflejo de un rostro mutilado. Adiós, hermano. Adiós, mi único amigo. Y adiós también al fantasma de Sand dan Glokta. Nada queda ya de él. Tanto mejor, desde luego. Un hombre en mi posición no puede permitirse ciertos lujos.

Respiró hondo y se secó la cara con el dorso de la mano. Luego renqueó hasta la mesa, tomó asiento y trató de recobrar la compostura, con la inesperada ayuda de un súbito calambre de su pie mutilado. Finalmente, concentró su atención en los documentos que tenía delante. *Pliegos de confesiones, asuntos pendientes... la tediosa tarea de gobernar...*

De pronto, alzó la vista. Una figura se acababa de separar de la sombra que proyectaba una de las grandes estanterías y avanzaba hacia él con los brazos cruzados. El tipo de la cara quemada que había venido con los oficiales. La salida había sido tan precipitada que no se había dado cuenta de que se había quedado atrás.

—¿Quiere algo, sargento Pike? —murmuró Glokta frunciendo el ceño.

—Ese no es más que el nombre que he adoptado.

—¿Adoptado?

La cara calcinada se contrajo formando una caricatura de sonrisa. *Más horrenda aún que la mía, si tal cosa es posible.*

—No me sorprende que no me reconozcas. Ocurrió durante la primera semana de mi estancia; un accidente en la forja. Los accidentes son cosa frecuente en Angland. *¿Angland? Esa voz... hay algo en esa voz que...* ¿Todavía no? ¿Quizá si me acercó un poco más?

De improviso, cruzó la habitación como una centella y antes de que Glokta tuviera tiempo de salir de la silla, el hombre saltó sobre su mesa. Ambos se precipitaron al suelo en medio de una nube de papeles. Glokta cayó debajo, se golpeó la nuca contra las losas del suelo y exhaló un prolongado resuello al vaciársele de aire los pulmones.

Un instante después sentía un roce metálico en la garganta. Tenía la cara de Pike casi pegada a la suya y podía ver con todo detalle el repulsivo amasijo de sus quemaduras.

—¿A lo mejor ahora? —bufó Pike—. ¿No te resulto familiar?

El ojo izquierdo de Glokta empezó a palpitar: sí, ahora le reconocía, y la sensación fue como si acabara de ser barrido por una ola de agua helada. *Está cambiado desde luego. Totalmente cambiado. Pero aun así le reconozco.*

—Rews —resolló.

—Ni más ni menos —Rews escupió cada palabra con macabra satisfacción.

—Has sobrevivido. ¡Has sobrevivido! —susurró, la primera vez con asombro, la segunda, con un tono divertido, como si el asunto le hiciera mucha gracia—. ¡Eres un tipo mucho más duro de lo que yo creía! ¡Muchísimo más! —se puso a reír y las lágrimas volvieron a correr por su mejilla.

—¿Qué tiene de gracioso?

—¡Todo! ¡No me digas que no le ves la ironía! ¡He logrado vencer a enemigos enormemente poderosos y ahora resulta que quien me tiene con el cuchillo al cuello no es otro que Salem Rews! Siempre es la hoja que menos te esperas la que te da el corte más profundo, ¿eh, Rews?

—No habrá ningún corte más profundo que el que yo te voy a dar.

—Pues corta ya de una vez, hombre. Estoy listo —Glokta inclinó la cabeza hacia atrás y estiró el cuello hasta apretarlo contra la fría hoja de metal—. Hace muchísimo tiempo que estoy listo.

El puño de Rews giró sobre la empuñadura del cuchillo. Su rostro abrasado tembló y sus ojos se entornaron hasta quedar reducidos a dos ranuras luminosas encerradas en unas cuencas rosáceas. *Ahora.*

Sus labios jaspeados dejaron al descubierto sus dientes. Los tendones del cuello se tensaron mientras se preparaba para soltar la cuchillada.

El aliento de Glokta entraba y salía emitiendo un silbido y la garganta le cosquilleaba anticipando el momento que estaba a punto de llegar. *Ahora, por fin. Ahora....*

Pero el brazo de Rews no se movió.

—Y, a pesar de todo, dudas —susurró Glokta a través de sus encías desnudas—. No por compasión, desde luego. Ni tampoco por debilidad. Esas son cosas que te extirparon en Angland, ¿verdad Rews? Lo que te detiene es que ahora te das cuenta de que durante todo el tiempo en que estuviste soñando con matarme jamás se te ocurrió pensar en lo que pasaría después. ¿De qué te habrá servido todo tu aguante, toda tu astucia, todos tus esfuerzos? ¿Te darán caza? ¿Te volverán a enviar allí? Yo te puedo ofrecer algo mucho mejor.

El ceño derretido de Rews se acentuó.

—¿Qué vas a poder ofrecerme tú, después de lo que me hiciste?

—Oh, eso no es nada. Todas las mañanas a la hora de levantarme sufro el doble que tú y me siento diez veces más humillado. Un hombre como tú podría serle muy útil a alguien como yo. Un hombre... que ha demostrado ser tan duro. Un hombre que lo ha perdido todo, incluyendo cualquier escrúpulo, cualquier

atisbo de piedad o de miedo. Los dos lo hemos perdido todo. Y los dos hemos sobrevivido. Yo te comprendo, Rews, te comprendo como nunca te comprenderá nadie.

—Ahora me llamo Pike.

—Claro. Déjame que me levante, Pike.

El cuchillo se apartó lentamente de su garganta. El hombre que en tiempo fuera Salem Rews se alzaba sobre él, mirándole con el ceño fruncido. *¿Quién es capaz de prever las vueltas que da la vida?*

—Arriba.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —Glokta tomó aire un par de veces, soltó un gruñido, y haciendo un inmenso y doloroso esfuerzo, logró ponerse a cuatro patas. *Toda una proeza.* Con mucho cuidado, probó a mover un poco todos sus miembros, haciendo una mueca de dolor cada vez que una de sus articulaciones soltaba un chasquido. *No hay nada roto. O al menos no más roto de lo que ya estaba.* Alargó un brazo, agarró con dos dedos el puño del bastón caído y se lo acercó a través de los papeles que había desperdigados por el suelo. De pronto, sintió la punta del puñal en la espalda.

—No me tomes por un idiota, Glokta. Como intentes algo...

Glokta se agarró al borde de la mesa y se levantó.

—Me rebanarás el hígado y todo eso. No te preocupes. Estoy demasiado lisiado como para intentar algo más que cagarme encima. Pero hay algo que quiero que veas. Algo que estoy seguro que valorarás en su justa medida. Si me equivoco, bueno..., dentro de un rato me rebanas el pescuezo y asunto arreglado.

Glokta atravesó las gruesas puertas de su despacho con paso tambaleante. Pegado a él, como si fuera su sombra, iba Pike, ocultando su cuchillo.

—Quédense aquí —espetó Glokta a los dos Practicantes de la antesala mientras pasaba renqueando por delante del enorme escritorio de su secretario, que le miró frunciendo el ceño. Cuando salió al amplio pasillo que atravesaba el corazón del Pabellón de los Interrogatorios, avivó un poco el paso y el golpeteo de su bastón contra las baldosas se aceleró. Aunque le dolía, andaba con la cabeza erguida y un rictus gélido en la boca. Por el rabillo del ojo veía a Secretarios, Practicantes e Inquisidores hacerle reverencias, retroceder o apartarse para dejarle vía libre. *Cuánto me temen. Más que a un ningún otro hombre en Adua, y por muy buenas razones. Qué distintas son las cosas. Y, a la vez, qué iguales.* Su pierna, su cuello, sus encías. Todo eso seguía igual que siempre. *Y así seguirá. A no ser que me vuelvan a torturar otra vez, claro.*

—Tienes buen aspecto —soltó Glokta sin volver la vista—. Si dejamos a un lado las horrendas quemaduras de tu cara, claro está. Has perdido peso.

—Suele ocurrir cuando se pasa hambre.

—Claro, claro. Yo también perdí mucho peso en Gurkhul. Y no sólo por los trozos de mi cuerpo que me amputaron. Por aquí.

Doblaron por una gruesa puerta, flanqueada por dos ceñudos Practicantes, pasaron una reja de hierro y accedieron a un largo pasillo sin ventanas que descendía en suave pendiente iluminado por muy pocas antorchas y poblado de lentas sombras. Las paredes estaban revocadas y encaladas, aunque ni una cosa ni otra había sido realizada en fecha reciente. El lugar respiraba sordidez y el aire estaba impregnado de humedad.

—Matarme no te servirá de reparación por tus sufrimientos.

—Ya veremos.

—No lo creo. Difícilmente puede considerárseme responsable de tu pequeño viaje al Norte. Puede que yo hiciera el trabajo sucio, pero fueron *otros* quienes dieron las órdenes.

—Esos no eran amigos míos.

Glokta resopló con desdén.

—Por favor. Los amigos no son más que unas personas a las que fingimos apreciar para que la vida nos resulte más soportable. Los hombres como nosotros podemos pasarnos sin ese tipo de cosas. La verdadera medida del valor de una persona se la dan sus enemigos. *Y ahí vienen los míos.*

Dieciséis escalones le plantaban cara. *El famoso tramo de siempre.* Labrados en piedra lisa, y un poco desgastados por el centro.

—Malditos escalones. Si me ofrecieran la posibilidad de torturar al hombre que yo quisiera, ¿sabes a quién elegiría? —el rostro de Pike no era más que una inmensa cicatriz inexpresiva—. Bah, dejémoslo —Glokta consiguió llegar hasta abajo sin sufrir ningún percance, recorrió dolorosamente un par de zancadas más y se detuvo ante una gruesa puerta de madera con remaches de hierro.

—Aquí es —se sacó un manojo de llaves del bolsillo de su toga blanca, las fue pasando una a una y, cuando dio con la que buscaba, la metió en la cerradura, abrió la puerta y pasó adentro.

El Archilector Sult no parecía el mismo. *Bueno, en realidad, ninguno lo parecemos.* Su magnífica cabellera blanca se pegaba apelmazada a su cráneo descarnado y en uno de sus lados lucía un emplasto de sangre seca de un marrón amarillento. Sus penetrantes ojos azules, hundidos en sus cuencas y

orlados de un intenso color rojo, habían perdido el brillo dominante que tanto los caracterizaba. Le habían despojado de sus ropas y su nervudo cuerpo de anciano, con algo de vello en los hombros, estaba manchado con la mugre de las celdas. De hecho, a lo que más se parecía era a un viejo mendigo loco. *¿Es posible que este despojo humano fuera en tiempos uno de los hombres más poderosos del Círculo del Mundo? Nadie lo creería. En fin, una muy provechosa lección para todos. Cuanto más alto llegues, más dura será la caída.*

—¡Glokta!—gruñó forcejeando inútilmente con las cadenas que le tenían sujeto a la silla—. ¡Maldito traidor contrahecho!

Glokta alzó una de sus manos enguantadas de blanco y la piedra carmesí de su anillo refulgió a la cruda luz de las antorchas.

—Me parece que *Eminencia* es el tratamiento adecuado.

—¿Usted? —Sult escupió una carcajada seca—. ¿Archilector? ¿Una lamentable piltrafa humana como usted? ¡Es repugnante!

—No me venga con esas —Glokta se acomodó trabajosamente en la otra silla—. La repugnancia es un sentimiento que sólo pueden albergar los inocentes.

Sult lanzó una mirada iracunda a Pike, que se alzaba amenazador sobre la mesa proyectando una sombra sobre la pulida caja que contenía el instrumental de Glokta.

—¿Qué clase de bicho es ese?

—Vera, maese Sult, se trata de un viejo amigo nuestro que acaba de regresar de las guerras del Norte y busca que le den una oportunidad.

—¡Le felicito! ¡Jamás pensé que consiguiera encontrar un ayudante que fuera más horrendo que usted!

—Es usted muy desconsiderado, pero por fortuna no somos de los que nos ofendemos fácilmente. Digamos que es igual de horrendo que yo. *E igual de implacable, confío.*

—¿Cuándo tendrá lugar mi juicio?

—¿Su juicio? ¿Para qué iba a querer yo semejante cosa? Se le da por muerto y yo no me he tomado la molestia de desmentirlo.

—¡Reivindico mi derecho a defenderme ante el Consejo Abierto! —volvió a forcejear inútilmente con las cadenas—. ¡Exijo... maldito sea! ¡Exijo que se me juzgue!

Glokta resopló.

—Exija cuanto quiera, pero haga el favor de mirar a su alrededor. Nadie está interesado en oírle, ni siquiera yo. Todos estamos muy ocupados. El

Consejo Abierto ha cesado en sus actividades de forma indefinida. La composición del Consejo Cerrado ha cambiado por completo y ya nadie se acuerda de usted. Soy yo quien manda ahora. Y en una medida en que usted jamás habría podido soñar.

—¡Atado en corto por ese demonio de Bayaz!

—Cierto. Puede que con el tiempo consiga aflojar un poco el bozal, igual que hice con el suyo. Lo bastante para poder hacer las cosas a mi manera. ¡Quién sabe!

—¡Jamás lo conseguirá! ¡Jamás se librará de él!

—Ya veremos —Glokta se encogió de hombros—. En todo caso, hay destinos mucho peores que ser el primero entre los esclavos. He tenido ocasión de verlos. *De vivirlos.*

—¡Maldito idiota! ¡Podíamos haber sido libres!

—No. No podíamos. Y, además, la libertad está bastante sobrevalorada. Todos tenemos nuestras responsabilidades. Todos le debemos algo a alguien. Sólo los perfectos inútiles son perfectamente libres. Los inútiles y los muertos.

—¿Qué importa ya todo eso? —Sult miró la mesa con una mueca de asco—. ¿Qué más da todo? Empiece con sus preguntas.

—Oh, no hemos venido aquí para eso. Esta vez no. No hemos venido a hacer preguntas, ni a buscar la verdad, ni a obtener una confesión. Ya tengo todas las respuestas. *Entonces, ¿por qué lo hago? ¿Por qué?*—Glokta se inclinó lentamente sobre la mesa—. Esta vez hemos venido a divertirnos.

Sult le miró fijamente durante un instante y luego soltó una chirriante carcajada.

—¿A divertirse? ¡Nunca recuperará sus dientes! ¡Nunca recuperará su pierna! ¡Nunca recuperará su vida!

—Claro que no, pero puedo quitarle a usted la suya —con rígida y dolorosa lentitud, Glokta se dio la vuelta y sus labios dibujaron una sonrisa desdentada—. Practicante Pike, ¿quiere hacer el favor de mostrarle los instrumentos al prisionero?

Pike miró con gesto ceñudo a Glokta y luego a Sult. Durante unos instantes permaneció donde estaba sin moverse un ápice.

Por fin, dio un paso adelante y abrió la tapa de la caja.

¿SABE EL DEMONIO QUE ES UN DEMONIO?

Elizabeth Madox Roberts

Principio

Las laderas del valle estaban cubiertas de blanca nieve. El negro camino que lo surcaba era como una alargada cicatriz que bajaba hasta el puente, cruzaba el río y moría en las puertas de Carleon. Negros retoños de juncia, matojos de hierba negra y negras piedras asomaban entre el inmaculado manto blanco. Sobre la parte de arriba de cada una de las negras ramas de los árboles se destacaba una fina línea blanca. La ciudad era un amontonamiento de tejados blancos y muros negros apiñados en las faldas de la colina, que se apretaba contra la negra hoz del río bajo un cielo de plomo.

Logen se preguntó si no sería así como veía el mundo Ferro Maljinn. Blanco, negro y nada más. Sin colores. Se preguntó dónde estaría ahora y qué estaría haciendo. También si pensaría alguna vez en él.

Seguramente no.

—De vuelta otra vez.

—Sí —dijo Escalofríos—. De vuelta —apenas había abierto la boca durante la larga cabalgada que habían hecho desde que partieron de Uffrith. Se habían salvado mutuamente la vida, pero de ahí a conversar había un largo trecho. Logen se imaginaba que seguía sin ser uno de los tipos favoritos de Escalofríos. Y dudaba mucho que llegara a serlo alguna vez.

Cabalgaban en silencio: una larga fila de curtidos jinetes marchando junto a un arroyo negro que apenas era más que un hilo de agua medio congelada. Hombres y caballos arrojaban nubes de vaho y el tintineo de los arneses resonaba en el aire cortante. Los cascos de los caballos retumbaron sobre la madera hueca cuando cruzaron el puente para acceder a la puerta en donde Logen había hablado con Bethod. La puerta desde la que le había arrojado al vacío. La hierba había vuelto a crecer en el círculo en donde había matado al Temible. Luego había caído la nieve y la había cubierto. Así quedan al final todos los actos de los hombres. Cubiertos y olvidados.

No había salido nadie a vitorearlos, pero eso no representaba una sorpresa para Logen. No había ningún motivo para celebrar el regreso del Sanguinario, y menos aún en un lugar como Carleon. Nadie había salido muy

bien parado de su primera visita. Ni de las que vinieron después. La gente, sin duda, estaba encerrada en sus casas por miedo a ser los primeros en ser quemados vivos.

Echó pie a tierra y dejó que Sombrero Rojo y los demás se buscaran la vida por su cuenta. Marchó a grandes zancadas por el empedrado de la calle, ascendiendo la empinada cuesta que conducía a las puertas de la muralla interior, con Escalofríos caminando a su lado. Una pareja de Caris le vio venir. Dos de los muchachos de Dow, un par de cabrones de aspecto rudo. Uno de ellos le sonrió mostrándole una boca a la que le faltaban la mitad de los dientes.

—¡El Rey! —gritó ondeando la espada.

—¡El Rey! —gritó el otro, aporreando su escudo—. ¡El Rey de los Hombres del Norte!

Atravesó el silencioso patio, en cuyas esquinas se apilaban grandes montones de nieve, y se dirigió a las elevadas puertas del gran salón de Bethod. Las empujó con ambas manos y las puertas se abrieron con un crujido. A pesar de la nieve, no hacía mucho más calor dentro que fuera. Los ventanales del fondo estaban abiertos y dejaban pasar el rumor del gélido río que discurría al fondo del precipicio. En el estrado, donde moría un corto tramo de escalones, se encontraba la Silla de Skarling, cuya alargada sombra se proyectaba sobre los toscos tablones del suelo hasta el lugar en donde estaba Logen.

Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, advirtió que había alguien sentado en ella. Dow el Negro. Apoyadas en un lado de la silla, con sus filos reluciendo en medio de la penumbra, estaban su hacha y su espada. Muy propio de él. Dow nunca se separaba de sus armas.

Logen le sonrió.

—¿Estás cómodo, Dow?

—Para serte sincero, la encuentro un poco dura para el culo, pero siempre es mejor que sentarse en el suelo.

—¿Encontraste a Calder y a Scale?

—Sí, los encontré.

—O sea que están muertos, ¿no?

—Aún no. Esta vez he querido probar algo distinto. Hemos estado hablando.

—¿Hablando con esos dos cabrones?

—Los conozco peores. ¿Dónde está el Sabueso?

—Se ha quedado para intercambiar unas palabras con la Unión y ver si podemos llegar a un acuerdo.

—¿Y Hosco?

Logen sacudió la cabeza.

—Ha vuelto al barro.

—Hummm. Bueno, qué se le va a hacer. En cualquier caso, eso simplifica las cosas —Dow echó una mirada de reojo.

—¿Simplifica el qué? —Logen miró alrededor. Escalofríos estaba pegado a su hombro y, a juzgar por su expresión, tenía en mente matar a alguien. Ni hacía falta preguntar a quién. Entre las sombras, a su costado, brillaba un acero. Un cuchillo listo para ser usado. Había tenido todo el tiempo del mundo para clavárselo por la espalda. Pero no lo había hecho, y seguía sin hacerlo. Durante un rato pareció como si todos se hubieran quedado tan congelados como el valle helado que había al otro lado de las ventanas.

—Estoy harto de toda esta mierda —Escalofríos arrojó el cuchillo, que salió dando tumbos por el suelo—. Soy mejor que tú, Sanguinario. Soy mejor que vosotros dos. Es tu trabajo Dow, hazlo tú solo. Yo he acabado con esto —y acto seguido se dio la vuelta y salió apartando a los dos Caris de la puerta, que venían en dirección contraria. Uno de ellos alzó el escudo mientras miraba con gesto ceñudo a Logen. El otro cerró las puertas y dejó caer la tranca, que se encajó con un ominoso estrépito.

Logen desenvainó la espada del Creador, giró la cabeza y escupió al suelo.

—Así, sin más.

—Sin más —dijo Dow, que seguía sentado en la Silla de Skarling—. Si alguna vez hubieras visto un poco más allá de tus narices te lo habrías supuesto.

—¿Y qué hay de las viejas tradiciones, eh? ¿Qué ha sido de la palabra que me diste?

—Las viejas tradiciones han muerto. Tú las mataste. Tú y Bethod. En estos tiempos la palabra de un hombre ya no tiene ningún valor. Bueno —dijo mirando por encima del hombro—. Ahí tenéis vuestra oportunidad.

Logen sintió que ese era el momento. La elección fue la acertada, pero a fin de cuentas él siempre había tenido mucha suerte, de la buena y de la mala. Se lanzó hacia un lado a la vez que oía el tableteo de la ballesta, rodó por el suelo y acabó en cuclillas. La saeta se había clavado en la pared que tenía detrás. Al otro extremo del salón, entre las sombras, distinguió una figura arrodillada. Calder. Logen le oyó maldecir mientras se apresuraba a sacar otra saeta.

—¡Sanguinario, maldito perro apaleado! —Scale surgió de la oscuridad y

avanzó hacia él, haciendo retumbar el suelo con sus pisadas y blandiendo un hacha con una hoja del tamaño de una rueda de carreta—. ¡Ha llegado la hora de tu muerte!

Mientras permanecía en cuclillas, suelto y relajado, Logen se dio cuenta de que estaba sonriendo. Es posible que lo tuviera todo en contra, pero eso no era nada nuevo. Casi suponía un alivio no tener que pensar. Las bellas palabras y la política no tenían ningún significado para él. ¿Pero esto? Esto, ¡vaya si lo entendía!

La hoja se estrelló contra los tableros del suelo y arrojó al aire una lluvia de astillas. Logen ya se había apartado rodando y ahora retrocedía, observando cómo Scale hendía el aire que tenía a su alrededor. El aire cicatriza pronto. El siguiente golpe le vino de lado. Logen se agachó hacia atrás y el hacha arrancó un buen trozo de yeso de la pared. Entonces se acercó a Scale, que gruñía con los ojos desorbitados y se disponía a balancear de nuevo el hacha para descargar un golpe capaz de partir el mundo en dos.

Antes de que tuviera tiempo de lanzarlo, el pomo de la espada del Creador se le incrustó en la boca y la cabeza de Scale salió rebotada hacia arriba soltando motas de sangre y trozos de dientes. Trastabilló hacia atrás y Logen le siguió. Scale bajó la vista, alzó el hacha y abrió su boca ensangrentada para soltar otro bramido. La bota de Logen le golpeó la pierna de lado y la rodilla se le dobló en el sentido contrario a la articulación con un sonoro chasquido. Al caer al suelo, el bramido de Scale se convirtió en un grito de dolor y el hacha voló de sus manos.

—¡Mi rodilla, maldita sea, mi rodilla! —chorreando sangre por la barbilla, el hijo de Bethod trató de apartarse dando patadas al suelo con la pierna buena.

Logen se carcajeó de él.

—Maldito cerdo seboso, íes que no te lo había advertido?

—¡Por todos los muertos! —ladró Dow mientras se levantaba de la silla de Skarling de un salto blandiendo el hacha y la espada—. ¡Está visto que para que las cosas salgan hay que ensuciarse las manos!

A Logen le hubiera gustado ensartar la cabezota de Scale, pero había demasiados hombres a los que echar el ojo. Los dos Caris seguían junto a la puerta y Calder estaba cargando su siguiente saeta. Logen comenzó a desplazarse con mucha cautela, procurando no perder de vista a ninguno de ellos, y a Dow menos que a nadie.

—¡Eh tú, maldito cabrón desleal! —le gritó—. ¡Ven aquí!

—¿Desleal, yo? —repuso con sorna Dow mientras iba bajando los escalones de uno en uno—. Yo seré un maldito cabrón. Eso ya lo sé. Pero no soy

nada tuyo. Sé distinguir muy bien a mis amigos de mis enemigos. Nunca mato a los míos. Bethod tenía razón en una cosa, Sanguinario. Estás hecho de muerte. ¿Quieres saber algo? Si consigo acabar contigo, será lo mejor que haya hecho en mi asquerosa vida.

—¿Has acabado ya?

Dow le enseñó los dientes.

—No, hay algo más. Estoy hasta los cojones de hacer lo que tú me digas.

Con la velocidad de una serpiente, saltó hacia delante alzando el hacha y soltando con la espada tajos a la altura de la cintura. Logen esquivó el hacha, y las dos espadas chocaron con estrépito. Dow le propinó en sus doloridas costillas un rodillazo que le arrancó el aliento y le arrojó contra la pared. De inmediato, volvió a arremeter contra él, blandiendo sus dos armas, que barrían el aire marcando trazos luminosos en la oscuridad. Logen se apartó de un salto, rodó por el suelo y volvió a ponerse de pie en medio del salón con la espada colgando de la mano.

—¿Ya está? —preguntó tratando de sonreír a pesar del punzante dolor que sentía en el costado.

—Esto es sólo para que me fluya un poco la sangre.

Dow pegó un salto hacia delante, amagando con entrarle por la derecha, pero en el último instante se echó hacia la izquierda, descargando a la vez el hacha y la espada. Logen lo vio venir a tiempo, eludió el hacha con un zigzagueo, desvío la espada de Dow con la suya, y luego lanzó su golpe. Dow echó la cabeza hacia atrás y la hoja de la espada del Creador pasó silbando por delante de su cara. Trastabilló un par de pasos hacia atrás, pestañeando, y un hilo de sangre comenzó a brotar de un pequeño rasguño que había aparecido justo debajo de su barbilla. Logen le sonrió mientras hacía girar la empuñadura de la espada en su mano.

—Parece que ya te empieza a fluir la sangre, ¿eh?

—Sí —Dow le devolvió la sonrisa—. Igual que en los viejos tiempos.

—Debería haberte matado entonces.

—Ni lo dudes —Dow comenzó a dar vueltas a su alrededor, sin dejar de moverse en ningún momento y blandiendo sus dos armas, que relucían iluminadas por la gélida luz que entraba por los ventanales—. A ti te gusta jugar a hacerte el bueno, ¿verdad? ¿Sabes qué es peor que un malvado? Un malvado que se cree un héroe. Un hombre así es capaz de cualquier cosa, porque siempre encontrara una excusa que le justifique. Ya hemos tenido que aguantar que un hijo de la gran puta se nombrara a sí mismo Rey de los Hombres del Norte y no voy a permitir que ahora nos caiga encima otro aún

peor —hizo un amago de ataque y Logen se echó hacia atrás.

Oyó de nuevo el chasquido de la ballesta de Calder y un instante después la saeta pasaba entre los dos. Dow lanzó una mirada asesina al hijo de Bethod.

—¿Pretendes matarme? ¡Lanza otra maldita saeta como esa y te rajo, entendido!

—¡Deja de hacer el imbécil y mátale de una vez! —le espetó Calder mientras se disponía a volver a cargar la ballesta.

—¡Estoy en ello, maldito cerdo! —Dow hizo una seña con la cabeza a los dos Caris de la puerta—. ¡Eh, vosotros dos, qué demonios hacéis, arrimad el hombro! —se miraron el uno al otro sin demasiado entusiasmo. Comenzaron a avanzar por el salón, con los escudos en alto y, sin dejar de mirar en ningún momento a Logen, trataron de conducirlo hacia un rincón.

Logen retrocedió enseñándoles los dientes.

—Así es que como piensas hacerlo, ¿eh?

—Preferiría matarte limpiamente. Pero si tengo que hacerlo a la manera sucia... —Dow se encogió de hombros—... lo haré. No estoy por la labor de dar oportunidades. ¡Adelante! ¡A por él!

Los dos Caris se le aproximaron con cautela mientras Dow se desplazaba hacia un lado. Logen reculaba atropelladamente, procurando parecer asustado, mientras aguardaba a que se le presentara una oportunidad. No tardó mucho en llegar. Uno de los Caris se acercó un poco más de la cuenta, con el escudo algo bajo. Por si fuera poco, eligió un mal momento para alzar su hacha y su forma de hacerlo tampoco fue demasiado buena. Se oyó un chasquido y un instante después la espada del Creador le había rebanado el antebrazo, que quedó colgando del codo por una de las cadenillas de la cota de malla. El Carl se tambaleó hacia delante, aspirando aire como si fuera a soltar un grito y chorreando sangre por el muñón. Logen le soltó un tajo en el casco que le hizo caer de rodillas.

—Guuurg —farfulló mientras un lado de su cara se cubría de sangre. Revolvió los ojos hacia arriba y se desplomó de costado. El otro Carl saltó sobre su cadáver con un rugido. Logen detuvo el golpe de su espada con la suya y luego cargó con el hombro contra el escudo y le tiró de culo. El Carl lanzó un gemido y una de sus botas quedó en el aire durante un instante, momento que aprovechó Logen para descargar sobre él la espada del Creador y amputarle el pie a la altura del tobillo.

Por debajo del aullido del Carl se oyó el ruido de unas pisadas que se acercaban a toda velocidad. Logen se giró y vio a Dow el Negro cargando contra él con una mueca asesina.

—¡Muere! —bufó. Logen se apartó dando trompicones y la espada pasó rozándole por un lado y el hacha por el otro. Trató de balancear la espada del Creador, pero Dow era demasiado rápido y demasiado astuto, y le empujó hacia atrás con su bota, dejándole tambaleante.

—¡Muere, Sanguinario! —Logen se agachaba, esquivaba golpes a uno y otro lado y se trastabillaba mientras Dow le acometía sin descanso y sin piedad. El acero refulgía en la penumbra y las hojas descargaban un golpe tras otro, todos ellos mortales.

—¡Muere maldito cabrón! —la espada de Dow cayó sobre él y Logen consiguió alzar la suya justo a tiempo de parar el golpe. Pero luego, como salida de ninguna parte, el hacha le llegó por debajo, impactó en la cruz de su espada y se la arrancó de su mano entumecida lanzándola por el aire. Bamboleándose, retrocedió una o dos zancadas y luego se quedó quieto, jadeando y chorreando sudor por el cuello.

Estaba metido en un serio aprieto. Cierto que había estado metido en muchos otros bastante malos y que había vivido para contarlo, pero el de ahora no podía ser peor. Logen señaló con la cabeza la espada del Creador, que estaba caída en el suelo junto a una de las botas de Dow.

—Me imagino que no me dejarás coger ese acero para darme la oportunidad de defenderme, ¿eh?

La sonrisa de Dow fue de las que hacen época.

—¿Cuál es mi nombre? ¿Dow el Blanco?

Logen, por supuesto, tenía un cuchillo a mano. Siempre lo tenía, y más de uno. Echó un rápido vistazo a las numerosas muescas de la hoja de la espada de Dow, luego al reluciente filo del hacha. Ni con todos los cuchillos del mundo conseguiría contrarrestar esas dos armas, sobre todo si eran las manos de Dow el Negro las que las manejaban. Y luego estaba la ballesta de Calder, que seguía haciendo esfuerzos para volver a cargar el maldito trasto. No iba a fallar eternamente. El Carl al que había amputado un pie se arrastraba gimiendo hacia la puerta con el claro propósito de abrirla y dejar entrar a más hombres para que concluyeran la faena. Por mucho que fuera el Sanguinario, si Logen se quedaba ahí y luchaba, era hombre muerto. Se trataba de elegir entre morir o tener una pequeña posibilidad de salir con vida. En otras palabras: no tenía elección.

Una vez que se sabe lo que hay que hacer, más vale no demorarlo que vivir temiéndolo. Eso era lo que le habría dicho a Logen su padre. Así que se volvió hacia los ventanales, los altos ventanales abiertos que dejaban pasar la blanca luz solar y el frío viento, y corrió hacia ellos.

Oyó gritos a su espalda, pero no les prestó la más mínima atención.

Siguió corriendo con el aliento entrecortado hacia las largas franjas de luz que oscilaban ante sus ojos cada vez más cerca. Salvó los escalones de un par de saltos y pasó como una centella junto a la Silla de Skarling. Se impulsó con el pie derecho sobre el suelo hueco del estrado y plantó el pie izquierdo en el alféizar de piedra de la ventana. Empleando todas las fuerzas que le quedaban se precipitó al vacío y durante un instante fue libre.

Luego empezó a caer. Rápidamente. Los toscos sillares de la muralla primero y luego la empinada pared de roca del acantilado pasaban como una exhalación: un torbellino de piedra gris, musgo verde y manchas blancas de nieve.

Logen daba lentas volteretas en el aire, agitando inútilmente los miembros y tan asustado que ni siquiera era capaz de gritar. El raudo viento le azotaba los ojos, le revolvía la ropa, le arrancaba el aliento. ¿Esto era lo que había elegido? Ahora que se precipitaba hacia el río, no le parecía tan buena elección. Pero dígase una cosa de Logen Nuevededos: era un...

El agua se alzaba ya para acogerle. Le embistió el costado con la fuerza de un toro, le dio un puñetazo que le vacío los pulmones, le quitó el sentido, lo sumió en una fría oscuridad...

Agradecimientos

A cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome

Y también, en el Pabellón de los Interrogatorios, A todos los que me prestaron su ayuda en esta ardua indagación, pero muy especialmente:

Al Superior Spanton, al Practicante Weir y, por supuesto, al Inquisidor Redfearn.

Ya podéis retirar los instrumentos.

Confieso...